



REVISTA DE ARTES Y LETRAS

I V

REVISTA

DE

ARTES Y LETRAS

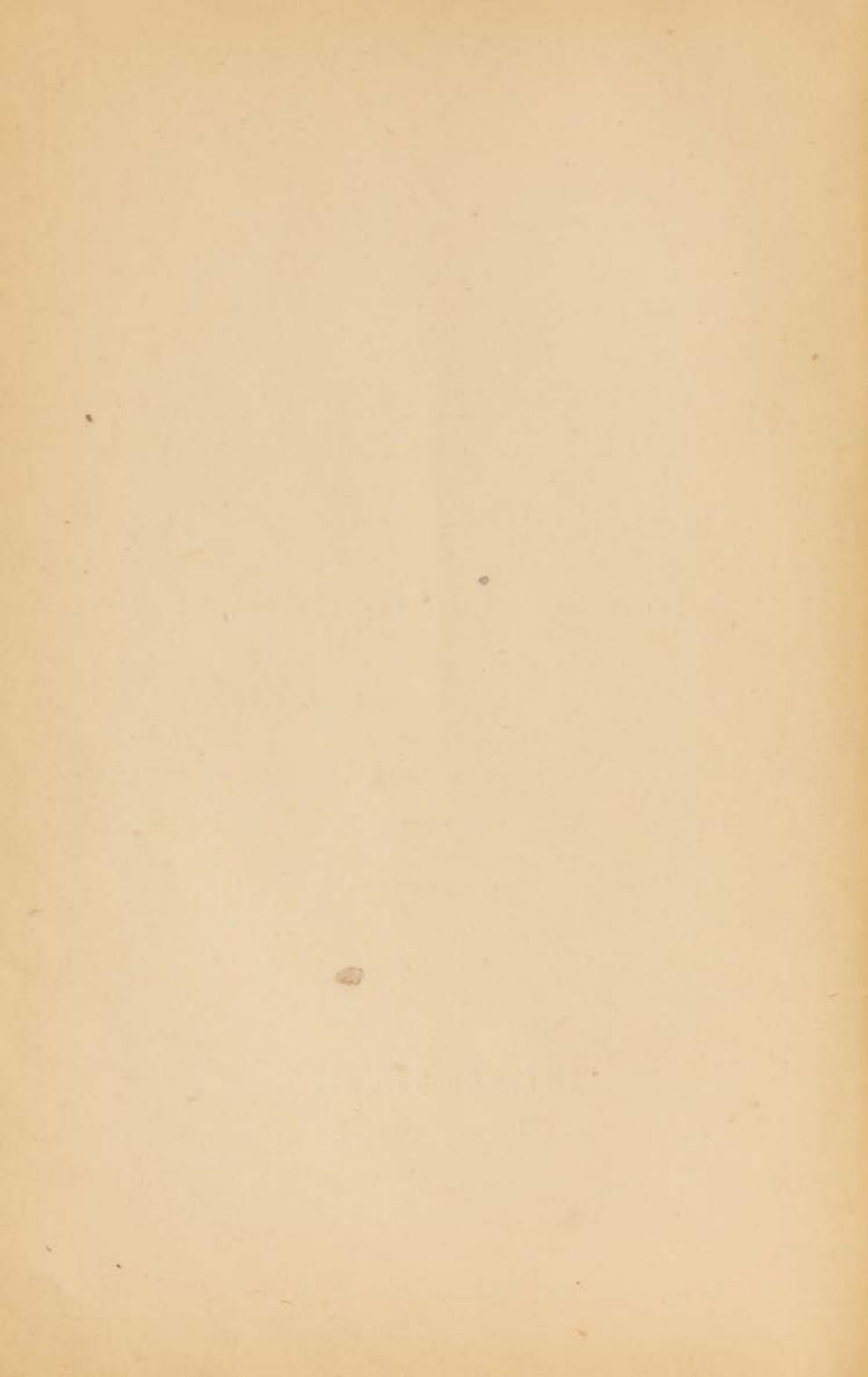
TOMO IV

7486

SANTIAGO DE CHILE

OFICINA: CALLE DE HUERFANOS, NUM. 64 A.

—
1885





EL PRIMER ANIVERSARIO

I

Cumple hoy día, 15 de julio de 1885 y con su vijésimo cuarto número, su primer año de vida la REVISTA DE ARTES y LETRAS.

Es la presente, en consecuencia, una noble fecha, porque en un país como el nuestro vivir ese número de años fuera de la atmósfera oficial y de sus fáciles favores, equivale a la conquista de la mayor edad, a la emancipación legítima del pensamiento y aun, como resultado práctico, a la seguridad de hermosa y libre existencia para lo futuro.

Tiene, en efecto, el éxito alcanzado hasta aquí por la *Revista* un significado tan extraordinario y tan feliz que en realidad podría calificarse aquél como una maravilla literaria.

Los que en la presente jeneracion vivimos podemos hacer todavía memoria de cómo han nacido en pobrísimos pañales, de cómo han vivido en razón y en ración de misericordia por escasos días, en raras ocasiones durante la prórroga de algunos meses, todas las empresas de este jénero en nuestro público profundamente apático y rehacio a toda propaganda que no ataña a los intereses de la política militante o a los halagos de pasajeros goces o intensas pasiones.

Desde *El Semanario* y del *Crepúsculo* de Santiago, que fueron el primer ensayo de injenios que mas tarde se hicieron ilustres, como Bello, Lastarria, Sanfuentes, García Reyes, Eusebio Lillo, etc., hasta *El Museo de Ambos Mundos* que hizo vivir en Valparaiso, como de sobrenatural, el jénio literario del colombiano García del Rio y el jénio industrial del español Rivadeneira, todo ha sido estorbos, desfallecimientos, ruina y descomposicion en los ensayos emprendidos para perpetuar el pensamiento escrito y compajinarlo en forma duradera entre nosotros. Esa misma malhadada suerte corrió a su turno la *Revista de Santiago*, una de las mas meritorias y mas antiguas de esas colecciones, la *Revista de Sud América*, la *Revista del Pacifico*, la *Revista Chilena*, la *Revista de Ciencias*, que tuvo altos atributos oficiales, en una palabra, todas las revistas, boletines i publicaciones hebdomadarias, no obstante de existir algunas de las ya nombradas, como las dos postreras, con el menesteroso y casi siempre agostador socorro del Estado.

II

En medio de esta desolacion que abatía aun los espíritus mas animosos y de mayor fé en las obras de la intelijencia, nuestra *Revista*, completamente independiente, ajena a las esterilidades de la política, desentendida i desinteresada las agresiones de los partidos, consagrada por sus autores el culto único y respetabilísimo del saber humano y a su sana propagacion, ha sobrevivido no solo como una robusta resurreccion de todos los esfuerzos ántes malogrados sino como protesta viva y verdadera contra la indolencia pública y los estrechos caminos por otros ántes seguidos.

La *Revista de Artes y Letras* no solo ha vivido un año completo de sí misma, sino que se ha hecho vivir y recom-

pensado debidamente el tributo ofrecido por sus colaboradores.

No solo no ha pedido el auxilio del poder distribuidor casi siempre interesado de los dones nacionales, sino que lo ha rehusado y lo rehusa todavía.

Es talvez por esto la única publicacion de este jénero en Chile que no ha necesitado de nodriza estraña, porque ha vivido y, Dios mediante, seguirá viviendo del pábulo de su propia organizacion que al mismo tiempo alimenta nobilísimos propósitos.

III

Nacida, en efecto, de almas nuevas que no podian encontrar entre los miasmas de la política activa el oxígeno purificador de la vida, la *Revista de Artes y Letras*, se ha esforzado por devolver a la atmósfera que la rodea, si bien ténue todavía, los mismos elementos de reconstitucion y de vitalidad que ella habia buscado para sí propia, y aunque todavía en hora temprana, atrévese ya a albergar la lisonjera creencia de haberlo conseguido, siquiera en parte.

La *Revista*, sin haber provocado hasta hoi ni una sola protesta, ha crecido por el contrario, recibiendo muchas calorosas adhesiones que son un estímulo para perseverar, para desarrollarse, acaso para engrandecerse en no lejano por venir.

Y no se crea que tal camino en medio de un pueblo de seguro intelijente pero indolentemente mal encaminado como el nuestro, haya sido labrado sin tropezar en zarzales y en ásperos guijarros para los mas felices que ántes que los actuales, perseverantes y desinteresados organizadores de esta publicacion literaria, les precedieron en el esfuerzo y en el desengaño.

IV

Vivimos verdaderamente en medio de un pueblo industrial, pacífico y rico, pero al mismo tiempo, en medio de una sociedad mal formada en el depresivo régimen que deja casi siempre estériles a la puerta de la labor pública, a la puerta del hogar, a la puerta misma del santuario, los dones de la inteligencia, cuando ésta no se ostenta cubierta con las galas del poderío político, del cropel de una falsa popularidad momentánea o de los deslumbradores aparatos de la fortuna: y esto es de tal manera aun en medio de la parte mas culta de nuestra sociedad, que mientras un acaudalado estanciero, por ejemplo, se indignaría como de un desacato personal de que alguien le pidiera en recatada y aun respetuosa epístola un potrillo o un ternero, o si en igual caso, vice versa, cierto mercader por mayor fuera solicitado con humilde petición del obsequio de un barril de azúcar o de breca que serian de seguro negados con enojo y aun con sorpresa, no experimentarían los mismos caballeros embarazo el mas mínimo en pedir con cierta altivez, y a guisa de favor otorgado que no recibido, los sudores y a veces las agonías de los que no teniendo alfalfares ni ramadas de matanza, condensan el fruto de su trabajo en un libro de mayor o menor porte, de rústica o de lujosa pasta.

V

Nada a este respecto ilustra mejor y mas desconsoladoramente esta condicion rara y verdaderamente escepcial de

nuestra manera de ser de pueblo inteligente y propagador de la luz, esta invisible vacunacion del alma, que lo que acontece, por contraposicion, entre la publicidad diaria o semanal, por meses o por años de la capital de nuestra República, con la que en igual latitud alienta poderosa y múltiple existencia en la opuesta banda de los Andes.

Fácil es darse cuenta de esta singular antítesis, tan mortificante para nuestro patriotismo, mediante un exámen comparativo que cualquiera puede hacer sin mas esfuerzo que el de sentarse en un salon de lectura medianamente socorrido, a fin de cerciorarse de que miéntras en Santiago de Chile viven con la muerte en los labios apenas media docena de diarios (que con escepcion a lo sumo de dos no pagan su propio costo, siendo por su material un verdadero regalo hecho al público) y contando otra media docena de revistas mas o ménos profesionales y por lo mismo mas o ménos moribundas y escasas de circulacion aun con el fomento fiscal, en la ciudad eminentemente mercantil de Buenos Aires luchan y campean en desahogada arena no ménos de treinta grandes diarios, y un número tal de semanarios y revistas que en el año último logró formarse una estadística nominativa y prolija de ellos que alcanza a mayor número que el de *ciento cuarenta*, testimonio lucido e incontrovertible de poderoso movimiento intelectual en un pueblo nuevo que hace solo treinta años vivia postrado bajo la zuela sangrienta de un bárbaro tirano.—Rosas no leía sino el Diccionario de Salvá, i aseguraba convencido que para gobernar un estado esta lectura y ese consejo sobraba. . . .

Semejante estadística es ilustrativa, y si mas no fuera que como un ejemplo que enseña y estimula valdria la pena en esta ocasion de aniversario y en estas páginas de confrontacion encontrarle estensa cabida.

VI

En obsequio de nuestro propósito, que es breve, y que nos impondría talvez demasiada humillacion si hubiéramos de llenarla por entero, habremos de contentarnos, esto no obstante, con decir, empleando el mayor laconismo posible, que ademas de los grandes diarios políticos-comerciales dados a luz en la ciudad del Plata—*La Nacion, La Tribuna, La Pampa, El Plata, La Patria Argentina, El Siglo* (diario de la tarde), *El Diario, La Capital, El Comercio del Plata, La Capital, La Correspondencia Argentina*, existe todavía mayor número que ese de hojas diarias de varias fuentes y tamaños, destinadas a la infinita variedad de matices que refleja la propagacion incesante de las ideas o de las aspiraciones de una comunidad cristiana.

Y bajo este peculiar aspecto de la publicidad nos será dado recordar que teniendo el pueblo bonaerense desde antiguo fama de ser el ménos ascetico de la América ántes española, la fé católica hace vivir, sin embargo, dentro de la herética y despreocupada ciudad, y por sí sola, media docena de diarios como *La Union, El Estandarte, La Voz de la Iglesia* y otros, sin que falte a los jentiles su éco propio, *The Anglican Church Gazzete*, éco de los luteranos, el *Libre Pensador* representacion de los de esa creencia, y hasta la *Acacia* órgano trifolio de los masones, que hoi pertenecen mas propiamente a la secta de las creencias fósiles y subterráneas. Las espiritistas, estos masones del otro mundo, tienen tambien su fantástico campeon en *La Constancia*.

VII

Pero no es esto solo, porque en la capital del Rio de la Plata mantienen con vigor sus propios intereses todas las organizaciones de nacionalidades que comunican a aquel pueblo su potente vigor, mientras nosotros vivimos reclusando escasísima provision de nueva sangre, trocándola en mercados extranjeros por oro o por misericordia. Asi los ingleses poseen en aquellas prósperas márgenes el *Standard*, diario que vive y prospera desde hace 23 años, junto con el *Buenos Aires Standard*, sin contar con dos o tres revistas de su idioma consagradas a intereses sociales o de industria como *The Argentine live stock review*, revista dedicada con mayor especialidad a la ganadería.

Los italianos, que allí son más numerosos que ninguna raza forastera, mantienen a su vez *La Patria Italiana*, *L'Amico del Popolo*, *El Operario Italiano*, *La voce del Ticino*, y una revista de educacion costeadá en beneficio de sus propios hogares recién transportados de un sitio a otro del océano.

Los franceses, por su parte, mucho más locuaces, publican desde largos años *Le Courrier de la Plata*, *L'Union française*, *Le Dimanche* y en igual progresión los alemanes (*El Deutsche La Plata Zeitung* y otros), como los españoles *La Nueva España* y *El Correo Español*; los gallegos su propio rudo éco (*El Gallego*), los vascos el popular *Laurak Bat*, en su áspero pero espresivo idioma nativo y hasta los emigrados del país de Gales han fundado una revista que consulta y estimula sus intereses propios: *La Revista Galaica*.

VIII

Iríamos demasiado lejos si quisiéramos completar en todos sus detalles tan prolija enumeracion, porque tan solo el gremio de los estudiantes da a luz media docena de periódicos, y al bello sexo se halla consagrada el doble de hojas semanales, bisemanales y revistas como *La Mariposa*, *Las Perlas Argentinas*, *La Distraccion*, *La Elegancia*, *La Moda*, fuera del *Eco de las Niñas*, *La voz de las Niñas*, *El Campeon de las Niñas*, *El Tenorio de las Niñas*, etc., cuando la capital del Mapocho es dueña apénas de la "Escala de las Niñas", que esa no se imprime sino que se pasea, se mira y se pisa, cuando no la aplasta y hunde algun peñasco.

IX

De igual manera podríamos citar entre las revistas serias de la ciudad de Buenos Aires,—*La Revista Científica Ilustrada*, *El Economista del Plata*, *La Revista de la Sociedad Jeográfica*, el exelente *Boletin del Instituto Jeográfico*, *La Revista Científica Literaria*, *La Ilustracion Argentina*, *El Album del Hogar*, *La Buena Lectura*, *La Revista de la Educacion*, *La Enciclopedia Argentina*, *La Revista de Jurisprudencia*, *La Revista Militar y Naval*, *La Revista Médica*, *La Revista Farmacéutica*, y entre diez o doce mas, *La Revista de Buenos Aires* que existe, se desenvuelve y se vende desde hace mas de un cuarto de siglo. Por una coleccion de esa revista hemos visto pagar 200 y hasta 300 pesos en Chile.


X

Tales son, acumulados de carrera (y sin tomar en cuenta 49 diarios o periódicos que han brotado de la hace poco selvática y despoblada pampa, en torno a la capital), tales son, decíamos, los términos del parangón a que, haciendo trabajoso esfuerzo sobre nuestro orgullo nacional, llamamos la atención del pueblo intelijente que vive en tranquilo y casi opulento reposo en las faldas occidentales de los Andes; y al estamparla en este fronsipicio de aniversarios en nuestra calidad de cronistas honorarios de la *Revista de Artes y Letras*, que ésta siquiera promete larga y noble vida, experimentamos una consoladora emoción, casi como el sentimiento de una represalia, al pensar que al ménos la semilla del porvenir está ya echada en ancho surco, al paso que la juventud entera del país queda ámpliamente invitada para la hora de la siembra ya tardía, de la labor forzada y de la pingüe, jenerosa y bien repartida cosecha.

B. VICUÑA MACKENNA.

(Miembro correspondiente de la Real Academia Española.)

Santa Rosa de Colmo, julio de 1885.



LA DUODÉCIMA EDICIÓN

DEL

DICCIONARIO ACADÉMICO

La Real Academia Española hizo una estrena digna de su instituto el primero de Enero de este año: presentó á los pueblos que hablan castellano la duodécima edición de su Diccionario.

Dieziseis años habían transcurrido desde la anterior (1869), y no es de decir cuánta era la necesidad de una nueva dados el actual desenvolvimiento de los estudios filológicos y el número crecido de voces que han introducido en los idiomas vivos los descubrimientos contemporáneos y el prodigioso desarrollo de las ciencias. Hay un movimiento progresivo que necesariamente se verifica en todas las lenguas habladas, como que éstas son organismos vivientes que no pueden permanecer estacionarios y que tienden incesantemente á la perfección, y deber es de los Cuerpos encargados de velar por ellas atender á ese movimiento con discreción y mesura para prestar la sanción de su autoridad á las reformas y novedades que el uso respetable generalice en razón de conveniencia ó de necesidad.

Por otra parte, los estudios filológicos iniciados y seguidos tan brillantemente en Alemania, se han adquirido en el rol de las ciencias el puesto de primacía que les corresponde, y, ejerciendo considerable influjo en la for-

mación de los inventarios de las lenguas, exigen que éstos sean razonados con relación á su origen, congruentes con las analogías establecidas, atentos con los términos que acarrea la invención de objetos nuevos, y respetuosos á las decisiones inapelables de la costumbre, cuando ésta revisite los caracteres que la dan fuerza de ley.

Obediente á ésas y estas consideraciones, la Real Academia Española da en la presente edición de su Diccionario las etimologías de muchos vocablos españoles, y admite millares de voces técnicas que no constaban en las anteriores. No ha descuidado las acepciones y frases del lenguaje literario y vulgar y ha aceptado algunos neologismos necesarios para designar cosas faltas de denominación castiza, ó que por su frecuente y universal empleo ejercían ya en la lengua dominio incontrastable. No ha desatendido tampoco la revisión del abundante caudal de aquellas voces que “viven con juventud eterna en las obras de ingenios “próceres de los siglos XVI y XVII.”

En la portada de la impresión se lee que el Diccionario es por la *Real Academia Española*: la de 1869 decía solamente “Por la Academia Española.” Hundidos miserablemente en la vorágine revolucionaria de 1868 el cetro y las regalías de la Monarquía española, la Academia hubo por la primera vez en su existencia secular, de omitir, al año siguiente, el *Real* de su nombre; la tolerancia de los republicanos de esa época no habría quizá permitido que ese alto Cuerpo conservara su tradicional denominación.

Las Academias americanas de Colombia, Méjico y Venezuela han llevado en esta vez los frutos primiciales de sus tareas al tesoro de la Academia madre, y, gracias á su solícita cooperación, muchos americanismos han recibido el fiat que los transforma en moneda corriente y legal. Hasta las buenas condiciones materiales son extremadas en esta edición: el papel ha sido fabricado especialmente para el libro, como se nota en inscripciones vistas al trasluz; el tipo nuevo y claro, y variado para hacer sobresalir las distintas acepciones, ó las frases que arrancan de una palabra; la corrección de pruebas esmeradísima, y lo propio puede decirse de la encuadernación. El impresor ha sido don Gregorio Hernando, y ha encerrado diestramente en 1122 páginas cincuenta mil y tantas voces, con copiosas expla-

naciones, amén de prólogo, reglas de acentuación, clave de abreviaturas y rol de la Real Academia Española.

Si se exceptúa, pues, como acertadamente observa el prefacio, la primera edición, superior á todas en virtud de los textos de autores clásicos que la ennoblecen, ninguna de las posteriores iguala quizá en mérito relativo á la duodécima. No es dado determinar, tratándose de una obra fruto de esfuerzos mancomunados y á que han contribuído diversas corporaciones y personas eximias en el saber gramatical, á cuál de los individuos del alto Cuerpo español corresponde la gloria de esta labor multiplicada y llevada en cuanto es posible á una limitada perfección; pero, puede creerse que parte señalada ha cabido á ingenios tan sobresalientes y tan doctos en el decir como los dos hermanos Fernández Guerra, el crítico y poeta Tamayo y Baus, el sin igual en el manejo de la prosa española, poeta, novelista y diplomático, Don Juan Valera, el laboriosísimo marqués de Molíns, los doctísimos Cueto y Cañete, y el erudito y joven escritor Don Marcelino Menéndez Pelayo. Herederos todos éstos, en el atento cultivo de la lengua, de Hartzenbusch, de Bretón y de Oliván, han dedicado atención particular á distintos puntos del lenguaje español hablado y escrito, y han cooperado á darle la fijeza y unidad que se echa de ver, no sólo en el léxico actual, mas también, gracias á saludable influencia, en la mayoría de las obras contemporáneas peninsulares.

España, postrera de las tierras en el continente europeo, y calumniada siempre en cuanto á sus prohombres científicos y literarios por los que no la conocen ni la estudian, por los que creen que basta leer malamente algunas ligeras producciones francesas para formarse el gusto y emitir dictamen en materias de arte y ciencia, España ha sido, sin embargo, la primera nación que ha tenido un Diccionario exclusivo de su lengua y que le ha propuesto como modelo á las naciones extrañas. El licenciado Don Sebastián de Covarrubias y Orozco publicó en Madrid en 1611 (Imprenta de Luis Sánchez, fol., 603 fojas mas 79) su *Tesoro de la lengua castellana ó española*, que contiene de siete á ocho mil voces (1). Este primer inventario de

(1) Antes de 1611 se habían compuesto los siguientes Diccionarios en que se da lugar á algunas de las lenguas romances:—el vocabulario español y latino

nuestra lengua, algunas de cuyas exactas definiciones viven aún en la última edición del de la Academia, contiene etimologías latinas y arábigas, y eruditas analogías y explicaciones de sumo interés, y tanto que causa asombro fuesen la obra de un hombre solo, en aquella época sin modelos y sin los adelantos que posteriormente ha hecho la filología. Sólo el año siguiente, en 1612, se publicó en Italia el Diccionario de la Academia de la *Crusca*, en seis volúmenes en folio, "al cual se puede echar en cara no haber dado la etimología de las palabras y no comprender en sus citas á escritores célebres, entre otros al Tasso y al Ariosto, porque esta Academia se limitó sólo á los escritores del *trecento*, es decir á los de 1301 á 1400." (*Dict. de la Conv.*, voz *Dict*) Casi un siglo después,—y sólo treinta años antes que publicara el suyo monumental la Real Academia Española—, en 1694, dió á luz el suyo la Real Academia Francesa: Inglaterra sólo tuvo en 1755 su famoso Diccionario de Samuel Johnson. En Leipzig se publicó de 1774 á 1786 el primer léxico verdaderamente alemán, y fué el del doctísimo Adelung. La Rusia no tuvo el suyo hasta principios de este siglo (1816 á 1822.)

Con modestia y con verdad hace presente la Academia que, si cree haber mejorado su Diccionario con esta duodécima impresión, no cree haber puesto fin á la tarea de aumentarle y de corregirle. "Tarea, dice, que no concluye jamás, sinó para empezarla de nuevo, porque sabe la Academia que el léxico de una lengua viva nunca está definitivamente acabado, y porque ella, mejor que nadie, conoce lo imperfecto del que es obra suya. No le sorprenderá por tanto la censura atinada, ni desoír á ningún consejo, venga de donde viniere, ni dejará de acatar la buena intención aunque no la recomiende el acierto. Para la patriótica y, por muchas razones, meritoria empresa de elevar el Diccionario de la lengua castellana hasta el último grado de per-

de Nebrija, el francés latino de Roberto Estienne, el latino-italiano de Pedro Gassolini, el tesoro de las tres lenguas española, francesa é italiana de César Oudin, el diccionario holandés é italiano de Moisés Girón, el glosario sueco-latino-inglés-francés de Hag Spegel, el léxico gótico-rúnico latino y griego de Andres Fudmond, los diccionarios flamenco francés de Grange, alemán francés de Schwan, polonés-alemán-francés de Trotz, ruso-francés-alemán de Heym, suizo-alemán-francés de Poétevin, etc. (*Del Dictionnaire de la Conversation*, t. VII. p. 558.)

fección á que la voluntad y el entendimiento del hombre puedan elevarle, siempre recibió y siempre recibirá la Academia con íntimo júbilo el amparo de los entendidos y del público en general.”

Así la alta Corporación que *fija y limpia* el idioma castellano y le *da esplendor*, abre puerta á todos los estudios, grandes ó pequeños, que puedan dar alguna luz en estas abstrusas materias, y alienta á que entren por ella. Usando de esa licencia generosa y amplia, voy á hacer públicas las observaciones que me ha sugerido una corta excursión por esta nueva edición del Diccionario, excursión que no ha sido más prolongada y fructuosa en razón de contratiempos, y de dolencias que aun hoy sólo permiten á la mano sustentar con trabajo la pluma que va á trazar estas observaciones.

Procediendo desde luego á algunas generales, se nota con satisfacción que la Academia ha enmendado cuidadosamente las definiciones de la mayoría de los adjetivos, poniéndolas en concordancia con la idea filológica de esa parte de la oración. “*Altilocuente*, se leía en la 11ª: adj. *El que habla en estilo encumbrado*.” Si la noción intelectual del adjetivo es la de una limitación ó modificación, ¿cómo va el adjetivo *altilocuente* á representar á *la persona que habla en estilo encumbrado*? El adjetivo como tal no puede emplearse en estas representaciones; es menester que se sustantive. “*Que habla ó escribe con grandilocuencia*” dice correcta y afinadamente la 12ª edición.—“*Amable*, (se lee en la 11ª) adj. “*Lo que es digno de ser amado*”. Esta manera de definir, extensiva á todos los nombres análogos, es más defectuosa si cabe que la empleada en *altilocuente*. *Lo* es por sí mismo sustantivo, porque lleva envuelta necesariamente la idea de cosa ó cosas, y con ella no se compecede el carácter del adjetivo. Definir *amable* por *lo que es digno de ser amado*, vale tanto como decir *amable es cosa digna de ser amada*, definición en que se confundirían lamentablemente la *cualidad* y la *esencia* de una cosa “*Amable*, dice corrigiéndose la Academia en la 12ª *digno de ser amado*,” (pág. 63)

No se puede alabar igualmente el proceder de la Academia respecto de las voces que llevan ó han llevado el calificativo de *anticuadas*. Hay en éstas que hacer eviden-

tes distinciones, porque unas nos son desconocidas hasta en la lectura, y otras hay con que estamos de sobra familiarizados porque á cada paso las hallamos en Cervantes, en Granada ó en los autores de nuestros días. ¿Será razonable que *caloña* por *pena*, *magüera* por *aunque* etc., que sólo valían allá en los albores de la lengua y con que únicamente tropiezan los eruditos en sus disquisiciones y lecturas, entren bajo de la misma denominación que *enantes*, *por ende* etc., con que estamos en nuestro tiempo perfectamente acostumbrados?—“Este punto es de singular importancia y valor, y conviene *por ende* dilucidarlo “á la luz de la crítica y de la historia.”—(QUINTANA).

El viento *enantes* mudo, que pausado
Al despuntar de la primera aurora,
Osó apenas, de aljófares bañado,
Besar las flores que la luz colora.”
(REIXOSO, *In. perd., c. I*).

Ni tampoco es digna de encomio la manera como hallan cabida en el Diccionario, trátase de cualquiera de sus ediciones, los americanismos ú otros términos que por tales han hecho pasar algunos eruditos españoles. La indicación *Amér.*, colocada al lado de una voz, puede hacer creer al leyente que ella es usada en toda nuestra América Española, cuando en realidad no es así. *Abajeño*, en sentido del que procede de las costas ó tierras bajas, *guairo* por embarcación chica para el tráfico de las costas, *gala* por regalo ú obsequio, y muchísimos otros términos, aparecen sindicados de americanismos, cuando nosotros, que formamos parte de la América Española, no los hemos oído jamás con tal significación. Otro tanto puede decirse de las producciones que en general se atribuyen á este continente: del *guacamayo* se dice que es “ave de América,” y, sin embargo, es totalmente desconocido en Chile. Lo propio sería, dando á cada uno lo que es suyo, indicar la región ó regiones á que es común la palabra ó la cosa de que se trata, ó, por lo menos, restringir su aplicacion, diciendo, de ésta ú otra análoga manera: “voz, ave de algunas partes de la América Española.”

Mayor corrección y acierto se nota en las voces pertenecientes á la Poética y en las que son del dominio exclu-

sivo de la poesía, que en las ediciones anteriores se mostraban bajo de una misma denominación, con desmedro de la claridad y exactitud. *Escandir*, pongo por caso, tiene en la undécima antepuesto el signo *Poét.*, y otro idéntico tiene *olivífero*. Lejos de pertenecer ambas á una categoría, las dos palabras son esencialmente distintas: *escandir*, como término técnico del arte métrico, es naturalmente prosaico, y *olivífero* es puramente poético porque sólo se usa en la poesía ó en trozos descriptivos que requieren todos los atavíos de la forma (V. el *Quijote*, p. I, c. XVIII, el *olivífero Betis*). Ahora la Academia ha conservado la abreviatura *Poét.* solamente para las voces que son esencialmente poéticas. Las del Arte Poético no la tienen, y no hay en ello peligro.

Paso ahora á algunas particularidades.

ABISMAR.

Este verbo no era mas que activo según la 11ª edición, y tenía solamente los significados de *hundir en el abismo*, *confundir*, *abatir*. En la 12ª se advierte que se usa más como reflexivo, *yo me abismo*, *ellos se abisman*, y se le agrega la significación tan común hoy día de *entregarse del todo á la contemplación, al dolor, etc.*

ABRILLANTAR.

En la edición anterior, la Academia no daba á esta palabra otra significación que la de *labrar en facetas las piedras preciosas, imitando á los brillantes*: en la actual ha satisfecho una verdadera necesidad agregándole el significado metafórico de *iluminar ó dar brillantez á nna cosa*, que ya estaba consagrado por buenos escritores de la lengua:

“Un alcázar de pórvido luciente
 Junto al famoso Betis se levanta,
 Do la riqueza y esplendor de Oriente
 Los muros y artesones *abrilanta.*”
 (ESPRONCEDA, *Ens. ép.*, fr. IV. est. I).

ACUARELA.

No comparecía en la 11ª, en la cual estaba sólo el término *aguada*, que era “el diseño ó dibujo hecho con color líquido preparado con agua goma.” Según la 12ª, *acuarela* es *pintura en papel ó cartón con colores transparentes diluidos en agua*, y se modifica un tanto la definición de *aguada*.

Como antes de ahora se expresaba perfectamente con *aguada* lo que hoy con *acuarela*, no sería posible decir si ha ganado ó perdido la lengua con la sanción de este neologismo.

Naturalmente, *acuarela* trae en pos de sí á *acuarelista*, que es el *pintor de acuarelas*.

ADIR.

En la voz *herencia* de la 11ª edición, se leía: “*adir* la *herencia*. fr. for. Admitirla, aceptarla.” Pero, ocurriendo al paraje respectivo, no se hallaba el verbo *adir*.

Esta omisión ha sido salvada en la 12ª (pág. 21).

ALEATORIO.

Sólo ahora vienen las dos terminaciones, masculina y femenina, de este adjetivo; pero siempre ha quedado limitada su significación al lenguaje forense, con exclusión del sentido genérico en que tan apropiadamente le empleó don Andrés Bello cuando dijo:

“Y sabrás lo que guarda á los que rifan
Riquezas y poder la urna *aleatoria*
Y que tal vez la senda que á la gloria
Guiar parece, á la miseria va.”
(*Or. por todos*, II).

ALGARA.

En la voz *tela* se encuentra corregido el error de acentuación de este sustantivo, que se advertía en la 11ª.

ANTICATÓLICO.

No ha recibido este neologismo la sanción de la Academia. Fuera conveniente, sin embargo, autorizarlo como de recta formación y de uso más ó menos general.

Domínguez trae en su lugar *acatólico, a.*

ACENTUAL.

Acaso no estaría demás la adopción de este nombre que falta en el Diccionario autorizado, y que se usa en la Ortografía: *las propensiones acentuales del idioma etc.*

APLAUDIDOR, A.

Falta este adjetivo que tampoco viene en las anteriores: ha sido usado ya en ese carácter, ya en el de sustantivo, por Valera, Hartzenbusch etc.

APÓSTROFO.

Se halla definido de esta manera en la 12^a: “Signo ortográfico que indica la elisión que antiguamente solía hacerse de una vocal en fin de palabra cuando la siguiente empezaba por letra de igual clase: v. gr.: *d’aquel, l’aspereza.*”

Muy en su lugar tratándose del castellano; pero, es evidente que debió escribirse de éste ó semejante modo: “... la elisión que antiguamente en nuestra lengua *y hoy en algunas extranjeras...*” para comprender el apóstrofo frecuentísimo, entre otras, en la lengua francesa: “*L’homme n’a rien de plus inconnu autour de lui que l’homme même.*” (LAMARTINE).

ARCIFINIO.

“Llámanse territorios *arcifinios*—dice don Andrés Bello—los que tienen límites naturales. Se presume que es arcifinio el territorio situado á las orillas de un río ó lago ó á las faldas de una cordillera: la parte litoral necesariamente lo es.” (*Der. Int.*, p. 1^a, c. III, n^o 2).

En ninguna de las ediciones del Diccionario de la Academia se halla esta voz casi exclusivamente latina, ni se me acuerda haberla visto jamás en escritor alguno español. Es, sin embargo, de sano abolengo, *arx* y *finis* (*arcifinius* en Varrón, según Valbuena), y expresa propiamente la idea á que la aplica el señor Bello.

ARMONIZAR.

Era ya tiempo que se diera carta de ciudadanía, como se le ha dado, á este vocablo que estaba en uso de muchos años atrás:

“En torno al sol las Horas se juntaron
Y allí en danza genial se *armonizaron*
Del almo día al sonrosado albor.”

APENAR.

Con cierta inconsecuencia, la 11ª edición traía el adjetivo *apenado*, *a*, y no el verbo *apenar* de que aquél precisamente se deriva.

Hoy están ambas cosas en su lugar.

BALBUCEAR.

Hasta la presente 12ª edición, sólo aparecía en el Diccionario autorizado la voz *balbucir*: ahora, cuando la Academia ante la corruptela recientemente introducida, ha aceptado el verbo *balbucear*, anti-etimológico, innecesario y sin antecedentes en la historia de la lengua.

Si *balbucir* como defectivo carece de algunas formas, y si como observa don Tomás de Iriarte, no sabe uno si decir *balbuzo* ó *balbuzco*, dénsese formas nuevas ó sígase en ellas la analogía de los demás terminados en *ucir*, pero no se legitimen errores y corrupciones de que no tiene necesidad alguna nuestra lengua.

Balbucir es como donosamente han dicho siempre los buenos escritores:

“Y todos cuantos vagan
De ti me van mil gracias refriendo,
Y todas más me llagan,
Y déjame muriendo.
Un no sé qué que queda *balbuciendo*.”
(SAN JUAN DE LA CRUZ, *Canc*).

“El preludeo del órgano, inseguro,
Débil y torpe cual la voz del niño
Que la palabra indómita *balbuca*.”
(NÚÑEZ DE ARCE, *Vis. de Fr. Mart., e. I*).

BANDADA.

“Número crecido de aves *volando* juntas,” dice la Academia en la página 134 de su 12.^a edición. ¡Cuánto mejor habría sido *número crecido de aves que vuelan juntas*!

BICOLOR.

Allá en los días de la guerra, los adjetivos *bicolor* y *glorioso* andaban juntos y constantemente en las publicaciones peruanas; pero sea dicha la verdad, en ese tiempo *bicolor* no contaba aún con el beneplácito académico; aparece por primera vez en esta 12.^a edición.

CANTINELA.

Lo trae la 12.^a, salvando el olvido de las anteriores, como equivalente de *cantilena*.

CASTALIO, A.

Era una inconsecuencia que apareciera el sustantivo *castálidas* y no se hallara el adjetivo *castalio, a*, que á cada paso emplean los poetas: *la castalia fuente, el castalio coro*.

CAUDINO, A.

Al fin ha prestado la Academia la sanción de su autoridad á este adjetivo tan conocido en la Historia Romana.

CICLÓPEO, A.

Perteneiente ó relativo á los *cíclopes*, gigantesco etc., dice la Academia en la 12^a, llenando un vacío que se notaba en las anteriores.

Es del caso observar que la 1^a edición del Diccionario traía *ciclópe*, como quiere don Andrés Bello, y como debe decir quien guste de arrimarse á las etimologías latina y griega, y á los buenos escritores de nuestra lengua.

COLONIAJE.

De entre los barbarismos nacidos y criados en Chile, pocos más ilegítimos y menos autorizados que la voz *coloniaje* que ha circulado y que circula aún en lo hablado y en lo escrito, contra toda ley y necesidad.

“Estudiando la historia de nuestra poesía, encontramos imitación en la época del *coloniaje*” (*Bosquejo hist. de la poes. chil.*), dice don Adolfo Valderrama, y repite esa voz muchas veces en el curso de su obra. Don Benjamín Vicuña Mackenna, que también la ha empleado en las suyas, dió á una *Exposición Colonial ó de la Colonia* el bárbaro nombre de *Exposición del Coloniaje*.

La Academia trae el adjetivo *colonial* que puede ponerse en vez de *coloniaje* en frases como *la época del coloniaje*, que es *la época de la colonia ó la época colonial*. La *Literatura del coloniaje* es la *Literatura colonial ó de la colonia*.

COMILLAS.

Término usado por la Academia misma en su Gramática y en su Ortografía, y que no aparecía en la 11^a; está en la 12^a.

CÓNDOR.

Es notable la variación de acento que ha experimentado esta voz de la 11^a á la 12^a impresión: aquélla decía *condór* y ésta *cóndor*, que es como comunmente decimos en Chile.

Los poetas la han hecho indiferentemente grave ó aguda:

“El soberbio *condór*, Rey del espacio..”
 “Así place al Destino; ¡oh! ved al *condór*,
 Al peruviano rey del pueblo aéreo..”

CONTRAPRODUCÉNTEM.

Hé aquí otro caso en que la Academia ha cedido ante la corruptela; en la 12ª edición acepta *contraproducente* como equivalente de *contraproducéntem*.

Así no sería raro que en otra impresión aceptara *tránsea* por *tránseat*, porque el vulgo no pronuncia la *t* final, como no pronunciaba la *m* final de *contraproducéntem*.

CREMENTO.

Viene ahora esta palabra con la acepción gramatical de *incremento* que antes no tenía.

CUENTA.

“Persona, sujeto *de cuenta*,” “persona, sujeto *de importancia*.”

CHAPÓ.

Este vocablo, perteneciente al juego de billar, comparece por la primera vez en el Diccionario autorizado.

CHEQUE.

Echa de menos don Benjamín Vicuña este término en el Diccionario (art. public en el nº 22 de la *Revista de Artes y Letras*), y acaso no lo echaría tanto si supiera que hace mucho tiempo que la Academia y el recto uso español tienen destinada para tal objeto la palabra *talón*: “Libranza á la vista que consiste en una hoja cortada con tijera de un libro, de modo que aplicándola al pedazo de la misma que queda cosido al libro, se acredite su legitimidad ó falsedad” (11ª edición).

CHOCLO.

La Real Corporación sólo da á esta voz tan popular en varias comarcas de América, el significado de calzado que sirve para preservarse de la humedad ó del lodo. La hace equivalente de *chancho*.

Nuestro *choclo* parece ser *mazorca* en el lenguaje de Castilla.

DIRECTORIO.

La 12^a edición sólo atribuye á esta palabra, cuando es sustantivo, el significado de instrucción ó de *lo que sirve para gobernar en alguna ciencia ó negocio*.

Es de conveniencia agregar que Directorio es también una junta deputada por alguna sociedad mercantil ó de otra especie para representarla y manejar sus negocios.

DISENTERIA.

Covarrubias en 1611, la Academia en todas las anteriores impresiones de su Diccionario, y Salvá en el suyo, escriben *disentéria*: ahora, en la 12^a edición, aparece *dísen-tería*.

La única razón que parece haber tenido en vista el sabio Cuerpo al proceder á este cambio inesperado, es la de la etimología; pero, es de creer que podrían prevalecer sobre ese invocado origen, por otra parte muy discutible, pues habría que ver si la penúltima sílaba era en griego *i*, como quieren éstos, ó *ei* como quieren aquéllos, otras consideraciones de tanto ó más valer, cuales son las del uso respetable, secular y general, las de las analogías castellanas, *arteria*, *materia*, *laceria* etc., y la de no autorizar los desvíos del vulgo ignorante y desastrado, que es el único que dice y ha dicho *dísen-tería*.

Juzgando, en mi humilde concepto, poco feliz esta innovación académica, expreso el deseo de que no sea seguida,

y de que se la tenga como uno de los vulgarismos á que suelen deslizarse las más insignes corporaciones y personas.

DIARISMO.

De *periódico* saca la Academia *periodismo* y *periodista*: ¿por qué de los aceptados *diario* y *diarista* no ha de salir *diarismo*?

La analogía es evidente, y la formación no es neológica.

ESCOBILLAR.

Este verbo no consta en ninguna de las impresiones del Diccionario autorizado. Parece ser necesario y no mal formado.

ESPORÁDICO.

En la palabra *viruela* decía la Academia en la 11.^a edición que era *enfermedad aguda, esporádica en algunos casos*, y, ocurriendo al lugar de *esporádica*, no se hallaba tal voz.

La omisión ha sido suplida en la 12.^a, que enseña que *esporádico, a*, es adjetivo que se aplica á las enfermedades que atacan á uno ó varios individuos en cualquiera tiempo y lugar, y que no tienen carácter epidémico ni endémico.

HIJUELA.

Ni este sustantivo ni el verbo *hijuelar*, ni *hijuelación*, se hallan en el Diccionario autorizado con el sentido que se les da en nuestro Foro.

HURÍ.

En la 12.^a edición viene esta voz, que sin duda quedó fuera por olvido en la 11.^a

Es aguda, á pesar de que el egregio Duque de Rivas dijo en su *Moro Expósito*:

“Después veinte lindísimas doncellas
Que á las eternas *Húris* deslustraran . . .”
(Rom. I, vs. 129 y 130.)

INGRESAR.

No aceptado por la 11ª, está en la 12ª con la explicación de que *es voz de uso reciente*. Vale entrar.

Había sido usada por Hartzenbusch en el prólogo á la edición de los *Orígenes de la lengua* de Mayans y Siscar, hecha en 1873 por la Sociedad “La Amistad Librera.”

JACARANDÁ.

No existe en el Diccionario Académico. Salvá trae *chacaranda* (ó *chacarandá*).

Es de esperar que la Academia dé oportunamente su lugar al vocablo que encabeza este párrafo.

LEGENDARIO.

Por la primera vez aparece en el Léxico autorizado con la significación que estamos hartos de oír atribuirle cuando se dice *hazaña legendaria*, *héroe legendario*.

LINGÜÍSTICA.

Este sustantivo que vale “estudio comparativo y filosófico de las lenguas, ciencia del lenguaje,” hace su estreno en esta 12ª edición.

Era de suma necesidad el adoptarlo. Todo lo mismo es aplicable al adjetivo *lingüístico*, *a*.

LLORO.

En las anteriores impresiones sólo se entendía por tal

la acción de llorar: en la 12ª se amplía la acepción con la sinonimia de llanto, con lo que *a posteriori* queda justificado Núñez de Arce, que dijo:

“También el canto del salterio enjuga
El lloro acerbo....”

(*Visión de F. M.*, c. I, VIII.)

Y también Espronceda:

“Es un joven, y la vida
Llena de sueños de oro
Pasó ya, cuando aun el lloro
De la niñez no enjugó.”

(*El reo de muerte*, est. 4ª)

LOGIA.

Ha adquirido su carta de ciudadanía castellana en esta última impresión.

MAYONESA.

He oído conversar de sobremesa sobre el nombre de la salsa fría de yemas de huevo y aceite, y alguna ave ó conserva, que se sirve invariablemente en días de festejo, y darle á veces el de *bayonesa*—como procedente de Bayona—y otras el de *mayonesa*.

Nada decían los Diccionarios sobre el particular, y no había por ende juez que resolviese la litis: ahora la 12ª edición define y autoriza el nombre *mayonesa*, que da como derivado del francés *mayonnaise*.

NEOLÓGICO, A.

Adjetivo perfectamente derivado de *neologismo*, que hacía falta en el Diccionario autorizado: gracias á Dios que ya está suplida.

NEREIDA.

En las definiciones algo distintas que de este nombre dan las ediciones 11^a y 12^a, se advierte un mismo yerro gramatical que conviene corregir: "Cualquiera de las ninfas que la antigüedad fingió que *presidían y vivían en el mar.*" Es obvio que debió decirse: ". que *presidían al mar y vivían en él.*" (V. Bello, G. C., 398, *h.*)

NÍVEO, ▲.

Este equivalente del complemento ordinario *de nieve*, usado por buenos escritores, ha obtenido en esta 12^a edición la sanción de la autoridad:

"Ni de tiernas palomas *níveo* bando,
Ni el diáfano cristal, ni el claro día,
Igualan la pureza de María."
(MARTINEZ G., *Muj. del Ec.*)

ONDISONANTE.

La Academia Colombiana solicitó con mucho acierto la inclusión de este adjetivo, y llevó á colación los siguientes ejemplos:

"... El Tajo *ondisonante*
Suspendió blandamente
De sus doradas aguas la corriente."
(LISTA).

"¡Quién el raudal de plata
Que *sesga ondisonante* en la pradera
De los montes desata?
(BURGOS).

OPROBIAR.

Verbo autorizado por la Academia en esta 12^a edición.

PADRENUESTRO.

‘A pesar de ser tan de uso común allá como acá el decir un *padrenuestro*, cinco *padrenuestrros*, ninguna de las impresiones anteriores traía separadamente esta voz.

Se consideraba bastante con incluirla entre las acepciones de *padre*.

PARACLETO.

En la 11ª edición decía la Academia *parácleto* ó *paráclito*: en la 12ª trae *paracleto* y *paráclito*.

Parece que han motivado esta mudanza muy aceptables razones de filología.

PARASCEVE.

En la impresión anterior del Diccionario se llamaba, en lenguaje eclesiástico, *parásceve* el día Viernes Santo: en la actual se le denomina *parascéve*.—*Al que se muda, Dios le ayuda*.

PENTECOSTÉS.

Y va otra. La 11ª edición decía *pentecóstes*: la 12ª dice *pentecostés*. Y es de advertir que antes de la 11ª había ya vacilado muchas veces la Academia, poniendo hoy *Pentecóstes* y mañana *Pentecostés*.

La última razón decisiva ha sido la etimología prosódica.

PICAFLOR.

No existe en castellano. La correspondiente parece ser *colibrí*.

PRESTIGIO.

Sólo en esta 12ª edición viene autorizado el significado común atribuído á este sustantivo cuando se dice que *Fulano es hombre de prestigio, que ha adquirido mucho prestigio, que ha perdido el prestigio que tenía etc*

Pero no está autorizado el adjetivo *prestigioso* para calificar al *hombre de prestigio*, es decir, al hombre que está en la sociedad en concepto elevado y favorable.

PROPAGANDISTA.

No ha sido recibido aún por la Academia. Continuaremos diciendo *propagador, a*, por el que extiende alguna idea ó alguna cosa.

RANGO.

No ha comparecido nunca en el Léxico de la docta Corporación esta voz utilísima y bella que empleó en mas de una ocasión don Andrés Bello: "Hablo de los placeres más ó menos elevados, más ó menos intensos, que son comunes á todos los rangos en la república de las letras." (*Disc. en la inst. de la U. de Ch.*)

RECRUDECER.

La adopción de este verbo es una de las buenas novedades de la 12ª

RENEGREAR.

Lo mismo que se dijo de *recrudecer* es aplicable á éste. Puede, pues, usarse dentro de la ley el adjetivo *renegrido*.

REBUJINA.

Así asienta la Academia por *alboroto ó bullicio de gente del vulgo*. Creo, sin embargo, que los relativamente pocos escritores que la han empleado dicen *rebujiña*.

“Hubo anoche tremenda *rebujiña*
En el alcázar. . . .”
(MORA, *Ley. Esp.*, *Una madre*, I, 2).

SANTIAGUEÑO, SANTIAGUÉS.

Escenas santiaguesas ha llamado un joven escritor las escenas de la vida de nuestro Santiago en la penúltima entrega de la *Revista de Artes y Letras* (Nº 22), y por más que él haya creído conformarse fielmente á la postrera edición del Diccionario Académico, fuerza es advertirle que no lo ha logrado, porque la verdad del caso es que los habitantes de Santiago de Chile no tenemos denominación ninguna sancionada por la Real Academia Española.

Santiagués es el natural de Santiago de Compostela y lo perteneciente á esa ciudad, y *Santiagoño, a*, es aplicable sólo á las frutas que vienen por Santiago. *Santiaguino*, nuestra denominación corriente, no existe en el Diccionario.

Siquiera según la 11ª podíamos llamarnos *Santiagueses*, porque allí no se agregaba la especificación de *Compostela* que trae la 12ª: ésta nos ha dejado *innominados*, como el héroe aquel de *I promessi Sposi*.

Entre ser ó no ser, ¿no valdría más pedir la adopción de *Santiaguino* para los habitantes de las ciudades que están bajo la advocación de Santiago?

SATÁNICO, ▲.

Adjetivo que sólo aparece en esta 12ª edición, pero que estaba autorizado por el mejor uso desde hacía mucho tiempo:

“Ya con furor *satánico* medita
 No sólo echar á Cristo de la tierra,
 Sinó dejar en su insensato anhelo
 Mudo y vacío y solitario el cielo.”
 (NÚÑEZ DE ARCE, *Gritos del Combate.*)

TRANVÍA.

Esta voz, de reciente introducción, y que sólo significa el “ferrocarril en que los carruajes son arrastrados por caballerías,” es masculina según la última edición del Diccionario. Era femenina en la 11ª.

Sin duda que la razón del género primitivo atribuído á esta palabra fué la de que los compuestos terminados en sustantivo singular que conserva su forma simple, siguen el género de éste, sobre la cual han prevalecido posteriormente la de la costumbre autorizada y la de las analogías de otros nombres castellanos. *Tranvía* ha sido masculino por su significado como lo han sido *ferrocarril*, *camino de hierro* etc.

TEMPLE.

De antiguo viene cometiéndose en el Diccionario un yerro gramatical en una de las frases derivadas de la palabra *temple*: *Estar de buen ó mal temple*, en vez de *Estar de bueno ó mal temple*. (V. BELLO, G. C., núm. 83).

Igual observación puede hacerse á una frase análoga de la voz *gesto*.

TROZAR.

Aparece en la 12ª este verbo que faltaba en las anteriores. Significa *romper*, *hacer pedazos*.

VIGENCIA.

Las frases tan usuales en Chile *estar en vigencia* una ley,

una disposición etc., no están autorizadas por la Real Academia Española. Esta admite sólo el adjetivo *vigente*, aplicado á las leyes, ordenanzas, estilos y costumbres que están en vigor y observancia.

 El señor Vicuña Mackenna, en el artículo recordado en en la palabra *cheque*, afirma que la Real Academia no ha aceptado aún las palabras *manteleta* y *polleras*, como trajes de mujer, y *jira*, como paseo campestre: si se tomara el trabajo de hojear de nuevo el Diccionario, vería que todas ellas están convenientemente definidas.

Echa de menos el mismo escritor que no haya recaído sanción sobre los galicismos *vis á vis*, *soirée*, *tête à tête*, *hôtel* etc.—Líbrenos Dios de inculpar á la Academia por esas omisiones. Si en vez de *vis á vis* podemos decir *frente á frente*, en vez de *soirée*, *sarao*, en vez de *tête à tête*, plática ó conversación íntima, en vez de *hôtel*, *fonda*, *hostería*, *hostal*, *café*, *venta* etc., según los casos y la categoría de la casa de huéspedes de que se trata, ¿á qué introducir esos neologismos que afean la lengua, la bastardean de su origen y la empobrecen?

La Academia ha permanecido firme en su decisión de no sancionar mas palabras nuevas que las indispensables, de recta formación, é incorporadas en el castellano por el uso de las personas doctas, y por ello ha merecido y merecerá siempre el aplauso de cuantos siguen con interés sus trabajos y tratan de conformarse á sus mandamientos.—No es la lengua española la que nos hace falta para hablar con perfección, sinó que somos nosotros los que por falta de habilidad y estudio faltamos á ella. (Así Mayans y Siscar, en el núm. 191 de sus *Orígenes de la Lengua Española*).

Como en toda la 12.^a edición se observa fidelísimamente el nuevo sistema ortográfico de acentos, para dar razón de él se insertan al fin del Léxico las reglas correspondientes, extraídas de la Gramática publicada por la misma Corporación en 1880 y 1883.

Hay, sin embargo, en ellas omisiones que conviene salvar: *caído*, *saúco*, *paraíso* etc. se hallan con acento ortográfico en la Gramática y en el Diccionario Académico, sin que aparezca la regla correspondiente. Dando forma puramente didáctica y fácil para la retención en la memoria,

voy á consignar aquí todos esos preceptos en unas cuantas reglas, en las cuales me parece que están comprendidos todos los casos y dudas que pueden ocurrir, y suplidas las faltas á que he hecho referencia. (1)

Con esto pongo fin á este artículo que ojalá lleve algún provecho á los que sienten inclinación al estudio de la lengua castellana.

REGLAS DE ACENTUACIÓN.

Llevan pintado el acento ortográfico:

I.—La preposición *á*, las conjunciones *é, ó, ú*, los monosílabos de verbo con diptongo, como *fué, dió*, y los que tienen acento prosódico fuerte para distinguirlos de otros que no lo tienen y se escriben con unos mismos caracteres, como *dé*, verbo, y *de*, preposición,

a.—L y final, aunque suena como vocal, se considera como consonante para los efectos de la acentuación. No llevarán, pues, pintado el acento los vocablos *doy, soy, convoy* y demás análogos.

b.—*Más* se acentúa cuando es adverbio y *nó* cuando es sustantivo, adjetivo ó conjunción: “el tiempo es *más* precioso que el oro,” “*más* rico,” “*más* hombre,” “me conviene salir, *mas* no puedo.” *Aún* es monosílabo cuando precede á la palabra que modifica: es disílabo y se acentúa ortográficamente cuando le sigue.

II.—Las voces agudas de mas de una sílaba, terminadas en vocal ó en las consonantes *n ó s*: *rubí, daré, baladí, corazón, verás, Jesús, según, Valdés*.

III.—Las voces graves acabadas en cualquier consonante que no sea *n ó s*, como *portátil, ídem, alférez, González, mártir*.

IV.—Toda vocal débil (*i, u*) que, estando junta á otra débil ó llena (*a, e, o*), no forme con ella diptongo ó triptongo: *paraíso, oído, saúco, jesuíta, iriáis, baúl, continuo*.

V.—Todas las voces esdrújulas y sobresdrújulas: *héroe, dimostelo*.

(1) Estas reglas, sus ejemplos y disposición, me pertenecen sólo en parte: mucho se debe en ellas á ajena é ilustrada solicitud.

VI.—Los adverbios demostrativos ó relativos que entran en proposiciones interrogativas ó exclamatorias: *¿Cuándo vienes? ¡Qué locura!*

VII.—Las voces compuestas, cuyos simples tienen acento ortográfico, tales como los adverbios *cortésmente, hábilmente, únicamente*; los verbos que llevan enclítico, *amóme, tratóle*, y otras como *trigésimoséptimo* etc.

VIII.—Las voces extranjeras cuando deban llevar pintado el acento segun las reglas anteriores del castellano: *Léibach, Osmán, Wáshington* etc.

IX.—Las voces de mas de una sílaba que sólo se diferencian de otras en que tienen acento más fuerte, como:

a.—Las dicciones *éntre, pára, sóbre*, verbos, para distinguirlas de *entre, para, sobre*, preposiciones

b.—Los demostrativos *éste, ése, aquél*, en singular i plural, cuando se sustantivan.

c.—*Sólo* adverbio, para distinguirlo de los casos en que es adjetivo ó sustantivo. Así le pintaremos el acento en este ejemplo de don Andrés Bello.

“¿Qué es la virtud si víctimas demanda
 Ó si palabras de los hombres pueden
 Su pureza empañar? El moribundo
 Romano, dijo que era *sólo* un nombre,
 Y un nombre fuera *sólo*, si pudiera
 Darla el *sér* ó destruirla un soplo humano.”

En Junio de 1885.

E. NERCASSEAU MORÁN.

Miembro honorario de la Asociación de escritores i artistas de Madrid.



UNA CARTA.

I

Don Fernando de Salazar se moria en todo el vigor de la edad cuando una suerte propicia le habia concedido los bienes mas codiciados de este mundo: una mujer bella y cariñosa, hijos sanos e intelijentes, una hacienda considerable, la intimidad de algunos, la amistad de muchos, el aprecio de todos.

En el apojeio de la fortuna y de la dicha, se moria atacado por una recia y violenta calentura, cuya marcha implacable no habia podido ser detenida por nada, ni por nadie.

Ni los cuidados solícitos de la familia, ni los remedios usuales de la farmacopea doméstica, ni las drogas estrañas de la botica, habian logrado mejorarle.

Los médicos habian escudriñado sus cerebros hasta el desván en busca de una idea y rejistrado sus mamotretos hasta el índice en pos de una receta sin conseguir su propósito; y después de largas y repetidas juntas, habian concluido por desahuciarle sin discrepancia alguna.

La ciencia se veía forzada a cruzarse de brazos, y a confesarse vencida ante un enemigo irresistible que habia invadido la sangre, la carne, los nervios, el organismo entero de su víctima.

La batalla estaba perdida.

Así pasa el contento de la tierra, como el agua en el rio, como la nube en el cielo, como el viento.

II

Don Fernando de Salazar se habia casado hacía poco tiempo con doña Juana Ortega, señora de alto rango en el reino de Chile.

Ambos se habian amado desde su primer encuentro; y se habian idolatrado desde su matrimonio.

Una enfermedad inexorable iba a interrumpir aquella dulce historia de felicidad conyugal en los primeros capítulos.

Viendo la impotencia de los doctores y curanderos, la aflijida esposa habia buscado en el cielo la pócima salvadora que la tierra le negaba.

Excitada por el fervor relijioso, habia hecho mandas y promesas de toda especie, inclusa la de vestir un tosco sayal durante muchos años, si su marido sanaba.

Habia implorado de rodillas a Dios, a la vírjen y a todos los santos y santas de la corte celestial para que le otorgasen esa gracia.

Habia mandado decir mias y rezar novenas tendentes al mismo fin en todas las iglesias.

Habia pedido oraciones en todos los conventos y monasterios directamente por sí, o por conducto de sus conocidos.

Pero todas esas deprecaciones y promesas habian sido infructuosas; y todos esos rezos y plegarias no debian surtir efecto alguno.

III

Don Fernando de Salazar, tenia las horas contadas en el reloj eterno, sin que fuera posible prolongarlas un minuto.

Su cútis descolorido habia tomado la palidez de un cadáver.

Su respiración ajitada se habia puesto anhelante y fatigosa.

Su voz balbuciente presajaba el silencio sin término.

El paciente se hallaba inmóvil y preso en su cama, como un reo en capilla, próximo a subir a ese patíbulo invisible a que todo sér humano nace condenado.

Doña Juana Ortega permanecía sentada en la cabecera del lecho para prestar al enfermo esa multitud de menudos y valiosos servicios que solo la mano suave de una mujer afectuosa sabe ejecutar en tal trance.

Ya limpiaba el sudor que cubria su frente lívida.

Ya humedecía sus labios secos y cárdenos.

Ya acomodaba la ropa de la cama descompuesta por esta o por aquella causa.

Conociendo que su estado se empeoraba, el postrado caballero solicitó con instancia que se llamara a un escribano para dictar sus últimas disposiciones.

Se le obedeció en el acto.

La muerte se acercaba a paso acelerado.

IV

El aposento donde don Fernando de Salazar iba a dormir el sueño supremo era vasto, sombrío, y desprovisto de todo ornato y comodidad.

Nada revelaba en su interior la opulencia de un rico propietario, ni la delicadeza de un sujeto perteneciente a la clase principal.

Cualquiera podria figurárselo en su mente, recordando el cuarto de una posada establecida en un camino poco frecuentado, o el de un fundo rústico situado a larga distancia de una población.

Los historiadores y los novelistas partidarios de las largas descripciones no habrian podido borrajear muchas

páginas haciendo el inventario de tamaña desnudez y deficiencia.

Las paredes estaban blanqueadas con cal, y el techo pintado con añil.

No había otros muebles que un catre donde yacía el moribundo, unas cuantas sillas de palo y dos mesas ordinarias: una atestada de frascos y vasos, y otra en que se hallaba colocado un crucifijo de escultura primorosa.

Un jergón roto cubría un suelo mal enladrillado.

Las ventanas pequeñas y desiguales estaban completamente cerradas,

Un rayo tímido de sol, que penetraba a duras penas por la puerta entornada, no alcanzaba a disipar la oscuridad que, como una negra cortina, enlutaba los rincones de la estancia.

Ese débil rayo de sol con su luz amarillenta, semejante a la de un cirio funeral, hacía resaltar el hombre que espiraba, la mujer que le asistía, y el Santo Cristo que, desde lo alto de la peana, contemplaba con su cara sungrienta y resignada aquella agonía tétrica y aquel dolor inmenso.

V

El escribano acudió al llamamiento con la premura que el caso requería, trayendo consigo tintero, papel y plumas, esto es, los materiales indispensables de su oficio, que muchas veces faltaban en las casas a que iba.

El enfermo hizo venir inmediatamente a varios sujetos con quienes le ligaban conexiones de vecindad; y cuando estuvieron en su presencia, les rogó que fuesen testigos de sus últimas voluntades,

El testamento, que fué redactado sin ningún tropiezo, ni dificultad, era corto y sencillo,

Don Fernando de Salazar empezaba sus disposiciones en nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios no mas.

Espresaba quo creía en todos los dogmas y misterios de

la fé católica, en cuya convicción había vivido, y protestaba morir.

Esperaba que la Divina Majestad le había de perdonar sus culpas y pecados por los méritos de Jesucristo y por la intercesión de la Virgen María, a quién elejía abogada, para que, con el santo de su nombre y el ángel de su guarda, le defendieran ante el tribunal de Dios.

Declaraba que había nacido en España, de donde había pasado a la América; que contaba treinta y cuatro años de edad; y que se había casado y velado en Chile con doña Juana Ortega, de quién tenía un hijo, llamado Francisco, y una hija llamada Clara,

Nombraba herederos a sus hijos, a quienes dejaba las cuatro quintas partes de sus bienes, y a su mujer, a quién asignaba el resto, para que los gozasen y empleasen con la bendición de Dios y la suya.

Y concluía ordenando algunos legados piadosos en beneficio de su alma, y haciendo algunas indicaciones respecto de su funeral.

El escribano salió de la pieza para ceder su puesto a un sarcedote.

Poco después, entraba la muerte.

VI

El fallecimiento de don Fernando de Salazar, aunque previsto, ocasionó en la familia el trastorno que era natural,

Doña Juana Ortega no se laceró el rostro, no se mesó los cabellos, no tuvo llantos excesivos, no hizo demostraciones desaguisadas.

Bsjo el imperio del réjimen colonial, la viuda debía guardar compostura en su duelo.

La lei prohibía severamente las manifestaciones de la especie indicada, bajo la pena de que el contraventor sería rechazado de la iglesia hasta un mes, y de que perdería la décima parte de los bienes, la cual, en tal caso, debía

distribuirse en tres porciones: una para misas por el alma del finado, otra para el acusador y otra para el alguacil mayor de la ciudad.

Si los infractores eran pobres, debían sufrir una prisión de treinta días.

El monarca quería que los vivos no sintiesen inmoderadamente a los muertos; y que sus súbditos, en los lances fúnebres, se ostentasen tranquilos y resignados, siquiera en apariencia.

Había un límite prefijado para el luto y para que la puerta de una casa mortuoria estuviera cerrada, límite que variaba según el grado de parentesco,

Doña Juana Ortega no desfiguró, pues, su hermoso rostro, ni cubrió sus abundosos cabellos con una toca monjil, lo que estaba igualmente prohibido; pero sintió a su marido en el alma, y le lloró en silencio.

VII

Trascurrió un año.

El tiempo, ese bálsamo sedativo de todos los dolores, y la vista de los hijos, esa fiesta continua de las madres, mitigaron un tanto su pesar, pero no lo extinguieron.

Siempre irradió en su interior el retrato de su marido grabado con tinta indeleble.

Los antiguos peruanos, mas diestros en este punto, que los mismos egipcios, habían hallado el medio de conservar intactos los cadáveres de los incas.

Hai corazones fidelísimos que saben mantener ileso durante toda su existencia el recuerdo de un muerto querido.

VIII

El orden normal perturbado por el fallecimiento de don Fernando de Salazar se fué restableciendo lentamente en

la casa donde éste había vivido, si bien quedó siempre en ella una niebla de tristeza.

El olor a cadáver no se devanece fácilmente: persiste pegado por mucho tiempo en los muebles, techos y paredes de una habitación.

El sincero y profundo pesar de doña Juana Ortega se comunicaba a cuanto la rodeaba.

Su espíritu fuertemente conmovido reanimaba á cada instante la imájen de su esposo con singular perseverancia.

Mediante esa evocación constante, la sombra, ya que no el cuerpo del difunto, vagaba en patios, corredores y aposentos.

En aquella silla, se sentaba; en este sitio, se paseaba; en ese rincón, había espirado.

Allí había conversado de negocios con un amigo; aquí había jugueteado con sus hijos; acullá la había colmado a ella de caricias.

La obsesión de que hablo tenía lugar de día y de noche, en la vigilia y en el sueño, sobre todo de noche y en el sueño.

La aparición de espectros en el mundo real es más frecuente de lo que muchos piensan.

Los fantasmas que figuran en *Hamlet* y en *Macbeth* se muestran también amenudo en nuestros prosaicos edificios modernos.

Si bien se recapacita, la máquina que tanto asombro causa en las tablas de un teatro, es ordinaria y común en la realidad de la vida.

IX

La ciudad de Santiago dormitaba en la inercia bajo su cielo azul, á pesar de ser las dos de la tarde, como una dama perezosa pasa una parte del día envuelta en las sábanas y cobijada bajo las colgaduras de su lecho.

Las calles estaban silenciosas y desiertas, llenas de polvo, de sol y de fastidio.

En medio de esa soledad claustral, un empleado salió del palacio del presidente-gobernador, y se encaminó con paso reposado y grave á la morada de doña Juana Ortega.

Luego que llegó al término de su viaje, el sujeto con-sabido puso en manos de la joven viuda una carta venida de España, en cuyo sobre se leía: *Señor Don Fernando de Salazar*, espresando que el excelentísimo señor presidente había recibido especial encargo del excelentísimo señor ministro de Indias para entregarla á la persona designada; pero que, en la imposibilidad de hacerlo, había creído de su obligación, después de un maduro exámen, remitirla á la representante de la testamentaría.

La buena señora recibió el recado, dió las gracias y que dó pensativa, y, sin tener por qué, asustada.

X

Aquella carta enviada de lejas tierras inquietó sobre manera á doña Juana.

Tenia miedo

Miedo, ¿de quién?

Miedo, ¿de qué?

No lo sabía, pero tenía miedo.

Esa carta debía ocultar bajo su cubierta la desgracia, como un papel doblado con prolijidad suele guardar bajo su envoltura un veneno reducido a polvo.

La Ortega reprimió su sobresalto, pero se abstuvo de romper el sello.

Colocó la carta cerrada ante el crucifijo que había contemplado la agonía y la muerte de don Fernando, y se retiró a su dormitorio, donde se entregó al recojimiento y la oración.

¿Qué objeto se había propuesto al practicar todo aquello?

Uno, en su concepto, muy fácil y sencillo.

Esa carta contenía sin duda su destino y el de su familia.

Esperaba que la Providencia Divina interviniese á favor de ella y de ellos en momento tan crítico.

En las consejas que había oído en su niñez, se hablaba de una hoja de árbol trocada en una moneda de oro.

¿Por qué no se operaría en beneficio suyo un milagro semejante?

XI

Al día siguiente, doña Juana Ortega se decidió á tomar conocimiento de la carta que se le había remitido por el presidente.

La abrió con mano trémula.

La leyó una vez, y no entendió bien lo que decía.

La leyó otra vez con despacio sumo, y quedó aturdida como si hubiera caído de una torre al suelo.

Una señora que se titulaba mujer de don Fernando de Salazar, y hablaba como tal, escribía á éste que por una gran casualidad había sabido que estaba avecindado en Chile.

Le daba una cuenta detallada de su hijo, y le proponía en propios términos ir con ese hijo á establecerse en Chile á su lado.

Aguardaba solo su contestacion para emprender el viaje.

XII

Desde aquel instante, el infortunio de doña Juana fué completo: un mal sin remedio.

La muerte de don Fernando había destruido su felicidad presente.

La carta recibida venía á acibarar el recuerdo de su felicidad pasada.

Era preciso rendirse á la evidencia.

El hombre superior á quien habfa entregado su cuerpo y su amor, á quien habia tributado una especie de culto, era un ídolo de madera carcomida, pintado por de fuera.

Don Fernando habia mentido ante Dios y los hombres.

Nunca habia aludido á su casamiento anterior ni en las diligencias matrimoniales efectuadas en Chile, ni en sus conversaciones privadas, ni en sus disposiciones testamentarias.

Todo proclamaba su falsía y malicia.

XIII.

Sin embargo, en medio de las acriminaciones mas vehementes y de los cargos mas fundados, doña Juana percibía en su interior una voz que tomaba la defensa del bigamo.

¿No habría alguna circunstancia atenuante de su delito?

Quizá su matrimonio anterior era nulo.

Quizá habia creído muerta á su primera mujer.

En todo caso, si Salazar habia faltado ante la sociedad y ante la iglesia, habia delinquido por amor á ella.

Demasiado bien lo habia manifestado en su última hora.

¿No merecia entonces alguna disculpa, ya que no un perdon completo?

El corazón es un abogado caviloso que nunca deja de hallar argucias y sutilezas para patrocinar las peores causas.

Es el primero de los sofistas.

XIV

La bigamia de don Fernando de Salazar dió oríjen á un

largo y porfiado pleito entre la familia española y la chilena sobre derecho á los bienes dejados por el difunto.

El litijio se transijió al fin después de mucho dispendio de argumentos, citas, tinta y papel sellado.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.



ESTADO DEL HABLA CASTELLANA EN CHILE

I

“Sin juramento me podrás creer que quisiera que este libro, como hijo del entendimiento, fuera el mas hermoso, el mas gallardo y mas discreto que pudiera imaginarse.”

Así entregaba, el autor del Quijote, a sus lectores, el mas bello monumento de la literatura castellana, y una de las mas grandiosas producciones del ingenio humano. Estas palabras con que el discreto Cervántes pretendia ocultar su esclarecido talento, vistiéndolo con el velo de la modestia, sírvannos tambien a nosotros, al dar a luz estas líneas, para manifestar nuestra insuficiencia, y ponernos así a cubierto de la tacha de presuncion con que nuestros lectores nos podrian tildar, y no sin sobrada justicia.

Puesto, pues, este corto preámbulo, que no va por mera fórmula ni por vana cortesía, entramos en las consideraciones que son el objeto de este artículo, que por desaliñado y falto de doctrina que sea, siquiera podrá tener el mérito de dar oríjen a otros de autores mas esclarecidos y de mayor autoridad en la materia.

Largos años hace que dos jéneros de literatura vienen disputándose el campo de las letras, sin que ninguno de

los dos contendientes haya, hasta ahora, batido palmas de decisiva victoria, y ántes por el contrario, creemos que la lucha será larga, atendida la naturaleza de la contienda y la calidad de los adversarios. Bien se deja entender que hablamos de las dos especies de literatura que se han clasificado con los nombres de *Clasicismo* y *Romanticismo*.

Declaramos de antemano, y sin reparo alguno, que no es nuestro intento tomar parte en la larga y porfiada lucha de que hemos hecho mencion, pues que no teniendo el valor ni las armas adecuadas para ello, mal podríamos inclinar la suerte del triunfo, donde tantos jefes esforzados y peritos han hecho relucir con tanto brillo sus cortadoras espadas. Esto, no obstante, la fuerza nos lleva, y el instinto del buen gusto nos arrastra, de tal suerte que, aunque pasivos, tenemos ya tomado nuestro puesto.

Destruído el imperio Romano por el jérmén de corrupcion que en sí mismo llevaba, y por la causa ocasional de las invaciones de los bárbaros, comenzó la formacion de nuevos pueblos, y con ellos la formacion de nuevas lenguas. Amalgamáronse el idioma latino, que era la base, y los idiomas de los pueblos vencedores, sin que faltasen otros dialectos estraños, dando lugar así a la formacion de las lenguas romances, que hoy dia se hablan en casi todos los pueblos cultos de Europa y América.

Fueron, pues, en España las lenguas latina y goda las que dieron casi todos los elementos para la formacion de la lengua castellana, no escaseando los auxilios del árabe y de otros dialectos secundarios. Si notamos que los godos, ántes de establecerse en España, habian tenido no pocas relaciones con los romanos, echaremos de ver bien claro que la lengua latina no era desconocida para ellos, ántes bien acaso les era familiar. Dedúcese de lo dicho que la lengua castella tiene con la latina mas afinidad que ninguna otra lengua romance, si exceptuamos la italiana.

Sentada esta base, que nos servirá mas adelante, formulamos el objeto de nuestra disertacion en la siguiente pregunta: *¿Cuál es el estado del habla castellana en Chile?*

Así como los poetas épicos se detienen de vez en cuando para pedir nueva inspiracion a las musas, y toman nuevos bríos en presencia de las graves dificultades que en el espinoso camino que deben recorrer se les presenta, de

igual modo debiéramos nosotros tambien, al llegar a este punto, recojer nuestro espíritu y tomar nuevo aliento, ya que estamos resueltos a dar a la anterior pregunta una solucion que puede no estar acorde con la opinion de muchos, y puede tomarse por exajerada al parecer de no pocos.

Esperamos, sinembargo, que nuestros lectores, que podrian juzgarnos de antemano con demasiada severidad y dureza, modificarán algun tanto su juicio, una vez conocidas las razones y motivos que para formar el nuestro han servido.

Decimos, pues, netamente y sin rodeos, que *el habla castellana en Chile se encuentra sobremanera corrompida*; lo cual proviene, a nuestro entender, de muchas causas que pasamos a examinar en seguida.

II

Decíamos al principio que ninguna lengua romance, si exceptuamos la italiana, tiene mas afinidad que la nuestra con el idioma latino. De aquí nace que, siendo la lengua castellana hija lejítima de la latina, heredase de ésta casi todo su inmenso caudal y riqueza, entendiéndose por tal, como dice Garces, "ya la abundancia de voces, ya aquellos singulares modos que ella tiene de variar natural y oportunamente una misma expresion, variándose así la elocuencia y el número; . . . ya, en fin, aquel abundar ciertas peculiares voces de sentidos y mui naturales significados demas del inmediato y propio."

Siendo, pues, como lo es, el idioma castellano tan rico por el número de sus voces y por la variedad de acepciones de las mismas, vemos, sinembargo, con harto sentimiento, que en nuestra patria, a causa de desconocerse una buena parte de los vocablos castellanos, se le reduce cada dia mas a una pobreza tal, que bien pudiera decirse para nosotros los chilenos lo que el divino Herrera decia, mucho tiempo há, en sus comentarios al poeta Garcilaso:

“Por nuestra ignorancia habemos estrechado los términos extendidos de nuestra lengua; de suerte que ninguna es mas corta y menesterosa que ella, siendo la mas abundante y rica de las que viven ahora.”

“Es tanta la riqueza de nuestra lengua, dice don Antonio de Capmany, que cuanto mas se estudia, mas da que estudiar; y cuanto mas se profundiza, mas tesoros descubre. El Diccionario mismo de la Real Academia, sin embargo de ser el mas copioso, y trabajado con mayor método y exactitud que hasta ahora ha publicado ninguno otro cuerpo literario sobre lengua general y usual de una nacion, en cada nueva edicion tiene que recibir suplementos de muchas voces autorizadas en los libros y escritos públicos, que se habian escapado a la diligencia de los primeros investigadores, y de otras de nueva adopcion que el uso ha canonizado, y la analogía debe formar, para que las prohíje la lengua, pues de ella misma nacen.”

Olvidadas, pues, por nuestra propia incuria e ignorancia una buena parte de las voces de nuestra lengua, cada dia va perdiendo, como es natural, esa flexibilidad, dulzura y majestad, que pueden disputarle apénas los inagotables veneros de un Virjilio o de un Horacio.

Abramos, por via de ejemplo, el Quijote, y en cualquiera de sus pájinas leeremos pasajes como este:

“Ese es el cuerpo de Crisóstomo, que fué único en el ingenio, solo en la cortesía, extremo en la gentileza, fénix en la amistad, magnífico sin tasa, grave sin presuncion, alegre sin bageza; y finalmente primero en todo lo que es ser bueno, y sin segundo en todo lo que fué ser desdichado. Quiso bien, fué aborrecido, adoró, fué desdeñado, rogó a una fiera, importunó a un mármol, corrió tras el viento, dió voces a la soledad, sirvió a la ingratitude, de quien alcanzó por premio ser despojo de la muerte en la mitad de la carrera de su vida, a la cual dió fin una pastara a quien él procuraba eternizar para que viviera en la memoria de las gentes, cual lo pudieran mostrar esos papeles que estais mirando, si él no me hubiera mandado que los entregara al fuego, en habiendo entregado su cuerpo a la tierra.”

Esto se llama riqueza de un idioma.—¡Qué bien provisto estaba el taller de aquel artista que sabia imprimir a sus cuadros una variedad casi infinita de tintes y colores!

Los escritores de nuestro país y de nuestros días, no habrían hecho así el retrato del infortunado Crisóstomo: habrían usado éste o parecido lenguaje: Este es el cuerpo de Crisóstomo, que fué todo un ingenio, el más cortés y el más gentil de los hombres, el mejor de los amigos, sin que jamás diese entrada en su corazón ni a la presunción ni a la bajeza. . . .

Esto se llama empobrecer un idioma.—En el cuadro de Cervántes campean todos los colores y todos los matices; en el otro solo hai dos o tres colores de los más comunes; no hai matices.

Confesamos que sería para nosotros tarea no muy difícil, tomar el Diccionario de la lengua, y en cualquiera de sus letras anotar un gran número de vocablos que en Chile yacen relagados al perpétuo olvido, a pesar de ser sonoros, bien formados, usados por nuestros mejores clásicos, y sin que el mismo Diccionario les haya puesto la tacha de anticuados.

No acumularemos, sin embargo, ejemplos de esta especie, ya porque pudieran parecer demasiado rebuscados, ya por que el leer largas listas de palabras, siempre es algo empalagoso y desabrido.

Se nos permitirá, con todo, porque hace a nuestro intento, citar algunos pasajes de un escritor español de nuestros días, miembro correspondiente de la Academia Española, y “cuya influencia en nuestra literatura, al decir de su biógrafo, es de las más grandes que ha podido haber, y la señalarán en toda su extensión el tiempo y la venidera infalible justicia de las categorías literarias.” don José María de Pereda.

El señor Pereda es el autor de las *Escenas Montañesas*, *Tipos y Paisajes*, *Blasones y Talegos*, *Hombres de pro*, *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, *De tal palo tal astilla*, *El sabor de la Tierruca*. De esta última obra del “originalísimo escritor y maestro incomparable que ha trazado a la novela española el seguro camino de la observación al natural,” tomamos los siguientes pasajes:

“Alzábase majestuoso en la falda de una suavísima ladera, al mediodía, y servíale de cortejo espesa legión de sus congéneres, enanos y contrahechos, que se extendían por uno y otro lado, como cenefa de la falda, asomando sus

jorobas mal vestidas y sus miembros sarmentosos entre maraños de escajos y zarzamora." (páj. 3).

"En primer término una extensa vega de praderas y maizales, surcada de regatos y senderos; aquéllos arrastrándose escondidos por las húmedas hondanadas; éstos buscando siempre lo firme en los secos altozanos." (páj. 3).

"Se llega al borde de una amplísima meseta, sobre la cual se desparrama un pueblo, entre grupos de frutales, cercas de fragante seto vivo, redes de camberones, paredes y callejas; pueblo de labradores, montañeses, con sus casitas bajas, de anchos aleros y de hondo soportal." (páj. 4).

"A la parte de allá de la sierra que domina y asombra a Rinconada, está la villa, de la cual se surten los pueblos que vemos de lo que no sacan de su propio terruño." (páj. 5).

"Las mieses de Cumbrales son extensas, ricas y bien soleadas." (páj. 6)

"Así anda todo encontrado y a testerazos en estas dos aldeas vecinas." (páj. 7).

"Comenzaba el mes de octubre, parecía el fresco retoño de la vega tapiz de terciopelo, y las ya amarillas panojas se oreaban en los maíces despuntados, dentro de la seca envoltura, que chasqueaba y crujía, como estrujado papel, al secar sobre ella el calor del sol el rocío de la noche. Andaba rayando el mediodía; inmóvil estaba el follaje, etc." (páj. 9).

"Y como el calor le molestaba, había deshecho el leve nudo de la corbata y soltado el boton del cuello de la camisa, por cuya abertura se entreveía su rollizo y blanco pescuezo, sin barruntos de nuez ni asomo de costrones." (páj. 10).

"¡Si parece mentira lo que se ve desde léjos, mirando hacia la tierruca con los ojos del corazón! Si es en abril y mayo, jurara que veo a mis convecinos arando en la vega, o moliendo los terrones con los cuños del rastro, o cubriendo los surcos despues de la siembra; si es en junio, cuando ya verdeguea el maiz sobre el fondo de la heredad, que oigo las campanas de las salladoras, y que las veo en largas filas, con el sombrero de paja, la saya de color y en mangas de camisa." (páj. 13).

Como ven nuestros lectores, en cada página del libro citado nos vamos encontrando con palabras que pudieran

parecer nuevas o rebuscadas, y sin embargo no son tales para un escritor que, como Pereda, conoce el idioma de su patria y sabe manejarlo. Y no se diga que Pereda ha tratado de dar novedad a su estilo, usando neologismos o arcaísmos inútiles, pues, por el contrario, es uno de los escritores que más ha trabajado, en los últimos tiempos, por restablecer el lenguaje común y sencillo, deteniéndose solo en los límites de lo vulgar y rastroero.

Tan solícitos debemos andar en cuidar el valiosísimo tesoro que nos legaron nuestros mayores, que a veces debemos desconfiar hasta de nuestros mejores amigos. Y así ¿por qué habíamos de seguir los consejos de don Vicente Salvá, hombre, sin duda alguna, versadísimo en el estudio de los clásicos, que nos advierte que debemos refutar como anticuadas frases y voces como éstas: *crecer* (por aumentar), *pláceme*, *solaz*, *topar*, *tristura* (creemos que puede usarse en poesías), *dar a saco*, *parar mientes*, *ponerse de hinojos*, etc., etc., únicamente porque son del siglo XVI?

Las anteriores observaciones ¿significan que pretendemos hacer revivir el lenguaje castellano tal como se usaba en los siglos XVI y XVII? Nó. Comprendemos perfectamente que todas las lenguas experimentan, en el transcurso de los tiempos, transformaciones y cambios, ora perdiendo muchas de sus voces y locuciones primitivas, ora tomando vocablos y expresiones nuevas.

Lo que queremos, lo que deseamos con ansias, es que, dejando a un lado esas accidentales alteraciones del idioma, se conserve su riqueza sustancial, por decirlo así, su pureza, su carácter propio, su índole, su genio peculiar: cosas todas tan privativas de cada lengua bien formada, que ni el tiempo ni los hombres podrían destruirlas, so pena de destruir la lengua misma.

Ahora bien, la lengua castellana, como todas, ha tenido sus mudanzas, y ha pasado, por lo mismo, desde su formación hasta nuestros días, por períodos de esplendor y de relativa decadencia. ¿A dónde deben dirigirse entonces nuestros esfuerzos si queremos hablarla rica y hermosa, tal como de suyo lo es? Claro está que debemos aspirar a conservarla como estuvo en la época de su mayor apogeo; es decir tal como, a fuerza de labor y de talento, la dejaron ingenios tan esclarecidos como Cervantes, Granada,

Mendoza, Solís, y tantos otros; salvas, empero como hemos dicho ya, variaciones secundarias que no cambian ni su carácter, ni su jenio.

Se dirá que mal podemos conservar nosotros el idioma castellano como se habló y escribió en los siglos XVI y XVII, cuando ni los que están mas obligados, como son los españoles, lo conservan.

A los que tal observacion hicieran, daríamos por única respuesta, que ojalá los escritores de nuestra patria siguieran de cerca el camino que les han trazado Breton de los Herreros, Mesonero Romanos, Ochoa, Hartzembusch, Cañete, Tamayo y Baus, Nocedal, Catalina, Saavedra, Cánovas del Castillo, Menéndes Pelayo, y tantos otros.

III

“Dos vicios, dice don Vicente Salvá, deben huirse igualmente en toda lengua viva: incurren en el uno los que están tan apegados a los escritores clásicos que nos han precedido, que no creen puro y castiza una voz, si no está autorizado por ellos; y el otro, que es el mas frecuente, como que se hermana mucho con la ignorancia; consiste en adoptar sin discrecion nuevos giros y nuevas voces, dando a las cosas que ya conocieron y llamaron por sus nombres nuestros antepasados, aquel con que a nuestros vecinos les place designarlas ahora. Para hablar con pureza el castellano, conviene evitar uno y otro escollo.”

Las mismas saludables advertencias que el distinguido gramático español hacia a sus compatriotas, treinta y cinco años atras, son las que nosotros hacemos a los nuestros, sino con la misma autoridad, apoyados, a lo ménos, en idénticos temores.

Hemos procurado demostrar en lo que escrito llevamos, que el habla castellana se va corrompiendo en nuestra patria en sumo grado, a causa del olvido en que numerosas voces y locuciones se van echando. Pues bien, de este vicio, que nadie podrá desconocer, nace otro, hijo lejítimo suyo,

y es la adopción de palabras y frases que no son del idioma, y de las cuales no tenemos necesidad alguna. Y es natural que así suceda, pues, reducido nuestro verdadero vocabulario a un cortísimo número de voces, que no bastan, por consiguiente, para designar las cosas, y expresar los pensamientos, hai que recurrir a voces nuevas o prohiar las ajenas. Y así es que como nuestros escritores, en vez de purificar el idioma, lo corrompen cada dia, introduciendo en él palabras espurias y neologismos inútiles, unas veces por ignorancia, y otras por una mal comprendida novedad.

Si consultáramos mas amenudo el Diccionario de la lengua, y no diéramos de mano al estudio de los clásicos, veríamos que no pocas veces se nombran objetos y se expresan ideas con estas o aquellas voces nuevas, cuando nuestra lengua los tiene sonoras y bien formadas con las mismas acepciones.

Y es lo peor, entre nosotros, que poseyendo el mas rico y abundante de los idiomas romances, vamos a mendigar, lo que de sobra tenemos, de uno de los mas pobres.

Y así es, en verdad, porque la nación chilena, (con harta vergüenza lo decimos, renunciando muchas veces a su propia autonomía, y a su libre actividad, ha puesto todo conato y empeño, en ser solo una servil imitadora de Francia, ora copiando en nuestros códigos sus leyes, ora esforzándose en introducir entre nosotros sus costumbres, (buenas o malas,) y dejándose arrastrar de ordinario por el *espíritu francés*, que si bien puede estar revestido de mucho brillo, no siempre es ni el mas verdadero ni el mas recto.

Y tan cierto es esto, que, años atras sobre todo, la industria y el comercio no tenían mejor medio para acreditarse, que señalar su oríjen frances, y así, a cada paso nos andábamos topando con peluquerías, sastrerías, zapaterías, tiendas, boticas francesas; y ningun artículo de comercio era bueno ni elegante sino llevaba un sello con un retrato, en que se leyese el nombre de *Napoleon III Empereur*.

No podia correr mejor suerte nuestra lengua, y así fué que en poco tiempo se vió invadida por tal gran número de galicismos, que a buen seguro el amenísimo Cervantes ha-

bia necesitado de intérprete para entendernos, si se hubiera de su ignorada tumba levantado.

Y en este punto hemos sido harto tenaces, porque no hemos puesto oído ni a las justas advertencias de los críticos ni de las severas reprensiones de Baralt nos hemos aprovechado.

Ahora bien, ¿cómo se explica semejante afán por ir corrompiendo nuestro idioma, mezclándolo con tantas voces, giros y locuciones francesas? ¿Será porque la natural inclinación exige que el pobre y menesteroso debe recurrir al rico y acaudalado?

Larga, pero no difícil tarea sería parangonar el idioma de Cervantes, de Calderon y de Mariano, con el de La Bruyere, de Corneille y de Pascal; pero ya que no nos es dado llevar a término este punto, séanos permitido siquiera copiar algunos párrafos que pueden servir lo bastante para hacer perder algun tanto la excesiva estimación que por una lengua extranjera se tiene, con detrimento de la propia.

Dice don Antonio de Capmany:

“Para traducir la energía, rapidez y libertad de las lenguas antiguas es muy pesado y pobre instrumento un idioma (el francés) tan difícil de manejar, tan ingrato, tan trivial y tan sujeto a las anfibolías, cuya universalidad moderna podrá deberla a causas políticas, mas no a los encantos de su melodía, a la gracia de sus sales, ni al primor y variedad de sus dicciones.

“Esta lengua, universal porque se ha hecho el idioma vulgar de las artes y ciencias, ¿dónde tiene la valentía de las imágenes, dónde la gala de las expresiones, dónde la pompa de las cadencias? Apesar de su corrección, pureza, claridad y orden (que mejor se diría esclavitud gramatical), nada tiene del carácter épico, nada del número oratorio, por causa de sus vocales mudas, de sus sílabas mudas y sordas, de sus términos mudos, sordos, y mancos alguna vez; de sus terminaciones agrias, de sus monosílabos duros, y de su arrostrada y atada construcción, que no admite las transposiciones del español, del italiano y del inglés.”

“Además de la aspereza material de las palabras, está desnuda de las imitativas, que hacen tan exacta y viva la representación de los accidentes exteriores, y movimientos

de las cosas animadas e inanimadas, está pobre de voces compuestas, y por consiguiente carece de toda la energía y fuerza que comunican a la expresión las ideas complejas. . . ."

La abundancia de la lengua francesa, comparándola con la española, no se ha de sacar de un término de relojería, mineralojía, tintura o peluquería, etc., ni de los que explican nuevas operaciones en artes. . . .

"Si se toma la escasez por brevedad, seguramente no hay lengua mas breve, porque en haciendo los escritores franceses provision de media docena de palabras auxiliares, vagas e indefinidas, salen de muchos apuros, eximiéndose de determinar y especificar todas las acepciones e ideas accesorias, ya en el sentido recto, ya en el figurado."

Segun esto. ¿qué necesidad nos lleva a recurrir al idioma francés para pedirle lo que no tiene ni puede darnos? ¿Qué falta nos hacen los *es por esto que, espíritu fuerte, toilette, debut, debutar, soirée*, y tantos otros vocablos galicanos, sino es para satisfacer la misma inexcusable vanidad con que amenudo se dice: andamos vestidos a la moda de Paris?

"Si continúan como hasta hoi, dice el señor Hartzenbuch, y se van extendiendo estas y otras varias especies de galicismos; si seguimos tomando del francés palabras de buen o mal sentido, y olvidamos por ellas las de uso corriente; si a las voces castellanas se aplica significacion que nunca tuvieron; y al formar la oracion gramatical y el período distribuimos y enlazamos los términos de otra manera que la usual hasta ahora, el feliz resultado de tantas y tan graves innovaciones habrá de ser la formacion de un idioma nuevo, dialecto francés con pronunciacion castellana. Oscuras y grotescas entónces las majestuosas y floridas cláusulas de Fray Luis de Granada y Miguel de Cervantes, los giros poéticos mas gallardos de Herrera y Rioja, perecerá toda nuestra literatura clásica, condenada al olvido como gala que agujereó la polilla, moneda degastada y sin curso, mueble roto y sin compostura."

Bien se comprenderá que nos hemos detenido algun tanto en las anteriores observaciones, por la marcada propension que existe entre nosotros de dar cabida a jiros y vocablos frances, por mas opuestos que sean a nuestra len-

gua los primeros, e inútiles los segundos. Lo cual no quiere decir, por cierto, que no rechacemos de igual modo cualquiera innovacion que tienda a desvirtuar la pureza del habla castellana, cualquiera que sea la procedencia de los nuevos elementos que a dicha innovacion dan lugar.

No creemos, sin embargo, que lo que hasta aquí dicho llevamos en el punto tercero de este escrito, sea motivo sobrado para que de puristas *intransijentes* se nos tilde, ya que admitimos gustosos toda justa innovacion y por la lengua exigida.

En efecto, acaso no hai cosa que esté sujeta a mas grados de adelantamiento y perfeccion que los idiomas, puesto que ellos tienen que seguir necesariamente el mismo progreso humano, en todas sus manifestaciones, ya sea en las ciencias, en las artes o en la industria. Inesplicable necesidad seria, por lo tanto, pretender encerrar en un círculo de hierro las voces y locuciones de un idioma, sin dar entrada jamas a elementos nuevos o ajenos. Lo que por nuestra parte pretendemos es que tales innovaciones se hagan con prudente parsimonia, con acierto y discrecion; que se hagan, en hora buena, siempre que sean reclamadas por una necesidad verdadera, y que no sean hijas de la ignorancia o de la mera novedad.

Nos adherimos, por lo tanto, de lleno a la Real Academia, cuando dice:

“Este cuerpo literario no puede ni debe guiarse por el prurito de *filosofar*; no puede proponerse extender innovaciones poco maduras, ni fundar sus reglas en *teorías* mas o menos depuradas, si no que ha de limitarse a consignar el estado real y presente del idioma, registrar las leyes institutivas a que obedece en su curso y desenvolvimiento, y a sancionar con su autoridad las prácticas regulares y constantes del *buen uso*.”

Nos parece tambien que siempre que la necesidad nos obligue a introducir en nuestra lengua voces nuevas, debemos recurrir en primer término a los inagotables tesoros del griego y del latin, y sobre todo al primero, si se buscan voces para el tecnicismo de las ciencias, o para nombrar nuevos inventos. Y así ¿quién podría reprochar a la Academia el haber dado cabida en su Nuevo Diccionario a palabras tan necesarias y tan bien formadas como *telegra-*

ma, teléfono, fonógrafo, y varias otras? Y al revés, ¿a dónde iríamos a parar si, como parece desearlo un ilustre miembro de la Academia Chilena, la sabia corporacion que nos ha enviado la última edicion de su Diccionario, hubiera dado cabida en él, desde luego, a *charquican, rascado, aye-cahue, cutama, chape, chércan, chigua, huiana*, y a los demas innumerables *chilenismos* y *araucanismos* que andan en boca del vulgo?

IV

Hasta aquí hemos examinado los dos vicios capitales que mas han contribuido a la corrupcion del habla castellana en Chile: el olvido o desconocimiento de las voces y locuciones propias del idioma, y la poca parsimonia e indiscrecion con que se ha procedido en la adopcion de elementos nuevos o extraños.

Permítasenos aun hacer notar otro defecto en que incurren los hablistas de nuestra patria, (salvo un cortísimo número), y que si no vicia sustancialmente el idioma, tiende, a lo ménos, a afearlo sobre modo.

Nadie que conozca, medianamente siquiera, la lengua española, podrá negar que uno de los caracteres que le dan una indisputable superioridad sobre las demas lenguas vivas, es su casi inimitable gracia, cadencia y armonía. Y bien, ¿qué es armonía de una lengua? Entendemos por tal aquella artística combinacion de las palabras, de tal manera que los incisos y períodos formados por ellas, vengan a producir en nuestros oidos una melodía verdaderamente musical.

La riqueza del idioma permite una construccion libre y sin trabas, a propósito para formar, por sus transposiciones, períodos en gran manera cadenciosos y sonoros. A nuestro humilde juicio, no hai lengua viva que en esta parte aventaje a la nuestra, y de las muertas solo la latina puede igualarla; y decimos esto último, porque no podemos

dejar de confesar que, en la armonía imitativa, por ejemplo, nadie, hasta ahora, ha superado a Virjilio.

Pues bien, en Chile nos vamos apartando cada vez mas de la construcción natural y propia del habla castellana, y va perdiendo de este modo toda su dulzura, majestad y melodía:

Nuestros antepasados eran tan cuidados en esta parte, que muchas veces ántes atendían a la sonoridad del período y a la redondez de la frase, que a otros preceptos gramaticales, explicándose así ciertos descuidos e incorrecciones que se notan hasta en los mejores maestros de la lengua; faltas que, en realidad lo son, pero no tan graves para que algunos gramáticos escrupulosos y remilgados hagan caer sobre ellos amarga censura por pecados que, si no eran ni miedades o naderías, eran veniales cuando mas.

De todas maneras, como dice Salvá, “de ellos y no de otros, hemos de aprender el giro, la medida y el número de los períodos, que tan lastimosamente cortan los que han acostumbrado su oído y su gusto a los autores franceses, los cuales parece que clausulaban con grillos, según son extremados su compás y monotonía.”

Desgraciadamente son muchos, por no decir casi todos, los escritores de nuestra patria que han acostumbrado su oído y su gusto a los autores franceses.

De uno de nuestros mas distinguidos literatos, catedrático de literatura en el primer colejio de la República, miembro correspondiente de la Academia Española, y que ha ejercido grande influencia en la literatura nacional, tomamos el siguiente párrafo, advirtiendo que *todas* sus obras y publicaciones (que son muchas), se encuentran escritas en la misma forma:

“Hai en la naturaleza, según las estaciones, ciertos vientos reinantes.

Ya predomina el norte que trae las nubes y las lluvias.

Ya predomina el sur que las ahuyenta, despejando la inmensidad azul.

Algo parecido sucede en la sociedad.

A veces sopla un viento de servidumbre.

En otras corre una brisa de libertad.

A la hora que suena se nota una tendencia pronunciada por ensanchar las facultades del poder ejecutivo.

Vamos a probar nuestra asercion, con un ejemplo reciente.

El artículo 14 de la lei" etc., etc.

Abramos el Quijote:

"Ofrécese a la vista una floresta de tan verdes y frondosos árboles formada, que alegra la vista su verdura y entretiene los oídos el dulce y no aprendido canto de los pequeños, infinitos y variados pajarillos que por los intrincados ramos van cruzando; aquí descubre un arroyuelo que corre sobre menudas arenas y blancas pedrezuelas que oro cernido y puras perlas semejan."

"Eran en aquella edad todas las cosas comunes: a nadie le era necesario para alcanzar su ordinario sustento tomar otro trabajo que alzar la mano, y alcanzarle de las robustas encinas que liberalmente les estaban convidando con su dulce y sazonado fruto. Las claras fuentes y corrientes rios en magnífica abundancia sabrosas y trasparentes aguas les ofrecian."

Aquí están frente a frente el idioma español tal como lo usaban los maestros de la lengua, y el idioma español tal como lo maneja uno de los mas genuinos representantes de la literatura chilena! A su vista, juzgarán nuestros lectores si las observaciones que hemos hecho en la última parte de nuestro escrito, son justas o carecen de razon. Si en el párrafo del escritor chileno hubiera la misma dulzura y cadenciosa melodía que en los ejemplos de Cervantes, confesaremos que no entendemos una jota de lo que es la armonía de una lengua.

Los lectores que se hubieren armado de paciencia para leer este mal hilvanado y peor limado escrito, ya pueden respirar, pues estamos en su acabamiento.

Bien hubiéramos deseado presentar a los lectores de la REVISTA un escrito adornado con todas las galas y hermosura, con todas las gracias y donaires a que tiene derecho nuestra lengua; bien hubiéramos querido hacer relucir todas sus bellezas y primores, de que es dueña propia y no prestados. Pero si nuestro trabajo va pobre y desaliñado, culpa de nuestro apocado ingenio es, y no de la lengua; y si en las observaciones que hemos hecho, en algo hubiéramos acertado, motivo será para que la falta de limadura y pulidez se nos perdonen.

Se nos replicará talvez, y no sin alguna aparente justicia, que es atrevimiento y osadía indisculpables el hacer notar vicios ajenos cuando los yerros propios son tantos. A esto contestamos que si una ciudad se viese invadida por una gran peste o epidemia, a nadie le seria prohibido, ni por consiguiente a las mismas víctimas del mal, señalar sus causas y hasta indicar los medios de evitarlo.

PEDRO N. ALBORNOZ.

Julio de 1885.



FAUSTINA

(Introducción a una novela inédita.)

I

Faustina era hija única de un antiguo abogado, el señor L. B., que después de hacer en el foro un brillante papel, se retiró con alguna fortuna y mucha honra, enfermo, cansado y más que todo escéptico, con ese escepticismo poco amable y tolerante que comunica a los demás sus tristezas y sus brumas. Había enviudado cuando Faustina solo tenía ocho años, y no había contraído nuevas nupcias porque su corazón estaba lleno con el amor de su hija: la amaba; más que eso, la adoraba, como que era la sola alegría que llenaba de luz y de sonrisas su hogar sombrío y solitario.

La joven había crecido al lado de este hombre frío, pero de un fondo tierno y benévolo, recibiendo una educación excepcional en nuestro mundo femenino. A los quince años era ya una mujer instruida y de carácter firme, decidido y valiente, capaz de desafiar impávida las más grandes pruebas de la vida. Nadie se imaginaba lo que había en el fondo de esa joven dulce y apasionada, de seductoras y casi ligeras exterioridades, caprichosa y acostubrada a ser obedecida, como que desde su infancia gobernaba una casa, en la que no imperaba más ley que la de sus órdenes, y en la que un ligero fruncimiento de sus cejas hacía

inclinarse todas las frentes, así como una sonrisa suya iluminaba toda la casa.

A esa edad, la vida de la joven era, sin embargo, muy triste: viviendo al lado de un hombre casi sin relaciones, que no frecuentaba otra sociedad que la de algunas personas tan graves como él, jueces en ejercicio de sus funciones, senadores o ex ministros de estado que le visitaban generalmente los domingos en la tarde, o de noche, sin que la velada pasara jamás de las diez, principiaba a sentir la sotaljía de esa existencia conventual. Ella veía pasar los domingos, desde la puerta de calle o las ventanas del salón, los elegantes carruajes que conducían a los paseos de damas y niñas encantadoras, vestidas a la última moda, sentadas al lado o al frente de jóvenes que no la disgustaban, y sufría entonces toda la tristeza de su soledad. Había otra vida más expansiva, que ella desconocía por completo y que le estaba vedada. En esos instantes sentía en su corazón un vacío inmenso, y sus miradas se fijaban en esos alegres coches, hasta que su pensamiento se desvanecía en el vaivén de las rápidas marchas. Sonaba la campanilla de todos los días que la llamaba a la mesa, comía sin apetito y su tristeza se acrecentaba a la vista del gran comedor silencioso y vacío en que no veía jamás otras fisonomías que la su padre y Rosalía, especie de mayordoma o de aya, que se sentaba a su lado grave y severa como una dueña de casa.

La comida era rápida, las fuentes apenas se tocaban; toda esa gente sóbria vivía con muy poco. Algunas veces Faustina hacía con su padre un paseo hijiánico; pero esto no era frecuente. Jamás concurrían al teatro o a una tertulia, rarísima vez a una visita, generalmente a casas de sus tíos, en la que no se encontraban sino con gente vieja y beata que solo conversaba de las funciones de iglesia o de las molestias que sufrían con la mala servidumbre. La joven prefería la iglesia a estas desagradables visitas en que su juventud se envejecía y en que se le pintaba el mundo con los más siniestros colores, un mundo sin sol y sin amor, en que solo vivía el pecado y la muerte. El sembrado horizonte de la vida de Faustina se oscurecía más en estas visitas lúgubres en que se agitaban palpitantes algunos restos del misticismo colonial.

Solo en esos paseos de la calle solia ensancharse su corazon, cuando su belleza estraña despertaba la admiracion de los transeuntes. Muchas veces escuchó a su paso un dulce murmullo y la exclamacion "¡que bella!" llegó a menudo hasta sus oídos. Entónces su instinto de mujer la hacia erguirse astiva; pero la frase seguia vibrando en su interior con timbre armonioso y simpático.

Una noche, en una de sus raras visitas a casa de sus tias, se encontró con una sociedad distinta: era una señora viuda, acompañada de su hijo, un jóven de veintitres a veinticuatro años, recién instalados en la casa contigua y que habian ido a pagar una visita de vecindad.

La señora a pesar de sus cuarenta años era bastante hermosa: poseia esa belleza fina y correcta, esa palidez limpia y suave que dá a las personas un tinte de aristocrática distincion. El jóven poseia las mismas líneas delicadas y correctas de su madre; pero en sus labios delgados y desdeñosos vagaba una sonrisa irónica, algo como una burla constante, que contrastaba con la inmovilidad de todas aquellas caras sin espresion, que Faustina estaba acostumbrada a ver siempre a su alrededor.

Al principio no agradó a Faustina la baja estatura del jóven y su espresion maliciosa y socarrona; pero eran tan cultas sus maneras y tan dulce el timbre metálico de su voz, que terminó por fijarse en él con verdadero interes. Entonces descubrió muchas cosas que no habia notado al principio: que sus ojos eran hermosos, que era elegante y que sus cabellos echados para atrás, con un poco de desórden, le daban un aire despreocupado que le sentaba mui bien. Notó igualmente que cuando la miraba su aire insolente tornábase tímido y quedaba como sumerjido en un silencioso asombro. Esto gustó a Faustina, pues comprendió que habia impresionado al jóven.

En efecto, le habia impresionado; su belleza rara y casi fantástica habia producido en Enrique algo como un arrobamiento. Y todo contribuia en ese instante para hacer mas notable la hermosura de Faustina: la sala poco alumbrada; los muebles antiguos y cubiertos con ese tinte oscuro de los años, y hasta las mujeres graves y poéticas que la rodeaban hacian que la jóven resplandeciera en medio de

esas sombras, como esas creaciones llenas de colorido y de luz que los pintores destacan de sus fondos sombríos.

La conversacion, a pesar de ser mas animada que de costumbre, versaba sobre el eterno tema de los defectos de nuestra servidumbre.

—Hai en casa—decia doña Trinidad, una de las tias de Faustina—una sirvienta de mano que come mas que todas nosotras juntas. Ah! es horroroso! Todo lo que sobra de la mesa, que es mucho, porque se llevan las fuentes casi intactas, se lo come ella. La misma cocinera se admira. ¡Qué estómago! dice, si esta mujer no se llena jamas! ¿Creerá Ud. que no deja nada para las gallinas? Y Ud. se imaginará que la Juana es una mujer gorda, pues al contrario, es flaca; yo no sé lo que se le hace la comida.

—Pero tiene sus méritos—interrumpia otra de las tias—la Juana es una muchacha mui devota; aun cuando llueve o truene ella va a misa todos los dias.

—Si, en verdad, la Juana tiene muchas cosas buenas—agregaba doña Trinidad y lo mejor en ella es que se viste como le corresponde. ¿Ha visto Ud. nada mas indecente que esas *chinas* que pretenden imitar a las señoras? Algunas se hacen tambien crespos sobre la frente. . lo que me admira es que sus patronas las toleren. . Oh! a mi me dá fiebre cuando veo una de esas indias remilgadas.

La mamá de Enrique se sonreia al escuchar este diálogo; y como persona bien educada, referia tambien sus chascarritos sobre el mismo inagotable asunto, con el solo propósito de parecer amable ante las dueñas de casa.

¿Faustina se retiró esa noche disgustada y bostezando. ¿Esperimentaba los primeros síntomas de esa enfermedad del alma, mezcla de languidez y de tristezas que ataca a las mujeres cuando el corazon está desierto? Es verdad que ella amaba a su padre, que tenia por él un amor que era casi un culto; pero a su edad esto no la satisfacía. Las inquietudes de lo desconocido o de lo que ya se entrevee principiaban a asaltarla.

II

Las visitas de Faustina a casa de sus tias se hicieron

muy frecuentes: admirábase ella que fuera su padre quien ahora la invitara, cuando poco antes se resistía a llevarla, diciendo con su espresion de supremo hastío:

¿Qué vamos a hacer allá?

Pero en este último mes los hábitos de vida del señor B. habian experimentado un notable cambio: salia de noche con mucha frecuencia, dejando a la pobre jóven en la aburridora compañía de Rosalia que la referia para entretenerla historietas y cuentos estravagantes de duendes, de magos, de gigantes, de hadas y de amorios inverosimiles, imaginándose que Faustina era siempre la niña crédula y cándida que en otro tiempo se adormecía al murmullo de antiguas baladas.

Faustina habia tambien notado en su padre cierto contento, algo desconocido y hermoso que le transformaba, como si una de esas hechiceras de los cuentos de Rosalia le hubiera tocado con su pincel májico cubriéndole de un barnis de juventud. Se habia hecho recortar los cabellos y su larga barba; vestia su mejor ropa y por primera vez, despues de muchos años, se quejó del poco cuidado que la lavandera ponía en sus camisas. Una mañana le oyó tararear una cancion; pero lo que llenó de asombro a Faustina fué ver llegar de la sastrería dos trajes nuevos para el señor B. La tarde de ese dia la jóven sorprendió a su padre reforciéndose los bigotes frente al espejo de su tocador. Sin saber por qué Faustina comenzó a alarmarse de esta brillante transformacion, sintiendo un misterioso desasociado, como si algo desagradable la amenazara.

Despues de comer el señor B. dijo a su hija:

—Arréglate; vamos a ir donde tus tias.

Pero la admiracion de Faustina creció todavia cuando supo que su padre no solo visitaba a sus hermanas las veces que a ella le llevaba sino que iba casi todas las noches. Sin saber lo que habia en el fondo de esta historia, no pudo menos de sonreír de tan súbdita ternura.

No hacia mucho rato que el señor B. y su hija calentaban los viejos sillones de la sala de doña Trinidad, cuando Enrique se presentó.

Saludó con desenvoltura y al parecer mucha confianza al señor B., y estrechó la mano de Faustina con una espresion indefinible de ternura y de timidez.

Algo como una inundacion de rubor y de alegria experimentó la jóven en ese instante. Su mano suave y tibia palpitó en la de Enrique. ¿Por que se estremecia? Lo ignoraba; pero en verdad que ella esperaba con impaciencia este encuentro.

Enrique hizo presente que su madre estaba indispuesta, que no vendria esa noche y que les esperaba en su casa a tomar el té.

El señor B. no se hizo repetir la invitacion y acompañado de doña Trinidad, que era la mas jóven de sus hermanas, de Faustina y de Enrique se dirigió a la casa vecina.

Faustina sintió una sensacion de agrado al penetrar en el salon de Hortencia, adornado con muebles modernos, de colores vivos, en que la seda, los dorados y los espejos arrojaban como un resplandor de oro, que la luz del gas avivaba con sus destellos.

Hortencia estaba sentada en una poltrona, cerca de la mesa del centro, sobre la que se veia un pequeño costurero. De sus faldas caia un abrigo de pieles, envolviéndola en una nube gris, suave y reluciente.

Al ver a sus convidados Hortencia intentó levantarse de su asiento, pero el señor B. se lo impidió con galanteria.

Desde las primeras palabras que se pronunciaron Faustina comprendió que su padre habia estado otras veces en esa casa.

La aparicion de Faustina alegró mucho a Hortencia, la atrajo hácia sí con ternura, como si les uniera una antigua amistad, pasó su brazo al rededor de su cintura y la acarició como a una hija.

Enrique sonreía satisfecho; miraba a Faustina con ménos timidez, insinuándose con tanta delicadeza, que la jóven se entregó confiada a la dulce caricia de aquella voz suave, que tenia a veces la armonia de una frase musical.

El señor B. parecia completamente feliz; su sombrío aspecto habíase rejuvenecido, como esos paisajes de otoño, opacos y lúgubres, que el sol alegre y colora. Conversaba íntimamente con Hortencia, hablaba a Enrique como a un amigo a quien se quiere, y sonreía a Faustina con amor, como si quisiera enlazar con un cariño único todos aquellos corazones.

Esa noche las horas se deslizaron fugaces para Fausti-

na, y cuando llegó el momento de partir sintió abandonar tan pronto la amena y deliciosa compañía de aquella sala resplandeciente, en que su corazón gozaba de un bienestar completo. Si esa noche se le hubiera dicho: "No volverás mas aquí;" ella habría sufrido mucho.

Cuando doña Trinidad entró en su casa, sus dos hermanas velaban todavía, a pesar de ser mas de las once. Una de ellas reemplazaba por otros nuevos los usados galones y lentejuelas de una casulla; la otra preparaba un purgante de magnesia en agua de rosa, que iba a tomar a la mañana siguiente:

—Y bien!—dijo doña Jesus, la que componía la casulla, ¿qué has sacado en limpio? ¿está ya resuelta la cuestión? ¿era como yo decía?

—No sé que decirte—contestó doña Trinidad—estoy desorientada y no quiero emitir juicios temerarios.

—Bah! en toda una noche no has podido descubrir la verdad!

—¡Si lo que se me ocurre es mui grande!

—Dilo no mas.

—Me parece que tendremos dos matrimonios: el de nuestro querido hermano, que ha sacado los pies del plato, y el de nuestra encantadora sobrina que le imita perfectamente.

—Oh! eso no puede ser!

—Es lo que me parece, y ya sabes que no me engaño. ¿Te acuerdas cuando te anuncié el casamiento de Isolina? ¡Eso que no la ví con su novio mas que una sola vez, y por la calle.

—Si lo que dices fuera cierto, sería un escándalo.

—Escándalo no; desde que se casan....

—Si, pero el padre y la hija, con la madre y el hijo. Es un escándalo! Y no se puede, no se puede; no lo permite la Iglesia.

—Te engañas- es permitido. ¿Quiéres que te cite muchos ejemplos? La Isidora B. se casó con Arturo U., hijo de su padrastro. No hai en esto nada que sea contrario a los cánones. Es cuestión de dispensa y nada mas.

—Así será,—dijo doña Jesus, que jamas se daba por vencida—pero lo que es yo no lo acepto.

Y doña Trinidad tenía razon; sus datos eran exactísimos.

Con ese disimulo de beata, que todo lo observa indiferente, habia penetrado con facilidad los secretos de la reunion. Es cierto que nadie se ocultaba, que aquel doble y naciente amor no tenia por que recelar y se manifestaba sensillo y natural como es siempre el verdadero.

El señor B. habia sido sorprendido en su retiro por la varita de los encantos de Hortencia; él tan serio y tan frio, habia experimentado una conmocion violenta al ver a esa mujer linda y grave que llevaba con una gracia anjelical el negro traje de su viudez. Se sintió atraído por una poderosa simpatía hácia esa mujer cuyo corazon estaba huérfano como el suyo. Al principio casi se avergonzó de amar a su edad y en su alta posicion de hombre político y de exjuez; pero las deliciosas emociones que esta pasion hacia nacer en su alma, el renacimiento juvenil que experimentaba le sedujo, y se dejó arrastrar dulcemente, se dejó vencer sin resistir.

Hízose entónces mui buenos argumentos para dar a su pasion un carácter de conveniencia doméstica: a su edad necesitaba de una compañera, no tanto por él como por Faustina; él podia pasarlo solo; ¡pero su hija! . . . Ah! su pobre hija a quien habia sacrificado sometiéndola en su infamia al lado de un viejo escéntrico i de una sirvienta! Esto no podia durar eternamente. Habia que colocar a Faustina en cierta posicion; su deber era preocuparse de su porvenir, por medio de un enlace ventajoso, y esto no podia obtenerse sino abriendo su salon a la buena sociedad, y un salon que no preside mujer hermosa y culta es como un proscenio sin actrices; un salon sin una mujer de verdadero mérito pronto se llena de todos esos parásitos de la fortuna, de la casualidad o de la suerte que visten bien y nada mas, de esos politiquillos que dicen en la cámara vulgaridades aprendidas de memoria y que a la noche se presentan en un corrillo estirando la mano con indolencia, así como soñolientos y fastidiados porque para ellos la vida no tiene seducciones ni secretos, y el mundo ya no dá nada de sí. El señor B. se horrorizaba al imaginarse rodeado de esta invasion. Oh! él necesitaba a Hortencia para su dicha y para la de su hija.

Resuelto a dar el gran paso, el señor B. se propuso hablar a Hortencia de su proyecto: a la noche fué resuelto a

hacer su declaración, y aun cuando tuvo muchas oportunidades, una timidez infantil lo detenía. No había sido él un Lovelace, y en los momentos en que su corazón lleno de los effluvios de su amor parecía querer estallar, dominábanlo temores juveniles que no sabía vencer. Pensó entonces en escribir y así lo hizo.

Hortencia leyó la carta con sorpresa: dudosa ella durante algún tiempo sobre los sentimientos del señor B., había llegado a atribuirles un carácter de pura amistad; pensó despues que el señor B. proyectaba el enlace de su hija con Enrique, y esta alianza de familia que la halagaba y veía casi resuelta, en vista de la actitud amorosa de los dos jóvenes, la hizo considerar al señor B. como a una persona de la casa y aceptarle en su intimidad; pero se había engañado, los proyectos del señor B. eran mui diferentes!

Por un momento su vanidad de mujer se sintió satisfecha, pues nunca está demas una conquista; pero esta impresion fugaz se desvaneció ante el recuerdo de su hijo, ¡qué diría él! Y Hortencia se ruborizó, pareciéndole que veía dibujarse en los finos labios de Enrique la burlona sonrisa que le arrancaba este enlace ridículo. No pertenecía ella al número de esas viudas deseosas de pasar a una segunda mano. A la noche siguiente, cuando el señor B. se presentó acompañado de Faustina, recibíóles con su amabilidad de siempre, aunque se notaba cierto azoramiento en sus maneras. No hubo nada de confidencial en esta visita, ni era posible que ella decidiera tan grave asunto en el término de veinticuatro horas. El hecho de que el señor B. se presentara acompañado de su hija, manifestaba tambien que no esperaba tan pronto una respuesta; pero tres noches despues se presentó solo, y como Hortencia lo estuviera tambien, él tomó bríos, y al estrechar su mano la retuvo suavemente entre las suyas, diciéndole:

—He esperado la respuesta de usted; a los condenados a muerte no se les tiene en capilla por mas de tres dias, y eso es demasiado!

Ella inclinó la cabeza y retiró su mano.

El insistió nuevamente.

Una de esas sonrisas que parecen circundar de luz el borde de las pestañas, brilló en el rostro de Hortencia.

—He prometido a alguien que ya no existe, permanecer siempre viuda. . . .

—Cuando las promesas no son razonables—dijo él—no hay el deber de cumplirlas.

—Lo he jurado también—agregó con tono semi-serio—y además no puedo olvidar que tengo un hijo, que es ya un hombre, y al que no agradará ver a su madre casada otra vez.

El señor B. tomó esta declaración, que era más bien una confidencia, como una táctica mujeril, como uno de esos escitantes que emplean las mujeres de mundo para impacientar y enardecer a los que las aman.

Aceptó su desgracia con una tranquilidad que era casi resignación, creyendo que así desarmaba a su adversario. Se hizo el indiferente y el frío.

Por su parte Hortencia continuó siendo siempre amable.

Después de algunas semanas el señor B. emprendió de nuevo su ataque.

Era una tarde de primavera, Hortencia estaba sentada en el sofá de junco que había hecho colocar bajo el corredor del segundo patio, desde donde gozaba de la vista completa del jardín, en cuyo centro se ostentaba una pequeña fuente de bronce. Los árboles, que no habían sido podados ese año, estendían sus ramas, confundiendo los unos con los otros el variado color verde de sus hojas, las hiedras y las enredaderas cubiertas de flores tapizaban las murallas trepándose sobre los tejados exuberantes y curiosas. El follaje era tan espeso que solo permitía ver algunos pedazos del cielo azul. Reinaba allí una dulce claridad, tibia y dicreta como la de una alcoba cuyos cortinajes están caídos. . .

Faustina y Enrique se paseaban en el fondo de este hermoso jardín, entretenidos en examinar las flores y arrancar las hojas secas y marchitas, demostrando sin saberlo esa hostilidad innata de la juventud a todo lo que es vejez.

El señor B. experimentaba cierta voluptuosidad al ver a Hortencia en su sencillo traje de casa, con su bata cubierta de encajes y sus cabellos anudados sobre la nuca, que dejaban descubierto por completo su blanco cuello. Un poco escitado también por el olor de las flores,

sintió renacer con fuerza su pasión. Se acercó a Hortencia y con voz conmovida y casi suplicante, le dijo:

—Y bien! ¿todavía insiste Ud? ¿Esto no tendrá fin jamás?..

—Oh! no, no es posible—dijo ella con dulzura—lo he reflexionado mucho..

Y mirando al jardín, donde se paseaban Enrique con Faustina, agregó:

—Eso está bueno para ellos; que ellos se amen. El porvenir es de la juventud. Nosotros.. nosotros ya no tenemos papel en la comedia del amor.

El señor B. miró al jardín y vió a Enrique y su hija tomados del brazo, felices en su juventud y en su ilusión, circundados de esa auréola que parece flotar como una luz propia al rededor de los que se aman.

Bajo aquella verde y movable techumbre los dos enamorados creían talvez encontrarse en un salón, un poco a cubiertos de la contemplación indiscreta de los demás.

Entonces, de una sola mirada, todo lo comprendió el señor B.

El hombre experimentado, el hombre de mundo, embelesado en su propia pasión, no había visto lo que pasaba a su alrededor durante tanto tiempo! Buscando para sí la dicha, había dado a otros lo que él no había podido alcanzar. Por fortuna la que obtenía el beneficio era su hija, y el señor B., que no era egoísta, se conformaba solo a medias.

III

Lo que el señor B. no había notado, lo había visto Hortencia desde el primer día. ¿Puede el amor pasar cerca de una mujer sin que ella lo sienta? Imposible! Hortencia había gozado viendo esta pasión desde su primera chispa; sentía cierta embriaguez voluptuosa cuando espía los menores movimientos de Enrique y de Faustina, cómo las mejillas se teñían de rosa y los ojos relampagueaban de dicha, como al estrecharse las manos se estrechaban las miradas, como parecía pasar el alma del uno a la del

otro, como se asimilaban las ideas mas altas y los gustos mas frívolos! Oh! y Hortencia no necesitaba de telescopio para observar cuanto hai de sublime en ese misterioso mundo del amor; no, no necesitaba de telescopio para observar eso, sino de su corazon de mujer.

Cuando el señor B. conoció el amor de los dos jóvenes experimentó una impresion de temor y de disgusto. Cómo! Faustina podia permitirse... sin que él lo supiera. ¿Le convenia acaso el partido que se le presentaba y que ella parecia haber aceptado resueltamente? ¿Ese joven, que él apenas habia tratado, era digno de su hija? Un sentimiento mas profundo y egoista que su propia pasion se alzó en su pecho, debilitando y casi estinguendo el amor que sentia por Hortencia. Quedóse silencioso y preocupado durante algunos instantes; pero luego la reflexion fué desvaneciendo sus temores. En verdad no habia nada de grave en el asunto; Enrique parecia un joven de mucho mérito y su posicion y su fortuna no eran en nada inferiores a la de Faustina. Es cierto que ella era demasiado joven y podia esperar otro enlace mas ventajoso; pero, y si ya se amaban! Si Hortencia proyectaba este matrimonio ¿podia él contrariarla? De ninguna manera; no tendria una razon seria que dar, a no ser ese empecinado "no quiero," de los viejos egoistas e imbéciles que sacrifican la felicidad de sus hijos a una preocupacion o un capricho; y él, hombre ilustrado y de mundo, no pertenecia a esa ralea.

A medida que el señor B. se tranquilizaba por este lado, renacian sus temores respecto a su propia pasion; principiaba a invadirle el amargo convencimiento de que no era amado por Hortencia, y alzábase en su espíritu algo como el perfil de una máscara burlesca que le señalaba el contraste de amar él, a los cincuenta y tres años, al mismo tiempo que su hija a los dieziseis. ¡Qué ridículo no caeria sobre su nombre si esto se supiera! ¡Estaba en competencia con Faustina! Y la implacable máscara sonriente persistia en señalarle como un objeto digno de la burla social. Todo esto molestaba al señor B., pero no le hacia desistir de sus propósitos.

Pensó, entónces, que la salvacion de su decoro estaba en anticiparse a su hija; casándose él antes que ella, todo el mundo encontraria natural este segundo enlace; pero y

Hortencia ¿se decidirá al fin? Y la resistencia de esta mujer tomaba ya a sus ojos un carácter odioso que ofendía su amor propio.

Un suceso cuya realizacion no esperaba tan pronto, vino a contrariarle en su reciente propósito: Enrique solicitó de él la mano de Faustina. El señor B. contestó lo que la mayor parte de los padres, esto es, que consultaría a su hija. Enrique no pudo ménos de sonreír, pues conocía mejor que nadie la inutilidad de esta consulta.

El señor B. trasmitió inmediatamente a su hija las pretenciones del jóven.

—Y tú, ¿qué le has contestado?—preguntó Faustina, llena de ansiedad.

—Que te consultaría. . .

Una sonrisa mui semejante a la de Enrique se dibujó en los labios de la jóven.

—Pero ¿cuál es tu deseo. . .?

—El tuyo—contestó el señor B., dejándose arrastrar por la seductora influencia de Faustina.

—Yo no quiero!—dijo ella, posando con dulzura su mano acariciadora sobre el hombro de su padre.

—Cómo!—replicó el señor B. asombrado—¿Rehusas? ¿Me había yo entónces engañado?

—Ah!—esclamó alegremente la pícara—¿lo sabías? Pues como aparentabas tanta indiferencia.

El señor B. sonrió a su vez.

Un goce infinito inundaba su corazón; la dicha de su hija le rejuvenecía, y el recuerdo de su esposa, de la bella y tierna madre de Faustina, le conmovía profundamente.

—Veo que te has entristecido con mi negativa—dijo la jóven, con su graciosa burla—pues bien, acepto!

El señor B., llorando y riendo al mismo tiempo, la estrechó entre sus brazos.

—Acepto—repitió Faustina, interrumpiendo el idilio—pero con una condicion: que viviré a tu lado y que no me separaré jama sde tí.

Y al decir esto ya no bromeaba ni reía, sino que las lágrimas rodaban por sus mejillas, como el rocío sobre las hojas de las rosas.

Enrique aceptó estas condiciones y además la de un plazo de seis meses, pues el señor B. quería poner un po-

co a prueba su amor. Cerrado este pacto la casa del señor B. se abrió para Hortencia y su hijo.

El amor de los dos jóvenes fué creciendo día a día; podían ahora repetirse a cada momento, y aun estaban autorizados para ello, los temores y júbilos secretos de sus corazones; eran prometidos, iban a atravesar la vida juntos, y por consiguiente ya se consideraban dueños el uno del otro. La feliz pareja estaba unida por los lazos de ese matrimonio ideal del primer amor de la juventud, que no destruyen jamás los nuevos afectos de la existencia, ni las más raras tempestades de la desgracia, ni los más grandes goces de la dicha.

El señor B. parecía feliz y tanto que no volvió a hablar a Hortencia de su amor. Estaba satisfecho con la felicidad que le rodeaba, con la dicha de los otros. Su casa alegre y embellecida con el amor le había curado de esa terrible y absorbente enfermedad del ánimo, que había vuelto a renacer cuando su pasión rechazada lo obligó a reconcentrarse otra vez en su astío, en su negro y anomador fastidio. Contentábase con ver a Hortencia entrar segura y tranquila en su casa, preocupada como él de la dicha de los dos novios, sus pensamientos se unían en este punto y entonces ambos se felicitaban interiormente de haber pospuesto toda idea personal y egoísta en obsequio de ese puro amor que iba a consagrarse para siempre sobre las gradas del blanco altar de los desposados.

El tiempo de los dichosos corre veloz, los seis meses de espera habíanse reducido a uno, los preparativos de las bodas estaban hechos, el gran día se acercaba y Faustina palidecía al pensar en él, cuando una inmensa desgracia, la muerte casi repentina de Hortencia, vino a llenar de luto los corazones y a cubrir con un velo fúnebre las flores, las sedas y las gasas acumuladas para la fiesta.

La muerte de Hortencia contribuyó también a engrandecer el amor de Faustina; su espíritu tierno y soñador se conmovió profundamente en presencia de ese féretro frío y terrible que encerraba el gran secreto de la vida. Amó más a Enrique en su desgracia y en su horfandad; se encontró más sola en el mundo y se estrechó a su amante, no solo para consolarlo sino para cobijarse ella misma bajo las alas de aquel amor que la iba a proteger en la ad-

versidad. Creía tener para con él nuevos deberes, puros y santos como los de una madre. La explosion del dolor habia sido tan inmensa en el jóven, que a veces gritos desesperados, salidos de lo íntimo del pecho, obligaban a Faustina a estrecharle contra su corazon, y fué entónces cuando la jóven posó por primera vez sus labios sobre las mejillas, sobre la frente i sobre los párpados de Enrique. Este gran consuelo le aliviaba algun tanto: su dolor confundíase tan completamente con su amor, que los besos tenian a veces el sabor amargo i salado de las lágrimas.

En tres meses se amortiguó el pesar; ya no se lloraba; los recuerdos dolorosos eran ménos punzantes y mas tardíos, y solo cuando Enrique encontraba alguno de los objetos mas íntimos i queridos de Hortencia, que conserbaban todavía el aroma de su vida, algo como la acerada punta de una flecha penetraba en su corazon. Despues el recuerdo se desvanecía i los deberes de su nueva vida lo arrojaban otra vez al realismo de la existencia.

A principios de invierno tuvo lugar el matrimonio. Fué una fiesta un poco lúgubre, como que Enrique estaba todavía de luto, y la casa del señor B. no tenia ese fausto mundano y deslumbrador del gusto y de la vida moderna. Los novios se ausentaron de Santiago durante una quincena y regresaron a ocupar el departamento arreglado para ellos en casa del señor B., donde vivieron tranquilos y amándose mas cada dia. Antes de un año dió a luz Faustina su primer hijo, que bautizaron con el nombre de Luis, y un año despues una niña, que murió de pocos dias.

En este tiempo falleció tambien la hermana mayor del señor B., y éste llevó a vivir a su lado a sus otras dos hermanas. La casa se hizo entónces estrecha, y como Faustina esperaba dar a luz otros hijos, y Enrique, que se habia lanzado al comercio poseia una fortuna considerable, compró la elegante casa en la que los encontramos instalados, y donde se desarrollan los sucesos siguientes de esta historia.

VICENTE GREZ.

REVISTA LITERARIA

Obras escogidas de Manuel A. Hurtado.—Un volumen en 4.º mayor, Biblioteca de "La Lectura", R. Jover, editor.

Don Manuel A. Hurtado, cultivador de los más asiduos y constantes de nuestra poesía y conocido ya del público por el tomo de *Poesías Líricas* que dió a luz en 1877, alentado quizás por el éxito de aquella publicación, da hoy á la estampa, elegante y limpiamente impreso, un volumen de sus *Obras escogidas* que el infatigable y entusiasta editor don R. Jover, regala a los suscriptores de *La Lectura* y sobre el cual nos permitiremos decir lo más brevemente posible nuestra franca aunque desautorizada opinión.

A poco que se lea al señor Hurtado repárase que su más relevante mérito es la espontánea é inagotable fecundidad con que en versos siempre fáciles, armoniosos y correctos aborda todos los géneros poéticos desde la llorona sensiblería del poeta erótico hasta la robusta inspiración del cantor de la naturaleza; desde las irónicas jocosidades del poeta burlesco hasta las graves sentencias del fabulista moral y desde el sentido entusiasmo del que canta el amor sublime á la esposa, á la madre ó á los hijos, hasta el hiperbólico arrebató del que entona himnos á la patria. En todos estos géneros ha hecho ensayos el señor Hurtado y aunque es verdad que carece su lira de las cuerdas más importantes que algunos de los indicados géneros reclaman,

es también verdad que en todos ellos ha lucido algunas dotes que, como el fácil manejo del idioma castellano, suelen escasear no poco entre los dedicados a las Musas. Y en efecto, el señor Hurtado vacía sus pensamientos con idéntica soltura así en la fútil seguidilla como en la robusta octava y así en el ligero romance octosilábico como en la numerosa silva. Todos los metros y todas las formas le son igualmente dóciles y manejables. De aquí, pues, que de todas sus Poesías pueda decirse que siempre son buenas como versos, bien que dejen á veces que desear si en otras fases se las considera. Con esta cualidad evita brillantemente el señor Hurtado desaciertos comunes no ya solo en los versifidores malos y ramplones, más también en poetas de subida alcuernia literaria, porque merced á ella su dicción poética es siempre rica, sonora, propia y abundante sin que jamás incurra en las pobrezas métricas tan usuales en nuestros poetas.

Y esta cualidad del señor Hurtado lo es tanto, que á menudo raya en defecto, porque, es indudable que si este poeta no tuviera tanta facilidad ó si aún teniéndola se prevalliera menos de ella, lo mucho que perdiera entonces en fecundidad, lo ganara en perfección y esmero poéticos. El señor Hurtado ha escrito muchos más versos que debiera y esto, en vez de aquilatar su mérito no hace sino rebajarle á ojos de los que, cuando leen un libro, léenlo íntegro sin saltar una sola composición ni un solo verso. Por eso se encuentran en sus composiciones si siempre buenos versos, á menudo ideas vulgares, comparaciones ya muy trágicas y conceptos que no alcanzan á ocultar del todo su trivialidad debajo del manto hojarascoso que los encubre.

Muchas veces, sin embargo, consigue el poeta sustraerse á este defecto y entonces escribe composiciones sobrias que revelan en todo su valer los alcances del autor. Algunas son las composiciones que ha escrito de esta manera, pero generalmente su indócil facilidad no le permite ser sobrio sino en composiciones cortas, tales como sonetos, romances, etc., apesar de que ha solido serlo, así como á vía de escepción, en el inspirado canto á Bello, que es una de las mejores piezas del señor Hurtado, y sobre todo, en la silva *A un amigo, en la muerte de su esposa* que, á nuestro humilde juicio, es la mejor composición del autor y que

podría considerarse como una de las joyas más preciadas del Parnaso hispano americano aún cuando no tuviera más bellezas (que sí las tiene) que la muy magnífica con que remata el trozo que, á modo de escogida flor de muestra, se nos permitirá citar a continuación:

Luto y desolación solo respira
 esa alcoba infeliz que antes tu esposa
 alegre mantenía y venturosa. . . .
 Los que en vida su amiga la llamaron. . . .
 sollozantes se alejan
 y el lecho de pesar decierto dejan.
 Solo tú, caro amigo, no te apartas,
 sus restos venerando
 y tus preces á Diós por ella alzando.
 Es justo, es justo: llama abrazadora
 en tierno lazos te ligó á su vida,
 las bellas ilusiones de su mente
 eran verte dichoso. Sus palabras,
 cual ráfagas de música elocuente,
 llegaban melodiosas á tu oído,
 y como luz fulgente
 su rostro, por la gracia embellecido,
 de tu existir formó un edén florido.
 Ella ofrecía á tu pasión su afecto,
 élla en tus hombros reclinó constante
 su faz hermosa y de placer radiante;
 élla fué madre cariñosa. Y escucha:
 ¡Fué madre verdadera!
 ¡Nunca jamás ha descubierto el hombre
 una frase siquiera
 digna de la grandeza de ese nombre!

Este último pensamiento basta por sí solo para colocar á su autor en el rango de los poetas de verdadera inspiración. Se vé allí un rasgo de primer orden que encierra todos los primores posibles, pues tiene arrebatado y alto sentimiento la idea y valiente energía la frase.

Sensible cosa es que el señor Hurtado deje á menudo este género, que es el que mejor se compadece con su índole poética, por cultivar otros de que no puede salir airoso, no obstante luzca siempre en ellos la *difícil facilidad* que tanto enamora á los preceptistas. Así es como cuesta trabajo reconocer al cantor inspirado de la esposa querida en el prosaico autor de las fábulas; las cuales son, casi en su totalidad, vulgares, pobres de argumento y bien poco

adecuadas á desentrañar de ellas las demasiado sabidas moralejas con que el señor Hurtado nos regala. ¡Ojalá se convenza el autor de estas fábulas de que ni puede su inspiración robusta y vehemente encajar en los estrechísimos y rigurosos linderos de la fábula, ni debe de cultivar hoy en día tal género poético, porque sobre ser bien poco lucido y sumamente dificultoso, él se aviene tan mal con los gustos de nuestro tiempo, que el propio Lafontaine y el mismo Iriarte que ahora resucitaran no volvieran talvez á escribir fábulas.

Pero si es duro decir que el señor Hurtado no es feliz como fabulista, es grato estampar que, como poeta de bur-las é ingeniosidades, obtiene á las veces lisonjero éxito, cual lo demuestran cumplidamente los más de sus bien acabados sonetos (véanse los de las páginas 130, 131, 158 y otros), algunas de sus poesías ligeras y sobre todo sus octavas intituladas *Rimas* (pág. 267), que, en su mayor parte, tienen mucha más originalidad que la que se ve, por ejemplo, en unas pocas imitaciones del sentidísimo Becquer y del dulce Selgas. Dignos son también de muy especial mención los pocos romances que inserta el señor Hurtado en su nueva colección de poesías. De ellos hai tres: *El Consejo* (pág. 78), *La Madre y la hija* (pág. 154) y *El Raudal* (pág. 217) que por la dulzura é ingenuidad de su melancólico sentimiento, parecen sacados del Romancero General.

En los cantos históricos hay bastante calor, mucha armonía y no pocos bríos, si bien no escasean repeticiones é hipérboles muy elevadas para los asuntos que las inspiran.

En una palabra, la nueva obra del señor Hurtado, en la cual hay muchas composiciones algo corregidas que ya se incluyeron en la primera colección de poesías del autor, y en la cual se contienen también algunos ligeros opúsculos en prosa, viene á afirmar ya con más solidez y mejor fundamento la reputación del señor Hurtado mostrándonos que es éste verdadero poeta, aunque, por desgracia, abuse demasiadamente de sus facultades.

JORGE HUNEEUS GANA.

Santiago, 8 de Julio de 1885.



APUNTES DE VIAJE

(DRESDEN.)

GALERIA DE PINTURA

(Continuacion.)

So breita ein in aller Geister Gunet,
Willkommen seid in Heiligthum der Kunst,
Im Tempebraum, des Tages Lärm entnommen,
"Im Heiligthum der Kunst willkommen." (1)

Sí, entremos al santuario del arte; dejemos por un instante el bullicio del día para admirar las bellezas que en él se encierran; allí está esa inscripcion que nos convida a atravesar los umbrales de ese templo, y que nos da la bienvenida.....

Conocer el Museo de Pinturas de Dresden habia sido por mucho tiempo una de mis ambiciones de viajero; todas las demas iban cumpliéndose poco a poco, pero ésta parece haber sido postergada por las circunstancias hasta des-

(1) "Penetrad, pues, a la gracia de todos los jenios, sed bienvenido en el Santuario del arte, en el recinto del templo, alejados del bullicio del día, sed bienvenido en el Santuario del arte." Incripcion escrita dentro de la cúpula central del edificio.

pues de haber visitado uno por uno todos los demas museos importantes de Europa.

Desde mui temprano sabia que el de Dresden era de los mas ricos, y como único detalle, que hallábase en él la famosa Vírjen de San Sisto, uno de los cuadros de fama universal en el mundo, que si ántes me inspiraba curiosidad, o mas bien interes, mucho mas ahora en que, teniendo el gusto mas desarrollado con la observacion, podfa admirarlo doblemente. ¿Quién no conoce el grabado o la fotografia de esa obra maestra? Yo los conocía tambien; pero ahora digo: ¡Felices aquellos a quienes es dado admirar el original! Pero me adelanto: había llegado solo a los umbrales del templo, y no me toca aún penetrar a su santuario.

Hablé en otra parte del hermosísimo edificio que encierra la galería, construido en 1845 bajo el reinado de Federico Augusto II, y dije entónces que era una elegante y grandiosa construccion del Renacimiento debida al arquitecto Semper, y que cerraba los tres lados del Zwinger; pero ahora se trata de dar una noticia sobre la galería misma, cuyo estudio tiene para los entusiastas del arte grandísimo interes.

¿Cómo se ha formado esa galería? Cómo han podido los Electores de Sajonia reunir en su Corte ese sin número de obras maestras traídas todas del extranjero? ¿con qué recursos ha contado para acumularlas? He aquí preguntas que yo mismo me habia hecho muchas veces, y que no acertaba a explicar hasta no haber estudiado la historia de esa famosa coleccion artística; preguntas que bien merecen algunos comentarios.

Comprendía mui bien que en algunas grandes capitales y cortes poderosas pudieran ostentarse estos valiosísimos tesoros; que las hubiera en Italia, porque ella es su patria; en Roma, donde la corte de los Pontífices Julio I y Leon X perteneció y dió vida al siglo de oro en todas las artes, de las cuales fueron ellos magnánimos protectores; en Florencia con la familia brillante y fastuosa de los médicis; en Venecia con los poderosos Duques; y en cada una de las ciudades, en fin, donde tambien prosperó cada una de las escuelas.—Comprendo que los monarcas españoles reunieran en sus palacios todo lo que hoi forma el Museo del Prado—que a mi juicio es el mas rico del mundo—porque

ellos, en esa época pasada, disponían de tesoros sin cuento, y ello es solo una prueba mas de su grandeza; que los reyes Borbónicos de Francia hayan legado a su país el Louvre, inmensamente enriquecido despues con los despojos Napoleónicos; y otro tanto con el "Belvedere" de Viena, el "Ermitage" de Petersburgo, las colecciones de Berlin y de Lóndres, porque en el desarrollo de todas estas ciudades grandiosas se hacía necesario consagrar un templo a las artes, y sus gobiernos podían disponer de millones con ese objeto.

Ahora comparando las circunstancias de Dresden con las de todas las ciudades nombradas, las de Sajonia con esos mismos paises, encontraba una diferencia enorme, y eso mismo inspirábame mayor interes para imponerme de la formación de su galería famosa, que daba a conocer desde luego en los Electores que la formaron un grandísimo amor al arte, amor que es comun entre los Grandes, que encuentran los medios de satisfacerlo, pero que siempre honra, disculpando aún o al ménos haciéndonos olvidar muchas de sus faltas, que quedan compensadas con los beneficios que él ha podido producir. Dresden no era un foco del arte donde se formaban los grandos pintores; los Electores no eran los soberanos poderosos que dominaban al mundo, ni podían adquirir sus tesoros por la conquista sino que debieron hacer esfuerzo tras esfuerzo, sacrificio tras sacrificio, para lograr tan brillante resultado.

No solo su ciudad, ni su país deben de estarles reconocidos, sino tambien todos los extranjeros que vamos allí a participar de los beneficios o de los goces que su obra nos proporciona. Y yo, en especial, siéntome obligado a la gratitud, porque cien veces sentado en esos bancos he encontrado los goces mas puros en la contemplacion de aquella tela, en cuyas figuras parecíame encontrar compañeros que rompían el curso de mi soledad; porque cada vez que penetraba las puertas de ese recinto—ahora escribo léjos de allí, y quién sabe si no me será mas dado cruzarlas—me imaginaba estar despojado de ciertas ligaduras terrenas, y hallar descanso en las rejiones mas altas; porque hai situaciones en la vida en que el alma está increíblemente sujeta a las impresiones, y objetos, talvez para muchos indiferentes, la absorven y la arrebatan por completo. De estas

impresiones no hai otra alguna tan poderosa como la que provoca el arte, porque si bien las de la naturaleza dominan al alma, aquella le da mayor encanto.

Hasta ahora yo nunca habia experimentado algo semejante; nunca me habia visto arrastrado como por un iman a la intuicion de una obra artística; pero nunca habia conocido tampoco el Museo de Dresden ni su madonna de San Sisto. Feliz la ciudad que lo posee, y bien puede dar por ello gracias a la munificencia de su soberano.

II

La coleccion artística de la corona de Sajonia comenzó a formarse desde el año 1560, en que el Elector Augusto I reunió en el actual castillo los diversos objetos preciosos y cuadros que ántes hallábanse distribuidos en las residencias; pero solo bajo Augusto el Fuerte (Augusto II como rei de Polonia) vinieron a separarse de ese "Gabinete de artes" los objetos preciosos propiamente, que formaron la "*Grüne Gewölbe*," y las pinturas que dieron orijen a la primera Galería.

Fué durante su reinado cuando ésta adquirió su primitiva importancia; pero a su sucesor Augusto III y sobre todo a su ministro el conde Brühl, es a quien se debe la que ahora tiene, porque ellos fueron quienes supieron adquirir unas tras otras las joyas de que se compone.

Nada es mas curioso que la historia de las negociaciones entabladas por Brühl y sus comisionados para la compra de estos magníficos cuadros en Italia, verdaderas negociaciones diplomáticas, que muchas veces tenian que ser secretas; y es estraño que en tiempos tan críticos como los por qué entónces atravesaba Sajonia pudiese su ministro consagrar tal atencion a las compras de telas antiguas, y mas aún encontrar siempre el dinero suficiente para llevarlas a cabo.

La mas importante de todas fué la de la Galería de Módena, compuesta de mas de 100 cuadros en que figuran las mas notables que puede haber en galería alguna, y que son las que han dado a Dresden su gran renombre. Entón-

ces como ahora, era mui difícil hacer adquisiciones de tan inmenso valor, y poder sacarlas de Italia; pero la habilidad de Brühl y de sus muchos agentes y enviados especiales supo aprovechar de la ocasion propicia. El duque Francisco III de Este-Módena estaba desterrado en Venecia, porque al declararse la guerra de sucesion de Austria a la muerte de Cárlos VI, él habia puesto su país al servicio de España, de cuyos ejércitos fué nombrado jenerálísimo. Necesitaba dinero, y no pudo resistir a la tentacion de los 100,000 Zecchines que los agentes de Sajonia ponian a su disposicion.

Efectuóse la venta, pero en Módena misma hubo innumerables dificultades para perfeccionarla, habiendo que hacer nuevos desembolsos para dejar bien satisfechos a los que allí se oponian. Al fin pudieron los cuadros ser trasportados a Parma, territorio neutral, y de allí continuar el viaje hasta Dresden, desde donde Brühl, miéntras tanto, debia mandar a su vez no solo regalos en dinero sino tambien porcelanas, que servian de argumentos poderosos en el curso de estas negociaciones.

El pintor "Rossi," principal agente de Brühl en ellas, hacia alarde despues de su habilidad al haber obligado al gobierno de Módena a incluir en el número de los cuadros vendidos la famosísima Magdalena de Correggio, que aquel desde el principio habíase negado a comprender en la venta.

El historiador Leo dice, respecto de ella, lo siguiente:

"Francesco pasó el invierno de 1745 en Venecia y sus alrededores y en este tiempo fué negociada la venta de la Galería de Módena, necesitando el duque dinero, porque sus Estados pasaban siempre de una mano a otra entre los enemigos y sufriendo a causa de la guerra. La paz de 1749 en el congreso de Nizza devolvió al duque Francesco sus tierras y los fondos módeno-úngaros, pero la preciosa coleccion de cuadros, sin embargo, quedó perdida para el país."

Una palabra ahora sobre la adquisicion de la primera joya del Museo, la Madonna Sistina.

La inscripcion que le han colocado ahora al pié es un trozo de la historia de Vasari, que se refiere a ella y dice así: "*Fece (Raffaello) a monaci neri di S. Sisto in Pia-*

cenza la tavola dell' altar maggiore, dentrovi la nostra Donna con S. Sisto és Santa Bárbara, cosa veramente rarissima e singolare.”—Fué pintada por lo tanto para los monjes negros de San Sisto, y colocada en el altar mayor de su iglesia de Placencia; de allí le viene el nombre de Madonna Sistina, como por tener además la figura de San Sisto, el Papa, que recibe la aparicion de la Virgen.

Augusto III, siendo todavía príncipe heredero, emprendió en 1710 un largo viaje a Italia, a que se debe sin duda su entusiasmo por las artes; y al ver por primera vez en Placencia esta preciosa tabla concibió por ella tal admiracion, que desde entónces hizo el ánimo a obtenerla, costase lo que costase. Mucho tiempo tardó en poder realizar sus deseos tan vehementes; pero al fin, 40 años mas tarde, tuvo la felicidad de lograrlo y valiéndose del pintor Giovannini, compró a los frailes de San Sisto la famosa Madonna por el precio de 20,000 ducados, o 40,000 escudos romanos, y sin mas condicion que la de hacer colocar en el mismo sitio una copia de igual tamaño, (copia que me hacia mirar con fastidio a Placencia, porque me privaba del gusto de conocer el orijinal.)

En 1754 el mismo Giovannini la condujo a Dresden; y el rei, impaciente por ver al fin su codiciado tesoro, hizo abrir el cajon que la contenia en el propio castillo, y viendo, al querer exhibirla en la sala del trono, que el sitio mas favorable por la luz era aquel precisamente en que estaba colocado el trono, dió a éste tal golpe que lo hizo caer al suelo, y pronunció estas palabras, que son uno de los mayores triunfos del arte sobre la grandeza, y que han quedado memorables: “¡Lugar para el gran Rafael!” Despues de este real recibimiento no ha seguido Rafael ocupando el trono de Sajonia; pero sí ocupa y ocupará siempre un sitio en la Galéria, que es trono en el reino de los artistas y del jenio, porque hasta ahora en todos los siglos ¿quién seria bastante osado para disputárselo? Y cuánto mas honorable este cetro del arte que el de todos los imperios del mundo! Siquiera él no se recibe por el nacimiento o la fortuna!

III

Poco a poco iba así efectuándose la compra de las muchas obras maestras italianas que enriquecen hoy la Galería. A la muerte de Giovannini quedó entre otros comisionados Algarotti para proseguirlas, y sus pretensiones eran tales que exigían del conde Brühl, además de lo estipulado anteriormente, una renta vitalicia de 1500 ducados, y el título de Intendente General de las compras del rey.

Poco faltó para que Augusto se hiciese dueño también de la *Madonna de Foligno*, que es sin duda una de las primeras telas de Rafael como todos hemos tenido ocasión de apreciar en el Vaticano, pero parece que las negociaciones fracasaron por no haberse guardado en ellas el necesario secreto. Esta vez el agente sajón era el pintor Striebel, que había sido mandado a Roma a estudiar los secretos del trabajo de los mosaicos. Una iglesia de monjas en Foligno poseía el cuadro, y apesar de que ya Brühl había depositado en poder del cardenal Albani de Roma la suma de 4000 escudos para el caso en que se realizara la venta, contaba Striebel con adquirirlo por la mitad de ese precio, dejando en cambio a la iglesia una copia pintada por él mismo. Pero puesta a prueba su diplomacia, falló muy pronto, y habiendo llegado a oídos del cardenal procurador del convento el asunto de que se trataba, alcanzó éste a impedir que saliera de Italia la preciosa pintura que tanto habría aumentado el valor de la Galería sajona.

Cuando poco más tarde el pintor Striebel quiso hacer uso del dinero del rey Augusto que estaba en manos del Cardenal Albani para otras compras artísticas, no fué pequeña su sorpresa al escucharle que “había hecho con él un pequeño servicio a un banquero, pero que inmediatamente lo devolvería.”—“¿Quién puede saber si ello es cierto?” preguntaba él en una carta llena de temor al conde Brühl; “y quién le habrá dado la orden para negociar con los dineros del rey?”

Había menester tomar tantas precauciones para la extracción de todas estas pinturas de Italia, que los agentes

se comunicaban con Brühl por medio de signos o de nombres convencionales que significaban para ellos los nombres de los diferentes artistas o de sus cuadros, y así llevaban la cuenta de los maestros que faltaban aún en la Galería para poder obtener de toda suerte algunas de sus obras que sirvieran a completar la ya mui numerosa coleccion.

Y ademas de todas las adquisiciones en Italia, llevábanse al mismo tiempo a cabo en los demas paises, de donde han venido entónces y mas tarde las telas holandesas y flamenecas, las francesas y las españolas; pero habiendo entrado talvez en demasiados detalles sobre la formacion de la Galería no necesito ocuparme más de ellos.

El entusiasmo de Augusto III por las artes debe haber sido extraordinario. Segun cuentan las crónicas de su tiempo, la reina su esposa, tenia la amable costumbre de regalarle todos los años, por la feria de Pascua o de San Miguel, uno o varios cuadros de los mejores maestros, que naturalmente iban a aumentar en seguida el número de los de la Galería. Despues de mucho tiempo de haber seguido sin interrupcion esta costumbre, ocurriósele a la reina cambiar una vez siquiera el objeto de su regalo, que bien podia consistir en otra cosa que un cuadro.

El joyero de la corte acaba de recibir de Paris un espléndido baston español, cuyo mango era una maravilla de trabajo en oro y piedras preciosas. La ocasion no podia ser mas propicia, y aunque su precio exedia un tanto a lo que la reina acostumbraba gastar anualmente en su regalo, no pudo resistir y ordenó al mariscal de la corte que lo comprara. Llegado el dia del aniversario, púsolo ella misma en manos del rei, que despues de admirarlo durante algunos momentos y de manifestarse mui satisfecho con la magnífica joya, hizo con toda sencillez esta pregunta: "Y dónde está entónces mi cuadro?" lo que llenó de confusion a la reina y al mariscal, que tan orgullosos estaban con el nuevo regalo. Probablemente desde entónces los presentes matrimoniales volvieron otra vez a la esfera del arte; y ojalá que siempre las esposas de los soberanos sajones hubieran seguido aquella laudable costumbre.

Y solo ese amor al arte en un rey, y la habilidad y magnificencia de su ministro, que por complacerle sabia encontrar siempre las mas cuantiosas sumas, podian ser el orijen

de un museo que figura en primera línea en el mundo, no solo en lo que se refiere a la historia de la pintura sino por el número de las obras maestras. Y habiendo admirado su formación, hai que admirar tambien que haya podido conservarse tan intacto en medio de los desastrosos acontecimientos por que pasaba la ciudad durante las guerras de Federico de Prusia, cuando las balas prusianas venian a herir sus edificios, y despues sus tropas se habian apoderado de ella.

Desde la aproximacion de los prusianos, en 1755, Augusto III y su ministro Brühl huyeron a la fortaleza de Königstein ántes de marcharse a Polonia, pero los cuadros permanecieron siempre en Dresden bajo la custodia inmediata de Riedel, que entre otras precauciones trasladó la Magdalena de Correggio a la habitacion de la reina, en vez de dejarla como hasta entónces en la que habia quedado vacía del soberano. Aquella fué tambien la depositaria de las llaves de la Galería; lo que no impidió que Federico II y otros príncipes de Prusia le hicieran repetidas visitas, despues de una de las cuales aquél ordenó al pintor Dietrich le hiciera una copia de la bella Magdalena de Battoni.

Despues de las capitulaciones de Dresden, en 1759, todos los cuadros, así como el tesoro, fueron trasportados a la misma fortaleza de Königstein, donde quedaron durante mucho tiempo, sufriendo naturalmente las consecuencias de los cajones y de la humedad del sitio.

Precisamente cien años mas tarde, bajo el reinado de Federico Augusto II, la interesantísima coleccion, cuyo número quizás sube de 2000 cuadros, quedaba instalada de una manera espléndida en las salas del palacio que dibujó Semper, y que Schilling y otros escultores ornamentaron con estátuas y altos relieves. A su frente tiene una estensa plaza que llega hasta el Elba; a un lado, y entre varios jardines, levántase el edificio colosal del teatro de la corte, al otro el templo católico y el castillo; y por la espalda los jardines y pabellones del Zwinger que llenan otros tantos museos y colecciones científicas. El palacio del Renacimiento domina allí con la severidad de sus líneas; pero penetremos de una vez sus umbrales, ya que la inscripcion

hospitalaria de la cúpula nos lo dice. "¡Sed bienvenidos en el santuario del arte!" (1)

La primera vez que entré a la Galería de Pinturas era un Domingo; grupos numerosos de toda clase de personas llenaban el vestíbulo y las escaleras; y yo, subiendo entre la multitud, encontréme en una sala en forma de cúpula, cuyas murallas estaban decoradas de tapices, que, según he sabido más tarde, fueron fabricados en la ciudad flamenca de Arras por orden del Papa Leon X, con el modelo de los cartones de Rafael; que comprados por Carlos I de Inglaterra, a instancias de Rubens, se conservan aún en el Museo de South Kensington de Londres. Estaba en esa rotunda, repito, y, divisando a ámbos lados una sucesión de salas, no sabía hacia donde dirigirme: el objeto de esa primera visita no era conocer la Galería sino las más preciosas de sus joyas, y en mi impaciencia no quería perder un minuto en encontrarla. Las italianas estaban a la izquierda, y por ellas me dirigí, como quién busca afanado algún tesoro que se oculta.

Unas tras otras pasaban las telas de los más grandes maestros; pero yo, haciendo un esfuerzo para no prestarles atención alguna, seguía siempre adelante, hasta que al fin llegué a una sala más pequeña, en cuya parte posterior es levantaba una especie de altar, y entre el marco de éste, a los ojos de innumerables espectadores, la tabla que los frailes negros de San Sisto permitieron salir de su convento, aquella a que Augusto III cedió el lugar de su trono. Ninguna otra pintura cubría las murallas de esa Sala, y solo un busto en mármol del artista contemplaba siempre su propia obra.

El Domingo es un mal día para visitar los museos: no solo la jente de la ciudad, libre de sus ocupaciones, encuentra entretenimiento en recorrer o pasar un rato en sus recintos, sino los numerosos provincianos que los días de fiesta vienen a dar un paseo a la capital, y que, sea por apreciar las artes, sea por ocupar algunas horas ociosas, parecen darse cita también allí. Esto me quitó toda tranquilidad ese primer día para gozar con la contemplación del cuadro, del cual pude formar tan solo una primera idea, tan vaga

(1) Las noticias sobre la formación de la Galería bajo Augusto III son tomadas de un comentador alemán.

como superficial, una idea que es como la primera aureola de luz en las tinieblas de la noche, y que solo va esclareciéndose a medida que la contemplacion y el análisis se desarrollan.

Allí donde los reflejos de luz no impiden la vista, hállanse colocados bancos comodísimos de terciopelo rojo; y tan luego como divisé un sitio vacante no tardé en ocuparlo. El poco idealismo artístico de los vecinos me obligó a salir, prefiriendo dejar para otra ocasion mas conveniente una visita mas detenida. Eran ellos una respetable pareja de aldeanos sajones, que, venidos probablemente de larga distancia, habian creido necesario traer al Museo sus provisiones de boca, y se ocupaban en ese momento, nó de admirar la Madonna, que sí de consumir aquellas; lo que si bien mui práctico y necesario, no cuadraba precisamente con mis deseos de un reposo inquebrantable para poder admirar a gusto.

Pero esto he podido hacerlo innumerables veces en seguida, porque esta pequeña sala ha ejercido tal atraccion sobre mí durante toda mi estadía en Dresden, que muchas veces, sin pensarlo, subia las escaleras del palacio, e iba a buscar un rincon de aquella, un rincon favorito donde la cortina de la ventana me daba sombra completa. Desde allí podia entregarme sin embarazo alguno a un entusiasmo que me embebía, a una idealidad que me arrebatava, y ¡cuántas veces eran esos ratos de descanso, ratos de consuelo en las tristezas que tan a menudo en la vida sorprenden y dominan, aunque no sepamos descubrir su causa! Lo infinito se manifiesta de muchos modos, pero siempre ejerce la misma influencia sobre nuestras almas: en la naturaleza puede ser la impresion de grandiosidad que aterra, como en un cielo cubierto de nubarrones tempestuosos, o un mar cuyas olas se ajitan al viento; o puede ser tambien dulcemente poética, como en un paisaje tranquilo, en una tarde serena y apacible. En las artes revélase lo infinito por medio del jenio, y las obras de éste influncian las almas sensibles, ya sea por impresiones fuertes y vigorosas, ya por otras de suprema simpatía, que no solo nos atraen a ellas, sino que nos hacen sumerjirnos, por decirlo así, en un mar de nuevas emociones de un idealismo puro, que es para el espíritu fuente de imponderables goces.

Estas últimas eran las que me dominaban a mí cada vez que me sentaba frente de la obra de Rafael. Era una suprema simpatía la que me ligaba al sentimiento que esas formas y esos colores, inanimados en sí, pero llenos de vida infinita del genio, eran capaces de producir. Eran goces in-materiales, pero dulces; indefinidos, pero deliciosos, y que en nada corresponden a los mas burdos que proporcionan los sentidos, cuyas emociones son tanto ménos nobles, así como el cuerpo lo es ménos que el espíritu.

El tiempo se deslizaba allí sin sentir, y muchas veces las personas pasaban delante de mí como sombras, hasta que el llamado del guardian hacía necesaria mi salida. Este conocíame bastante puesto que mis visitas se repetían tan a menudo, pero difícilmente podría comprender la causa de mi entusiasmo; una de éstas es completamente íntima, y toca unos de los sentimientos mas delicados del corazón.

Una noche soñé—¡nadie mas soñador que yo de noche y de día!—que mi madre, bajando del cielo, se me había aparecido; y su figura no era otra que la de la Vírgen de Rafael. Apresuréme al día siguiente a ir a la Galería; y desde la primera mirada me pareció encontrar en esa cara admirablemente bella, en esa espresion admirablemente dulce y simpática, la misma cara y la misma espresion dulce que tenía mi madre, o mas bien que me imagino tenía, puesto que nunca me fué dado recrearme con su sonrisa, ni siquiera crecer a la luz serena de sus ojos.

Esta semejanza encontrada de súbito, sea por una quimera de la fantasía, que un sueño habia provocado, o por la coincidencia real entre el modelo italiano y las imágenes en que he conocido a mi madre, aumentó no solo mi entusiasmo, sino que me hizo concebir por esta pintura un verdadero cariño, porque desde entónces fué para mí mucho más que la simple obra del genio, y tocaba ya tanto al alma como al corazón, cuyas cuerdas son mucho mas sensibles.

V

Y por lo demas, ¿acaso no nos hemos representado siempre a la Vírgen como la Madre comun de la humanidad?

¡Cuánto mas debe de serlo para aquellos que han tenido la desgracia de no conocer otra en el mundo! Y de todas las representaciones de la Vírgen, como Madre, no hai ninguna en que el pincel del hombre haya alcanzado mejor el ideal cristiano, ninguna en que la figura de una mujer haya alcanzado tal grado de divinidad. . . .

¿Quién no conoce la composicion de la madonna Sistina? Abrense dos cortinajes verdes, y aparece una vision divina: son los cielos mismos que se revelan a las miradas estupefactas de los hombres. La Vírgen con el Niño en los brazos desciende de aquellas rejiones infinitas, y una claridad celestial la rodea; nubes en que millares de ánjeles flotan, como abriéndole paso: su figura está en los aires y su cuerpo ni sus ropajes parecen sujetos a las leyes materiales de la gravitacion. Solo Murillo ha podido mas tarde trasladar a la tela el efecto májico de una aparicion semejante; él y Rafael parecian verdaderamente inspirados en ese ascetismo religioso, porque menester es estarlo para impresionarse de tal suerte y para impresionar a cuantos contemplan sus telas. Al ver ésta, como el famoso "San Antonio" de la catedral de Sevilla, yo me abismaba al querer indagar cómo era posible dar forma y vida por medio del colorido a la situacion únicamente espiritual e incorpórea, del todo intanjible, que encierra una vision divina. Para explicármelo, tenia que volver siempre al círculo vicioso de que aquello era una obra del jenio, y que el jenio participaba de una chispa de lo infinito. Estoí convencido de que esta pintura de Rafael es la última palabra del arte, que es el eslabon que une a lo humano con lo divino, la obra en que la mano del hombre le ha ensalzado mas elevándole hasta los ánjeles, y mas aun que a los ánjeles, hasta hacerle semejante a Dios.

La línea que forma el cuerpo de la Vírgen es de una suprema elegancia, como solo el pintor de Urbino supo siempre comprenderla. En su fisonomía está no solo la belleza, sino la gracia; la bondad con que parece bajar al mundo para proteger a los mortales, el candor que es propio de una Vírgen, la serenidad magnánima, que mal podria faltar a la Reina de los cielos y de la tierra. Es el conjunto de todas las cualidades posibles, la hermosura combinada con todas las virtudes.

El Niño, que ella tiene en los brazos, es, si cabe, **mas** admirable aun. ¿Cómo es dado mezclar en una misma creatura las dos naturalezas? hé allí un misterio de la religion representado por otro misterio del arte; porque es indudable que en esa figurita deliciosa, cuyas formas y posicion son humanas como las que mas, revelase al instante la intelijencia de Dios. Cualquiera niño se sentaria así sobre los brazos de su madre, cualquiera tendria esos contornos blandos; pero esa cabeza poderosa, esa mirada penetrante y fija, ¿son acaso propias de sus años, y no manifiestan por ventura la suprema Sabiduría, la suprema Justicia, así como la suprema Misericordia? Obsérvese el contraste del Niño Jesus con los pequeños anjelitos que están mas abajo apoyados sobre las nubes como en éxtasis ante la divina vision: los niños son de edad semejante, pero en aquél sobresale el entendimiento, en éstos la contemplacion; en aquel el poder absoluto del Universo, en éstos la admiracion a la vista de su Creador. Tan hermosos son el uno como los otros, y no cabe mayor grado de idealizacion en la naturalidad palpable de las figuras; pero siempre predomina la enorme diferencia que existe entre Dios y los ánjeles, idea que aquí está perfectamente concebida por el artista.

Nadie ha pintado jamas como Rafael los niños: Correggio y Murillo los tienen tambien encantadores; pero aquél supo mezclar mejor lo material de los niños con lo sutil de los ánjeles, la verdad de todas las líneas en el mas correcto de los dibujos a la gracia deliciosa que le era peculiar. Estos dos ánjeles, y sobre todo el de la derecha que apoyando una mano sobre la barba y los dedos sobre la boca como en el acto de imponerse silencio para escuchar la revelacion, estos dos ánjeles, digo, es lo mas admirable que ha hecho nunca pincel alguno. Inspiran aun mas simpatía que el mismo Niño Jesus; y me lo esplico, porque ellos tambien son criaturas como nosotros, y un mismo sentimiento nos une ante la contemplacion de Dios, cual es el de respeto y adoracion. En ellos no tiene lugar el contraste del cuerpo pequeño con el gran poder, de las formas débiles con la fuerza absoluta, contraste que arrebatara al Niño muchos de sus encantos como criatura humana, pero que solo hace mas notable todavía la impresion

que se ha querido manifestar del doble carácter divino y humano de que participó la segunda Persona de la Trinidad.

Los dos santos forman una parte completamente secundaria en la composición, y yo pensaba muchas veces que era lástima que se hubieran colocado allí para distraer las miradas del centro de la aparición. Pero el objeto del cuadro fué precisamente la de la Virgen a San Sisto, y éste no podía faltar. Yo, al contemplarlo, me imaginaba que la Virgen descendía del cielo para toda la humanidad. No quiere decir que no admire también las figuras de los santos; ¿cómo no habian de ser bellas? Pero a pesar de serlo rompen la ilusión profunda producida por la Virgen y el Niño, sobre todo el Papa con sus hábitos pontificales. La cabeza del anciano es sorprendente por su dibujo y la expresión de recojimiento profundo con que, de rodillas su cuerpo sobre las nubes, aguarda las palabras de la divina visión. En cualquiera otra parte sería una obra maestra, pero aquí cúpole al hombre estar muy cerca del cielo, y el contraste es demasiado brusco para mí.

Santa Bárbara, que está al otro lado, es una de las muchas figuras de mujer que llenan las telas de Rafael y que tanto conocemos; suavidad, dulzura, poesía, todo se junta en esa ligera sonrisa de dicha plácida y en esos ojos que con humildad miran hacia abajo, como que no pudieran soportar la luz brillante de los cielos entreabiertos. Es una de las concepciones más agradables, y ella hace resaltar mucho más la belleza ideal y la supremacía de la Virgen, cuya túnica flotante alcanza a tocar sus rodillas que se apoyan sobre las nubes. No conozco la historia de Santa Bárbara, ni porqué está allí al lado del Pontífice.

VI

Esta obra es, por cierto, del mejor período de Rafael, cuando se había desligado ya del todo de ciertos resabios de las primeras escuelas y particularmente de la influencia de Peruggino, su maestro, que no obstante le había dejado el sello de la gracia y del sentimiento poético, y cuan-

do el colorido alcanzó en él su mayor grado de adelanto. La composición es sencillísima—recuerda mas que a todas a la “Madonna de Foligno” del Vaticano; y aunque naturalmente no puede compararse a otras de las suyas en la profundísima ciencia del dibujo, en el agrupamiento sabio de innumerables figuras,—no encuentro otra alguna en que el alma del artista se elevara a mayor altura, traduciendo por medios sencillos, por unas cuantas líneas, todo el ideal del arte. La ciencia de Rafael, a mi juicio, no se demuestra en sus telas; ni en las Madonnas que encierran toda su delicia, ni en las concepciones mas complicadas de escenas religiosas: es preciso ir a buscarla a la Sala de la Signatura del Vaticano. Y en esos frescos está la síntesis de toda la obra de Rafael: los dos grandes de la “Disputa del Sacramento”, y de “La Escuela de Atenas”, son el non plus ultra de la ciencia pictórica, que, sin el atrevimiento loco ni el golpe de jenio que desplegó Miguel Anjel en la Capilla Sistina, reúnen la idea sublime de una concepción vastísima, la perfección absoluta de las formas y del colorido. Si en esos dos frescos colosales está la ciencia, en los otros dos mas pequeños de los cielos de los lados está la gracia y la belleza ideal: el “Parnaso”, donde está Apolo rodeado de las Musas, que significa el arte pagano y mitológico, y las “Virtudes Cardinales”, representación del arte cristiano. En la línea encantadora de estas últimas, en su movimiento ligeramente voluptuoso, es donde únicamente he encontrado un sentimiento análogo y una belleza que admita comparación con la Madonna de San Sisto: y por eso decia que en la Sala de la Signatura hallábase el compendio del arte Rafaelesco, desde sus concepciones mas aéreas hasta las mas ingeniosas y científicas.

El color fué muchas veces para Rafael, y puede decirse para la escuela romana, porque sus discípulos lo ignoraban por completo, un obstáculo insuperable: el don innato de todos los maestros de Venecia fuéles negado a aquellos; y es extraño, porque ¿acaso la atmósfera de Roma es ménos brillante, el cielo ménos azul que en los canales y lagunas del Adriático? Pero ese es el hecho, y hai pinturas en que una capa de barniz rojizo, de un polvo color ladrillo, parece haberse estendido por la tela, haciendo desde el primer momento una impresión mui desagradable.

Así me sucedió la vez que, llegando al museo de Madrid, encontréme frente al famoso "Pasma de Sicilia", y poco despues a la "Vírjen de la Perla", ámbos que se cuentan entre sus mas afamados cuadros. ¿Para qué negarlo? La primera impresion fué un desengaño; no podia soportar ese colorido falsísimo: hasta que poco a poco él fué desapareciendo tras las múltiples bellezas del conjunto.

Hai quienes sostienen que el "Pasma de Sicilia" fué pintado por Giulio Romano, a lo que atribuyen el pésimo color que choca mas que en cualquiera de las otras obras del maestro. De todas suertes el dibujo y la idea serian de éste.

Pero, así como en los frescos, este pequeño defecto de color desaparece en la Madonna Sistina por completo, porque en ella no hai una sola nota discordante, nada que interrumpa ni por un momento siquiera el encanto májico de la ilusion. Los tonos de las carnes son admirables y no ménos los de los ropajes, que con su sutileza parecen ondear, en efecto, entre las nubes del cielo. A veces se me ocurria pensar, cuánta mas belleza habria tenido esta Vírjen con los tintes purísimos que solo Murillo ha podido dar a las suyas, con esa transicion ténue y casi ideal entre el azul, el blanco y el rosado de las vestiduras; pero luego desechaba esa idea como un mal pensamiento, y volvía de nuevo a convencerme de que esa tabla no tenia enmienda posible, puesto que se habian reunido en ella todas las perfecciones que ningun otro artista en época alguna ha podido reunir.

Sobrada razon habia para colocar este cuadro solo en una sala. Estando cerca de él, cualquiera otro sufriria considerablemente con el contraste, como yo mismo pude experimentar desde la primera vez, en que dominado por su atractivo, el de todas las demas obras maestras habia por el momento desaparecido para mí. "Vasari", el artista y comentador antiguo mas importante de la pintura italiana califica, segun la inscripcion que puede leerse allí mismo, a la "*tavolla dell' altar maggiore*", de "*cosa veramente rarissima e singolare*", y estos ingeniosos epítetos en su obra, ya tan antigua, manifiestan la profunda estimacion en que se le tuvo siempre. Un comentador italiano del dia habria seguramente empleado otros mas espresivos y enérgicos, porque, si para ellos cualquiera obra mas o ménos no-

table es "*stupenda*", "*maravigliosa*", ¿con cuánta mayor razon no lo sería ésta, que es unánimemente proclamada la mas excelente y el verdadero tipo del arte cristiano?

Me he detenido en algunas observaciones sobre la Madonna Sistina; y ¿cómo no hacerlo cuando a ella le debo tantas de mis mejores impresiones de Dresden, cuando esa pequeña sala será siempre para mí como un privilegiado santuario en que los sentimientos artísticos entrelazados con los sentimientos religiosos se elevan hácia las rejiones infinitas en un misterioso consorcio; y mas aun cuando una influencia misteriosa tambien me ligaba a ella por los lazos mas dulces de la simpatía? Estas son al fin y al cabo las páginas de un diario de viajes, y ellas deben de contener algo mas que las descripciones de los sitios o de los objetos.

Pero en esa sala no todo era idealismo ni poesía. Mui a menudo era mi diversion especial el observar el sin número de tipos estraños, venidos de las cuatro partes del mundo, que se reunian allí, convocados por el universal renombre del artista y de su trabajo; y cuya admiracion muchas veces no pasaba de ser la condescendencia reglamentaria que ese mismo renombre exige de todos los que no desean pasar por ignorantes o de mal gusto. La jente del pueblo hallábase muchas veces en una dura alternativa: a un lado la pintura, al otro el busto del pintor, ¿a cuál de los dos dar la preferencia? El último llevaba jeneralmente la palma, porque el arte plástico está mas al alcance de la multitud; el relieve tiene para ella mas atractivo que la tela coloreada, porque es mas real y palpable; y ademas el gorro italiano del siglo XV que Rafael lleva sobre la cabeza es un argumento poderoso para atraer sobre él sus miradas. El pueblo se asemeja en todos los paises del mundo; y los aldeanos de Chile habrian hecho lo mismo, aunque con la diferencia de que ellos habrian empleado en su observacion ademas del sentido de la vista el del tacto, que ejerce una funcion tan importante en su caso.

Aquí no existe esa costumbre y conténtanse con mirar, sin perjuicio de espresar su admiracion en el intervalo por medio de la boca abierta, que es uno de sus mas convincentes signos.

VII

La cantidad de ingleses y norte-americanos de ámbos sexos que pasan por esa sala es innumerable, puesto que además de los viajeros hai algunos miles que residen en la ciudad, y de ellos cientos de muchachos en sus escuelas y pensiones. Se ha dicho mucho que los anglo-sajones, sea de este lado o del otro del Atlántico, no se distinguen por su gusto artístico, y que para juzgar los cuadros aquellos atienden a su tamaño, éstos al precio que costaron.

A propósito de esto, leia no hace mucho en cierto escrito francés la descripción de una visita de un grupo de británicos, de aquellos que viajan en comunidades y que reciben por dósis prescritas las impresiones que el espíritu mercantil y emprendedor de la agencia Cook, especie de Baedeker con vida, se ha dado el trabajo de designarles; leia la descripción de la visita, repito, de un grupo de "turistas de Cook" al museo de Londres. Entre ellos se distinguía una numerosa familia, cuyo padre habia tomado sobre sí la tarea de hacer a sus hijos todas las explicaciones necesarias para el mayor provecho del viaje.

Al llegar al "*Salon Carré*", la sala de obras maestras del Museo, detúvose la colonia a admirar, ántes que todo, la tela colosal de Veronese, "*Las Bodas de Caná*", que produjo entre todos ellos una grandísima sensación.

El padre de familia entre tanto permanecía mudo, y en vano los suyos aguardaban algun comentario ilustrativo de la riquísima obra veneciana. Este no tardó en llegar, porque no bien habíase dispersado un poco el grupo de observadores, acercóse el inglés con toda gravedad a la muralla, y haciendo uso de su paraguas, (artículo inglés por excelencia) tomó la medida exacta de la tela de un extremo a otro; y volviendo en seguida hácia su esposa e hijos, que esperaban tranquilos el resultado, díjoles lleno de admiración:

"*Full eight umbrellas!*"—"¡alcanza bien a ocho paraguas!"

No me ha tocado presenciar la misma escena con la *Madonna* de San Sisto, siendo como es tanto mas pequeña y

presentando poco campo para los paráguas; pero sí he escuchado de labios ingleses las observaciones mas injenuas, por no decir ridículas, que mostraban la apreciacion no mui profunda que ellos eran capaces de formarse.

Una vez, entre muchas otras, sentáronse a mi lado dos niñas harto simpáticas, de aquellas probablemente que conocen las languideces románticas del Estetismo con sus tendencias al clásico griego. Despues de unos cuantos segundos de observacion, una dijo a la otra: "¡mira! mira esos anjelitos que asoman por las nubes". Se le habia iluminado la cara al hacer tamaño descubrimiento; i ésta contestó con la lacónica frese "*How funny!*"—"qué divertido!"—despues de lo cual se marcharon mui satisfechas. Yo quedé de nuevo solo, cavilando sobre la enorme diferencia que existe entre las personas, diferencia que de la vista se estendia aquí hasta las almas: esas dos jóvenes habian contraido su atencion a lo que para mí no existia, y yo a mi vez contraia toda la mia a aquello que para ellas habia pasado completamente inadvertido. Pero de seguro que al dejar a Dresden no pudieron llevar consigo un recuerdo tan agradable como el que a mí me acompañará siempre, lo que siquiera es un efecto ventajoso de entusiasmos que si alguien puede calificar de ilusos, nadie negará que son por lo ménos elevados y nobles.

Despues de hablar de la Vírjen de San Sisto, y sin consideracion a las escuelas, voi a pasar a la obra maestra alemana del Museo, que, siendo el mayor contraste de aquella, es una bellísima concepcion de uno de los grandes talentos del Norte: la Madonna con la familia Meyer, de Hans Holbein, el jóven, (nacido en Augsburgo en 1498, y muerto en Lóndres en 1543). Al centro está de pié la Vírjen con el Niño en los brazos; a su derecha, el Burgo-maestre de Basilea Jacobo Meyer con sus dos hijos; y a la izquierda, su esposa Dorotea Kannengiesser con su madre y una hija.

Decia que esta tela formaba el mayor contraste con la tabla de Placencia: en ámbas encuentro perfectamente sintetizados el carácter, el modo de ser, el clima, el sentimiento religioso de los dos pueblos. Si la segunda espresa ese sentimiento lleno de vida, de luz, de color, esa poesía fantástica y brillante propia del Mediodía, ese culto que de

rico llega a ser a veces supersticioso en Italia, la primera trasluce desde la primera mirada una religiosidad no ménos sincera, pero mas tranquila, un sentimiento que de austero raya en melancólico, un color negro y triste que es el reflejo de los cielos oscuros del norte. Pero al través de todo esto y de la rijidez inflexible de las figuras que es algo inherente a la escuela, nos queda siempre un no sé qué de emocion dulce que penetra hasta el fondo del alma. La fantasía no encuentra seguramente el mismo vuelo; pero el alma siente una emocion mas profunda; porque si Rafael nos ha inspirado con su poesía ideal i aérea, Holbein nos conmueve con la poesía sentimental y triste, que produce sin duda huella mas honda. Es el carácter alegre de los latinos en contraposicion al taciturno de los jermánicos; la atmósfera clara del Mediodía a la nebulosa del norte.

Imposible seria describir la espresion de esa Vírjen esencialmente alemana, que con sus ropajes negros parece cobijar a la piadosa familia del Burgomaestre; se aparta completamente de todas las concepciones italianas o españolas, que son las propias para nuestro culto entusiasta, acercándose mas bien a las de los primeros maestros flamencos y holandeses, los Van Eyck, Memling y Van der Weiden, sin tener, sin embargo, el estiramiento extremo de éstos, a que difícilmente podemos acostumbrarnos. La figura triste y enfermiza del Niño ha dado oríjen a la creencia que es él el hijo enfermo del Burgomaestre, y que Jesus es el otro pequeñuelo desnudo a quien un niño mas grande sujeta allí a los piés; pero esto no me parece posible, tanto por la manera familiar en que el último está cogido por quien debe de ser su hermano, como porque el niño en brazos de la Vírjen, a pesar de su aspecto apocado y débil, dirige su mirada hácia la familia que está arrodillada a los piés, y aun les estiende su manecilla como en señal de bendicion. No corresponde él por cierto al ideal que cualquiera podrá formarse del Niño Dios; y Holbein fué mucho mas feliz en la figurita simpática y risueña del niño Meyer, en que no tuvo que luchar con la dificultad enorme de esa "doble naturaleza", que yo alababa no há mucho como uno de los mejores méritos en la gran obra de Rafael.

Las demas figuras que llenan la tela no pueden llamarse

hermosas, porque en ellas sí que está imprimido el sello de las primitivas escuelas alemanas; pero forman, sin embargo, un agradable conjunto para quien ha adquirido el hábito de estudiar esas escuelas, y sabe buscar sus buenas cualidades en vez de los defectos que eran inherentes a la época.

VIII.

Creyóse durante mucho tiempo que Tomas Morus y su familia eran los que rodeaban a la Vírjen, pero despues los muchos estudios de retratos del mismo Holbein, existentes en el museo de Basilea vinieron a comprobar que esa opinion era errónea y que aquellos eran la familia y el Burgomaestre Meyer de esa ciudad, para quien fué pintado el cuadro.

Varió despues repetidas veces de dueño, debiendo en dos ocasiones haber sido adquirido para la corona de Francia, para María de Médicis la primera, y mas tarde para el Rejente Duque de Orleans, hasta que fué comprado por un banquero de Venecia. Quedó en esta ciudad varios años olvidado; y cuenta Algarotti en sus cartas, que los artistas de Venecia iban en peregrinacion a su casa para ver esta obra magnífica, y que él pensadamente les mostraba primero sus Carlo Marattás y Bassanos, para que, así como se da a los invitados el vino Tockay al último de la comida con el objeto de que el paladar conserve el gusto dulce, se marcharan aquellos con la impresion de la María de Holbein.

El mismo Algarotti lo adquirió en 1743 para Augusto III, y desde entónces figura en esta galería. (1)

A pesar de la jeneral admiracion que causa este cuadro,

(1) Entre las cuentas detalladas de Algarotti de la inversion de los fondos para esta compra, que subió como a 400 thalers, es curiosa la siguiente partida:

4 Sept. Donné a Mr. Tripolo, qui a été l'entremetteur du Marché, un présent en argenterie et chocolat comme il paroît par la memorie du Sieur Lorenzo Giustiniani de la même date pour la valeur de 1148 Livres de Venise.

Además de la plata y del chocolate recibió "une canne avec une béquille d'ambre monté en or."

y de que todos unánimemente lo califican de obra maestra, hai muchos que le niegan la orijinalidad. Y se presenta desde luego un argumento poderoso.

Existe en el museo de Darmstadt (capital del Gran Ducado de Hesse-Darmstadt) otro exactamente igual, tan hermoso como éste, y cuya autenticidad está bien comprobada, de suerte que no puede haber duda sobre su orijen. La cuestion para los museos y para los artistas no podia ser mas interesante, y con el objeto de hacer un estudio comparativo, juntáronlos en 1871 para que, uno al lado del otro, pudiese descubrirse mejor cuál era el orijinal y cuál la copia, si acaso quedaba aun alguna duda respecto a aquél.

Todos los inteligentes—¡cuán difícil es formarse en esto una opinion uniforme!—estuvieron de acuerdo en que el ejemplar de Darmstadt era mas antiguo; de suerte que el de Dresden debia ser necesariamente o copia o reproduccion. Y yo diria, ¿porqué nó lo segundo, cuando tenemos innumerables ejemplos de los pintores de esa época que repetian no solo una sino varias veces muchos de sus cuadros, y especialmente los retratos? Rafael, Tizziano, Correggio, Velasquez, Rubens, Vandyck, todos ellos reproducian sus mismas telas, ayudados probablemente de sus discípulos, hasta tal punto que uno llega a confundirse por averiguar si a veces son orijinales o copias, y cuál es verdaderamente el primer ejemplar del maestro; lo que naturalmente no puede hacerlo sino aquel que está mui versado en la vida de los pintores y en la historia que, segun las tradiciones, ha tenido cada una de sus pinturas. Y esto muchas veces se hace imposible, o porque la tradicion se pierde, o porque el número de las obras es demasiado numeroso, como sucederá seguramente con Tizziano y Rubens.

Me resistiria a creer que la Vírjen de Dresden es una copia, porque ningun otro artista podia asimilarse de una manera tan perfecta al jenio de Holbein; y si en realidad lo fuera, perderia talvez mucho de su mérito para una coleccion de museo, pero nunca su belleza ni sus admirables cualidades, que harian de su autor un maestro digno del mismo Holbein. No hai, sin embargo, prueba alguna para decir que es copia, de suerte que debemos considerarla como una repeticion de la de Darmstadt.

La colocacion de esta preciosísima Madonna es en algo semejante a la de Rafael: ocupa al extremo opuesto del palacio una sala igual; y así como ésta preside, segun puede decirse, a las escuelas italianas, aquella tiene lugar preferente entre todas las escuelas del Norte, porque se le considera la segunda joya de todo el museo, (con perdon de los admiradores de la "Noche" del Correggio). La diferencia entre la colocacion de una y otra es que la alemana, en vez de un altar simulado, ocupa el centro de una gran cornisa, porque, no habiendo sido destinada para iglesia alguna, mal podia aquí, como la Sistina, estar en una situacion semejante. Tampoco está completamente sola, puesto que es mucho mas pequeña, y rodéanla en la misma cornisa arquitectónica un espléndido retrato, tambien de Holbein, y un par de miniaturas flamencas, que, como todas ellas, son una maravilla de trabajo en ese estilo tan especial de la época. Un Cristo de Dürer, miniatura tambien, termina el escaso grupo de obras maestras de las dos escuelas.

Aquel retrato fué atribuido primeramente a Leonardo de Vinci, de quien, por desgracia, nada alcanzó a obtener el activo ministro Brühl, y se creia asimismo que el noble representado en él era Ludovico el Moro, duque de la familia Sforza, que reinaba en Milan mientras pintaba allí Leonardo. Solo despues, mediante los dibujos orijinales, ha podido averiguarse que el nombre no era Moro sino Morret, y que la persona, en vez del duque milanés, era un rico joyero de la corte de Enrique VIII de Inglaterra; retrato que fué ejecutado en este pais por Holbein, que vivió y murió allí en la misma época.

De los tres grandes maestros alemanes Albert Dürer, Lucas Cranach y Hans Holbein, el jóven, (porque no cuento a Meister Wilhelm ni Meister Stephan de Colonia por ser demasiado primitivos) prefiero jeneralmente al último, aunque Dürer sea considerado como el verdadero padre de la escuela. Y de todas las obras de Holbein no hai ninguna en que su talento poderoso se haya manifestado mas que en esta Madonna de Dresden, que es, como dije al principio, donde se encuentra todo el sentimiento, toda la poesía sencilla, toda la uncion, y en una palabra, todo el compendio de la pintura alemana.

IX.

Me cuesta confesarlo: las famosísimas pinturas de Correggio, que son las que por su importancia y su número dan talvez el mayor valor a este museo, no correspondieron a mis esperanzas. Es cosa dura no conformarse a la opinion universal; pero yo no admito el entusiasmo por convicción o por reglamento.

La adoracion de los Pastores en el Pesebre, o La Noche, como se le conoce comunmente, pasa de ordinario por la obra maestra del pintor Parma; pero si yo hubiera de consignar aquí la primera impresion que me produjo, al venir inmediatamente de la sala de la Madonna Sistina, daria una prueba de ignorancia o de mal gusto, porque esa impresion fué de desengaño. Con esa primera experiencia, me guardé bien en seguida de visitar aquélla ántes que cualquiera de las telas de Correggio, a la cual queria dedicar la atencion especialmente: adoptaba la regla de Algarotti, de que lo mas dulce debia dejarse para lo último para que quedase el gusto con un sabor mas agradable.

¡Criticar a Correggio! cuán pretenciosa tarea para un leigo en el arte! . . . pero no es crítica tampoco la opinion franca de quien, habiéndole podido admirar con todo entusiasmo en muchas ocasiones, esperaba aun algo mas maravilloso.

La Noche, es un *tour de force* del claro-oscuro: hé allí su mérito enorme, porque ese efecto de luz y sombras no lo ha producido jamás otro pintor en el mundo, ni Caravaggio en sus efectos exagerados, ni el mismo Rembrandt en sus contrastes bruscos, pero que llevan marcadas las pinceladas del jénio. Correggio con su delicadeza inimitable es el extremo opuesto. Aquí, en medio de la noche oscura despréndese del cielo un rayo de luz poderosa, y viene a alumbrar, como con reflejo divino, a la Vírjen que, apoyada sobre las pajas del pesebre, contempla con una dulcísima sonrisa maternal al Niño recién nacido, que abraza contra su pecho.

Este trozo, que es naturalmente el principal y centro

del cuadro, es admirable por su ejecucion y por el efecto producido por el golpe de luz que viene de lo alto; pero el conjunto de la composicion jamás pudo hacerme una impresion grata, porque ciertos rasgos de vulgaridad en las figuras, naturales si se quiere, puesto que no eran otra cosa que rústicos pastores; una tendencia a jardin zoológico por el estilo de los de Bassano; y, en fin, esa misma contraposicion de luz y sombra, que no por ser su mayor mérito, como la victoria sobre la mayor de las dificultades, deja de ser tambien en cierta manera desagradable,—todo se juntó para que una invencible antipatía se apoderara de mí desde el principio por esta famosa tela, en que yo echaba tanto de ménos algunas cualidades que anteriormente habia admirado en Correggio.

Sus otras tres grandes telas que están allí mismo no tienen el igual valor; pero son, por cierto, mas agradables.

Una de ellas, en que la Virgen y el Niño sobre un trono tienen a un lado dos santos con hábito de relijiosos, y al otro a san Juan Bautista y una mártir, pertenece sin duda a su estilo mas primitivo; pero es para mi gusto la mas hermosa, porque allí se respira ese aire de candor y sencillez que tenian al principio las escuelas italianas; y su composicion, algo semejante a la Madonna del Baldaquino, de Rafael, que está en la galería Pitti, o a las varias madonas de Peruginno y Francia, es mucho ménos complicada que la de las otras, y tiene el sentimiento dulce de la devocion que detalles estraños y mal traídos no alcanzan, como en aquéllas, a perjudicar.

De estas dos últimas, una es conocida en Dresden por el nombre de *Reitschule*—escuela de equitacion. La Virgen y el Niño están entre las nubes, y mas abajo unas cuantas figuras de santos en agrupamiento confuso, y en posiciones académicas, que no parecen guardar en nada la unidad del conjunto; un anjelito desnudo *a caballo* sobre una nube y como haciendo pruebas de equilibrio; san Sebastian (que así parece serlo) atado a un árbol; un obispo mirando a los espectadores y apuntando con una mano hácia arriba; otra figura, en fin, dormida que se sujeta las vestiduras de una manera orijinal: todo esto me hacia el efecto heterojéneo de un cuadro estudiado para producir una impresion teatral.

Y es claro que para apreciar estas obras de los grandes maestros, debemos ante todo fijarnos en el conjunto, en la significacion filosófica y artística de los grupos, en el alcance de sus concepciones, y en las ideas mas o ménos elevadas que ellas alcanzan a surjerir a nuestra mente; observar los detalles es secundario, y naturalmente los detalles en obras como las de que me ocupo no pueden ménos de ser excelentes y aun admirables, como el colorido de las carnes o el dibujo de cada miembro del cuerpo; en lo cual sobresalen las manos, de las que Correggio ha hecho una verdadera exposicion.

Queda solo la cuarta de las telas, una Madonna tambien sentada en un trono y rodeada de santos, pero que forma gran contraste con la nombrada, hace poco, de su primer estilo. Un santo medio desnudo la muestra con el dedo, y un san Jorje de cara antipática, que hace allí el oficio de guardia de honor, mira tambien en la direccion del público (es decir, fuera de la tella) sin preocuparse mucho de la escena relijiosa de que es testigo. Encuentro algo de baroco en esta composicion, que me chocaba, mucho mas cuando tenia en mi imaginacion las líneas puras e ideales de la Vírgen Sistina—contraste que me era imposible evitar—y no solo en el asunto mismo, sino tambien en el color jeneral con sus tonos claros y demasiado pulidos, tonos mas propios de la porcelana que de una tela relijiosa.

Los cuadros de Correggio y su estilo no se han envejecido, y es notable la frescura de esos colores, la vida de esas formas que cuentan ya con mas de tres siglos. Pero, apesar de la fama de que estas figuras de Dresden gozan, no es allí, sin embargo, donde yo he admirado mas al maestro de Parma. Y en este momento recuerdo con mucho mayor entusiasmo la salita pequeña del Museo de Nápoles, que contiene muchas de sus deliciosas pinturas, en que sobresale la *Zingarella*, el matrimonio místico de Santa Catalina, del salon *carré* del Louvre, la voluptuosa *Jo* en los brazos de Júpiter, del Belvedere de Viena, y en fin, los admirables cuadros de la Pinacoteca de Parma, su patria, y mas que ellos aun los frescos de la *Asuncion de la Vírgen* en la cúpula de la catedral, tan estropeados por desgracia, del Salvador y los Doce Apóstoles en la de San Juan Evanjelista, donde puede descubrirse mejor la gran-


deza de la concepcion, y los profanos (admirablemente conservados en una sala de antiguo) claustro, de Diana y dieziseis medallones de Cupidos que la rodean.

En todos estos se ve mejor la blandura casi sensual de las formas y de los tintes, la delicadeza de los contornos, que les da tanto agrado, la dulzura de la expresion y del sentimiento, que son las cualidades características de ese pintor romántico, que si carece de la seriedad o de la ciencia de Rafael, sabe tocar mas de cerca las fibras de los sentidos.

Ninguna galería de Europa cuenta con cuatro composiciones de Correggio de tal importancia, y ellas formaban la joya de la de Módena, que segun dije mas arriba, fué adquirida por Brühl y Augusto III.

Pero ¿será cierto que *La adoracion de los Pastores* es la obra capital del gran maestro de Parma? Bien podrá serlo si al analizarla uno se desentiende de esa exigencia idealista, si admite el idealismo aunque vulgar y burdo; pero ese juicio mas práctico cuadra mejor a los artistas y a las personas entendidas en las minuciosidades de la pintura. En cuanto a mí, para juzgar esta clase de trabajos, no puedo desentenderme de la primera ni admitir el segundo.

RAFAEL ERRÁZURIZ URMENETA.



EL BESO

SS. EE. de la REVISTA DE ARTES I LETRAS.

Mui señores míos:

Tengo el agrado de enviarles para la *Revista* este humilde cuentecillo y mis mas sinceros agradecimientos por la bondadosa acogida que Uds. dispensan a los que cultivan la literatura nacional.

De Uds. atento servidor,

B. LARRAIN B.

Aquel día ondeaban al viento, en el estenso patio del castillo roquero, los pendones de guerra del señor feudal; brillaban al sol las bruñidas armaduras de los hombres de su mesnada; piafaban inquietos los corceles vistosamente enjaezados; resonaban las trompetas y clarines de los heraldos; y se oían, como en confusos rumores, las voces de los pecheros y villanos, que inquietos y apiñados esperaban la hora en que se abrieran las justas y en que los trovadores entonarían bélicas canciones o amorosas endechas.

Aquel gran día de fiestas y regocijos había sido bastante anunciado en la comarca y en no pocas leguas al rededor.

Así es que de momento en momento veíanse entrar por la ancha puerta del castillo a los nobles de la vecindad, en soberbios corceles de guerra, y ataviados con sus mas ricas joyas y seguidos por escuderos, pajes y villanos.

Hermosas y jentiles damas también allí llegaban, que ellas eran en esos tiempos el alma de las justas y las reinas de la hermosura.

Cabe los muros de piedra, alineados sobre graderías de maderas tapizadas de finas telas, estaban los torneados es-

cabeles y sentados sobre ellos los nobles señores y las jentiles damas; y de pié los hermosos pajes, los hombres de armas y servidores; y corriendo por todas partes los grotescos bufones; y solitario y apartado el trovador, así diestro en las cuerdas de la música, como versado en las galas del buen decir!

En los extremos del estenso patio, apiñábase la multitud de vasallos, que venia a presenciar las fiestas dadas por su buen conde don Guillen.

Poco ya faltaba para el medio dia, hora en que debian comenzar las justas, abriéndose la liza a los fornidos brazos y a los invictos pechos!

—Hola! trovador Nuño, qué haces tan silencioso, exclamó el conde don Guillen; ven a echar unos cuantos pespuntos de música o a contarnos alguna conseja, ántes de empuñar la espada.—A las hermosas damas que aquí ves, agrádanles los amoríos y las ternezas y por San Roque, te juro, que no han de quejarse de mi falta de cortesanía. Y el conde, con risa un tanto sardónica, acabó esta frase, clavando un momento sus atrevidos ojos de fiera mirada en el rostro delicado de Blanca, huérfana de un viejo y leal escudero suyo.

El trovador Nuño, al notar esa mirada del conde, avanzó al centro del grupo donde estaban los poderosos señores y las jentiles damas, ocultando apénas el fuego que despedieron sus ojos, y apénas el temblor de su cuerpo, sacudido por rujiente cólera. Rizando con la mano hácia atrás la rubia y sedosa cabellera, dejó descubierta su altiva y luminosa frente de poeta y de guerrero.

—Voi a contarte, ¡oh conde! una conseja de amor, dijo con acento entrecortado y tembloroso.

Los valientes caballeros sonriéronse lijeramente al oirlo y las jentiles damas entornaron sus hermosos ojos, y estiraron sus blancos cuellos con una descuidada atencion.

—Conde, hermosas damas, y señores, oid la conseja de amor, dijo Nuño, pero pido que una vez concluida, sea yo el primero que entre a la liza a combatir con mi espada.

—Concedido, contestó don Guillen con aquella voz en

que sonaban juntos el orgullo y el sarcasmo y fijando otra vez sus ojos de quemante mirada burlona en el cándido rostro de Blanca.

—La conseja se llama “La Huérfana amada” dijo Nuño.

—Vive Dios, que haces alusiones bien claras! le interrumpió el conde; no olvides que por palabras de mas o de ménos muchos han ido a rendir su cuenta al señorío de don Dios! y cuidado que si las damas gustan de las mentiras dulces, los que las guardan poco aprecio hacen de esas morondangas!

—Conde, bien sabido es que el trovador tiene su dama, le contestó Nuño; es su derecho como lo es tambien del guerrero; y con mis cantos luego y en seguida con mi espada he de hacer proclamar “Reina de la Justa” a la heroína de mi conseja!

Bajo el disfraz de una estridente carcajada ocultó el conde un rujido de cólera, al oír esa respuesta.

—Cuenta tu historia, le dijo, y despacha lijero, que se acerca la hora de justar.

Las jentiles damas miraban con interes a Nuño.

Solo Blanca permanecia con sus hermosos ojos azules fijos en los bordados de su túnica.

En los extremos del patio los villanos y pecheros esperaban inquietos y bulliciosos la hora de los combates.

—Hola! escudero Antón, gritó el conde, haz aplicar unos cuantos vergazos a esa canalla a ver si calla la lengua; y tú, Nuño, dá suelta a la tuya con la conseja...!

—Serás obedecido, conde, contestó éste; y luego con voz sentida y penetrante continuó de esta manera:

—En las faldas de un pedregoso cerro elevábase un castillo de piedra, fortificado admirablemente, hasta ser inespugnable.

El aspecto de ese castillo era soberbio, con sus moles de granito; su poterna de fierro; el puente levadizo; el ancho foso que lo circuía; sus estensas y sonoras salas de armas; su casi abandonada capilla; su biblioteca, morada de las ratas; sus cuadras de honor, llenas de tallados sitiales y escabeles, y hermosas telas, y brillantes y bien templadas armas, y pendones, y escudos, y trofeos de victorias!...

En aquel castillo habia tambien un ave, un aura, una

flor; y esa ave, y esa aura, y esa flor, era una niña de dieziocho años!

Un día el sol envió un hermoso rayo sobre la escarcha del alba y la evaporó en nubes azules, como los ojos de esa niña, negras como sus cabellos, blancas como su tez, rojas como sus labios. . . .!

Ella era hija de ese hermoso rayo de sol y de esa blanca escarcha.

Y se llamaba también Blanca. . . .!

Cuando corría por las sonoras salas de oscuros artesanos, era a modo de una imájen del amor y de la poesía y de la gloria; y el trovador, al verla, sentía en sus sienes fuego ardiente y en sus labios palabras nunca dichas, nunca oídas, ni siquiera nunca pensadas. . . eran plegarias silenciosas, mudas, sin vocablos, sin ideas, que espresaban un infinito de deseos en un infinito de tormentosas esperanzas. . . .!

En la oscura noche, cabe el elevado muro, fijando la vista en la alta ventana iluminada, el trovador con acento amante le murmuraba:

—“Dicen que el amor es la existencia— ¿quieres que yo viva?”

Cuentan que el amor es la dicha—¿quieres que yo sea feliz?”

Y las luces del alba venían a borrar las tinieblas de los cielos y a arrojarlas de nuevo en su alma, porque aquella mujer no contestaba a sus querellas.

Y entónces el amante encerrábase en la sombría biblioteca del castillo, para buscar en los libros de los sabios aquel filtro oculto, que hace circular sangre de fuego en las venas, que entorna la mirada, que mata la voluntad, que avasalla rendida el alma. . . aquel bendito filtro del amor!

Y devoraba, también, para saber los secretos de las almas, aquellos diabólicos pergaminos mas amarillosos que las huecas calaveras de los que los escribieron! . . .

Y así de día buscaba filtros y conjuros y de noche velaba con querellas!

Una vez en el claro iluminado de la ventana, creyó ver una sombra que lo miraba y le sonreía. . . ah! era ella? o era acaso un astro brillante del cielo, acercado por el deseo a ese lugar, donde también había otra creación celeste?

El trovador, halagado por esa vision, fué entónces donde el noble y poderoso dueño del castillo a pedirle que uniera su existencia a la de aquella mujer que. . . .

—Ea! basta de conseja, le interrumpió el conde Guillen con brusco acento; se casarán en tiempo oportuno; ahora ya lo es para las justas. Tuyo es el primer combate, Nuño; pues lo pediste. Haced que las trompetas y clarines den la señal. Vive Dios! que muero por romper una lanza!

Una ola de animacion envolvió el estenso patio del castillo.

Los paladines entraron a la lisa serenos y orgullosos.

Las blancas plumas del casco de Nuño ondulaban al viento, arrojando movibles sombras sobre las bruñidas placas de su armadura.

Antón, el escudero favorito de don Guillen, su competidor en aquel combate, estaba a su frente, armado con rica cota milanesa y casco de acero, en cuya cimera se balanceaba un negro penacho.

Reinaba silencio sepulcral; solo se oía respiraciones jadeantes y comprimidas.

El sol enviaba ardientes rayos; y una que otra ave en rauda vuelo pasaba por la tranquila atmósfera.

Nuño con triste sonrisa miraba el pálido rostro de Blanca. Se dió la señal.

Los combatientes cruzaron las espadas, que resonaron al chocarse, arrojando vívidos destellos.

El conde don Guillen reía con aquella risa en que iban juntos la burla y el sarcasmo.

Entre tanto, los aceros de los adversarios se encontraban, se separaban, se envolvían, como para hallar franco paso hácia el armado pecho y producían ruidos secos, o vibrantes y despedían reflejos y chispas!

Nuño, con peligro de su vida, buscaba por momentos los ojos de Blanca, y al encontrar su mirada amante y anhelosa, con qué bríos renovaba el ataque, con qué destreza ponía la defensa: aquello era un presajio de victoria!

El escudero Antón perdía terreno.

Y los ojos de Blanca arrojaban llamas de orgullo, de dicha y de esperanza!

Un sordo rumor salía de los espectadores anhelantes; hasta el conde don Guillen, abandonando su elevado sitio,

avanzó unos cuantos pasos como para presenciar mas de cerca aquel combate.

Llegó al lado de Blanca.

En sus labios vagaba la burlona sonrisa; sus ojos ardian como fuego.

La doncella sintió su presencia y su rostro, ántes animado, tomó la palidez del lirio de los campos.

El conde se acercaba a su oído y le murmuraba unas cuantas palabras.

Al verlo en esa posicion, Nuño cesó de atacar; maquinalmente se defendia: sus ojos quedaron clavados con extraña fijeza en aquel grupo!

Su adversario, cobrando brios, redoblaba los golpes.

Un rumor sordo salia de los espectadores.

En esos instantes, el conde, colocando su mano en la frente de Blanca, estampó un beso ardiente en sus labios pálidos y temblorosos!

Un grito agudo, penetrante, desgarró la garganta de Nuño.

Con terrible ademan arrojó al suelo su espada! . . .

Y mirando siempre al conde y a Blanca, avanzó un paso al encuentro del escudero Antón, que le atravesó el pecho con su acero! . . .

Los guanteletes de sus manos chocaron contra las placas de la armadura y doblándose sus rodillas, se desplomó su cuerpo en la tierra con un ruido seco y metálico.

Un caño rojo de sangre corrió a borbotones por el corselete, mezclándose con el polvo. . .

—Por San Roque! exclamó don Guillen con brutal acento: buen puño tiene este bellaco de Antón!

BRUNO LARRAÍN B.



DON JOSÉ MIGUEL INFANTE

(UN DOCUMENTO INÉDITO SOBRE SU VIDA PÚBLICA)

“El sol que produce en la mañana las
“ flores del campo él mismo las marchi-
“ ta por la tarde. Las historias solas se
“ conservan, y por ellas la memoria de
“ personajes y de cosas tan grandes.—
“ MARIANA.—*Historia de España.*”

La verdad, agrega el historiador que acabamos de citar, *es la lei de la historia y que exige lastimar susceptibilidades o faltar al deber si se disimula*; la verdad, decimos, solo puede evidenciarse, juzgando hombres y acontecimientos remotos, a la luz de documentos auténticos.

La historia de las naciones está compendiada en la vida de los hombres que en cada período descuellan, y es ésa su parte mas instructiva y agradable. Solo a la historia le es dado vencer la devastacion del tiempo, de ese juez implacable que ni siquiera respeta las grandezas y memorias queridas.

Entre las celebridades históricas que debieron a la lucha heroica de la independencia de Chile el oríjen y fundamento de su nombradía, la de don José Miguel Infante es, sin duda, una de las que mas personifican esa inmortal epopeya.

Juzgamos, por consiguiente, que no será estéril para el patriotismo chileno dar a conocer en todos sus detalles lo que con esos hombres y con esa época se vincula, ya que conservamos, entre otros muchos, un documento im-

portante para apreciar el carácter y los primeros pasos de Infante en la vida pública de nuestro país.

Solo con la publicidad podrán, por otra parte, descubrirse, a través del tupido velo que los rencores y las pasiones de partido enjendran, los hechos que las sombras del misterio y la incuria jeneralmente velan a las investigaciones históricas.

Puede fácilmente suceder que una pieza como la de que tratamos aparezca a primera vista nímia, y que esté, sin embargo, llamada a producir raudales de luz para los hombres que con tan laudable celo viven consagrados al estudio, encadenamiento y desarrollo de los acontecimientos y de los hombres del pasado, y que su adquisicion sea indispensable para que historiadores como ellos puedan emitir el fallo severo e inapelable de la posteridad.

Solo a costa de tan ímproba labor, de lárugas vijilias y pesados afanes, huyendo de las exajeraciones, haciendo que los hechos hablen por si propios; solo a costa de una meditacion sosegada y al esplendor de talentos singulares, esos historiadores conquistarán para sus fallos el reconocimiento de justicieros y luminosos.

Reconocemos en todos los ciudadanos el deber de cooperar a tan elevados fines, y en nosotros la obligacion de contribuir, siquiera de este modo, al ensanche de una publicacion tan importante, ya que tambien debemos corresponder en esta forma a las benévolas insinuaciones con que fuimos honrados por uno de los distinguidos directores de la *Revista de Artes y Letras* cuando en ocasion reciente se sirvió dar cabida en sus columnas a un documento análogo remitido por nosotros.

San Vicente, Julio de 1885.

RAMON R. ROZAS

Excmo. señor.

Don José Miguel Infante se me ha presentado ayer 2 del corriente, solicitando le propusiera a V. E., por muerte del doctor don Martín de Ortúzar, para mi Asesor en el despacho de los negocios civiles y criminales, en lo gubernativo y contencioso que debe determinar con letrado por Ordenanza.

Apoya su mérito en el tiempo que sirvió su padre de Ensayador al marqués de Casa Real, cuando por especial gracia de Su Majestad estuvo por su cuenta la amonedación, por su continuación en el mismo empleo de segundo ensayador, cuando se incorporó la casa a la corona, hasta su fallecimiento, por el año y catorce días que posteriormente a mi propuesta obtuvo don José Miguel el recordado empleo interinamente, hasta que de los reinos de España escribió a esta capital don Francisco Rodríguez Brochero, a quien propuse en primer lugar, en virtud de Real orden fecha 16 de junio de 1796, que a mi ingreso en la superintendencia encontré en el archivo de la casa; recuerda, por último, la Real orden de 4 de setiembre de 1805 por la que a consecuencia de haberlo recomendado V. E. en carta de 8 de octubre de 1804, me manda el Rei que lo tenga presente en las propuestas que haga, y en que pueda tener lugar por su mérito i aptitud sin perjuicio de los que tengan mejor derecho (1).

(1) Con esta fecha comunico al Presidente de ese Reino lo siguiente:

"He dado cuenta al Rey de la carta de Vucencia de ocho de octubre del año próximo pasado, número 180, en que recomienda para algun destino en esa Real Casa de Moneda a don José Miguel Infante, por el mérito que contrajo de ensayador mayor interino de ella, y Su Majestad se ha servido resolver que el Superintendente de dicha Real Casa le tenga presente en las propuestas que haga y en que pueda tener lugar por su mérito y aptitud, sin perjuicio de los que se hallen con mas derecho.

Traslado a V. E. esta Real resolución para su cumplimiento.—Dios guarde a V. E. muchos años.—San Ildefonso, 4 de Setiembre de 1805.—SOLER.—Señor Superintendente de la Casa de Moneda de Chile."

"Concuenda con el oficio orijinal de su referencia a que me remito. De órden verbal del señor Superintendente doi ésta.—Santiago, Junio 5 de 1807.—*José Ignacio Zenteno*, Escribano público y de esta Real Casa."

Atento al espíritu y letra de la Real orden, no tuve embarazo en verificar las propuestas que remití a V. E. el día 1.º del que rije (2).

(2) Al publicar en *La Unión* de Valparaiso, correspondiente al 13 de mayo de 1885, el oficio en que se hacían esas propuestas, para vindicar al doctor don Antonio Gárfias, favorecido en ellas, de gravísimos cargos, formulados en su contra en un documento que por primera vez veía la luz pública en *El Mercurio* del 21 de abril, dijimos que ese empleo se le había acordado al doctor Gárfias no obstante los esfuerzos de don José Miguel Infante para desempeñarlo, y desde entonces anhelábamos la oportunidad de comprobar este hecho con el documento que hoy damos a la publicidad.

Las propuestas en favor de Gárfias están contenidas en el siguiente oficio:

“Excmo. señor:

“Por fallecimiento de don Martín de Ortúzar se halla vacante la Asesoría de esta Real Casa de Moneda. Conceptúo por necesario que este destino lo sirva persona de talento, versado en la jurisprudencia, de conocida honradez, fiel en sus conceptos y de conocimientos prácticos en la legislación particular sobre el servicio y manejo del Real Herario; y sobre todo un sujeto que, desentendiéndose siempre a particulares respetos, dirija al Superintendente de la Casa en las causas civiles y criminales, gubernativas y contenciosas que debe determinar con asesor, como lo previene la Ordenanza, con aquella madurez, prudencia y rectitud que es consiguiente para el desempeño del mejor servicio, principal objeto a que debemos aspirar los que tenemos la fortuna de estar ocupados por el Rei.

“La experiencia de mas de cinco años me ha hecho entender concurren estas cualidades en el doctor don Antonio Gárfias y Patiño, al que desde luego propongo a V. E. en primer lugar.

“Hallándose el finado asesor Ortúzar, por sus achaques y ancianidad, incapaz de desempeñar su ministerio, se me ha presentado siempre el doctor Gárfias con prontitud y buena voluntad en cuanto he querido, y ha sido preciso ocuparlo en auxilio de los negocios y relaciones propias de la Superintendencia, sin que jamás haya intentado ninguna gratificación ni percibido cosa alguna de los ciento cincuenta pesos que solo goza el asesor. Este servicio personal dentro de la Casa y consiguientes resultas a beneficio de ella, y que asimismo espero seguirá con igual voluntad y justificación en lo futuro, me obliga a recomendarlo a V. E.

“A mas de lo espuesto, he reconocido por un cuaderno de documentos originales, que si gusta V. E. puede mandar traer a la vista, en donde aparecen otros servicios del doctor Gárfias contraídos en diversos destinos, ya de ministro y pasante del Colejio Seminario, de maestro de jurisprudencia, ya en el ejercicio de abogado por mas de doce años, de asesor y procurador jeneral de esta ciudad, ya de otros honrosos destinos en que se le ha ocupado y ha sabido granjearse el ventajoso público concepto, el de esta Real Audiencia, en donde tambien sirvió el empleo de relator, y de tres dignos antecesores de V. E., y de V. E. mismo, por el conocimiento práctico que les ha asistido de su talento, arreglada conducta y manejos, por todo lo que le han recomendado repetidas veces a Su Majestad, habiendo merecido en consecuencia este individuo se espudiese en su favor la Real orden de 28 de julio de 1805.

“En segundo lugar propongo al doctor don Juan Egaña, catedrático de prima en retórica.—En tercero al doctor don Juan José Aldunate y Larrain, para que, atendiendo a la terna que llevo presentada, se sirva V. E. elejir como le parezca de justicia.

“Dios guarde a V. E. muchos años.—Santiago de Chile y Junio 1.º de 1807.—Excelentísimo señor.—*José Santiago Portales.*”

“Excelentísimo señor don Luis Muñoz de Guzman.

Santiago 1.º de Junio de 1807.

“En conformidad de esta propuesta, nombro al doctor don Antonio Gárfias

No es comparable, sin quitarle nada a don José Miguel ni rebajarle el año y catorce días de servicio que solo tiene en la casa, con el propuesto en primer lugar, de quien me he valido mas de cinco años para cuanto he querido en los negocios del servicio, por la imposibilidad moral en que los achaques y senectud habian postrado al Asesor, sin que jamás me haya querido recibir gratificación alguna, aunque abochornado por el celo con que se prestaba sin interes, intenté franquearle algo de mi peculio. Su carácter imparcial en la casa, y firme, es lo que mas me obliga respecto a que, uniendo mis deseos a mis deberes, quiere desempeñarlos. Huyó de los tropiezos y reparos que traen fatales consecuencias al servicio, y por lo mismo que amo la rectitud, busco un apoyo en quien se reúnan las cualidades que por ese día manifesté a V. E. en mis propuestas que reproduzco.

Es demasiado arrojado que un abogado demasíadamente jóven, con conecciones dentro de la casa, y con solo la práctica de seis meses, como él lo manifiesta y es notorio, quiera ocupar la Asesoría, mas por un sistema de oposicion que por la mínima cantidad de ciento y cincuenta pesos en que está dotada, sin atender a las reflexivas consideraciones del servicio y de las funciones de mi empleo, que necesitan el consejo de otros conocimientos mas distinguidos que los suyos.

Yo mismo le he propuesto al antecesor de V. E., proporcionándole el interinato de ensayador segundo de la casa, sin que hubiese precedido el ruego y el empeño, solo porque así lo conceptué justo, ni ménos tengo embarazo para tenerlo presente en plaza proporcionada a su mérito, sin perjuicio de los que tengan mejor derecho.

Esta es la lei que me impone aquel Real órden, del que acompaño testimonio; en él resalta la justicia y el deseo con que se procura premiar el mérito de cada uno. Resolucion, a la verdad, que debe enternecer y animar a los empleados que sirven diaria y constantemente con la esperanza de optar sus ascensos segun y como S. M. tiene determinado en diversas reales resoluciones, a quien se servirá V. E. de dar cuenta, para que su soberana munificencia resuelva lo que fuere de su supremo Real agrado.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Real Casa de Moneda de Santiago y Junio 4 de 1807.

Excmo. señor,

JOSÉ SANTIAGO PORTALES.

Santiago y Junio 7 de 1807.—Agregándose a las propuestas del empleo de Asesor de que trata este oficio, sáquese testimonio de todo para dar cuenta a Su Majestad.

MUÑOZ.

y Patiño para que ocupe la plaza de asesor de la Real Casa de Moneda, vacante por fallecimiento del doctor don Martin de Ortúzar. En su virtud, dése al referido Gárfias testimonio de este nombramiento para que le sirva de título en forma, y tómesese razon en el tribunal mayor de cuentas y en la contaduría de esa Real Casa.—MUÑOZ.—Ante mí, *Luque*.”

EN PRENDA DE AMISTAD ⁽¹⁾

SONETO

AL SEÑOR DON CARLOS T. ROBINET

Como de dulce música lejana
llega vibrando el eco á nuestro oído;
como en alas del viento conducido
nos brinda su perfume flor galana;
Así las almas que el cariño hermana
transmiten y confunden su latido,
venciendo la distancia y el olvido,
tristes barreras de la dicha humana.

No te conozco, Carlos, mas si un día
te arroja el vendabal de la existencia
sobre las costas de la patria mia,
ya en la fortuna estés, ya en la indigencia,
pagando con amor tu simpatía
se alegrará mi hogar á tu presencia.

MANUEL DEL PALACIO.

Montevideo, 1885.

(1) El poeta español don Manuel del Palacio, hoy Ministro residente de S. M. C. en Montevideo, dirigió, espontáneamente, al señor Robinet el hermoso soneto que publicamos, después de haber leído un párrafo de carta, enviada al Ministro de Chile en el Plata, don Ambrosio Montt, en que nuestro colaborador, señor Robinet, le felicitaba por tener un colega diplomático tan ilustre en las letras castellanas.

LOS EDITORES.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR DON MANUEL DEL PALACIO

SONETO

¿Tú a la España invitarme?—Ai! ¡qué de veces,
Desde las playas de la patria mia,
Soñé con la feraz Andalucía. . . .
¡Y el sueño sólo se quedó en mis preces!

Tú, Maestro, que tanto te mereces,
Habitar ese Edén de poesía,
Al fulgor de tu rica fantasía,
Las ibéricas musas enalteces.

Hoi, que ya han vuelto, tras ingrata guerra,
A unirnos firmes i fraternos lazos,
De paz i de concordia entre las palmas,

Vén, poeta; hallarás en esta tierra:
Para estrecharte, cariñosos brazos,
Para admirarte, calurosas almas!

CARLOS T. ROBINET.

Santiago, 1885.

APROPOSITO DE UNA OBRA MAESTRA.

1. Las obras maestras de la intelijencia merecen y deben ser alabadas y ensalzadas, no solo porque así lo exige la justicia, sino mui principalmente porque el elogio merecido es un poderoso elemento de progreso. Así como la alabanza exagerada degrada al que la pronuncia y al que la acepta, así tambien el elogio merecido ennoblece á quien lo espresa, pues con él fomenta y encarna mas y mas en su alma la idea de la justicia; eleva y estimula el espíritu de quien lo recibe, dandole nuevamente conciencia de sus propias fuerzas, ya gastadas por un improbo trabajo, ya esterilizadas por la fria indiferencia; y por fin, despierta el espíritu público, punzando la natural inercia de la multitud, y nos invita á hacer el bien, mostrándonos con el dedo lo que es digno de ser alabado, lo que es digno de ser imitado.

2. Tales ó parecidas reflexiones hacia yo, no ha muchos dias, leyendo y examinando detenidamente los primeros tomos del *Diccionario filológico-comparado de la lengua castellana*, que el distinguido profesor doctor don MATIAS CALANDRÉLLI ha comenzado á publicar en Buenos Aires. Hé aquí la *obra maestra* á que se refieren las palabras que encabezan estas líneas; y al calificarla así, lo hago no movido por el sentimiento de admiracion que desde luego me causó la lectura de muchas de sus páginas, sino despues de haber sometido á juicio la cuestion, despues de haber meditado friamente sobre cada uno de muchos de sus artículos. En casi todas las comparaciones que he podido hacer sale, á mi juicio, vencedor el *Diccionario* del doctor Calan-

drelli, no solo por la mayor copia de elementos filológicos comparativos, sino tambien por la intencion científica con que el libro está escrito. El autor revela en esta obra dotes de verdadero escritor, y mas que esto, de exelente profesor. No tengo el honor de conocer personalmente al señor Calandrelli, ni he oido hablar de sus cualidades de catedrático; pero basta leer algunas pájinas de su bien pensado libro, para convencerse de que es un catedrático eminente. La obra tiene tan marcado sabor didáctico, que cada artículo parece ser la esplicacion de una clase, sin tener nada de pedantesco: se oye hablar al maestro, y el lector se convierte al momento en discípulo. Las cuestiones están tratadas con tino magistral y acertado criterio, en un language claro y correcto unido á un estilo noble y bien sostenido. Hai artículos que son un verdadero modelo en su jénero, pues en ellos nada parece faltar; nada parece estar de mas. El autor no se contenta (como lo hace jeneralmente Littré) con presentar una serie de palabras hermanas pertenecientes á las lenguas greco-latinas, sino que va mas allá, rastreando esa misma fraternidad, no solo entre las demas lenguas indo-europeas, sino tambien entre las semíticas. Un plan tan vasto exige profundos conocimientos de lengüística, una erudicion tan copiosa como escojida, y al mismo tiempo la jenerosa decision de una voluntad firme y constante, cualidades que no es fácil encontrar reunidas en un solo individuo. Por fortuna, los cinco primeros tomos que ya han sido publicados, de este Diccionario, testifican que su sabio autor posee esas cualidades, tan necesarias, para dar cumplida cima á una obra verdaderamente monumental.

3. ¿Necesitaré hablar del deber en que los buenos espíritus se encuentran de coodyuvar, en la medida de sus fuerzas, á la realizacion de tan útil y patriótica empresa? ¿Necesitaré probar que todos los Gobiernos hispano-americanos estan moralmente obligados á suscribirse á un buen número de ejemplares, no solo para dotar con ellos á sus bibliotecas públicas, sino para popularizar tan utilísimo libro en cada territorio? Esta es una obra *hispano-americana*, que, teniendo por objeto el estudio de ese vínculo que nos liga, llamado *lengua castellana*, está llamado á ser uno de los elementos de fraternidad, en toda la América lati-

na. Si á Buenos Aires le ha cabido la gloria de ver surgir de su seno y de fomentar la civilizadora empresa ¿por qué le hemos de negar nuestro apoyo, cuando así nos hacemos partícipes de los beneficios? Y tambien participaremos de la gloria misma, que, sí hoi es puramente arjentina, bien puede llegar á ser americana, cuando nuestras repúblicas prueben prácticamente, con su decidida colaboracion, que obra mas enerjicamente en ellas el jeneroso espíritu de progreso comun que el espíritu separatista de un patriotismo mal entendido.

4. La obra del doctor Calandrelli ha sido justamente encomiada por distinguidos publicitas arjentinos, y se halla precedida de un estenso y erudito prólogo digno de ella y valientemente escrito por el doctor don Vicente Fidel Lopez. El señor Lopez es autor del interesante libro titulado *Races aryennes du Pérou*, que revela un espíritu sagaz y observador unido á un acertado criterio. Comparando las creencias relijiosas y científicas, los usos y costumbres, así como varios elementos gramaticales y radicales de las lenguas quichua y sanscrita, el autor ha evidenciado los vínculos que ligan á los antiguos habitantes del Perú con los pueblos arianos del Yndostan, de la Media y la Persia, etc. Este distinguido filólogo une á sus vastos conocimientos de las leguas del antiguo Mundo los de las del Mundo americano; y, con la sonda del criterio en la mano, recorre, en su prólogo, la via que la ciencia de la lingüística ha seguido, y las peripecias sufridas en su progresivo desarrollo, desde los primeros tanteos de la Antigüedad hasta los portentosos descubrimientos modernos. Hé aquí á la verdadera ciencia filológica, nacida de aquellos tanteos primitivos, al modo como emanaron la astronomía y la química de las aberraciones de la astrología y de la alquimia. Puede decirse que la mentira se ha convertido en verdad, con solo sustituir al antiguo sistema, empírico y conjetural, el moderno, esperimental y analítico. Analizar una sustancia orgánica ó inorgánica; disecar un cuerpo organizado, desenredar una madeja, desembrollar una tesis filosófica, etc., todo esto no es mas que buscar las partes elementales ó constitutivas de las cosas, despojándolas de todo elemento extraño ó pegadizo, para ver en toda su pureza, la *realidad* de la cosa misma, esto es, la mónada fun-

damental en torno de la cual se habian agregado elementos estraños que la ocultaban á nuestros ojos. Así tambien se verifica en el habla humana: en torno de los sonidos primitivos se agrupan otros, mas ó menos estraños, que ocultan el verdadero esqueleto, la radical del vocablo. En el arte para hacer tales disecciones y para comparar los elementos homólogos entre las diversas lenguas, sobresale el doctor Calandrelli, siendo mui de notar que, escribiendo el autor en una lengua que no es la suya, ha necesitado de un conocimiento profundo del habla castellana para evitar el escollo de la monotonia, en que tan fácil es caer, tratándose de obras de este jénero. Hé aquí porque cualquiera persona puede leer pájinas seguidas de este diccionario, como si fuera otro libro de lectura comun, en donde el interes se sostiene por el encadenamiento y susecion lójica de las ideas. Este sucesivo encadenamiento no puede existir en un diccionario, en que el órden alfabético exige el paso de mas ideas á otros. Pero si el diccionario está escrito de manera que cada artículo presente interes por sí mismo, su lectura puede llegar á interesar, como en efecto interesa la de la obra del señor Calandrelli. El lector encontrará allí la historia de cada vocablo, las peripecias porque sucesivamente ha pasado la palabra humana; y verá como hoi dia empleamos las mismas voces, mas ó menos modificadas, que resonaran en los labios de pueblos antiquísimos. Es como si habláramos con esos pueblos, al traves de los siglos. Ya de esas naciones, solo queda apenas la memoria; y sin embargo, poseemos y empleamos sus mismas palabras. La espresion de su pensamiento resuena todavia en nuestros oidos y será pronunciada, en los siglos futuros, por nuestros desendientes. Ante tal consideracion, nuestra alma se siente hermana de aquellas almas.

5. La etimología comparada ha evidenciado, como la luz del día, ese gran hecho asentado en el prólogo del doctor Lopez, sobre la fraternidad de las lenguas greco-latinas, gálicas, jermánicas etc., de Europa con el samerito del Indostan, y con el zendo, el peleva, el parsi y demas lenguas arianas de la Media y la Persia. Todas estas lenguas, divididas y subdivididas en otras de segundo ó tercer orden, y en una multitud de dialectos, forman un gran manojo de hilos, á veces entrelazados pero generalmente

paralelos, como si provinieran de un mismo origen. ¿En dónde está el nudo que los ata, allá detras de los tiempos? ¿En qué época, en qué país y por qué raza se habló esa lengua primitiva, madre comun de la gran familia? Hé aquí una pregunta á la cual por ahora parece imposible poder contestar satisfactoriamente.

6. Al lado de esta cuestión aparece otra cuya solución no es menos difícil. ¿De dónde provienen esas diferencias gramaticales que separan á las lenguas semíticas y africanas, de las indo-europeas? El representante más genuino de las lenguas semíticas es el hebreo, especialmente el de los tiempos de Moises y Josué, lengua que hoy puede estudiarse en el libro escrito por este último caudillo y en el pentateuco de Moises. Más ó menos alterada, esta fué sin duda la misma lengua que hablaron Abrahám, Isaac y Jacob, conservada por sus sucesores, durante la captividad de Egipto. Según Moisés, (Gen. XI, 31) Abrahám nació en Ur, ciudad de la Caldea, en donde parece que residía la primitiva familia semítica, descendiente de Sem, hijo de Noé. Luego el semítico (hebreo) se hablaba en la Caldea. Unos pocos pasos hácia el Oriente están la Persia y la Media, que parecen haber sido el antiguo centro de donde la emigración ariana irradió en todas direcciones. ¿Por qué, pues, esas características diferencias que separan á las lenguas semíticas de las arianas? ¿Por qué, al revés de este hecho, se encuentra tanta analogía entre el hebreo y las lenguas de la Palestina, la Arabia del sud y otras regiones aun mas separadas de la Caldea?

7. Mas, sea lo que fuere, si bien es verdad que carecemos de datos precisos para opinar que las ramas semíticas pertenecen al mismo árbol ó tronco ariano, tambien es cierto que no nos es dado afirmar lo contrario. Si se pone en uno de los platillos de la balanza las diferencias gramaticales que hablan en favor de la diversidad de origen, y en el otro platillo la igualdad de los elementos radicales de las voces, así como los hechos históricos, que prueban la fraternidad filológica, no es posible casi decir cual de los dos platillos será el que baja más. En tal estado de la cuestion, la prudencia aconseja no formular ninguna desicion absoluta, en pro ó en contra, mientras no poseamos datos claros y prue-

bas eficientes y fidedignas en que fundar nuestra última palabra.

8. Aún mas todavía: hasta aquí solo me he referido á idiomas que tienen de comun la circunstancia de poseer un vocabulario mas ó menos completo, y compuesto de voces en su mayor parte polisílabas, cuyos elementos radicales se corresponden de lengua á lengua. En todas ellas aparecen las diversas partes de la oracion de una manera clara, ó al menos distintamente diseñada. En todas ellas se ve sufrir al nombre ciertas variaciones, ya para espresar la idea sustantiva ó la adjetiva, ya para manifestar el número ó cantidad de las cosas, ya para indicar las relaciones de éstas por medio de la declinacion. Todas estas variaciones del nombre se efectuan por medio de partículas, mas ó menos elementales, mas ó menos pegadizas, que preceden ó que suceden al vocablo. El verbo aparece tambien clara y distintamente, así como sus relaciones con los correspondientes nombres verbales. La conjugacion de unas lenguas es mas ó menos pobre, mas ó menos rica que la de otras; pero todas presentan la analogía de las inflexiones, emanadas de un elemento radical, que se encuentra ya en el infinitivo, ya en el tiempo presente, ya en el pasado, como sucede en las lenguas semíticas.

9. La pobreza de la conjugacion semítica, la manera especial de formar las inflexiones por medio de partículas adheridas antes y despues del radical, la peculiaridad del verbo hebreo, con sus cinco maneras de conjugarse, son circunstancias que á mi entender no bastan á borrar por completo los vínculos de afinidad basados en el hecho fundamental de conjugarse el verbo semítico con sus personas, tiempos y modos aunque no completos. No hai duda, por otra parte, de que esta falta es una gran dificultad que se opone á la fraternidad de esta rama de lenguas con las arianas. ¿Cuán grande no se presentará entonces esa dificultad, si se trata de establecer relacion de afinidad entre las ricas y flexibles lenguas polisilábicas arianas y las monosilábicas, con una conjugacion en jérmen como la tibetana, ó desprovistas de inflexiones verbales, como la china? La nacion china presenta un fenómeno talvez único en el mundo presente y en la historia. Su lengua es pobrísima de voces, pues apenas contiene 450

vocablos monosílabos, de sonidos distintos, que, pronunciados con acentos ó entonaciones diversas, producen 1,200 palabras. Todas las palabras son inflexibles; y hay muchas que sin el menor cambio, son sustantivos ó adjetivos, nombres y verbos, ó bien, sustantivos, adjetivos, verbos y partículas, que solo se distinguen por el lugar que ocupan en la frase, y por ciertos monosílabos especiales con que se juntan. Los verbos solo pueden conocerse por el pronombre personal que se antepone al monosílabo; pero hay miles de casos en que falta el pronombre, ocupando su lugar un adjetivo, como por ejemplo: *pequeño, humilde, necio*, etc., para significar el *yo*, y *grande, sublime, sabio, poderoso*, etc., para espresar el *vos*. Así, para decir "os ruego que me favorezcáis," el chino dice: *miserable, ruin, rogar, grande, poderoso, favorecer*, esto es: "yo, miserable, ruin, os ruego que vos, grande, poderoso, me favorezcáis." Tales son las exigencias de la buena crianza en el Celeste Imperio. Ningun chino se atrevería á decir *yo*, hablando con el Emperador, sino *tchhín* (súbdito). *Humilde caballo* es "mi caballo," *noble perro*, es "*vuestro perro*." La palabra *casa* sirve tambien, como otras muchas, de posesivo, y tratándose de un pariente, *casa padre* equivale á "mi padre."

En cuanto á los tiempos del verbo, se distinguen en el language moderno, por la agregacion de ciertos monosílabos al monosílabo verbal. Así, por ejemplo, el tiempo *pasado* se forma con el verbo *pasar*. *Comer pasar* significa "comí" esto es "mi accion de comer pasó." El imperativo pide la agregacion del verbo *rogar, invitar*: así para decir "elevad la cabeza," se dice: *rogar elevar noble cabeza*; etc.

La pluralidad se indica anteponiendo ó posponiendo al monosílabo otro que espresa la idea de *mucho* ó *todo*. *Fria todo casa* quiere decir *mis casas*; *noble casa mucho*, "vuestras casas," etc., etc. Tal es el carácter eternamente infantil de esta lengua, manifestado en el estado rudimentario de sus voces y de su construcción. La pobreza del vocabulario ha sido suplida en parte por la invencion de cerca de cien mil signos ideográficos, ó *palabras escritas*, todas las cuales se pronuncian con los 1,200 monosílabos hablados, correspondiendo cada monosílabo á muchos signos. Hai, pues, dos vocabularios: el uno *hablado*, imperfecto y defi-

ciente, y el otro escrito, completo y aun, puede decirse, superabundante. El chino no sabe hablar; pero sabe escribir; y mil veces sucede que, despues de no entenderse, en una conversacion cualquiera, uno de los interlocutores traza en el suelo el signo correspondiente, y entoncés el otro comprende la idea que las palabras no podian explicar. A pesar del camino hecho por el Imperio Celeste en las artes industriales, y en ciertas ciencias, su habla ha permanecido inflexible y seca, como el cerebro del empecinado pueblo que la usa. El cerebro nacional de la China es el de un infante con cañas, que hoy piensa como pensó en los primeros tiempos; y su habla, tambien infantil, está compuesta de articulaciones aisladas como las del niño todavía colgado del pecho de su madre.

10. He descendido á estos detalles, para nacer palpar el carácter primitivo de la lengua oral de los chinos. Evidentemente, si esta no es *lengua madre*, porque su esterilidad le ha impedido tener hijos, tampoco puede ser lengua derivada, porque no es dable concebir un estado todavía más rudimentario ó elemental. Ahora bien, esa lengua matriz de donde emanaron las arianas, ó fué una lengua primitiva ó provino de otra que lo fuera. ¿Es posible que esa lengua original presentara algo de parecido á la de los chinos, que es talvez hoi el mismo representante del habla humana primitiva? Hé aquí una cuestion no de todo punto inabordable, como se verá mas adelante.

11. Si bien no podemos decir cual fuera esa lengua prehistórica, creo que poseemos datos suficientes para poder asegurar á cerca de ella ciertos hechos fundamentales, y para inferir lógicamente otros. Bien sé cuan peligrosa es la vía de las *inferencias*; pero ello es solo cuando estas se convierten en aventuradas *conjeturas*, por falta de apoyos sólidos. Podemos estar, en mas de una ocasion, completamente seguros de la verdad de hechos á que no podemos llegar con nuestros sentidos, pero que podemos alcanzar con nuestro entendimiento, por medio de inferencias lógicas, fundadas en hechos ya conocidos. Así, por ejemplo, la existencia de un Dios Creador, (inaccesible á nuestros sentidos) no es mas que una simple inferencia, y no por esto dejamos de tenerla por verdad mas digna de crédito que las mismas cosas testificadas por nuestros sentidos,

espuestos á engañarse á cada paso. Nadie ha viajado por los astros y ningun coleccionista puede presentar la mas pequeña muestra de Marte, Venus, Saturno, etc.; y sin embargo, el análisis espectral nos ha hecho *inferir* en esos globos inaccesibles la existencia de las mismas sustancias elementales que contiene el globo terráqueo. Así tambien nadie puede presentar una sola palabra de esa desconocida lengua prehistórica; nadie puede, con mas ó menos fundamento, decir si se escribió ó no, ni que clase de caracteres usara, en caso de haber tenido una escritura. Ante una escritura tal, la de los jeroglíficos egipcios, la cuneiforme de los Turanianos de Caldea, la de los cordelillos de la China y la de los quipus del Perú serian relativamente modernas. Mas, á pesar de todo, si bien no podemos asegurar que esa lengua madre se *escribió*, podemos asegurar que se *habló*. Hé aquí la primera *inferencia*.

12. En segundo lugar, podemos estar seguros de que esa lengua madre se componia de voces distintas y articuladas como los vocablos de las lenguas hijas.

13. En tercer lugar, las palabras debian ser, ó todas monosílabas ó todas polisílabas, ó bien lo uno y lo otro, cual sucede hoy en las lenguas modernas.

14. En cuarto lugar, monosílabas ó polisílabas, todas las voces debian tener uno ó varios significados.

15. En quinto lugar, las leguas derivadas deben haber formado sus palabras con articulaciones correspondientes á las voces de la lengua madre, mas ó menos modificadas, pero rara vez cambiadas por completo: por manera que, por lo general, las sílabas palatinales, las dentales, las guturales, etc., en los vocablos matrices debieron conservar su carácter en las voces derivadas.

16. En el caso de cambios orgánicos, ellos debieron verificarse al modo como despues los hemos visto en las lenguas que conocemos. Así, por ejemplo, la dental aspirada del sancrito *dhumus* se convierte en labial, en el latin *fumus*: la *w* del antiguo alto aleman *werra* (querella, lucha), que es la misma del bajo latin *werra*, se torna *g* suave en el italiano *guerra*, pierde el sonido *u* en *guerra*, y se convierte en gutural mas fuerte en el provensal *gerra*, apareciendo al fin convertida en *h* aspirada, en el arabe *harb*, etc., etc.

17. En consecuencia, podemos creer, sin temor de engañarnos grandemente, que la mayor parte de las palabras de la lengua madre se encuentran en el conjunto de vocablos de las lenguas hijas, ya en estado mas ó menos simple, ya en el de combinacion ó composicion, ya, por fin, en el de derivacion por medio de sufijos ó desinencias.

18. Nada se opone á la creencia de que la lengua matriz *ha podido ser* monosilábica. No se puede afirmar que lo fuera; pero se puede estar seguro de que *ha podido serlo*, afirmacion que está acorde con la naturaleza, pues nada es mas natural en el hombre primitivo que el empleo de voces simples para espresar las ideas, tambien simples, que debió concebir la humanidad, en la primera época de su vida intelectual. El ejemplo de la China, que he citado antes, es una prueba concluyente de que una nacion *puede* vivir y resolver, mas ó menos bien, el problema de su propia civilizacion, con una lengua no solo monosilábica sino pobrísima de vocablos y completamente desprovista del movimiento necesario para dar vida á la espresion del pensamiento.

19. Así como el testarudo y estrecho carácter de los chinos se halla trasparenteado en su lengua, así tambien el carácter expansivo, comunicativo y civilizador de las primitivas razas arianas se echa de ver en las admirables combinaciones de articulaciones simples que presentan sus voces. A partir de la Media, que parece haber sido el principal centro de irradiacion de la emigracion ariana, vemos allí al zendo, al peleva, al parsi, etc., cuyas voces compuestas de silabas distintas, suenan de una manera clara y segura. Marchando hácia el S. E., el calor de esas rejiones del sol parece hacer crecer los vocablos, hasta convertirlos en pentadecasílabos ó mas, como el sanscrito *Védavédāṅgapāragadharmāṣāstraparāyanah* (el erudito en el libro de los Vedas), vocablo que, á pesar de su estension, no deja de ser declinable como el monosilabo *Brahm* (Dios primitivo). Al contrario, si partiendo de la Media, nos dirijimos hácia el N. E., daremos con pueblos como los Jermanos, los Escandinavos, los Eslavos setentrionales, etc., en donde los vocablos, de pronunciacion grave ó larga en las rejiones meridionales, se hacen esdrújulos y rápidos bajo la influencia de un clima frio. En la antigua

Escandinavia, la Suecia, la Norruega, la Rusia, etc., están las mismas palabras arianas de la Media; pero en ellas, las articulaciones primitivas solo aparecen á veces en su estado mas elemental representadas por las consonantes. Muchas de las vocales han desaparecido. El vocablo ariano se endurece, se aprieta, y como que se conjela, al ponerse en contacto con las nieves del norte: por manera que basta comparar el vocabulario de las lenguas setentrionales del norte con las del mediodía, para convencerse de que en mil casos, aquellas no son mas que estas mismas palabras pronunciadas por labios entumecidos. En consecuencia el clima ha influido grandemente en la sucesiva modificacion de las palabras, separándolas ó manteniéndolas mas ó menos cercanas de la lengua matriz.

20. Que una lengua monosilábica puede convertir la mayor parte de sus monosílabos en voces de más de una sílaba es un hecho testificado hasta por la inflexible lengua de los chinos. La multitud de significados que suele tener una sola voz, los obliga á adjuntarle otra que la explique, ó fije su verdadero sentido. Por ejemplo, la palabra *táo* corresponde á nueve ó diez signos que significan conducir, llegar, cubrir, decir, razón, vía, cereales, bandera, etc., y *lí* es camino, piedra preciosa, carro, etc.; la combinacion *táo-lí* espresa la idea común de *camino, andar*. El tibetano en Asia y el guarani en Sud América son buenos ejemplos del paso ó transicion del estado monosilábico simple de una lengua al estado compuesto. El carácter primitivo de la lengua guarani es evidente; y en ella se verifica el mismo fenómeno de tener un solo monosílabo muchos significados.

21. Por otra parte, atendida la naturaleza misma de las cosas y el movimiento progresivo del espíritu humano, cuya expresion es la palabra, parece natural que si la lengua madre comenzó por ser monosilábica, no tardó mucho en contener palabras polisílabas, más ó menos complicadas, segun eran mas ó menos complejas las ideas que se queria espresar. Suponer lo contrario, es suponer pueblos estacionarios como la China, lo que ha estado mui lejos de verificarse en las razas arianas. En consecuencia, nada se opone á que la antigua lengua matriz, en caso de ser monosilábica, pasase al estado de *mista*, es decir, de una len-

gua que contuviera algunos monosílabos primitivos y miles de vocablos, ya compuestos, ya derivados, de primera, de segunda ó de mas reciente formacion. Esto es precisamente lo que se observa en todas las lenguas posteriores que se suponen salidas de aquella lengua madre. Sus vocablos principales pueden ser sometidos á un riguroso análisis, de tal manera, que no solamente se ve allí la significacion del elemento radical sino tambien las de prefijos, sufijos, desinencias, etc. El prefija *a*, por ejemplo; tan usado desde la mas remota antigüedad, en toda la gran familia *indo-europea*, es un verdadero vocablo monosilabo, que tiene una multitud de significados. En el primitivo, de *sin*, es usado en el samerito, el peleva, el zendo, el griego, el latin, el hebreo, el quichua, etc. El sufijo latino *anus*, *inus*, *enus*, etc., contiene la combinacion *nus*, cuyas consonantes son las dos primeras *NaS-cor* (nacer), y expresa las ideas análogas de nacimiento, prosedencia, cualidad correspondiente á . . . etc., como en *africa-nus* (de Africa, nacido allí); *corvi-nus* (correspondiente al cuervo); *epica-nus* (de las dos especies), etc., etc.

22. Pero no solamente pueden separarse los prefijos ó sufijos, del radical, para analizar un vocablo cualquiera, sino que el radical mismo puede someterse al análisis para encontrar los sendos significados de los diversos sonidos consonantes que entran en la raiz del vocablo.

23 Podria poner una multitud de ejemplos que prueban este hecho; pues me contentaré con uno, eligiendo para ello la palabra *tierra*, cuya idea fué sin duda una de las primeras que jermnaron en el cerebro del hombre primitivo. La palabra latina *Te R Ra* (tierra) tiene por radical la combinacion *Te R R*, que consta de dos elementos distintos:

	N.º 24	
25 <i>Ejipcio</i>	Tó.	(El globo terráqueo
26 <i>Chino</i>	{ Thù.	} La tierra.
	{ Tá.	
	{ Ti	
27 <i>Tibetano</i>	{ Tau	
	{ Teu	
28 <i>Araucano</i>	Tue	

Te+eRR. El primer elemento T significa por sí mismo *tierra*, como se verá en los cuadros sinópticos del márgen, que contienen los nombres escritos los unos debajo de los otros, de modo que las letras radicales se correspondan en la misma línea

29	Quichua	Tiu	} Arena.
30	Aimará	T Tiu	
	Hebreo	Tud	(Lodo.
31	Gótico	Tinda	} Tierra.
32	Quimri	Tud	
33	Japónés	TSutsi	
34	Ejipcio	i Sis	(Diosa tierra.
35	Aimará	Tatsa	(Diosa.
36	Griego	{ Tetrís Titea	} Diosa tie- rra.
37	Sanscrito	Ditia	
38	Siberia	Dia	
39	Griego	Thia	(Hija de Urano.
40	Islas Alcu- cianas	Tiis	} Dioses la- res o de la tierra.
41	Otahiti	{ Tis Tes	
42	Caldeo	Tahvit	} Madre tie- rra esposa del sol.
43	Escita	Tubiti	
44	Panamá	Dabaida	
45	Haití	a Ta beira	
46	Otaítí	o Té papad	
47	Boruca	Tapque	} Tierra.
48	Arabe	Tin	
49	Pelasgos	Te mospora	} Madre Tie- rra.
50	Griego	Te mis	
51	Ejipcio	T' meis	
52	Islas de Sannéich	Ta matea	(Idolo.
53	Guaran	Te Tà mà	(Tierra, patria.
54	Arauco	Thu maugh	(Tierra pul- verulenta.

vertical, á fin de hacer mas fácilmente las comparaciones (1) El cuadro núm. 24 está encabezado por el vocablo egipcio *Tó*, que significa *globo terráqueo*; y cuya *T* radical, está en las voces china, tibetana y araucana, que corresponden á *tierra*, así como en la quichua y la aimará, que significan *arena*. En los nombres que siguen la *T* radical se repite, hasta la primera *T* se convierte en *D*. En el nombre de la diosa madre tierra *Dia*, de Siberia, la segunda *t* desaparece, y en los vocablos que terminan el cuadro, el elemento adjunto al radical varía.

Nótese la analogía entre el caldeo *Tah-Vit* y el escita *Tu-Biti* de que habla Herodoto (Melpomeno LIX) con el panameño *Da-Baiba* (en donde la *T* inicial está convertida en *D*), el haitiano *a Ta Beira*, el otaitiano *o-Té-papad* (cuyo elemento *o-Té* es el inicial de *o-Tá-ítí*, nombre de la tierra, madre, patria), y finalmente con *Ta-Pque*, nombre que daban á la tierra los salvajes de Boruca (en Costa-Rica).

55 En los núms. 59 á 64 se ve á la *T* de tierra combinada con la *M*, cuyo sonido se ha usado, desde muy antiguo, para

(1) Con este mismo objeto, van numerado los vocablos de los cuadros, incluyendo esta numeración en la misma de los párrafos para evitar confusión. Los números colocados á la derecha de los vocablos, en los cuadros, le servirán al lector para buscar las voces que tienen el mismo número á la izquierda, á fin de compararlas con aquellos.

espresar las iduas análogas de *mano hacedora* y *madre creadora y alimentadora*. Lo uno y lo otro es la *tierra*, madre de la naturaleza, esposa de Dios, y por consiguiente *mano hacedora* del Criador. En este sentido, la tierra era para los Paganos una verdadera Diosa, *creadora, nutridora y directora* de su hijo predilecto, el hombre. Los antiguos Pelasgos la llamaban *Te Mos fora* y la adoraban como *lejislado-universal*. Entre los griegos tenía el nombre de *Te-Mis* y entre los Egipcios el de *T'-Meis* como *madre de Justicia*, idea lógicamente espresada por el Paganismo, pues la Tierra como *madre de la naturaleza*, no solo contiene en sí todos los elementos de enseñanza, sino también la sanción práctica de sus mismas leyes. Entre los Egipcios, *Thóth* era el genio de la sabiduría, y su nombre no es más que el mismo *Tó* (globo terráqueo) más acentuado, pues el elemento *t* se halla repetido. *Thoth*, que se corresponde con el *Taut* de los Fenicios, fué el inventor de la escritura, y era nada ménos que el gran Escriba, el secretario y ministro del dios infernal *Osiris* (sol debajo de la tierra). *Osiris* era el sol muerto todas las tardes, en el ocaso, por el maldito *Seth*, el *Tifon* de los Griegos, el Arhimanes de los Persas, enemigo de la *Luz* (vida), y por consiguiente del sol diurno llamado *Rá* por los Egipcios. En cuanto el brillante *Rá* se hundía en el seno de la tierra (*i Si S*) tomaba el nombre de *o Si Ri S*, nombre en que la *R* de *Rà* se halla envuelta entre las *SS* de *i Si S*. Tal es el carácter plástico de los vocablos primitivos, en todas las lenguas, las que parecen haber ido formando sus voces sucesivamente de otras más y más simples anteriores, hasta llegar al monosílabo primitivo. Una vez en el infierno (mundo *inferior* y de tinieblas á donde iban las almas de los muertos, mientras sus cuerpos quedaban envueltos en la costra terrestre), *Osiris* juzgaba á los que habían muerto en el día. Sus inapelables sentencias eran escritas en el libro del destino por el ministro *Thóth*, el sábio por excelencia. Segun la teogonía egipcia, *Thoth* era hijo de *Piromi*, el cielo primitivo; y ese hijo predilecto del cielo primitivo es en todas las teogonías paganas al globo terráqueo, la tierra, hija, esposa y madre de Dios. (1)

(1) Esta íntima union entre la idea de *Madre Tierra* y las análogas de sabiduría, justicia grandeza, etc. es sin duda una de las rela-

56. Volviendo al vocablo *terra*, la R del segundo elemento expresa tambien por si misma la idea de *tierra*; pero no de una manera tan jeneral como la *T*. El cuadro

	N.º 57	
58 Romana	Rea	} Madre tierra } esposa del } cielo.
59 Griego	HeRe	

N.º 57 solo contiene unos pocos nombres que espresan la idea de tierra, y concluye con algunos que significan

ciones mas primitivas concebidas por el espíritu humano. Espresadas con otros sonidos, la encontramos tambien orijinal, en el Indostan, de donde parece haber irradiado en todas direcciones. Los sanscritos *Ma Ia* (madre tierra), *Ma Hí* (suelo) se corresponden con *Ma Hat* (grande, noble, latin *Ma Gmus*, y con la voz *Ma Go*, (sacerdote sábio, entre los orientales), latin *Ma Gus*, griego *Ma-Gos*, árabe *Mad Jus*, etc., que pueden compararse con el tibetano, *M KHas* [sábio], árabe *Ma Kar* [astuto], *Má Har* [hábil] ; eslavo? *Ma Gares* [sacerdotes de la Mingrelia], araucano *Ma CHí* [sábio, médico adivino], *Mi Cun* [sospechar, idea de saber], mejicano *Ma CHtia* [nite] [enseñar], *Ma CHtia* [nino], [aprender], *teyoliuh Ma-CHtiani* [sábio, maestro], teixtla *Ma CHti* [director, ayo], *teixtla Ma CHiliztli* [doctrina], Polmesia *Ma Hana* [Dios], quichua *Ma CHu* [anciano], Otaiti *Ma Hama* [Dios], amonita *Ma Hom* [idem], americano *Mo Han* [sacerdote], árabe *Mo Hammed* [nombre del Profeta], latin *Ma Gister* [maestro], hebreo *Ma G* [jefe de los Magos de Babilonia], *Me Ged* [noble, precioso], etc. En griego, *Ghé* es tierra, y à *GJinoia* sagacidad. Los antiguos Mejicanos llamaban *TLalli* à la tierra, y *TLamatini* à los sábios. En araucano, la *T* de *Tue* (tierra) está en *Toquin* (gobernar, dirigir) y en *Toqui* (señor, director), voz que corresponde à *Duque*, latin *Dux* (director, gobernador), cuya *D*



SSÉ



TÁ

se encuentra en *Ducere*, *Dicare*, *Dicere*, etc., y es (como se verá despues) la misma *T* de *Terra*, suavizada. Por no alargarme demasiado, no pongo mas ejemplos; pero no debo olvidar los que el chino nos presenta, por ser característicos, pues no solamente la lengua oral, sino ademas la lengua escrita, prueban la asimilacion, de la idea de sabiduría a la de *tierra*. El chino *Tá* (tierra) ha producido evidentemente à *Taó* (razon primordial) que es mui semejante à *TSái* (sábio, adivino). De este último vocablo se pasa fácilmente à *SSé* (letrado, sábio, majistrado), siendo mui de notar que el signo *Ssé* correspondiente à este último monosilabo, es casi igual al signo *Tá* (tierra). Aquí ya no puede quedar lugar a duda, por estar contestes los dos testigos del hecho, el de la lengua hablada y de la escrita.

60	<i>Ariano</i>	ai	Rya-vaedjo, tierra, patria
61	<i>Sanscrito</i>	e Ra	} La tierra.
62	<i>Sanscrito</i>	i Ra	
63	<i>Ainará</i>	u Raque	
64	<i>Zendo</i>	i RaK,	nombre de la Media.
65	<i>Persa</i>	i Ram,	id. de Persia.
66	<i>Latín</i>	{ a Rea a Rena	Superficie te rrestre
67	<i>Arabe</i>	Reml	} Arena.
68	<i>Berberisa</i>	Remel	
69	<i>Latín</i>	aeR	
70	<i>Griego</i>	aRe	} Aire.
71	<i>Hebreo</i>	Ruah	
72	<i>Arabe</i>	Rych	
73	<i>Oitái</i>	ORRe-orre	Dios de los vientos.
74	<i>Arabe</i>	Ryhh	Viento.
75	<i>Hebreo</i>	Raquing	Región del ai- re.
76	<i>Griego</i>	{ u Ranos c Ronos	El cielo. Id.
77	<i>Araucano</i>	C Ruv	Aire.
	<i>Quichua</i>	luaiRa	

aereos de la tierra, como divinidad femenina, se corresponden con varios nombres de dioses, como el griego uRanos (dios cielo) el egipcio Râ (dios sol en el senit), oRo (dios sol recién nacido), el persa oRmuzd (dios sol) el eslavano *Rava* (dios supremo), etc

78. El cuadro N.º 79 contiene nombres de tierra ya más

		N.º 79	
80	<i>Hebreo</i>	{ e RS haRT	} La tierra.
81	<i>Arabe</i>	âRD	
82	<i>Caldeo</i>	aRD	
83	<i>Quimri</i>	aRD	
84	<i>Aleman</i>	eRDe	
85	<i>Inglés</i>	eaRTh	
86	<i>Gótico</i>	aiRTa	
87	<i>Alemán</i>	heRTa	
88	<i>Húngaro</i>	RaSDi	

comienzo por R, expresando así en primer lugar la idea secundaria de aire, en vez de comenzar por la T, que es el elemento principal.

89. Por último, en el cuadro N.º 90 se ve completa-

		N.º 90	
91	<i>Quimri</i>	D aeR	} La tierra.
92	<i>Sanscrito</i>	D haRâ	
93	<i>Latín</i>	Te RRa.	
94	<i>Arabe</i>	To Râb	
95	<i>Quichua</i>	T uRa	
96	<i>Egipcio</i>	aTo R	Barro. Diosa, madre

aire, porque este elemento forma parte del globo que habitamos. La tierra mirada con relación á los demás cuerpos que pueblan el espacio, es un núcleo sólido, rodeada de una masa gaseosa. El Paganismo dividía la idea de la *madre tierra* en dos: la tierra procreadora, representada por el núcleo masico y la Venus celeste simbolizada por el aire azul de los cielos. Esta última era la sublimación de la primera idea. Estos nombres

perfeccionados, pues se componen del primitivo elemento simple R, que significa *aire* y del T (convertido á veces en D o en S) que expresa la idea de núcleo terrestre. Ya el vocablo está más completo, pero todavía le falta perfección, pues comienza por R, expresando así en primer lugar la idea secundaria de aire, en vez de comenzar por la T, que es el elemento principal. Por último, en el cuadro N.º 90 se ve completamente perfeccionado el nombre de *tierra*, pues, al revés de los nombres anteriores, estos comienzan por el elemento principal T, que á veces es *Th*, *D*, ó *Dh*, así como la R

			tierra.	
97	<i>Fenicio</i>	Tu	R	Montaña.
98	<i>Islas de la</i>			
	<i>Sociedad</i>	Ta	Rva	Diosa madre.
99	<i>Berberisca</i>	iD	Rär	Monte.
100	<i>Zendo</i>	mi	Th	Ro
101	<i>Persa</i>	mi	Th	Ra
102	<i>Griego</i>	deme	Te	R
				} Venus celeste
				} Dama madre
				tierra.
103	<i>Latin</i>	Te	Llus	} Madre tierra.
104	<i>Haiti</i>	Tie	LLa	} Monte.
105	<i>Arabe</i>	Te	LLeh	Tierra.
106	<i>Gaélico</i>	Ta	LLam	Diosa madre
107	<i>Harones</i>	a	TacLsic	señora.
108	<i>Aimará</i>	TTa	LLa	Señora.
109	<i>Sanscrito</i>	Ta	Lan	Suelo.
		T	Lalli	Tierra.
110	<i>Mejicano</i>	T	Laloc	Numeros de
				las montañas

se convierte en L, en algunos de ellos. Los nombres del cuadro anterior, siguiendo el orden de las palabras, se traducen: "aire (R) que rodea al núcleo terrestre (T)", con lo cual se expresa de una manera exacta y precisa la idea de Tierra. No sucede así con los nombres, de este último cuadro, pues que *Te-RRa*, por ejemplo, se traduce:

T
E
R
R
a
núcleo maciso
rodeado de
aire.

En los últimos nombres del cuadro, la *R* se ha convertido en *L*.

111. Véase, pues, como la palabra *TeRRa* perteneciente á una lengua polisílaba tan flexible como la latina, está compuesta de dos palabras monosílabas y contiene en sí tres significados distintos: el 1º de núcleo terrestre, encarnado en *T*; el 2º de aire, encarnado en la *RR*, y el 3º que es la suma de las dos ideas anteriores (tierra rodeada de aire) expresado también por la suma de las sílabas componentes. A este mismo análisis puede someterse cualquiera otra palabra, de dos ó mas sílabas (con tal que espese una idea primitiva); y la descomposición del vocablo producirá un resultado análogo al anterior. Supongamos ahora, por un momento, que están analizados todos los vocablos principales de la lengua latina, por ejemplo; y que del análisis ha resultado que cada sílaba radical ó compuesta, en cada palabra, significa una idea, mas ó menos simple, de tal manera que la suma de estas sea la expresión exacta de la idea compleja significada por el vocablo en cuestión; si esto es así, ya no habrá duda de que las palabras de la lengua latina están compuestas de voces monosílabas pertenecientes á una lengua anterior. Ahora, si este mis-

mo fenómeno se verifica además con las lenguas hermanas, primas ó parientes mas ó menos lejanas del latín, de manera que las mismas sílabas ó sonidos consonantes de los vocablos latinos tengan las mismas ó análogas significaciones en los vocablos griegos, germánicos, eslavos, persas, etc., es evidente que todas estas lenguas traen su origen de una lengua prehistórica, que comenzó por ser monosilábica y que las necesidades sociales y el progresivo desarrollo del espíritu humano la obligaron a formar palabras de dos, tres ó mas sílabas hasta quedar convertida en otra ó en otras lenguas.

112. Demos todavía un paso adelante, y edifiquemos sobre una suposición que bien pronto se verá convertirse en realidad. En este estado de la cuestión, ya sería fácil conocer todas ó casi todas las palabras de esa lengua original. Para ello bastaría buscar, por medio del análisis, todas las sílabas ó sonidos consonantes elementales que en las lenguas indo-europeas coincidieran en significado. La clasificación ordenada de todos esos monosílabos, sería el vocabulario de esa lengua original, reconstruido con los sonidos elementales encontrados en estado de fósiles, en las lenguas hijas. En vista de ciertos huesos sacados del fondo de la tierra, Cuvier reconstruyó esqueletos de animales antediluvianos. Ahora bien, si en virtud de la soberana ley de las analogías y correspondencia lógica de la obra de la naturaleza, tres ó cuatro huesos han bastado para deducir no solo la existencia sino la forma fundamental del desconocido animal á que perteneció ¿por qué no habrá de merecer el mismo crédito un conjunto de sonidos elementales que durante miles de años, han servido á los diversos pueblos de la tierra para espresar las mismas ideas? Formado así el diccionario de la lengua original, bastaría solamente compararlo con los vocabularios de las lenguas monosilábicas, y ver si el chino (que es el tipo del género) presenta ó no analogías con esa, la lengua madre prehistórica.

113. Así pues, la cuestión queda reducida á ver si en realidad se verifica el hecho de la correspondencia de significados en los sonidos elementales de los vocablos indo-europeos, en conjunto, esto es, mirando á todas estas lenguas como dialectos de una misma. Hé ahí lo que voi á

tratar de probar, desarrollando ante los ojos del lector, el cuadro general de los aborígenes de la lengua humana, tal como concibo la cuestión.

114. Se habrá notado que en los tres últimos cuadros sinópticos figuran nombres de la *diosa tierra*. Así he creído deber hacerlo, porque, en primer lugar, los nombres de Dios (ó de los dioses) son palabras como otra cualquiera, y mas todavía, son palabras que espresan ideas fundamentales, y, por consiguiente, origen de mil y mil voces correspondientes á sendas ideas derivadas. Basta un poco de atención y algun conocimiento de las antiguas teogonias paganas, para convencerse de que los elementos radicales de casi todos los vocablos de la lenguas se hallan en los nombres primitivos de las divinidades. Por manera que podría escribirse un libro, en el cual estuviesen clasificados y comparados los nombres de los dioses, con la explicación filosófica del mito correspondiente, agrupando al lado de cada nombre divino, los vocablos que han debido derivarse de él, segun las ideas derivadas en él mito. Esto es tanto mas hacedero, cuanto que todos los mitos paganos, especialmente los primitivos, pueden explicarse razonable y filosóficamente, no obstante su aparente falsedad, y aun la deformidad de algunos. Detras de esas alegorías, ya poéticas y encantadoras, ya deformes y rechazantes, se halla escrita la historia física del mundo, tal como los antiguos comprendían la creación. Bacon, en su *Sabiduría de los Antiguos*, explicó algunos de esos mitos, con filosófica sagacidad; pero dejó sin explicar muchos otros, y mas aun, no sacó del estudio el provecho filológico que era dable. Queda, pues, aun sin escribir ese libro, que podría titularse:

ABORÍGENES DE LAS PALABRAS

115. La simplicidad de los antiguos nombres de los dioses paganos es un indicio evidente de que esas palabras fueron pronunciadas allá en los primeros tiempos de la humanidad. En el cuadro siguiente he tratado de reunir ordenadamente (en cuanto ello es posible) los nombres simples de las divinidades de los mas antiguos pueblos del antiguo y del nuevo mundo.

O	On	Obi	OKi	Odin	Athyr
Ea	An	Bo	Hi	Sin	Tai
El	Anu	Fô	Géi	San	Tis
Al	Nu	Po	Gad	Sun	Thor
Lhâ	Nuth	Vé	God	Sev	Teotl
Lat	Nor	Bog	Gott	Dew	Thôth
Râ	Neith	Bès	Guth	Dia	Tétis
Rea	Pan	Ops	Gna	Theós	Tellus
Oro	Bin	Apis	Juno	Thía	Tiela
YLu	Brahm	Pooh	Knef	Tien	Tlaloc
Allah	Fré	Bohu	Kaos	Tane	Toia

Basta echar una ojeada sobre esos nombres para notar 1º que casi todos ellos son monosílabos; y 2º que los que contienen dos ó tres sonidos elementales son evidentemente compuestos de los nombres *monosílabos puros* (designado con esta denominación aquellos en los cuales no entra mas que una sola consonante). Así, por ejemplo, el chino *O* (segunda persona de la Trinidad) unido al caldeo *Bo* (dios primitivo ó Caos generador) produce *OBi* (dios de la Siberia), que se puede comparar con el latino *OPs* (diosa tierra) con el egipcio *aPis* (encarnación del dios Osiris en un toro), con *OBi-ssa* (dios del mal en Benin), con *OBo-da* (dios de los antiguos árabes), etc. El antiquísimo dios clamita *Ylu*, que es el mismo *El* ó *Al* de los Hebreos, el *Allah* de los Arabes, etc., unido al antedicho *Bo* produjo *BeLos* (dios sol de los Babilonios). El mismo *Bo* acompañado del Caldeo turaniano *An*, *Nu*, forma *BiN*, que era el dios-atmósfera de los sacerdotes astrónomos de Caldea. Este último, endureciendo su *B* inicial, se convierte en el *PaN* de los griegos, así como *BeLoS* se corresponde con el griego *PoLoS* (cielo), y este, con el araucano *PiLol* (vacío, hueco). Los tres nombres *Bo*, *iLu* y *oN*, de dioses principales están en el griego *aPoLLoN* (dios del sol), que es el mismo araucano *PiLLaN* (dios de los volcanes ó del fuego). El araucano tiene además *PeLon* (luz); y el caldeo *BeLos* es el dios *Luz*. La combinación *B.L=P.L=F.L* se encuentra en todas las lenguas indo-europeas, significando *Luz* y Dios, Señorío, etc. Lo mismo se verifica en las lenguas semíticas, con la circunstancia de que la *L* suele convertirse en *R*, como también suele suceder en el sanscrito.

—El antiguo babilónico *Bo*, unido al griego *Kaos* (dios primitivo) produce *BaKXos* (dios ardoroso de la intemperancia), correspondiente al eslavo *BoG*, antiguo persa *BaGa*, zendo *BaGha*, sanscrito *BhaGa* (que significan, cielo, Dios), guaraní *iBaG* (cielo), sanscrito *VaYu* (dios del viento) *ViCnu* (segunda persona de la Trinidad), *VaZus* (genios divinos), peruano, araucano, aimará *WaCa* (dios protector de la localidad, sepultura), araucano *WeCuvu* (dios maligno), chibehas de Bogotá *BoCHica* (dios supremo) peruano *PaCHa* (Dios), *PaCHa-camac* (Dios creador), aimará *PaCHa* (inmutable, eterno), *PaCHaniurini* (Dios a quien todo obedece), entre los Bracmanes *PuCHam* (sol divino), védico *PusCHan* (dios sol), quichua *PunCHao* (sol ardiente), *PonCHo* (manta, abrigo), *PoCConi* (madurar los sembrados), *PoCCHini* [hervir la olla], aimará *PoCotha* (madurar los sembrados) *PaKusutha* [sacar fuego con el eslabón], mejicano *PoConia* [nitla] [cocer], *PoConi* [hervir la olla], sanscrito *PaC* [cocer, madurar], inglés *BaKe* [cocer al horno], alemán *BaCKen* [idem], mejicano *VaQui*[ni] [secar al sol], árabe *taBaKH* [cocer al fuego], hebreo *rBK* [freir], *aBH* [cocer al horno], aimará *WaQuitha* [calentar], guaraní *BaCúa* [cosa asada], hebreo *yBCH* [seco], aimará *WaKHa* [cosa asada], sanscrito *PaCtas* [cocido], aimará *PaCtatha* [fulgurar], quichua *PaCsarini* [resplandecer], alemán *sPeiGeln* [lucir], guaraní *piPiG* [lucir, arder], araucano *PuYelcùn* [brillar], *PuYel* [centellea-chispa], quichua *PaCsa* [claridad], sanscrito *PhKsa* [luna llena], aimará *PhaKHsi* [luna], latin *FaX* [hacha, antorcha], *FoCus* [FueGo], bribi [salvajes de Costa-Rica], *VoiCu* [quemar], cabécar [id., id.] *BuHu* (*FueGo*), árabe *BáHy* [luminoso], hebreo *BaHyd* [claro, brillante], árabe *a'àFyaH* [FueGo], griego *FeGGos* [luz], *FaySKo* [brillar], alemán *FaCtel* [antorcha], aimará *PhaKHo* [rubio], *PuCa* [rojo], chino *Pú* [brillar], guaraní *Pú* [hervir], *Pé* [calor], caldeo *Bo* [dios [sol] primitivo], fenicio *BoHu* [idem], chino *Phao* [hervir], quichua *PPaCCu* [rojo], araucano *PoCùll*, *PoColle* [yerba con que se tiñe de rojo ó amarillo], hebreo *PhuK* [colorete, afeite], sanscrito *PiJ* [trazar, colorear] chino *Pi* [pincel], latin *PiCtura* [arte de pintar], peleva *PéCítano* [embellecer, adornar], persa *aBiStan* [idem], zendo *PiC* [idem], latin *PiCtilis* [bordado, recamado], quichua *Pau-*

Car [florido, bello], griego *BaKXos* (BaCo, Adonis, la suprema belleza], etc.

116. Esta série de comparaciones podria hacerse llegar, á miles de voces, (1) pues los ejemplos sobran, y lo difícil es elejir aquellos que hagan ver mejormente la verdad del hecho: pero creo que bastan las voces citadas para comenzar á ver 1.º que los nombres primitivos de los dioses son simplísimos; 2.º que estos nombres se han combinado para formar otras denominaciones divinas; 3.º que de estas denominaciones, de primera, segunda ó tercera formacion, se derivan no solamente las palabras que significan una idea divina ó sobrenatural, sino los vocablos comunes de las lenguas; y 4.º que los elementos radicales de los nombres de los dioses del paganismo, en la mas remota antigüedad, son iguales á los mismos elementos en los nombres de los dioses de los pueblos salvajes de América. Todo esto lo irá viendo el lector, poco á poco, á medida que vaya desarrollando mi tésis, en lo cual seguiré estrictamente el sistema matemático, de no dar un solo paso adelante, sin dejar probada la verdad anterior en que habré de apoyarme. Es necesario subir paso á paso la escalera, examinando atentamente cada peldaño, ántes de asentar firmemente el pié, para dar el paso siguiente: porque la cuestion no es llegar luego, sino llegar sano y salvo de todo error, en cuanto á ello es posible. Hé aquí porque á veces tendré que detenerme mas ó ménos en algunos puntos, á fin de hacer ver que las indentidades ó analogías etimológicas no son efecto de la casualidad, sino el resultado de la intencion profunda del lenguaje, pues al lado de dichas indentidades se encuentran las de las ideas y creencias relijiosas espresadas por los mismos sonidos radicales.

DANIEL BARROS GREZ.

(Continuará).

(1) El grupo ya coleccionado de donde he extractado los últimos vocablos, contiene mas de cuatro mil nombres, cuyo fundamento radical es, en todos, la combinacion $B.C = P.C = V.C$, que se encuentra en *Ba Co*, (dios sol ardiente, númen de las orjías y de la intemperancia). Lss diversas significaciones de dichos nombres (pertenecientes á las lenguas principales de ámbos Mundos) corres

ponde á las ideas de sol fuego calor, amor libidinoso, libertinaje, etc., encarnadas en el mito del antiguo dios *Ba Co*. Inmenso es el número de ideas relacionadas con este mito, desde la de *Va Cuo*, (el vacío, el cielo el *es Pa Cio*) ó dios-continente de la creacion, hasta la de *Dios-Hacedor*, y hé aquí porque creo que el *Fa Cere* latino y el nombre de *Ba Co* son voces conyéneres. Littré se inclina a aceptar la asimilacion hecha por Curtius de la raíz latina *Fa C* (de *facere*) á la sanscrita *D Há* (hacer, poner), fundado en que el sanscrito *dh* ó *d* aspirada, suele convertirse en la aspiracion labial *F*, al pasar, á la lengua latina. Esto es verdad; pero (sea dicho con el respeto debido á la memoria de tan esclarecidos sabios) ¿por qué hemos de buscar el oríjen de este radical allá en sonidos tan diferentes, cuando tenemos acá la combinacion de dos sonidos respectivamente iguales á los del radical en cuestion, que tienen el mismo significado? En efecto, *Ba Co*, hijo de Júpiter, el dios sol *hacedor* era confundido por los Griegos con el mismo Júpiter. El dios de las vendimias, el sol ardoroso de la fecundacion, era, pues, el mismo sol, *fuego hacedor*. En latin, *Ba CCHus* suena casi lo mismo que *Fo Cus* (fuego), y de *Fo Cus* se pasa naturalmente a *Fa Cere*. La misma combinacion radical $F. C = V. C = B. C = P. C = F. G = \dots$ se encuentra en el sanscrito *Va H—nis* (nombre de Agni, dios del fuego), fenicio *Bo Hxu* (dios Caos *hacedor*), ejiptio *KoK—Pia H* (idem), griego *Po Ieo* (ser causa), *Pe Ge* (oríjen), latin *Phe Gor* (dios de la jeneracion), araucano *Peu Gu* (brotar), hebreo *s Phygo H* (brote), aimará *PPa KHa lütha* (germinar, brotar), quichua *PPi CHuyani* (germinar el huevo), latin *Fe Cundare* (hacer productivo; comunicar la facultad de *hacer*, pues que el elemento *fecundado* se convierte en *hacedor*), araucano *Vu Quigen* (estar preñada), sanscrito *Va H* (llevar), hebreo *B Qudh* (fruto, la cosa hecha) arabe *Fa, KHyah* (fruto), araucano *Vo CHum* [hijo] quichua *Wa CHani* [parir], aimará *Wa CHachatha* [id.], *Pa KHallaripitha* [parir la esteril], *Pa CHacaritha* [parir gemelos] etc. Análoga á la idea de *hacer* es la de *Ve-Jetar*, latin *Ve Getare*; y de ámbos se deribo la de *aumentar, crecer, engrosar* espresadas con las mismas radicales por el sanscrito *Va-Ks, VaH*, peleva *Va Kshi*, sendo *Va K'sh*, gótico *Wa Hs*, ingles *Wa X*, aleman *Wa CHsen*, hebreo *nPH CH*, ruso *Pu CH*... antiguo griego *Pa Go* etc., que pueden compararse con el aimará *Pa CHpa-tha* [abundar], quichua *Pa Ctani* [basta], *Pu CHun* [sobrar], sanscrito *Bhá Yas* [mucho], persa *Bê SH* [abundantemente], peleva *Vé SH* [idem], hebreo *F'SH* [abundante], árabe *Faydd* [idem] etc. Todas estas significaciones concuerdan, con la de *suFiCiente*, ne donde está la radical *F. C* de *Fa Cere*, y de *Fa Ctor* [el que *hace*], que en quichua es *Pa Carichie*, en mejicano *te Pi Quini*, análogo a *ila Pi Quini* [fabricante], y cuya radical *P. Q* es la misma combinacion *T. C* de *artí Fi Ce*. Ahora bien, el *Fa Ctor* de las cosas era, segun el antiguo paganismo el dios *Hado*, latin *Fatum*, sanscrito *Bha Gas, Bha Gyan*, zendo *Ba KH'ta*, peleva *Ba KHT*, persa *Ba KHT*, arabe *Ba KHT* etc., que no es otro que el dios *Ba Co* [sol ardiente *hacedor* enjendrador, productor].

ENOCH ARDEN.

(Poema original inglés del Poeta Laureado de Inglaterra, Lord A. Tennyson.)

A LA SEÑORITA HORTENSIA LYNCH SOLAR

DEDICA ESTAS ESTROFAS CON CARÍÑO FRATERNAL SU AMANTÍSIMO HER-
MANO CÁRLOS MORLA VICUÑA.

I.

Largas filas de cerros escarpados
Una abra entre ellos dejan,
Rubia playa de espumas guarnecida;
Véñse al fondo rojizos y agrupados
Techos, que el sol reflejan
En torno de una iglesia derüida.

II.

Trepa una larga calle hácia un molino,
Tras él, agreste llano,
Dinamarqueses túmulos circundan;
En la cuenca del valle, el verde pino
Y el blanquizco avellano
En floresta prolíficos abundan.

III.

Hace un siglo tres niños, tres amores,
En la blanda ribera
Jugaban, a sus anchas todo el día:
Ana Lee, linda flor entre las flores,
A quien la villa entera
Por bonita y afable bien queria.

IV.

Felipe Ray, el único heredero
Del amo del molino,
Y Enoch Arden, un chico áspero y fuerte,
Huérfano de un valiente marinero,
A quien crudo destino
En un naufragio deparó la muerte.

V.

Allí, entre los despojos de la orilla,
Adujadas, cadenas,
Cepos y anclas mohosas, pardas redes,
Y barca en son de reparar la quilla,
Con húmedas arenas
Labraban de castillos las paredes,

VI.

Para verlas muy pronto derrumbadas
Por la ola altanera,
Siempre en su retirada perseguida;
Así se sucedían las jornadas,
Ni una huella siquiera
Dejando del asalto ni la huida.

VII.

Entre bajadas peñas una gruta
De morada servía
Al trino de inocentes; Ana era
Siempre allí la señora sin disputa,
Felipe era amo un día
Y Enoch a veces la semana entera.

VIII.

—Mi casa ésta es, decía, y yo el marido;—
El buen Felipe en vano
Reclamaba su turno, pues burlesco
Le resistía Enoch, y al fin vencido
Por el rudo tirano,
En llanto le decía: te aborrezco!

IX.

La mujercita entónces con los ojos
En lágrimas, su ruego
De no reñir por ella interponia,
Ofreciendo ser de ambos; los enojos
Disipados, el juego
De nuevo comenzaba y la alegría.

X.

Pero pasó la aurora de la infancia,
Maduró la existencia,
Y el sol que fertiliza la campiña
Y con su ardor extrae su fragancia,
Hizo con dulce influencia
Que ambos niños amaran a la niña.

XI.

Enoch se declaró; guardó en secreto
Felipe su ternura.
Ana fué con Felipe cariñosa
Y quiso a Enoch, mas con amor discreto
Que ignoró su alma pura
Que negó, interrogada, pudorosa.

XII.

Enoch desde ese instante tuvo en vista
Un plan acariciado:
Ahorrar hasta el último dinero,
Comprar bote y lanzarse a la conquista,
Pescador esforzado,
De un hogar que ofrecer a su lucero.

XIII.

Y tanto prosperó, que al fin le aclama
La opinion, el mas diestro
Pescador de la costa en muchas millas;
Luego sirvió en un barco, y subió en fama,
Que a tres en un siniestro
Sacó del hondo mar a las orillas.

XIV.

A los veintiun abriles ya el destino
Creyó tener seguro;
Bote propio y hogar para su Ana.
En la calle que trepa hácia el molino
Brilló su blanco muro
Y el límpido cristal de su ventana.

XV.

De una tarde otoñal al rayo de oro
Los muchachos en fiesta,
Con cestos unos grandes y otros chicos,
Tras de avellanas, en alegre coro,
Fueron a la floresta
Cantando populares villancicos.

XVI.

Felipe detenido mas de una hora
Del padre enfermo al lado,
En zaga descendia la colina,
Cuando vió junto de Ana encantadora
A Enoch Arden sentado
Como alguien que en su amada se fascina.

XVII.

En sus rasgados ojos y en su cara,
Curtida en la tormenta,
Resplandecia un fuego misterioso
Como lámpara que arde sobre el ara.
Con la impresion violenta,
Perdió al punto Felipe su reposo;

XVIII.

Y al ver aproximarse sus semblantes,
Huyendo de la escena,
Deslízase hasta el bosque el alma herida:
Allí entre el algazara de danzantes,
Devoró oculta pena
Yerma y tronchada al ver su pobre vida.

XIX.

No tardó en celebrarse el desposorio,
Repicó el campanario,
Trascurrieron siete años de ventura,
De honor fué aquel hogar caso notorio,
Y en el trabajo diario
No amenguó un solo día su ternura.

XX.

Hubo hijos: una niña fué el primero,
Y Enoch aspiraciones
Sintió, al oír de su hijo el primer grito,
De ahorrar hasta el último dinero
Para que en condiciones
Superiores creciera el pequeñito.

XXI.

Renovóse el deseo a los dos años,
Cuando un varon les vino,
Que ídolo de ella fué en sus soledades,
Mientras corria Enoch mares estraños,
O del valle vecino
Visitaba las ricas heredades.

XXII.

Conocido de Enoch el rocín era
Cual lo era su marisco
Envuelto en algas que la mar perfuma,
Y cual lo fué su cara placentera,
Hecha ya rojo disco
Al rigor de las brisas y la espuma.

XXIII.

El fruto de su pesca, del mercado
Que bullía en la playa,
Llevaba por frondosas alamedas
Al portal de leones coronado,
Y hacia al pié del haya
De patios señoriales almonedas.

XXIV.

Pronto sucedió un cambio; que lo humano
 Jamas es duradero!
 Se inauguró otro puerto a pocas millas;
 Allí trepando a un mastil, de la mano
 Perdido el asidero,
 Cayó Enoch y rompióse las costillas.

XXV.

Miéntas yacia enfermo, su consorte
 Le dió un hijo raquíptico.
 Sucedióle otro obrero en el trabajo;
 Faltando el padre, falta quien soporte,
 Y a su alma, el trance crítico,
 Aunque era varonil, el duelo trajo.

XXVI.

Vió en pesadilla atroz con ansia fiera
 Que, sin pan y sin fuego,
 Padecian sus hijos hambre y frio,
 Y a su adorada vió de limosnera;
 Entonce alzó este ruego:
 —Sálvense ellos y sufra yo, Dios mio!

XXVII.

Miéntas él así oraba a verle vino
 El amo de la nave
 En que sirvió; faltaba entre su gente
 Un piloto y brindábale el destino;
 Otrecimiento grave,
 Tratándose de un viaje a extremo Oriente.

XXVIII.

Mas como iba a zarpar para la China
 Dentro de la semana,
 Enoch aceptó al punto la propuesta,
 Agradeciendo a la bondad divina
 Que a su oracion cristiana
 Tan propicia acordase la respuesta.

XXIX.

Así al primer amago de la sombra
 Que volaba ligera
 A ponerse entre el sol y su colina,
 Enoch se vuelve a Dios, con fé le nombra,
 Y Dios le dice: espera!
 Y el lejano horizonte le ilumina!

XXX.

Mas, ¿cómo vivirán prole y consorte
 En ausencia tan larga?
 Luego, ¿cómo poner su bote en venta?
 Habia en él corrido el Sur y el Norte,
 El llevaba su carga.
 Y era su camarada en la tormenta!

XXXI.

Lo conocia Enoch, como el jinete
 A su bridon conoce;
 Era uno de sus íntimos cariños!
 Mas, la necesidad ¿qué no somete?
 Enoch renunció al goce
 De conservarlo, por su esposa y niños.

XXXII

Con su precio una tienda para su Ana
 Dejaría en la aldea
 Con cuanto el marinero necesita;
 De los suyos la vida cotidiana
 Asegurar desea;
 Con lo que sobre comerciar medita.

XXXIII

Descontaba el iluso su provecho.
 De viajes repetidos
 Se veía volver, en su esperanza,
 Con un barco mayor, bajo su techo
 Hallar hijos crecidos,
 Y entre ellos disfrutar de dulce holganza.

XXXIV

Con este vasto plan tornó a su villa
 Ansiando ver a su Ana
 Y a sus hijos, de su alma los pedazos;
 Ana salió a encontrarlo hasta la orilla,
 Al verlo voló ufana
 Y el nuevo niño enfermo echó en sus brazos.

XXXV

Enoch palpó la débil criatura
 Con delicia paterna,
 Y su peso apreció como solía;
 Mas calló el plan; no quiso en amargura
 Sumir su esposa tierna
 Y resolvió esplicarse al otro día.

XXXVI

Desde que Ana ciñó nupcial sortija
 Fué esa vez la primera
 Que osara resistir sus voluntades,
 —Cómo quieres que el viaje no me aflija,
 Dijo en voz lastimera,
 Si es principio de mil fatalidades?

XXXVIII

Le suplicó entre lágrimas y besos
 Por sus hijos, por ella,
 Que no partiese; y él, sin egoísmo,
 Por ellos, resistió a sus embelesos,
 Y siguiendo su estrella
 Insistió en engolfarse en el abismo.

XXXVIII

Vendió el bote, su antiguo compañero,
 Compró las provisiones
 Y en la alcoba que daba hácia la calle,
 Se ocupó activamente el día entero
 Construyendo armazones
 En que el vario surtido cabida halle.

XXXIX

Crujian los serruchos del enebro
En los ásperos troncos.
Y el martillo, que nunca daba en falso,
Retumbó de la triste en el cerebro
Con sus sonidos broncos
Como si levantaran su cadalso.

XL

Terminada la obra, el acomodo
Se hizo en la misma pieza,
Y para muchos era maravilla
Cómo en tan corto espacio cupo todo.
Así naturaleza
Ordena en el capullo la semilla!

XLI

Llegó la última noche; Enoch cansado
Se retiró a su alcoba
Y durmió con la paz de una alma sana,
El día del adios afrontó osado
Y declarára boba
Toda tristeza si no fuese de Ana.

XLII

Temeroso de Dios, bajó la frente
Y en ese hondo misterio
En que al Eterno se unen los mortales,
Su amparo suplicó para su gente,
Aunque en otro emisferio
Se ensañasen en él todos los males.

XLIII

Consoló a su mujer, aseguróle
Que todo en bien saldria;
Del fuego al lado le encargó su asiento,
La abrazó, dio mil besos a su prole
Y les dijo,—un buen día
Veran que aquí de vuelta me presento.

XLIV

Meciendo al niño enfermo en su camilla
 Dijo—por desgraciado
 Este es mi preferido; a mi regreso
 Los lances de mi viaje, en mi rodilla
 Oiráme embelesado —
 Y se inclinó a su cuna y le dió un beso.

XLV

Cuando a sus esperanzas daba curso
 Con sencilla elocuencia,
 Ana sus ilusiones compartía;
 Pero cuando mas grave su discurso
 Trató de Providencia
 Como en sermon, sin escuchar le oia.

XLVI

Asi cándida aldeana suele el jarro
 Olvidar en la fuente,
 Pensando que la dicha es corta y falsa,
 Que ántes se lo llenó zagal bizarro,
 Y oye pero inconsciente
 El chorro hasta que el ánfora rebalsa.

XLVII

Por fin, Ana exclamó,—que yo te arguya
 Es inútil; pero algo
 Me advierte que jamas veré tu cara.—
 Pues yo, repuso Enoch,—veré la tuya,
 Que la nave en que salgo
 Recorrerá esta costa en hora clara.—

XLVIII

Mira con buen anteojo de marino
 Desde punta cercana
 Y en el puente veras mi faz resuelta;
 Pero cuando el momento final vino
 —Animo, le dijo, Ana
 Cuida los chicos bien, hasta mi vuelta.

XLIX

Nada temas por mi, jamas consientas
 En que envano te aflija
 Infundado temor con su sozobra;
 Pon tu confianza en Dios que en las tormentas
 Es el áncora fija,
 Y acuérdate que el mar es tambien su obra.—

L

Estrechó la mujer desfallecida
 Contra el pecho robusto,
 Besó sus asombrados pequeñuelos;
 La criatura enferma, ya dormida,
 Despertar no era justo,
 Reposaba tras noches de desvelos.

LI

Con besarla otra vez se satisfizo
 Diciendo,—este inocente
 No podrá recordarme, fuera en vano;—
 Pero Ana de sus sienes cortó un rizo
 Que el guardó tiernamente
 Y salió saludando con la mano.

LII

En el dia fijado estuvo lista
 Ana con los anteojos,
 Mas fué inútil; que, o tuvo mano incierta,
 O lentes no adecuados a su vista,
 O nublados los ojos,
 Ello es que miró en vano a la cubierta.

LIII

Cuando se hundió la vela en lontananza
 La triste, en duelo amargo,
 Lloró cual sobre un féretro se llora;
 Y aunque mató la ausencia su esperanza,
 De su esposo el encargo
 Se consagró a cumplir desde esa hora.

LIV

Pero del mercader no tuvo el arte
 Ni embustera malicia,
 Ni osó para bajar subir un tercio,
 Que ella, para medirse, no era parte
 Con la humana codicia,
 Y no prosperó un día su comercio.

LV

Lo que compró mui alto vendió bajo
 En las horas de angustia,
 Y vió llegar la quiebra pesarosa;
 En seguida vivió de su trabajo,
 Y de aguardar ya mustia
 Se sumerjió su tristeza silenciosa.

LVI

La criatura que nació enfermiza
 Luego adoleció grave.
 La madre comprendía sin consuelo
 Que hacian falta médico y nodriza.
 Al fin, como huye el ave
 Por entre abierta reja, voló al cielo.

LVII

Sepultólo la triste en la semana.
 El corazon sensible
 Motejó al buen Felipe huirla tanto.
 (Ausente Enoch, jamás habló con Ana)
 Y diciendo: imposible
 Es que la deje sola en su quebranto,

LVIII

A verla fué; la tienda halló desierta,
 Cruzóla, y los umbrales
 De su alcoba al pisar tembló inseguro;
 Tres veces llamó en vano, abrió la puerta
 Y a la madre a raudales
 Llorando halló, su rostro vuelto al muro.

LIX

—A pedirte un favor, con voz cortada
 Balbuceó, aquí he venido—
 Y ella le contestó con tal acento:
 —Favor de una infeliz abandonada?—
 Que él se sintió corrido
 Y, sin ser invitado, tomó asiento.

LX

Y luego prosiguió:—lo que él desea
 Vengo, Ana, a proponerte.
 Te consta que a tu esposo siempre alabo,
 Que al mejor elejiste de la aldea;
 Un hombre de alma fuerte
 Que cuanto se propuso llevó a cabo.

LXI

¿Porqué ha emprendido esta áspera jornada?
 Por que te dejó sola?
 ¡No fué por cierto en pos de regocijos!
 Si en busca de fortuna codiciada
 Lucha con viento y ola,
 Es por tu porvenir y el de tus hijos.

LXII

Y si torna, figúrate su enfado
 Al ver que se han perdido
 Las horas mas preciosas, las tempranas;
 Y que sus hijos sueltos han andado
 Como por el ejido
 Corre indómito potro en las mañanas.

LXIII

Ruégote en mi amistad constante y vieja,
 Por todos tus cariños,
 Y cuando vuelva Enoch acepto el pago
 Si lo haces condicion, que ponga deja
 En la escuela tus niños;
 Esta solicitud es la que hago.—

LXIV

Entonces Ana con la faz oculta
 Contestó—no osaría
 A la cara mirarte, me parece
 Que el profundo pesar me ha vuelto estulta;
 Cuando entraste sufría
 Y tu bondad ahora me enternece.

LXV

Enoch te pagará; las cantidades
 Se pagan; no lo escuso
 Porque Enoch está vivo y lo presciento:
 Lo que pagar no puede es tus bondades!—
 Y Felipe repuso:
 —¿Es decir que me das tu asentimiento?

LXVI

Alzóse entonces ella y lacrimosa
 Le miró un breve rato,
 Pidió en voz alta a Dios le bendijese,
 Cojió su mano la estrechó nerviosa
 Y entró al cuarto inmediato.
 Y él, de un peso aliviado, alegre fué.—

LXVII

Felipe sin demora envió a la escuela
 A la niña y al niño,
 Proveyóles los libros necesarios,
 Veló sobre ellos como un padre vela;
 Y si de Ana en cariño
 Temiendo del lugar los comentarios,

LXIX

Raras veces salvaba sus umbrales,
 Con sus chicos, de lejos
 Le envió fruta en sazon, fresca legumbre,
 La nieve, oro y carmin de sus rosales,
 Los cebados conejos
 Y harina del molino de la cumbre.

LXX

Mas de Ana no logró sondar la mente.
 Cuando lo hablaba afuera
 Apenas si palabras le ocurrían
 Con que espresar su gratitud ardiente;
 En cambio él todo era
 De sus hijos que al verle hacía él corrían.

LXXI

De su casa y molino eran señores,
 Eran leyes sus ruegos,
 Sus dichas y pesares le contaban
 A su cuello colgados, seductores
 Le asociaron en juegos,
 Y ambos papá Felipe le llamaban.

LXXII

Pero lo que él ganaba Enoch perdía;
 Ya para sus pequeños
 Era como vision que incierta vaga
 A la luz de la aurora en selva umbria,
 Imajen vista en sueños
 Que en diez años borró la ausencia aciaga.

LXXIII

Una tarde los niños aspiraron
 Por la selva vecina
 Y Ana con ellos fué de mil amores.
 Pasaron por Felipe y le encontraron
 Blanqueado con su harina
 Camo abeja en el pólen de las flores.

LXXIV

—Ven, le decían, padre, a cojer nueces.—
 Resistía él sin gana,
 Le arrastraron del saco, todos rieron,
 Y jeneroso, al fin cedió a sus preces.
 ¿No iba con ellos Ana?
 Y alegres en partida al bosque fueron.

LXXV

Ana por la mitad del paso inculto
 Suspiró—descansara.—
 El propuso sentarse a media cuesta;
 Sentáronse, y los niños en tumulto,
 Con alegre algazara,
 Corrieron a engolfarse en la floresta.—

LXXVI

Trepar por los floridos avellanos,
 Cojer pardos racimos
 En la flexible rama, eran sus goces,
 Y luego descender llenas las manos
 Con los frutos opímos,
 Perderse en la espesura y darse voces.

LXXVII

Olvidado Felipe un breve instante
 De quien tenia al lado,
 Recordó, a su pesar, esa hora oscura
 En que en la mismn selva allí delante
 Entró desesperado
 A devorar a solas su amargura.

LXXVIII

Pero luego exclamó con voz serena:
 —¿Los oyes cuan ufanos
 Dan en el bosque suelta a su alegría?—
 Y vió que doblegada por su pena,
 Sepultada en las manos
 La faz llorosa, nada respondia.—

CARLOS MORLA VICUÑA.

Continuará





ENOCH ARDEN.

(Poema original ingles del Poeta Laureado de Inglaterra, Lord A. Tennyson.)

A LA SEÑORITA HORTENSIA LYNCH SOLAR
DEDICA ESTA ESTROFAS CON CARÍÑO FRATERNAL SU AMANTISIMO HER-
MANO CÁRLOS MORLA VICUÑA.

LXXIX

Y al verla, prorrumpió de áspero modo:
—Se hundió sin dejar huella!
No pienses mas; te mata el pensamiento;
Quieres dejarlos huérfanos del todo?—
—No sé porqué, dijo ella,
Tan sola con su júbilo me siento!

LXXX

Acercándose entonces el mancebo
—De mi alma en lo mas hondo
Ana, le dijo, un sentimiento guardo,
Callar aun o hablar no sé si debo,
Y a mi pesar lo escondo
Porque en deseos de decírtelo ardo.

LXXXI

Esperar que Enoch viva a los diez años
No es cosa razonable
No habiendo de él tenido nueva alguna,
Eso es ir persiguiendo desengaños.
Déjame entónces que hable:
Me apena verte escasa de fortuna;

LXXXII

Desearia ayudarte y no me atrevo
 A no ser; . . . testimonio
 A las mujeres dan de perspicaces,
 Lo que a decirte voy quizás no es nuevo;
 Te pido en matrimonio;
 Si me lo acuerdas Ana, favor me haces.

LXXXIII

Con tus hijos de padre haré el oficio,
 Ya gané su confianza,
 Y ya les tengo paternal ternura;
 En pos del prolongado sacrificio,
 Si aceptas sin tardanza
 Dios puede aun colmarnos de ventura.

LXXXIV

Piénsalo; la escarcela tengo henchida,
 Con nadie estoy ligado
 A no ser con vosotros a estas horas;
 Hemos cruzado viéndonos la vida,
 Yo de ti enamorado
 Mas tiempo del que piensas, pues lo ignoras.

LXXXV

Con blanda voz que la respnesta abona
 Contestó ella a sus preces:
 —Nuestro ángel fuiste, Dios te acuerde en paga
 Alguna mas feliz que mi persona.
 ¿Puede una amar dos veces?
 Muerto el primer amor todo se apaga.

LXXXVI

¿Qué pretendes?—Felipe en el instante
 Replicó—que siquiera
 Me acoja en pos de Enoch tu alma sensible—
 Ana, bañado en púrpura el semblante,
 Respondió—un poco espera
 Por si llegase Enoch, cosa increíble.—

LXXXVII

—Quien paciente aguardó toda su vida
 Repuso él, fuera extraño
 Que no aguardara un poco; te obedezco.—
 Ana exclamó, por su bondad vencida,
 —Tuya seré en un año—
 Y él dijo:—yo desde hoy te pertenezco!

LXXXVIII

Y callaron; al ver con turbios ojos
 La tarde moribunda,
 Temió por Ana, y a su voz salieron
 Cargados los rapaces de despojos
 De la selva profunda,
 Y todos hácia el puerto descendieron.

LXXXIX

Ya de Ana en los umbrales—por sorpresa
 Dijo él, emocionado,
 Aquel Sí te arranqué desprevenida;
 Quedas libre, no rije tu promesa;
 Yo sí quedo ligado—
 Y ella en lágrimas—nó; comprometida

XC

Dijo, . . . y como si fuese instante breve
 Cuando sus confesiones
 Oía aún, el año prefijado
 Rápido resbaló con ala leve
 Por las cuatro estaciones
 Trayéndole otra vez al emplazado.

XCI

—Cómo, exclamó ella, un año ha trascurrido!
 —Si, dijo él; la avellana
 En la selva de nuevo está madura.
 Si para ti fugaz el año ha sido
 Es cruel decírmelo, Ana,
 Porque un siglo se me hizo en mi ternura.

XCII

Pero ella lo aplazó y a su manera,
 Con razones sutiles
 Pidó un mes mas, sin quebrantar el lazo,
 Y él con ansia de su vida entera
 En los ojos febriles
 Trémulo respondió:—fija tu plazo!—

XCIII

Así con mil excusas a su instancia
 Resistió, aunque su daño
 Llorar la hacia a veces compasiva;
 Y probando su amor y su constancia
 Durante otro medio año
 Prolongó su mortal expectativa.

XCIV

No perdonan su cálculo fallido
 Las comadres de aldea,
 Y empezaron las mil murmuraciones.
 Ya decían: embroma, no es marido;
 Ya esquivia se recrea
 En remacharle bien los eslabones;

XCV

El satírico hiriendo con su pua,
 Son almas candorosas,
 Decía, que ni saben su deseo;
 Hay, silbando la víbora insinua,
 Sin azahares rosas
 Y sin ara ni vínculo himeneo.

XCVI

Acariciaba su hijo la esperanza;
 Decíale su hija
 —A quién nos alivió en la pesadumbre
 Y hoy te propone jenerosa alianza
 Acepta la sortija!—
 Entretanto la larga incertidumbre

XCVII

Sumiendo iba a Felipe en negra noche.
 En su rostro visible
 Era el estrago cruel de pena aguda
 Y Ana lo percibió como un reproche.
 ¡No hay prueba mas terrible
 Que entre opuestos deberes honda duda!

XCVIII

Por un signo una noche clamó al cielo
 Si estaba Enoch en vida;
 La creciente ansiedad estando a oscuras
 No pudo soportar en su desvelo.
 Y con lumbre encendida
 Saltó del lecho a ver las Escrituras.

XCIX

De profunda sozobra presa el alma
 Abrió el libro inspirado:
 Conocer la verdad era su empeño,
 Y esto al azar leyó:—*Bajo una palma*—
 No vió el significado
 Y cerrando la Biblia, se dió al sueño.

C

Mas ¡ah! que a Enoch divisa en noble asiento
 Bajo palma frontosa
 Y un astro ardiente que sobre él fulgura.
 ¡No es ya Enoch de este mundo, el pensamiento
 Fué de la tierna esposa,
 Disfrutando de Dios está en la altura!

CI

Ese es de la Justicia el astro fijo;
 La verde palma es esa
 Que bate el ángel cuando hosannah entona!—
 La siguiente mañana al novio dijo:
 —Libre soy; mi promesa
 Puedo cumplir, dispon de mi persona.

CII

Eran, al anunciar que habia roto
 Con su profundo duelo,
 Su mirada y su voz estravagantes.
 —Si has resuelto, dijo él, colmar mi voto,
 Por el amor del cielo
 Por el nuestro tambien sea cuanto ántes.

CIII

Fué el nuevo desposorio celebrado
 Con sonoro tañido
 Pero Ana no venció el remordimiento;
 Un paso creyó oír del suyo al lado,
 Un susurro en su oído
 Y miró con pavor el aislamiento.

CIV

Cuando a su hogar volvia, con la diestra
 Suspendida en la aldaba,
 Como temiendo entrar permanencia;
 Pero Felipe en todo vió la muestra
 De que Ana en cinta estaba
 Y fundó en aquel miedo su alegría.

CV

Mas cuando el nuevo infante vino al mundo
 Cambió su extraño modo;
 La madre en su alma recobró el imperio;
 Quiso a Felipe con amor profundo,
 Fué para ella su todo,
 Y disipóse el lúgubre misterio.—

CVI

Qué era, en tanto, de Enoch? Viento propicio
 Inauguró su viaje.
 Y aunque el mar de Biscaya siempre aciago
 Pugnó por arrastrarlo al precipicio
 Con su recio oleaje,
 Indenme entró del trópico en el lago.

CVII

Perezoso fué de Africa el bojeo
 Que allí no es dable prisa.
 La zona que hace al mundo ancha cintura
 Cruzar con rumbo a Oriente fué recreo,
 Y en alas de la brisa
 La nave en su abra; al fin, surjió segura.

CVIII

En su provecho Enoch lanzóse al trato;
 Artefactos curiosos
 Rescató en el mercado de aquel día.
 Sedas que a su Ana sirvan de boato,
 Y por no hacer celosos,
 Un dorado dragon para su cria.

CIX

No fué favorecida en el regreso.
 Su nave la "*Fortuna*";
 Si al principio, por claros horizontes,
 Rápida deslizó su grave peso,
 Vino calma importuna
 Y tras de ella el Tifon alzando montes;

CX

Arrastrada corrió la débil nave
 Sobre el lóbrego abismo,
 Y cuando se oyó el grito de rompientes
 Ya fué desesperado el caso grave,
 Dejando el cataclismo
 Solo a Enoch y otros dos sobrevivientes.

CXI

Flotaron en la sombra aterradora
 Sobre una roca entera,
 Invocando una costa hospitalaria;
 Y al fin se hallaron, al rayar la aurora,
 Sobre la blanda arena
 De una isla frondosa y solitaria.

CXII

Allí los tres para sustento hallaron
 Fruta sabrosa y tierna:
 Plácido era el lugar aunque salvaje.
 Mirando al mar en alto fabricaron
 Una choza o caverna
 Techada con las palmas del paisaje.—

CXIII

Pero el eterno estío y la abundancia
 De aquel Eden florido
 No eran para los náufragos consuelo.
 El mas jóven, saliendo de la infancia,
 En el naufragio herido,
 Tras de larga tortura, subió al cielo.

CXIV

El otro derribado halló en la cumbre
 Un tronco, y con trabajo
 Labraba aquella víctima de Edo
 Siguiendo de los indios la costumbre,
 Cuando a tierra le trajo
 Súbito mal, y Enoch se encontró solo!

CXV

La montaña frondosa hasta la cima,
 Las fértiles praderas,
 Las cañadas sombrías que se cruzan,
 Palmas, verdes plumeros de aquel clima,
 Bandadas vocingleras
 De aves pintadas que su canto aguzan,

CXVI

Largo bejuco que en espira ufana
 Por los árboles sube
 Sus sienes a ceñir con su corona;
 El encendido sol que de oro y grana
 Viste al mar y a la nube;
 La gloria y esplendor de aquella zona,

CXVII

Todo eso admiró Enoch; mas ver no pudo
 Ni oír, en su ansia ardiente,
 La voz y el rostro humanos; solo oía
 De la gaviota errante el grito agudo,
 Al mar que en la rompiente
 Atronador se estrella noche y día,

CXVIII

El bramido del viento que deshoja
 Las selvas seculares,
 Que hallaron en la cumbre firme asiento;
 Y pasaba sus días en congoja
 Escudriñando mares
 Por si una vela, al fin, traía el viento.

CXIX

Pero esa vela, nunca aparecía.
 La diana en sus albores
 Solo mostraba a Enoch el sol naciente
 Que palmeras y helechos revestía
 De diafanos colores,
 Surjiendo del Océano en Oriente.

CXX

Vertía del Zenit luz a raudales,
 Y en Ocaso remoto
 Se hundía al fin dejando roja estela;
 Alumbraba la noche sus fanales
 Sobre aquel mar ignoto,
 Y no veía el naufrago la vela.

CXXI

Convertido en vigia absorto y mudo,
 Puesta el alma mui lejos
 En otra isla al travez de muchos mares,
 Sorprendió los lagartos a menudo
 Mirándole perplejos
 Como una aparición de esos lugares.

CXXII

En el fondo de su alma siempre fijos
 Llevaba el desdichado
 Su morada modesta, su Ana hermosa,
 El süave gorjeo de sus hijos,
 El molino encumbrado,
 Del patio señorial la encina añosa,

CXXIII

Su buen rocín, el bote que en su angustia
 A un estraño cediera,
 Los hielos del Otoño y su granizo,
 La selva y el olor de su hoja mustia,
 La garua lijera,
 Y los lamentos de su mar plomizo.

CXXIV

Sintió, tambien, un dia el solitario
 Resonar en su oido,
 Alegre aunque mui débil y remoto
 El repique del patrio campanario
 Y lanzando un jemido
 Como si el corazon le hubiesen roto,

CXXV

Desplomóse perdida la conciencia,
 Y cuando recobrado,
 Volvió el peso a sentir de su desierto,
 Tornose a Dios, hallóse en su presencia,
 Y se alzó resignado;
 ¡Sin El la soledad le habria muerto!

CXXVI

Lluvioso invierno y caluroso estío
 Rodaron año a año
 Sobre su frente, en canas prematura,
 Sin que un punto cediera el noble brío
 Al mortal desengaño,
 Hasta el súbito fin de su tortura.

CXXVII

Derrotada por vientos en bolina,
De agua necesitada,
Una nao surjió de la isla al frente;
Su maestro, al travez de la neblina
Divisando una aguada,
En su demanda a tierra echó su jente.

CXXVIII

Al punto descendió de su alta gruta
El forzado ermitaño
Corriendo presuroso por las breñas;
Con cabellera intonsa y barba hirsuta
Hacía efecto estraño
Sin acertar a hablar, haciendo señas.

CXXIX

Al acercarse a los recién llegados
Balbució tartamudo.
Y bramó exasperado como idiota;
Mas al río por él fueron guiados,
Y de su lengua el nudo
Desatóse al oír la jente ignota.

CXXX.

De agua dulce, una vez los cascros llenos,
Fué a bordo conducido,
Donde con torpe lengua contó el caso.
Incrédulos le oían y serenos,
Mas luego fué creído
Y lágrimas, al fin, se abrieron paso.

CXXXI.

Mas ninguno de aquellas procedia
De su propia comarca,
Ni pudo responder a sus cuestiones.—
A flote a duras penas se tenia
La vieja y débil barca
Y forzaba a continuas dilaciones.

CXXXII.

Pero el alma de Enoch iba adelante
 Del viento perezoso:
 Al fin, en noche de velada luna,
 Avido respiró como un amante
 El aire delicioso
 De Albion, el aire que meció su cuna.

CXXXIII

Bondadosa colecta hizo la gente
 En la última mañana,
 Y apiadados al pobre la entregaron;
 La nave con maniobra inteligente
 Allegó a la cercana
 Costa, y junto a su pueblo le dejaron.

CXXXIV

Mudo y triste a su hogar dirigió el paso
 Su hogar! ¿Existe acaso?
 Era clara la tarde, pero fria;
 Luego la parda bruma orló la costa
 Sorbida por la angosta
 Entrada que da acceso a la bahia.

CXXXV

A entreambos lados estrechó la senda
 Con su impalpable venda,
 Que por todo horizonte, las neblinas
 De salvia oscura u amarilla paja
 Dejan estrecha faja
 A los que cruzan tarde esas colinas.

CXXXVI

Ensayaba el pardillo en la desnuda
 Rama, su nota aguda
 Que mas bien entristece que recrea;
 Caia con la niebla que la moja
 Desprendida la hoja:
 Al fin divisó luz y otro en su aldea.

CXXXVII

Por su calle, con cruel presentimiento,
 Subió con paso lento
 Hasta su casa, sin alzar los ojos;
 Casa en que le colmaran de cariños,
 Do nacieron sus niños,
 Y hallóla oscura, echados los cerrojos.

CXXXVIII

De su abandono convencerse quiso,
 Y de venta un aviso.
 De la bruma al travez, leyó en la puerta;
 Al muelle descendió meditabundo
 En su dolor profundo
 —“Murió,”—pensando—“o para mi está muerta!”

CXXXIX

En busca fué con alma desolada
 De una antigua posada,
 Caseron ya tan viejo y derruido,
 Que dudaba que aun en pié estuviera;
 Mas la casa halló entera
 Y que habia el patron desaparecido.

CXL

Su viuda Miriam Len siguió en la estancia
 Con escasa ganancia;
 Porque si antes los nautas sus orgias
 Alli armaban, despues bajo su techo
 Solo hubo asilo y lecho:
 Y alli descansó Enoch, por muchos dias.

CXLI

Mas gárrula Miriam entraba a verlo,
 Y sin reconocerlo;
 Por dar suelta a su lengua, en pepitoria,
 Agotando del pueblo los anales,
 Entre otros casos reales
 Del propio hogar le refirió la historia:

CXLII

El viaje que emprendió, su larga ausencia,
 De su Ana la indijencia,
 La muerte de su débil criatura,
 La bondad de Felipe con sus hijos,
 Los cuidados prolijos
 Con que atendió temprano a su cultura,

CXLIII

Como pasó a galán, como su corte
 Prolongó la consorte,
 La retardada boda y el bautismo;
 Y él la escuchó sin dar la menor seña;
 Mas, al decir la dueña,
 “Hundióse el desdichado en el abismo.”

CXLIV

Enoch doblando su cabeza cana,
 Con voz que no era humana,
 Repitió, tristemente emocionado,
 —“Hundióse en el abismo”—y con jemido
 De lo íntimo salido
 Murmuró en tono grave,—“desdichado!”—

CXLV

Pero luego pensó:—“su dulce cara
 Quien otra vez mirara
 Y la viera feliz?”—y en su deseo
 A la luz de la tarde moribunda
 Que de tristeza inunda,
 Dirigió a la colina su paseo.

CXLVI

Con pena indefinible, en su memoria
 Surjió toda su historia
 Al contemplar desde la cuesta el bajo;
 Y cuando de Felipe en la ventana
 Divisó luz lejana,
 Esa apacible claridad le atrajo.

CXLVII

Del faro el resplandor así fascina
 Al ave peregrina
 Que, deslumbrada por el rayo fuerte,
 Contra el fanal, precipitada, loca,
 Una y otra vez choca
 Y aspirando a la luz halla la muerte.

CXLVIII

Habitaba Felipe en alta cumbre
 Y salía la lumbre
 Por ojiva en el muro que a la espalda
 Miraba hácia un jardín con ancha puerta
 Siempre hacía el campo abierta;
 Y hasta allí trepó Enoch, la agreste falda.

CXLIX

A cruzar no atreviéndose el marino
 Por el central camino,
 Por la muralla se escurrió con tiento,
 Y a ver llegó, lo que evitar debiera
 Si susceptible fuera
 Su profundo dolor de algun aumento.

CL

De vajilla y cristales no de léjos
 Los brillantes reflejos
 Sobre ancha mesa, en el hogar festivo:
 Felipe, el pretendiente desairado
 De otros días, sentado
 Estaba a la derecha, fuerte, altivo.

CLI

Su primer hijo aun entre mantillas
 Tenía en las rodillas,
 Y se apoyaba en su segundo padre
 Una rubia simpática doncella,
 Mas jóven, alta y bella
 Que Ana, pero el traslado de su madre.

CLII

Ana sentada frente al tierno niño
En maternal cariño
Mirar solia con visible gozo,
Ya otro hijo junto a ella hablaba un rato,
Sin duda de algo grato
Porque se sonreía el guapo mozo.

CLIII

Al contemplar aquel resucitado
Al ser idolatrado
Que ya a otro y no a él pertenecía;
Al sorprender su maternal dulzura
Por esa criatura
Que de un padre distinto procedía;

CLIV

Al ver en ese hogar, mudo testigo
De su paz y su abrigo.
Un extraño usurpando sus derechos;
Al mirar su hijo grande y su hija hermosa
Como temprana rosa,
Y a otro padre reinando en esos pechos;

CLV

Aunque ya por Miriam sabia todo,
Sufrió de intenso modo;
¡Que el ver mas que el oír nos exaspera!
Apoyóse en un árbol como herido,
Sofocando un jemido
Que tanta dicha destrozara pudiera.

CLVI

Y temiendo el crujido en el cascajo,
Por la senda que trajo
Cual ladron deslizóse por el muro,
No fuera que cayendo en un desmayo
La alarma como un rayo
De aquel hogar razgase el cielo puro.

CLVII

A la reja llegó; con tacto abrióla,
 Cauto tras si cerrola,
 Como se hace en la alcoba de un enfermo;
 Se halló en la sombra, y de su pena amarga
 La abrumadora carga
 Al triste derribó en el campo yermo.

CLVIII

—¡Omnipotente Dios! Jesus divino!
 No puedo del destino
 Sufrir tanto rigor, fué su plegaria.
 Sosténme cuando todo me abandona,
 Como en distante zona
 Me sostuviste en isla solitaria!

CLIX

Dame que sufrir pueda solo y mudo
 Este amartirio agudo,
 Sin arrastrar sus almas a mi abismo.
 ¿Si incógnito a mis hijos abrazara
 Que olvidaron mi cara?
 ¡Jamás! Traicionárame yo mismo!

CLX

Renuncio al filial beso, a mi hija bella
 Tan parecida a ella,
 Y al niño mi hijo—en esto del sentido
 Y la palabra a un tiempo abandonado,
 Quedose desmayado;
 Y cuando en si tornó, por el ejido

CLXI

Y la empinada callejuela angosta
 Descendiendo a la costa,
 Como estribillo de tonada trunca
 Que introducir queria en su cabeza
 Repitió con tristeza,
 —Yo no he de hablar y no lo sabrá nunca!

CLXII

Y esa resuelta abnegacion consuelo
 Fué para él en su duelo;
 La sincera oracion de su fé ardiente
 Del fondo de su pena surjió ufana,
 Como en el fondo mana
 Del acerbo Océano dulce fuente.

CLXIII

—¿No teme la mujer del molinero
 Que el marido primero
 Vuelva? dijo a Miriam.—Ya nó; mas cierto
 La dueña contestó, que la aliviara
 Si alguien le asegurara
 Que a su primer marido ha visto muerto!

CLXIV

Entónces él pensó —sabrálo en breve
 Cuando el señor me lleve;
 Pero es preciso que mi tiempo aguarde.
 Y hallando el mendigar oficio bajo,
 Su pan pidió al trabajo
 De su existencia mísera en la tarde.

CLXV

No hubo para su ingenio y artificio
 Ningun estraño oficio;
 Herrero y carpintero fué a su turno,
 Tejió redes, cargó y descargó barcas,
 Y en sus costumbres parcas
 A su vida bastó su esfuerzo diurno.

CLXVI

Limitado a si mismo nunca alcanza
 Labor sin esperanza,
 A alimentar de un hombre la existencia;
 Al año lo invadió languidez grave
 Que lo minó süave
 Hasta que lo redujo a la impotencia.

CLXVII

Su aposento guardó, luego la silla,
 Y por fin, la camilla,
 Soportando su mal alegre a solas;
 Llegar alborozado vió la muerte,
 Como el náufrago advierte
 Al bote salvador entre las olas.

CLXVIII

Guardaba esta esperanza lisonjera:
 Sabrá cuando yo muera
 Que la adoré hasta el fin, que a su ventura
 Sacrifiqué mi vida y fui discreto.
 Y a Miriam,—un secreto
 Le dijo, tengo que confiarte, jura

CLXIX

Reservarlo, hasta verme bien difunto!—
 —Ya de morir a punto
 Te creyera el que oyese, exclamó el ama,
 Cuando has de levantarte sano y bueno.—
 —Jura! insistió él sereno—
 Y jurólo Miriam, junto a su cama.

CLXX

Fijando en ella Enoch sus ojos pardos
 Cual dos agudos dardos,
 Le preguntó—a Enoch Arden conociste!—
 —Que si le conocí! pues ya lo creo;
 Dijo ella, y aun le veo
 Gallardo y que no hay hombre que le chiste.

CLXXI

Y él repuso con voz conmovedora:
 —Doblegado esta ahora
 Y no hay quién en su pena al triste acuda;
 Voi a morir; hablarte necesito:
 Yo el hombre soy!—un grito
 Lanzó Miriam de histérico y de duda.

CLXXII

—¿Arden tú? de memoria yo no falto;
 Tenia un pié mas de alto.—
 —Dios me encorvó, dijo él, y hasta la fosa
 Mi pena y aislamiento me han hundido;
 Pero soy el marido
 De la que de Felipe es hoy esposa.

CLXXIII

Siéntate, escucha.—Entonces de su viaje,
 Con sencillo lenguaje,
 Hizo la relacion, sin un reproche;
 El naufragio, su vida de ermitaño,
 Su vuelta, cómo há un año
 Vió a los suyos felices una noche.

CLXXIV

Y cómo de callar hizo aquel voto
 Que nunca fuera roto!
 Las lágrimas corrian a raudales
 De Miriam por la cara, ya impaciente
 De hallarse entre la gente
 Proclamando a Enoch Arden y sus males.

CLXXV

Mas ligada por grave juramento
 Resistió al movimiento,
 Diciendo a Enoch:—no puedes de este mundo
 Irte sin abrazar a tu cachorro;
 En su demanda corro—
 Mas la atajó, diciendo el moribundo:

CLXXVI

—Mujer, no me perturbes; queda poco;
 Ya al desenlace toco;
 Toma asiento otra vez y sigue oyendo:
 Te encargo que la veas y le digas
 Que he muerto a mis fatigas,
 Amándola y su nombre bendiciendo.

CLXXVII

Adorándola aun cuando nos separa
El vínculo de otra ara,
Como cuando apoyaba su cabeza
Junto a la mia; a mi hija de que espiro,
Con mi último suspiro
Pidiendo a Dios que ampare su belleza.

CLXXVIII

Que sea honrado a mi hijo a quien bendigo,
Y a Felipe, mi amigo,
Díle que ví sus intenciones buenas.
Y si mis hijos juzgan necesario
El verme en mi sudario,
Déjenlo, que a su padre han visto apenas.

CLXXIX

Pero a ella, no; mi faz descolorida
No olvidará en la vida!
Y ahora, de mi sangre hai uno solo
Tendiéndome los brazos desde el cielo.
Este rizo es su pelo
Cortóselo ella y por su mano diólo.

CLXXX

Querria esta reliquia hasta mi tumba
Llevar cuando sucumba,
Mas el niño va pronto a estar conmigo:
De mi muerte a la madre con la nueva
Este rizo le lleva,
Convenzérala de que soi quien digo!

CLXXXI

Calló. . . Miriam de tan voluble modo
Prometióselo todo,
Que el infeliz al borde de la huesa,
Ya resistiendo al último letargo,
Le reiteró el encargo,
Y Miriam reprodujo su promesa.

CLXXXII

A la tercera noche yerto y pálido
Dormitaba el inválido
Y Miriam, a su lado cabeceaba,
Cuando un rumor tan hondo del mar vino
Que en el pueblo vecino
Creyó toda la jente que temblaba.

CLXXXIII

Despierto incorporóse, y a esa hora
Esclamó en voz sonora:
—Una vela! una vela! estoi salvado!—
Y entró su noble espíritu al reposo.....
.....
De un modo mas piadoso
Nadie fué en aquel puerto sepultado.

CARLOS MORLA VICUÑA.



ANALES DE LA PRENSA BOLIVIANA

“EL JUICIO PÚBLICO”

(Continuación)

V

1 8 6 1

SUMARIO:—Ufanía paceña por el *lynchamiento*.—No asomaron caras las clases elevadas.—Comicio político.—La indignación popular y el motín de Balsa.—Retrospecto de las matanzas.—El jefe político Rudesindo Carvajal.—Invectivas contra el egoísmo paceño.—Hojas impresas apelan á la ira del pueblo.—Noble actitud indignada de la prensa peruana.—Temple veheméntísimo de la prensa tacneña.—*La América y El Comercio*.—Excitaciones marciales á una venganza popular.—Deprecaciones en la cuerda fúnebre.—Lo furibundo y lo gemebundo.—La cuerda biográfica.—Ecos interiores por un escarmiento.—*El Pueblo*—Otras publicaciones en sentido justiciero.—Increpaciones á las clases superiores paceñas.—Lo que hicieron el santo obispo con su clero.—Alarmas por la suerte de los detenidos sobrevivientes.—Un rayo de esperanza—Yáñez siempre ufano y amenazador.—Un capitán de guardia.—Consejo del obispo á los despavoridos.—Las suplicantes tocando á las puertas de Balsa.—Libertad de los detenidos.—Rugidos del coraje popular.—Un curioso tipito boliviano: el vividor doméstico.

“Quisiera ir con la calma de un río; pero me arrebató un torrente.” Así decía Montesquieu, no obstante que sabía empuñar con vigor la brújula en el océano de sus ideas.

Es también lo que pudiera decir el que, descendiendo á lo pasado, quisiese allá bogar dentro del caudaloso movimiento de la prensa, en un país removido hasta el profundo.

Un rápido nos ha llevado ya, sin quererlo, hasta la expiación de Yáñez. Mientras tanto, siguiendo firmes por el álveo del río, tendríamos todavía, antes de eso, que tocar con algunas afluencias y confluencias de hechos importantes. Estas corrientes de pasión y opinión, á la manera de un motor hidráulico formidable, nos llevarían á la caída profunda que se llama el *lychamiento* popular de aquel desventurado.

Dice *El Juicio Público*, con referencia á la tremenda expiación del 23 de noviembre.

“A los periódicos que increpan á La Paz apatía y abyección en los días de las matanzas y horrores recientes, este heroico pueblo ha contestado con la cabeza de los asesinos. ¡Qué respuesta tan formidable y sublime!”

La prensa general se refirió más principalmente á las clases superiores de la ciudad; al señorío acomodado, á los diputados, á los jueces etc. que allí residían.

No se puede negar que la plebe paceña, provocada más que nada por la impunidad insolente y amenazante del asesino y sus cómplices, reasumió tumultuariamente la soberanía para el solo acto de hacer justicia de Dios, *lynchando* á los culpables. Pero el cargo de los periódicos en lo principal quedó siempre de pie.

El vecindario no asomó la cabeza en esto para nada. Hizo acto de presencia en comicio político, después de ejecutado Yáñez, cuando estaba ya vencida bajo el peso de la ira popular la triunfante rebelión fernandista de Balsa. Malherido éste físicamente y también en lo moral, vió que su atentado perecía de hora en hora dentro del vacío. Vió que perecía de inanición, y abrió entonces puertas á una junta de vecinos.

Allí acudieron los políticos. En el comicio aquél se trató de rectificar principalmente la aguja de marear; un poco perturbada. Los patricios, en tal coyuntura, formaron colectividad para mantener á flote la nave política. Mostraron acto continuo la popa al árido islote solitario representado por Balsa, y maniobraron para enderezar rumbo hacia las amplias aguas del único poder subsistente, que era el gobierno. Esto consta con inequívoco sentido en los documentos de la prensa.

Caso de haber quedado Balsa, sobre victorioso contra

las armas del orden legal, fuerte además moralmente, sea por la adhesión ó sea por la indiferencia popular, que para el caso es allá lo mismo, ¿habrían vuelto las espaldas airoosamente los vecinos, cual lo hicieron, á aquél pretoriano de Fernández? ¿Habría existido, y caso de existir el comicio, habría su civismo afrontado á Balsa? ¿Habría usado, para ello, de un poco de denuedo en combinación con algún sentimiento de respeto al orden legítimo? ¿Habría declarado rebelde usurpador á Balsa?

Cuando se verificó el comicio, no solamente estaba ya Balsa en imposibilidad física y moral de tener probalidades de éxito contra el régimen legal. La barra en el comicio fué inmensa. Cuando uno de los patricios pidió que se explicase el sentido de las palabras: *habiéndose verificado un cambio político*, contenidas en el bando de convocatoria, el pueblo con tono amenazador gritó: “¿Qué se expliquen, qué se expliquen!” Por eso una gaceta, refiriendo lo que también consta de los documentos, dice:

“Afuera se hablaba del bofetón que el pueblo había dado á esta tentativa revolucionaria. En ese instante triunfó ya el pueblo con su fuerza moral. Nada había que esperar.”

Mas equitativo sería decir que nada había entonces que que temer de la tentativa revolucionaria. El comicio de vecinos más bien tenía mucho que temer y mucho que esperar del gobierno legal.

Y ¿dónde estaban, mientras tanto, las autoridades legítimas?

Rudesindo Carvajal era, cuando las matanzas, el jefe político en esta sociedad compuesta de soldados, de presupuestívoros, de plebe turbulenta y holgazana, de señorío sin civismo ni mayor cultura, y de industriales tímidamente egoístas. Las fuerzas sociales militantes eran dos: la soldadesca pretoriana y la plebe proselitista. Una y otra de casta indígena ó mestiza, y por lo mismo radicalmente incapaces ambas de comprender y practicar los deberes republicanos.

Las otras clases, sin exceptuar la indígena, que también suministraba núcleos de formación á la estructura social, componían en común el protoplasma de donde se venían derivando y desprendiendo los gérmenes de vida, que con-

venientemente fermentados y fecundados en sus intrínsecos requisitos por condiciones externas, que no es del caso referir, creaban malas fuerzas orgánicas y lanzaban como es notorio la arbitrariedad y la violencia á producir la anarquía.

El estado social tenía, pues, raíces hondas; y no tendría yo más que enumerar someramente los actos oficiales de aquel mandatario, para que se viese reflejada en su persona la naturaleza especial del hombre político boliviano, nacido fatalmente del desorden para el desorden, buscando siempre el equilibrio de sus actos en la cuerda de las exigencias de partido, entre dos puntos fijos que son el hoy y el mañana de su hogar, y todo á la luz de nociones confusísimas sobre responsabilidad moral en política.

Y téngase presente que Rudesindo Carvajal no pertenecía al gremio numeroso de los pervertidos. Nada menos que eso. Era un excelente ciudadano según su tiempo y su país.

Pero léase el folleto número 375 de mi catálogo impreso, folleto donde trató él de explicar sus circunstancias y su actitud de primera autoridad durante las matanzas de Yáñez. Allí se verá á las claras, que su criterio indicador del deber, fluctuó amenudo entre la complacencia al gobernante supremo y la impopularidad del momento.

Un impreso boliviano de Tacna, fechado en noviembre 5, decía entre otras cosas, bajo la impresión causada en dicha ciudad por las matanzas:

"...Hay una consideración, lo decimos con profunda tristeza, que lleva la muerte hasta el fondo mismo del alma: no podemos comprender cómo es que cuando se juega tan atrozmente con la vida humana... no se levanta la ciudad en masa para exterminar el mal!... ¿Qué es del patriotismo nacional, qué de esos esforzados ciudadanos de otros tiempos? ¿Cuál es el hombre, cuál es el mónstruo, que arrebatado de santa indignación no se subleva, como la tempestad, contra los actos antisociales, contra las crueldades de marca mayor, contra los crímenes de imponderable gravedad, contra las maldades sin término de comparación, contra el asesinato en fin de los ancianos, de los enfermos, de los ministros del altar?... ¡Qué pueblos, qué hombres, qué tiempos!"

Días antes otra hoja, también impresa en Tacna (no-

viembre 1º), invocaba con más fe y confianza al pobre pueblo, de cuyos rangos habían sido inmolados no menos de treinta individuos. Mostrando más segura la venganza fiándola á estas toscas manos, que no saben escamotear ni prestidigitar en política, decía á Yáñez:

“Sicario: ¿por qué habéis enlutado vuestra patria? Soldado soez: ¿por qué habéis manchado tan negramente la historia de Bolivia?... Bien pronto caerá sobre vuestra cabeza la venganza del pueblo que es la de Dios.”

La misma prensa boliviana de Tacna decía en otra hoja suelta, con relación á la gallarda avilantez con que Yáñez se mostraba en La Paz, merced á las tolerancias del egoísmo y del miedo:

“Desgraciado el país donde un inmundo esbirro, hez del pueblo, hijo de la canalla, puede impunemente disponer de vidas y haciendas... Los pueblos que no saben defender su libertad merecen besar sus cadenas.”

Otra hoja impresa el 14 de noviembre en Tacna, y que, como las anteriores, tuvo vasta circulación en Bolivia, vista la radical impotencia de los bolivianos resortes sociales, pedía la intervención de los gobiernos de América para devolver la salud viable á tan dilacerada república. Decía entre otras cosas:

“Insultada la moral en el santuario mismo de las leyes, rasgado el código fundamental por el soldado que ayer juró custodiarlo, escarnecida la religión con el ultraje de sus ministros, y reducidas á la orfandad en un momento de calor tantas familias ilustres, son precedentes muy notables para afirmar que, en Bolivia, la barbarie ha levantado su trono sobre las ruinas de la civilización. Deber de los pueblos y gobiernos americanos es, pues, emplear los medios de combatir esa barbarie, y restablecer la civilización vecina, si se quiere conservar la propia.”

La prensa genuinamente peruana, ligada entonces por muchos vínculos con la política boliviana, estuvo casi unánime en reprobar el 23 de octubre y en pedir el pronto castigo de los culpados.

En este sentido escribieron los redactores de *El Comercio* y de *El Independiente*, de Lima, y los de *El Porvenir* y de *La América*, de Tacna. Estas gacetas circulaban ampliamente en Bolivia.

El número 7,115 de *El Comercio* decía:

“Y si todo no ha sido más que un motín figurado, con premeditación de matar, como lo aseguran contextes todas las comunicaciones de Bolivia, Yáñez no solo es calificable de asesino, sino también de cobarde y villano asesino.”

El número 7,109 decía:

“Pasajeros venidos de Arequipa nos aseguran que á última hora se había recibido allí la noticia de la fuga del degollador Yáñez. Quiera el cielo que eso sea exacto. Si el mal causado por el asesino no tiene remedio, así se salvaría á lo menos el honor de esta América, probándose con la fuga de Yáñez, que el gobierno de Bolivia estaba dispuesto á castigarlo con la severidad á que se ha hecho acreedor.”

Al publicar el parte de Yáñez al gobierno, *El Mercurio de Iquique* decía en su número 18, entre otras cosas:

“En momentos que acababa de saciar su sed de sangre en la aristocracia de la desgraciada Bolivia, aquel tirano americano detalla á grandes rasgos su memorable carnicería, carnicería que ni el polvo de los años borrará en Bolivia.”

Al leer dicho parte, los redactores de *El Independiente*, de Lima, que atónitos se ocuparon al principio en analizar las noticias breves y concisas de los primeros correos, estallaron reprobando á Yáñez sin más trámite en el número 227. Dijeron:

“Escribimos estas líneas, dominados todavía por la profunda impresión de temor y de espanto, que ha producido en nuestro ánimo la lectura de las comunicaciones venidas por el vapor del sud. El crimen que el comandante militar Yáñez acaba de cometer, es un atentado capaz, no sólo de desacreditar á Bolivia, sino á todo un continente. Por fortuna el Perú ha contestado por su parte con un grito unánime de reprobación.”

Según un escrito de la época, las oficinas departamentales, las cancillerías consulares, los escritorios mercantiles, las imprentas más conocidas, recibían en La Paz estos papeles de formidable censura, papeles con cuya remisión los editores peruanos se apresuraban á significar su simpatía á la ciudad y á las familias dolientes. *El Comercio*

tenía, además, suscriptores en La Paz, en Sucre y probablemente también en Cochabamba.

Cartas directas de La Paz y Arequipa, y los informes de un corresponsal suyo en el Desaguadero, determinaron el juicio de *El Comercio* desde la primera hora. En su número 7,105 encabezaba así sus comunicaciones recibidas:

“La Paz ha sido teatro de una matanza tan odiosa, que es imposible que haya un solo americano que oiga narrar, sin sentir rubor, los episodios de ella. Como hijos de este continente y como hombres, no podemos menos que protestar contra asesinos que infaman á los pueblos sud-americanos. Baldón eterno sobre los asesinos de San Juan y de La Paz. La maldición del cielo y de los hombres persiga por todas partes sus pasos.”

Días después, al recibir el número 459 de *El Telégrafo*, correspondiente al 27 de octubre, exclamó aquel diario en su ya citado número 7,115:

“Coronel Yáñez: atentados de esta naturaleza nunca lograron cubrirse con una tira de papel, ni se borran con cuentos tristemente forjados por el estoicismo de algún escritor sanguinolento. En las tumbas heladas donde yacen aquellas víctimas sacrificadas á un mortal odio de partido, reciban de la justicia un soplo de valor para deciros enérgicamente: que, lo que habéis mandado compaginar en *El Telégrafo*, es mentira. Las sombras que os rodean os dicen ¡mentira! Vuestra conciencia criminal desde el fondo os grita: ¡mentira!”

Son curiosas y notables estas certeras é instintivas impresiones de la prensa etxraña, que vecina á los sucesos observaba las cosas de Bolivia.

La prensa de Tacna figura en otra categoría. Indudablemente se puso por simpatía al servicio de los agraviados y del resentimiento público en Bolivia. Quizá en alguna parte su redacción fué inspirada ó influida por la escogida emigración residente en la ciudad. La prensa tacneña circulaba profusamente en Bolivia. Tenía su parte en la polémica de los partidos interiores. Siempre ha sucedido que, cuando el periodismo independiente es medroso ó yace amordazado en Bolivia, la prensa de Tacna, ó cuando menos su imprenta, ha servido de tribuna á la oposición boliviana.

Encaminado á lastimar saludablemente en lo vivo el sentimiento nacional, es un artículo de *La América* de aquella ciudad. Entre varias especies conducentes á presentar ante el pueblo boliviano un sombrío retrato de sus conductores, contiene lo que sigue:

“Tan extraordinarios sucesos, horribles en el fondo, atrocies en la forma, que propagan por todas partes el alarma y el peligro, anunciando en el continente americano la peor de las reacciones, la reacción de la barbarie, han puesto á Bolivia en estado de sitio continental, háula constituido en completo entredicho con todas las naciones del mundo, y especialmente con las repúblicas vecinas, que rechazan indignadas el contagio del mal.

“¿Quién en adelante tratará con Bolivia, uncida como está al carro del crimen?”

El tono y conclusiones del suelto impreso el 14 de noviembre en Tacna, y el espíritu del anterior párrafo de *La América*, se hallan en perfecta armonía con un editorial de *El Comercio*, de Lima, aparecido también estos mismo días.

Encuentra éste, en el texto del oficio de Yáñez al gobierno, la medida de la sima en que ha caído el estado social boliviano; porque allí el pretexto que se invocó para matar, de oficio se declara ahora paladinamente á sí mismo un mero pretexto: ¡tanta es la frivolidad con que Yáñez se presenta alegando meras frases en favor de un crimen tan grande, cometido con la fuerza pública en un pueblo civilizado!

Y después de algunos consejos referentes á la elección de hombres públicos, el tal artículo dice:

“La indolencia, con que miran los estadistas americanos la falta de sensatez, dignidad y patriotismo con que algunos gobiernos se conducen, es incomprensible é injustificable. La no intervención se ha llevado hasta la negación de advertencias y consejos amigables. . . . Para que Bolivia tenga derecho á las simpatías de la América necesita ser más humana, y ocuparse preferentemente de la civilización y mucho menos de la adquisición de empleos.”

Enderezado precisamente al espíritu de justicia de la clase popular, cuya sencillez no juega partidas con la baraja de los empleos, es un artículo comunicado que apare-

ció en *El Comercio*, de Lima, correspondiente al 18 de noviembre, y que fué transcrito en Bolivia. Allí se dice:

“Esperad un momento. El castigo es necesario. Llegará el día. Dios es justo. El asesinato y el sacrilegio nunca quedaron impunes.”

Otro artículo, boliviano probablemente, apareció en la prensa de Lima, que circuló en Bolivia y fué transcrito en La Paz, se muestra espantado y atónito con lo acaecido en esta última ciudad. Concluye así:

“¡Pueblos! despertad! Vuestro adormecimiento es más funesto que el letal marasmo de las lagunas Pontinas. Sacudid la vergonzosa inercia que os agobia. Defended vuestros tesoros dilapidados, vuestra libertad encadenada, vuestra vida amenazada por horribles hecatombes!”

El 1.º de noviembre, en Iquique, se escribía por la prensa lo siguiente bajo la impresión del drama sangriento:

“¡Pueblo Boliviano! ¿Dónde has sepultado el patriotismo que tanto te caracteriza? ¿Cómo consentes que se improvisen cadalzos para tus ilustres hijos. . . ? etc”

En una hoja boliviana de Tacna, tras un cuadro desconsolador de la república, en que aparecían el crimen triunfante, las garantías violadas, el pueblo en dispersión, las muchedumbres hambrientas etc. etc, se dijo más ó menos por este mismo tiempo:

“¡Pueblo de Bolivia! ¡Lo que nos asombra es vuestra larga paciencia!”

En un artículo suscrito el 11 de noviembre en Iquique, y que circuló en La Paz, impreso en *La América*, de Tacna, Juan de la Cruz Benavente pinta á los hombres de La Paz confundiendo sus lágrimas con la sangre derramada, y proclama á las mujeres á fin de que sean ellas las que asalten el palacio para castigar á Yáñez.

“Id, les dice, al antro del asesino con todas las que sean esposas, madres ó hijas, y arrojadle de La Paz, donde *le toleran los hombres. . . . etc*”

Venían igualmente de Tacna hojas sueltas como la que lleva por título *Una lágrima sobre la tumba de las víctimas del 23 de Octubre*.

Para cada una de las víctimas ilustres ó distinguidas hay un rasgo de ardiente conmiseración en esta necrología. Este

obituario consigna, como allí se dice, los ayes doloridos de millares de amigos y parientes, ayes también por la patria querida, que rueda al abismo.

“Mas nó: el espíritu alienta aún. Heroicos hechos hablaron en favor de vuestra historia, y ellos serán la garantía de vuestro porvenir.”

En el estilo fúnebre la prensa del interior no se dejó sobrepasar por la prensa boliviana del exterior.

Lo que llamaremos aquí el tono menor del reclamo político, con sus varios semitonos deprecatorios, concierta maravillosamente bien con esas peroratas gemebundas é inofensivas, que á menudo resuenan al borde de los sepulcros en Bolivia. Este concierto se acuerda con el disimulo y la simulación intencionales que están en la índole de la raza.

Porque no se puede negar que la literatura de crespones, cirios, ampolletas, guadañas y paños negros con calaveras y canillas blancas, es género predilecto del ingenio mediterráneo boliviano. Esa es allá cuerda sonora, cuya amplitud se aviene á variedad de sonos y sonsonetes. Uno de esos sonos suele ser el odio ó el resentimiento político. Este acorde ha solido estampar alguna vez páginas de ruidosa alevosía. Invisible como el filo de una daga florentina, la malicia de la prensa lastimera y lúgubre, en Bolivia, ha tenido ocasiones de no dejarse sentir sino cuando ha aparecido clavada ya en el corazón de un adversario.

En el presente caso Sucre, Cochabamba y Potosí nos han dejado muestras muy curiosas. Por senderos apartados y floridos, llenos de inmortalidad y de eternos descansos, el espíritu político se encaminaba malignamente, en estas producciones, á exitar la venganza del pueblo de La Paz. Uno que no conociese el teclado de ardidosos resortes de la prensa alto-peruana, pudiera candorosamente caer en la celada patética de estos compungidos escritos. Formaría quizá candorosamente con estas plegarias un lacrimatorio al uso antiguo, para ofrendarlo hoy día tipografiado á los manes de los belcistas inmolados el 23 de octubre.

Con fecha 5 de noviembre, un boliviano residente en Tacna publicó en *El Porvenir*, de dicha ciudad, un artículo mixto; pues se puede fácilmente descomponer en dos par-

tes, una gemebunda y otra furibunda. En mitad de su carrera la pluma del escritor, cansada de fingir ternezas, comienza á chisporrotear y de repente, como si fuera el metálico punto extremo de una corriente eléctrica, descarga su ira vengadora incitando al pueblo paceño á la rebelión.

Las notas medias de este registro de sonidos tan distantes, son también aquellas en que brilla más la hipocrecía plañidera propia de esta clase de escritos políticos.

Noche lóbrega en la ciudad. La bestia feroz acaba de ser desencadenada por sus domadores. Mientras tanto, sueño dulcísimo de los corderos inocentes en las prisiones etc. etc. En seguida, carnicería por calles y plazas etc. etc. Silencio sepulcral etc. etc. Al día siguiente, luz del sol del siglo XIX alumbrando la hecatombe, la nación infortunada muda de espanto, la América indignada y atónita etc.

Mirad á este antiguo mandatario supremo, amortajado con sus húmedas y teñidas sábanas; contemplad más allá al sabio jurisconsulto, revolcado y tinto en su propia sangre; aquí, un virtuoso hacendista, durmiendo desnudo el sueño eterno en las baldosas de la plaza; allá, el montón de cadáveres destrozados á bala de cerradas descargas etc. etc. No falta en este escrito uno sólo de esos lugares oratorios prescritos en sus recetas por los retóricos atenienses, y que se ven brillar con todas las pompas de la decadencia en las arengas de los sofistas alejandrinos.

“Y escucho el ¡ai! de los agonizantes. Y la voz de un padre que dice: hijo mío, ¿dónde estás? Y la de un hijo que exclama: padre mío, ¿porqué me *habéis abandonado*? Y la de un esposo que dice: esposa mía, las dulces caricias que me brindabas en los primeros días de nuestro amor, sírvenme también de consuelo en los últimos momentos de mi vida.

“Y oigo la voz del matador que dice: herid sin compasión, bala con ellos. Y los genízaros se lanzan como lobos hambrientos á devorar su presa. ¡Y principió la matanza y se consumó también! ¡Ah! ¡Terrible y tristísimo espectáculo, cuadro desgarrador, la ciudad de La Paz un lúgubre panteón!

“Del seno de ese pueblo infortunado, por entre el ahullido y algazara de los asesinos salió el eco del ¡ai! de las víctimas; eco que vaga incierto por la atmósfera de Bolivia;

eco, que resonando en el corazón de los americanos, ha puesto en guardia á los habitantes del mundo de Colón, y ha sido como una consonancia de la voz aquella que decía: *Despierta Italia*.

“Sí, Bolivia va á despertar, porque el eco de ese ¡ai! no se extinguirá. El estará eternamente clamando venganza. Y la venganza, os lo digo, ha de llegar. Pero, ¡temblad, malvados! ¡temblad, asesino! Porque la venganza de los pueblos es terrible. . . .

“¡Arriba, bolivianos! La infamia y el baldón para vosotros si permanecéis indiferentes. . . etc.”

Hago á los pacientes lectores merced de la peroración flamígera proclamando en esta parte el desquite sin cuartel.

También la cuerda biográfica se puso al servicio de la indignación, para tocar en sus resortes motrices la formidable máquina popular. El más certero fué Pedro Lozano. En una hoja suelta impresa en Cochabamba decía:

“La pública indignación que ha corrido por todos los ángulos de la república, haciendo hervir cada corazón, cada vena de las almas generosas, me ha puesto la pluma en la mano para mostrar ligeramente, que ese anatema horroroso contra los matadores del general Córdoba, tiene un fondo noble y de verdadera justicia.”

La muerte del general fué, sin duda ninguna, la que más impresionó al país. Parece que el gobierno mismo, con presunciones ó con certidumbre de su inocencia, mandó por correo extraordinario orden de ponerle en libertad. Llegó tarde. Al leer el pliego (cuenta una gaceta) dijo Yáñez: “Hace dos días que está libre y descansando en grandes.”

Agrupando Lozano un conjunto de hechos públicos concretos, presenta encima de ellos á aquel hijo del pueblo paceño; lo presenta descollando entre tantos poderosos de plebeya extirpe, descollando por su filantropía con los desgraciados y con los pobres, mientras ejercía mandos que ensoberbecen. Le sigue en su rápida carrera, hasta verle empuñar el estandarte de la clemencia y de la inviolabilidad de la vida, una vez que hubo, por el camino de la elección directamente popular, pisado el solio de la suprema magistratura. Allí le contempla, y allí acumula las citas para demostrar

que Córdoba seguía apellidándose, entonces como siempre, "hijo del pueblo."

Tales fueron las formas indirectas y solapadas, con que la escasa prensa independiente del interior, pretendió seguir el impulso vigoroso y turbulento, si bien muy fuera de la tangente, que á los ánimos daba desde Tacna el espíritu boliviano allí asilado.

Fué sin disputa en intensidad la primera *El Pueblo*, gaceta de Sucre, su escritor Félix Acuña. Cuando no se hubieran estampado en la república otras manifestaciones oportunas de un noble espíritu justiciero, era de creer que, para el desagravio debido por la conciencia pública á la moral histórica, había de bastar como testimonio vindicatorio este solo eco vehemente, sostenido, intrépido y generoso. Fué un grito de esos que se lanzan sea lo que fuere el hoy ó el mañana de quien los lanza; fué un anatema que parecía envolver en el reato de Yáñez al gobierno y á un partido declarado prepotente. Ese gobierno era el gobierno boliviano, que quiere decir atropellador; ese partido era el setembrista, que quería decir bando de violentísimos arranques.

Mientras reinaba sepulcral silencio en La Paz, y cuando el gobierno ni siquiera improbaba teóricamente la carnicería, Yáñez veía con ira que la gaceta sucrense circulaba en la ciudad, haciendo que los ánimos se cobrasen y réportasen allí para perseguir un castigo.

"Como siempre, decía *El Pueblo*, Bolivia ha estado sumida en la abyección. Extraño ha sido para algunos que se hubiera levantado siquiera una voz débil contra el matador inhumano.... Ciertamente, que se han resentido nuestros hábitos de esclavitud y humillación.... La impunidad del crimen que hoy oprime nuestros corazones (pensemos con la calma de la reflexión), ¡á qué dolorosas y sangrientas consecuencias conducirá á los hombres que, constituidos en legítima defensa, tuvieran que prevenir la agresión, repeler la fuerza con la fuerza, la violencia con la violencia? La venganza de los agravios, comprimida un momento por la vehemencia del dolor, con el ardor de la indignación se inflama como la pólvora, y enciende el fuego inextinguible de una reacción creciente, impetuosa. Porque

la expansión, tanto en lo físico como en lo moral, está siempre en razón directa de la comprensión.”

Proféticas y singulares palabras.

En otro lugar ya hemos visto el moderado pero enérgico grito de justicia levantado por Antonio Quijarro en Potosí, y por los jóvenes juristas y por Pablo Barrientos en Cochabamba.

Unas honradamente patrióticas como las anteriores, otras políticamente intencionadas cual otras tantas que se ven en los escritos públicos del día, estas manifestaciones del resentimiento social llegaban día á día, hora tras hora, junto con fogosas cartas privadas, á La Paz. Llegaban también increpaciones directas. Todo llegaba y hablaba con punzante y revolvedora vehemencia á la sociedad paceña y á su masa popular.

La sociedad, ó sean las clases superiores, recibieron increpaciones especiales.

En una de las protestas cochabambinas que antes de ahora he citado, se dice con fecha 9 de noviembre:

“Y ¿quién ha levantado la voz ante ese infame atentado? ¿quién ha osado reprobar públicamente esos villanos asesinatos? Y ¿qué se han hecho allí los delegados del pueblo, que plantearon en el país la carta de sus garantías? ¿Qué hacen los que lloraron la caída del dictador y los que maldijeron á Belzu, á Córdoba, á Linares, por sus abusos? ¿Qué hacen los que rigen la marcha de la república y los que otras veces consultaron al pueblo y le aconsejaron que defendiese sus derechos? ¡Tristes preguntas! Y, entre tanto, el pueblo desfallece, tiembla de horror, y desespera de su destino en medio del letargo mortal de los que le prometieron su felicidad!... ¿Porqué no exigen una reparación del insulto y una satisfacción para el pueblo?.....

“Y ¿de dónde nace, pues, el estupor universal, ese silencio de todos los que representan la sociedad por su patriotismo, sus luces y su celo por las garantías públicas. El miedo, talvez el ejemplo de otros gobiernos, la debilidad....

“Hombres de luces, de patriotismo, de voluntad firme, escritores acendrados y celosos por el bien de la sociedad, diputados del 61, autoridades guardadoras de la ley, sacudid vuestro letargo; estáis haciéndoos criminales con vues-

tro silencio, que el pueblo traducirá, y con razón quizá, por tolerancia, debilidad y cobardía. . . .

“La sangre vertida cobarde y villanamente sobre las frescas páginas de una constitución que ayer naciera de la soberanía del pueblo, ha ahogado la voz de los espíritus más fuertes, que no han podido ó no han osado levantarla en alto, y ha dado el último golpe, el golpe mortal, á toda esperanza de prosperidad, á toda fe en el gobierno, á toda confianza en sus prohombres y á toda garantía de sus más caros derechos! La república agoniza”

Diez meses apenas que había sido derribada la dictadura de Linares, á título principalmente de que había mutilado, con sus antojos arbitrarios, las instituciones republicanas. Tan reciente era la fecha, que habría sido imposible olvidar, que uno de los objetivos de la reforma fué conquistar el goce de las garantías individuales y la inviolabilidad de la vida por causas políticas. Tres meses apenas que la flamante constitución había sido jurada en este sentido, promulgándose con beneplácito de todos como un pacto de transacción patriótica entre los partidos.

Por más grande que se suponga ser el extravío de éstos y su mala fe, tales hechos y los correspondientes dictados actuales de la razón pública, tenían necesariamente que abrirse paso en todas las conciencias bolivianas, viniendo sus palpitaciones á tocar, como si fueran un requerimiento severo, á las puertas del vecindario numeroso donde se habían aposentado el crimen y sus perpetradores.

A esta excitación á las jerarquías superiores de la sociedad paceña, para un esfuerzo moral y combinado tendente á buscar un desagravio á la vindicta pública, se agregaron ciertas interpelaciones á cuerpos ó personas determinadas.

“¿Que hace el obispo, que han hecho los sacerdotes?” Esta pregunta salió de la prensa boliviana de Tacna. En su sobresalto llegaba, ni más ni menos, á demandar al pastor diocesano denuedo y abnegación. Los hechos van á decirnos, que con exigir al magnate y á su grey de operarios mero civismo, ó sea ardor boliviano en sangre humana, el periodista habría pedido enormemente demasiado.

El montón de cadáveres y el charco de sangre coagulada cubrían una parte de la acera y calle que en la plaza enfrentan á la puerta del Loreto. Era la mañana del 24

de octubre. Se conciben la consternación y desesperación de las familias, que se agolpaban á saber cada cual la suerte que la había cabido en la carnicería. El pueblo inferior se arremolinaba atónito en la puerta del cuartel del Segundo, y se derramaba en pelotones hacia el cementerio. Centinelas apostados por todas partes estorbaban el libre acceso á los sitios sangrientos.

En esto, que eran las nueve de la mañana, llegó de Achocalla el coronel Cortés con la mitad del batallón de su mando, el Segundo; asomó á la plaza haciendo resonar alegremente sus músicas y trompetas. Fué esta música un rayo de esperanza para los que hasta aquí habían librado con vida en las prisiones. Recibían constantemente las amenazas de Yáñez sobre que proseguiría las ejecuciones, con vista del proceso y, más que todo, según fuere ó no agresiva la actitud exterior del populacho.

Ni obispo, ni clerecía, ni señorío viril, aparecieron en esos momentos, siquiera sea para hacer acto público de presencia compasiva por nada ni por nadie. El obispo aparece más tarde, días después, entre bastidores, favoreciendo una salida de señoras y criaturas desoladas á la calle, á mendigar de casa en casa misericordia y garantías.

Una pintoresca polémica se sostuvo algún tiempo después, desde *El Telégrafo* por una parte y EL JUICIO PÚBLICO por otra, sobre á cuál jefe militar la humanidad doliente debió su mayor gratitud en estos trances. Los candidatos á la guirnalda fueron varios. Uno de ellos ¡quién lo creyera! fué el gobierno mismo. ¿No pretendió un momento hacer creer al vulgo, que había destacado de Sucre al ministro de la guerra por redimir á los cautivos? Pero la prensa hizo ver con toda evidencia que el ministro vino expresamente á desarmar al cabecilla fernandista Balsa. El campo de esta reyerta quedó sembrado de despojos y metralla. Fundida ésta en el matraz de la crítica, da buena ley de verdad para la crónica de estos días.

Por de pronto los afligidos y los indignados creyeron ver en el coronel Cortés un vengador. “Es hidalgo, se decían, es bien nacido; en caso tan extraordinario, como el presente, se lanzará lleno de coraje contra el feroz matador; no reparará en su posición y ejemplizará á la sociedad, al gobierno, con un golpe atrevido de justicia.”

Pero, por lo mismo que el coronel era criollo castizo y sin mezcla, tenía bien embutidos en el cerebro la noción de la disciplina militar y el sentimiento de sus deberes civiles. Se negó á todo paso irregular y desesperado, no deliberó con nadie, y obedeció en su esfera al comandante general de armas Yáñez. Este á la verdad, no le perdía de vista y lo tenía como sitiado.

Policarpo Eyzaguirre cuenta lo que sigue á nombre de una veintena de compañeros de prisión:

“Pasados algunos días en que iba subiendo de punto la cólera del asesino, al ver la indignación general y oír el grito humanitario de la prensa, ya no fué posible esperar la protección del coronel Cortés. Cada momento, cada instante, y con las continuas nocturnas amenazas de aquel frenético, aguardábamos una farsa cualquiera, una detonación, un *viva* en la puerta del Loreto, y tras eso una descarga sobre nuestras cabezas.”

En este estado de mortal angustia velaban sin descanso los presos, cuando el 10 según unos, el 15 según otros, llegó á La Paz el coronel Balsa al mando del batallón Tercero, de un escuadrón de húzares y de una brigada de artillería. Nuevo rayo de esperanza lució con esto en el consternado corazón de los de dentro y fuera del Loreto. Las fuerzas recién venidas no estaban salpicadas con la sangre del 23 de octubre. ¿Cómo no habían de ser un contrapeso al poder exterminador de Yáñez?

Este, mientras tanto, cercado de recelos y desconfianzas indecibles, vociferaba amenazas de muerte y de represión sangrienta en las personas de los detenidos. Delante de cuantas personas querían oírle, y eran poquísimas, se holgaba de lo hecho y se ufana con lo que le restaba por hacer. Su jactancia tenía los aires de una impunidad muy segura de sí misma.

Los detenidos creen que tales amenazas iban á tener su cumplimiento tal ó cual noche. La inocencia y la agonía de estos desventurados penetraron hasta el alma de uno de sus guardianes. Quiso consolarlos á costa de una promesa. Tres de ellos recibieron cautelosamente de un capitán la declaración que sigue:

—“Caballeros, estoy resuelto á sacrificarme, y solamente sobre mi cadáver podrán hacer con ustedes algo. En

último caso, tendré que armarles con los fusiles de la guardia para que se defiendan.”

En vez de confianza y aliento, estas palabras llevaron el terror al pecho de los detenidos. Consideraron inminente el riesgo de sus vidas. No había tiempo que perder. Pero, ¿adónde dirigirse? Buscar amparo en el alto cuerpo social. Mudo hasta aquí, era menester que éste hablase por si lograba interponerse entre las víctimas y el sacrificador. Comunicaron los detenidos su cuita á una ó dos esposas, y éstas hicieron lo demás. En menos de una hora habían disturbado todas las familias. La sociedad infantil y femenina se puso en alarma. La población salió entonces á la calle á mostrar interés pacífico por los amagados, por vez primera hubo zozobra en común, compasión y misericordia á la luz del claro día.

El ronco y vulgar susurro se encargaba, por su lado, de esparcir la especie de que Yáñez se alistaba para pasar á cuchillo, en alta noche, á los del Loreto. Díceres misteriosos agregaban que serían todos sepultados secretamente en el traspacio de aquel edificio. Este individuo aseguraba haber visto afilar los cuchillos, aquél otro había visto abrir los fosos. Terror frenético se apodera de las pobres familias. Madres, esposas é hijas salen como locas á la calle. Comienza una femenina propaganda de duelo, una vía crucis para implorar conmiseración y auxilios.

Fué en esta coyuntura cuando el obispo (y así también se conmovieron todas las gentes de iglesia que fueron imploradas), tuvo dentro de su palacio ojos para ver y oídos para escuchar y corazón para sentir y boca para decir:

“Vayan reunidas, vayan sin tardanza á casa del coronel Balsa; yo haré que las acompañen los padres guardianes de San Francisco y de la Recoleta y el comendador de las Mercedes. Pero ¡por amor de Dios! cuidado con provocar tumultos que pudieran ser funestos á los desdichados presos: vayan por parcialidades y obren con prudencia.”

Hé aquí de cuerpo entero el obispo. Con esta actitud, él y su clero pudieron dar la respuesta á la hoja antes referida, que decía con desesperado candor:

“¡Obispo de La Paz! ¡Sacerdotes de Bolivia! ¿Por qué habéis permanecido tranquilos cuando la sangre de vuestros hijos corría á torrentes? ¿No sabéis que el arzobispo

de París se presentaba, crucifijo en mano, en los formidables arrabales de San Antonio, predicando la paz y la concordia entre hermanos anarquizados, y que, herido por el plomo homicida y derramando sangre á borbollones, decía gozoso: "Dios quiera que la mía sea la última que se derrame: el buen pastor debe dar la suya por sus ovejas?"

Las puertas de la casa de Balsa se abren á estos grupos de mujeres suplicantes, presididas por religiosos. Clamorean, cercan al hombre, le arrancan una promesa generosa. Ante la humanidad, ante la patria, ante Dios, se hace responsable de la vida de tanto ciudadano indefenso, él ciudadano armado. Así lo jura á madres, esposas, hijas, amigas y señoras compasivas allí gimiendo. El arbitrio queda concertado: tropa de su batallón cubrirá la guardia del Loreto; los sayones de Yáñez serán relevados por soldados de confianza; en vez de matadores habrá custodios. Estas seguridades devolvieron un poco de calma á las familias.

El relevo que se consideraba salvador no pudo, empero, verificarse fácilmente, ni sin altercados con los tenientes de Yáñez, ni sin resistencia de Yáñez mismo. Pero hubo relevo. Era tal el terror que este hombre había logrado inspirar á las gentes, que era opinión casi general esos días, que, sin el relevo, los presos del Loreto hubieran sido sacrificados irremisiblemente la madrugada en que estalló la rebelión de Balsa, mucho antes que el pueblo llegara y ejecutara en Yáñez la sentencia de Dios.

Pero, todavía más antes que ese riesgo llegase, el 21 de noviembre llegó á La Paz el ministro de la guerra. Escuchó esa tarde el clamor general, notó por la noche que vigilantes de Balsa rondaban en las cercanías del Loreto, habló con los oficiales del Tercero que cubrían la guardia de dicho edificio. Pudo quizá presenciar por sí mismo aquel frenesí sanguinario de que, según cuentan, estaba Yáñez poseído. Tomó su resolución y sus precauciones para el día siguiente. Por la mañana temprano se presentó en el Loreto y puso en libertad á los presos. El alborozo fué inmenso en las familias y terribles los rugidos del coraje popular.

En varios pasajes de las declaraciones publicadas se hacen referencias al dicho aquél de Yáñez, á los conspiradores, de "fusilarlos con la constitución en la cabeza," ó bien

“con la constitución en el pecho,” ó según otros “en la frente.” En lo sustancial el dicho no parece ser inexacto, si se ha de dar crédito á los mismos á quienes fué dirigido.

Por otro lado ya hemos visto que Ruperto Fernández refiere, que sabedor Achá de esta ocurrencia, por carta particular del mismo Yáñez, la celebraba en los salones del palacio en Sucre. No he visto que los escritores de Achá negasen este aserto de Fernández.

Según éste, el presidente se holgaba públicamente de haber acertado eligiendo á Yáñez para el comando militar de La Paz en aquellas circunstancias. Los pajueleros (belcistas) iban á tener allí en dicho coronel la horma de su zapato.

Ya hemos visto que Yáñez cumplió su palabra: fusiló á los belcistas con la constitución en sus pechos. Ahora va á verse el caso de un individuo azotado con la constitución en las nalgas.

El anciano Francisco Romero Mamani, corregidor de indígenas en Escoma y Guaichu por los años de 1831, guarda de la ribera oriental del Desaguadero en tiempos inmediatamente posteriores, y hoy en día alguacil de menor y mínima cuantía, en la ciudad de La Paz, pasó en la tarde del 2 de noviembre á la tienda de aguardientes y botillería de doña Ignacia Salazar, con motivo de una notificación, y allí se expresó en términos duros contra los recientes asesinatos del 23 de octubre. No faltan concurrentes en estos establecimientos. Al día siguiente por la mañana Mamani era reducido á prisión, y á pocos momentos, acompañado de sus jendarmes, se aparecía allí Yáñez en persona. Hizo llamar á alguien que entró á poco. “¿Este es Mamani?”—preguntó. El recién entrado respondió: “Mamani.”

Lo que después pasó lo refiere dicho Mamani en su comunicado de diciembre 3, inserto en el número 14 (diciembre 19) de EL JUICIO PÚBLICO:

“Sin más formalidad que su bárbara y satánica ferocidad, he sido tendido en tierra, habiéndoseme descargado con la mayor inhumanidad más de trescientos palos.

“Nótese que en ese trance fatal, en que creí exhalar el último aliento, por razón de mi edad octagenaria, con las lágrimas y ruegos más suplicantes pedí que se me sometiera á juicio, para con su resultado más bien sufrir el fu-

silamiento con que se me amenazó. Todo fué en vano. El tirano estaba acompañado de su hijo, quien con fría indiferencia esperaba ese cuadro, que para otro hombre hubiera sido lastimoso. Este suceso se verificó á presencia de todos los detenidos de la cárcel, los más por sospechas del terrorista. .”

Hubo polémica con ocasión de esta denuncia. Lo peor para Mamani es que Mamani por nadie fué desmentido. Todos confirman por la prensa el hecho de la azotaina. Pero es justo declarar que los concurrentes á la pulpería no aparecen aquí como delatores. Desempeñó este oficio el dueño de casa, la Salazar. Pretendiendo ésta alzar el cargo, lo confiesa por la prensa paladinamente:

“Confieso, dice, que como mujer me asusté, y temí que comprometiera mi casa. Es por esto que en conversación se lo avisé á Jiménez, sin que después hubiese tenido conocimiento del resultado, que ha sido tan aflictivo para el imprudente alguacil.”

Jiménez era ni más ni menos comisario de policía. En la pila bautismal le pusieron Bartolomé Luis. Su postrera intervención en este negocio fué, cuando interrogado por Yáñez, respondió: “Mamani;” y se dió comienzo á la flagelación del anciano.

Ya hemos podido sorprender lo que hizo por aquellos días el obispo. Los personajes y las corporaciones fueron increpados á la par del obispo. Mas, para poder responder sobre el punto hoy día, tendría uno que trasbordarse, de la prensa, que es nave que boga sobre las aguas, al pontón de las costumbres paceñas ó bolivianas, pontón aferrado con garfios y rejones profundos al fondo social, y que el que esto escribe no quiere entrar á examinar.

Porque, en mar tan revuelto de maldades y bajezas, no sería cosa fácil pescar con el anzuelo de la prensa rasgos tan pintorescos, por ejemplo, como el de la Salazar y de Jiménez, en que todos á la vez dan de sí, la sociedad y el que de ella se señorea. Los rasgos mayormente reveladores sobre la depresión moral de los personajes del día, están ligados sin duda ninguna á procederes cautos y privados, y consisten en hechos que se escaparon hábilmente á la publicidad y á la prensa. Mientras tanto, los actos colectivamente pasivos nada dicen sino en ocasiones muy determinadas.

Que los diputados, las corporaciones cíviles y eclesiásticas, la magistratura judicial etc., de acuerdo en este punto con el vecindario acomodado y con el común de ciudadanos, no se muevan para nada y se esquite cada cual á más no poder embosado en su yo, es un hecho social tan grueso, que la prensa no ha podido ni con dedos ni con dientes asirlo, para presentárnoslo en especie y vivo entre sus páginas durante estos días memorables. Hecho negativo, fondo social, tranquilidad de la discordia profundísima, sometimiento solidario al brazo fuerte etc. etc., este modo de ser de todos y de cada uno, ¿no es en persona el mismo enorme mónstruo sociológico que se trata de estudiar analíticamente por partes, ó sea en alguna de sus articulaciones, ó sea más bien en algunos de sus nervios motores?

Eso de quedarse agazapado en su casa, cuando uno está quietecito allí y la arbitrariedad ensangrienta las demás casas, contando con el mutismo de los no ultrajados, es recurso de tímidos egoístas, indiferentes á la cosa pública é indignos del elogio ó vituperio de la prensa. No hay más que dejar que esta innoble mezquindad pontífique majestuosamente puertas adentro. ¿Qué nos diría si la interrogásemos? Este gran callar colectivo, por causa de enseñar demasiado, no enseña nada. Por eso renuncio á trasuntar aquí algunas de sus resonancias, porque es innegable que tiene en la prensa ruidos este gran callar.

Antes que al vulgo anónimo y poltrón prefiero á su legítimo engendro, prefiero la persona del soldado pretoriano. El acto público, bueno ó malo, contiene una afirmación positiva sobre la vida política, y la vida política de una sociedad es una escuela moral y experimental. Los vividores domésticos, que no saben salir al comicio de la sociedad ni en los grandes días, no tienen puesto ni cabida en el tribunal de la prensa, que es instituto republicano del espíritu público. Con vista de ellos me explico con claridad á Yáñez, y eso me basta. Mientras tanto, Yáñez, impulsado en su ferocidad por el fanatismo político, crece á mi vista cien codos delante de los vividores domésticos. ¡Qué tipo este!

G. RENÉ-MORENO.

(Continuará.)

ESTUDIOS GRAMATICALES

(DEL RÉJIMEN CASTELLANO)

Decíamos, en uno de nuestros artículos anteriores, que la lengua castellana, como hija lejítima de la latina, habia heredado de ésta casi todo su inmenso caudal de voces, nó ménos que su armónica y flexible construccion.

No sucedió lo mismo en cuanto a la parte de la gramática a que se ha dado el nombre de Réjimen.

En el idioma latino, esta parte de la gramática, está sujeta a reglas perfectamente determinadas y fijas, lo cual proviene, sin duda alguna, de contar entre los accidentes de sus voces, la declinacion por casos, y así atendiendo ya al significado de las palabras, ya al modo como terminan, ya a otras circunstancias, los gramáticos han llegado a determinar con presicion y claridad la manera como deben relacionarse las palabras entre sí, que es lo que constituye el réjimen.

La lengua castellana, si bien tomó de la latina la mayor parte de sus voces, abandonó, sin embargo, la declinacion, sustituyendo este accidente por las preposiciones y complementos. Perdida, pues la declinacion latina, cambió por completo la base de las reglas del réjimen. Y de este modo lo que para la lengua de los romanos era fácil de determinar y de aprender, vino a ser para la lengua española, la parte mas difícil del idioma.

Y así es, en verdad, porque no hai nada que esté ménos

sometido a reglas fijas y precisas que el régimen de las palabras castellanas. Ni dejará de ser esa la razón por que los gramáticos no han adelantado un paso, en esta parte, desde la formación de la lengua hasta nuestros días.

El señor Bello no dedica a este importantísimo punto ni un solo capítulo de su gramática.

Salvá trata largamente sobre el significado y el uso de las preposiciones y de algunos adverbios, y nada más.

La Academia Española es la que ha procurado, en su gramática, llenar este vacío, pero, a nuestro humilde juicio, no ha logrado su intento, lo cual, por cierto, no debe atribuirse a incompetencia de sus autores, sino a la materia misma, tan dificultosa de suyo.

La Academia ha querido a veces, al dar sus reglas, amoldarse a la índole del régimen latino, y así, hablando de los adjetivos, dice:

“En jeneral, a los que denotan cariño, adhesión, y dependencia, sigue la preposición *a, v, g:* *Adicto, afecto a tal o cual persona; sumiso, sujeto a tal otra.* Los que significan ciertas cualidades físicas o morales en que sobresalen o se distinguen personas o cosas, piden con frecuencia la preposición *de:* *Alto de talle, blando de condicion, duro de pelar, flaco de memoria, fácil o difícil de lograr.* Los que principian con la preposición castellana *en* o la latina *in*, suelen servirse de la primera para rejir otro vocablo, *Envuelto en papel, ingerta en membrillo, incerto en la circular;* también los que expresan ciencia o materia: *Diestro en la esgrima, docto en jurisprudencia, versado en cánones, perito en agricultura.* A los que indican disposición feliz para alguna cosa, o al contrario se adopta mejor que otras la preposición *para, v, g.:* *Apto o inepto para tal empleo: útil o inútil para la labranza, hábil para remar, adecuado para escritorío.”*

No podría decirse que las precedentes observaciones o reglas carecen de toda importancia o utilidad, pero para formarse idea de cuán deficientes son, basta leer lo que la misma gramática advierte en seguida:

“A estas breves reglas hai que limitarse, porque entre las que se pudieran añadir, rara sería la que estuviese exenta de excepciones, y porque no se podría dilucidar esta materia sino en un libro consagrado exclusivamente a ella.”

Este libro en que se trate del régimen de las palabras castellanas, no se ha escrito todavía. Y de aquí es que las reglas gramaticales mas inciertas, mas vagas y oscuras son las relativas a esta materia.

“Dejando a los diccionarios, dice el señor Bello, la enumeracion de los vários significados que toma cada preposicion, y de los verbos que las rijen, nos limitaremos a unas pocas observaciones sobre el modo de usarlas.”

Las gramáticas nos remiten a los diccionarios, y éstos no siempre nos dan la suficiente luz para esclarecer nuestras dudas.

Podemos, por lo tanto, dar por sentado que la parte mas difícil de la gramática, el régimen es la que ménos está sometida a reglas; y siendo esto así no es de extrañar entónces que los escritores no siempre procedan en este punto con el acierto debido. El estudio y comprension de las reglas de la gramática no bastan para vencer las dificultades y tropiezos con que se han de encontrar a cada paso: el continuo manejo del diccionario, y la lectura atenta de los maestros del habla, son los que únicamente pueden limpiar el camino de todo estorbo y embarazo.

No es nuestro intento tratar extendidamente en este artículo materia tan superior a nuestras fuerzas, como es la que dejamos indicada: queremos solamente señalar el régimen de algunos verbos, de uso mui frecuente, mas con el ánimo de probar el tiento con que debe procederse en materia tan delicada, que con el de presentar un estudio completo y acabado.

AMAR

“Amar de corazon.” En esta frase, la Real Academia no da al verbo amar otro régimen que la preposicion *de*; no está, por consiguiente, autorizada por ella la tan socorrida expresion moderna: “lo o la amo *con* todo mi corazon.” Creemos, sin embargo, que la expresion bíblica, *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo*, se ha traducido siempre, “Amarás al Señor tu Dios *con* todo tu corazon,” y no por traductores vulgares. sino por el mismo P. Granada, el cual en su *Guia de pecadores*, dice: “Segun

esta órden, la primera cosa y mas principal que debemos hacer, es amar a este Señor así como él lo manda: que es *con* todo corazon, con toda nuestra ánima, y con todas nuestras fuerzas.”

AGUARDAR

Con frecuencia se dicen y se escriben expresiones como estas: “Aguardaremos que amanezca para salir;” “aguardaremos que llegue mi hermano para consultarlo,” etc., etc. No es este el régimen propio del verbo aguardar, pues en estos casos pide la preposicion *a*.

“Pero el labrador aguardó *a* que fuese mas noche, porque no viesen al molido hidalgo tan mal caballero.” (*Cervantes, don Quijote.*)

“Los enemigos, aguardando, ora *a* un paso del rio, ora *a* otro, segun veian que nuestra caballería se movia, se acogieron *a* la sierra.” (*H. de Mendoza, Guerra de Granada.*)

“El cual teniéndose por agraviado porque Mardoqueo, que aguardaba *a* las puertas del palacio, no le hacia la cortesía que él queria, juntando en uno sus amigos y su mujer, dijoles estas palabras.” (*Granada, Guia de pecadores.*)

AGRAVIAR

Si este verbo significa *hacer agravio*, no comprendemos qué sentido pueda tener esta frase: “Estoi agraviado *con* Pedro.” Lo natural es decir “estoi agraviado de Pedro,” como si se dijera, “he recibido un agravio de Pedro.”

ABORRECER

“Lo aborrece *a* muerte,” se dice *a* menudo; en esta frase, aborrecer riñe siempre la preposicion *de*: lo aborrece *de* muerte.”

En la frase "ser aborrecido *por* todos," tambien debe cambiarse la preposicion *por* en *de*.

"Por estos términos comenzó a ser malquisto del comun, y de allí a pegarse la mala voluntad en los principales, aborrecerse él *de* todos y de todo, y todos *de* él." (*H. de Mendoza, Guerra de Granada.*)

"En efecto, llevad la mira puesta a derribar la máquina mal fundada de estos caballerescos libros, aborrecidos *de* tantos, y alabados de muchos mas." (*Cervántes, don Quijote.*)

ABRIGAR

"Es un puerto mui abrigado contra los vientos," es frase que hemos leído muchas veces, sobre todo en textos de Jeografía política: en este caso el verbo abrigar no puede rejir otra preposicion que la *de*: "puerto abrigado de los vientos."

ACOTAR

"Acotar *al* márgen," "poner acotaciones *al* márgen," son tambien frases de uso mui corriente. Aunque la Academia no nos señala claramente el réjimen de este verbo en las frases anteriores, sin embargo, nuestros clásicos no usaron en ellas otra preposicion que la *en*.

"Pobre de concetos, y falta de toda erudicion y doctrina, sin acotaciones *en* las márgenes, y sin anotaciones en el fin del libro." (*Cervántes, don Quijote.*)

"De todo ha de carecer mi libro, porque no tengo qué acotar *en* el márgen, ni qué anotar en el fin." (*El mismo.*)

ANDAR

"Andar *en* ancas," "llevar *en* ancas," "traer *en* ancas," etc. En ninguna de estas expresiones puede usarse la preposicion *en*, sino la *a*.

“Pasó el rio de Maril, la infantería *a* las ancas de los caballos, y llegó a las Guajaras, que están en medio.” (*H. de Mendoza, Guerra de Granada.*)

“Habíase adelantado con la caballería el Marques, tomando consigo cuatrocientos arcabuceros *a* las ancas de los caballos.” (*El mismo.*)

“Y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos (que eran pocas y raras veces) ellos mismos lo llevaban todo en unas alforjas mui sutiles, que casi no se parecían, *a* las ancas del caballo, como que era cosa de mas importancia.” (*Cervántes, don Quijote.*)

ABRASAR

“En el incendio perecieron varias personas, abrasadas *por* el fuego.”

Así se dice de ordinario, pero la Academia no admite otras preposiciones que la *de* y *en*.

Quevedo, en su oda *Roma antigua y moderna*, dice:

“Despues cuando enviado tu sociogo,
Duro Neron dió música a tu fuego,
Y tu dolor fué tanto,
Que pudo junto ser remedio el llanto.
Abrasadas *del* fuego sobre el rio,
Torres llovió en ceniza viento frio.”

ARRIMAR.

“Arrimar (una cosa) a la pared.” Este es el rejimen propio y mas comun; pero en el mismo sentido puede usarse *contra*:

“Ya amagando a echarse de bruces sobre el púlpito, ya arrimándose *contra* la pared, a ratos poniéndose de bruces,” etc. (P. Isla, *Frai Gerundio.*)

AJITAR.

En el significado de mover con frecuencia y violentamente, rije dos propociones, *por* o *de*; "Las olas son ajitadas *por* el viento."

"¡Ai! que ese resonante movimiento
Me abate el corazon. Yo ví las mieses
Ajitadas *del* viento
En los estivos meses,
Y dóciles y trémulas llevarse,
Y en seco son de su furor quejarse." (*Quintana, oda Al*

mar.)

CAMBIAR.

Segun la Academia, este verbo no rije mas que las preposiciones *con* o *por*. Nuestros mejores clásicos han usado, sin embargo, la *en*: baste el siguiente ejemplo de Rioja:

"Todo desapareció, cambió la suerte
Voces alegres *en* silencio mudo."

COLGAR.

Salvá dice que este verbo rije la preposicion *de*: "colgar (alguna cosa) *de* un clavo."

"Estaba Sancho Panza colgado *de* sus palabras sin hablar ninguna, y de cuando en cuando volvia la cabeza a ver si veia los caballeros y gigantes que su amo nombraba." (*Cervántes.*)

"Pero difunto el dueño,
¿Las cuerdas de qué sirven?
Cual le compone versos:
Cual porque no le pisen
Le cuelga *de* las ramas,
Transformacion de Tisbe." (*Lope de Vega, A la barquilla.*)

No faltan, sin embargo, quienes hayan usado la *en*:

“Despues de varias mudanzas, edificó la ciudad Idariz, del linaje de Alí, que conquistó a Berbería, y en memoria tienen su alfanje colgado en el templo principal con gran veneracion.” (*H. de Mendoza, Guerra de Granada.*)

Y aun en Solis (*Conquista de Mejico*) Leemos:

“En lo alto se gurdaban las armas de la persona real, colgadas *por* las paredes con buena colocacion.”

COMPRAR.

“Yo le compro el libro, pero fiado:” falta la preposicion *a*, pues en las frases *comprar al fiado*, *comprar al contado*, no puede quitarse.

Samaniego usó la preposicion *de*:

Llevarélo al mercado,
Sacaré de él sin duda buen dinero:
Compraré *de* contado
Una robusta Vaca y un Ternero
Que salte y corra toda la campaña
Hasta el monte cercano a la cabaña.”

CORTAR.

“Cortar *a* raíz.” La Academia no señala otro modo de variar esta frase; sin embargo, Herrera, en su cancion *A la pérdida del rei don Sebastian*, dijo:

“No igualó en celsitud y en hermosura,
Jamás árbol alguno a su figura,
Pero elevóse con su verde cima
Y sublimó la presuncion su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza solo estima:
Por eso Dios lo derribó deshecho
A los impios y ajenos entregado
Por la raíz cortado.”

CUMPLIR.

Este verbo puede usarse como activo, "cumplir sus obligaciones," "cumplir sus deberes," y tambien con la preposicion *con*, que era lo usual entre nuestros clásicos:

"Cumplió don Alvaro *con* su comision, hallando la puerta libre, y los moros idos." (*H. de Mendoza.*)

CORONAR.

Rije *de* o *con*:

"Así aquella que solo al hombre es dada,
Sacra razon y pura me despierta,
De esplendor y *de* rayos coronada;
Y en la fria rejion dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve a arder que estaba muerta." (*Rioja,*
Epístola moral.)

"A la sombra tendido,
De hiedra y lauro eterno coronado,
Puesto el atento oido
Al son dulce, acordado
Del Plectro suavemente meneado." (*Frai Luis de Leon,*
La vida de campo.)

En la frase *coronar* (a uno) *por rei* puede usarse u omitirse la preposicion *por*: Nuestros antepasados no lo emittian nunca.

CEÑIR.

Este verbo, en la acepcion de rodear, rije *de*, si bien no faltan autores que hayan usado *con*:

"Aquel que coronaba
Laureles por insigne,
Sino miente la fama
Que a los estudios sigue,
Ya por desdichas tantas
Que le humillan y oprimen
De lúgubre cipres
La humilde frente ciñe." (*Lope de Vega.*)

“Triunfa así Europa, y *de* esplendor ceñida
 En trono incontrastado
 Los ámbulos del orbe señorea.” (*Quintana, A la invencion
 de la imprenta.*)

“Seguidme y al umbroso
 Bosque, mansion de Flora,
 Que el templo cerca del amor, venid,
 Dadme, dadme oloroso
 Incienso, y la sonora
 Cítara, y *de* frondoso
 Mirto mis sienes cándidas ceñid.” (*L. F. de Moratin.*)

Mariana, en su *Historia de España*, usa indistintamente ambas proposiciones, *de* y *con*:

“La postrera de las tierras hácia donde el sol se pone es nuestra España. Parte término con Francia por los montes Pirineos, y con el Africa por el angosto estrecho de Gibraltar. Tiene figura y semejanza de un cuero de buei tendido, (que así lo comparan los geógrafos) y está rodeado por todas partes y ceñida *del* mar, sino es por lo que tiene de aldeaño a los Pirineos.”

“El reino de Aragon se divide Cataluña, Valencia y la parte que propiamente se llama Aragon. Está ceñida por las tres partes de Mediodía, Levante y Septentrion *con* el mar Mediterráneo.”

CUBRIR.

Este verbo nos ofrece una prueba clara de lo dificultoso que es atinar a veces con el régimen de las palabras castellanas, mayormente en tratándose de verbos.

No podría decirse que un hombre estaba “cubierto *de* su capa,” sin *con* su capa; ni ningun poeta se atreveria a decir tampoco que una pradera estaba “cubierta *con* bellas y olorosas flores, sino cubierta *de* bellas y olorosas flores.” ¿Cuándo, entónces, se usará *de* y cuándo *con*?

Nos inclinamos a creer que debe usarse *de*, con preferencia a *con*, en el sentido de “llenar una superficie de alguna, cosa, aunque no quede del todo cubierta.” A lo ménos, esta nos parece que ha sido la práctica constante de los buenos hablistas:

“La humilde yerbecilla
Que huella, el monte que *de* eterna nieve
Cubierto se levanta,
Y esconde en el abismo su honda planta.” (*Melendez.*)

“No era bastante, impios,
Los vientos escuchar que en torno braman,
Los escollos temblar, mirar al cielo
Cubrirse todo *de* espantosas nubes
Y arderse en rayos, a los pies hirviendo
Sentir el mar sañudo”. . . (*Quintana.*)

“Del monte en la ribera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De brilla flor cubierto
Ya muestra en la esperanza el fruto cierto.” (*F. Luis*
de Leon.)

En la acepción de ocultar y tapar una cosa con otra, creemos que debe preferirse *con* a *de*, aunque Cervántes haya dicho:

“Y en diciendo esto, y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, pidiéndole que en tal trance le socorriese, bien cubierto *de* su rodela, con la lanza en el ristre, arremetió,” etc.

CONSIDERAR.

“Considerar (una cuestión) *bajo* todos sus aspectos.” Este uso de la preposición *bajo* ha sido duramente reprobado por algunos críticos chilenos. Y a fé que han tenido razón, si atendemos al significado natural y propio de la palabra: en efecto, si *bajo* denota siempre la idea de *situación inferior* (moral o físicamente,) no vemos cómo puede ser propio el uso de esta preposición en la frase antedicha, cuando con ella se quiere significar que se va a estudiar, tratar o considerar una cuestión por todas sus faces, por todos sus lados.

Como quiera que sea, hai dos maneras de estudiar las lenguas: una como *son*, y otra como *debieran ser*; a lo primero se habrá atendido la Real Academia al autorizar plenamente la frase que analizamos.

(*Continuará.*)

PEDRO N. ALBORNOZ.

Agosto de 1885.

LOS HOMBRES GRAVES.

(CARTERA DE UN MÉDICO)

I.

Uno de los casos mas interesantes que he tenido la fortuna de presenciar en mi clínica tan llena de variedades, ha sido el de don José Pesado.

Don José era un hombre intelijente y de vasta ilustracion. Poseia una regular fortuna que le permitia vivir con desahogo,—y con independencía. Compraba libros para leerlos, lo que es bastante raro, y los leia con provecho, lo que es aun mas raro. Dotado de un penetrante espíritu de observacion, aprendia en la naturaleza viva lo que no estaba en los libros, y poseia sobre los hombres y las cosas esas ideas claras, perfectamente definidas, que son el fruto de las grandes cualidades del espíritu, bien dirigidas. Ningun problema verdaderamente humano habia dejado de pasar por su cerebro, en horas de laboriosa y fecunda meditacion, y a todos les habia dado la solucion exacta, lo que hacia que anduviera sin tropiezos ni vacilaciones por el sendero recto de la vida. Ninguna situacion lo encontró jamas desprevenido. Y los que alguna vez le pidieron consejo, que de otra manera no los daba nunca, no tuvieron que arrepentirse de haber seguido sus indicaciones.

Habia cumplido treinta y ocho años, y seguia siendo soltero. No porque fuese misántropo, o porque no amase a la mujer,—al contrario! El único consejo que solia dar sin

que se lo pidiesen, era convencer a sus amigos de que debían casarse.—Un día en que habíamos hablado de tres mil cosas, fijó en mí una mirada profunda y grave, y me dijo con una voz en que vibraban a un mismo tiempo la bondad y la firmeza:

—Doctor, ¿sabeis lo que encuentro en vos? muchas ideas sin fijeza, que se os escapan del cerebro sin haber madurado bien. Y sabeis lo que os falta? Una esposa! No renunciéis a la parte mas dulce y mas noble de la misión del hombre: formar un hogar propio.

Lo miré sonriendo, y paseé intencionalmente los ojos por su departamento de hombre solo.

—Comprendo, me dijo; pero no es lo mismo: en primer lugar, aunque tengo cerca de cuarenta años, mi corazón no ha cumplido los diez y seis. Hai demasiado fuego aquí adentro. Para casarse, es indispensable saber ser marido; yo no sabría sermas que amante. Y en seguida, sois médico y yo no lo soi: un médico necesita ser mas hombre que otro alguno; no basta que conozca las enfermedades, debe conocer tambien las pasiones, los sentimientos, todo aquello que puede afectar el cerebro, el corazón y las entrañas, no con signos patológicos materiales que se revelan a los sentidos, sino con morbosidades misteriosas, que pueden llegar a ser mortales. Hai una anatomia que no se estudia sobre los demas,—la anatomia del alma. El médico debe aprenderla en sí mismo; de otra manera puede ser un médico ilustrado, un hábil médico; pero nunca un gran médico, un médico perfecto.—Doctor, tened una esposa, despues un hijo, y entonces me direis si habeis aprendido algo mas de lo que conocéis ahora.

—Pero, ¿cómo sabeis vos mismo que así se pueden saber muchas cosas?

—Por comparacion; la comparacion es uno de los mas fecundos y poderosos medios para la adquisicion de ideas y conocimientos. He comparado a muchos solteros con muchos casados. Acabo de deciros que os falta a vos cierta fijeza y madurez de criterio; pues bien, hai muchos hombres casados, que valen menos que vos, y que tienen en alto grado lo que no teneis.

No insistí mas; mi amigo podia mui bien tener razon.

Por lo demas, el motivo que daba para no casarse él

mismo era verdadero. Don José era un hombre de pasiones ardientes, vibradoras, que lo habrían arrojado a estremos incalculables si no hubiesen estado refrenadas inflexiblemente por un juicio vigoroso y por una voluntad de acero.

En suma, don José era un hombre verdaderamente superior,—que por eso mismo habia vivido siempre oscuro y casi desconocido. No se habia mezclado jamas en política. Nunca se le habia llamado a desempeñar el mas humilde puesto público, ni se le habia confiado la mas insignificante comision de Estado. Ni el gobierno ni los partidos se habian fijado en él. Vivía querido y apreciado sinceramente por sus amigos,—y él no manifestaba otras ambiciones.

II.

Una enfermedad lenta y estraña principió a minar a ese hombre tan singularmente dotado, y a transformarlo de una manera inesperada.

Sus ideas comenzaron a perder aquel antiguo vigor, aquella precision, y sobretodo, aquella nítida claridad que las hacia penetrar tan fácilmente en el espíritu del que lo oía. Hablaba confusamente; sus palabras decian muchas veces lo contrario de lo que él queria espresar; las ideas le salian como materialmente empañadas. ¿Os habeis fijado en las miradas turbias, vidriosas, sin luz y sin espresion que salen de los ojos de un moribundo? Tales eran las ideas que salian del cerebro de don José.

Lo examiné detenidamente y repetidas veces: el corazon, los pulmones, el hígado, los riñones, el estómago, todo funcionaba normalmente y con la vitalidad de siempre; la respiracion y el pulso eran perfectamente regulares, y revelaban el vigor habitual de aquel cuerpo sano que encerraba un espíritu sano. Si, porque tambien el espíritu estaba sano; habria sido absurdo suponer que era ése un caso de locura o de idiotismo; no había el mas lijero signo patológico que pudiera hacer sospechar siquiera la enajenacion mental o la idiocia, y todos los actos de memoria, entendimiento y voluntad de don José correspondian a los del

mas cuerdo de los hombres. Su razon estaba entera y sólida; era la elaboracion de sus ideas lo que sufría una estraña perturbacion.

¿De dónde provenía aquella enfermedad inatacable y desconocida? Hé ahí lo que me desesperaba: no era posible descubrir en la naturaleza física ni moral del enfermo base alguna para fundar el mas aventurado diagnóstico. Y sin embargo, había allí una enfermedad! Una enfermedad harto mas dolorosa y mas grave que el idiotismo, puesto que, siendo sus efectos análogos, dejaba al paciente toda su razon para que pudiera ir apreciando por sí mismo los estragos del mal. Yo veía aquella enfermedad extenderse como sucia mancha de aceite, y no podía detenerla, ni sabía dónde tenía oculto su nido de veneno. Me encontraba en la situacion del destacamento que es enviado en exploracion, lejos del grueso del ejército; de improviso, en el fondo de una quebrada, siente llover sobre él una granizada de balas; mira a todas partes, y no divisa al enemigo oculto, ni siquiera ve el humo de sus disparos; la muerte sigue haciendo amplia cosecha de cadáveres, y la columna no puede ni avanzar, ni retroceder, ni contestar.—Es imposible que alguien pueda imaginar cuánto de desesperacion, de cólera sorda, de sublevacion de los nervios y del espíritu, ruje dentro de un médico cuando se encuentra impotente delante de una enfermedad que no puede ni siquiera conocer!

—Esperemos! me dije: por mui discreto que sea este mal, siempre tendrá un momento de flaqueza en que se revele por algun signo cualquiera.

Y me puse a esperar, con la paciencia del tigre que acecha su presa,—o sin metáfora alguna, con la paciencia del médico que acecha el momento en que la enfermedad asome su odiosa cabeza, para cojerla entre sus brazos y ahogarla en ellos con las crispaciones del triunfo y de la venganza.

Todos los dias iba a pasar dos horas al lado de don José; lo exploraba línea por línea, músculo por músculo, y no encontrando nada, me consagraba a observarlo ávidamente, a seguir todos sus movimientos, a espiar algun síntoma que viniese a decirme la palabra tanto tiempo esperada:—“Aquí tienes la enfermedad!”—Oh! cómo me habría arrojado sobre ella! cómo la habría retorcido entre mis brazos

siempre tendidos para cojerla! ¡cómo la habria descuartizado con la inefable voluptuosidad de la ciencia, y con la voluptuosidad humana del hombre que al fin se venga de una ofensa largo tiempo recibida en forzado silencio!

Por desgracia, todas mis observaciones eran estériles, y todas mis esperanzas se quebraban contra el progreso creciente y brutal de aquella enfermedad indescifrable.

El mal, que se habia manifestado al principio con cierta lentitud, cundió al fin con una rapidez desastrosa,—semejante al bandido que se acerca en la noche, lento y silencioso, hácia su víctima, pero que una vez que la ha herido, se apresura a ultimarla a golpes rápidos, urjido por despojarla luego, y huir ántes que lo sorprendan. Al cabo de un mes la metamorfosis de don José era completa. No solo no podia ya discurrir sobre materias que exijiesen algun esfuerzo intelectual, sino que experimentaba pesadas vacilaciones y ásperas dificultades, aun para espresar los pensamientos mas comunes y los deseos mas vulgares.

Un dia, miéntras estaba yo en mi visita habitual, entregado a mi observacion permanente, esperando aquel síntoma revelador que nunca venia, don José volvió la cara hácia mí como para decirme algo. Me miró un rato, durante el cual leia yo en su frente la lucha interna que se trababa en aquel cerebro para dar forma a la idea que acudia lentamente a él. Por fin, con repentino esfuerzo, como el tartamudo que logra modular la palabra en cuya primera sílaba se habia enredado, exclamó:

—Un cigarro!

Me apresuré a pasarle uno. Don José lo tomó, meneó con despecho la cabeza, y en seguida lo arrojó léjos.

—Nó! me dijo.

Y luego juntando por los dedos meñiques las manos abiertas, comenzó a mover los ojos por ellas, como si recorriese líneas imaginarias.

—Un libro? le pregunté.

—No!

—Un diario?

—Eso es! Sí, el diario.

Y al decirlo, don José clavó en mí una mirada que aun no olvido, de profundo dolor, de melancolia inespresable,—y rodó por su mejilla una lágrima silenciosa, que debia

llevar condensada en ella sola mas amargura que cuanta tiene el mar. El enfermo comprendia mejor que nadie su lastimoso estado.

Desde aquel instante tomé mi resolucíon. Me dije que puesto que yo no podia encontrar el jérmen oculto de aquel mal que devoraba implacablemente a mi enfermo, era un deber buscar ojos mas penetrantes que los míos, que supiesen descubrir la guarida del mónstruo invisible, para matarlo ántes de que él matase a su víctima. Recurrí al gran salvador de mis desesperaciones médicas. Aquel mismo dia fuí a ver a mi eminente colega el doctor Bengar,—el único que no se habia equivocado jamás en la larga y variadísima práctica de su carrera prodijiosa.

III.

Apenas hube terminado mi esposicion, el eminente doctor me dijo con aquella seguridad del sabio, que escluye todo aire de presuncion o de jactancia:

—Puedo señalaros desde luego con entera certidumbre cuál es la enfermedad que os trae confundido, y que ha alterado por completo la lucidez de espíritu de vuestro amigo: es una cefalagria.

—Una. . . .

—Enfermedad excesivamente rara; es éste el primer caso que se me presenta. Escuchadme un momento. En 1864 tuve la fortuna de asistir a la famosa conferencia sobre la jeneracion espontánea que mi ilustre maestro M. Pasteur daba en la Sorbona. El omnipotente sabio queria probar que la teoría de la jeneracion espontánea era una quimera y un absurdo; y lo probó como él sabe probarlo todo, con hechos claros, tanjibles, al alcance de cualquiera, que no dejan lugar a la réplica, a la objecion ni a la duda. Despues de una brillante esposicion, M. Pasteur hizo cerrar herméticamente las puertas y ventanas de la sala, y la dejó en la mas profunda oscuridad. En seguida, tirando de un hilo, abrió un pequeño disco preparado sobre una de las ventanas, que daba directamente al sol. Un rayo de luz, nítido y redondo, penetró como un cable de diamante por la abertura, atravesó el salon, y fué a caer

dócil y brillante sobre la mesa del experimentador. Una multitud innumerable de películas de todas clases, de partículas de polvo, de corpúsculos de mil especies flotaban, se revolvían, subían y bajaban en el rayo luminoso.—“Hé aquí, esclamó M. Pasteur, el jérmen de todas las generaciones que se producen en el universo, y que erróneamente se creen generaciones espontáneas. Si tuviésemos tiempo de examinar esos mil pequeños fragmentos, hallaríamos en ellos vibriones, huevos de microbios, corpúsculos organizados, que tan luego como encuentran un medio apto, se desarrollan y multiplican. La putrefacción, la fermentación, ningún fenómeno generador de seres vivos, se produce jamás sino al contacto del aire. Poned el objeto más putrescible o más fermentable en el vacío o en una atmósfera de aire puro, y la descomposición no se verificará jamás.” Una concurrencia escojidísima llenaba la sala: sabios, señoras, poetas, novelistas, todos se estrechaban allí, ávidos de verdad. Alejandro Dumas estaba en la primera fila. Yo me encontraba un poco más atrás, al lado de Victoriano Sardou.—“Qué nuevo elemento para un drama!” oí murmurar a Sardou, por cuya imaginación cruzó sin duda la idea de explotar los microbios en el teatro. Después de esponer su teoría en la Sorbona, y de confirmarla allí mismo con algunas rápidas y magníficas esperiencias, M. Pasteur la dejó establecida de una manera incontrastable con una serie de asombrosos experimentos de laboratorio que hicieron eco en toda la Europa. Desde entonces quedaron definitivamente conquistadas estas dos verdades, de las cuales no es ya posible dudar en el estado actual de la ciencia: 1.^a La generación espontánea es un absurdo; 2.^a La atmósfera lleva en sí los jérmenes de todos los seres organizados que se producen en las generaciones microscópicas de cualquiera especie.—Pero, amigo mío, estoi divagando demasiado.

—Oh! maestro, seguid!

—He creído indispensable deciros lo que acabais de oír, para que os expliqueis con perfecta claridad el mal que consume a vuestro amigo. Con la respiración, el hombre absorbe necesariamente una pequeña cantidad de los desperdicios orgánicos o inorgánicos que están en suspensión en el aire. ¿Dónde se depositan esos corpúsculos? Je-

neralmente quedan detenidos en la humedad de la boca, o prendidos en los películos de la nariz, y son espulsados luego con la mucosidad o con la salivacion. Pero cuando algun defecto de conformacion de la nariz deja penetrar al interior esas briznas, caen a la garganta, a los pulmones, o lo que es mas grave,—y este es el caso de vuestro enfermo,—se acumulan en el cerebro. ¿Comprendeis ahora?

—Es decir que don José tiene el cerebro sucio?

—Exactamente; de ahí que sus ideas salgan turbias, empañadas, trabajosas: se elaboran en un medio que no está apto para producirlas. Dentro de algun tiempo, cuando la cantidad de materias estrañas depositadas en su cerebro sea demasiado considerable, entonces no podrá absolutamente producirlas de ninguna especie. Conservará la palabra, pero no sabrá hacer uso de ella, porque no acertará a establecer la conexion que existe entre la idea y la frase. Conservará su razon, pero ella no le servirá sino para conocer que no le sirve de nada. Es el estado mas desesperante que pueda imaginarse.

—Dios mio! y entonces es imposible combatir esa odiosa enfermedad?

—Al contrario, existe un remedio mui sencillo, porque es el único posible. Es necesario abrirle la bóveda del cráneo, estraerle los sesos, limpiárselos, y volver a colocarlos despues en su sitio.

Miré al doctor Bengar como si se burlara de mí. Si no hubiera sabido que estaba delante de un sabio eminente y serio, habria creido que hablaba con un loco.

—Comprendo, me dijo con grave sonrisa: creéis que os trato en broma; amigo mio, no las uso jamas en el ejercicio de mi profesion. Venid a buscarme mañana, a las dos de la tarde: iremos juntos a ver a vuestro enfermo. Yo os respondo de su curacion y de su salud.

Estas palabras me tranquilizaron: el doctor Bengar no prometia jamas sino aquello que tenia la evidencia de cumplir. Le estreché efusivamente la mano, y me dirigí a casa de don José.

Repetíle mi entrevista con el doctor, las seguridades que me habia dado, y le anuncié su visita para el dia siguiente. Don José me dió las gracias con toda la efusion de su rostro intelijente y angustiado.

—Hasta mañana! le dije despidiéndome.

—Si, bastante frio! me contestó tendiéndome la mano. Estábamos a mediados de Enero.

IV.

Fuí puntual como la muerte a la cita del doctor Bengar. —Mi carruaje está listo, me dijo el ilustre médico; en el camino me hareis una pequeña biografía de vuestro enfermo. No es curiosidad, bien lo comprendéis: necesito conocerlo algo para poder apreciar la estension del mal.

Cojió de su mesa un estuche de cirujia, y subimos a su cupé. Le hice el retrato mas exacto y mas breve que me fué posible de don José, le referí su método de vida, casto y sobrio, en que los vicios no habian tenido entrada; su consagracion al estudio, sus nobles pasiones, la fogosidad de su temperamento; en fin, todo lo que podia establecer las líneas salientes de su carácter y de su inteligencia.

—Es probable, me dijo el doctor, que lo que en don José ha producido una atonia cerebral, en otro individuo entregado a los vicios y a las excitaciones nerviosas, hubiera causado la locura o el idiotismo.

—Y en ese caso, habria sido posible la curacion?

—Exactamente como lo es ahora; los efectos habrian sido diferentes, pero la causa seria la misma: *sublata causa*.

Habíamos llegado. Bajamos del carruaje, y subimos a la pieza de don José. Estaba sentado en un ancho sillón, con su balcon abierto y la vista fija en el espacio. Su rostro no tenia espresion alguna; nada pasaba por su frente, nada se leía en su mirada: se habria dicho que era la cara de un hombre que se hubiera quedado dormido con los ojos abiertos, sin soñar en nada. Me acerqué a él, y le presenté al doctor Bengar.

—Gracias, me dijo, y tendió la mano al doctor.

Nos indicó en seguida asiento. Despues de cambiar algunas palabras conmigo, mi ilustre compañero se dirijió a don José.

—Qué es lo que siente usted? le preguntó.

—Si, algunas veces, replicó el; pero no mui a menudo: hace mas de un año que no voi.

El doctor le hizo tres o cuatro preguntas mas, a las cuales el enfermo contestó con igual incoherencia. Y lo mas curioso, era que despues de cada una de sus respuestas, se veía subirle al rostro una marcada espresion de dolor y de verguenza, que dejaba adivinar claramente que él mismo comprendia mejor que nadie lo desatinado de sus palabras.

—Perfectamente, me dijo el doctor en voz baja; es lo que ya os he dicho: una cefalagria. Podemos operar desde luego. Cloroformadlo.

Hice lo que el doctor me indicaba, y momentos despues don José caía en el sueño inerte de la anestesia.

Me dispuse a presenciar la operacion mas atrevida que hasta entonces habia visto. El doctor Bengar, educado en las universidades de Alemania y Francia, y que habia frecuentado las clínicas mas célebres de ambos paises, poseia a un mismo tiempo la observacion concienzuda y reflexiva de los alemanes, y la audacia enérgica y resuelta de los franceses. Cuando daba su opinion, era porque tenia la seguridad incontrastable de haber encontrado la verdad; cuando indicaba un régimen terapéutico, lo llevaba a cabo sin detenerse en obstáculo alguno. Y como hasta entonces no habia errado nunca ni en sus diagnósticos ni en sus tratamientos, sus opiniones no se discutian jamas, y sus audacias eran siempre respetadas.

El doctor cojió un escalpelo, y de un solo rasgo hendió la frente y todo el perisferio de la cabeza, a la altura de la bóveda del cráneo; la epidermis y las carnosidades superficiales se plegaron lijeramente hácia arriba y abajo, y dejaron descubierto el hueso en toda la estension del círculo trazado por el escalpelo. En seguida, con un serrucho manejado con destreza y rapidez asombrosas, el doctor principió a rebanar el hueso frontal, y cuando apenas habia tenido yo tiempo para darme cuenta de la magnitud de aquella operacion, el doctor levantaba la parte superior del cráneo, y dejaba en descubierto la masa cerebral.

—Acercaos y observad, me dijo pasándome un poderoso lente.

Me puse a recorrer aquella masa, y encontré efectiva-

mente la completa confirmacion de lo que habia dicho el doctor.

Los puntos salientes y en especial las circunvoluciones cerebrales estaban cubiertos de una multitud innumerable de pelculas de polvo que formaban como una nata.

Cuando retiré el lente, el doctor se acercó nuevamente para continuar su operacion. Con dos grandes cucharas de platino, circulares y lijaramente cóncavas, estrajo íntegramente los sesos, dejando la cavidad del cráneo completamente vacía, y los colocó sobre una plancha metálica. Sacó de su estuche una gruesa esponja, la cortó en dimensiones y formas iguales a la materia estraida, la saturó de ácido fénico, la dispuso convenientemente en el lugar que habia ocupado el cerebro, y volvió a cerrar el cráneo.

—Ahora, me dijo el doctor, vuestro amigo tendrá manifestaciones intelectuales enteramente diversas de las que antes ha tenido; apenas habrá en él entendimiento, y su memoria será escasa. Sus ideas serán vulgares, sus pensamientos comunes, sus sentimientos sin profundidad ni delicadeza. Será una mediocridad completa, amenudo menos que una mediocridad, porque dará un aire de solemne gravedad a las necedades que diga. Va a funcionar en él la esponja: tendrá todo lo que hai de insustancial y vacio en ella.

—Y durará mucho la limpia del cerebro?

—Es una operacion fácil, pero que exige mucha paciencia y mucho tiempo; hai que trabajar en medio de un aire completamente puro; si lavásemos la masa, podria sufrir considerablemente: hai que extraer directamente todos los fragmentos estraños que contiene, por medio de instrumentos especiales. Trabajando en eso dos horas diarias, no podrá quedar todo terminado ántes de cinco o seis meses.

—Me permitís que vaya a veros algunas veces?

—Todos los días, si quereis; hareis bien en ver esta parte de la operacion, por si alguna vez se os presenta otro caso de la misma especie.—Sin embargo, agregó el doctor moviendo la cabeza, temo que vamos a trabajar inútilmente.

—Cómo! dudais acaso del resultado de la operacion?

—Sois incorregible, me dijo el doctor con impaciencia; puesto que os he respondido de la curacion y de la salud

del enfermo, qué mas quereis? De otra cosa es de lo que dudo; ya lo sabreis mas tarde, y entónces me encontrareis razon.

—Hasta mañana, doctor, le dije escusándome de mi impertinente sospecha.

—Tomad, agregó él antes de retirarse: colocad esta cinta en toda la estension de la cicatriz. Mañana la despegareis, y no quedará señal alguna en la frente ni en la cabeza.

Y me pasó una tira de papel preparada especialmente por él.

Pocos minutos despues que el doctor habia salido, don José volvió de su sopor. Media hora mas tarde, tenia la cabeza completamente despejada, y me pedia pormenores de la operacion. Se la referí detalladamente. Tocóse el cráneo, movió la cabeza a uno y otro lado, hizo jirar el cuello, se paseó y volvió a sentarse, como asombrado de encontrarse tan perfectamente bien. No sentia que le faltase nada. Se avenia perfectamente con su esponja.

—Y cuánto tiempo demorarán en limpiar aquello?

—Seis meses.

—Vea usted! medio año cabal.

Ese fué todo el comentario que don José hizo de la operacion que acababa de sufrir y de la ciencia del operador. No se le ocurió nada sobre la estraña situacion de un hombre que no tiene su cerebro; no averiguó si aquello tendria buen éxito hasta el fin;—la única observacion que le inspiró su estado escepcional, fué que seis meses eran medio año cabal.—La esponja principiaba a funcionar.

V.

Al principio seguí viendo todos los dias a don José, pero al fin mis visitas se hicieron menos frecuentes. Mi hombre se habia vuelto vulgar y vano. Perdió todas sus nobles y austeras cualidades de otro tiempo, cambiándolas por defectos: se hizo presuntuoso, egoista, calculador, ambicioso y cortesano. Hablaba vulgaridades, y sentia lo mismo. Desde que llevaba una esponja en el cráneo, no habia salido de sus labios una sola frase de ingenio o de novedad.

Sin embargo, envolvía todas sus necesidades en un aire de solemnidad que las hacía más pesadas para las personas inteligentes, pero que no dejaría de darles cierta importancia ante los espíritus vanos y áridos como el suyo.

—He sido hasta aquí un pobre hombre, me dijo una ocasión. Poseo una regular fortuna que me permite figurar en mi país. No todos los que ocupan los altos puestos públicos valen más que yo. Voy a mezclarme en los grandes movimientos de opinión y de ideas. Pero ante todo, necesito regularizar mi posición social.

Pocos días después, don José me participaba su próximo matrimonio.

Se casó con una viuda joven hermosa,—y con doscientos cincuenta mil pesos.

—Un cuarto justo de millón, observó don José, como en otro tiempo había notado que seis meses equivalían a medio año preciso.

Nunca le oí expresar otra impresión sobre su matrimonio, a no ser una vez que me dijo con majestuosa gravedad:

—Me he casado, amigo mío, porque ese es un estado natural de la creatura: no debemos olvidar que el matrimonio es la unión del hombre y de la mujer para la procreación de la especie.

En conformidad a sus propósitos, se lanzó a la cosa pública y surgió rápidamente. Tuvo el gran tino de hacerse admirador del gobierno, y el gobierno se encargó de remontarlo en sus potentes alas.

Al acercarse el mes de marzo, sintió la necesidad de ser diputado, y sin duda el Estado sintió también vivamente esa necesidad, a juzgar por las barbaridades de todo género que se cometieron para dar a don José la representación de un departamento que no lo conocía ni de nombre, y al cual no conocía él ni de vista.

Era concurrente asiduo a la tertulia política más en voga entonces, y de la cual salían todos los consejos y todas las resoluciones oficiales. En ella se formó una reputación colosal. Hacía allí una figura prominente, ya porque raras veces emitía una opinión, limitándose a plegarse al parecer de los más influyentes y poderosos, ya porque cuando solía hablar, decía alguna de aquellas verdades que no admitían discusión.—Muchos proyectos liberales en perspectiva

murieron antes de nacer, despues que don José emitia por ejemplo, este juicio:

—Soy amigo sincero de la libertad; pero diviso ciertos peligros en las inundaciones de libertad popular. Debemos ser mas circunspectos: la libertad termina allí donde principia la licencia.

Era para todos evidente que don José estaba llamado a ser ministro del Despacho, cuando le oian decir, con la seguridad de un hombre que ha meditado profundamente sobre la situacion de su pais:

—La administracion está cumpliendo lealmente nuestro programa; creo que merece toda nuestra proteccion.

Se le señalaba particularmente para la cartera de hacienda, desde una vez en que discutiéndose algunos arduos problemas financieros, se le pidió su opinion.

—Me parece, observó don José, que divagamos algo: habríamos dado un gran paso, si consiguiéramos aumentar las entradas públicas, y disminuir en algunos millones el presupuesto de gastos.

Su reputacion de hábil hacendista quedó definitivamente consagrada en una ruidosa reunion de notables celebrada en la propia casa del Presidente de la República. El gobierno estaba perturbado con los complicados asuntos del guano,—abono que posee la doble propiedad de fecundar los campos y esterilizar a las naciones. Se habia celebrado un contrato, aun no definitivamente concluido, para la venta de una cantidad de guano. Una parte de la opinion pública estaba alarmada y combatia enérgicamente las bases de esa negociacion, que estimaba ruinoso para el pais. El gobierno resolvió buscar consejo y prestigio entre los mas escojidos de sus amigos. Senadores, diputados, banqueros, grandes comerciantes, la flor oficial de los hombres públicos y de los agentes de negocios se habian reunido allí. Don José concurrió puntualmente a la hora de la cita, con toda su vulgaridad grave y majestuosa.

Se discurió largamente, y al fin todos quedaron de acuerdo, y aprobaron la conducta gubernativa: para eso habian sido convocados. Pero antes de dar por terminado el objeto de la reunion, S. E. se dirijió personalmente a don José.

—Aun no hemos tenido el gusto de oir su opinion, le

dijo: podríamos saber lo que usted piensa en este asunto?

—Señor, contestó don José con aire de ciencia profunda y sencilla: mi opinion es simplemente un hecho; en materias de hacienda me fijo siempre en los hechos. Pues bien, segun el contrato terminado o en proyecto, el Estado obtendrá dos libras esterlinas por tonelada de guano; me parece que seria preferible buscar la manera de que la utilidad fiscal se elevase a tres libras y media por tonelada.

Esta opinion, netamente manifestada, hizo vacilar a muchos que habian aplaudido sin reserva la operacion oficial. Algunos llegaron a ver en ella una censura directa a la administracion, y admiraron la independencia de carácter de don José. El mismo Presidente se alarmó un poco, y al despedirse de él, estrechándole afectuosamente la mano, le dijo para calmarlo:

—Por fin tendremos este año el placer de verlo a usted en la cámara.

—Señor, observó don José, pensando sin duda en su enfermedad cerebral; nadie puede responder del porvenir!

Respuesta que se prestó a nuevos comentarios sobre la altiva independencia de don José.

Al dia siguiente, los diarios se encargaron de formarle densa atmósfera de popularidad. Dando cuenta de la reunion, decian que don José habia dejado oír en ella la voz de la ciencia y de la verdad, condenando en un magnifico discurso la pésima direccion de los negocios del Estado, la malversacion de los caudales públicos, y las especulaciones ruinosas en que se habia embarcado la administracion. Agregaban que el Presidente de la República se habia acercado a don José para procurar atraérselo, y que habia querido arrancarle con halagos la promesa de apoyar al Gobierno en el Congreso.

—Señor, habia contestado don José, miéntras el Gobierno marche por el camino de la honradez y de la lei, estaré con él; pero cuando se aparte de la línea recta, no será culpa mia si nos encontramos mui distantes.

Don José se guardó mui bien de rectificar a los diarios; pero aquel mismo dia fué a la Moneda, para indignarse con el Presidente y los ministros de las falsedades sin nombre que propalan los papeles públicos, siempre mal informados.

VI.

Don José subía, subía siempre,—en virtud de la lei del vacío, que es la gran lei de la política.

Era ya consejero de Estado, miembro de las comisiones públicas mas importantes, presidente de diversas sociedades y director inevitable de todas las grandes reuniones.

Sus éxitos de salon eran tan considerables como sus triunfos políticos. Emitía juicios decisivos sobre música, sobre literatura, sobre artes, con una seguridad y un lacinismo que eran garantía de sus conocimientos. Desde que vivía con su esponja, no había abierto un libro; todas sus lecturas se reducían al diario de la mañana.—Se le preguntó un día si había leído el libro recién publicado de un autor distinguido.

—Leo todo lo que se publica, replicó gravemente don José.

—Y qué juicio le ha merecido?

—Estimo que se han publicáo algunos libros mejores en este país.

No había nada que observar a ese fallo: él revelaba no solo el conocimiento perfecto de la literatura contemporánea, sino un profundo estudio de la literatura antigua.

Las cámaras se habían abierto. Los que esperaban oír a don José sufrieron un considerable desengaño. Don José se declaró desde el primer momento enemigo decidido de las palabras y partidario convencido de las obras. Para él, “las obras” eran naturalmente las votaciones. Nadie lo aventajaba en resolución para modular un *sí* o para rujir un *no*. Tenía, empero, dos caballos parlamentarios que montaba con frecuencia. El primero, formular indicación para pedir votación nominal: era el modo mas fácil que había encontrado de hacer que su nombre figurase en la redacción de sesiones. El segundo, era interrumpir al orador con esta frase invariable:—“Rogaría al señor diputado que se sirviera repetir sus últimos conceptos; no he tenido la fortuna de oír bien a su señoría.” Con eso probaba la profunda atención con que seguía todas las discusiones, y la conciencia con que quería formar su juicio: lo que no impedía que su voto estuviese resuelto de antemano, sin

oir al orador, como despues de tener la fortuna de oirlo claramente.

Don José no reía nunca; a pocas cosas y raras veces hacia el honor de una sonrisa. Todo lo encontraba un poco ligero, un poco impremeditado. Gustaba prodigar advertencias y distribuir consejos. Se daba una importancia que a fuerza de ser solemne y perpétua, concluía por imponerse a los demas. No es otro el secreto de muchas grandes reputaciones: hai que aceptarlas tales como las sirve al público la cándida buena fé de los que las forman, porque si fuesen analizadas, asombrarian con su nulidad.

Los cándidos se parecen a Dios en que sacan hombres de la nada.

Don José no llevó jamas una idea ni un rayo de luz a las discusiones. Pero solia encarnizarse con vigor en los pequeños incidentes reglamentarios: llegada la hora, pedia inmediatamente que se levantase la sesion; no queria que se sentasen precedentes peligrosos. Cuando un diputado solicitaba preferencia para algun proyecto de urgente importancia, don José reclamaba con firmeza el órden de la tabla. No soportaba jamas que se eximiese a cosa alguna del trámite de comision, sobretodo cuando el asunto correspondia a la de que él formaba parte: era precisamente en el seno de las comisiones donde podia desquitarse de su mutismo en la cámara, y los informes le presentaban la oportunidad de colocar su firma en documentos públicos.

En resúmen: vulgar, solemne, vacío, estirado, completamente redondo y completamente posesionado de sí mismo, don José era el tipo perfecto del—*hombre grave*.

VII.

Habian trascurrido seis meses y la tarea del doctor Bengar llegaba a su término.

Yo habia seguido paso a paso la operacion, y no pude sorprenderme cuando un dia me dijo el doctor:

—Podeis anunciar a don José que su cerebro está ya completamente limpio, y listo para ser colocado. Prevenidlo, y venid a buscarme mañana. En vez de ir directamente a su casa, prefiero esperaros aquí; es posible que me ahorréis una visita incómoda e inútil.

Aunque no comprendí bien las últimas palabras del doctor me apresuré a cumplir sus indicaciones.

Me dirijí a casa de don José, donde hacia tiempo que no entraba. Me recibió con cierto aire de proteccion, que acostumbraba gastar con todos, y mui particularmente con los que iban a solicitar su poderosa influencia para conseguir algun empleo público.

—Oh! querido doctor, exclamó, parece que os habíais olvidado de que en esta casa teneis un buen amigo.

—Temo quitaros vuestro tiempo; os veo siempre tan ocupado, que juzgo una impertinencia distraeros de vuestras graves atenciones.

—Efectivamente, la política, la cámara, los negocios de Estado, todo eso quita el tiempo a manos llenas; no se sirve al pais con buena voluntad solamente; sinembargo, siempre hai tiempo para estrechar la mano de un viejo amigo. Y a qué fortuna debo el placer de veros?

—Os traigo una buena noticia, don José: desde mañana cesará vuestra situacion anómala.

—Cómo! exclamó con cierta impaciencia don José, creyendo sin duda que hablaba yo de alguno de sus actos políticos: qué es eso de situacion anómala? Mi situacion amigo mio, no ha sido jamas anómala.

—No me habeis comprendido; quiero deciros que el doctor Bengar me ha encargado comunicaros que vuestro cerebro está completamente limpio, y que mañana vendrá a colocároslo.

Un golpe inesperado y cruel no habria hecho peor efecto en don José; una espesa nube pasó por su frente, y quedó largo rato silencioso. Me sentí confundido ante aquella estraña impresion producida por una noticia que yo habia creido que lo llenaría de júbilo.—Por fin, meneando lentamente la cabeza, me dijo:

—¿Quereis hacerme un verdadero servicio? Rogad al doctor Bengar que me envíe la cuenta de su trabajo, y no hablemos mas de eso.

—Cómo! exclamé con despecho y con asombro.

—Sí, no estoi dispuesto a soportar de nuevo aquella dolorosa operacion. Podria matarme.

—Pero, señor! si no habeis sufrido dolor alguno la primera vez, y menos lo sentireis ahora. Por lo demas, el doc-

tor Bengar y yo os respondemos de que la operacion no tendrá ningun resultado peligroso para vuestra salud.

—Oidme, doctor, me dijo don José despues de un nuevo rato de silencio; voi a ser sincero con vos, y os suplico que no insistais. Vais a devolverme mi cerebro, es decir, mis antiguas creencias, mis ideas, mi intelijencia, mi espíritu, todo lo que juzgais las cualidades nobles y hermosas del hombre. Pues bien, para qué me servirán esas grandes y hermosas perfecciones? Qué fui mientras las tuve? Un pobre desconocido, un gran desdeñado, un Dante maldito, condenado apesar suyo a mirar y pasar en silencio. Muchas veces quise luchar por el bien, poner al servicio de una idea el vigor de mi voluntad y de mi entendimiento; pero no encontré acojida ni en los hombres ni en los partidos. Vivía perpétuamente en la lucha silenciosa, que es punzante, y en el desengaño, que es amargo. Me engrandecía a solas, dentro de mí mismo, con una grandeza impotente y estéril que solo me servía para conocer que era un pequeño y un miserable. ¿Creeis honradamente que esa vida del cerebro tiene muchos atractivos, y que vale la pena de abrirse por ella el cráneo?—Ved ahora mi vida de esponja: desde que la llevo, soi un aplaudido, un triunfador; me presento y venzo. No hai honor que me esté reservado, no hai altura que me sea inaccesible. Me basta querer para poder. Se me busca, se me solicita, se me halaga, siento que soi alguien. Mi voluntad inclina, mi consejo arrastra, mi opinion decide. Me he elevado tan rápidamente, que no he tenido ni siquiera el tiempo necesario para darme cuenta de mi elevacion. Solo sé que soi un afortunado y un omnipotente. Ideas? me perderían. Ilustracion? no la necesito. Criterio? encargo a otros que lo tengan por mí. Ellos se revuelven y trabajan, yo juzgo y descanso en la altura. Para mirarme, levantan la cabeza hácia arriba; para mirar, bajo los ojos hácia la tierra. Y este impulso de elevacion y de grandeza que me lanza, no cesará mientras los hombres prefieran una esponja a un cerebro. Decidme de nuevo, ¿creeis sinceramente que puedo resignarme a cambiar este presente por aquel pasado? Deseo mucho serviros; pero mi amor a la ciencia médica, mi deseo de hacer que el doctor Bengar y vos obtengais un gran triunfo terapéutico y quirúrgico, no llega hasta ese límite de abnegacion.—Doctor, dejadme con mi esponja!

Quedé confundido, anonadado; todos mis instintos jenerosos, mis músculos y mis sentimientos, se sublevaron ante aquella lójica de egoismo: pero no encontré nada que replicar, porque en el fondo todo era verdadero. Cojí mi sombrero y saludé.

—Doctor, me dijo don José al despedirse, no olvidéis que soi vuestro amigo cordial, y que puedo y deseo servirlos.

—Adios, gracias! contesté mecánicamente, mientras cruzaba mi imaginacion el propósito de mendigar por la calle antes que pedir un servicio a ese hombre grave.

Llegué quebrado y nervioso a casa del doctor Bengar.

—Todo está perdido! exclamé dejándome caer sobre una silla.

—Don José se resiste a recibir su cerebro, no es eso? Lo sabia.

Y el doctor se sonrió con una sonrisa tan especial, que me hizo verlo mas grande y mas sabio que nunca.

—Hace tiempo, continuó, cuando estrajimos el cerebro de don José, os manifesté que temia no fuésemos a consagrarnos a un trabajo inútil; ayer os dije que preferia esperaros aquí por temor de salir en vano. Era que adivinaba lo que iba a pasar. Amigo mio, el cerebro y el corazon son las cargas mas pesadas del ser humano; ¿cómo podemos exigir que las acepten voluntariamente de nuevo, aquellos que una vez han logrado deshacerse de alguna de ellas? Llegará talvez un día en que la cirujia consiga sustituir el corazon del hombre por una esponja o por una esfera de goma; entonces no habrá nadie que quiera guardar ese noble y doloroso músculo. Disculpemos a don José. Astolfo fué un día a la luna en busca de su razon: don José no ha de venir aquí a buscar su cerebro. Guardémoslo como una esperiencia curiosa, y como una gran leccion de filosofia.

Hablamos todavia largo rato: el doctor quedó sereno y tranquilo como siempre; yo me retiré trastornado y colérico.

Don José sigue subiendo, sube siempre, cada vez mas grave.

Actualmente, es candidato a la presidencia de la República para el próximo período constitucional.

Julio.—85.

JACOBO EDEN.

¡QUIEN SABE!

EN EL ALBUN DE LA SEÑORITA M. M. F. B.

Es la primera página, y ¡quién sabe
Si también de un poema el primer canto!
Que ese poema el corazón lo acabe
Sin que anuble tus ojos nunca el llanto.
Y rómpase mi pluma si algún día
Lo que he escrito en este álbum va a borrarse;
Y agótese en las cuerdas la armonía
Si nunca ese poema ha de cantarse.

FERMIN SOLAR AVARIA.

4 de agosto de 1885.



UNA ESCURSION A TRAVES DE LA INMORTALIDAD

O SÉA, ALGUNOS DE LOS GRANDES HOMBRES Y DE LOS
HOMBRES CHICOS DE MI TIEMPO.

ARTÍCULO I.

(A la señorita Maria Luisa Manterola Goyenechea.)

EN AMÉRICA.

“Les pays sont ses grands hommes.—(Lamartine.)

I.

No sabemos hasta qué término pueda ser cierto para los demas el apotegima de Lamartine, segun el cual “los países no son sino sus grandes hombres,” sentencia que el gran poeta del siglo (superior en el lirismo a Byron y a Victor Hugo) hubo de pagar con la vida en un duelo, cuando, como el Dante, declaró en Florencia que el último de los romanos habia sido Rienzi, tribuno del pueblo, como Mazaniello en Nápoles.

Pero respecto de nosotros, que aprendimos de memoria en la primera juventud ese dicho verdadero, porque es sublime, hémoslo reconocido como guia en nuestras conti-

nuas peregrinaciones por el ancho mundo y en nuestra propia casa, que es comparativamente estrecha y de suya chica.

Y tan cierta y tan fija es esa lei de la inmortalidad en el espíritu humano, que lo que mas profundamente y mas de prisa interesa al viajero en las grandes ciudades antiguas o modernas, no es el desfile de sus grandiosos monumentos, sino las severas estatuas de sus hombres ilustres, sus moradas, las calles mismas donde, en la ciudad o en el campo, habitaron o nacieron. ¿Quién no ha visitado, por ejemplo, la casa de Miguel Anjel en Florencia? ¿O la residencia favorita de Voltaire en Ferney, a orillas del lago de Jinebra? ¿O el pequeño hotel parisiense en que, siendo jóven, vivió Napleon I, en la calle de las Victorias, de Paris? ¿O la concha de galápago que sirvió de cuna a Enrique IV, en el castillo bearnés de Pau? O el severo sarcófago de Washington a orillas del Potomac? Las tumbas mismas devuelven así la vida de la inmortalidad a los grandes seres que, convertidos en deleznable cenizas, ahora las ocupan, siendo por esto hoi materia de nacional y merecida controversia en el nuevo mundo el pedazo de plomo que se dice contiene, dentro de un muro de la catedral de Santo Domingo, el polvo humano de Cristóbal Colon, su descubridor.

¿La humilde mansion de Arturo Prat en Santiago no es ya, por ventura, escuela, es decir, pórtico, para ser mañana santuario?

II.

No fuimos nosotros llamados a la vida, en un rincon remoto de este mismo mundo que comienza a orillas de la Atlántida de Platon, en dias en que nos hubiera sido dable reconocer a su paso en el perenne desfile de la inmortalidad a muchos de los alto espíritus con quienes el hecho grande y memorable de la independenciam nos habia puesto desde el primer albor de la existencia en misterioso contacto de amor y de veneracion. O'Higgins habia muerto oscurecido, casi disfigurado, en Lima; San Martín desapareció en Bolonia como una sombra en la víspera del tiempo

en que llegábamos a su propia mansion a interrogarlo; los Carreras fueron estraidos del sitio maldito de su suplicio antes de nuestros póstumos careos; Manuel Rodriguez no yacia ya con su pecho agujereado por alevés, balas en el rústico cementerio de Tiltit; si bien a todos nos fué dado, en dias de jeneroso esfuerzo, levantar en el libro o en el mármol algun tributo de admiracion profunda por lo fama de esos grandes hombres, columna de fuego que guia en loalto las inciertas modernas edades. Quedaba así confirmada la creencia sagrada de la niñez y de la edad madura, esto es, antes de los innatos entusiasmos del alma, y despues, mucho despues, de sus irremediables desengaños.

Las peregrinaciones antiguas de los creyentes al santo sepulcro, que en un tiempo armaron la Europa entera por el rescate de su tumba, no nos ha parecido por esto menos dignas de respeto que las cruzadas del alfanje al sepulcro de su profeta; y nosotros mismos nos sentimos hoi orgullosos de poder ser enumerados entre los hijos de esta estrechidad de los Andes, cuya cúspide central es el Chimborazo, que hayan ido a ponerse de rodillas en el pavimento de la humilde alcoba, en la cual, junto al mar Caribe, exhaló Bolívar su último suspiro en San Pedro Alejandrino.

III.

No fué por esto sin un indeleble sentimiento de veneracion que nosotros en nuestro propio hogar reconocimos el severo perfil del ilustre jeneral Zenteno, ya anciano, enfermo y casi trémulo en sus pasos, presidiendo, a la luz de candiles de sebo, la cámara de diputados en 1845-45; y así mismo sentíamos embargado de respeto el ánimo infantil cuando cada tarde veíamos atravesar por nuestro barrio, cercano a los tajamares, las venerables figuras de los jenerales Lastra y Calderon o la del majistrado Echervers, tres hombres esencialmente buenos, es decir, ilustres, porque fueron esencialmente probos y pobres.

Análoga emocion apoderábase de nuestro pecho cuando, entrados ya en las entusiasta pubertad, nos encaminábamos a un rincon de la Chimba a oír de boca del noble y

fiel coronel Vidá, ministro de la guerra a la sazón, la lastimosa historia de los Carreras, de quiénes él fuera abnegado compañero en el destierro; o cuando, sentados en el mismo humilde sofá de junquillo al lado del jeneral Las Heras, jeneral de tres repúblicas, sentámonos magnetizados por la mirada de fuego del grau soldado, al narrarnos las hazañas de San Martín y de sus lugar tenientes en Maipo y Chacabuco; o cuando, por último, con el derecho que da la induljencia a la juventud y al parentesco, escuchábamos en las tranquilas noches del invierno, al derredor del paterno bracero, la relación de las proezas heróicas del jeneral Freire, contadas por él mismo con la naturalidad del alma y la indecible modestia de los verdaderos héroes; o todavía cuando, acojidos cada domingo a una hora fija (las cuatro de la tarde), en su solitario estudio y con inacabable benevolencia, éramos recibidos, hace 20 años, para escuchar los últimos consejos y los últimos estímulos del venerable Bello, de cuyos hijos habíamos sido discípulos.

IV.

Es así mismo grato para nuestra remota y desasosegada niñez el recuerdo de haber visto entre las toscas prensas del VALDIVIANO FEDERAL, en la calle del Estado, envuelto en su ya envejecida capa de tribuno popular, al insigne Infante en el último año de su vida, o el haber contemplado con su traje peculiarísimo, afirmado a un pilar de sus corredores en la calle de la Catedral, al filántrofo don Domingo Eyzaguirre, hombre santo que hoy tiene por altar una estatua: o cuando, en remota niñez, solicitábamos y obteníamos el auxilio de un venerable prelado de la iglesia chilena, amado y querido de los niños como Cristo, que posee hoy también la inmortalidad del mármol, para encumbrar nuestros volantines en los amplios patios de su casa de ejercicios, en cuyo huerto más de una vez le encontramos orando de rodillas como a los patriarcas de la lei antigua.

V.

A todos esos hombres verdaderamente grandes conocí en mi patria, en medio de innumerables y pretenciosas

mediocridades que el falso prisma del éxito pasajero o del silencio estudioso y taimado coronaba de falsos relumbros, que la fosa niveladora no ha tardado en extinguir.

Pero no es ni de aquellos que fueron pocos, ni de los últimos, tan numerosos tal vez como las arenas de la playa en que escribimos, no es nuestro propósito por hoy hacer mención en esta página de memorias porque ella seria demasiado estrecha, o trocaríase en tarea inútil duplicarla, despues de lo que otros por su fama han hecho, sino de los hombres verdaderamente célebres en el mundo, que en lejanos climas nos ha cabido en suerte encontrar en nuestro sendero o divisar siquiera en lontananza, como lampos.

Hácese así mas leve y tal vez mas amena nuestra empresa, libre de controversias y de émulos, y es eso lo que pondremos por obra, sin agregar paises, ni condiciones, ni siquiera fechas, en un espacio de cerca de cuarenta años, que es mas o menos la duracion cabal de nuestra facultad de recordar con los ojos y con el alma.

VI.

En California, primera tierra forastera que nos fué dado pisar en prematuro destierro (porque despues, a su tiempo, vinieron muchos otros), no conocimos ni oimos hablar sino de enjambres de seres pequeños, encorvados en el rehusco y el afán del oro, siendo el hombre de mayor talla que personalmente conocimos un tal Martinez, que habia sido cocinero de una opulenta familia de Santiago, y que a este título nos dió de comer en San Francisco. Mas tarde volvimos a hallarle casi millonario en Nueva York, donde se habia hecho propietario del famoso hotel y café de la Casa Dorada (*Maison Dorée*).

VII.

En Méjico, que atravesamos de banda a banda, de Aca-pulco a Vera-Cruz, montados en recia mula y con el fusil

a la espalda en el espacio de cerca de doscientas leguas, la misma escasez, la misma esterilidad. Imperaba entonces en aquel país, tan desdichado como hermoso, un caudillo indíjena, el jeneral Alvarez, llamado el "el tigre del sur," del cual Comonfort, mediocre empleado de la aduana de Acapulco en aquel tiempo, sería su teniente y favorito. Juarez era todavía un abogado oscuro. Miramon mandaba una compañía; al paso que Santa Ana, con su pierna quebrada, hallábase asilado en su casa amarilla, como su alma y como la fiebre, en bahía de la isla de Santo Tomás. En realidad, de todos los hombres conspicuos que dieron mas tarde celebridad y luto a aquella tierra, solo conocí algo despues al desdichado Maximiliano, a quien, siendo simple archiduque de Austria, ví un domingo en el paseo de Milan manejando airosamente un elegante *brequé* a cuatro caballos, en medio de las saluciones de sus súbditos que él correspondia jentilmente sin soltar las riendas de sus briosos corceles. Un arte gimnástico que es tan indispensable a los príncipes como a los soldados la marcha, es el arte de saludar.

VIII.

Pasé así desconocido por entre desconocidos por las tierras calientes y la alta meseta de Méjico. Pero nó. En la ciudad mediterránea de Tepecuacuilco saludamos de paso a una chilena, una señorita Sanchez, de Valparaíso, que en aquel páramo tropical parecia reflejar en el límpido verde de sus ojos los campos de la amada, ausente, pero no olvidada patria. ¿Ha habido por ventura algun chileno que haya olvidado a Chile?

Algo mas tarde un marinero chileno, que por picado de peste (esta marca casi universal de la imprevision de nuestras leyes) y por el—"¡patron!" del saludo cantaba su nacionalidad, llevónos en su bote al castillo de San Juan de Ulúa. Este mismo paisano, que pertenece en esta revista a la serie de los hombres que siendo oscuros no son chicos, contónos que en la boca del Mississippi existian otros dos chilenos, marineros, como el almirante Monroy, de Cochrane y de Grecia, que se ocupaban de estos al parecer

incoherentes ejercicios: el uno de pescar ostras y el otro de cultivar camotes.

IX

Sucedió de esta manera que solo en Boston, esta Atenas del norte, segun llámanla sus propios hijos, saludamos el primer hombre que ha sido proclamado universalmente grande por sus talentos y por sus desdichas, a Guillermo H. Prescott, el historiador de Isabel la Católica y de Felipe II, de Hernan Cortes y de Francisco Pizarro.

Mr. Prescott, por un accidente del colejo, era ciego o casi ciego, como Gambetta, desde su niñez; pero a fuerza de perseverancia habia logrado, como Agustin Tierry, que sufrió igualmente largos años esa cruel enfermedad, escribir una serie de admirables libros que hoy se leen en todos los idiomas conocidos. En su aspecto exterior, nada traicionaba su afliccion, y al contrario, era Prescott, hombre bellísimo, alto, de rostro plácido y hermoso, afable en su trato y vestido con suma elegancia, a estilo de *gentleman* ingles, y aunque frizaba entonces en los sesenta años, mostrábase todavia airoso y caballeresco en su porte y en sus maneras. Le visité en dos ocasiones en abril de 1853, y su cortesía conmigo, sin mas título que ser americano del sur en el gabinete de trabajo de un hombre del norte, llegó al punto de escribir en mi presencia algunos pensamientos con el aparato que le servia para suplir el uso de la vista, cuyo curioso manuscrito conservo todavia (no obstante continuas y villanas depredaciones) con orgullo. Deberé agregar aquí que don Andres Bello manifestaba por Prescott una admiracion profunda y talvez escepcional?

Trabé así mismo un dia en Boston conversacion de visita con un hombre que tenia fama de grande, tan solo porque era chiquito, Teodoro Parker, un sectario, es decir, un ciego de alma, como Prescott éralo de la vista, que habia escrito unos cuantos volúmenes místicos de controversia teológica que nadie leia. Era calvo, meticuloso, mui pequeño de cuerpo, y por lo que preguntó de mi tierra, mostróse profundamente ignorante. Habia leido tal vez a Ercilla o a Molina, traducido por Alsop al ingles, y no pude

persuadirlo, como monseñor Eyzsaguirre al obispo de Siena en Toscana, de que yo no era araucano como Galvarino, Colipí o Catrileo, sino chileno como los hai de a ciento en carga . . . El teólogo Parker me pareció, por consiguiente, el primer grande hombre chico que encontré en mi juventud. El célebre sabio bostonense, me miraba a cada momento de reojo a travez de sus gafas para divisarme talvez las indígenas plumas, como el obispo italiano al clérigo chileno ya nombrado al poner visto bueno a sus dimisorias . .

X

Llamado por la carrera en que me ensayaba, (que no era la teología), a conocer y a tratar hombres de letras o simplemente hombres de prensa, visité en los talleres de su imprenta (*La Tribuna* de Nueva York) al célebre Horacio Greeley, que habia sido cajista, y obtuvo, algo mas tarde, varios millones de sufragios para presidente de la Union. Era entonces Mr. Greeley un hombre de 42 años, de rostro sumamente dulce, un tanto trabajado por las fatigas de las luchas que la pobreza impone a los que en sus propios zapatos viajan y suben; y aunque en aquella época era ya millonario, vestia como simple artesano, cubriendo su anticipada calvicie con un enorme sombrero de paja de la India. En el momento de presentarle un billete de introduccion se halaba frente a uua caja de tipos, esto es, junto a un *burro*, con un componedor de fierro en la mano, formando su galera como el último aprendiz de su imprenta, y aunque su traje de obrero le habria hecho parecer a cualquiera un pobre diablo, casi un mendigo, convidóme a pasar el próximo domingo en su mansion de campo, que era un palacio, así como el del famoso dueño del no menos famoso diario *El New York Herald*, Mr. James Bennet.

XI.

Era éste último un anciano de cerca de 70 años en 1866, tipo escoses, seco y árido, pero con un aspecto de simplicidad

en su trato y costumbres que le hacia atrayente. Tenia este hombre astuto, que llegó a Estados Unidos a pié descalzo, como el archimillonario Alejandro Stewart, tres palacios y otros tantos millones en oro: Su imprenta era un palacio, su casa en la Quinta Avenida otro palacio y su quinta en Fort-Washington, a dos leguas de la ciudad, rio Hudson arriba, otro rústico palacio. En esas tres rejias moradas ofreciéonos cordial y casi jenerosa hospitalidad, poniendo desinteresadamente su poderoso diario al servicio de Chile, sin exigir la menor retribucion. Sn mujer, que era escritora, y fumaba cigarrillos, se contentaba con algunos ramos de flores entrelazados con atados de cigarros simulando camelias, trabajados por las expertas manos de las floristas norte-americanas, que en este arte hacen cosas verdaderamente primorosas. El único hijo de ambos, el hoi opulentísimo y simpático James Gordon Bennett, que viaja a Europa en sus propios vapores y ha tendido un cable a traves del Atlántico para su propio uso, era en aquel tiempo un muchacho nu tanto rudo, pero franco, varonil, resuelto, dejando ya entrever muchas de las levantadas cualidades que hoi le han hecho popular. El dia que pasé en su quinta de campo, Mr. Bennett, padre, se entretuvo todo el dia en jugar con un loro de Sumatra. Era domingo. Al siguiente dia y toda la semana y todo el año, lo ví entretenerse en la ciudad con otro loro, es decir, con su diario.

XII.

Conocí tambien en Boston al célebre filósofo y pensador Emerson, que nos hizo el honor de una espontánea y cortés visita en el hotel Tremont, donde nos hallábamos hospedados en el verano de 1866 junto con mi antiguo y querido amigo Maximiano Errázuriz. Era Mr. Emerson, como Prescott, un hombre de sesenta años, alto, pálido, delgado, de fisonomía tranquila y tenia un aire un tanto distraido, aire de filósofo. Parecia hombre de pocas palabras, un tanto "fríon," y en el conjunto de su persona el ilustre autor de los *Hombres representativos* (segun el cual cada hombre encarna una época) ofrecia una notable semejanza

física con el publicista colombiano don Florentino Gonzalez, que por el año 1860 fué nuestro huésped en Chile.

XIII.

Otro hombre altamente reputado en Boston era por esos años Mr. Andrews, gobernador del estado (Massachussetts) a que aquella noble e intelectual ciudad sirve de capital y casi de santuario. Era "governor Andrews" (que en Estados Unidos cada cual que ha tenido oficio conócese solo por su título oficial y los demas por el alfabeto interminable de las iniciales de sus nombres), era, decíamos, el gobernador de Massachussetts durante la guerra de la gran rebelion, un hombre exesivamente chico, blanco y gordito, con una bonita cabeza rizada y un rostro blando de facciones, tan delicadas que con cualquier disfraz lo habrían tomado por mujer. Pero durante la terrible lucha reveló una formidable enerjia, y lo que era harto mas difícil y mas raro, una inquebrantable integridad. Mostróse mui adicto a Chile, y murió poco después, para ser sucedido en su curul de majistrado por uno de los mas grandes bribones de estos tiempos, el notorio Ben. Buttler, el de las cucharas de plata de Nueva Orleans y el de los cañones de fierro de Valparaiso, que pasa todavia entre los confederados del sur como el Hainau austriaco, azotador de mujeres.

XIV.

No tuve la fortuna de haber conocido en la Atenas del Norte ni a Ticknor, íntimo amigo de Prescott y autor de la vida de este historiador eminente, ni a Longfellow ("hombre largo" y era corto), que vivian en Boston, y a quienes, entre otros, el bondadoso Mr. Prescott citó una noche a su casa para honrarme con su conocimiento, invitacion que un cruel resfrío, tributo de inesperto viajero, en la fríjida ciudad calentada artificialmente, desbarató con harto dolor mío. Pero en Nueva York en mas de una oca-

sion estreché la mano del poeta que con el inspirado Longfellow disputábanse, unidos empero por noble amistad personal, desde hacia treinta años, la palma de los aplausos en los juegos olímpicos del laud.

Era Cullen Bryant, un respetabilísimo anciano, de cabeza y barbas blancas como la nieve, tal cual pinta el arte y la tradicion a los antiguos bardos escandinavos, al paso que su alma respiraba juvenil entusiasmo, así como su palabra y sus jenerosas acciones. Fué en la guerra con España uno de los mas ardientes amigos de Chile, por la sola razon de que el último era el débil y el agredido; pero desgraciadamente un golpe, al abrir una puerta, le mató poco mas tarde. Longfellow le sobrevivió diez años.

XV.

Era la época de que hablamos la del final de la guerra de rebelion de los Estados Unidos, comenzada en 1861 y terminada en 1865, tiempo de guerra en todas partes: guerra en Chile, guerra en Méjico, guerra en el Paraguai, guerra en Alemania (Sadowa), guerra en Italia (Lissa y Custozza), guerra en todo el mundo; y conforme a la teoria de Emerson, debian brillar por todas partes sus hombres representativos. Y en efecto, nosotros conocimos desde su iniciador, el mayor Anderson, que mandaba el fuerte Sumpter en la bahía de Charleston cuando el jeneral Beauregard disparó el primer cañonazo contra esa leal fortaleza en abril de 1861, hasta el jeneral Grant, que quemó sus últimos cartuchos en torno a Richmond. Parecióme el primero un hombre sencillo y en extremo modesto. Era ya jeneral, pero entró a un ómnibus como cualquier hijo de vecino, y con talante demasiado humilde para ser iniciador de una lucha en que pelearon cuatro millones de hombres y durante cuatro años incesantemente.

XVI.

Algunos años antes habia yo conocido en Nueva York al famoso jeneral Winfield Scott, el hombre representati-

vo de la guerra americana contra los ingleses en 1812 y en la guerra contra los mejicanos, 1846, héroe de cien batallas, desde Chipewa (1814), en los lagos del Canadá, a Churubusco, en las puertas de la ciudad de Moctezuma (1847). Su aspecto era el de un titán. Tenia a la sazón (1853) cerca de setenta años, pero se mantenía recto y macizo como los troncos de uno de esos árboles gigantes y que hoy se admiran en los bosques de California y de Australia, donde alcanzan a la altura de 500 piés (¡cuadra y media!)

Mi asiento de mesa en el hotel Metropolitano, de gran celebridad en esa época, estaba frente al suyo, y no cesaba de mirarle admirando su aspecto de soldado y su escesiva llaneza de *gentleman*, aun para comer. Poco se cuidaba el jeneral de los utensilios destinados a suplir los dedos, y esto era entonces comun en Estados Unidos, aun para reemplazar en ciertos actos el pañuelo en las narices y la servilleta en los labios. Por lo demas, era un hombre venerable, y cuando le nombraron para llevar la guerra a su nativo estado de Virginia, puesto en armas contra la Union, retiróse a morir exclamando: —“Dejadlos ir en paz!”— espresion que le costó su popularidad entre todos los Estados del norte. El ilustre Lee, el verdadero jenio militar de aquella guerra, virjinio como él, condenando la rebelion, pero fiel a la bandera de su suelo, fué mas franco y mas resuelto, porque desenvainó la espada por Virginia y consumió por ella hazañas inmortales.

Por un raro caso cúpome asistir, en cierta manera, a la muerte del jeneral Scott: porque, ballándome de visita en la Academia Militar de West Point, que es uno de los lugares mas pintorescos de aquella rejion, a orillas del rio Hudson, no léjos de Nueva York, al llegar a una serie de aposentos privados, álguien me dijo torciendo el camino:

—Venid por aquí, pues en esa pieza está agonizando el jeneral Scott.

Y en efecto, en ese mismo dia (abril de 1866), el gran guerrero espiró. Recordaremos aquí tambien que la nave capitana que trajo al jeneral Carrera de Estados Unidos en 1817, llamábase en época tan lejana *El Jeneral Scott*.

XVII.

Naturalmente, y como la guerra civil acababa de terminar en mi último viaje a Estados Unidos, hube de conocer a muchos de sus mas famosos vencedores: a Grant, que se me presentó solo como a una estatua de carne y a Sherman, que me pareció por su figura la encarnacion del jenio. Era este un hombre alto, bien compartido, de semblante un tanto melancólico y pálido, boca enérgica, frente sublime, dentro de la cual el pensador vivia en desahogado consorcio con el caudillo, el espíritu junto con la accion. Halléme presente en la acojida pública que el Congreso le hizo al regresar de sus victorias, y especialmente de su gloriosa marcha de mas de 500 leguas desde el Mississippi al Potomac, con mas de 100,000 hombres, y cuyo explorador a la cabeza de 14,000 caballos, fué el valiente Kilpatrick, muerto en Chile. Nunca he visto una recepcion mas calorosa, mas espontánea, mas noble. Todos los diputados, puestos de pié, batian las manos, y levantándose el presidente de la Cámara Colfax, le ofreció su propio asiento, que el vencedor, pronunciando una pocas palabras de gratitud, rehusó, sentándose a su lado.

XVIII.

Me pareció el jeneral Sherman en esa ocasion, y en todas las de su vida militar, sumamente simpático. No así el jeneral Grant, a quien sus compatriotas por disimular su taimado mutismo, han dado en llamar "Guillermo el silencioso." Era este último en 1866 un hombre de cuarenta años, de poco cuerpo pero fornido, colorado como una grana, ojos pardos, entre cejas tupidas, que revelaban la obstinacion, callado como una banca, porque observé en un baile (*reception*) dado en su honor en Washington por el presidente de la corte suprema, Salomon Chase, que aun que muchos le dirijian la palabra, a nadie contestaba. .

Para mí, el jeneral Ulises Grant fué un hombre repre-

sentativo de su época, en el sentido que encarnó la fuerza del bando bajo cuyas banderas valientemente militó. El sur nunca llegó a tener, ni con mucho, sobre las armas mas de 600,000 soldados, y el norte dispuso de cerca de 3.000,000; por manera que echando sobre las siempre escasas tropas de Lee, de Jackson Stonevall y de Sidney Albert Smith (muerto éste en batalla como Stonevall, y de quien Jefferson Davis ha dicho que fué el verdadero genio militar de la guerra, en injusto agravio de Lee), era natural que los mas, viniendo siempre en masas sucesivas e inagotables, habian de aplastar a los ménos; y esto fué precisamente lo que aconteció en las carniceras batallas de las Solledades (*the Wilderness*), en que Grant, abrumando siempre a su impertérrito rival, perdió 30,000 hombres desde el 5 al 30 de mayo de 1865, precipitando así la caída de Richmond. Si Grant fué, (a nuestro juicio, porque nosotros decimos solo lo que pensamos, *a la yankee*), si Grant fué un jeneral elefante, Sherman fué un jeneral águila y Sheridan un jeneral halcon. Este último, como se sabe, es hoi el jeneral en jefe del ejército de los Estados Unidos.

Por mas que se diga, todo lo que ha revelado Grant en su carrera ha sido porfia y silencio. Por callado habria sido un hombre grande en Chile, sin que nadie se atreviese a disputarlo; pero analizada su vida militar, nada ha sido mas lójico que su posterior desprestijio y su ruina, no como soldado sino como hombre. ¿Ha podido decirse otro tanto de Sherman, de Sheridan y de Mc. Pherson, que, segun la opinion del Norte, formaban con Grant el cuadrilátero de sus grandes jenios militares?

Que el frio criterio de la historia suceda al ruido ponposo de la muerte, y se verá.

XIX.

En la guerra de la gran rebelion tomaron las armas en ambos bandos no menos de tres millones y medio de soldados, de los cuales 2.700,000 pertenecian a los ejércitos del norte, y de ellos murieron 280,000, cayendo de éstos en los campos de batalla 96,000 y en los hospitales 184

mil. ¿Y cómo con semejantes pedestales, parecidos a los de Tamerlan, no habrían de levantarse cien colosos?

De estos últimos conocí yo principalmente a dos que ejercieron en mi ánimo imparcial una atracción poderosa: el jeneral Meade, el salvador de la Union en Gettysburg, cuando Lee, despues de haber pasado por segunda vez el Potomac, marchaba victorioso sobre Filadelfia y tal vez sobre Nueva York, quebrando la Union en dos trozos. Fue esta batalla la mas famosa y decisiva de la Union. Duró tres dias en una llanura abierta, y en ella sobre 165,000 combatientes (Lee 75,000 y Meade 70,000) quedaron 40,000 hombres en el campo de batalla, y de éstos 23,000 federales. Pero la rebelion encontró allí su Waterloo; y en efecto, por el número de las tropas, la naturaleza del terreno y sus resultados políticos, el sangriento campo de Gettysburg fué para la rebelion lo que la última gran batalla del primer imperio napoleónico para la fatigada Europa.

El jeneral Meade, nacido por casualidad en Cádiz en 1804, era un hombre de mui buen aspecto: sus bigotes grises cubrian su boca un poco desprovista de dientes, y todo en él era de una sin igual modestia, casi de apocamiento. El jeneral Thomas, a quien antes aludimos, que físicamente parecia su contraposicion, habia hecho su carrera y su fama en el Oeste, era la efije verdadera de los cíclopes que yo habia visto pintados en los cielos de uno de los palacios de la casa de Este en Italia. Su rostro, siendo mui hermoso para un hombre de guerra, recordaba a lo vivo el del leon, y cuando marchaba sobre el espeso tapiz de los salones de Washington, parecia ir desgaraándolo, como si sus pequeñas espuelas de oro fueran garras. En mi vida habia visto un tipo mas arrogante, mas soberbio, a la par que simpático, ni mas cabal de soldado. Con escepcion del jeneral Las Heras y tal vez la del mariscal Mac Mahon, no créo que en las batallas de la mediania del siglo XIX (mas batallador que ningun otro siglo conocido), se haya presentado, a pié o a caballo, un tipo mas marcial. El jeneral Thomas debió parecerse mucho a Bueras y tal vez a Freire, "el lindo Freire," segun lo llama Juan José Carrera en una carta que conservamos inédita, cuando a los veinticinco años era aquel capitán de caballeria. El jeneral Thomas era un Dios Marte, nó en pintura, sino en carne.

XX

Habia yo tenido antes ocasion de tratar personalmente al mas cercano compañero en glorias (no así en fortuna) del jeneral Thomas, al jeneral Rosecranz, jeneral de Chattanooga, quien, viajando de regreso de California, habia navegado ocho dias conmigo en el Atlántico. Lo que mas nos llamó la atencion en este caudillo poco afertunado era su devocion. Siendo de estirpe alemana, tipo hebraico, pero ferviente católico, se hincaba en la cubierta del vapor *Henry Chauncey* en la mañana de los domingos, entre los soldados y marineros de proa, y en esa actitud, casi en éxtasis, cubierto con el grueso capote azul de su uniforme, que le daba los aires de un monje de la Edad Media, pasaba una hora entera murmurando sus plegarias, sin hacer la menor ostentacion de piedad. Por su fé, el jeneral Rosecranz era el Stonewall del Norte. Era hombre franco, afable caballeresco; hablaba de sus desgracias militares con dulzura y parecia profesar al jeneralísimo Grant cierta aversion, no solo profesional, sino íntima, la misma que con poca magnanimidad le ha mostrado hace poco negando su voto a un compañero de armas que, como él, era ahora desgraciado, y que se trataba de llamar al servicio militar y a su sueldo que habia perdido para ser dos veces presidente de su patria.

XXI.

En el órden naval, cúpome tambien la suerte de estrechar la mano del mas ilustre almirante de la Union del Norte, de Farragut. Es imposible que el hecho y las apariencias respondan menos a los lineamientos de la imaginacion que la figura de aquel heroe que antes de morir, recibió las ovaciones de toda la Europa, incluso la de sus mas orgullosos reyes. Hijo de un pobre catalan, tenia Farragut la figura humilde que nosotros hemos visto mil veces en Chile tras de la puerta de un despachero gallego o extremeño. Era chico, "huatonsito"

(perdóneseme la palabra porque espresa mejor la imájen total que otra alguna), moreno, un poco narigón, de ojos vivos y tan negros como sus dientes eran blancos y los mostraba graciosamente al sonreirse. Toda su espresion hallábase localizada en consecueucia en sus ojos y en su sonrisa que era sumamente atrayente y bondadosa. Nunca ví un hombre verdaderamente grande que en su busto lo pareciera ménos. Era un Nelson en su bravura, y sin embargo habria podido pasar por un sacristan de las Claras o de las Capuchinas de Santiago. Nunca diseñóse delante de mi retina un héroe verdadero con menos atributos físicos de tal, y aun apenas podia imaginarme que ese era el hombre que habia entrado a Mobila amarrado al palo mayor de su fragata almirante (la *Hartford*) para mejor dominar el campo de la terrible batalla en que el espolon y el torpedo hicieron su primera y espantosa aparicion.

XXII.

En el arsenal de Brooklyn habia conversado tambien con otro héroe naval de los Estados Unidos, el capitán (hoi almirante) Worden, que llevó el primer *Monitor* al combate con el *Merrimack*, trabando el primero y terrible combate de blindaje contra blindaje, en aquella guerra fecunda en los inventos de la muerte. La semejanza del capitán Worden con el jeneral chileno Escala me pareció notable. Por una rara coincidencia conocí tambien al capitán Catesby Jones, que era segundo del *Merrimack* el dia de la famosa batalla. Referiame este último gráficamente los detalles del encuentro, tales cuales los habia presenciado a bordo de su buque, exactamente como el teniente Green, segundo de Worden, acaba de contar los del *Monitor*. El comodoro Jones vino a Chile en 1866, contratado para servir en la guerra, pero como en realidad se trataba mas de paz que de guerra en esos tiempos, volvióse a su casa en Mobila. Este valeroso oficial científico tenia un dedo volado en una prueba de fulminante en el arsenal de Washington, y allí le habia conocido en 1853. Caso curioso, pues encontrándolo otra vez, trece años mas tarde, reconócele

solo por esa misma circunstancia, pues su fisonomía de subalterno se habia borrado totalmente de mí memoria.

XXIII.

No en la cubierta de un monitor de fierro sino en los blandos y festivos estrados de Santiago, llevando airosamente en sus brazos dulces beldades, ninfas del vals, conocí tambien al reuombrado Cushing, mozo temerario que echándose a nado entre las olas, como si fueran éstas las candenciosas ondas de la danza, voló con un torpedo un fuerte acorazado rebelde, hazaña que le valió un voto especial del congreso y dos grados a la vez en la parsimoniosa marina de Estados Unidos. El ex-teniente y mas tarde *comander* Cushing era un muchacho alto, barbilampíño, rubio y de larga melena peinada hácia atras, y cuando ejecutó su hazaña no habia salido todavia de la menor edad. Tenia el jóven marino algo de vago y de selvático en su rostro casi infantil, y en efecto, a los pocos meses de haber dejado a Chile murió loco en Washington. Cuando le conocimos nosotros era huésped de jeneral Kilpatrick, y a este mismo le vimos muerto, recostado en su lecho, vestido consu medio uniforme azul (1881), como un combatiente que descanza despues de la batalla, sonriente y plácido tras de larga y cruelísima enfermedad valerosamente sobrellevada. Kilpatrick como diplomático era un niño; pero como soldado de caballeria habia conquistado el mismo renombre que Cushing en el mar. Ambos fueron dos aladiles, y ambos demasiado jóvenes desaparecieron.

Tipos de buenos soldados me imaginé tambien fueron los jenerales (que en Chile llamábanse antes de *la pavana* y ahora *cucalones*) los jenerales Banks y Logan, presidente el primero (hombre de pequeña talla y ojos estraños color verde esmeralda) de la comision de negocios estrañeros del congreso, en el que hacia altísimo papel, y el otro actual candidato derrotado a la vice-presidencia de los Estados Unidos con Blaine. El jeneral Logan (hombre mui popular) es un indio de Norte-América o parece serlo por su tez oscura y su mirada de fuego. Y de esta misma es-

tirpe creíamos debía ser el famoso historador Bancroft, anciano moreno y flaco como el que mas, a quien en una sola ocasion vimos en la libreria de Appleton en Nueva York.

XXIV.

Conocí o mas bien divisé, así mismo un grupo de políticos y politiqueros de Estados Unidos que a decir verdad me interesaron mucho menos que sus hombres de espada.

Presencí, en efecto, la entrada triunfal del presidente Franklin Pierce cuando, viniendo de su ciudad natal, donde era un abogado mediocre, a ocupar su asiento de presidente democrático de la Union (el penúltimo presidente de su partido antes de Cleveland) pasó por Nueva York, en junio de 1853, en medio de una lluvia de verano que lo puso como una sopa en las anchas aceras del Broodway, Era un hombre pálido, de cabellos escepcionalmente negros y crespos, de suerte que fuera de estas apariencias de raza de hombre bien nacido y bien educado, no dejaba ver otra cosa, y así en cuatro años de gobierno no fué otra cosa. Llamóme entónces y ha seguido llamándome mas tarde vivamente la atencion la mediocridad y a veces la completa nulidad intrínseca de los presidentes de los Estados Unidos, a muchos de los cuales acontece que cuando se van de la Casa Blanca (como si fuera de la Moneda) a su propia casa, nadie les rinde culto, ni siquiera se oye hablar mas de ellos, ni en mal ni en bien.

—¿Por qué no han hecho ustedes, decía yo en un círculo de Boston en el otoño de 1853, por qué no han hecho ustedes presidente a Daniel Webster, cuyo busto de titan, recientemente muerto, veíase en aquel tiempo coronado de flores en todos los salones?

Y una señorita bostonense tan bella como espresiva, que me escuchó, como si hubiese sido una pitonisa me contestó al punto:

—Era demasiado grande para ese oficio. Es preciso, añadió, que los presidentes de las democracias sean mas o

menos nulos para que en torno suyo se junten todas las mediocridades en una sola, sin celos ni envidias para nadie, ni entre ellos mismos.

XXV.

Y tal vez la sacerdotisa de Boston tenia razon, porque algo mas tarde conocí en un besa-manos (que en la Casa Blanca son aprieta-manos) al presidente-sastre Andres Johnson vestido con una levita que parecia cortada por sus propias tijeras de remendon de aldea y le llegaba (en un dia de recepcion obligatoria de frac) hasta las corvas.

El presidente Johnson era un tipo. Gordo, ancho de hombros, sumamente moreno, musculoso y recio de miembros, y tanto que cuando me pasó la mano como a los demas y apretó fuerte, me pareció que habia intentado atracarme no sus medidas. . sino sus tijeras. En cambio su célebre ministro Seward (que ese me las tomó de veras y de cuero, queriendo meterme varias veces a la cárcel) era chico, bien chico, con su cara blanca y arrugadita, ojos como cuentas azules y chispeantes; al paso que uno de sus rivales, el famoso y rechazante Benjamin Buttler ya nombrado, y hasta hace poco gobernador del culto y riquísimo Estado de Massachussetts, causaba indecible impresion de disgusto al encontrar su vista glutinosa como la de las culebras, mirando desde adentro de sus gruesos párpados, que caian blancos e inchados sobre sus mejillas como si fueran los de un viejo chacal adormecido.

De mui distinto aspecto, en su porte despejado, y su larga barba hasta la cintura, era el famoso ministro de la guerra de la administracion Lincoln, Mr. Edwin Stanton, jenio terrible, derribador de jenerales y de ejércitos, hombre de extraordinaria enerjia, brutal en sus modales, pero que salvó a su país con su arrojo en las responsabilidades y su espartana honradez personal. Su colega en la marina, Mr. Gilles, con su escesiva flacura y su barba blanca, era su antítesis: un santo al lado de la orgullosa personificacion de Luzbel en la rebellion de Milton.

XXVI.

Entre otros hombres civiles de la Union llamóme la atencion mi propio carcelero, que habia sido candidato a la presidencia, que entonces (1866) era fiscal, y de cuyo nombre no quiero acordarme, talvez por pertenecer a los de los hombres chicos. Esta falta de memoria no nos impide sin embargo recordar el de sucesor y yerno, un tal Courtney un mozo chico y salvaje, que cuando alegaba conmigo y contra mí en la corte nunca se dirijia a ésta sino montado a caballo en el respaldo de una silla de palo, la que manejaba con suma destreza como si hubiera sido un experimentado amansador... de silletas o de silletazos.

En oposicion a este grotesco personaje que heredó ese alto puesto porque su suegro moribundo pidió este favor al presidente de la época (como si esto hubiese acontecido en Chile), en oposicion, deciamos, a ese fiscal interino y jinete, el presidente de la Corte Suprema de la Union, Salomon Chase, tenia una de las figuras mas arrogantes de su nacion, en la cual jeneralmente los hombres son altos y bien apersonados. Pocas veces he visto un majistrado que llevase con mas dignidad su porte de rei-juez, y si alguien le hubiese puesto en la cabeza una corona no habria sido Chase sino simplemente "Salomon." Era un rei que administraba justicia como en Israel.

Tenia ademas una hija, la encantadora miss Chase, que muchos habrian querido partir en dos para dejar medio contentos a sus mil adoradores. Al menos esto pensaba alguien, cuando, teniendo ella a un lado, en las galerías del congreso, al ministro de Chile, el dia de la recepcion pública de Sherman y al otro a cierto ajente confidencial, el ministro habria deseado ser confidente y el último cualquiera cosa... En cuanto al presidente Colfax, que dirijia la sesion de aquel dia con su mazo de palo, me pareció un habilísimo y activo martillero, que mas tarde perdió, sin embargo, su crédito en los negocios para morir hace poco (mayo de 1885) sin reputacion y sin amigos.

Jeneralmente, los hombres notables de los Estados Unidos, son *self made men*, segun se llaman a sí mismos por-

que por sí mismos se hacen hombres encumbrándose al poder, al prestigio y a la fama por alguna cualidad sobresaliente del espíritu, por la perseverancia, por la audacia o a virtud de innato genio. Pero tampoco faltan en los Estados Unidos los hombres estatuas, los hombres callados, los hombres rutina que, dejados por la escasez de sus facultades tras de la puerta, la muchedumbre inconsciente e imbecil que pasa en tropel, llévaselos por delante y los va poniendo encima de todos los puntos culminantes que ataja su desalada corriente. De esta índole me pareció un tal Montgomery Blair, a quién en aquella época lo encontraban bueno para desempeñar todos los ministerios y a la sazón ocupaba el puesto de *post master general*. Era un tipo de la insignificancia silenciosa y de la insuficiencia oficial, como se han visto a puñados en nuestros ministerios, después que éstos han sido barridos por el viento o por la escoba. Alto, bien vestido, seco, llevando siempre frae, incapaz de consejos sino en mosílabos y tenido en consecuencia como un oráculo por... los tontos. Ese era Montgomery Blair.

XXVII.

Existía también en mi tiempo (1853) una verdadera colonia sud-americana, árbol de injerto en el semillero vivaz de Nueva York, y sobresalian entre esos retoños del desierto el jeneral Herran, los tres hermanos Mosquera (un jeneral, un arzobispo y un diplomático), el poeta y caudillo Julio Arboleda, todos hijos proscritos de Nueva Granada y formando una sola familia. El jeneral Paez y el escritor Nadal (después redactor del *Mercurio*) eran desterrados de Venezuela; el guatemalteco Irizarri lo era de todas partes. Y así contábase otros muchos de menor cuenta, como Antonio Ferro, jóven bogotano de hermosas esperanzas que la muerte no hace mucho ha tronchado, y el ilustre escritor Torres Caicedo, que a la sazón había ido al norte a estraerse una bala alojada en su cuerpo (que no era grande) en un lance de honor, o mas bien, de política, que suele ser la negacion del honor.

XXVIII.

Formaba el núcleo del grupo peruano de la pequeña colonia sub-americana en la vasta y ajitada masa norte-americana de la ciudad de Nueva York en esa época (1853), la señora Anjela Tracy, amable limeña, casada con un terco yankee, y la interesante familia hija de aquel enlace, a la que por esos días se habían agregado dos preciosas niñas. Fué una de éstas la señorita Adelaida Larrañaga, retrato acabado de la verdadera limeña; mórbida, delgada, un tanto pálida, de cutis y ojos de terciopelo, hermosa como un ángel, graciosa como... una limeña. Por ser fiel a su primer amor en su hogar, rehusó la mano de un cubano millonario, llamado Iznaga, que hoy luce con esplendor sus millones, y volvió a Lima a cumplir sus votos, haciéndose esposa feliz y madre de nobles hijos, fieles como ella. Su primojénito tomó las armas, y cayó en el sangriento campo de Miraflores para ser llevado a prematura tumba encima de su broquel. Causónos esta desdicha un dolor sincero, porque las simpatías de la juventud suelen prolongarse más allá de todas las animosidades humanas, especialmente cuando es una madre la que llora.

La otra niña, que parecía el extremo opuesto de la melancólica desposada, viva, retozona, espiritual y coqueta, era hija de un mercader italiano. Su nombre era el de Olivia. Tenía una voz divina, y fué la misma notable artista que con el nombre de Sconcia encantó diez años más tarde a Santiago, interpretando maravillosamente, y mejor que ninguna mujer que haya pasado los mares en dirección de estas playas, a Margarita Gauthier en *La Dama de las Camelias* (*La Traviata*).

XXIX.

Los representantes de Chile éramos solo dos, porque arte, o como es más exacto decir, la pasión de los viajes es más allá del Mapocho o la Alameda, se hallaba por esos años de las onzas de oro, en ciernes en Santiago. Pero co

mo si la represa se hubiera desbordado de repente, llegaron casi a un tiempo una docena de "paisanos," título por el cual nuestros compatriotas se conocen entre sí en el viejo mundo, como en el nuevo eran *cumpas*. El digno señor Larrain Gandarillas, entónces simple clérigo, hoi prelado, con varios de sus hermanos i sobrinos; los dos hermanos Tocornal; don Manuel Beauchef; los señores Francisco Echeverría y R. Undurraga, todas aves de pasaje en camino hácia la Europa figuraban entre los recién llegados. Desde entónces, y con sobrada razon, Nueva York se hizo, ántes de la horrible edad del mareo austral dentro de los crueles vapores del Estrecho, la posada obligada, el agradable Curacaví de los chilenos en la mitad del largo y fatigado camino de los dos mundos.

XXX.

Volviendo a la colonia colombiana, que era con mucho la mas numerosa, porque era colonia de desterrados, semejante a la que fundó a Venecia en las lagunas, su jefe ostensible, el jeneral Herran, espulsado hacia poco de la presidencia de su patria, parecióme un hombre serio, firme, honrado y valiente, porque era modesto, siendo su físico, salvo el aditamento de las canas, un perfecto trasunto del caballero de la Mancha. Vivía con su suegro, que era mucho menor que él, el famoso jeneral Mosquera, a quien, a su vez, tomé por uno de los mas jenuinos trasuntos de los caballeros errantes, cuya vida solia leer don Quijote, "pasando las noches de claro en claro en claro y los dias de turbio en turbio," era Mosquera una especie de enjuto Amadis de Gaula o Tirante al Blanco, por ejemplo, que tenia la pasion y la mania de las házañas militares, hasta que en Cuaspud (1862) el jeneral Flores lo curó radicalmente de su locura.

Pasaba el jeneral la mayor parte del dia escribiendo con estilo de plomo, como las balas, sus memorias, si bien nos parecia que don Ambrosio José de Irisari, su vecino de barrio y comensal de su casa, desempeñaba allí el oficio de Voltaire en Postdam.

XXXI.

De sus dos hermanos, el arzobispo, desterrado por el rojismo come-clérigos (que éste es el principal apetito de esa secta), parecía un sujeto grave y tranquilo, físicamente muy parecido al eminente obispo Salas, este batallador místico, nacido a orillas del templado Cachapoal, de ponderadas aguas como el Jordan, con una alma y un aspecto que recordaba a los trópicos, bajo cuyos rayos el tranquilo arzobispo de Bogotá había pasado sus días y recibido la primera imposición de las tijeras. Eran dos prelados ilustres que habían nacido con las mitras y los climas trocados.

XXXII.

Habitaba también a la sazón en Nueva York el caudillo e insigne poeta Julio Arboleda, cuyo poema épico, *Gonzalo de Oyon*, muy poco conocido en Chile, es uno de los monumentos más conspicuos del genio y de la lengua de la América latina.

Como carnadura y formas físicas era aquel mozo un antítesis de sus deudos los Mosquera, porque su fisonomía profundamente acentuada, encendida, con una nariz abultada y con las líneas del pico de las aves bravas, caracterizaba al hombre de combate. Dieron que fué cruel, crueísimos en la guerra, y por esto sus adversarios y parientes, no contentos con matarlo, lo descuartizaron. Indudablemente había en Arboleda la organización y elementos para constituirle en un grande hombre, especialmente en medio de las mediocridades de que vivía rodeado en el destierro. En el temperamento, en los ojos audaces, en la nariz corva como un alfanje turco, algo se le parecía al anciano guatemalteco que ya hemos nombrado y cuyo retrato físico y moral omitimos aquí cuando ha muerto por haberlo hecho ya a lo vivo estando él vivo.

XXXIII.

Hemos nombrada antes al jeneral Paez, dos o tres veces presidente de Venezuela, cuando era ésta una nacion, y todavia recordamos con orgullo haber tratado con cierta intimidad a aquel honrado y valiente llanero, que Bolívar, no amándolo, tanto admiró. Era ya anciano, pero conservaba toda la enérgica actividad de los dias en que, a lanza y lanza, rindió a caballo una escuadrilla española en el Apure. Hombre depoco cuerpo, moreno, de ojos de fuego, tenia la talla del jeneral Flores, con mucha mas abultada corpulencia; era el uno frente al otro, el roble del Apure al lado del flexible bejuco de los charcos del Magdalena. Tan lacónico como era el otro verboso, referíamos con simpática y modesta efusion sus mas afamados hechos de armas, y cuando estalló la guerra con España, escribiémos una carta oficial de considerable estension y elocuente frases, ofreciendo sus servicios a Chile, documento precioso del patriotismo americano que debe andar por allí en algunos de los cajones del ministerio de relaciones exteriores, donde, "a la chilena," quedó sin contestacion.

XXXIV.

Entre los venezolanos, que van a Estados Unidos como los santiaguinos a Valparaiso, hízose tambien encontradizo algo mas tarde el diplomático don Blas Bruzual, padre del valiente jeneral de este nombre y por lo mismo hombre a la sazón tan anciano que debia frisar en los ochenta, cuando metiósele en su despoblado caletre, que blancos copos atados en mechas disimulaban, la singular fantasia de casarse con una yankeesita de catorce abriles, fresca como una rosa del Hudson, a cuyo matrimonio ¡oh sacrilegio! asistimos en calidad de padrinos. Conforme al rito católico usado en la diócesis de Nueva York, los padrinos y madrinas fueron ocho, cuatro por banda, y en aquella ocasion que era una especie de sacrificio antiguo, desem-

peñaron el ministerio de las últimas las cuatro hijas del ilustre Juarez que allí hallábanse presente con su respetable madre una señora Mazza, de estirpe italiana, dama mui culta y hermosa. Esto no obstante, las cuatro hijas del gran caudillo mejicano conservaban en todos sus perfiles, en su color, en la talla, en el riguroso conjunto de una belleza particular, el mas puro tipo azteca; de tal suerte que cuando vílas arrodilladas a mi lado, vestidas de sacerdotisas, con albas túnicas y trasparentes túles velando la cabellera de azabache, miré a todas partes del aposento, imaginándome estar divisando en su trono a Moctezuma cubierto con su riquísima armadura de vistosas plumas y a su lado, su jeneral y príncipe el infeliz Guatimozin. Lo que parecía a todas luces evidente en aquella escena era que la novia, tímida y juvenil, de pié, frente a frente del anciano diplomático, sin dientes, podía creer y decir, como el martirizado príncipe azteca su frase famosa a los verdugos que lo quemaban: “¿Estoi por ventura en un lecho de rosas?”

El arzobispo católico de Nueva York, monseñor Hugo Mackenna, prelado de rostro dulce y evangélico, fué sin embargo el ministro de aquel tálamo sin hoguera, pero cuyas teas nupciales eran de oro...

XXXV.

No recuerdo bien si fué en esa u en otra ocasion de bodas cuando fuí por la primera vez presentado a dos jenerales de la América española, los cuales completaban el número de seis presidentes de dos naciones despues de Paez, de Herran, de Mosquera y de Julio Arboleda, todos desterrados. Qué maravilla!

Eran aquellos el jeneral colombiano don Eustorjio Salgar, ministro de su pais en Washington, un cumplido caballero y un jeneral a la europea, que fué mas tarde respetado presidente de los Estados Unidos de Colombia. Era el otro, al menos físicamente, su antítesis, porque el jeneral don Santos Gutierrez, que dejaba aquella presidencia para dirigirse de paseo a Europa, aparentaba la figura de

cualquiera de nuestros artesanos decentes; moreno y de mediana talla en el cartabon del cuartel, pero decian que en el campo de batalla mostraba bravura sobrehumana. Era el Aquiles de aquella eterna Troya que no se apacigua todavia, y tenia el rostro lastimado profusamente por la viruela como su cuerpo habria podido serlo por las balas. Era un hombre sumamente simpático, o mas bien, un buen muchacho que habia sido presidente. El jeneral venezolano Level de Goda, que ha tenido el mérito no pequeño de no encanallarse sirviendo al dictador Guzman Blanco, era el retrato, tal por cual, del 'contra-almirante Lizardo Montero, siendo naturalmente viva y constante la semejanza tropical de peruanos y colombianos.

XXXVI.

Pero si para la mayor parte de las secciones de Sud-América la hermosa Nueva York de aquel tiempo era un Paris, o una antesala de Paris y de Babilonia, a quienes servia esa espléndida ciudad de peñon de Jersey y de refugio en su inacabable naufragio, sin compensaciones de misericordia, era a los infelices cubanos que en sus calles populaban como las hojas que el cierzo desgaja en en el otoño. Naturalmente en la época de mi segundo viaje de propaganda contra España en 1866, hubimos de tratar con cierta intimididad a muchos de aquellos perseverantes patriotas, como que el levantamiento de Santa Clara, en junio de aquel año, precursor de el del ilustre Céspedes, fué el fruto de comunes esfuerzos. Céspedes, los Mora, Aldana, el coronel Macias, el portoriquenío Bassora, Juan Francisce Suarez, que pasó mas tarde a Chile, encontrábanse unidos en un mismo intento, pero casi siempre desacordes en los medios de accion, condicion fatal de nuestra raza.

Pero la imájen que mas profundamente en mi alma y en mi memoria quedó grabada de aquel grupo, fué la del desdichado poeta Juan Clemente Zenea, este ueuevo Plácido de la libertad cubana, a quien los españoles de Cuba (cosa de indecible crueldad!), habiendo ido de Nueva York con una comision pacificadora y consentida, por sospechas de patriotismo lo ahorcaron como a Plácido.

Era Zenea dulcísimo y algunas veces ardiente poeta, como el memorable mulato vate de Puerto Príncipe. Su figura nada revelaba en él, porque su corteza traicionaba su alma, siendo un joven endeble, feo, de jesto agrio semblaute proscrito en hombre que vivia tras de un pequeño escritorio de las migajas de la proscripcion. Pero su alevosa muerte le trasportó en rápido vuelo y en las alas de su inspiracion a los dinteles de la inmortalidad.

Imitando a Alfredo de Musset, el triste bardo habia dicho ántes de morir:

“Plantad, amigos, cuando yo muera
Un triste sauce en el cementerio.”

Por mi parte, infeliz amigo, tu voto queda cumplido!

XXXVII.

Era en aquel tiempo, y en todo su conjunto, la ciudad de Nueva York una colonia de fenicios y de cartajineses de la América del Sur, que despues se ha mudado a Paris por la brevedad y rapidez de los trasportes, sin que podamos decir que ni el en cambio de rumbo y domicilio ni ne el cambio de los francos, haya ganado la juventud que estudia y asiten al nacimiento de un grau pueblo para buscar el contacto de otros que esconden su vejez en la fascinacion de sus engañosos resplandores.

Pero todavia en el pasaje de un continente a otro, atravesando en el magnífico vapor *Pacífico* el Atlántico, de Nueva York a Liverpool, debian hacérsenos familiares como el de compañeros de cuarto, dos hombres ilustres de la América del Norte: el capitalista y empresario del Far West, Mr. Ogden, que dejó en aquellas comarcas un pueblo próspero con su nombre y nos profetizó algo mas tarde los días de Edison y de Bell, con muchas otras maravillas del porvenir que han ido realizándose. Mr. Ogden murió hace cuatro años, dejando varios millones, y sin ser espiritista ni cosa que se le pareciera, porque solo era un negociante del oeste, tranquilo y afable, leia como los evangelistas en el futuro de la humanidad.

Trece años despues de la quale navegacion interoceanica (1866), volví a encontrar en Nueva York a Mr. Ogden, sin mas variacion en su simpática fisonomía que la sombra, o mas bien, el claro oscuro de unas cuantas canas, esparcidas en su renegrida barba y cabellera. Tuvo esto lugar en un almuerzo que un rico capitalista, presidente de varios ferrocarriles de la Union, se dignara ofrecernos despues de una conferencia sobre Chile, en el *Club de los Viajeros*; y como este caso raro de un segundo encuentro en la vida lo he contado mas tarde en otra conferencia escrita con el título de *La Profesía de Edison*, me limitaré a agregar que en aquella misma mesa sentábase tambien un hombre, no solo de fama norte-americana sino de universal reputacion. Referímosnos a Mr. Burlingame, este Marco Polo moderno, revelador del Japon, que su jenio habia entreabierto a su patria y al mundo entero hacia entóuces apenas doce años. Mr. Burlingame, caballero apacible, altamente educado, buen mozo, de atractivas maneras, hizo todo el gasto de la conversacion de la sobre mesa, que duró algunas horas, mientras Mr. Ogden solo hablaba para describir el mundo futuro, pensando que el universo actual, todo entero, no era sino un Japon, un poco mas grande y oscuro que el remoto archipiélago de los mares del Asia.

XXXVIII.

El compañero de Mr. Ogden en el viaje veraniego del *Pacífico*, en julio de 1853, era otro espíritu superior que, sin metáfora, solo habia vivido en el fondo de los mares y reveládoslos al mundo jeógrafo y mercantil. Era éste el famoso teniente Murray de la marina de los Estados Unidos, autor de la *Jeografía Física del Mar*, y que siendo hombre ya célebre en todo el mundo científico y mayor de cincuenta años, era todavia teniente, como el astrónomo Gillis. Su estatura era menor que la de uso comun de dar y recibir en el rebaño humano, un poco cojo, fisonomía dálida, frente preñada y ámplia como las olas del mar en que que habia visto deslizar su laboriosa existencia, arrancandos sus misterios a las corrieutes y a los vientos. Via-

jaba con su familia; y sus hijas, que eran bastante hermosas y rubias, como la cabellera del sol, al ponerse éste por las tardes, juntábanse en la popa del vapor a cantar himnos a Dios en medio de sus mas gigantescos prodijios: el firmamento y el mar que lo refleja.

XXXIX.

Al pasar en revista a algunos de los mas notables espíritus que han ilustrado el nuevo mundo y hécholos revivir en el antiguo, no habríamos consentido como en una culpa y solo por obedecer a una estrella lei de jeografia y de método, no recordar aquí al hombre altísimo que, aunque nacido en tierra europea, hízose por sus grandiosos trabajos y descubrimientos ciudadano natural del suelo Colon, al baron de Humboldt.

Conocimos y visitamos a este hombre universal, a este sabio, enciclopedia viva de las ciencias de la humanidad en todas sus épocas desde la creacion del globo, cuando habia cumplido ya mas de ochenta años en su modesta casa, solitaria vivienda en uno de los mas tranquilos arrabales de la desparramada y silenciosa ciudad de Berlin, ciudad cuartel de las tres armas. Habíase cumplido en 1855 mas de medio siglo desde que siendo ya un sabio de nota, botánico, jeólogo, jeógrafo, literato, matemático insigne, enciclopedista distinguido, en una palabra, habia llegado el baron de Humboldt a Cumaná y visitado en seguida todas las zonas equinociales del continente desde Caracas a Lima y desde Lima a Méjico y Vera Cruz, labor de gigante vertida despues en inmensas obras de ilustracion y lenguas cosmopolitas; y sin embargo manteníase recto sobre sus piés de viajero, acentuándose al mismo tiempo en su fisonomia, sus rasgos mas salientes, sus ojos profundamente azules en su ancha, nobilísima frente en sus gruesos lábios, característicos éstos de su enerjia ¿i por qué no decirlo? de su orgullo dominante y un tanto egoista y áulico.

Habiase vestido aquel decano del mundo científico, acatado en todos los paises descubiertos del globo, habiase vestido, decíamos, para aquella modestísima visita de estu-

diante y de admirador, con lo que su ayuda de cámara habia encontrado de mejor parado en el fondo de su baul, con una levita que no habia perdido todavia la virginidad de sus pliegues y un chaleco labrado de terciopelo con flores de relieve, de los que vimos usar a los petrimetros de Santiago en 1848, moda que pasó despues a los abasteros, en cuyo gremio rije todavia ufana en los trajes domingueros.

Recibiéronos el patriarca de la sabiduria de los dos mundos con mucha cortesia en su gabinete de trabajo, que era su única sala de recibo, y el cual, reproducido fielmente por la oleografia moderna, ostentaba como su adorno central mas visible una reproduccion en yeso del busto colosal de Francisco Arago. Todo lo demas eran libros.

Manifestóse el anciano complacido al recordar otra vez como de cuerpo presente a la América, este pedestal de su gloria. Habló del Chimborazo, que él habia escalado; de las islas de Chincha, cuyas fabulosas riquezas él habia adivinado (sín ser creído) desde el principio del siglo, y por último, de cómo el cuadrúpedo vicuña del Perú se habia convertido en bípedo en España, o vice-versa. . Pero habiendo pasado la conversacion, sin esfuerzo, de sus viajes en la América española a los que hizo mas tarde en la Europa oriental y rusa, empresa científica que entonces yo lastimosamente no conocia, se tradujo en su rugoso semblante una visible sensacion de sorpresa y de disgusto, flaqueza de un hombre que no contento con saberlo todo, se sentia contrariado porqué otros no lo sabian tan bien como él, con relacion a su persona.

Por mi parte, siendo entonces mui jóven, me sentí humillado delante de aquel grande hombre, y aunque mas que su enojo hubiese levantado su baston, le habria dicho como Temístocles:—"Pega, pero déjame escucharte."


En aquellos años de nobles ambiciones que se apagan ya a los comienzos de los humanos desencantos en que cabalgan los años, no me habria sido dable regresar a mis lares sin rendir homenaje al sabio europeo que mas habia popularizado el suelo de la América, y no haberlo buscado para honrarle me habria parecido un sacrilejio. como si nacido en los tiempos de Cristóbal Colon no hubiese tomado a pechos rendir ante su frente la mia.

XL.

Y ahora ha llegado, con esta visita semi-americana y semi-europea, el apropiado momento de prolongar nuestra excursion hácias las playas y ciudades del viejo universo, donde, en la medianía del siglo habiamos de tener la no poco envidiable fortuna de asistir al desfile de muchas inmortalidades encarnadas en verdaderos grandes hombres que ya no existen, y que por lo mismo son mas dignas de viva y perdurable recordacion.

B. VICUÑA MACKENNA.

Santa Rosa de Colmo, julio de 1885.



NOCHES SOLAS

(FRAGMENTOS)

I.

Cuando salgo en la noche triste y solo
Una sombra en silencio me acompaña;
Procura en vano la mirada verla,
Pero la mira i la conoce mi alma.

Hablo con ella, y me oye cuanto digo
De recuerdos, ideales y esperanzas,
De tempestades roncadas de mi vida,
De dias tristes y de noches largas.

Cuanto le digo escucha cariñosa;
Mas cuando quiero de mi amor hablarla
Se desvanece y huye en el silencio. . .
Reconozco la sombra de mi amada!

II.

Nunca al dia ruidoso le he confiado
De la vida de mi alma los secretos:
Las historias de amor y de tristezas
Buscan la sombra amiga y el silencio.

Si hablaras, alma mia, con la noche
Saber podrias todo lo que siento:
Cuanto te callo a tí se lo he confiado
Entre la sombra amiga y el silencio.

III.

El cielo estaba anoche hermoso y puro:
No sé si fué despierto o si un sueño era,
Vi tu imájen flotando en el espacio
Y en dulce vuelo me junté con ella.

En embriaguez de amor y de infinito
Visitamos unidos mil estrellas,
Y todas conocian ya tu nombre
Que les llega de noche con mis penas.

Paramos en un astro misterioso
Que no se alcanza a ver desde la tierra:
En el silencio inmenso oyóse un beso. . .
No sé si fué despierto o si un sueño era.

IV.

Todos salen felices con su amada
En esta hermosa noche de verano;
Con luz de amor hasta los astros brillan,
Pero yo vago triste y solitario.

Una amiga no tengo a quien confiarle
Los pensamientos que no dice el labio,
Los cálidos latidos de mi pecho,
Mis anhelos de amor nunca saciados.

Ella, mi último ensueño, no ha querido
Cuanto hai de grande en mí y apasionado:
Pensamientos, anhelos y latidos
Van a morir sin rumbo en el espacio.

V.

Hoi he visto en el cielo un astro nuevo:
Con su pálida luz tranquila y suave
No sé si alegre o triste me miraba,
Si me anunciaba dichas o pesares.

Ella puede decírmelo, y se encierra
En su duro silencio impenetrable;
Calla, y sabe que brotan de sus labios
Todas mis dichas, todos mis pesares.

VI.


Hablando anoche de Ella con el cielo,
Por vez primera me quedé dormido;
El alma, que no duerme, la llamaba,
Y hermosa como siempre hasta mí vino.

Al ver que humana al fin me sonreía,
Cuanto hasta hoi he callado el labio dijo,
Y Ella me contestó, de amor ardiendo,
Una palabra inmensa de cariño.

Dobló en mi pecho su cabeza de ángel,
Y dejó desbordarse mis delirios;
Hablábamos de amor, y Ella me oía . . .
Era la vez primera, y fué dormido!

Santiago.—1885.

JACOBO EDEN.



A PROPOSITO DE UNA OBRA MAESTRA

(Continuacion,)

ABORÍJENES DE LAS PALABRAS.

117. Consecuente con lo que acabo de decir, es menester que ántes de esponer y desarrollar la teoria de este sistema filolójico, dé las razones que me han movido á mirar los nombres de los dioses como los aboríjenes de la lengua humana. Habiendo nacido y desarrolládose las lenguas bajo el imperio del paganismo, es en esa época y con relacion á ella, en donde y cómo debemõs rastrear el oríjen de sus vocabularios: porque, siendo la palabra la espresion del pensamiento humano, nadie podrá comprender exactamente ni la jenuina significacion ni la formacion de las voces, sin conocer mas ó ménos, las ideas, creencias y costumbres, que necesariamente se habrán de reflejar en la lengua como en un espejo.

Las lenguas antiguas, naturalmente imitativas y plásticas, eran esencialmente relijiosas. Y no podia ser de otro modo, pues los paganos, relijiosos hasta la exajeracion, y devotos hasta el fanatismo, veian á Dios en todas partes, en todas las cosas y en todos los fenómenos de la naturaleza, hasta el punto de que el estado normal de esta llegó á ser la constante contrariedad de sus propias leyes. No era el desequilibrio del aire, ocasionado por la diferencia de temperaturas, lo que producía los vientos, sino el capricho del dios *Eolo* aquí, del dios *Vichr* allá, ó del dios *Vayú* mas allá. Esa tendencia del hombre primitivo á atribuir causas sobrenaturales á todos los sucesos, nacida de su ignorancia de los fenómenos naturales, esa inclinacion á rendir el culto del temor á todo lo desconocido, produjo el

politeísmo, y luego el panteísmo, consecuencia precisa del primero. Política, sociabilidad, artes, ciencias, costumbres, todo se rozaba más ó menos con la religión. Desde el arte de escribir hasta el de cultivar la tierra, desde la ciencia de los astros hasta la de reír á los pueblos, desde la más severa abstinencia hasta la más vergonzosa crápula, todo se estudiaba, se hacía y se practicaba con Dios, en Dios, por Dios para Dios y en nombre de los dioses. La ciencia de los astros, la gran ciencia de los antiguos paganos, era una verdadera teología, pues que trataba del curso de los dioses planetarios, curso íntimamente ligado al hilo de la vida humana, pues el futuro destino de los hombres estaba escrito en el cielo. Este se proyectaba sobre la tierra con estrellas, dioses y todo, así como la tierra se sublimaba, hasta convertirse ella misma, con sus hijos (hombres, bestias, árboles y rocas), en divinidades.

El hombre era el *dios de la tierra*, lo cual hace recordar la expresión de Moisés: "y crió Dios al hombre, á su imagen." A su vez, los dioses eran así como unos *hombres en el cielo*, con defectos y vicios á veces más vergonzosos que los de los mismos hombres; y aunque habitualmente moraban en las regiones celestes, no por esto dejaban de bajar á la tierra á cumplir con sus respectivas comisiones de supervigilancia ó de rejería del mundo sublunar. Algunos de ellos, como los dioses escandinavos, hacían su cotidiano viaje del cielo á la tierra, montados en briosos caballos. El Júpiter griego no necesitó jamás de cabalgadura para bajar á la tierra cada y cuando le placía, pues le bastaba convertirse en toro, en cisne ó en lluvia de oro. Mercurio usaba de alas en los pies y en el sombrero para cumplir rápidamente con los encargos del Tonante. Hércules hizo todos sus viajes y hazañas, á pié; pero Belerofonte, que no era hijo de un Dios, necesitó de montar en el caballo Pegaso para matar á la Quimera. Y que tal caballo sería aquel cuando Apolo, oprimiendo sus divinos lomos y llevando á la grupa á sus nueve hermanos, las Musas, pudo recorrer toda la tierra! Cuando recibió el cargo de hacer andar al sol diurno, el dios de la blonda cabellera hizo uso de otros caballos celestes. En Egipto el dios Sol Râ cruzaba diariamente los mares aéreos sobre la celeste barca; pero en la India, el temible Siva tiene dos cabalgaduras: un tigre fu-

rioso, que monta cuando está de mal humor, y el toro Nandi, del cual se sirve en sus horas de calma, quo no son largas.

118. Verdad es que todo esto no pasa de ser alegorias mas ó menos esplicables; pero no es menos cierto que el pueblo las tomaba á lo serio; y en todas partes ha sido siempre el pueblo el que ha hecho las lenguas. Todas ellas han debido pues, impregnarse del sentimiento popular, hasta el punto de transparentarse en sus gramáticas, y, mas aun, en sus vocabularios, las creencias y las costumbres de los pueblos que las hablaban. Y que creencias mas profundas que las reljiosas? Asi como las preocupaciones mas monstruosas son las que mas enérgicamente se adueñan del espíritu de la multitud, asi tambien son ellas las que dan mayor enerjia y verdad plástica á la espresion hablada. Aquellos pueblos ne podian dejar de hablar del otro mundo, con el cual su imaginacion, llena de preocupaciones, los hacia estar en continuo contacto. Los dioses y los hombres, el cielo y la tierra, eran como los dos extremos de un eje en torno del cual jiraban los acontecimientos del universo. La historia misma de cada nacion apenas podia llamarse *historia humana*, pues á poco andar ya se daba con dioses y semidioses, con trasgos y jigantes. Homero hace tomar parte, en la guerra de Troya, á los mismos dioses del Olimpo; y para echar de ver si los griegos creian ó no al pie de la letra las leyendas del poeta, bástanos considerar que, en tiempos relativamente madernos, mas de una nacion cristiana de la civilizada Europa ha creido que el santo tal ó cual los ha ayudado, en medio de la batalla. Cada nacion pagana tenia su especial dios de la guerra, á quien invocaba. ¿No han tenido tambien las naciones cristianas sendos santos cuyo nombre ha sido su grito de guerra? Tan profundas son las raices de las costumbres y de las preocupaciones, en orden á relijion, que hasta bajo el imperio del cristianismo vemos la espresion del espíritu pagano ¿qué seria en aquellos tiempos, en que se creía que los dioses mismos peleaban unos contra otros? La principal entretencion de los dioses escandinavos. por ejemplo, era la de pelear entre si todos los dias, luego que se levantaban de sus celestes camas, en su morada divina, el brillante palacio ó *Walhalla*. Júpiter estaba siempre ar-

mado del rayo esterminador con que habia vencido á los gigantes, enemigos del cielo, en esa lejtendaria lucha que trae á la memoria la del Arcanjel Miguel contra los espíritus de las tinieblas. Nótese que el nombre del guerrero *Mignel*=*Michael*, significa en hebreo "como Dios" Era Dios quien luchaba en la persona del Arcánjel.

119 La naturaleza toda no era mas que una lucha del Mal contra el Bien, lucha, simbolizada en Ejipto por *Seth* contra *Osiris*, en Persia, por *Ahrimanes* contra *Ormuzd* etc. Hé ahí porque los monarcas paganos se creían unos ministros de la Divinidad, al perseguir á los pueblos *revelados contra el poder divino*, que ellos representaban en la tierra. Hacían la guerra en nombre de Dios, y conquistaban pueblos para Dios. El proselitismo fué el carácter mas marcado de las conquistas emprendidas y llevadas á cabo por los pueblos arianos de la Asiria y de la Persia; y el mismo carácter brilla en las conquistas de los Faraones egipcios, armados siempre, en nombre de *Ammon-Ra*, contra los *hijos de la oscuridad*, los enemigos de luz divina (Dios). Los Hebreos, proclamadores de la idea de *un solo Dios*, emprenden la conquista de la tierra prometida, por obedecer las ordenes de Jehová, y marchan atrevidamente contra los *enemigos del Dios único*, entonando en torno del Arca de la Alianza himnos sublimes, que son sus cantos de guerra. Ellos vencen porque Jehová pelea á su lado; y mas tarde sus hermanos los hijos de Ismael, teniendo tambien por ausiliar á *Allah*, se echan, cimitarra en mano, contra sus enemigos, al grito de *Dios es Dios*, y *Mahoma el profeta de Dios!* Los cristianos mismos cantamos, en el trisagio, un himno al tres veces santo *Señor de los ejércitos*, que corresponde al *Dios Sabaoth* de los Hebreos. Hé ahí el mismo espíritu que en los primeros tiempos del cristianismo, animó a las huestes de Cárlos Martel y al portentoso genio de Cárlo-Magno, asi como cuatro siglos antes habia animado al alma de Constantino, convertido por los cristianos en instrumento contra los enemigos de Cristo, y en cuyas banderas, adornadas con el signo de la cruz, estaba escrito el lema: "por este signo vencerás."

120. Así como nosotros, monoteistas ilustrados, que miramos con lástima á aquellos politeistas paganos, creemos en un Dios todo poderoso, bueno y omnicien-

te, lo cual no nos impide tener nuestros santos milagrosos para invocarlos en ciertos casos especiales, así tambien los Paganos tenían sus dioses secundarios, talvez por no aburrir á Jupiter con tantas demandas. Se ha dividido a la Vírgen Maria en gran número de advocaciones: hai Vírgen de los cautivos, de los agonisantes, de los caminantes, de los desamparados etc. Así tambien, entre los pueblos paganos, habia dioses para todo, y divinidades subalternas para todos. Cada órden de cosas, y aun cada caso especial tenia su divinidad *ad-hoc*: por manera que al Soberano Dios de los cielos le quedaba bien poco que hacer. Sino hubiera sido por el divino hijo de Maria, hoy adorariamos al *dios Vapor* y a la *diosa Electricidad*; y quien sabe si el *dios Magnetismo* no hubiera destronado al soporifero *Morfeo*. Tal era la tendencia pagana a hacer nuevas y nuevas divinidades, con lo cual se habia de debilitar la verdadera idea de Dios, pues se le quitaba su energia, esto es, las cualidades de la unidad y de la eternidad, que es lo único que puede clavar profundamente esa idea en el espíritu humano. Habia, pues, dioses celestes y terrestres, divinidades bellas y disformes, mansas e irascibles, benéficas y malévolas, etc. En la tierra, los dioses eran urbanos o rurales, caseros o campestres; por manera que aquellos pueblos vivian y respiraban en medio de una atmósfera saturada de espíritus, amigos o enemigos del hombre: asi es que un estado de cosas tal, que ha llegado a influir despues en la manera de ser de las naciones cristianas, debia naturalmente trasparentarse en la lengua vital de cada pueblo.

121. Hé aquí porque creo que el estudio de las teogonias paganas, que tanto debieron influir en la formacion de las lenguas, es una verdadera antorcha que alumbrá las vias de la historia y de la filolójia comparada. La palabra, espresion fónica de la idea, retrata los objetos y traduce en sonidos lo mas íntimo del pensamiento humano, hasta aquello de que no se dan cuenta los mismos individuos que inventan y usan los vocablos. Cosa igual pasa con los ritos, usos y costumbres, que no son mas que la traduccion del pensamienso humano en hechos prácticos. ¿Cuántas veces no sucede hoi, que un hecho histórico, el conocimiento de tal costumbre y aun el saber que se usó, allá en lo antiguo, cierto vestido, nos basta para aclarar una eti-

molojia difícil? Luego estudiando las costumbres paganas, calando en esas teogonias y analizando los vocablos que servian para denominar á los dioses ó para espresar los principios fundamentales de aquellas creencias, es como solamente podremos llegar á averiguar la verdadera relacion entre los vocablos modernos y sus aborígenes.

122 Tal es el medio de que me he valido para encontrar las relaciones etimolojicas de miles de palabras de las principales lenguas del antiguo y del nuevo mundo. El sauscrito, el zeudo, el peleva del Zend-Averta, el persa, etc, así como las lenguas de Europa emanadas de aquellas, las lenguas semíticas de Arabia y Palestina, el tibetano, el chino, el japoses, y por fin las cinco lenguas principales de America, el mejicano, el guarani, el aimará, el quichua y el araucano, todos obedecen mas o menos al mismo sistema, presentando tan gran número de analojías, de semejanzas y de identidades, en cuanto á los elementos radicales, que no puede esplicarse tal fenómeno sino suponiendo que todas las lenguas humanas hayan emanado de una orijinal monosilábica.(1)

(1) Como no entra en mi ánimo engañar al lector, ni pretendo, en manera alguna, aparecer ni mas ni menos de lo que realmente soi, debo declarar aquí que estoi muy lejos de saber las lenguas, cuyos vocablos compararé mas adelante. Solo hé tratado de conocer (mas ó menos) sus gramaticas y sus vocabularios respectivos, así como sus maneras de espresar la palabra por medio de la escritura, pues de estos elementos necesitaba para poder establecer comparaciones entre los sonidos constitutivos de vocablos pertenecientes á diversas lenguas y escritos con signos distintos de sonido analogo. En consecuencia, el descubrimiento del fenómeno que en seguida espondré detalladamente (ignoro si hai quien se haya fijado ántes en él) no es efecto de mis escasos conocimientos en el campo de la lingüística, sino el resultado de la casualidad, ayudada por algunos estudios sobre las antiguas teogonias comparadas con la fisiolojia moral de los pueblos paganos. Esta leal confesion de mi parte me da, hasta cierto punto, el derecho de exigir la benevolencia del lector, si no para que acepte, al menos para que perdone los errores de transcripcion en que puedo haber incurrido, ya por haber admitido la errónea transcripcion de otros autores, ya por haberme equivocado yo mismo, al dar á una letra cualquiera un valor fónico inexacto. Todos los que se ocupan de esta rama de la filolojia comprobada saben cuan difícil es á veces saber el verdadero sonido de ciertas letras, y encontrar el signo alfabetico correspondiente para hacer la transcripcion del vocablo en otra lengua.

123 El sistema que voy á esponer comprende dos procedimientos: uno sistético y otro analítico. El primero consiste en tomar como puntos de partida los nombres monosílabos de los primitivos dioses del paganismo, y descender paulatinamente hasta los vocablos comunes en cuyo elemento radical se presente ya uno de aquellos nombres monosílabos, ya la combinación de dos ó mas de ellos. El segundo procedimiento, como se ha visto ántes en el analisis de de la palabra *tierra*, [vease el N^o 24] toma como punto de partida la voz en cuestion; y, separando los elementos simples que componen la combinación radical, asciende hasta llegar al primitivo. En este segundo procedimiento debe obrarse siempre segun las leyes indicadas por el primero, que es la base fundamental del sistema. En consecuencia, comenzaré por enumerar las voces elementales que nos habran de servir de puntos de partida para reconstruir con ellas todos los vocablos compuestos que certifiquen la verdad del sistema. Helas aquí:

Bo—Así se llamaba, en la antigua teogonía de los Caldeos, el Dios eterno, ó *Caos fundamental*, de donde habia emanado la creacion.

KI—Era el nombre de la tierra, entre los Turanianos de Caldea.

AN—Nombre del Ser Supremo entre los antedichos.

MÁ—Madre tierra de los Frigios.

ILU—Dios Supremo de los Elamitas, al oriente de la Caldea:

UR—Monosílabo que en caldeo significa fuego (elemento hacedor.)

UD—Sol diurno de los Caldeos.

THEA—Vocablo griego que significa *diosa*.

ÁS—Radical del verbo *Ser* en Sanscrito.

Estos nombres, casi todos monosílabos, y en cada uno de los cuales no se ve mas que una consonante, presentan tanto por su simplicidad como por las ideas fundamentales que significan, un marcado carácter de antigüedad. Todos ellos, ó al menos en su mayor parte, son evidentemente primitivos, y los que no lo fueren están sin duda mui cerca de los aborígenes del habla humana. Aun cuando pertenecen á diversos idiomas, luego se convencerá el lector de que todos ellos no son sino palabras monosílabas de una

sola lengua. He aquí por qué los he elejido como *ejemplos típicos de referencias*, sin pretender en manera alguna, que ellos sean precisamente los verdaderos progenitores de las palabras, Basta, para el apoyo de mi tesis, que estos monosílabos contengan (como lo vamos á ver) los sonidos generadores de las voces. Veamos pues, ahora como se modifican y como se combinan para producir los vocablos, segun leyes fijas, que dependen de la significacion propia y primitiva, ó de la derivada ó accidental de cada monosílabo-tipo.

124 Comenzando por el primer nombre *Bo* que encabeza

N.º 125

126	<i>Caldeo</i>	Bo	} Caos primitivos generador
127	<i>Fenicio</i>	Bo-hu	
128	<i>Hebreo</i>	Beou	
129	<i>Chino</i>	Fò	} mundo primitivo
130	<i>Polinesia</i>	Po	} el mas antiguo de los reyes
131	<i>Ejipcio</i>	Po-oh	} cielo atmosférico
132	<i>Eslavo</i>	Bo-g	} cielo Dios supremo
133	<i>Peleva</i>	Ba-g	
134	<i>Guarani</i>	{ iBa-g Bi Bò Bo	(el cielo bueno grandor continente)
135	<i>Ceilan</i>	V-jó	(Dios supremo)
136	<i>Ant. persa</i>	Ba-ga	} (cielo Dios supremo)
137	<i>Zendo</i>	Ba-gha	
138	<i>Sancristo</i>	{ Bha-ga Vá-yu	(dios del viento)
139	<i>Chibcha</i>	Bo chica	(dios supremo)
140	<i>Quichua</i>	{ Pa-cha Pa-cha-camac	(espacio dios criador)
141	<i>Araucano</i>	{ We-cub We-nu Pi-llan	(dios madero cielo Dios)
	<i>Mejicano</i>	Vi-iziliputli	dios de la guerra

el cuadro n.º 125, y que contiene la labial B=P=F=V, vemos que se encuentra en los nombres fenicio, hebreo y chinos que le siguen así como en *Po*, nombre que los salvajes de la Polinesia daban al *mas antiguo de los seres*, á la noche eterna que precedió al mundo actual. He ahí al caos primitivo, *Bo*, de los caldeos.

En varios de los nombres que siguen, en el cuadro, la inicial radical va acompañada de otro sonido consonante, por ser ya difícil encontrar series de voces monosílabas en las lenguas actuales. Pero todos estos nombres encarnan los diversos sentidos en que se puede tomar el primitivo *Bo* (dios eterno, hacedor cielo, etc.) Segun todas las teogonias paganas, el *caos primitivo* era el *continente* de la naturaleza en germen; y en este sentido, el monosílabo guaraní *Bo* (continente) es el mismo

142	Africano	Bei	(Señor	caldeo <i>Bo</i> (caos primitivo.)
143	Chino	{ Vei Wei Wèi Wèi Pèi	{ una de las personas de la Trinidad (ser rango riqueza	La misma idea está espresada por el chino <i>Feú</i> (vaso de tierra) aimará PPia (agujero), caldeo <i>B Ba, BaB</i> (puerta), hebreo <i>Bah</i> (entrada, puerta), cuya <i>B=F=P</i> , está en hebreo <i>Bar</i> (Pozo] español <i>Fuo</i> (hoyo), latin <i>Foramen</i> (agujero) <i>Porta</i> (puerta) etc. El guaraní y el chino son los que presentan mayor número de ejemplos de monosílabos de esta esta naturaleza, comparables todos con <i>Bo</i> . en el sentido de cubrir, envolver, pues el cielo, primitivo <i>continente</i> de la naturaleza, es tambien su <i>envoltura</i> o <i>curbertura</i> , Compárece los siguientes ejemplos: chino <i>Vá, Wá</i> , (cubrir), sancristo <i>Vai</i> , (rodear, enlazachino <i>Paó</i> , (envolver) <i>Pèi</i> (volver), <i>Páo</i> (manto); guaraní <i>Piao</i> (forro) <i>Pé</i> (cáscara de árbol) <i>Pé</i> (tejadura); chino <i>Fû</i> (vestido, <i>Phí</i> (Piel), guaraní <i>Pi</i> (Pe-llejo) <i>Piá</i> (covertizo). etc.
144	Sajon	Ba-s	{ Señor jefe (dios primitivo)
145	Árabe	Ba-ch		
146	Hebreo	Pa-th		
147	Tibetano	Phâ		
148	Griego	Pa-n		
149	Chino	{ Pè-n Wa-ng	(primitivo rei	
150	Eslavo	Ba-Bi	(un dios	
151	Tártaro	oBy	(Dios	
152	Latín	{ aBBu-s aVu s	(jefe sagrado (abuelo	
153	Árabe	aBu	{ (padre	
154	Peleva	aBû		
155	Quichua	aPu	{ (goberna- dor	
156	Araucano	aPo		
	Aimará	áPu	señor	
157	Egiptio	aPi-s	(dios toro	
158	Griego	ePi	(elevado (301)	
159	Chino	Phí	(leve	
160	Guarani	{ Bt Bi	(elear (digno	
161	Chino	Wèi	(dignidad	
162	Megicano	{ Pa Pa-c Poa (nino) Poa (nite)	sobre encima ser soberbio (respetar	
163	Chino	Wèi	(estimar	164 La consonantes de todas estas voces es la mis-

ma radical de *Va-so*, como *continente*; de *Va-cio*, como *capacidad* y de *Ve-stido*, como *envoltura*, *cubertura*. La *V=B* aparece en el Sancristo *Val* (cubrir, proteger) en el latino *Ve-lare* [Ve-lar] etc, y se convierte en *P*, en el latino *Pa-llium* (manto) quichu *PPa-chha* (vestido), *PPacchaicuni* (cubrir con una cosa *cóncava*, que es como la tierra ó la naturaleza está cubierta con el cielo] etc.

165. Mas adelante se verá el cómo y por qué se han juntado al radical las consonantes secundarias. Por ahora volvamos á los monosílabos. De la idea de cobertura, *vestido* etc., es para naturalmente á la de *abrigo, calor, abrigar, guardar, proteger* etc., que se ve en el chino *Pá o* (conservar), mejicano *Pia* (nite) (1) (guardar), chino *Pháo* (hervir), griego *Py-r* (fuego); guaraní *Pé* (calor), *Pú* (hervir)-chino *Phing* (cocer) etc.

Nº 167.

168	Caldeo	{ Bo	} dios padre
		{ a B	
169	Hebreo	a B	
170	Arabe	a B	
171	Chino	Fà	
172	Tibetano	Phá	} padre
173	Dórico	Pa	
		{ Wèi	} causa
174	Chino	{ Fà	
		{ Wèi	
			} producir
175	Latin	Fe o	
176	Araucano	Vemn	
177	Tibetan	Byed	} hacer
178	Araucano	Votùmn	
179	Arabe	Faal	} hacer, obrar
180	Hebreo	Phal	
		{ Bhar	} producir
181	Sanscrito	{ Vas	
			} ser, existir
182	Chino	Wèi	
183	Ingles	Be	} ser
184	Sanscrito	Vasú	
185	Chino	Fà	} producto
186	Sanscrito	a Pas	} obra, cosa
187	Latin	o Pus	
			} hecho

166. Considerando ahoraá *Bo* como *padre, hacedor* de la naturaleza, su *B* radical debe ser la misma que la *B = F = V = P* de los vocablos del cuadro núm, 167. Los significados de estos nombres se corresponden todos entre sí y con *Bo* (*dios padre hacedor* ó *productor*) pues dichos significados son: padre, enjendrar, producir, hacer, obrar, ejecutar producto, cosa hecha, obra, ser etc.

Las voces con que termina el cuadro tienen un significado análogo al de *Bo*, que es la *fuerza productora* que da la vida, y que es la *vida* misma de la naturaleza [2].

[1] Los verbos mejicanos se conjugan con ciertas particulas, como *n, ni, nito, nilla*, etc., que anteceden á la inflección verbal. Para que el elemento radical se vea bien claro, pondré dichas particulas entre paréntesis, enseguida del verbo.

[2] Podria decirse en contra de esto que tambien la *B* espresa en griego la idea de *muerte*, pues existe el verbo *Baino*, que primitivamente fué *Báoo*, que significa *morir*. Pero fuera de que [segun lo veremos] los mismos sonidos consonantes espresan las ideas diametralmente opuestas, existe ademas, en este caso, otra razon por la que se ve que el significado de *morir* que la *B* tiene en *Báoo* no se opone al de *vida* que tiene en *Bios*, ni al de *fuerza*, en *Bía*. El sentido recto de *Baino = Báoo* es el de *ir*; y como los que se *mueren* se

Guarani	a Pó	hechura	201. Ahora para que se vea que estas relaciones no son el resultado de la casual- idad sino el efecto de un sistema intencional y lójico, fijémonos en un ejemplo, to- mado del Chino, cuyos mo- nosílabos son los que mas bien parecen como pronun- ciados al acaso. El monosí- labo 'Wéi tiene los significa- dos de <i>ser</i> , <i>haber</i> , <i>llamar</i> , [hablar], <i>dignidad</i> , <i>estimar</i> .
188 Sanscrito	Bhû	} nacer, adqui- rir el ser	
189 Peleva	Bû		
190 Zendo	Bû	} fué	
191 Persa	Bû		
192 Peleva	Bût	} vida	
193 Latin	{ Fuit Vi-ta		
194 Guarani	{ Pi-tù mBi-tù	} aliento, respi- ración	
195 Gaélico	Bi-th	} vida	
196 Baj. bret	Bu-ez		
197 Griego	{ Bi-os Bía	} fuerza, poder	
198 Copto	Pion	vida	
199 Quimri	Biw	} viviente	
200 Gaélico	Beo		

[honrar] *piel*, *opuesto*, [contrario], *causa*; y, apesar de la aparente disparidad de sentidos, todos estos significados están acordes con la idea jeneral de *divino mundo antiguo*, ó caos fundamental, encarnada en el monosílabo *Fó*, correspondiente al caldeo *Bo*. En efecto, *Fó* ó *Bó* es el *ser* por excelencia, el que *es* por sí mismo. El *hizo* todas las cosas, y de aquí es que '*Wéi* signifique tambien *hacer*. Segun el paganismo, el *Verbo* hacedor ó la divina Palabra, *hizo* las cosas, *llamándolas* por su nombre, y así lo dice tambien Moisés [Génesis, I): luego la *B* de *Bo*=*Fó* debe ser la misma de '*Wéi* (llamar, evocar). Las ideas de *digno* y de respeto ó estimación encarnadas en *Wéi* corresponden tambien á la del dios *Fó*=*Bo*. Ya se ha visto ántes, que, siendo *Fó* el antiguo cielo ó cobertura de la naturaleza, este significado se corresponde con el de *piel* ó envoltura. Veamos ahora el significado de *opuesto* ó contrario, que quiere decir *en frente*. Lo que hai en *frente* de la tierra [que es en donde se ha hecho la palabra] es el cielo. Hé ahí la *FRente* ó faz de la naturaleza. Nuestro vocablo *FRente*, latin *FRons*, griego *oFRys*, gaélico *aBhRa*, ingles *BRow*, sanscrito *BhRuva*, ha producido la frase *en FRente*

van, adquirió despues la significacion accidental de *morir*. Ahora bien, el significado propio de *ir* está del todo conforme con el del nombre típico *Bo* [dios, cielo, bóveda celeste] porque la *bóveda celeste* era la que jiraba, la que *iba*, segun los antiguos, quienes creian fija á la tierra en el centro del universo.

[delante], zendo *FRaz*, peleva, parsi y persa *FRáz*, gótico *FauRa*, aleman *VoRn*, ingles *beFoRe*, latin *PRæ*, griego *PRo*, lituaniano *PRA*, sanscrito *PRA*: por donde se ve claramente que la combinacion PR=BR=FR de esta voz es la misma de *BRahm* [cielo primitivo y Dios hacedor en sanscrito]. De la misma manera es como el chino 'Wèi, en su sentido de opuesto [en frente] se halla etimológicamente relacionado con *Fó=Bo*. Por último, la idea de *causa*, que 'Wèi significa, se halla tambien encarnada en *Fó*, que es la gran *causa*, el oríjen del mundo actual.

202. Esa causa fundamental es el *hueVo*, en cuyo seno se incubó la naturaleza. Segun la mitología indiana, la naturaleza toda salió del fecundo *huevo* de *Brahm*, que, roto en dos partes, la mitad de su cascara formó la bóveda celeste, y la otra mitad quedó abajo. La *B* de *Bo* se halla convertida en *V*, en los nombres del cuadro N° 203, algunos de los cuales han convertido la *V* en *U*.

N° 203.

203 Caldeo	Bo	caos ori- ginal.
204 Latin	oVum	
205 Portugues	oVo	
206 Catal	oU	
207 Borgoñ	oU	
208 Gaélico	uBh	
209 Proven	oV	
210 Argivo	oóBeon	
211 Arabe	Beyddah	
212 Español	aVe	
213 Sanscrito	aVi	
214 Latin	aVis	
215 Aleman	Bogel	
216 Ingles	Bird	
217 Tibetano	Bya	
218 Zendo	Vi	
219 Peleva	Vái	
220 Persa	Vaê	

Nótese que el argivo *oóBeon* es mui semejante al griego *oFioon*, serpiente fabulosa, que parece representar al círculo celeste ó contorno de los cielos [1].

(1) Que las voces *o Villo*, *o Voide*, ó *Valo* y *o Vero* vienen de *o Vum*, parece incontestable. Litré se inclina á creer que el frances *au Bère* (o Vero) procede del *latin albus* (blanco); pero esta es evidentemente una voz pasada de España á Francia. Salvá y Domingues dicen que el vocablo *o Vero* significa *de color de huevo*, y luego agregan que este adjetivo se aplica a los "caballos blancos *manchados de alazan* y *bayo*" hai aqui una contradiccion manifiesta, pues, por una parte, el caballo *o vero* para que sea *de color de huevo*, ha de ser completamente blanco, pues este es el color del huevo de gallina, que, siendo el huevo comun ó casero; debió tambien ser el que dió origen al vocablo, y no los huevos pintados de las aves del campo. Por

221. El primitivo caos *Bo*, como continente de la creacion en germen, es el *Bo-Ton*, que, al abrirse, se convirtió en la flor de la naturaleza. Hé aquí ya al vocablo *Bo-T-on*, cuyo elemento radical *BoT* está compuesto de dos letras ó sonidos consonantes de significacion conocida. Se ha visto antes (núm. 24) que la *T* significa *tierra*, madre de la creacion; y acabamos de ver que *B* encarna la idea de *Dios creador*, *continente* de la naturaleza. Luego el radical *BoT* puede traducirse: "Tierra, ó materia prima, (T) en el seno del dios Caos (Bo)." Nótese como el radical de *Bo* se ha completado, produciendo un vocablo mas perfecto, con la adjuncion del elemento *T*; y véase ademas que esta agregacion no es en manera alguna caprichosa ó antojadiza, sino exigida por la naturaleza misma de las cosas.

	N.º 223		222 El cuadro núm. 223 está encabezado por la palabra <i>boton</i> , que como se ve, no es antigua, sino de formacion posterior al latin. Lo mas admirable es, que, á pesar de ser moderno, el vocablo se ha formado segun las mismas leyes que, allá en lo antiguo rijieron la composicion de las voces. Hé aquí porque la combinacion <i>B. T.</i> radical de <i>Bo To</i> (origen, germen) se encuentra en los vocablos Sanscritos <i>Bhú Ta</i> (elemento y <i>BoD</i> (diosa de la fecundidad) tan semejante á la palabra <i>BoDa</i> (matrimonio). Esto proviene de que <i>BoTon</i> se deriva
224	<i>Españ.</i>	Bo Ton	} cuerpo mas ó menos redondo que los vegetales contiene el germen de lashojas y de las flores.
225	<i>Italia</i>	Bo T Tone	
226	<i>Fran.</i>	Bou Ton	
227	<i>Catal.</i>	Bo T6	
228	<i>Portu.</i>	Bo Táo	
229	<i>Ingles</i>	Bu D	
230	<i>Provenc.</i>	Bo Ton	
231	<i>Arabe</i>	Bo Tn	} (vientre.
232	<i>Hebreo</i>	B Tn	
233	<i>Araucano</i>	Vo Tûmn	} enjendar brotar salir el recién nacido diosa de la fecundidad (246) elemento
234	<i>Quichua</i>	PPu Tuyani	
235	<i>Megicano</i>	Vi Tomi	
236	<i>Sanscrito</i>	{ Bo D Bhú Ta	
237	<i>Español</i>	Bo Tar	} arrojlar lanzar echar de sí
238	<i>Proven.</i>	Bo Tar	
239	<i>Italiano</i>	Bo TTare	
240	<i>Quichua</i>	Wi Schhuni	
241	<i>Borgoñ.</i>	Bò TTai	
242	<i>Frances</i>	Bou Ter	
243	<i>Megicano</i>	Vi Tomi	

otra parte, tenemos que el caballo *overo es manchado*, y no enteramente blanco. No admitiendo termino medio esta contradiccion, es menester que, ó bien el vocablo *overo* tiene dos significados, ó bien, en casode tener uno solo (que es lo natural) este sea el de *manchado* y no el de *deblanco*, pues *overo* no significa blanco, tratánse de color de bestias. Luego, si el vocablo significa *manchado*, *overo* quiere decir etimológicamente "que lleva ó tiene huevos, esto es, ó *valos*, ó *manchas ó voladas*"

de *BoTar* (lanzar, echar de sí), idea que allá en lo antiguo se confundía con la de producir, parir, echar de sí; y siendo la *Madre Tierra*, la paridora por excelencia, hé ahí al *BoTon* femenino, que encontramos en el fenicio *BauT* (madre de la creación) y el sanscrito *BoD* (diosa de la fecundidad). Entre los Caldeos, la Madre Tierra se llamaba *BelTis*, que los Escandinavos convirtieron en *BalTia* (madre patria) y del otro lado del Tigris fué *ParTia=ParSia=Persia*. Mas adelante se verá la razón de la introducción de la *l*, convertida después en *r*, según costumbre general de los Parsis y Persas. Por ahora fíjese solamente la atención en las radicales *BT* de *BoTon*, que además se encuentran en el vocablo *BuTo*, con que los Egipcios denominaban al primitivo elemento femenino del cielo (caos).

		N.º 245	
246	Fenicio	Bau T	} esposa del } cielo (223)
247	Egipcio	Bu To	
248	<i>Peleva</i>	Bû T	} nombres } del Ser } supremo } [311]
249	<i>Persa</i>	Bu D	
250	Sanscrito	Wu D	
251	<i>Sajon</i>	Wo Then	
252	Germanio	Vo Da	Mercurio
253	Escandina.	o Din	} Dios supre- } mo [312]
254	German	Vo Tan	
255	<i>América del Norte</i>	Vo Tan	[legislador mítico [313]
256	Araucano	Vu Ta	[señor marido
257	<i>Libio</i>	Va TTus	[rei, señor
258	Sanscrito	Ve Da	[divino
259	<i>Araucazo</i>	Vu Tan	[ser grande
260	<i>Latino</i>	Ve Tus	[anciano
261	<i>Orinoco</i>	Va Tipa	[dios del mal
262	<i>Mejicano</i>	Vi Tziliputli	[dios de la guerra
263	<i>Guinea</i>	Bo Som	} Dios supre- } mo
264	<i>Virginia</i>	KiWa SSa	
265	<i>Benin</i>	o By SSa	
266	<i>Ant. Arab.</i>	o Bo Da	} nombres de } Dios
267	<i>Madian.</i>	a B Da	
268	<i>Persa</i>	Bo D	[dios del vien- to
269	<i>Abisinio</i>	Bu Da	[Hechicero

poner los nombres de los dioses contenidos en el cuadro núm. 245, pertenecientes al antiguo y nuevo Mundo. Aquí aparece ya perfeccionado el nombre del *Dios Creador*, el *BoTon* divino de donde *Bro-Tó* la creación.

El primitivo *Bo* no contiene la *T* de tierra; pero esta se halla en *Vo Tan* y en los demás nombres del creador, convertida á veces en *D*, ó en *S*. A este grupo pertenecen el latino *Vi Ta* (vida, cuyo principio y principal agente es Dios), el araucano *Vo Tümn* (enjendrar, dar la vida); el mejicano *Vi Tomi* (salir á luz el recién nacido), el árabe *UDjuD* (existencia) etc.

278 Mas adelante se estudiarán los grupos de los nombres

270	Indiano	{ Bu Dha Bu Ta	} encarnaciones divinas	conjéneres, en donde figura la combinacion radical
271	Caldeo	Bu Tama		<i>B. T=V. T=F. T=P. T=</i>
272	Chino	Fò-To		<i>B. D=...</i> Por ahora fijé-
273	Egipto	F' Tà	[dios primitv.]	monos solamente en que esta
274	Griego	Fae Ton	[hijo del Sol]	misma combinacion se halla
275	Caldeo	F' Tcha	[iluminar]	en el vocablo <i>Pa Dre=</i>
276	Islas de la Sociedad	Fu Tafchi	Dios supremo	<i>Pa Ter</i> , así como en sus mas
277	Quichua	Wa Tuní	[pronosticar]	cercanos conjéneres <i>Pa Tri-arca, Pa Tron, Pa Tria</i> , etc.

Estos nombres concuerdan, tanto en el radical como en el significado, con los del cuadro núm. 280, porque *Bu Dha=Vo Tan=...* es el *Pa Dre* de la naturaleza, el Señor (Patron) del mundo etc. Como oríjen de *hijo*, el *Pa Ter* es el *Bo Ton* en donde aquel encarna (V. el cuad. núm. 223); y hé aquí á la palabra *Bo Ton* íntimamente ligada con el araucano *Vo Thai* (padre) ruso *Va Tia* (id). aleman *Va Ter* (id), araucano *Vo Tumn* (enjendrar), griego *Fy Tios* (fecundante), sanscrito *Bo D* (diosa de la fecundidad), hebreo *B Tn* (vientre), árabe *Bo Tn* (id), megicano *Vi Tomi* [nacer el niño], sanscrito *Bhú Tas* [nacido], *Bhú Tan* [criatura], latin *Fæ Tus* [Fe To], griego *Fy Ton* [criatura, infante, brote], ingles *Bu D* [brotar], quichua *PPu Tun* [brotar las sementeras, echar hojas y fruto las plantas] etc.

279.—Ahora podemos ya analizar la palabra *padre*, latin *pater*, compuesta de tres elementos conocidos, *Pa + T + eR*. Echese una mirada sobre el cuadro 280, que comienza con los nombres mas simples de *padre*, y se verá cómo se ha ido formando sucesivamente el vocablo. He intercalado algunos nombres del cuadro anterior, porque el presente no es mas que una continuacion de aquel. En efecto, los significados de *padre* y de *Dios*, llegaban á confundirse, allá en los tiempos primitivos en que Dios era el *Padre universal*,

Nº 280

281	Caldeo	a B	} padre 126	jefe gobernador superior
282	Hebreo	a B		
283	Arabe	{ e B		
		{ a Bú		
284	Tibetan	ya B		
285	Peleva	a Bu		
286	Siriaco	a BBa		
287	Quichua	a Pu		
288	Araucano	a Po		
289	Griego	e Pi		
290	Guarani	a Pité	162	encima 245
291	Peleva	a Par	sobre	subir
292	Araucano	Pran		
293	Mejicano	Pac		
294	Quichua	{ a Pani	llevar algo sobre sí.	el que lleva arriba 248
		{ a Pac		
295	Guarani	i Baté		

296	<i>Inglés</i>	o Ver	} sobre encima	y el padre era una especie de Dios de la patriarcal familia.
297	<i>Aleman</i>	ü Ber		
298	<i>Persa</i>	u Peri		
299	<i>Zendo</i>	u Psiri		
300	<i>Latín</i>	su Per	} superficie 289 gobernar cabeza 288	En los primeros nombres (aB, aBu), caldeo, hebreo, árabe i peleva, entra solo la B del dios Bo, la cual se endurece en el quichua aPu [gobernador], guaraní aPorouquai [gobernar] ejipto aPis [dios toro] etc. En seguida están los nombres en que la B = P = V = F va acompañada de la T = D = S, nombres que corresponden al de los dioses BuDha, VoTan etc. Así, pues, en la voz pater, la P = Bo significa cielo creador; y la sílaba TeR quiere decir TeRRa: y he ahí expresado el eterno consorcio del Cielo y de la Tierra, padres [padre y madre] de la Naturaleza.
301	<i>Guaraní</i>	{ a Pè a Poroquai a Pi		
302	<i>Ejipto</i>	a Pis		
303	<i>Tártaro</i>	o By	} padre 245	
304	<i>Latino</i>	a BbuS		
305	<i>Guaraní</i>	a Baré	} Dios padre mundo antiguo padre obuelo hechicero	
306	<i>Madianita</i>	a BDa		
307	<i>Sanscrito</i>	a BaTar	} padre 245	
308	<i>Ant. árabe</i>	a BoDa		
309	<i>Latín</i>	a VuS	} Padre 245	
310	<i>Americ. cent.</i>	a Boyé		
311	<i>Araucano</i>	{ Vu Tá VüThai VoThai	} Padre 245	
312	<i>Ruso</i>	BaTia		
313	<i>Aleman</i>	VaTer	} Padre 245	
314	<i>Inglés</i>	FaTher		
315	<i>Escandinavo</i>	all Fa Der	} Padre 245	
316	<i>Chino</i>	{ Fö Fü Payamö		
317	<i>Guaraní</i>	{ Paye Pae	} Padre 245	
318	<i>Tibetano</i>	Pha		
319	<i>Gótico</i>	FaDar	} Padre 245	
320	<i>Persa</i>	PaDer		
321	<i>Sanscrito</i>	PiTar	} Padre 245	
322	<i>Griego</i>	PaTer		
323	<i>Latín</i>	PaTer	} antepasado padres de la humanidad	
324	<i>Araucano</i>	{ PuThem ePatum		
325	<i>Latín</i>	PaTriarcha	} patriarca	
326	<i>Árabe</i>	BaTTtrak		
327	<i>Latín</i>	PaTruus	} tio	
328	<i>Chino</i>	Pè		
329	<i>Latín</i>	PaTronus	} patrou patrono	
330	<i>Habreo</i>	PaTh		
331	<i>Tibetano</i>	Pha	} jefe señor	
332	<i>Turco</i>	PaSCH		
333	<i>Peleva</i>	PaSTKai	} soberano sobre	
334	<i>Aimará</i>	{ PaTKha PaTKa		
335	<i>Guaraní</i>	Pi Té	} encima 245	
336	<i>Quichua</i>	Pachaca		
337	<i>Copto</i>	Pioro	} mayor domo señor, jefe	
338	<i>Ejipto</i>	Peraa		
339	<i>Guaraní</i>	a Poroquai	} Faraon, el rei gobernar	
340	<i>Mejicano</i>	Papa		

DANIEL BARROS GREZ.

(Continuará.)

RECUERDOS DE LA NIÑEZ

MR. POLKA

O SEA

UNO DE LOS INCONVENIENTES DEL PROTECTORADO.

Allá por el año de 1854, estaba en el apogeo de su celebridad, aquel inglés excéntrico, que todos conocieron con el nombre de Mr. Polka.

Personaje típico, levantado por la proteccion del alto comercio de Valparaiso, llegó (permítaseme la comparacion) a adquirir una notoriedad tan extruendosa, sino mas que la del inolvidable CUATRO REMOS.

Mr. Polka era poeta erótico y satírico; pero como no podia jirar en Chile con ese capital, vendia en un pequeño almacén de la calle del Cabo, todos huesos de la importacion inglesa.

Peinetas de la edad media, arneses truncos, guantes de la mano izquierda, botas del pié derecho, jabones de Windsor, pastillas chistosas y muchas otras cosas por el estilo, constituian el surtido ordinario de esa féria humorística.

Mr. Polka tenia el orgullo de su nacionalidad y por lo tanto, poseia en el mas alto grado, la idea de esa exactitud inglesa, que consiste en remitirlo todo a la hora de los vencimientos.

De aquí nacian los remates públicos, que efectuaba in-

defectiblemente todos los días sábados, entre siete y nueve de la noche.

Era un sábado de verano en que reunidos algunos amigos y discípulos, bajo la respetable y ceñuda protección de Don D. . R. . , el hombre mas honrado y leal que he conocido sobre la tierra, dirijimos la visual hácia la tienda de Mr. Polka.

Tenia lugar esa noche, una subasta especial, dedicada a la realizacion completa del surtido.

El poeta británico lo habia anunciado por medio de carteles, que terminaban con la siguiente nota.

“Se suplica a los concurrentes que no vuelvan a tirar pelotillas.”

La advertencia no podia ser mas contraproducente.

Era una jenerala, para llamar a todos los colejiales traviosos y a todas las jentes de buen humor.

Y realmente, no habian sonado todavía las siete de la noche, cuando la tienda de la calle del Cabo hervia como una colmena.

No menos 200 curiosos entre ingleses y nacionales, invadian los flancos del dueño de casa, que se destacaba sobre un pedestal de maletas superpuestas, dando a la asamblea toda la solemnidad compatible con el martillo de Guallacan que usaba, y con una melena que le colgaba hasta la quinta o sesta vértebra de la espina dorsal.

Probablemente no éramos tan desconocidos de Mr. Polka, porque nuestra presencia en la tienda lo tenia preocupado.

Miraba constantemente hácia el lugar donde nos encontrábamos, demostrando por medio de una inflexion maliciosa del labio inferior sus dudas y sus temores.

Los ingleses cuando malician cierran un ojo con aire avieso, o comprimen un labio con marcada y punzante intencion.

Nosotros francamente hablando, llevábamos un plan meditado, pero de tal naturaleza, que solo podia llevarse a cabo en un momento de descuido.

Al calor de las improvisaciones, Mr. Polka se habia trasladado en cuerpo y alma a *Oxford street*.

Hablaba y versificaba en inglés como una flauta automática y dando unos vuelcos voluptuosos a su melena, levantaba el martillo, para dejarlo caer como una guillotina sobre el objeto vendido.

Dos, tres, y a lo mas cinco reales, colmaban las peroraciones del orador mercachifle.

Le tocó su turno a la obra trunca de no recuerdo qué literato inglés.

Eran cinco volúmenes empastados, que se remataban *ad corpus*, sin responsabilidad alguna, ni para el martillero ni para el autor.

—*My dear sirs begin!*

—Un medio.

—Tres cuartillos.

—Real y medio.

Este era el momento sicológico en que Mr. Polka tomaba la palabra con cierta sorna para increpar a la concurrencia su falta de espíritu de justicia y la sinrazon de sus ofertas.

Pero nunca, como en esta vez, se manifestó elocuente e indignado.

Desgraciadamente, coincidió la parte mas patética de su discurso con la realizacion de nuestro programa.

Mientras accionaba como un desgonzado, uno de nosotros lo enlazó por detras, impidiendole el uso de las manos y haciendolo perder el equilibrio.

Fué aquello una catástrofe, porque la furia de Mr. Polka se desbordó en las injurias mas sangrientas.

Desde el suelo, enredado en la lazada de un cordél y sin poder tomar una actitud ofensiva, porque lo tirábamos sin piedad, gritaba:

Rable!
stupid ass!
God damn you!

La escena, por lo violenta mas que por otra cosa, causó una especie de pánico entre los concurrentes, que no atinaban a explicarse la actitud furibunda de Polka, ni su descomunil costalada, ni siquiera el verdadero *cisma* de al-

gunos británicos, que habiendose apercebido de la manio-
bra, veian en ella, algo como un desacato internacional
contra la grave y rubicunda Albion.

Una vez restablecida la calma y cuando el anfitrión ha-
bia conseguido pararse, no sin haber hecho por donde
acomodarse la florestal melena, se abre camino por entre la
concurcencia, un inglés seguido de un paco.

Lo veo todavía.

Grande como un *cleaveland*, atlético como un argonau-
ta, y encendido como un faro, se presentaba en nombre de
la vindicta pública y del *housholder* a reivindicar los fueros
del *Triboulet* del alto comercio de Valparaiso.

El alto comercio era por aquellos tiempos una especie
de institucion de derecho público.

Influa decididamente en la política interior, y en todo
lo demas, obraba a destajo.

De aqui resultó, que cuando pocos años mas tarde le
amputaron un brazo a mi querido amigo Juan Whitehead,
se creyera el almirante inglés con derecho sobrado para
tazarlo en cincuenta mil pesos al contado.

Juan Whitehead pesaba solo ciento quince libras.

Hasta ese momento, don D.....R.....se habia
mantenido en la mas correcta neutralidad, pero cuando vió
desencadenarse el peligro de una prision, se adelantó hácia
el enemigo para decirle,—que ni él, ni todos los *gringos*
juntos nos llevarian a la policia,—y que no se descomidie-
ra en lo menor, porque entónces él (esto fué sublime) se
arremangaria las manos.

Era un verdadero *Casus belli*, con peligro inminente de
un entrevero a puños entre nacionales y extranjeros.

Don D.....R.....que se encontraba en jarra y con
la cara tan erguida como la de un conde de luna, afron-
tando la situacion con un heroismo digno de la epopeya, cu-
bria nuestra vanguardia.

Por detrás solo se veian paredes, mostradores, merca-
derías y mas atrás, el Cerro Alegre.

La salvacion con armas y bagajes, en tal emergjencia, se
hacia imposible.

Y lo peor era, que la acritud y el ardor de los espíritus no ofrecia largos plazos ni a la tregua ni a la conciliacion.

Habíamos capitulado, dejando en poder de Mr. Polka en calidad de prenda pretoria, el lazo y tres paquetes de cohetes que por fortuna no alcanzaron a estallar.

Lo demas corria de cuenta del vigilante, quien con esa entonacion peculiar del representante de la lei, mostrándonos el camino de la plaza de la Victoria, nos decia,—pa entro! caminar lijerito?

La *sofoquina* de los ingleses bajaba en grados de temperatura, pero subia en arreboles granates de nariz y de cachetes.

Alentados por el éxito que habian obtenido, querian seguir adelante y lo habrian conseguido, si Mr. Polka no se hubiera montado en las coloradas para declarar con todo el énfasis dramático de la víctima,—que despues de lo ocurrido se degradaria volviendo a pisar la tribuna.

Un poeta inglés no podia sobreponerse a la afrenta de un lazo, sin aceptar tácitamente lo que el credo humanitario y social de la isla britanica condenaba como lo mas monstruoso y como lo mas inícuo de la raza española:—las corridas de toros.

Pero Polka, que en medio de su amargura divisaba en los semblantes una cierta sonrisa de satisfaccion y que era hombre de actitudes plásticas aprendidas en la trágica historia de su pais, se acordó en ese momento de Cronvell y colocándose en la puerta de la tienda, apostrofó a su antojo a todos los miembros imaginarios del parlamento, que salian.

Solo en una cosa infringió la verdad histórica:—en haber esperado la salida de todos los asistentes, para gritar con toda la fuerza de sus pulmones.


“El sábado próximo, a las siete y media en punto”

En el entretanto ya nosotros estábamos en libertad.

Al llegar a la plaza del Orden, emprendimos la carrera con tal velocidad hácia nuestras casas, que el vigilante no tuvo mas que conformarse con la augusta y sexajenaria posesion de Don D. . . . R. . . ., quien sin pensarlo siquiera nos

dió con ese ejemplo práctico de entusiasmo y de abnegación, la enseñanza, de cuan peligrosos son los protectorados ejercidos sobre pueblos inconsientes a título de simpatía y de valor.

A. SUBERCASSEAUX



APUNTES DE VIAJE

(DRESDEN. GAFERIA DE PINTURAS)

Terminaba mis observaciones sobre Correggio, y la “famosísima Magdalena,” como la llamaba Rossi quien la compró en Módena, se habia escapado de mi memoria: es verdad tambien que por su pequeño tamaño no tiene la importancia de las demás pinturas, y está por ello confundida entre tantas otras en una de las innumerables salas pequeñas de la galería. Pero el tamaño no está en relacion al mérito, y esta Magdalena tan conocida en todo el mundo, y aún reproducida por Correggio mismo, (el otro ejemplar está en *Lóndres*) es una pintura encantadora que uno nunca se cansaría de admirar. Tendida sobre el suelo, y lijaramente desnuda, apoya el codo del brazo derecho con que sostiene su cabeza sobre el libro sagrado en que parece meditar con profundísima atencion, mientras lo tiene cojido por debajo con el brazo izquierdo. No sé si esa mujer dá la idea de la Magdalena pecadora y arrepentida, pero sí que esa cabellera dorada que se derrama sobre las carnes blanquísimas, que esa espresion de reposo en la figura y en las bellas facciones de la cara, forman un efecto delicioso, uno de aquellos que pueden atribuirse verdaderamente a Correggio. Muchas veces se me ocurría la idea de que éste habíase propuesto algo mui distinto al comenzar este cuadro, y que en el curso del trabajo habia tenido lugar la metempsícosis del asunto, que habiendo comenzado por una *Vénus* en reposo terminaba por una

santa en meditacion mística y profunda; porque hallaba demasiada voluptuosidad en el movimiento, una figura no sometida a los rigores de la penitencia ni el desierto, un color y una carnacion demasiado ricas. Y por cierto que si esta hubiera representado a la diosa pagana ninguna de las de Tizziano o Guido habrian sido mas hermosas. Siendo Magdalena cristiana ninguna de las numerosas que existen puede tampoco comparársele en belleza ni en atractivos tanto materiales como artísticos. (Hai una de Battoni en el mismo museo hermosísima tambien, pero se le asemeja tanto, aunque tiene dimensiones mucho mayores, que no solo parece inspirada en ella sino que llega a ser una verdadera copia; el color es aún mas sensual, por manera que, haciendo a un lado la calavera—como lo ordenó Federico II al pedir una copia—queda mucho mas la Vénus recostada que la Magdalena.)—

El pequeño tesoro de Correggio estuvo en una ocasion en gran peligro de desaparecer para siempre de la galería de Dresden, y aquella historia hizose tan popular aquí que hasta dió tema para algunas novelas.

Un día de octubre en 1788 el Director de la galería, Riedel, tuvo la penosa sorpresa de ver que el cuadro habia desaparecido; la noche anterior habia sido mui tempestuosa y mediante es o nadie alcanzó a escuchar la rotura de las verjas ni de las ventanas. Púsolo inmediatamente en conocimiento de su Jefe, el Conde Marcolini, y éste hizo colocar sin pérdida de tiempo avisos en todas las esquinas de la ciudad ofreciendo mil ducados a la persona que devolviera el cuadro perdido.

Pasaron algunos días, y ya estaban desesperados de recuperarlo cuando recibió Riedel una carta anónima de una ciudad vecina en que se le daba como medio seguro para ello, el escribir sobre la puerta de la galería y la ventana destrozada estas palabras:

Agmoet, melah, Aglat, Aglat, Delay,
 † † † †

con las cuales el mismo ladron se veria obligado a restituir su presa. En la corte se intrigarón mucho con este enigma, y no sabian qué hacer, si seguir el misterioso consejo o es-

perar aún los efectos de la gran oferta de dinero, hasta que un limpiador de lámparas encontró junto al edificio del Cuvinger una cajuela pequeña, y dentro de ella una carta dirigida al Elector y para ser "abierta por su propia mano." Ella, anónima también, pedía que se depositara la suma en un agujero junto a una piedra miliaria del camino que indicaba, donde encontrarían a su vez más tarde el cuadrito desaparecido.

Pero no se alcanzó a usar de este medio, porque mientras tanto diversas circunstancias habían hecho sospechoso a un individuo llamado Wogaz, que tomado preso con toda su familia vióse obligado a confesar su delito, cuando después de innumerables pesquisas fué encontrado el cuadro escondido proligamente en un pajar. Allí estaba también el marco de oro y plata y piedras preciosas, que seguramente había sido el motivo del robo, así como otros cuantos objetos artísticos de valor. Desde entonces el rico marco de antes pasó a ocupar un sitio en el Tesoro, y pusieron a la Magdalena uno de madera sencilla, lo que aleja siquiera el peligro de los robos disminuyendo la tentación.—

Ese cuadro parece ser ahora uno de los favoritos para los pintores en pocalana, y es increíble el número de reproducciones de él que se vé en todas las tiendas de Dresden; la pintura de Correggio préstase sin duda para ser trasladada a ella donde se necesita de asuntos agradables y suave y de colorido fresco y brillante.—

De las demás escuelas italianas, las de Venecia y Bolonia son las que están mejor representadas en la galería de Dresden, y especialmente la primera, que a decir de muchos, puede estudiarse aquí mejor que en cualquiera otra ciudad de Europa, a excepción por cierto de Venecia misma. Paulo Veronese está a la cabeza con los numerosos cuadros de gran tamaño que se cuentan entre sus mejores obras; pero hay también unos cuantos Tizianos notables, una de cuyas Vénus, que duerme con la cabeza apoyada sobre una mano, es de las más hermosas que de él conozco; y muy bella es también aquella mujer de perfil griego vestida de blanco que se acerca a la Virgen, una de las composiciones de su primer estilo que conservan aun todo el encanto del maestro Giovame Bellini; y en fin el "Dinero de Judas," muestra exquisita de su última manera.

Y a más de estos maestros los hai en abundancia de los dos Palmas, Podernone, Paris Bordone y Tintoretto, que son los que principalmente enriquecieron la mas ilustre de las escuelas de Ytalia. Cada vez que pasaba por la sala deteníame un rato ante una tela de Palma, "il vecchio," que me agradaba sobremanera; y ninguna mas sencilla. Pero esa misma sencillez era lo que me agradaba, porque al contemplarla creíase uno trasportado a esos buenos y felices tiempos de la edad pastoril. En medio de un estenso campo se han encontrado un pastor y una pastora, cada uno de los cuales cuidaba su rebaño; dos amantes que despues de una ausencia vuelven a juntarse como al acaso, y que manifiestan su júbilo con el mas púdico y patriarcal de los besos, de aquellos que se darían entre sí los pastores de Garcilaso. Las ovejas miéntras tanto júntese tambien y parecen jugar regocijadas por la dicha de sus guardianes. Con todo el estilo antiguo, y los trajes del siglo XV, es la mas simpática de las églogas, que hace suspirar por la vida pacífica de los campos sin mas murmullo que el del arroyo, y por esa edad ya perdida en que florecían los idilios como uno de sus principales encantos. El maestro veneciano fué aquí mas poeta que artista porque supo inspirarse en una de las situaciones mas bellas de la vida. ¡Que agradable es tambien verlos salir alguna vez de las eternas composiciones de santos, asuntos muchas veces sin atractivo artístico, y que hacen de los museos de antiguos un verdadero Año cristiano!

La escuela de Bolonia tiene numerosos representantes, y aunque talvez ninguna tela sobresale en gran manera ni pueden contarse entre las obras maestras de sus pintores, les hai de bastante mérito. Faltan Domenichinos, pero hai en cambio muchos de los Caraccis; una preciosísima Vénus de Guido, con toda la delicadeza del blanco pálido con que a veces como gran contraste llenaba sus telas; una agradable Diana, de Guercino, y en fin, muchos otros que dan a conocer las tendencias de esa escuela, que comenzaba a separarse del camino trazado por la pintura romana y de Parma, y en cuyo vigor de colorido en los contrastes de luz y sombra, y pesadez de las formas y composiciones, hace muchas veces falta el sentimiento armónico de aquella.

Ocuparse de las escuelas primitivas florentinas seria propio de un trabajo mas detallado y largo que esta lijera ojeada; para apreciar esas pinturas asi como las otras antiguas en que el arte comenzó a manifestarse despues del período bizantino, es menester tener conocimientos mas avanzados, o siquiera un gusto y sentimiento exquisito que están mui por encima de la vulgaridad. Nada mas interesante que hacer ese estudio histórico de la pintura, y yo lo he seguido con atencion no solo en Italia sino en Alemania y Flandes, comenzando allí en los frescos de Giotto en Padua, y aquí con las escuelas de Colonia, de los Van Eyck, Menling, Roger de Leyden y Vander Weiden. Pero todos ellos están fuera de la admiracion de los aficionados del dia, y tan poco se detienen en los museos frente a las crudezas flamencas y alemanas, como delante de las pinturas cándidas de Mantegna, o de las florentinas de Leandro Boticelli y Luca Signorelli; podrán negarle la belleza pero no el sentimiento ni el gran mérito que tienen por haber sido las primeras.

Lo que hai de las escuelas italianas restantes no merece casi mencionarse; y en conjunto no creo que la coleccion italiana, haciendo a un lado por cierto una media docena de cuadros extraordinarios, pueda admitir comparacion, no digo con la galería Uffizzi y Pitti, pero ni aún con el Louvre ni el Museo de Madrid, y la escuela de Venecia tiene, segun mis recuerdos, muestras mas variadas en el Belvedere de Viena, aunque en ninguna parte, fuera de Venecia misma, hai semejante grupo de Paolo Veroneses.

Los maestros españoles son mui escasos, pero ello no es raro, porque otro tanto sucede en los demás museos fuera de España. Con raras escepciones todos los cuadros de mérito han podido conservarse en el país; y ello es una suerte. En los modernos sucede todo lo contrario; están tan de moda que ahora ván a adornar los palacios de todos los millonarios del mundo, sobretodo de ingleses y norte americanos, que son sus mas grandes admiradores; y por este motivo encontrar un buen Fortuny en España es tan difícil como un buen Murillo fuera de ella.

No parezca extraño que diga "buen" Murillo. El maestro sevillano se asemeja en eso algo a Rubens; pintó con tal abundancia que no siempre puede admirarse en sus

telas las mismas cualidades encantadoras, debido sin duda a que llevan su nombre muchas que no salieron de su pincel, o que solo debieron en parte y lo demás fué completado por los varios discípulos.

En la galeria de Dresden hai dos Murillos adquiridos de la coleccion de Luis Felipe de Francia: una Vírjen con el niño, y un santo con casuya de sacerdote. Ni uno ni otro me entusiasma; aquella no tiene absolutamente ni la armonía ideal, ni los tonos melodiosos de las vírjenes de Murillo; éste, aunque pintado admirablemente parece de sus mejores tiempos, no es una composicion ni asunto agradable que pueda atraer por sí mismo. Me habria imaginado que era San Ildefonso, obispo de Sevilla, a quien se ve allí reproducido tan amenudo con la casulla que la misma Vírjen le trajo del cielo, pero leo en el catálogo que es un Santo Rodriguez, mártir. Sea quien fuere el santo, es mas bien un cuadro de altar que de museo.

Quien quiere juzgar del jenio de Murillo debe ir a buscarlo a Sevilla; habiéndole conocido en su ciudad natal ni las admirables telas del museo del Prado satisfacen en seguida. I ¿qué podrá decirse entónces de las que están esparcidos en los diversos museos de Europa? Cada vez que las veo siento una especie de sentimiento de amor propio nacional, porque comprendo que con esas muestras las multitudes que visitan los museos no pueden atribuir al artista sevillano sino una parte insignificante de su mérito, ni pueden comprender absolutamente hasta dónde llegó el poder de esos pinceles, que parecian a veces manejados por una mano de ángel: tan deliciosas son algunas de sus composiciones. Saliendo de España (allí se le puede conocer sobretodo, en Sevilla, en el Museo, Catedral, Palacio de San Telmo, y coleccion Cepero y Hospital de Caridad; en Madrid, en el Prado y en la Academia de San Fernando,) saliendo de España, repito, son contadas las telas hermosas de Murillo, y por la inversa hai muchas que no hacen gran honor a su fama. Recuerdo ante todo una Santa Familia de la Galería Nacional de Lóndres, que puede figurar en primera línea entre todas sus obras; y en seguida, la Concepcion del Louvre, comprada por el precio enorme de mas de 600,000 francos; otras dos Vírjenes muy reproducidas en todo el mundo de la Galería Pitti, en

Florenzia, y de la Corcini, de Roma. El mismo Vaticano solo tiene dos telas de mui escasa importancia, y ellas llegaron allí como regalo de la reina Isabel a Pio IX.

Y con mayor razon puede decirse eso de Velazquez; es él un maestro apenas conocido en Europa, si no se le vá a estudiar únicamente a Madrid, porque como pintor favorito de Felipe IV, la mayor parte de sus trabajos han debido quedar en esa Corte. Uno que otro retrato encuéntrase de vez en cuando en las galerías estrangeras, y de ellos hai uno que es probablemente el mas admirable que jamás haya pintado, y que yo colocaria como modelo de todos los retratos del mundo. Me refiero al del Papa Inocencio X, que está en el Palacio Doria de Roma, a cuya familia él pertenecia; una repetición del mismo con solo la cabeza está en el Hermitage de Petersburgo, o seria mas bien el bosquejo para el retrato grande. Es imposible encontrar un retrato en que se reunan como en éste todas las cualidades mas brillantes; a la vida y animacion de la figura el colorido perfecto de la carne y es tal el relieve de esa cara que muestra tanta inteligencia como perspicacia maliciosa que uno cree estar delante del personaje, que destaca mas aún con la nota vigorosa del traje rojo. Es un retrato incomparablemente superior a todos aquellos de Madrid de los reyes de España, o del conde duque de Olivares, porque además el modelo no tenia la cara estúpida de Carlos II, ni está sobre uno de esos caballos rellenos tan poco naturales que hacen desagradable el efecto jeneral de sus retratos ecuestres del museo del Prado.

Otra clase de composiciones de Velazquez no he visto en museo alguno fuera de aquel.

El de Dresden posee dos retratos, y ellos, son por cierto de gran mérito, como muestra del mas enérgico y vigoroso de los pinceles.

Ribera, el eterno pintor de los San Jerónimos, dándose con una piedra en el pecho, no podia faltar aquí con unas cuantas de sus pinturas, que de ordinario rayan en vulgaridad, porque parece que elejia sus modelos de santos entre los bandidos mas desalmados de las prisiones o las galeras, lo que no quita que muestre siempre un grandísimo talento. Sin referirme a los San Jerónimos en penitencia, tiene la galería ademas, un magnífico retrato de Dió-

jenes;—llámolo retrato, aunque el filósofo griego, nunca se prestara para la reproduccion de sus facciones,—porque dá perfectamente la idea del cínico segun nos lo hemos podido imaginar, y tiene todas las condiciones de un retrato tomado del orijinal; y tambien una curiosa representacion de Santa Ines, en el momento en que, desnudada por los verdugos romanos delante de todo el pueblo, crecióle la cabellera de tal suerte que alcanzó a cubrir con ella toda su desnudez, impidiendo así las miradas impúdicas de la multitud. A esta mártir, es a quien se ha levantado una iglesia en la plaza Narbona, de Roma, precisamente en el sitio en que aquéllo tuvo lugar, que era uno de los grandes lupanares de los romanos.—El asunto elejido por Rivera, no es nada agradable; pero ese cargo que habria que hacerle en casi todos sus trabajos, bien puede pasar en silencio. Velasquez lo mereceria mucho mas, aun por lo que prodigó los atroces enanos y otras figuras groseras; en uno y otro caso, mas vale prestar solo atencion al mérito de la ejecucion, y fijarse poco en el agrado del asunto.

La vieja escuela de Sevilla está representada por un pequeño Cristo del “divino Morales”, que en este caso nada tiene de “divino”, y unas cuantas telas de importancia de Zurbarán,—un relijioso a quien un grupo de Cardenales viene a ofrecer la tiara pontificia;—de Valdes Leal, y otros que tienen gran valor para una coleccion de museo, pero en sí no gran belleza.

La cantidad de pinturas flamencas y holandesas es innumerable, y talvez no haya otro museo tan rico en esas escuelas por lo que respecta a los maestros “pequeños”, si puede calificarse así a ese ejército de pintores que nunca salieron de las composiciones de jénero diminutas, a los interiores con trajes de raso, a las fiestas populares, a las escenas grotescas de aldea, todo en pequeñísimas dimensiones, o a los paisajes de poca mayor importancia. Todos esos pintores y sus asuntos fatigan a la larga, o al menos a mí me ha fatigado ver en todas partes los mismos tipos y las mismas escenas hasta lo infinito, por mucho que tenga que admirar la ejecucion esquisita, y las grandes cualidades que en cada uno de los ramos les distingue. Así como en la literatura, hai poemas elevados, producto de una imaginacion mas o menos rica, y otros estudios de cos-

tumbres o jénero, producto de una mente perpicaz y observadora, natural es tambien, que los colores tengan un campo igualmente vasto, y que no solo puedan reproducir las escenas grandiosas, las situaciones ideales y poéticas, sino tambien aquellas ordinarias de la vida, que para observar basta descorrer el velo que encubre el interior doméstico de cualquiera de las habitaciones, el modo de ser de cualquiera de las familias y sus actos mas sencillos que se repiten todos los dias de la vida.

Estos últimos son los que han ocupado a la multitud de artistas que florecieron en los Países Bajos en el siglo XVII, formando un estilo completamente peculiar que mas tarde ha tenido muy escasos imitadores, lo que, a mi juicio, es una ventaja, porque por muy natural que sea ese estudio de costumbres, las tendencias del arte deben encaminarse al embellecimiento mas que al retrato del aspecto prosaico de la vida. Es curioso que las obras de esas escuelas puedan encontrarse en su mayor parte fuera de Holanda o Bélgica, y que sea menester ir a Inglaterra, Alemania, Madrid o San Petersburgo para conocerlas; puesto que no me refiero a las primeras escuelas de Flándes, cuyas obras se conservan casi exclusivamente allí, ni a la de los grandes maestros, como Rubens y Rembrandt, que aunque distribuidas por todo el mundo, siquiera muchas de las mas notables han podido quedar en sus propias ciudades. Y aquellas son todas tan parecidas unas a otras que, quien las ha visto en un museo no necesita preocuparse de verlas en otro; los paisajes con figuras de Breughel, el *velours*, en que ignoraba todavía las reglas de la perspectiva; las "Kermesses" de Teniers, esas fiestas populares flamencas donde se trasluce el carácter y sangre pesada de ese pueblo; sus ridículas "tentaciones de San Antonio", con mil figuras grotescas, esqueletos y monstruos de todas clases; los ataques a caballo, pintados con una precision y verdad admirables, de Wouwermans que parece el maestro del actual Meissonier de Francia; las escenas de aldea o interiores jocosos de Jan Steen y Van Ostade; los aristocráticos de Mièris, Metz y Netscher. e las pequeñeces realistas de Gerard Dov, todo esto puede hallarse en abundancia no solo en Dresden, sino que en diez galerías mas de Europa, y siempre con riquísimas

variaciones, y en tal cantidad, que uno apenas tiene paciencia para observar una por una tanta miniatura, que, sin embargo, encierran bellezas únicas en su jénero. (Las composiciones de Teniers son jeneralmente de mucha mayor importancia.)

Van der Werff tiene en Dresden varias telas preciosísimas, y ya de un estilo diverso a las anteriores; una de ellas, "Abraham despidiendo a Agar" es objeto de innumerables reproducciones, tanto en tela como en porcelana.

En aquella enumeracion no incluía tampoco las marinas, ni ménos los paisajes, que me agradan mucho mas, y que probablemente no han sido nunca sobrepujados. Es sólo lástima que los colores oscurecidos no permitan juzgar de todo su vigor, ni de la vida que tendrían en otro tiempo.

En esta galería hai algunos de Ruysdael y de Hobbema, que podrán contarse entre sus mejores; del primero, el interior de un cementerio, paisaje que con los tintes negruscos ha tomado aun mayor melancolía, y un molino no ménos hermoso por el sentimiento en los campos.

Los de Hobbema son mui escasos, y por eso han alcanzado precios fabulosos; recuerdo que el gran coleccionista ingles, Sir Richard Wallace, pagó hace poco por uno pequeño 4,000 libras esterlinas y él no puede compararse a los de la Galería Nacional de Lóndres, o a estos de Dresden.

Un anticuario de Florencia que poseía uno entre muchas joyas antiguas, me lo ofrecía por 100,000 francos. Yo quedé espantado con el precio, y creyendo que el viejo estaba loco o no quería vender sus cuadros, pero mas tarde he podido ver que hai quienes paguen esos precios por paisajes ocurecidos y de poca importancia.

Diffícilmente podría decir a cual de los dos grandes paisajistas admiro mas, talvez Hobbema tiene sitios mas sencillos, pero uno y otro han dado al paisaje toda la verdad combinada con el sentimiento, y el paisaje no puede ir mas allá.

Ahora pasando de los *pequeños* maestros de los Países Bajos a los *grandes*, no encuentro que esta galería pueda vanagloriarse de la importancia de las obras que posee de éstos como de las de aquellos. No faltan algunas de Rubens; —¿en dónde podrían faltar?—grandes composiciones mi-

tológicas en que prodigaba tanto las carnes y la materia, bacantes rebustas como aldeanas flamencas, ó Bacos y Centauros; pero ninguna de esas pinturas me recordaba al pintor de Amberes, Viena, Munich ó San Petersburgo, que son las ciudades que conservan sus trozos de mayor mérito.

Talvez lo que admiraba mas aquí era una reproduccion pequeña, ó estudio, de aquella preciosa tela del Museo del Prado, "el Jardín del Amor," que representa una fiesta del Renacimiento, ¡y en que los pesados Cupidos vuelan por los aires como si fueran plumas. Y ademas de esa unos cuantos retratos en que parece haberse juntado toda la naturalidad y vida que Rubens podia imprimirles.

En esa misma sala, y puestos unos al lado de los otros, como para que pueda hacerse el estudio comparativo, hállanse colocados algunos retratos de Van Dyck, tambien aquellos de Velasquez á que me referia hace un poco, y otros de Rembrandt; solo faltan algunos de Tizziano para completar el grupo de los grandes maestros en el retrato.

Tocando la verdad realista de Rubens está allí la esquisita elegancia de su primer discípulo, que comprendió como nadie el trasladar a la tela las facciones nobles y los movimientos distinguidos, y que se ha hecho el pintor de príncipes por excelencia. Y en ninguno podian señalarse mejor esas cualidades que en el retrato admirable de Carlos I, de Inglaterra, tipo de la hermosura varonil y de la elegancia distinguida. Sus ojos revelan a la par que serenidad un no sé qué de melancolía, como si ya los destellos de la triste suerte que se le esperaba se hubiesen reflejado en su alma entristeciéndola.

El retrato de Enriqueta de Francia, su esposa, es completamente diverso; tiene la distincion y la nobleza de una reina, pero el color pálido de la carne, que se asemeja al raso blanco de los vestidos, le quita completamente la vida que los retratos requieren. Entre los dos está el delicioso grupo de los tres pequeños príncipes, sus hijos, mui semejante al que posee la galería de Turin, y por cierto no ménos hermoso; es una de aquellas telas en que hai no solo que admirar la ejecucion sino que encanta el asunto mismo, lo que difícilmente puele suceder en los retratos.

Mucha veces he titubeado para decidir mi gusto entre

estos grandes maestros que sobresalieron en el arte de reproducir la figura; y creo que nunca tampoco llegaré a decidirlo. Cada uno de ellos posee cualidades tan notables, y tan diversas entre sí, que apenas puede hacerse una comparación justa, y es mucho mas cuerdo atribuir a cada cual la supremacía en el estilo especial que le distingue. El mérito de Tiziano está ante todo en haber sido el primero que condujo á esa altura el arte del retrato, de suerte que los maestros posteriores tenían en él ya siquiera un guía que al principio les marcase el camino, y pudiese beneficiarles con su influencia. Despues sus cualidades de colorido son indisputables, como que ese es el sello peculiar que marca á la escuela de Venecia, y á él especialmente. Velasquez es la fuerza, la vida, el vigor que muchas veces llega hasta la crudeza, el realismo en la figura, y en cada uno de sus detalles, de ordinario solo enunciados, sin que haya perdido tiempo en ejecutarlos con detenimiento.

Rembrandt es el jénio de los contrastes de luz; sus retratos, así como todos sus cuadros, parecen muchas veces solo una impresion vivísima, pero del momento, un reflejo de luz en una noche oscura. Rembrandt lo sumerge todo en la sombra, la cara de su modelo como la escena religiosa de que se han apoderado sus pinceles; sumerge a la misma luz en ese baño de sombras, como para hacerla alumbrar mas todavia en las tinieblas. Es por eso el rei de los pintores de efecto, y hasta los retratos, que por realismo y color son comparables a los de Velasquez, se convierten para él en objetos de esa lucha entre la luz y la sombra. Hai muchos en la galería de Dresden, pero para juzgar bien a Rembrandt en sus diferentes asuntos es preciso buscarlo en su misma patria, Amsterdam y La Haya especialmente, ó sino en los museos del Ermitage y del Belvedere.

Ahora del cuarto maestro, Van Dyck, [porque á Rubens á pesar de sus magníficos retratos no puede juzgársele como retratista), he dicho ya sus cualidades sobresalientes: la distincion y la elegancia. Tiene un dibujo tan preciso y tan exacto color como los otros, pero parece haber levantado mas ese jénero poco artístico de la pintura, haber hecho un arte de una impresion mas ó ménos realista, mas ó ménos verídica de la figura del modelo. Yo le llamaria el

retratista por excelencia, tanto porque há alcanzado ese conjunto de pefecciones, como por haber sido ese el jénero que descuella entre todas sus obras, á diferencia de Tizziano, Velasquez y Rembrandt, sobre todo el primero y el último, en quienes solo ocupa un papel secundario.

En las otras composiciones del pintor de Amberes, sean profanas ó relijiosas, se nota desde luego la influencia de su maestro, miéntras que en los retratos apartóse de ella completamente, tomando cuerpo la gracia y la finura en los movimientos, que aun en aquellos lo hace diferenciarse siempre de las tendencias burdas y sensuales de Rubens. Van Dyck fué como nadie un pintor de corte, y fué una suerte que Cárlos I lo pudiese tener en la suya, porque él y su familia han quedado inmortalizados en tantas preciosas telas que adornan la sala llamada "de Van Dyck" en el real castillo de Windsor, y los inmensos museos de Europa.

Por mui notables retratos que se pinte en el dia y se los pinta, en efecto, en Francia, Inglaterra y Alemania en gran abundancia— no he visto ninguno que pueda compararse a los de aquellos maestros antiguos; puede haberlos talvez mas brillantes y de mas efecto en Francia por el amaneramiento que allí hoy impera, y que sin duda tiene toda la elegancia de moda; pero si se observa concienzudamente se verá mui pronto que pasada esa primera impresion que por la novedad seduce, no resisten ellos una crítica minuciosa, y que no tienen las hermosísimas cualidades de los antiguos.

He visto hace mui poco en una Esposicion de pinturas de Mackart, de esas telas que parecen pintadas al reflejo de los reverberos de un teatro, varios retratos que manifiestan gran talento, pero que son evidente imitacion de Velasquez.

Uno de ellos, sobre todo, un príncipe con traje del siglo XVII, apoyado sobre un fusil, parece reproduccion de uno de tantos Cárlos II que llenan el Museo del Prado.

Pero esta misma semejanza hace notar la enorme diferencia entre unos y otro, y muestra cuan bajo queda el distinguido pintor húngaro al pretender él mismo compararse con el jénio español, cuya soltura en las pinceladas, y jenialidad especialísima no ha sido dado a nadie imitar

con buen éxito. Y Mackart, aunque ese jénero poco fantástico estuviera léjos de ser su fuerte, ha dejado un gran número de retratos de mérito, de manera que bien puede contársele entre los primeros representantes de la moderna escuela, que no ha alcanzado nunca ni el vigor realista de Velasquez, ni el arte esquisito de Van Dyck o su elegancia.

En esta reseña rápida de la Galería de Dresden no he querido entrar en detalles por interesante que la materia me parezca, y he mencionado solo las obras de los maestros universalmente conocidos, sin ocuparme tampoco de los mas antiguos, ni de los discípulos a quienes aquellos participaron sus conocimientos, porque ello habria requerido un detenido estudio, que no es propio de este lugar.

Queda ya únicamente la escuela francesa, y ella, como es natural, está aquí representada a penas. Sus obras de los siglos XVII y XVIII han salido escasamente de Francia, y es curioso que sea Stockolmo la ciudad extranjera que posee la mas completa de sus colecciones, debida sin duda a la familia francesa que vino a ocupar el trono de la península escandinava. Una escepcion a aquello es Claude de Loraine, cuyos paisajes clásicos están distribuidos en todos los países, y aún en los extranjeros he podido admirar sus mas hermosos, porque a los del Louvre prefiero por mucho los de la Galería Nacional de Lóndres, colocados para rivalizar con los caprichos del jénio de Turner, los del Museo de Berlin, los de la Galería Doria, de Roma y aún los de Dresden, de que voi a ocuparme. El Palacio Rospigliosi posee, segun he oido, sus obras maestras, pero se las conserva invisibles para el público, lo que es tanto mas estraño en Roma donde todos los palacios abren sus puertas para mostrar sus tesoros, y aún ese mismo príncipe permite la entrada al Casino, contiguo a su palacio.

Lo único sobresaliente que la Galería de Dresden tiene de la escuela francesa son dos paisajes de Claude de Loraine: dán una idea perfecta del maeatro, y para juzgarlo no hacen falta los del Palacio Rospigliosi.

Para describir estos dos paisajes, que tantas veces he contemplado con entusiasmo, necesitaría volverme poeta, y hé allí una tarea imposible. Uno es la "Mañana", el otro la "Tarde": éste una deliciosa anacreóntica, aquél el mas

dulce de los idilios; tendría que recurrir a la lira griega para cantar estas escenas clásicas pero encantadoras, en que se respira el aire mas puro que haya soplado jamás en los campos de Atica o de Tesalia. Cada cuadro de Claude Loraine es un poema completo, porque si como paisista muestra un trozo hermoso de la naturaleza, como poeta sabe adoptar unas cuantas pequeñas figuras que le dén vida por medio de una escena de acuerdo con el sitio y mil veces poética; y esos poemas son clásicos si se atiende a la forma, pero ningunos mas románticos, si penetrando al fondo, observamos el alcance de su poesía y sentimiento.

Los efectos de luz del fondo son siempre vaporosos, de suerte que el paisaje no tiene límites, y al contemplarlos nuestra imaginacion se confunde en esa bruma ténua y tranquila, que la arrastra insensiblemente de la realidad de los sitios y de la escena que están mas cerca hácia las rejiones desconocidas que no reconocen barreras en el espacio; de suerte que comenzando por una intencion poética venimos a terminar en una completamente ideal e inorporea. Sea que los reflejos de la aurora despierten a la tierra, o que los últimos rayos del sol de la tarde se reproduzcan sobre las aguas tranquilas del océano, siempre el efecto es el mismo, porque el mismo misterio que encubre a la aurora de la mañana envuelve los tintes mas melancólicos del crepúsculo.

No se puede buscar en esos paisajes los campos que conocemos, los sitios que nos son familiares, porque entónces no los encontraríamos jamás; busquemos sí los campos y las escenas que hemos divisado en nuestros sueños, y entónces de seguro no tardaremos en reconocerlos, porque la imaginacion soñadora de Claude no puede contentarse con los sitios que la naturaleza real ponía a su alcance, sino que hubo de buscarlos en el dominio ideal de la fantasía.

De estos dos paisajes uno es tan bello como el otro, ámbos igualmente ideales y poéticos. En la "Mañana" la naturaleza es mas risueña; los pastores y sus rebaños han dejado el albergue de la noche, y cada uno parece avanzar ágil para los trabajos del dia que comienza. Las vacas se acercan al arroyo, y las cabras corren hácia él por el prado para satisfacer tambien la sed. En el primer pla-

no hai solo tres figuras: una mujer que inclinándose recibe en un jarro el agua de un pequeño chorro, y otra sentada en una peña escucha los sonidos de una flauta que la brinda un jóven pastor. La escena en un idilio griego que tiene todo el sabor que puede además comunicarle la atmósfera apacible de esa hermosa naturaleza.

La "Tarde" es una composicion mas erótica: parece que esa hora tambien fuese mas propicia para las escenas de amor, que los misterios del crepúsculo que se acerca se confundieran con ese sentimiento mil veces misterioso que liga a los corazones, y ya el bullicio del dia no puede perturbar a los amantes que se entregan a dulcísimos coloquios. El mar que bate contra las rocas de la orilla tiene aquí la mayor importancia; un mar cuyo horizonte está confundido entre las brumas, y cuyas aguas se iluminan con los rayos del sol poniente.

A la orilla, y protegidas por una tienda rústica, hai dos figuras pequeñas, pero que en su pequeñez encierran todo un poema. El parece decir a la que tiene entre sus brazos: "¡Vamos, lancémonos a ese mar sin límites a donde la fortuna envidiosa no pueda arrabatararnos la dicha; un barco flota dulcemente sobre las aguas; vámos, alejémonos de la tierra miserable!"—Y ella repite: "Sí, vamos, y seremos por fin dichosos!"—La tarde está serena; las ninfas de las aguas los convidan a su morada; y allí está el barco que conduce a los amantes a las rejiones de la felicidad!

—En los paisajes de Claude hai sin duda mucho de convencional; ello no es raro puesto que son únicamente obra de la imaginacion, o como decía, los sueños de una vivísima fantasía; lo que hai que admirar en ellos es el setimiento poético que dá a la pintura un doble carácter, el de ese arte mismo que es la reproduccion de la naturaleza, y el del poema que la acompaña, que bien podria trasladarse a la rima.

Los pintores de la nueva escuela ya no los aprecian como es debido; para ellos Claude, así como la mayoría de los maestros antiguos, es un inocente, un simple que no comprendió las verdaderas tendencias del arte. Yo me atrevería a creer que esos pintores eran unos fátuos, nnos pretenciosos que sin haber alcanzado jamás a hacer nada de mérito semejante hacían tan temerario juicio. El ídolo del

dia es la *manera*, y ante ello todo lo sanifican; la manera de pintar de Claude es antigüada, y de allí que sus pinturas ya nada valgan; cómo si en el arte fueran los medios mas importantes que el fin, cómo si una tela tocada con maestría, si se quiere, pero que nadie comprende por que nada significa, pudiera valer mas que otra, aunque descolorida por los años, que encierra todo un mundo de ideas y sensaciones!

No admirar a Claude porque sus paisajes revelan un estilo antiguo, me hace el misma efecto que rechazar una notabilísima obra literaria de otros siglos porque está escrita en un lenguaje ya fuera de uso; lo mismo que dar en literatura mas importancia al lenguaje que a las ideas.—Hai ciertas reglas en las artes de que no podemos desentendernos, y toda produccion del ingenio debe sujetarse a ellas para valer algo; la belleza y el sentimiento son elementos que jamás pueden envejecerse, y dejar de apreciarlos en la pintura porque las pinceladas están esparcidas por la tela de una manera distinta a la que está de moda hoy, me parece una tristísima muestra de apreciacion y de gusto artístico.

Ha terminado ya la noticia de la galeria de cuadros antiguos. Quedan aún en el museo dos secciones; (fuera de la coleccion innumerable de grabados sobre cobre, “Kupferstiche”), una de cuadros modernos alemanes, y la otra de pasteles; de la primera no me ocuparé porque no es bastante notable, pero diré sí una palabra sobre la segunda.

Esos innumerables retratos al pastel, que ocupan varias salas. contienen toda la historia de Dresden en su época de brillo, toda la historia galante de la que era entónces la mas galante de las ciudades, y el que conociera aquellas crónicas íntimas tendria tema para infinitas novelas, que no dejarian de ser seguramente escandalosas. Allí está todo el período faustosísimo de los dos Augustos, y comenzando por el guerrero Mauricio de Sajonia y su hermana Orselska, primer amor de Federico el Grande, y viene a terminar con el dulce Amor de Rafael Mengs, la ideal Rosalba que le servia de modelo para sus dioses y sus Magdalenas. Y en el intermedio, retratos de reyes, príncipes, nobles, favoritas de Augusto el fuerte, que se sucedian como en el Harem del Gran Turco, hoy princesas,

mañana bailarinas de teatro; las bellezas de entónces, los abates de pelucas enpolvadas, en fin una sucesion de tipos cortesanos, a quienes uno querría averiguar un poco de su historia y del papel que desempeñaron en vida.

Es toda una jeneracion que para nosotros pasó ya como el humo, una jeneracion que llevó una vida de placeres sin cuento, y de la cual apénas quedan ya los rastros.

Y parece que el pastel se prestase para reproducir a esos personajes, porque el pastel era el color de su siglo, y sienta bien a los polvos, a los aderezos con que se engalanaban esas bellas, que hacen el efecto de mariposas de todos colores; el oleo habria sido demasiado sério para ellas, que deben quedar a la posteridad así como vivieron.

Y en medio de todos los retratos hállase allí tambien la famosa "Chocolatera de Dresden," y es sin duda el mas hermoso pastel que los otros de grandes personajes, porque esa muchacha, que de criada llegó a ser princesa, era una preciosísima criatura, como no podia ménos de serlo para variar tan bruscamente de fortuna. Vestida con el traje pintoresco y rococo de la época lleva en las manos una bandeja con dos tasas de chocolate, y de allí le ha venido el nombre con que se ha hecho mas tarde tan popular. No solo se vé que Liotard tuvo un modelo lindo, sino que además la ejecución es admirable, y los tonos están tan agradablemente matizados que es un verdadero placer mirarla; pocos objetos de arte podrian adornar mejor un boudoir de estilo Luis XV que esta pequeña pintura que en su misma sencillez tiene tanta coqueteria como elegancia.

La historia de la popular y hermosa chocolatera es la siguiente: Durante el reinado de Augusto II habíase establecido en Dresden un portugués, que comenzando por abrir una pobre taverna, logró al cobo de poco tiempo hacerse tan conocido en la ciudad por el esquisito chocolate y cacao que ofrecia a sus clientes, que estuvo en situacion por su buena fortuna de poseer el mas elegante y concurrido de los cafés entre los numerosos que existian en ella. Habiendo elejido un local precisamente al frente del real castillo supo atraerse en esa situacion de mas movimiento a toda la jente de tono que necesitaba pasar por allí. Pero parece que esa atraccion era debida no solo al chocolate

de "Monsieur Cacao," como se le llamaba, sino tambien a las chocolateras, o al ménos a una de ellas que lo servía, y que el hábil portugués habia elegido entre las muchachas mas bellas que pudieran encontrarse a muchas leguas a la redonda.

La jóven como es natural, se veía acosada por todos los concurrentes al café, una cantidad de los cuales estaba ya enamorada de ella, pero firme resistía a todos los halagos, a todas las promesas tentadoras, porque su corazon estaba rendido a un jóven oficial que loco de entusiasmo habia logrado conquistarlo, y a quien veía allí noche a noche despues de los deberes del cuartel.

Entre los parroquianos de Mr. Cacao contábase un artista francés, al servicio de la Corte, y que por lo tanto tenia acceso hasta a la persona del rei, que tan favorecedor era de los pintores y de las artes. Desde la primera vez que Liotard vió a la hermosa chocolatera concibió por ella un entusiasmo de artista, y no deseaba otra cosa que hacer su retrato con el mismo traje que usaba siempre, y el movimiento natural para ella de llevar una bandeja en la mano; pero apesar de sus deseos no habia podido conseguirlo, y la jóven en su felicidad extrema negábase siempre a sus repesidas instancias.

Ocurrió un dia que el oficial, que allí nadie conocia, entregado a sus recreos amorosos en el café de Cacao, donde se le pasaban las horas sin sentir, olvidó los de su cou-signa, cuando precisamente su presencia en el cuartel era mas necesaria, y a su vuelta a él tuvo que despertar de los dulces sueños de amor a la triste realidad de un calabozo y al comienzo de un severísimo castigo.

No tardó ello en llegar a los oídos de la bella criada, y su pena no tuvo límites, ella misma era la causa de la desgracia de su amante, y ahora nada podia hacer para aliviársela, ni siquiera verlo en su prision de vez en cuando. Ocurriósele, sin embargo, una idea Liotard tenia alguna influencia sobre el rei: talvez podria obtener la libertad del oficial, y ella en cambio le serviria de modelo para el retrato. Y no tardó en llevarlo a cabo. Tan luego como llegó el artista al café fué ella a buscarle, y despues de referirle sus secretos mas íntimos movida por la necesidad, terminó con estas palabras:—"Vos que teneis siempre en-

trada en el Castillo, que podeis presentaros delante del rei, suplicadle la gracia de este oficial que no ha tenido mas culpa que amarme con delirio; el rei os escuchará seguramente, sois extranjero y teneis por eso mas libertad que nosotros mismos para presentarle nuestras súplicas. En vos solo confio, porque no tengo ahora mas amparo ni mas proteccion!"—Las palabras mezcladas con las lágrimas debieron hacer verse a la jóven mas hermosa que nunca, porque Liotard todo conmovido prometióle en el acto hacer cuánto estuviese a su alcance para obtener la libertad y perdon de su amante; lo que dejó siquiera mas tranquila a la amorosa niña y confiada en el buen éxito de su cometido.—Al dia siguiente el artista debia presentarse al rei, que ocupaba la mitad de su tiempo con ellos y sus cuadros. Liotard se propuso cumplir su promesa de la noche ántes e interceder del soberano la gracia del reo, lo que por otra parte parecia mui difícil dado el rigor de las leyes militares.

Augusto era afable, y al ver al artista francés recibióle con amabilidad.

—“¿Qué nuevas me traeis? comenzó el monarca, se ha conguido alguna de las nuevas pinturas para mi galeria?”

—“Las negociaciones de Italia marchan satisfactoriamente, contestó el artista, y creo que vuestra majestad podrá ántes de mucho poseer aquellas obras notables.—Su Exelencia el Conde Brühl me ha ordenado tambien unas cuantas telas para las habitaciones privadas de V. M. que confio serán de su alto grado.”

—“Y teneis algun asunto nuevo que pintarme, aigo que me sea agradable, y que se diferencie de lo que habeis hecho hasta aquí?”—El pintor no deseaba otra cosa que tener ocasion de hablar de la chocolatera, porque de ninguna manera se atrevia de buenas a primeras a dirigirle la súplica, y creyendo ésta oportuna para tocarle el punto, dijo:

—“Precisamente he encontrado un lindísimo modelo para un retrato de jénero, pero la persona se niega con obstinacion a prestarse. Estoy seguro que ese cuadro encantaria a Vuestra Majestad.”

—“¿Y dónde se encuentra ese modelo tan poco amable? ¿quién es esa persona tan hermosa?”

—“Es una pobre criada del café de monsieur Cacao, pobre, pero con una figura de princesa.”—El rei no era indiferente a las bellas, y ya exitada su curiosidad, manifestó sus deseos, no solo de tener el cuadro, sino tambien de conocer el orijinal, y para cumplir esto último, quedó encargado el artista frances de traérselo al dia siguiente al palacio.

Al volver en la noche al café “Cacao”, la muchacha lo esperaba llena de zozobra e inquietud para conocer el resultado de la entrevista con el rei; hacia ya dos dias a que ella no veia a su amante, y cada hora le habia parecido un siglo. De este momento dependia ahora toda su felicidad.—“¿Habeis obtenido ya el perdon, no es verdad?”—Bien habria deseado el pintor traérselo porque sentia por ella una fuerte simpatía, pero su respuesta no podia ser tan agradable.—“El rei desea conoceros, y me ha pedido que mañana os conduzca a su presencia; vos misma podeis implorar mejor la gracia de vuestro amante, y estoi seguro que vuestra belleza será un móvil mas poderoso para obtenerla que toda mi influencia o la de cualquier otro. El rei desea ademas tener vuestro retrato, y para otorgárselo podeis exigirle la condicion de que os entregue él a su vez al oficial encarcelado. Vuestra historia vá a interesarle, y podeis contar con seguridad en el éxito. Cobrad ánimo y mañana vamos a la presencia del rei.

Si se le hubiera caido el cielo encima no se habria sentido la infeliz jóven maz confundida que al escuchar estas palabras. Ella contaba, porque las esperanzas tantas veces engañan, que el artista le traia ya la libertad y la dicha, pero la idea de que nada habia dicho aún, y de que ella debia presentarse al dia siguiente delante del rei, parecía-le espantosa. Ella, una infeliz aldeana, traída de los campos para servir en un café, presentarse ante Su Majestad y tener que pedirle gracia para un reo militar! El pintor trataba de calmarla, disimulando las dificultades, y sobre todo por ser el único medio que habia de salvacion para su amante. Esta consideracion hizole verdadero efecto, porque la mujer cuando quiere está dispuesta a cualquiera abnegacion, a cuapuiet sacrificio por su querido.

En fin, y sin entrar en los detalles de la lucha que ella tuvo que sostener consigo misma,, llegó el dia siguiente,

y la hora en que el pintor y criada debieron llegar a la presencia del rei. Desde el instante que éste la vió, convencióse que el pintor solo habia hablado la verdad sobre su hermosura, y que ningun cuadro de su palacio le agradaria mas que el retrato de la chocolatera; y poco a poco fué entusiasmándose de tal suerte, que de mil amores habria guardado al orijinal dentro de sus mismos muros arrebatándosela a monsieur Cacao.

Con este entusiasmo habia contado precisamente Liotard para el éxito de su peticion. La muchacha que al principio, dominada por el miedo y la emocion de estar ante su Soberano, apénas habia podido pronunciar una que otra palabra entrecortada, turbacion que hacíala aparecer a los ojos del rei mas encantadora, iba perdiéndola poco a poco, y logró al fin interesar de tal manera a Augusto en su historia y en sus sufrimientos, que éste le prometió sin dificultad alguna la gracia de su querido, que a su juicio no podia ser otro que un oscuro soldado.

Queriendo tambien conocer al feliz amante ordenó que se le trajera inmediatamente del cuartel que la chocolatera habia indicado, y así el acto de clemencia era completo, entregando él mismo el reo a los brazos de aquella.

Pero cuál sería su sorpresa al ver aparecer delante de sí a uno de los príncipes mas elevados de la Corte; él que se habia imaginado ver a un soldado pobre, y de posicion igual a la de la criada. La sorpresa y la turbacion de ésta fué mayor aún al descubrir el nombre y título de su amante; pero habia en ellos un amor verdadero y la diferencia de posicion no alcanzaba a destruirlo.

La palabra del rei empeñada mal podia retirarse. Quedó por lo tanto el príncipe en libertad, y mas amoroso y agradecido a su salvadora se casó mui pronto con ella, que de criada de café llegó a ser princesa Dietrichstein.

Para cumplir la condicion pintó Liotard su retrato como lo habia tanto deseado, y apénas concluido lo puso en manos del rei que le tuvo gran cariño, aunque sin conformarse nunca de no poseer tambien el orijinal. Fuera de esto, todas las partes quedaban satisfechas; aunque la historia no cuenta del efecto que el suceso haria a Mr. Cacao, y me figuro que él seria un rudo golpe para su porvenir, del cual difícilmente podria levantarse.

Hé aquí la novelesca historia de la simpática “Chocolatera de Dresden.”

Para completar este cuadro de la vida de Dresden en su época brillante del siglo XVIII—cuadro que a mi juicio es muy interesante—están también allí las numerosas telas de Canaletto y los retratos al pastel nos muestran los personajes, éstos sus habitaciones y su manera fastuosa de vivir. Canaletto fué llamado de Venecia por el ministro Brühl para decorarle su palacio de las orillas del Elba, pero aprovechó también su venida pintando esos trozos arquitectónicos que dan a conocer el aspecto de la ciudad en aquella época.

Hablé en otra ocasión de esas carrozas doradas con empenachados caballos, esos espléndidos cortejos de los Electores, las guardias de uniforme rojo y pelucas empolvadas, los lacayos que en sus ceremoniosas cortesías parecen más muñecos de resorte que hombres de carne y hueso, de las literas que conducían a las damas; todo esto llena las plazas de la ciudad, y son ellos tal vez los últimos restos de la brillantísima Residencia Sajona.

¡Cuánta diferencia hai entre esas escenas pintadas y las que hoy presenciarnos en los idénticos sitios!

Ha trascurrido poco más de un siglo, pero en cien años ha habido demasiado tiempo para las numerosas transformaciones. Entonces todo era lujo exterior; hoy todo sencillez. El sentimiento práctico de la vida impera ahora como no lo ha hecho jamás.

Salgamos del augusto recinto del museo, y desde el primer paso en la plaza despertaremos de la Dresden brillante y frívola del siglo XVIII a la Dresden tranquila e industriosa del siglo XIV.

RAFAEL ERRÁZURIZ U.

SEMPER!

Si alguna vez en tus fugaces horas
De soledad y sueños,
Ves que una sombra pasa por tus ojos,
Piensa que la sombra es de mi recuerdo.

Piensa que siempre ese recuerdo vaga,
Misterioso y eterno,
Bañándose en la luz de tus pupilas,
Girando en torno de tus ojos bellos.

Piensa que así callado y silencioso
—Como lo que de ti guardo en mi pecho—
En las horas amargas de tu vida
Tal vez pueda ampararte ese recuerdo.

Piensa que en mí ese recuerdo vive
Desde mi albor primero,
Y de entonces también junto á ti vive
Como invisible amigo y compañero.

Piensa que así como hasta hoy ha sido
Constante ese recuerdo,
Te seguirá fiel, aunque callado,
Aun más allá del límite del tiempo.

E. NERCASSEAU MORÁN.



UNA ESCURSION A TRAVES DE LA INMORTALIDAD

ARTÍCULO II Y ÚLTIMO

EN EUROPA

I.

La ocasion primera en que, pasando sobre el continente de la América del Norte, como por encima de un puente colosal y movedizo, me ví en Europa en medio de séres esclarecidos, fué en torno de una tumba, esta postrera cita de los hombres.

El gran astrónomo Francisco Arago, que en realidad viviera mas propiamente en el firmamento que en la tierra (y de aquí la escepcional grandeza de su alma y de su jénio), habia caído á mediados de 1853 en su campo de batalla, es decir, bajo la cúpula de cobre del observatorio de Paris, de que era director. Se recordará que aquel republicano sencillo e ilustre habia, por excepcion, conservado su puesto, rehusando a Napoleon III el juramento exigido de baja y traidora fidelidad.

Francisco Arago habia sido, ciertamente, uno de los mas grandes espíritus del siglo, y su sarcófago hallábase, por consiguiente, rodeado de todos los hombres superiores que la bota del aventurero emperador recien unjido no

habia aplastado; pero siendo yo humildísimo espectador y acompañante sin vela ni paraguas en aquel suntuoso entierro interrumpido y mojado por una lluvia torrencial, solo pude señalar aparte, a virtud de la emocion y de los cuchicheos de los espectadores, tres grandes personalidades contemporáneas: al jeneral Eujenio Cavaignac, al almirante Cárlos y a Horacio Vernet.

Verdad es que la mayor parte de los grandes espíritus de la Francia, esas inteligencias vivaces como las plantas, que poseen las cualidades de la luciérnaga, porque mientras mas densa es la oscuridad que los cubre, mientras mas hondo es el abismo a que han sido arrojados, mejor brillan en medio de la humanidad, hallábanse todos mas o menos dispersos u ocultos en alguna escondida sombra. Allí no estaba ni Lamartine, ni Víctor Hugo, ni Thiers, ni Guizot, ni Cormenin, ni Quinet, ni Michelet, ni Ledru Rollin, ni Luis Blanc, ni Julio Favre, ninguno de esos hombres de la revolucion y del derecho que se habian hecho familiares a nuestro espíritu en la mitad del siglo.

II.

A la verdad, si el jeneral Cavaignac, dictador hacia poco, de la Francia, electo a la presidencia de la república por cerca de dos millones de votos, contra los cinco millones que la imbecilidad de la jente de los campos otorgó al sobrino del desterrado de Santa Elena, si estaba ahí, decíamos, presente en aquella ceremonia fúnebre consagrada a la memoria de un gran repúblicano impenitente, era mas como una protesta que como una adhesion.

Tendria entonces el ex-dictador de 1848 unos cincuenta años escasos, y mas apuesto soldado nunca ví. No era de gran talla ni su rostro mostraba nada de peculiarmente hermoso, porque su espresion, sin dejar de ser noble y marcial, aparentaba un ceño un tanto adusto iluminado por dos ojos gris verdes como los de los gatos romanos. Todo su talante revelaba, sin embargo, de cuerpo entero y de cuerpo presente al guerrero, al hombre de alma, al hombre de heroismo. Como hacia frío y llovía, iba envuel-

to en una capa azul que nos recordaba la de Napoleon en Marengo y en Santa Elena, y este traje talar daba a su busto un aspecto estatuario, enérgico y característico de su profesion.

Yo, como admirador y como intruso, me habia colocado al lado del sarcófago, bajo la cúpula, y ví que todos los concurrentes acojían al dictador de 1848 con respetuoso acatamiento.

III.

No me pareció que acontecia lo mismo con Horacio Vernet, el gran pintor de batallas del siglo; y esto no por falta de respeto de parte de la muchedumbre, sino por esa especie de familiaridad popular que a todos imponen en Francia los artistas, jente llana que álguien o todos han visto alguna vez vestidos con su blusa de obreros en el taller o museo. *¡Voilà Horace! ¡Voilà Horace qui arrive!* esclamaban mil confusas voces a mi lado, al ver llegar a un hombre chiquito, cubierto literalmente de brillantes condecoraciones de todos los reyes de Europa y con enormísimos bigotes atuzados a lo Napoleon III en desmedrado y enjuto rostro. Por su parte, el maravilloso pintor de las guerras del primer imperio y de las campañas de Arjel colgadas en inmensos cuadros en las galerías históricas de Versalles, y que a virtud de su pincel, junto con Thiers en la historia, habia contribuido no poco a formar el falso oropel del segundo imperio, caricatura del antiguo, se escurria por todas partes bajo su paraguas, como Josecito bajo el mate. El pintor de los cuadros mas colosales de la época era casi del tamaño de una brocha.

IV.

El almirante Cárlos Baudin, el captor de *San Juan de Ulúa*, cuyo nombre heróico acaba de perpetuarse en uno de los mas poderosos acorazados a flote en los mares (once mil ochocientas toneladas), era, por el contrario, un hom-

bre mui alto, sin pelo de barba (en fuerza de la navaja del marino), en cara afable y sonrosada. El almirante Baudin fué el verdadero autor del proyecto de rescatar a Napoleon del peñon de Santa Elena, que algunos han atribuido fantásticamente a lord Cochrane y a la escuadra de Chile, cuando anduvo aquél cerca de un año perdido en las costas de Méjico [1821]. Mas tarde, y bajo todos los gobiernos, alcanzó el almirante Baudin la reputacion de un héroe. No tenia sino un brazo y la manga flotante de su paletot azul, como si hubiera sido un pendon, disimulaba el otro.

V.

Como era natural en un mozo de veintidos años que buscaba en el estudio el desquite de la política, planta que no da sombra sino sarna, como el litre en ciertos climas, el sitio en que érale fácil encontrar con mayor frecuencia hombres célebres o espíritus sobresalientes era en las aulas que frecuentaba. Así me fué dado conocer y reverenciar en el anfiteatro del Instituto de Francia al venerable M. Jomard, uno de los sabios que acompañó a Ejipto a Napoleon Bonaparte para descifrar los jeroglíficos de su historia y de sus monumentos; a Villemain, que a traves de los mares habia sido nuestro primer profesor de literatura contra Hermosilla y Jil de Zárate; al gran escultor David d'Angers, hombre de anchas espaldas como sus estatuas heróicas de alto relieve del Arco del Triunfo, y en el cual su tez rojiza y su pelo alazan, al parecer tostado por el fuego del cobre candente, traicionaba al titan del cincel, y por último al compositor Halévy, cuya voz profundamente gangosa no descubria ni de lejos al sublime autor de *La Judia*.

VI.

Era Halévy un hombre ñato, de cara aplastada e incolora; usaba anteojos, y éstos, oprimiendo los escasos conductos de su órgano respiratorio, le inpartian los sonidos guturales de

la voz que la Señorita Adalgisa Gabbi está vengando hoi en Chile con su prodijiosa garganta. En cuanto a Jomard, era un viejecito tan viejo como el obelisco de Luxor, conservado en la plaza de la Concordia de Paris, y llamónos particularmente la atencion el que de su áspero paletot verde botella. (estilo Robespierre) sacaba con frecuencia su pañuelo de tosco algodón a cuadros, de los mismo que entonces se vendian a medio o tres cuartillos para las fluentes narices de los niños en el baratillo de Molina, portal de Sierra-Bella. Los anticuarios se asemejan a las piedras, en que se quedan en la condicion en que los encontró la primera estrata, hasta que el martillo a su vez demuélelos, reduciendolo todo, menos su gloria, a deleznable polvo.

VII.

De M. Villemain, uno de los mas elegantes escritores franceses del siglo, solo diremos que en su aspecto y traje era el hombre de peor talante que hayamos conocido; con los pantalones al tobillo, el frac a media cintura y el chaleco desabrochado hasta cierta cavidad del cuerpo humano que no nos atrevemos a nombrar. ¿Recuerda alguno de mis lectores que haya pasado ya la colina del meridiano de la vida, la singular figura de don Manuel Breton, no el de los Herreros, sino de los Bretones de la calle de Breton? Pues haga de cuenta que tiene a la vista en todo sus grotescos detalles al mas famoso y al mas feo de los literatos de la época de Chateaubriand y Lamartine, que fueron dos lindos hombres.

VIII.

En una de las sesiones anuales que el Instituto celebra bajo la rotunda en que antes estuvo el palacio de Catalina de Médicis, tuve ocasion de conocer a uno de los astrónomos y matemáticos mas célebres de su tiempo, a M. Babinet, charlador espiritual, que durante una larga hora mantuvo en perpetua hilaridad a su auditorio, y aun a los mas for-

males y apergaminados de sus colegas. Era, por lo demas, un habitante del cielo mui desordenado en la tierra, donde, entre otras cosas, nos dijeron que no pagaba jamas sus deudas.

Mostróme tambien en una sesion de la facultad de ciencias a que él pertenecia, el venerable M. Gay, ciudadano chileno y verdadero amigo de los chilenos, a un hombre de jenio superior, lumbrera de su siglo, a su tocayo Claudio Bernard, el gran fisiolojista y descubridor de los mas íntimos resortes de la vida humana. Era un anciano hermosísimo, cayéndole sobre la espaciosa frente, casi hasta los hombros, en espesas guedejas, su blanco cabello, lo que hacia aun mas venerable su dulce y franca fisonomía.

IX.

Otro sitio de frecuente reunion para hacerse encontradizo, de bravas fieras y de mansos sabios, era el Jardin de plantas, cuyo director M. Geoffroy Saint-Hilaire [hijo], encarnacion aventajada de la cortesía francesa, asi como su amable familia, nos dispensaron, talvez a causa de la lejanía austral de nuestra lejana y casi ignota cuna, la mas bondadosa hospitalidad de aula y de hogar. En materia de séres, miéntras mas raros, mas interesaban a los europeos en las jaulas o en los salones.

Conocí, en consecuencia, en aquel centro de la ciencia, que brillaba como un reverbero perennemente encendido, al que es hoi decano de todos los sabios del mundo, a M. Chevreul, a quien todos los dias veíamos llegar a pié, marchando ájilmente sobre la nieve del riguroso invierno de 1854, a su clase de química, llevando coquetamente su larga cabellera peinada hácia tras y su paletot al hombro, como cualquiera de los estudiantes que le oian, sin embargo de que por estos dias [1885] cumplirá su primer siglo, pues que en el año último enteró, sin haber cambiado ni física ni moralmente en nada, noventa y nueve años. M Chevreul será el Fontenelle del siglo XIX.

X

Al lado de aquel hombre-monumento veia figurar a todos los grandes químicos de su época: a Dumas, casi tan viejo como él, pero cuya fisonomía cuidadosamente afeitada dábale aires de ser treinta años mas joven; a Payen, un negrito que me parecia haber visto muchas ocasiones en Chile bajo el disfraz de un oficial de partes del ministerio de justicia llamado Botarro; y por último, al ilustre Bous-singault, que aun vive, creador con Payen y Dumas de la química orgánica, hombre y sabio excelente, que por haber servido como profesor en Colombia al lado de Bolívar, de quien fué a las veces ayudante, cobrónos jenerosa afición, de la que fué partícipe su intelijente y dulce familia. Era ésta oriunda de Alsacia, y a su cariñoso hogar hoi desde tan lejos en el tiempo [33 años!] y en la distancia [3,000 leguas!], envíale una alma agradecida este recuerdo.

XI

Oí tambien de tiempo en tiempo en el Jardin de Plantas las lecciones de zoolojía de Milne Edwards, sabio eminente que, octojenario, todavía vive [1885], y en cuya figura diminuta y poco favorecida en sus perfiles [era muy ñato], el ojo no parecia discernir nada mas allá de la encojida superficie. Por el contrario, M. D'Orbigny, jeólogo y jeógrafo tan conocido en la América del Sur, autor del *Hombre Americano* y de muchas obras que han tomado honrosa carta de ciudadanía en nuestras bibliotecas, nos causó por su aspecto colosal y su voz desapacible un extraño efecto de desencanto. Cuando se volvía a la pizarra para trazar sus líneas paleontológicas con la tiza, estirando desmesuradamente su largo brazo, recordábame a los fornidos vaqueros de mi tierra en el acto de arrojar el lazo. Evidentemente, a fuerza de andar entre mastodontes, plesiosauros y plesiosauros, le habían crecido los huesos a aquel viajero ilustre que por esos mismos días murió. ¿De elefanteasia, talvez?

XII

En las clases de la Universidad de Paris [que no es el Instituto sino la vieja Sorbona en que estudió su filosofía Abelardo para enseñarla a Eloisa] escuché también las metódicas, entonadas y un tanto peripatéticas lecciones, que mejor sabían a pláticas o evangelios de San Márcos, de Saint Marc Girardin, uno de los diaristas clásicos de su época, mientras su homónimo de apellido [Emilio] hacía resonar las prensas con su raro y admirable talento de polemista tan impetuoso como versátil. De este inquieto personaje columbré solo su movediza silueta una tarde, entre dos luces, cual su vida, en que paseaba por las aceras de la ciudad de baños de Arcachon con los hermanos Pereire. Fueron éstos los célebres judíos empresarios de aquel lindo pueblo edificado en media docena de años y por media docena de millones, a contrata.

Alguna vez divisé también allí, en el anfiteatro de la Escuela de Medicina, al célebre norte-americano Ricord, especialista en enfermedades terribles, hijas de Paris, capital de las Galias... Su cara afeitada era plácida y risueña, tal vez como un contraste con las crueles dolencias que curaba, y aunque con mucha frecuencia, casi todos los días, oía hablar de él a extranjeros y a compatriotas, el justiciero lector nos hará el honor de fijarse en que no hemos dicho de él que *lo conocimos* sino que *lo divisamos*...

XIII

A propósito de médicos, paréceme oportuno agregar aquí, para beneficio ajeno, que haciendo un viaje de salud [1870-72] conocí personalmente a muchos Esculapios y en especial a los médicos de diversas aguas termales, que no son ciertamente los de *las agüitas*, y entre éstos al más famoso de todos, M. Constantino James, autor del *Guía popular de las termas de Europa*, libro utilísimo para los viajeros, y en mi caso para las viajeras; a M. Cretin, médi-

co de los Pirineos; a M. Martin Lozère, de Luxeil en los Vosgos, y en seguida como especialista aun mas femeninos, al doctor Beauchacourt, en Lyon; en Roma al doctor aleman Stamp, que habia vivido en Chile, y en Nápoles al docter Lippert un facultativo eminente para quien todo el bien y el mal de la humanidad estaba contenido en una cajita de fósforo, es decir, en el fósforo que existe repartido en la naturaleza y con mayor particularidad en el pescado y en el hombre. Segun él, la grandeza escepcional de Bismark, su paisano, consistia en que el terrible canciller encerraba mas inmensa cantidad de fósforo en el cerebro, teoría que no debe hallarse del todo desprovista de verdad porque el diablo, dueño de las innumerables solfataras del infierno, es sin disputa entre los jenios el que se halla mas ámpliamente y a mas barato precio dotado de tan importante elemento del poder humano.

Segun este mismo principio, la mayor parte de los médicos de Europa deben usar con frecuencia el fósforo porque noté que algunos pedían a sus clientes dos propinas juntas de a 20 francos cada una, a saber: 20 francos por la visita y 20 francos por la receta, con indicacion ademas de la botica, lo que la lei y el buen tono prohiben en Chile. Jeneralmente los facultativos europeos, al despedirse cada tarde de sus enfermos, estiran a éste juntas y amablemente las dos manos, una para el saludo—el *à demain!* de la esperanza de recobro—y otra para el napoleon de oro o para la libra esterlina, lo que quiere decir que, carta de mas, carta de ménos, “todo el mundo es Popayan.”

XIV.

Hemos dicho en otra parte que en el entierro de Arago no estaban presentes ni Ledru Rollin ni Luis Blanc, estos dos opuestos caudillos del gran trastorno social de 1848; pero a uno y otro conocílos con intervalo de cerca de veinte años en Lóndres, la ciudad de la revolucion universal, siendo *por ahora* la metrópoli mas pacífica y mejor ocupada del orbe. ¡Qué contraste el de aquellos dos tribunos! Ledru Rollin era un gigante, y cuando hablaba en público,

como yo lo ví, y como lo pintaba Lamartine en su *Revolucion del 48*, su rostro atrevido como el de Mirabeau, se amorataba por el raudal rojo de su sangre que de las válvulas del corazon, repleto de pasiones, subia a la garganta presajando ya la aplopejía fulminante que le derribó mas tarde en tierra, como el rayo derriba a la encina. Luis Blanc, por el contrario, con su cara lampiña, su pequeña, pequeñísima estatura, aunque habia cumplido sesenta años cuando en 1870 le ví durante vários días encima de un enorme infolio en la biblioteca del Museo Británico, me pareció mas bien que un filósofo y un historiador famoso, un colegial estudiando de prisa su leccion. Aquel jenio revolucionario, de quien decia en su temprana juventud, el rei Luis Felipe, que le temia mas que a una batería de cañones apostada a su trono, parecia al verle en su vejez, un seminarista humilde y apocado, porque tales suelen ser en la mascarada de la vida los estravagantes disfraces del jenio.

XV.

Hemos dicho que nunca tuvimos la fortuna de divisar al ilustre Thiers, nó porque fuera del tamaño de un granito de anis, sino porque en una gran revista de 100,000 hombres que el gran patriota presidió despues de la guerra en campo de Long Champs dentro del bosque de Bolonia, en agosto de 1871, nos engañó un pícaro pero habiloso charlatan. Estaba éste junto a un trípode repitiendo sin cesar y a todo pulmon: *Venez voir le president de la république! Venez voir! Ca ne coute qu'un sou!* (un centavo); y cuando yo despues de dejar caer el centavo en el canasto (porque todo pago de este jénero en Paris es anticipado) apliqué la vista al instrumento... no ví nada. El aparato era un simple tuvo de bronce sin vidrio... En cuanto a M. Guizot, que no era mucho mas alto que su rival, divíséle en la campiña de Burdeos, camino del Chateau-Margaux, donde él era huésped, desmedrado ya por su última enfermedad pero conservando en su fisonomía la jenial estructura de sus líneas rectas y secas de ilustre dómine y sectario. M. Guizot al pasar me pareció una estatua de

carne disecada. Era un grande hombre, pero como doctri-
nario no fué cual el ecléctico M. Thiers, un hombre sim-
pático.

XVI.

En reemplazo de esos dos grandes historiadores, visité en Milan, introducido por su librero Branca en su modesto y risueño hogar poblado de niños y de flores, a otro gran historiador del siglo. Aludimos al ilustre y laborioso César Cantú, que en ese día (era un domingo) asistía a una fiesta que sus nietos y sus hijos le habian ofrecido. Era entonces el autor de la *Historia Universal* (1855) un hombre de sesenta años, compañero de Silvio Pellico, y de las propias ideas ascéticas de este último, puestas tan de relieve, en sus libros de historiador católico; pero parecia estar saliendo apenas de las puertas de la juventud sin asomarse aun a las de la vejez. Su aspecto nada revelaba, escepto la bondad, terminando sin perfiles acentuados en una barba aguda y enjuta. Conservaba sus cabellos negros y en todos sus movimientos mostraba la soltura de un muchacho, por mas que se hallase cargado de cincuenta volúmenes de arduas labores. Como Guizot y como todos los espíritus empecinados y exclusivistas, Cantú, siendo un hombre eminente, no era atrayente.

XVII.

En los salones de la Sociedad de Agricultura de Francia, en la que era admitido como socio que habia ganado sus espuelas con un libro, y bajo de las bóvedas de Nôtre Dame a la que asistía simplemente como cristiano, tuve tambien ocasion de conocer a dos hombres que se habian hecho notables en su época, siendo el último el padre Félix, célebre predicador jesuita, que el preciso día en que la escuchara hizo un sentido elogio del conde Montalembert que en aquella misma mañana habia muerto (en un domingo de abril de 1870.)

El otro personaje a que hemos aludido era el célebre político y politiquero Dupin, a la sazón presidente de la Sociedad de la Agricultura, con tan gráficos colores pintado como hombre de falsía y de intriga por Timon en su libro de los oradores. Era el mayor de los Dupin un hombre chiquito, pero derecho como un huso, con el pelo ya escaso tejido en red sobre la despejada frente, y su rostro profundamente trabajado por la viruela. En su exterior ofrecía notable semejanza con el jeneral chileno don F. A. Pinto, cuya talla física medía.

Confieso, a la verdad, que poco interes he sentido por estudiar o seguir ese tipo de hombres; tal vez porque al menos en política todos son mas o ménos *Dupines*, especie de escopetas de dos cañones que se disparan con una sola mira, por lo cual rara vez yerran, porque cuando se le escapa un tiro asiertan el otro. En cambio, residían a la sazón en Paris dos hombres que habria dado mis zapatos (aunque no escasos de remiendos) por conocer:—a Cormenin, que habia cautivado nuestra juventud con su libro de los *Oradores*, este Plutarco de las celebridades modernas, mas severo que el antiguo, y a Lamartine, que habia embellecido tantos dias de las primeras emociones con su inventado *Rafael*, con su falsa *Graziela* que no fué pescadora de Ischia jentil sino vulgar cigarrera de Nápoles, y especialmente con sus inmortales, incomparables *Jirondinos*, segun nuestro juicio el primer libro humano que leerán con mayor encanto los siglos despues de los Evanjelios, esta obra no del hombre sino de la divinidad. A Cormenin creí divisarlo un día, y le seguí durante una legua como el discípulo desearia seguir al apóstol, mientras que el autor de *Jocelin* solo le columbré muerto y perdonado de fragilidades, cuando su interesante sobrina, la señorita Valentina de Lamartine, mostrónos en su humilde chalet, prestado por el municipio de Paris, su lecho cubierto de frescas violetas, única fortuna que no le habían disputado sus voraces acreedores. ¡Mísera humanidad que solo otorga treguas y esperas a estas dos cosas entre las que se mece la existencia de los seres, su lecho y su sepulcro. En el caso presente habia otra cosa esceptuada... una corona de violetas.

No será, tal vez, fuera de lugar decir aquí que la señorita

de Lamartine habia adoptado este apellido solo por afinidad de respetuoso amor, asi como el mismo Lamartine no tuvo en realidad ese nombre aristocrático y casi musical, sino que llevó en la cuna otro mucho mas grato a nuestro oido, porque su verdadero apellido fué el de Prat.

XVIII.

El hombre del día en aquel tiempo era Gambetta, pero ni en pelea de gallos le conocimos, porque cuando asistí a una sesion de la convencion de Versalles, es decir, a una riña de gallos franceses, ni por la estaca afilada ni por el ojo herido de garrocha pude distinguirlo en la rueda ni en el tambor. Mucho hacer fué divisar al presidente de la asamblea, y hoi de la república, M. Grévy, con su aspecto apasible de hacendado británico, llevando patillas a la inglesa, a semejanza de un senador nuestro que nunca ha sido dictador ni ha estado en Inglaterra.

Recuerdo todavía que para conseguir mi entrada y la de un amigo chileno a aquella plaza de toros con gladiadores humanos, no me valí de molestos y molestadores empeños, sino que, contra la usanza de mi tierra, pedí directamente nuestros boletos al cuestor del circo, M. Baude, el mismo en éjrico guardian que en 1851 habria salvado la asamblea del golpe de estado napoleónico si sus colegas le hubieran dejado hacer, o siquiera le hubieran creído. Hízonos este buen anciano amable acojida, y hablándonos español, que fué la contraseña. Presentónos tambien con agrado a un diputado que le llamó al pórtico para algun asunto. Era éste el célebre M. Beulé, autor de la *Vida de los Césares*, libro de inmenso estudio y de gran boga. Beulé era un hombre jóven, que peinaba su crespa cabellera rizada hácia atras, y al mirar cerraba los ojos, al parecer fatigados por la miopía. Fué poco mas tarde ministro de Mac-Mahon, y un dia amaneció muerto, atravesado el corazon por tres puñaladas que se habia dado él mismo por desencantos de amor o de fortuna.

¡Cuánto mas le habria valido morir como César en el vestíbulo en que estrechamos de paso su mano!

XIX.

Atravesando la Mancha (no la de Castilla, que es de greda, sino la de Inglaterra, que es simplemente el líquido abrazo de dos mares), podría hacer memoria aquí de muchos hombres ilustres, pero a quienes el aislamiento isleño de su patria priva en cierta manera de esa irradiación de propaganda y de popularidad que es propia a las comunicativas razas latinas. Citaré por consiguiente y por brevedad, solo dos nombres típicos, a Gladstone y a Disraeli, a quienes cierto día (en mayo de 1870) estuve alternativamente contemplando de hito en hito desde las galerías de la cámara de los Comunes, sentados los dos grandes *leaders* el uno frente al otro, separados por una angosta mesa y al alcance ambos de un apretón de mano o de un puñete, a su elección. Como un signo característico del parlamentarismo inglés, los dos rivales del último cuarto de siglo se mantenían en plena sesión con sus sombreros (tarros de unto) metidos cuanto les cabían en la espaciosa cabeza; y mientras la mayor parte de los Comunes, sentados de la misma singular manera en sus desordenados bancos, proseguían leyendo y desdoblando con infernal sonajera de papeles el *TIMES* y el *DAILY TELEGRAPH* del día, los dos colosos parecían estar midiéndose debajo de los párpados para mejor derribarse. Por entonces Gladstone hallábase encima del célebre israelita, pero no daba, a virtud de ello, ninguna señal de suficiencia. Su sonrisa era al contrario modesta y el porte de su gran cabeza, que recordaba la de Daniel Webster, imprimíale un aspecto de majestad que no tenía sino en su elevado porte su adversario.

El último, mezcla rara de Cromwell y de Gambetta, según alguien hace poco ha dicho, mostrábase aquel día un tanto airado bajo su burdo envoltorio de invierno, y en cierta ocasión, en que necesitó abrir el cajón de la mesa que en la sala formaba las fronteras de los liberales y de los conservadores, para sacar unos papeles, después de recorrerlos volvió a echarlos a su sitio empujando el cajón con un estrepitoso puntapié. En todos los casos del debate, que fué tranquilo, Mr. Gladstone me pareció un *gentleman*,

al paso que Disraeli me pareció solo un judío, y a la verdad que lo era. . . Me será permitido recordar además, como cosa gráfica, que los ministros de la gran Bretaña, como si fueran señores del mundo, solo se quitan el sombrero cuando hablan, reteniéndolo muchas veces (cuando hablan corto, que es su estilo) levantado sobre sus cabezas como quien da un recado de sirviente a una señora: "Manda decir la señorita, etc., etc." La única diferencia de tono estriba en que la señora del recado británico es la reina.

XX.

Regresando de otro salto a la Mancha (que ésta es la verdadera, porque es la de España y Sancho Panza), añadiré todavía, que al derredor de una tumba (la del ominoso jeneral O'Donnelle) vísitados en una iglesia de Madrid, de cuyo nombre, como el desierto "lugar de la Mancha," no puedo acordarme, a los que fueron sus compañeros pero que a escondidas fueron sus rivales. Allí estaba el célebre Serrano, duque de la Torre, con su cana cabeza y cara afeitada, escepto el poco gentil bigote gris y recortado; Prim, moreno, enjuto, con barbas y pelo renegrado, asemejándose a muchos jenerales peruanos, que a orillas del Rimac o del Sena conocí, y por último, al ex-miembro y futuro ministro, despues del balazo que mató al último, don Práxedes Mateo Sagasta, un caballero alto, delgado, peinado a la Capoul, con corbata de punta y prendedor de perlas, mui parecido en su rebuscada *toilette* al escelente ministro de Chile don Manuel Antonio Tocornal, que en la suya diaria, gastaba larga hora y media antes de ir cada mañana a la una del día al ministerio. Los ministros que madrugan en Chile no por esto amanecen mas temprano. Los que amanecen en hora adecuada son simplemente los ministros que *se pasan*. Tocornal no *se pasó* nunca. Pero cual otro no se ha pasado?

XXI.

En cuanto a las lumbreras literarias de la España moderna, veíanse en esa época de trastornos casi todas apagadas,

ardiendo solo los cirios de los túmulos. Quintana hacia poco que habia muerto, Nuñez de Arce aun no cantaba, Menendez Pelayo habia apenas nacido, Castelar estaba ausente, y cerradas "por falta de número" o por causa de feriado la real Academia de la Historia y la de la Lengua. De suerte que solo pude conocer al famoso diarista de batalla, el valiente demócrata don Nicolas Riveros, que asistia tambien a los funerales de los guardias nacionales muertos en Madrid por la democracia española, caudillo que por su tezi, su apariencia un tanto brusca me recordó a uno de esos bronceados, nervudos y poco corpulentos mineros de nuestras faenas del norte. Era un Pablo Muñoz andaluz.

XXII.

Por fortuna hallábase en ejercicio la Real Biblioteca de Madrid, y allí conocí en su gabinete a su director honorario, el venerable Duran, el mismo sabio que habia revalidado con Bello en dar a conocer al Cid; al comedido, vivaz y chiquitito don Eujenio Hartzembusch, con su gorrito de terciopelo; al grave crítico Rossel, no menos atento con los visitantes dé sus bien poblados armarios. Nuestro introductor en esos santuarios habia sido el famoso anticuario don Pascual de Gayangos, un hombre que por su figura y su cano bigote nos habria parecido un coronel retirado de caballería, si Prescott y Tenor no hubieran ponderado ántes su insigne mérito literario, y si él mismo, manifestando su admiracion injenua por don Andres Bello, no nos hubiera dicho estas militares palabras en su elojio:—"Cuando yo leo a Bello me chupo los dedos."

XXIII.

El bibliotecario de Sevilla, don José Bueno, que nos presentó en su cama de enfermo a Fernan Caballero (Cecilia Bohl) pobre, anciana y recientemente espulsada por los republicanos del alcázar moro donde la reina habíale

dado un apartado aposento, nos ofreció igualmente introducirnos a otra ruina de la España literaria, a la señora ya anciana y desemejada que vivía retirada en Sevilla y había sido la mismísima "Teresa" del canto inmortal de Espronceda: "Canto a Teresa." Pero pareciónos mas adecuado, a fin de mejor guardar el perfume del sentimiento y del juvenil recuerdo, hacer, respecto de aquella señora, lo que el poeta pidió en su canto:—"Saltarla."

XXIV.

Vivia así mismo en Madrid por esos helados días [diciembre de 1870] la mujer que en el invierno de 1836, y después de su terrible "Noche-Buena" (noche que no fué buena sino atroz!) hizo morder al insigne Larra la boca de una pistola.

Siempre ellas!

Pero ¿no es por ventura cierto que en casos semejantes se hace por mucho preferible conservar los ideales a la contemplación póstuma de las imágenes todavía vivas pero desfiguradas de quienes fueron ellas?

Como a la Teresa del *Diablo Mundo* salté también, pasando por encima de mi natural curiosidad, la desdichada aparición de la *Noche-Buena*.

XXV.

Atravesando un día [hace mas de 30 años] el nebuloso puente de Londres, en Londres, sitio dos veces nebuloso, por el río y por el cielo, alguien [Joaquín Fernández Concha] me mostró con el brazo, desde el coche de plaza en que recorríamos la metrópoli de la niebla, a un anciano alto, rugoso, dudosamente vestido y con un fieltro de paño blanco, o mas bien color de niebla y de carbon de piedra, en la cana, des poblada cabeza, que con pasos ya cansados desfilaba por esa acera del inmenso viaducto en medio de aquellos inabarcables tropes humanos que se asemejan a caminos de hormigas. Era aquel raro personaje don José Joaquín de

Mora, tan célebre en toda la América española, que arras-traba todavía, a los 70 años y siempre en extranjera tierra, reñido su juicio y su moral con su inmenso talento, su vida incurable de bohemio. Por supuesto al verle recordé su triste soneto en escarnio de Chile, pero al mismo tiempo víno-seme a la memoria su oda famosa:

“Chilenos, responded; corred al templo
Rieguen su suelo santo
De patriotismo y compasion el llanto...”

Y como él en la tumba de los Carreras, me sentí inclinado a perdonarlo, porque nada hai que sea acreedor a mayor induljencia que el jenio y los estravíos del jenio.

El “gallego Mora,” segun lo llamaron los pone-nombres chilenos de su tiempo, no era gallego, sino precisamente lo opuesto del tipo del céltico en España, porque era andaluz y andaluz de Cádiz, como quien dice ultra-andaluz: y de aquí su jenio travieso hasta ser díscolo, fecundo mas allá de lo admirable.

No fué tampoco un aventurero vulgar, segun se ha creído, porque nació en casa de piedra, hijo de un rico abogado, y porque en la defensa de su patria contra Napoleon fué soldado i prisionero. Ocurrióle esto último, por fortuna suya, porque durante sus destierros en Paris y en Londres hizose poco mas tarde un gran literato, harto mas brillante en ese terreno que el estudioso y técnico don Andrés Bello, que nunca navegó en mares procelosos sino con la sonda en las manos, y a quien Mora precedió en Chile en la enseñanza y en el rimo. Pero su jenio aventurero y la duplicidad incorrejible de su alma le perdieron en todas partes; y asi en los dias tormentosos en que le vimos, despues de vagar treinta años por el mundo, hallábase pobre, desvalido y desacreditado en Londres, este inmenso sumidero del infortunio humano, esperando oscura muerte que le arrebataria la fama que su rival caraqueño supo pausadamente acumular sobre su tumba y su posteridad.

XXVI.

Y a propósito de los grandes jenios, conocí tambien en Londres, sentándome con frecuencia a su lado, en la mesa

redonda de un modesto club, a un anciano, que bajo una peluca negra y sedosa mostraba una fisonomía enjuta, raída, pero singularmente aseada, encima de un cuerpecito raquíptico y ya encorvado por los años. Era éste un famoso judío, pero ese judío no se llamaba ni Rothschild, ni Fould, ni Pereire. Era un judío mucho mas ilustre que todos esos reyes de los millones, aunque era millonario como ellos. Su nombre era Jacobo Meyerbeer, judío alemán, pero autor del *Profeta*, de *Roberto el Diablo*, y del mayor prodigio universal del siglo y su última obra humana, *Los Hugonotes*, cuya primera representacion en Londres estaba él mismo, conforme a su costumbre, vijilando en persona durante la temporada de 1859. Por la noche recibia las ovaciones de un pueblo enloquecido por el entusiasmo, y por la tarde, despues de entalegar las púngües libras esterlinas de la víspera, se iba a comer conmigo, pobre desterrado, en una mesa de tres chelines. . . Era un jenio inmenso, pero un jenio avaro como Víctor Hugo.

XXVII.

En cuanto al intérprete de aquellas y otras obras exhibidas en aquella época en los teatros de Londres, de Paris y de Nueva York, diré solo lo que sentí como primera impresion personal, porque nunca intenté, como tantos otros, ser crítico de arte, es decir, “maestro Ciruela.”

Mário me pareció en el *Don Juan* un astro en dulce decadencia y Carlota Grissi, en *Norma*, una luna melo-dramática en su último menguante. La linda y menuda Piccolomini, en la *Hija del Regimiento*, era un encanto, una ave canora en la enramada, miéntras que la Alboni, a quien viera en Nueva York con Salvi en la *Favorita*, asemejábase con su enorme corpulencia y su voz divina, por nadie imitada todavia, a lo que entónces se dijo de élla:—a un elefante que se habia tragado un canario. Despues de élla, Adelina Patti, en la *Traviata*, era ese mismo canario escapado de la jaula [o de la Alboni].

XXVIII.

De las mujeres que ví en el teatro, especialmente en el Teatro Frances, el teatro de los teatros, Rachel me pareció una mujer fea y sublime, un espectro [la tísis la devoraba ya] ronco, aterrante, casi sobrenatural, que tenia en su rostro, en su ademan, y sobre todo en su voz, todos los estertores del horror en la incestuosa *Fedra* y todas las majestades en la *Czarina* de Scribe, escrita espresamente para ella; y era eso de tal suerte, que cuando aquella mujer maravillosa se presentaba en las tablas no reinaba en el recinto sino el silencio, las lágrimas mudas, el dolor intenso. Rachel era una maga que con un gancho invisible juntaba todos los corazones en uno solo y a su albedrío los hacia esprimir llanto y sangre, arrancando a todo su auditorio hondos e irreprimibles jemidos. ¡Qué gran trájica, única en el mundo!

Despues que el astro se apagó en prematura tumba solo hemos visto fulgurar sus destellos en la frente de una trájica que en esta tierra no ha sido conocida sino de oídas, Mlle. Pasca, especie de Mlle. Mars, que en 1870 interpretaba los dramas de Sardou en el Jimnasio. ¡Qué admirable mujer! Alta, flexible, dulcemente morena, bellísima de rostro, variado al infinito su talento en sus papeles, teniendo para cada uno de sus tipos una encarnacion diferente, elegantísima, graciosa, y cuando era preciso, fiera y terrible. La impresion que ha dejado en mi recuerdo aquella mujer sin séquito [talvez porque era honrada como su compañera de teatro, Rosa Cheri y no habia dado hijos adúlteros al hijo de Napoleon el Grande], era la de que en su época no habia subido jamás a las tablas una artista que le fuera superior.

En su presencia la Ristori me pareció en Turin sola una mujer buena moza, de voz bien plateada y que hacia mui bien los cuadros plásticos, como en el salon de figuras de cera de Mme. Tussaud en la calle de Harley, en Londres.

XXVIII.

Respecto de los trágicos franceses, estos innimitables cómicos, nada de notable. La-ferrière á los sesenta años llamaba todavía la atencion en alguna tragedia de Racine o de Corneille; y Federico Lemaitre representaba a los setenta, en la Puerta de San Martin, los *Treinta años* de Víctor Ducange, viéndose obligado, para remedar la juventud del jugador, a rellenarse las arrugadas mejillas con algodón, lo que le convertia en triste caricatura de su propia y ya pasada fama. En la tragedia inglesa lo mismo. Carlos Kean, favorito de Londres e hijo de un gran trágico favorito de los ingleses, no era en el *Sardanápalo* de Byron o en el *Enrique III* de Shakespeare sino una caricatura de su padre; al paso que Forrest y Salvini me parecieron mui superiores por su estatura, su accion y su jesto, no emancipados del todo, sin embargo, de la escuela gritona de Casacuberta y de la Samaniego.

El mismo fenómeno negativo en España: Valero y la Matilde Diaz en la *Campana de la Almudaina*, representada en Barcelona en 1859, gritaban, lloraban y sollozaban, pero no conmovían. La tragedia española está muerta y Echegaray se ha encargado de enterrarla, no obstante su indisputable talento.

En cambio, Julian Romea, simple actor cómico por su naturalidad y su escuela, me pareció digno del Teatro Frances, este compendio del mundo moderno y verdadero que el talento hace caber como si fuera una admirable miniatura en cuatro tablas. Agregaré todavía, aunque haya de pecar de descortés a fuerza de ser parco, que interpretando a *Hamlet* Edwin Booth, el hermano del asesino de Lincoln, me pareció mui superió interpretando en Nueva York en ingles a Shakespeare que Rossi en italiano y en Santiago.

XXIX.

Por supuesto, durante tres viajes consecutivos verificados en el espacio de cerca de veinte años al viejo mundo,

lo que mas ví fué sus testas coronadas, porque es lo que mas se muestra y se luce. A Napoleon III le confronté en dos intervalos de quince años, y ¡cuán profundo cambio habia sobrevenido en la estructura física de aquel vulgar tirano eminentemente cínico! Al arrogante impostor del *Golpe de Estado*, al *Napoleon el pequeño* de Víctor Hugo, habia sucedido el *Napoleon el gordo* de Sedan. En la víspera de la guerra pasaba revista a la Guardia Imperial y a los Zuavos en el gran pátio de honor de las Tullerías y al desfilar por delante de las filas al grito monótono y pesadamente maquinal de *Vive l'Empereur!* que proferian las mitades presentando las armas al César, su caballo no parecia llevar sino un atado, una *cutama* hecha en la túnica de César.

Divisé tambien poco antes de morir, en el palco imperial de la Opera, a Jerónimo Bónaparte, ex-rei de Westfalia y hermano menor de Napoleon I. ¡Qué admirable semejanza de familia entre aquellos dos corsos! Jerónimo tenia un color moreno pálido como el gran capitán, su misma estatura, y como habia perdido el cabello y su boca desprovista de dientes se hubiese hundido, por un momento, me pareció, al divisarle, una evocacion de la tumba de los Inválidos aparecida junta al escenario para recibir el homenaje y los aplausos de los vivos y de los sobrevivientes.

Con la distancia de cerca de un siglo del tío al nieto, nos encontramos un día, en la primavera de 1870, con un niño de trece a catorce años, que al lado de un jeneral anciano vestido de civil, se dirijia en un carruaje abierto de la corte al palenque ecuestre del Palacio de la Industria en los Campos Elíseos, a ver hacer cabriolas sobre un pesado caballo al coronel de la escolta napoleónica de los *Cent Gardes*, M. Very, que, por el costo de un peso a la entrada, daba ese espectáculo, casi ridículo en un jefe, a los desocupados, si bien mucho mejor que él habríalo hecho el capataz de Colmo, Majinio Abarca, en cualquiera de los ájiles potros de su piara. Conocí al niño en lo saludador, porque en efecto era el infortunado príncipe imperial, a quien su preceptor, el jeneral Frossard, ántes de hacerse derrotar en Forbach, iba enseñándole... a saludar. La emperatriz era todavía (1870) mui bella, pero sus blancas meji-

llas notaban cierta tendencia a reblandecerse destruyéndole el óvalo del rostro, encanto verdadero de la mujer hermosa, que desde que se opera ese cambio de líneas deja de ser bella.

En cuanto a Plom-Plom, ese no tenia de los Bonapartes sino el plomo con que durante mas de medio siglo su raza ha fusilado a la crédula humanidad. Vi a este príncipe y jeneral interino en varias revistas y paradas militares, y aunque no puede negarse que se parece mucho, especialmente a caballo, a su tío el grande, yo, como tipo militar, preferia de léjos al bizarro y simpático mariscal Mac-Mahon. No es este héroe famoso de encumbrada estatura, segun sus retratos ecuestres o de a pié lo representan. Pero mas jentil porte que el suyo, al parecer fundido en molde de elástico acero, nadie en las guerras modernas ha ostentado. Su rostro enérgico parece una roja llamarada, en que sus ojos color záfiro, estremadamente vivos, brillan como dos chispas azules desprendidas del fuego. Es el duque de Magenta un tipo eminentemente simpático, y en una ocasion en que almorzábamos juntos en Versalles, es decir, él al aire libre bajo de un olmo y yo en una de las ventanas del piso bajo del Hotel de los Embajadores, repleto de diputados (junio de 1871), pude observarle a mi sabor y a mi simpatía, a título talvez de ser ambos oriundos del mismo suelo, porque el héroe de Malakoff—*J'y suis y'y reste*—es de estraccion irlandesa, segun su Mac lo pregona. El a su vez, nos miraba con cierta curiosidad (me acompañaba mi excelente amigo Ruperto S. Rubio), talvez por el Mac, talvez porque no habia otra cosa que mirar de mas cerca en aquel laberinto humano, miéntras que en compañía de otro jeneral hacia el vencedor de Magenta su almuerzo a su manera. Consistia éste en guindas y en leche, y al verlo solver impunemente vaso tras vaso, puñado tras puñado, me preguntaba si este jénero de hombres, a prueba de indigestiones, como los semi-dioses de la mitología, viven solo de sustancias que a los simples mortales le darian cada mañana dolores de barriga, y a la larga un final cólico miserere.

Entre otros caudillos militares de la época, vi al mariscal Vaillat, un anciano de noble aspecto, pero de serviles hechos; al manco mariscal Baraguay D' Hilliers, ya mui viejo, pero

todavía belicoso; al mariscal Magnan, un gigante mui parecido a Pezet, el "peruano," que no vino a Chile con el jeneral Viel porque lo sacó de abordó en el Havre una bailarina parisiense, enamorada de su estatura; al mariscal Randon, que era casi una miniatura. y entre otros muchos en fin que no han pasado a la historia, ví en un ferrocarril, al salir de Milan, al viejo mariscal Radetzky, el vencedor de Cárlos Alberto de Novara, ágil todavía, a pesar de sus ochenta años, y cubierto con un capote blanco como sus canas. Era un hombre retaco, moreno, de aire modesto, la viva imájen del jeneral venezolano Paez, con solo la diferencia del poncho del llanero a la capa del felds-mariscal austriaco. En el hermoso paseo de aquella hermosísima ciudad, Paris del sur, como Viena es Paris del centro de Europa, me mostraron tambien un jeneral bastante jóven, vestido de húngaro, que junto a unas damas estaba azotándose distraidamente las fornidas pantorrillas con un pequeño rebenque de caballería.

—“Ese es Giulay,” me dijo con voz casi sepulcral un milanés que iba conmigo, porque aquellos visires tudescos hacian temblar solo con su nombre en esos días de luto a los abatidos lombardos. El soldado húngaro, vestido de chaqueton, como Rosas y como Quiroga, era a la sazón el gobernado militar de la Lombardia. Por fortuna Maximiliano servia de moderador en su calidad de virei político en su castillo de Miramar, del cual salió para el trono postizo de Méjico y el cadalso triste y efectivo de Querétaro.

“Maximiliano non te fidare.
Torna al castello de Miramare.”

XXX

Pero al llegar a la profecía, echamos repentinamente de ver que estabamos tratando de reyes con anterioridad a los soldados, y en consecuencia, y para dejar por entero cumplido el programa y la palabra ya empeñada, referiremos en último término que tuve el altísimo honor (mediante una libra esterlina y una corbata blanca) de divisar en su palco a la reina de la Gran Bretaña y emperatriz de la India y a

su real consorte ya mui obeso (1855), agregando que por haber dicho esto, o algo parecido, quiso un paisano mío meterme a la cárcel en Valparaiso, despues de un ruidosísimo jurado, nó de honor, sino de impreta y de partido; que en Paris y en Madrid conocí a las dos reinas de España, la reina madre i la reina hija, dos señoras mui gordas, y la hija castellana mas que la madre napolitana; que divisé (y casi nos atropellaron con sus briosos caballos) al emperador y a la enperatriz de Austria, que recién casados así corrian a galope su luna de miel, como si fueran los caballos de Febo en el telon de Guido; que en Ems, y a la luz de fatídicas luces de Bengala, ví entrar triunfante a la ciudad de baños al desgraciado czar de Rusia Alejandro II, hombre escelente, que todas las mañana se paseaba por las calles, seguido de un par de jigantezcos cosacos, acariciando, como Bismark, a su perro amarillo, tan grande como sus cosacos; que en el teatro de Postdam, por el cohecho de un *thaler* que alargué a un galoneado lacayo, asistí al teatro privado de los de reyes Guillemos, que se sucedieron el uno al otro, y estuvieron durante toda la cómica representacion sentados en la platea con sus esposas y su corte como cualquier hijo de vecino, y por último, que por no haber saludado a la difunta reina de Holanda (que ahora hai otra) en el magnífico bosque de hayas de La Haya, mientras ella paseaba en coche abierto y yo estaba parado distraido en un monton de arena, la escolta de lanceros que iba a su culata casi vuelve bridas para lancearme, como si los Paises Bajos hubieran estado todavía bajo la lanza teñida en sangre del duque de Alba.

En contraposicion a esta reina, que decian era sábia, of una misa (misa griega) en el oratorio de la *Kurhause* (casa de sanidad) de los baños de Ems, banca de por medio con la czarina de todas las Rusias, esposa de Alejandro II, el libertador de los siervos, a quien en agradecimiento lo mataron, y madre del fogoso emperador actual a quien, segun cuentan recientes crónicas, no domina nadie en la tierra, sino una mujer,—la suya propia, dulce princesa de Dinamarca, como la de Gales y como la de Grecia.

Hallábase la czarina madre en el camino de la tumba, pero su demacrado semblante, trabajado hondamente por la anemia, conservaba todavía los rasgos salientes de su

juvenil belleza. Era una señora alta, de facciones delicadas, de aspecto noble, de maneras dulces, y nunca ví soberana tan poderosa que en su semblante y en su apostura lo mostrara menos. La misa del fraile griego, barbudo hasta la cintura y que probablemente era uno de los capellanes de palacio, consistió en una série de reverencias y jenuflexiones hechas, no a Dios ni a su altar, sino a la czarina y a su silleta que allí era su trono.

Por lo jeneral los soberanos de Europa me parecieron hombres chicos empastados de grandes, en que la pasta era todo y el hombre... nada. Las mujeres, como que no nacen al azar al pié del trono, sino que son escojidas entre otros tronos, se muestran por lo comun mucho mas atractivas, como acontece a las hijas de Christian XII, rei de Dinamarca i padre de media docena de princesas buenas mozas.

XXXI.

Pero debemos concluir nuestra ya demasiado larga peregrinacion, y al hacerlo, en descargo de nuestra conciencia de hombres y de cristianos, debemos declarar con franqueza que las únicas testas coronadas que en Europa nos inspiraron interes profundo y simpatía personal y verdadera, fueron aquellos dos príncipes, poderosos rivales, que no pudiendo vivir avenidos en la misma casa, se la repartieron, quedando al uno una patria y al otro un mundo.

Habrá echado el elector fácilmente de ver que aludo a aquel héroe saboyano, que sin quitar la cruz de su estandarte, bajó del corazon de los Alpes para hacer la Italia libre, y a aquel venerable anciano, héroe de su propia conciencia, de su fé y de su deber de pontífice, que aceptando la cruz del destierro impuesta por los siglos, constituyóse voluntariamente prisionero en el Vaticano y allí sublime y cautivo murió.

XXXII.


Yo habia divisado por la primera vez a Víctor Manuel poco despues de Novara, viudo recientemente de su anje-

lical esposa, que hoy el papa mismo trata de canonizar, y despues en Florencia paseando en su victoria abierta en los bosques del Casino, a orillas del Arno. Era hombre muy feo y de rostro airado, pero tenia la fealdad majestuosa del leon que atrae y cautiva por la doble impresion de la nobleza y de la fuerza. Al mismo tiempo habia rejistrado cuidadosamente en el palacio Pitti de Florencia aquella misma mañana la jaula de aquel leon de Saboya, de Novara i de Palestro en cuya última batalla un rejimiento entero (el 3º de zuavos franceses) al verle cargar a su cabeza con un fusil en la mano, siendo rei, le proclamó en el campo de batalla cabo 1º de sus filas, y así en esa actitud heroica ha sidopuesto en una estatua.

Con la escepcion del gabinete que el actual, austero y por todos títulos venerable emperador de Alemania, poseia en su pequeño castillo feudal de Postdam, no hemos visto jamas nada mas espartano que el aposento de aquel rei conquistador que dormia en un catre de fierro de a seis pesos, teniendo a su cabecera una piel de gamuza de los *chamois* muertos por él mismo en los despeñaderos de los Alpes, todo amontonado en un cuarto sin alfombra, provisto de un ajuar que en su conjunto asemejábase no al de un rei que hacia una nacion, sino al de un cabo de escuadra que vuelve del combate o al de un cazador de los Apeninos que se echa sobre la yerba de la montaña. (1)

B. VICUÑA MACKENNA.

(1) Por estravío de la última carilla de pruebas y la ausencia del autor, sentimos no publicar los dos o tres últimos párrafos de este artículo.



APUNTES DE VIAJE

(DRESDEN.—MÚSICA.)

Nadie podrá objetar a Alemania la supremacía en la música. No fué ella, sin embargo, la patria de la mas bella de las artes, que nació en los climas ardientes del mediodía, a la sombra de los naranjos o de las palmeras; pero el arte de Apolo pareció encontrar entre los bosques jermánicos una deliciosa morada, porque habiendo penetrado una vez a ellos no los abandonó ya mas. Pero, para esto no dejó de sufrir transformaciones; el mismo ritmo de aquellos poéticos países del sur no servia para su nuevo dominio, y le fué menester revestirse de otras formas, de otras cadencias ménos voluptuosas para implantarse en tierras mas frías y donde el entusiasmo de los habitantes tiene ménos vehemencia que los de aquellos, pero mas vaguedad.

Por la música de cada pueblo puede conocerse su carácter: ello es indudable. La música es al espíritu lo que la filosofía es al alma; aquella el reflejo de la imaginacion como ésta el de las ideas; y ámbas tienen muchos puntos de contacto, porque la música es la filosofía armoniosa de los sonidos, así como la filosofía es la armonía del pensamiento. Una y otra dan a conocer el carácter de los pueblos, con la diferencia que la primera es del dominio de las masas y no puede faltarles nunca como espresion de sus sentimientos, miéntras que la segunda puede no salir de una esfera mas alta, a no ser que por ella tambien se entienda las mas elementales nociones de raciocinio e in-

vestigacion de ideas que son propias de cada individuo racional.

Hai tres pueblos eminentemente músicos en el mundo: Italia, España y Alemania, y es curioso observar algunas de las diferencias que saltan a primera vista entre los tres. Siempre la armonía es la base que les anima, pero bajo diversas fases; en Italia, es el canto; en España el baile; en Alemania la música instrumental. Los dos pueblos latinos se asemejan en muchos repectos, pero el teutónico es demasiado grave para que el arte pudiese desarrollarse en él como en aquellos.

En Italia, puede decirse, nació la música, entendiendo por ella un arte perfecto como el que tenemos hoy, apesar de que las razas mas remotas ya la cultivaban; nació allí, pero no permaneció; ello no es extraño, porque Vénus nació tambien en Chipre, y es preciso buscar ahora sus huellas en otros lugares. Los italianos no pueden vivir sin la melodía, porque ella es un verdadero alimento para su espíritu y para sus sentidos; el cielo les ha dado el órgano de la voz y cantan para espresar sus sentimientos por medio de la música y la poesía. Pero esas melodías y esos cantos, sea que se les juzgue en las serenatas de las calles, en las góndolas de Venecia, en el golfo de Nápoles, o sobre las tablas de sus teatros esparcidos por todo el mundo, siempre tienen el mismo carácter: poesía amorosa; pasion mas o ménos ardiente, pero siempre sin misterio; voluptuosidad propia de un cielo azul y de una primavera casi constante; lijereza en la modulacion que dá a conocer un carácter vivo, jovial, feliz, porque aun en medio de un grito de pasion desdichada uno creeria divisar en el fondo de esa alma un pronto consuelo para la desdicha.

No ménos músicos que los italianos son los españoles, pero entre ellos se cultiva la melodía de manera diversa; tienen un clima y un temperamento mas ardiente, y no se contentan con espresar la pasion por el canto únicamente sino, que necesitan del lenguaje vehemente de los movimientos que lo acompañan; la danza es para ellos la armonía, y esa gracia estética que distingue a sus bailes y que pueblo alguno puede disputarles, les transforma en una verdadera armonía. Así como los italianos del pueblo cantan por una necesidad innata, los de la misma clase en

España, y sobretodo en Andalucía, bailan porque no pueden dejar de hacerlo, y en esos bailes muéstrase mucha de la voluptuosidad oriental, que entre muchas otras cosas han heredado de los árabes, que hace asemejarse a las mujeres a aquellas "almées" de las orillas del Nilo que comprenden como nadie toda la armonía y sensualidad de los movimientos. Y ese sentimiento de bienestar y de alegría es aún mas poderoso en este pueblo que en el primero; parece que pudiera haber mendigos pero nó desdichados; que toda la pobreza, todos los dolores pudieran olvidarse al escuchar un acorde de guitarra, o al ver la luz brillante del sol bienhechor; por eso el medio de espresar los sentimientos o la expansion del alma debe ser a su vez mucho mas poderoso, mas de acuerdo con ese exeso de vida, de actividad de imaginacion, y de vehemente alegría; para todo lo cual se presta el baile, que es la armonía del movimiento acompañada por la melodía de los sonidos.

Queda ahora el tercer pais, Alemania, que es de la cual me ocupo, porque he dicho dos palabras sobre los otros sólo para establecer el contraste; en ella la música ha tomado un camino del todo distinto, y cada día se aparta mas del que tenia trazado al principio segun los modelos que le vinieron de la única fuente en que tuvo su orijen. Si en aquellos paises la melodía es expansiva, aquí se ha hecho profunda; si allí los sonidos ponen al alcance de todos el sentimiento que ellos espresan y el que quiere espresar quien los produce, de suerte que no son meramente la voz triste o alegre del que canta sino que sirven de eco a la simpatia de todos los oyentes, aquí el sentimiento es mucho mas concentrado, los sonidos armoniosos ménos francos, porque el artista que de ellos se vale para dar expansion a su alma no desea siempre la simpatía de los estraños, y estos, que escuchan sin experimentar las mismas sensaciones de aquel, no los comprenden. A esto atribuyo el que la música italiana deleite a la mayoría de las jentes; espresa las pasiones con tal claridad que cualquiera puede adoptarla a las propias; miéntras que, por el contrario, la alemana las espresa de una manera del todo peculiar, que léjos de adoptarse a la intelijencia de los demas pueblos, parece concretarse solo a su misma raza, y a los pocos individuos estraños que sienten de una mane-

ra semejante. Esa sencillez en la melodía italiana, para la cual hasta la dulzura del lenguaje en el canto parece prestarse, la hace comparable a la poesía lírica; la grandiosidad, la riqueza, el misterio en la armonía alemana la acercan mas bien a la poesía épica: decir cuál es mas bella es imposible, porque tanta belleza cabe en una como en otra, y para juzgarlas depende completamente de la situación en que nos encontramos, porque una vez podrá hacernos gozar mas ésta, y la siguiente aquella. Pero si a la belleza que deleita juntamos el sentido profundo que contrae, la magnificencia que domina, y al arrebató de los sentidos o del corazón toda la contracción del alma y del entendimiento, es indudable que encontraremos que la música alemana es la mas grandiosa, la mas rica, la mas perfecta, y aquella en que el arte de los sonidos ha alcanzado su mas alto grado de desarrollo.

Así como el carácter alemán ella es a veces demasiado oscura, y la forma demasiado descuidada por el fondo le hace perder algunos de los atractivos que parecen ser inherentes a su existencia; quizás la fantasía de suyo especulativa y vaga les lleva a veces a rejiones demasiado indefinidas, y quién sabe si otras, por el contrario, pretenden los alemanes dar a los sonidos una vida de que carecen, hacerles espresar de una manera gráfica y precisa acciones y situaciones de la vida real que no alcanzan a espresar en efecto, porque ello está fuera de su alcance. Todo esto naturalmente sería un obtáculo para la belleza porque desvirtuaría el arte de los sonidos, que parece apoyarse ántes que todo en las leyes primordiales de la combinación armónica.

Sea como sea, y dejando a cada cual su preferencia entre las diversas escuelas, mi objeto no es hablar de la música en jeneral como arte, porque es él un asunto en que sin el menor criterio técnico no podría dar mas juicio que aquél que forman las nociones elementales de gusto, oído o sentimiento, sino que deseo dar algunas noticias de como se la cultiva en Dresden, lo que dá tambien una idea mas o ménos exacta de las demas ciudades alemanas.

Alemania es el país músico por exelencia, y en ninguna parte puede un extranjero entusiasta por ese arte dedicarse mejor que en él a su estudio, y gozar mas con sus produc-

ciones, que están tan al alcance de todos; y en Alemania Dresden ocupa uno de los primeros lugares, no solo en las óperas sino tambien en la música instrumental.

Es seguro que la multitud de cortes en el país contribuye en gran manera a estimular ese desarrollo en la música y en el canto, porque cada uno de los príncipes desea tener en la suya ese gran atractivo, y hace para ello toda clase de esfuerzos y de sacrificios en dinero. De aquí viene que, miéntras en los demas países se encuentra ópera y orquestas de primer órden sólo en la capital o en una que otra rarísima ciudad mui importante, en Alemania las tienen ademas de las capitales grandes muchas de las pequeñas, donde si no fuera por la proteccion del príncipe por cierto que no podrían sostenerse. Por la gran abundancia de músicos y cantores sucede algo semejante en Italia, pero allí fuera de unos pocos teatros, como la Escala, el San Carlos, el Apolo, los demas son completamente secundarios.

En Alemania, por el contrario, cada una de las óperas de Berlin, Dresden, Munich, Otuttgart, Hanover, Hamburgo, Frankfort, puede rivalizar con las mejores de Europa, y quedan aún muchas otras mui buenas tambien en Leipzig, y en las pequeñas capitales Calsruhe, Darmstadt, Weimar etc.

Si en otros países vá la jente a la Opera por ser ello de tono, o por un entretenimiento mas o ménos agradable, aquí está ántes que todo el entusiasmo por la música, y prueba de ello es el silencio con que se la escucha, en medio de la casi completa oscuridad del teatro que apenas permite divisar de un lado a otro, pero que realza mas la luz del escenario. Los alemanes no pierden una nota del canto, y jamas lo interrumpen para manifestar su aprobacion hasta que no haya terminado completamente el pasaje o aún el acto; y ese entusiasmo vá llevado tan léjos que a veces soportan larguísimas escenas que aburrirían a cualquiera otros, y no las soportan sino que gozan en ellas de una manera increíble; esto he podido experimentarlo yo mismos en repetidas ocasiones en que la exesiva prolongacion de los diversos trozos me tenia ya desesperado, a pesar de la belleza de la música, que por bella que sea debe tener su límite de duracion. Y a pesar de ese sentido musical innato que todos ellos poseen no puede decirse

que formen un público exigente, al contrario, todo les gusta, todo les entusiasma, y no es raro escuchar aplausos estruendosos despues de una interpretacion artística del todo imperfecta, que no se comprende cómo puede agradar a los individuos que en medio de esa multitud tienen un gusto mas escojido.

No pueden vivir sin óperas, y ménos aún sin orquestas, y es por eso que se las encueta en tal número, ademas de las destinadas para los teatros o conciertos sérios, en los innumerables locales públicos de reunion para la jente mas vulgar, algunos de los cuales, los *cafés-jardines*, son institucion completamente peculiar a Alemania.

Estando en una ocasion en Berlin, ví que se anunciaba para esa noche cinco óperas diversas, todas ellas naturalmente sérias y sin contar las operetas: es seguro que no sucede otro tanto en ninguna ciudad europea, aunque las haya de mucha mayor poblacion, porque en ninguna de ellas alcanza el entusiasmo por la música a tan alto grado para que cinco teatros de ópera a la vez pudiesen contar con el apoyo del público. De Lóndres no habria que hablar, porque su pueblo no tiene el gusto delicado de la armonía, y los grandes señores ván al *Covent-garden*, en el corto período del verano, porque para ser elegantes necesitan pagar grandes precios y mostrarse allí. (Ahora ese mismo *Covent-garden*, el teatro mas aristocrático del mundo, está convertido en circo para la temporada de invierno!)

Pero en Paris mismo, que es sin disputa la ciudad teatral por excelencia, parece una hazaña tener abiertos en esta estacion tres teatros para la música séria; la Grande Opera, los Italianos, (que es ópera de ocasion) y la Opera Cómica; y Paris es dos veces y media mas grande y poblado que Berlin

Y el mismo resultado aparecería si se comparase el número de conciertos que tienen lugar en las ciudades alemanas con el de las extranjeras; aquí la música está puesta al alcance de todo el mundo, miéntras que en los otros países, fuera de Italia, pertenece sólo a la jente que puede pagar entrada mas o ménos costosa.

Dresden, como he dicho, está en primera línea en las ejecuciones musicales de Alemania, y yo nunca habia tenido ocasion de gozar tanto con el arte divino de los sonidos.

La Opera de la Corte se distingue no sólo entre todos los grandes teatros del país sino de toda Europa. De los subvencionados por el Estado ocupa el cuarto lugar por la suma que recibe, y su compañía, que funciona casi todo el año, está contratada de fijo, como sucede en todos los teatros de las Cortes alemanas, sin perjuicio de que los artistas canten muchas veces, como huéspedes, en otras ciudades.

En otra parte he dicho cuán magnífico es el edificio; ahora me refiero sólo a las representaciones. La orquesta y los coros son admirables, y no les conozco superiores; los hombres son buenos, pero no sobresalientes; las mujeres, fuera de una, apénas regulares; el movimiento escénico sin otro rival que Munich, Paris, y Viena. Esta es la idea que me he formado de la Opera de Dresden, que he podido juzgar en sus mas variadas producciones.

Hasta hace algunos años parece que habia la creencia que sólo el idioma italiano se prestaba para el canto, y por eso la ópera italiana ocupaba todas las escenas del mundo; pero poco a poco háse desarrollado una gran reaccion en contra de esa costumbre, y con mucha justicia, porque es absurdo que teniendo un país cantores propios necesite valerse de extranjeros, o que aquellos canten en una lengua que, por no ser la nacional, la mayoría de los oyentes no comprende. Cada dia pierde la ópera italiana mas terreno, y ya son contadísimos los países extranjeros en que todavía impera; así en Rusia, en Suecia, en Noruega, en Francia, Alemania, Bélgica, y a veces hasta en Inglaterra, se canta en el idioma nativo, aunque sean muchas veces las mismas óperas italianas, puesto que no todos los pueblos tienen la suerte de poseer grandes compositores. España es de los pocos en donde cantan aún los italianos, y ello no lo comprendo, teniendo ella una pléyade de artistas distinguidos que podrian formar una brillante escuela nacional en vez de buscar fortuna en las tablas del extranjero.

De que el idioma italiano es el mas dulce para el canto no hai duda alguna; pero como hai cantos en que se necesita algo mas que dulzura no es él el que mas se presta en todos los casos. Si está admirablemente en una melodía de Bellini, el aleman, que por cierto no es idioma suave, está admirablemente tambien en una ópera alemana, así como

sería insoportable en aquella. Una ópera es el conjunto de los dos elementos, la música y el drama poético, y uno y otro deben de ser hermanos para que haya la unidad necesaria, y por eso encuentro tan mala una ópera italiana cantada en alemán como una alemana cantada en italiano, porque en ámbos casos hai demasiada diferencia entre el espíritu de la música y de la poesía.

En Dresden, fuera de raras escepciones, sólo se canta óperas nacionales, y lo mismo en toda Alemania, y las tienen en tal cantidad que mal harian en ir las a buscar a otra parte. Los autores favoritos son Mozart y Weber, verdaderos fundadores de la ópera alemana, Beethoven y Wagner; rara vez sube a la escena alguna de Meyerbeer o cualquiera francesa e italiana; pero en cambio hai muchas alemanas de compositores del día, que alcanzan mayor o menor grado de celebridad. Yo creo que Weber sea el músico que representa la ópera popular alemana, así como Schiller es el literato cuyo jenio ha logrado ser mejor comprendido por el pueblo; porque uno y otro cuentan, cada uno en su jénero, con las mayores simpatías.

Ricardo Wagner adquiere, sin embargo, de día en día mayor influencia, y puede llamársele, ademas del compositor mas notable contemporáneo, el jénio verdaderamente nacional en este siglo. Me siento de veras embarazado para desarrollar una idea sobre esa música jenial y estraña que se ha prestado a tan ardientes polémicas, y no me atreveria a hacerlo sin haberla escuchado muchas veces con una atencion profundísima que contraía a ella con el objeto de indagar en qué consiste esa reaccion tan grande en el modo de ser de la ópera.

La primera vez que escuché una de Wagner fué en Barcelona. Cantaban Lohengrin; para vergüenza del "Liceo", los coros eran tan infames que cada vez que debían tomar parte en la accion, les acompañaban las voces y los gritos de los entusiastas catalanes del paraíso, que no podian contenerse ante la ridícula parodia de la escena. De esta suerte tuve un malísimo estreno de Wagner; al segundo acto cabeceaba de sueño, y no pude resistir mas. Con esta esperiencia no volveré a oír ópera de Wagner fuera de los países alemanes; aunque es cierto tambien que apenas hai ocasion para ello.

La segunda vez tuvo lugar en Munich; la representación no dejó que desear; pero una de las noches de la Tetralogía de los Nibelungen era demasiado oscura para uno que todavía no estaba iniciado en esos misterios.

Desde las seis de la tarde hasta las once, sentado en un sillón; el teatro completamente oscuro y silencioso, y mayor oscuridad aún en la música y en el drama de que no comprendí un ápice: a esto se redujo mi segunda tentativa wagneriana, en que había quedado más a oscuras aún que cuando los catalanes ayudaban a interpretar al gran maestro.

Desde la llegada a Dresden estaba ansioso de poder apreciar mejor las famosas óperas, de las cuales había oído muchas veces anteriormente trozos de orquesta que me parecían espléndidos; y en efecto, aquí he podido satisfacer cumplidamente esos deseos, porque Wagner es el autor puesto más a menudo en la escena, y tanto la orquesta como algunos de los artistas son especialidad para interpretar esa música, que por cierto no es del alcance de todos ellos.

Carezco de los conocimientos técnicos necesarios para un análisis estético de la obra de Ricardo Wagner, así como para sostener el pró y el contra en la gran lucha que a propósito de él se ha iniciado entre sus admiradores y sus enemigos; pero creo haberme dado cuenta del objeto primordial que él se propuso, y de sus miras, desarrolladas no solo en innovaciones de la ópera sino también en sus numerosos escritos, porque el genio de Wagner no fué menos filosófico y literario que musical.

Según él la Ópera marchaba por un camino falso, los músicos anteriores la habían colocado en una posición errónea, y era tiempo de conducirla a la verdadera. Aquellos habían hecho del drama un medio para llegar a la música que era el fin, cuando, por la inversa, el drama es el fin para el cual debe cooperar la música como medio. La ópera debe formar un todo armónico y perfecto, y no estar la poesía y la instrumentación subordinadas al canto, sino que cada una de las tres complete y perfeccione a la otra, de suerte que la ópera sea la expresión de las tres artes.

A su juicio, los diversos trozos del canto en la ópera an-

tigua, los que llamamos árias, cavatinas, romances, etc., sólo sirven para romper esa unidad artística, distrayendo de la acción principal, y por lo tanto, debían suprimirse y ser colocado en su lugar ese recitado armonioso, esa música declamatoria, (que no sé bien como llamarla) a que la orquesta dá gran realce mientras tanto con sus armonías variadas.

Apénas me he alcanzado a explicar la teoría de los "Leit-motive," [motivos guía] tan mentada entre los entusiastas de Wagner. Dicen que para asegurar mas la unidad que éste deseaba en el Drama musical, [porque ya no se llama ópera sino "Musik-drama"] era menester buscar algunos motivos musicales que en los momentos mas agudos de la acción ligaran mas la música con el drama, que vinieran como elementos de union entre ámbas entidades; pero como ellos no podían pertenecer al canto, debía la orquesta tomarlos, y así ésta que ántes servía sólo para acompañar a aquel, llegaba ahora a tener completa independencia, y a apoderarse de vida propia, para cooperar a su vez con mucha mayor eficacia. Estos motivos aparecen en las citaciones mas variadas del drama, y son jeneralmente trozos cortos y característicos que se dan a conocer en el acto.

Otra de las inovaciones de Wagner, y en la cual nadie podrá negarle las ventajas, es el cambio de asunto para las óperas, y segun su opinion, el tema histórico no se presta absolutamente para la música, porque siendo ésta el lenguaje del sentimiento no es en la historia en donde debe buscar la espresion, sino en las leyendas mitológicas; y por esto él elijió en la fuente riquísima de las tradiciones heroicas del suelo jermánico el asunto para sus dramas musicales, haciéndolas revivir con ellos. Esta inovacion me parece muy feliz, porque es indudable que por la adopcion a la música de asuntos de la historia, conocidos por todos, éstos se desvirtúan, y resulta una mezcla de verídico y falso que perjudica sobremanera al drama; y peor es aún entrar al campo de los romances de "demi monde," como sucede con la "Traviata" de Verdi, porque entónces pierde la música hasta su nobleza.

Al escuchar las óperas de Wagner, uno de mis mayores encantos era trasportarme a ese mundo ideal de la leyenda, porque la música es de suyo tan ideal que se aviene

admirablemente con él, cumpliendo su objeto que es conmover la imaginación y los sentidos. Hacen éllas el efecto de un sueño agradabilísimo que atrae, que fascina, y del cual uno se resiste a despertar; porque a la acción jeneralmente brillante de la escena, se junta el poema mismo y la instrumentación admirable de la orquesta, cuya riqueza y variedad no tiene límites, desde las armonías más celestiales de los violines con sordina, como en el canto al cisne de Lohengrín, hasta los estruendos más brillantes y tempestuosos.

Para juzgar las óperas de Wagner es necesario escucharlas en un teatro de primer orden, en Alemania, tener alguna apreciación en la música del país, y comprender la música que se canta; de otra manera se forma en la cabeza una confusión indescriptible, como me sucedió a mí mismo las primeras veces que la escuché.

En las óperas italianas nos contentamos con tener una idea vaga del libreto, porque el poema es tan secundario que no necesitamos otra cosa que comprender el sentido de la acción desarrollada delante de nosotros; pero en aquéllas, de acuerdo con las teorías del maestro, el poema es tan importante para el conjunto como la música misma, y no seguir palabra por palabra el desarrollo del drama equivale a perder la mitad de su valor. Wagner mismo escribió todos los libretos para sus óperas, y su poesía es jeneralmente muy hermosa; puede notarse que al cantar no repiten los artistas ninguna de las palabras, al contrario de lo que sucede en las demás óperas en que las interrumpen, las despedazan y las repiten varias veces; el hilo del poema sigue su curso desde el principio hasta el fin sin el menor tropiezo de dicción, como si se tratara de un verdadero drama declamado. Y por cierto que el idioma alemán no suena desagradable, porque en la poesía y en el canto desaparecen la aspereza y la languidez que por el sistema de contracciones y frases intercaladas, se hacen sentir tan amenudo en la prosa.

Esta unidad completa entre el poema, el canto y la música, dá seguramente a la ópera mucha mayor vida, y la convierte en una ficción mucho más racional y verosímil que aquella en que los ejecutantes aparecen como figuras de resorte traídas a la escena para que canten unos trozos

tras otros, subordinando a ese canto todo lo demas. La parte que desempeña la música instrumental aumenta tambien mucho la belleza, y aún hace mas variada la impresion de la armonía, porque ya no atendemos sólo a lo que producen las voces, sino que a cada instante damos una atencion preferente a la de los instrumentos, porque nos atraen con sus espléndidos sonidos. Ello es una enorme ventaja sobre la instrumentacion antigua italiana, que no es otra cosa que acompañamiento, y a veces un acompañamiento tan débil y monótono que no pasa por ratos enteros de unos cuantos arpejos repetidos hasta el cansancio para seguir el tono de la melodía. En Wagner se encuentra, por el contrario, que los instrumentos no solo hacen un papel mas importante que el de meros acompañantes, sino que siendo independientes del canto, llevan ellos muchas veces la melodía con una riqueza mucho mayor que la que podrían darle las voces, y éstos mientras tanto entonan esos recitativos modulatorios que se requieren, en vez de canciones mas melodiosas, para la perfecta hilacion de los pensamientos y del discurso en el drama.

Despues de estas pequeñas observaciones jenerales sobre el sistema de Wagner, segun he podido comprenderlo, voi a hablar algo de los asuntos de sus óperas.

RAFAEL ERRÁZURIZ U.

(Continuará.)



PRELUDIO DE PRIMAVERA

Ya viene la galana primavera
Con su séquito de aves y de flores,
Anunciando á la lívida pradera
Blando engramado y música de amores.

Deja, oh amiga, el nido acostumbrado
En frente de la inútil chimenea:
Ven á mirar el sol resucitado
Y el milagro de luz que nos rodea.

Deja ese hogar, nuestra invencion mezquina:
Ven á este cielo, al inmortal brasero
Con que el amor de Dios nos ilumina
Y ardiente abraza al universo entero.

Ven á este mirador; ven y presencia
La primera entrevista cariñosa
Tras largo tedio é inconsolable ausencia,
Del rubio sol y su morena esposa.

Ella no ha desceñido todavía
Su sayal melancólico de duelo,
Y en su primer sonrisa de alegría
Con llanto de dolor empapa el suelo.

No esperaba tan pronto al tierno amante,
Y recelosa en su contento llora,
Y parece decirle sollozante
¿Por qué si te has de ir, vienes ahora?

Ya se oye palpitar bajo esa nieve
Tu noble pecho maternal, Natura.
Y el sol palpita enamorado, y bebe
El llanto postrimer de tu amargura.

Oh qué brisa tan dulce! va diciendo
"Yo traeré miel al cáliz de las flores;
"Y a su rico festin ya irán viniendo
"Mis veraneros huéspedes cantores."

Qué luz tan deliciosa! es cada rayo
Larga mirada intensa de cariño;
Sacude el cuerpo su letal desmayo
Y el corazon se siente otra vez niño.

Esta es la luz que rompe jenerosa
Sus cadenas de hielo á los torrentes
Y devuelve su plática armoniosa
Y su alba espuma á las dormidas fuentes.

Esta es la luz que pinta los jardines
Y en ricas tintas la Creacion retoca;
La que devuelve al rostro los carmines
Y las francas sonrisas á la boca.

Múdanse el cierzo y ábrego enojosos
Y céfiro y favonio andan triscando,
Como enjambre de niños bulliciosos
Que salen de la escuela retozando.

Naturaleza entera estremecida
Comienza á preludiar la grande orquesta
Y hospitalaria á todos nos convida
A disfrutar su regalada fiesta.

Y todos le responden: toda casa
Ábrese al Sol, bebiéndolo á torrentes;
Y cada boca al céfiro que pasa;
Y al cielo azul los ojos y las frentes.

Al fin soltó su garra áspera y fria
El concentrado y taciturno invierno,
Y entran en comunión de simpatía
Nuestro mundo interior y el mundo externo.

Como ágil prisionero pajarillo
Se nos escapa el corazon cantando;
Y otro como él, y un verde bosquecillo,
En alegre inquietud anda buscando;

O una arbolada cumbre, deslizante
Sobre algun valle agreste y silencioso,
Desde donde cantar en duelo amante
Un Dios tan bueno, un mundo tan hermoso,

Una vida tan dulce, cuando al lado
 Hay otro corazon que nos lo diga
 Con un cerrar de mano alborozado
 O una mirada tiernamente amiga!

Un corazon que para el nuestro sea
 Luz de esa vida y centro de ese mundo;
 Hogar del alma, santa panacea
 Y abrevadero al labio sitibundo!...

Por hoy el ave amante busca en vano
 Su ara de amor, su plácida espesura;
 Que ha borrado el Artista Soberano
 Con cierzo y nieve su mejor pintura.

Pero no desespera: oye una pia
 Voz misteriosa que su instinto encierra
 De que así como á el alma la alegría
 Volverá la alegría de la tierra;

Al jardin, con sus flores, la sonrisa;
 Y al mustio prado la opulenta olfombra;
 Rumor y olor de selvas á la brisa,
 Y al bosque los misterios de su sombra;

Nuevo traje de fiesta á todo duelo,
 Nueva risa de olvido á todo llanto;
 ¿Y á mí?... Talvez el árido consuelo
 De recordar mi dicha al son del canto.

Quizá, como á su cebo empozoñado
 Vuelve la fiera que su mal no ignora,
 Iré, ya solo, y triste, y olvidado,
 A esos parajes que mi mente adora....

¿Habrà sido todo eso una quimera
 Que al fuego del hogar ví sin palparla?
 Ah! fué tan dulce que morir quisiera
 Antes que despertar y no encontrarla....

Tú que aun eres feliz, tú en cuyo seno
 Preludia el corazon su abril florido;
 Vaso edenal sin gota de veneno;
 Alma que ignoras decepcion y olvido:

Deja, oh paloma, el nido acostumbrado
 En frente de la inútil chimenea;
 Ven a mirar el sol resucitado
 Y el milagro de luz que nos rodea.


Ven á ver cómo entre su blanca y pura
Nieve, imágen de tí resplandeciente,
Tambien á par de tí la gran Natura
Su dulce abril con júbilo presiente.

No verás flores. Tus hermanas bellas
Luego vendrán, cuando en el campo jueguen
Los niños coronándose con ellas;
Cuando á beber su miel las aves lleguen.

Verás un campo azul, limpio, infinito,
Y otro á sus pies de tornasol de plata
Donde, como en tu frente, ángel bendito,
La gloria de los cielos se retrata.

Nada hay más triste que un alegre día
Para el que no es feliz; pero en mi duelo
Recordaré á la luz de tu alegría
Que en un tiempo el mundo para mí fué un cielo.

RAFAEL POMBO.



CUESTIONES MEDICO-LEGALES.

RELATIVAS AL TESTAMENTO:

Nuestro Código Civil, en su artículo 1005, declara que no son hábiles para testar:

- 1.º *La persona que ha muerto civilmente;*
- 2.º *El impúber;*
- 3.º *El que se hallare en caso de interdicción por causa de demencia;*
- 4.º *El que actualmente no estuviere en su sano juicio por ebriedad ú otra causa;*
- 5.º *Todo el que de palabra ó por escrito no pudiere expresar su voluntad claramente.*

Claro queda, que el objeto que persigue la ley no es determinar de una manera taxativa, qué individuos no pueden manifestar su voluntad de una manera libre y conciente; ó sea á qué individuos considera como desprovistos de todos ó de alguno de los requisitos internos que debe tener un testador; la inteligencia, la voluntad, y como condición de ésta, la libertad.

El testamento es un acto más ó menos solemne por el cual una persona dispone de sus bienes en favor de otras personas para después de sus días. No pudiendo el testador intervenir en el momento en que se ejecuten sus disposiciones, tiene que arreglarlas de una manera clara, definitiva, y con pleno conocimiento de causa. Necesita el testamento ser hecho con un juicio sano y una memoria despejada; necesita el testador, de mucha circunspección y prudencia para darse cuenta cabal y exacta de cada una de las cosas que ordena, á fin de un pedir que más tarde se las cumpla, nó según su deseo, sino según las aspira-

ciones y conveniencias de otros. Con sobrada razón la ley ha exigido á todo testador que se halle en el goce de los requisitos ya enumerados para poder hacer testamento. Y sin embargo, apesar de la previsión y sabiduría de la ley ;cuántos de los que han bajado a la tumba creyendo dejar establecidas conforme á equidad y á sus deseos las últi mas disposiciones de su vida, si volvieran a su hogar, no se espantarían al ver la interpretación que á aquéllas se les ha dado!

Prescindiendo de los incisos 1º y 3º que son asuntos, diremos, pasados en autoridad de cosa juzgada y sobre los cuales la medicina legal no tiene acción, queremos analizar las cuestiones que se pueden deducir de este artículo; las cuales en orden, serían; 1.º Las relativas á los testamentos de los impúberes; 2º de los que no se encuentran en su sano juicio por ebriedad ú otra causa; y 3º de todos los que de palabra ó por escrito no pudieren expresar su voluntad claramente.

I.

TESTAMENTO DE LOS IMPUBERES.

Cada vez que corresponden, nuestras leyes toman la edad, en consideración como uno de los elementos más importantes para el ejercicio de los derechos, para el nacimiento y el desempeño de las obligaciones, considera especialmente a toda persona que se halla sin la suficiente capacidad de obrarlos racionalmente. Asiste á la ley razón sobrada especialmente para impedir, como también para la responsabilidad penal. La ley impide el ejercicio de muchos derechos á los que no han cumplido catorce ó veicinco años; liberta de muchas obligaciones á los que han llegados á una edad avanzada, exime de responsabilidad criminal á los que no han cumplido diez años, y considera como atenuante ser el culpable menor de dieziocho años. Claro es que en los diferentes actos de la vida en que además del conocimiento de las cosas, hay que prever sus consecuencias, en que es menester distinguir lo bueno de lo malo, en que, en una palabra, es necesario usar del libre albedrío, claro es, decimos, que la ley tiene justo y

sobrado motivo para impedirlos á toda persona que se halla sin la suficiente capacidad de obrar los racionalmente. Asiste á la ley razón sobrada especialmente para impedir testar y para considerar nulo el testamento que hicieren los que no reúnan las condiciones antedichas, porque los tales no tienen ni pueden manifestar una voluntad libre y consciente privados como se hallan de razón, o sin tener completamente desarrollada su inteligencia.

La cuestión, pues, que tendría que resolver el médico, queda reducida á determinar la edad del sujeto que ha testado ó quiere hacerlo, cuestión fácil de dilucidar atendiendo al desarrollo y á las fases que recorre el organismo, durante la vida, cuestión diversa y que se relaciona con otras de la medicina legal.

II.

TESTAMENTO DE LOS QUE NO SE ENCUENTRAN EN SU SANO JUICIO POR EBRIEDAD U OTRA CAUSA.

Dice el inciso 4º del artículo citado, que no son hábiles para testar los que, en el momento de hacerlo no estuvieren en su sano juicio por ebriedad ú otra causa.

Para tratar con más claridad este asunto, distinguiremos dos categorías de individuos, que á nuestro juicio, se encuentran comprendidos en esta disposición: 1.º Los que estuvieren afectados de delirio crónico ó locura en sus diversos grados y formas, como la manía, la demencia, la falta de desarrollo de las facultades intelectuales, la imbecilidad, el idiotismo; y 2º los que se encuentran en el delirio agudo ó perturbaciones mentales por enfermedades agudas, como el delirio del alcoholismo, de la fiebre tifoidea, del tifus, de la víruela, de la neumonía etc.

Los que se encuentran en la primera categoría, es muy natural que no puedan testar, por cuanto el testamento es un acto exclusivo de la voluntad, y de una voluntad inteligente y libre; y mal puede tenerla y conocer las consecuencias de sus determinaciones aquel que no se encuentra en su sano juicio, que tiene la inteligencia perturbada.

Si para poder ejecutar algunos actos de la vida necesitamos ante todo saber que vamos á hacer y además comprenderlo en toda su extensión y pesar sus consecuencias, las cuales más tarde no pueden remediarse, claro es que la ley ha sido muy sabia al exigir que los individuos que los emprendan no sean faltos de razón, pues estarán espuestos a ser víctimas de los hombres de mala fe y a ejecutar actos que estarían en abierta contradicción con el sentido común y con el orden natural de las cosas. Todo acto regular ó irregular de nuestra vida, para que tenga verdadero valor moral y social, ha de ser obrado en sano juicio y en entero conocimiento de lo que se hace y de las consecuencias que ha de producir; en una palabra, es menester que el sujeto de toda acción se halle en estado de pesar los actos; por eso la ley niega valor á los actos del que se encontrare demente, loco, atacado de parálisis, del que no ha adquirido un desarrollo bastante grande de sus facultades mentales, como el idiota, el imbecil.

En la segunda categoría comprendemos á los que se encuentran con perturbaciones mentales, ya atacados de enfermedades agudas como el delirio, ya perturbados por el alcohol y otras causas análogas á que la ley dá el nombre de ebriedad: por el delirio de la fiebre tifoidea, del tífus, neumonía, en las enfermedades atáxicas etc.

En estos casos, aunque el individuo no se encuentra afectado por una enfermedad mental propiamente dicha, se encuentra sin embargo en una verdadera imposibilidad para manifestar su voluntad libre y conciente, y tal imposibilidad está, según la ley, equiparada á la falta de voluntad; por consiguiente estos individuos no pueden testar, como que les falta á lo menos la voluntad, y en la mayor parte de los casos la inteligencia y la libertad. A mayor abundamiento, el estado febril de la enfermedad ha perturbado la razón y el individuo no tiene conocimiento de ninguno de sus actos, y por consiguiente no se encuentra en aptitud de pensarlos maduraramente, y aunque en apariencias conteste de un modo natural á las preguntas que se le hacen no tiene sin embargo conocimiento y juicio cabal de lo que dice.

El individuo que está bajo la influencia de la fiebre tifoidea ó de la neumonía no tiene conciencia de lo que hace,

ejecuta muchos actos automática mente que, pasados, no le dejan la menor huella en la memoria. Esta es, á nuestra modo de ver, una de las razones que ha tenido la ley para considerar nula toda disposicion testamentaria que se espresé por el testador sólo por un sí ó no, ó por una señal de afirmación ó de negación.

Recordaremos uno de los casos que han pasado á nuestra vista entre los muchos que se presentan diariamente a los ojos del médico.

La familia de un individuo gravemente enfermo, advertida por el médico, trató de que aquél hiciera sus últimas disposiciones. Se le fueron á administrar los sacramentos y entonces se supo que no era católico, por lo cual se le preguntó si quería bautizarse y abrazar esta religión, á lo cual accedió después de una discusión más ó menos larga y razonada, como acontece en semejantes casos. En efecto se bautizó, se confesó y se le administraron el santo viático y la extremauncion; terminado lo cual, procedió á hacer ante el escribano su testamento, que no fué corto y que contenía varias disposiciones para la distribución de su fortuna. Se mejoró el enfermo é interrogado sobre algunas cosas irregulares del testamento, se admiró de que se le hablara de tal acto y su asombro subió de punto, cuando se le dijo que se había convertido á la fe católica y había recibido todos los sacramentos, pues no conservaba en la memoria el más ligero recuerdo de tales actos.

Esto es frecuente en las enfermedades agudas í quién, habiendo tenido un tifus, una neumonía, una fiebre tifoidea, no recuerda que han pasado dias de su enfermedad de los cuales no conserva los menores vestigios en la memoria? Qué testamento se podría hacer en tales días?

Finalmente, hay otras consideraciones sobre este asunto que merecen tomarse en cuenta por el legislador y el médico legista y que vamos á exponer á la lijera.

En las enfermedades no febriles, en aquellas en que el paciente se encuentra debilitado por sus largos padecimientos, por la dieta, por los medicamentos y por dolores físicos, es muy natural que no posea la libertad, circunspección prudencia y tino, que ni siquiera tenga sano entendimiento, para poder ordenar sus disposiciones supremas. Preocupado con el temible trance en que se encuentra, sea creyente o

nó, atormentado por la duda, mirará con indiferencia todos sus intereses materiales y su suerte le absorberá por completo toda su atención. Si á un hombre entregado á un trabajo importante, se le pregunta cualquier cosa que no se relacione con el asunto que le ocupa, no será raro que conteste lo primero que le venga en mientes, sin entender muchas veces lo que se le pregunta y sin saber tampoco lo que contesta: y si esto sucede en negocios de la vida ordinaria, en que la razón puede funcionar con todo vigor y lucidez ¿qué no sucederá en esos terribles momentos en que los progresos del mal amenazan llevar al sepulcro al paciente? ¿Habrá más libertad, más inteligente y libre voluntad para hacer un testamento en tales condiciones? Claro es, según nuestro modo de ver, que nó.

Si á esto se agregan las coacciones morales que suelen agobiar al moribundo, por parte de sus deudos más inmediatos, para que se prepare espiritualmente, cuando la esposa, la madre, el hijo ó el hermano, le acosan con exigencias de todo género, abrumado, como se encuentra con la idea de lo que será mas tarde, y atormentado por las opuestas ambiciones de sus herederos, nada difícil será que concluya por hacer todo lo que se le indique y nó lo que él desee, á trueque de que se le deje en paz y con la tranquilidad de que tanto necesita.

Si el testamento necesita, como condiciones previas, ser el fruto de un juicio y de una voluntad libre é inteligente, condiciones que son verdaderamente imposibles en las graves indisposiciones en que esperan encontrarse muchos individuos para hacerlo, es natural, decimos, que ese testamento no encierre la voluntad clara y precisa del testador y, por consiguiente, que adolezca de muchos errores y vicios y deje ancha salida a dañadas y torcidas interpretaciones, como también no estrecha base para incalificables abusos.

Por estas consideraciones ¿no sería un verdadero bien para la sociedad y la familia, incluir entre los individuos inhábiles para testar, por falta de entendimiento claro y voluntad libre, á los que se hallan acometidos por una grave dolencia, en los últimos momentos de su existencia, aunque no hubieran perdido el uso de la razón durante ella ni durante el acto que ejecutan? ¿No sería mejor dejarlos como

muestrados *ab-intestato*?, no distribuir sus bienes según disposiciones que, á lo menos, llevan muchas presunciones de viciosas, sino según las sabias de la ley, que toma en cuenta los lazos de la sangre y del cariño como lo haría el testador mas solícito?

Consideramos á nuestro Código deficiente á este respecto, y creemos que su reforma en el sentido indicado sería un gran bien para la sociedad; los errores serían menos numerosos de lo que son y los malvados tendrían menos campo de acción donde ejercitar sus depravadas ambiciones.

III.

Testamento de los que de palabras ó por escrito no pueden espresar su voluntad claramente.

Los que de palabra ó por escrito no pueden espresar claramente su voluntad, patológicamente hablando, son los que tienen una parálisis que les impide algunos de estos dos actos, como sucede á los hemipléjicos, los que tienen un derrame cerebral, una adirramia, el coma, afasia, afonía etc. y los sordo-mudos que no saben escribir.

En las leyes de las *Siete Partidas*, don Alfonso el sábio, prohibía hacer testamento á los sordo-mudos de nacimiento, fundándose en que no tenían sano el entendimiento; pero los adelantos de la civilización han demostrado lo erróneo de este fundamento.

En el año próximo pasado hubo en Europa un congreso de sordo-mudos. Celebraron su primera sesión, como es fácil imaginarlo, en medio de un silencio sepulcral.

Se eligió por votación un presidente; y éste, después de haber sido proclamado, pronunció, si se nos permite la expresion, un discurso interrumpido por aplausos para ellos silenciosos ó por demostraciones de disgusto. En esa misma sesión se acordó pedir á la legislatura un artículo en el Código Civil en que se les devolviera la facultad de testar que la ley les quita. Este hecho tan importante nos viene probando por sí solo dos cosas; á saber que los

sordo-mudos tienen el perfecto desarrollo de sus facultades mentales; y que gozan de abundantes medios de hacerse entender y de comunicarse con el mundo exterior.

La instrucción de los sordo-mudos ha avanzado tanto en la actualidad, que son innumerables los afectados de sordomudez que hablan, por medio de signos, con bastante claridad, que escriben perfectamente y que hasta aprenden á pronunciar palabras; poseen sobrados medios de manifestar, de un modo claro, su voluntad. La educación que actualmente se da á los sordo-mudos llega á ser tan completa como la que recibe cualquier otro individuo, para ganar los medios de subsistencia y por consiguiente para acumular.


Entre nosotros mismos, vemos á más de uno de estos afectados, que no sólo escribe, sino, lo que es mas maravilloso, articula perfectamente palabras, dándose á entender de todos; y eso no solo en un idioma sino en éste ó aquel.

Todos aquellos trabajan con la misma expedición que cualquiera otro. Ahora bien, si estos individuos pueden no sólo trabajar sino también acumular riquezas, y si además no carecen de ninguno de los requisitos internos que se exigen á todo testador, es claro que están con perfecta capacidad para disponer de lo que han adquirido. Por esto nuestra legislación ha tenido razón para incluirlos entre los que pueden testar, porque pueden manifestar por escrito y claramente su voluntad.

En cambio, hay muchos que no pueden hablar ni escribir como los anteriores, pero que, por señas, pueden hacerse entender; y no siendo así ¿cómo les satisfaceríamos sus necesidades si por signos más ó menos inteligibles no expresasen sus deseos? Son infinitos los medios de suplir el oído y el habla cuando se trata de manifestar lo que se piensa ó se quiere. Aunque los sordo-mudos son individuos perfectamente sanos en lo tocante á sus facultades mentales, i aunque la mímica que en algunos llega á un alto grado de perfección, les sirve, como acabamos de decirlo, para darse á entender de todos; aunque un intérprete ó el mismo escribano podría escribir su voluntad; nunca se llegaría á hacerlo de una manera clara y que no dejase lugar á errores y á falsas interpretaciones. La ley considera como falto de voluntad al que no puede manifestarla de pala-

bra ó por escrito, equiparando la falta de manifestación á la carencia de la misma voluntad y por esta razón, muy justificada, considera inhábiles para testar á los sordomudos que no pueden manifestar su voluntad de palabra ó por escrito.

EDUARDO LIRA ERRÁZURIZ



ESTUDIOS GRAMATICALES

(Continuacion.)

(DEL RÉJIMEN CASTELLANO)

DEBER.

“Yo no pido un favor, sino que reclamo lo que *en* justicia se me debe.”—En esta frase debe cambiarse la *en* por *de*, pues la Academia no da al verbo *deber* otro réjimen que esta última preposicion: “deber de justicia” y no “en justicia.”

DECAER.

“Cárlos está mui decaido *de* ánimo;” “decaer en la salud.”—Estas son las dos preposiciones que puede rejir este verbo. Puede servir el siguiente ejemplo de Fray Luis de Leon, pues aun que usa el simple, tiene el significado del compuesto:

“Dos tiempos hay en que los hombre se arrogan mas autoridad de la que merecen, y procuran parecer mas y mejor de lo que son, dorando sus culpas: uno quando se ven mui estimados, de todos, que por no caer *de* su opinion la ayudan con apariencias finjidas.”

DEDUCIR.

Es indiferente usar la preposicion *de* o *por* en la frase “*de* lo dicho se deduce,” o “*por* lo dicho se deduce.”

DEFENDER.

Este verbo (no siendo reflejo) rije, segun la Academia y Salvá, las preposiciones *a* y *de*.

De manera que en la frase “defender *a* alguno contra sus enemigos,” la *a* estará bien empleada, y no la *contra*.

“Deja el bosque y el prado,
Retírate a poblado,
Servirás de portero
A un rico caballero,
Sin otro afan ni mas ocupaciones
Que defender la casa *de* ladrones” (*Samaniego*,

El Lobo y el Perro)

“Pero no puedo mas, mi fuerza es poca:
Tú no me defendieras *del* que digo
Siquiera con el aire de la boca” (*Lupercio L. de*

Argensola, sátira *A. Flora*)

Mendoza usó la preposicion *en*, práctica que no parece mui digna de reprobacion:

“Sacrificaron los moros del Cabode Cartago cincoñños cristianos al tiempo que descubrieron nuestra armada, a reverencia de cinco lugares que tienen en el Alcoran, donde se inclinan porque Dios los ampare y defienda *en* los peligros.”

DESCUIDARSE.

“Descuidarse *en* su obligacion,” y “descuidarse *de* su obligacion;” ámbos rejímenes son propios y admitidos por la Academia.

“Ni es justo’ siendo un hombre de bien, se descuide un punto *de* tener en mucho su persona.” (*H de Mendoza*, *Lazarillo de Mórmes*)

No puede dudarse tampoco que este verbo rije la preposicion *con*, pues, aunque no lo advierte la Academia, lo indica Salvá, fundado en los ejemplos de los clásicos. En el mismo autor y obra ántes citados, leemos:

“Y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos; ántes los aborrecen y tienen en poco, y llaman necios, y que no

son personas de negocios, ni *con* quien el señor se puede descuidar.”

DIVORCIARSE.

“Divorciarse *con* su consorte.”— La Academia no admite este régimen; debe decirse “divorciarse *de* su consorte.” Y es natural que así sea, puesto que divorciar significa separar, y una cosa no se separa *con* otra, sino *de* otra.

DISCURRIR.

En el significado de reflexionar, pensar, rije ordinariamente la preposición *sobre*: “El orador discurreó largamente *sobre* una materia que venia al caso.”

Puede usarse tambien con este verbo las preposiciones *de* y *en*: para ello contamos con la autoridad de la Academia, de Salvá, y con práctica de los buenos escritores:

“Pero le traia sumamente cuidadoso la porfiada resistencia de los indios, porque no era posible que se dejasen de apurar las fuerzas de los suyos en aquel género de continua operacion; y discurrendo *en* los partidos que podria tomar para mejorarse o salir al camino, etc. (*Solis, Conquista de Méjico.*)

“Con el condestable insigne,
Apaciguador del reino,
De los pasados disturbios
Acaso está discurrendo.” (*Duques de Rivas*)

¿Deberá decirse “estoi descontento *de* mi suerte” o “estoi descontento *con* mi suerte”? Segun la Academia, del primer modo; segun Salvá, de ambos. Esto último parece lo cierto, bien que nuestros mayores usaban con preferencia la *de*:

“Diciendo que por tener él manos en los negocios eran ellos mal proveidos; y que la ciudad descontenta *de* él y persuadida por el correjidor,” etc. (*H. de Mendoza*).

DESCONOCER.

Este verbo rije varias preposiciones; pero no la *por*; de modo que no podria decirse que “fulano fué desconocido *por* los suyos,” sino “*de* los suyos.”

“Dulce beneficencia, tú del cielo
 El don mas delicioso,
 Del misero mortal desconocida,
 ¡Adónde, adónde fijarás tus horas,
 Cuando en tu fuego ardiente
 Se purifique la malvada jente” ? (*Lista, El triunfo
 de la tolerancia*).

DILATARSE.

A este verbo (en sentido reflejo] La Academia y Salvá le dan por réjimen únicamente la preposicion *en* “dilatarse *en* argumento,” “dilatarse *en* palabras.”

Autores mui respetables lo han usado, sin embargo, de otro modo:

¡“Ay! que ya del océano saliendo
 La lumbre bichhechora,
 Por los iberos campos se dilata.” (*Lista*)

DIFUNDIR.

Rije comunmente las preposiciones *en* y *por*:

“Impulsado por una y otra causa, y talvez por todas ellas juntas, a contrarestar la propagacion de las nuevas doctrinas, protegida por varios príncipes; y difundidas *en* los pueblos, tuvo Cárlos que extraviarse,” etc. (*Martínez de la Rosa*.)

“Haced que su resplandor inunde todas las avenidas del trono, que se difuuda *por* los palacios y altos consistorios,” etc. (*Jovellanos*.)

Tambien encontramos este verbo usado con la preposicion *a*:

“Los cónsules allí. Ya el instrumento
 De Marte llama la atencion sonoro;
 Arde el incienso en los altares de oro,
 Y leve el humo se difunde *al* viento.” (*L. F. de Moratin*.)

DESPOJAR.

Este verbo no debiera figurar aquí, ya que solo nos hemos propuesto señalar en estos lijeros apuntes aquellos cuyo réjimen puede ser algun tanto dudoso. Pero como alguien nos ha sorprendido con la frase “despojada en sus

derechos", no podemos dejar de advertir que el verbo citado rije invariablemente la preposicion *de*:

¡"O grande y entrañable dolor, fortuna trabajosa y áspera, que vosotros mismos seais despojados *de* vuestras vidas y haciendas! todo lo cual es forzoso que padezcan los vencidos" etc. (*Mariana, Historia de España.*)

"Mira como aquel que viste los cielos de nubes, y los campos de flores y hermosura, es aquí despojado *de* todas sus vestiduras." (*Granada, Libro de la oracion.*)

DERRIBAR.

"Derribar *por* el suelo", y "derribar *en* el suelo;" de los dos modos puede decirse:

"Ella, al sentir su estorbo, de manera
Alzó la voz con alarido al cielo,
Que por que ménos el dolor sintiera
Sin la seguir, me derribé en el suelo,
Diciéndole": etc. (*Jaúregui.*)

DESCONFIAR.

"No desconfíe *en* él, porque es hombre honrado." Así se dice algunas veces, pero malamente, porque este verbo no rije *en* sino *de*:

"Creed, hermana, que cuanto es este negocio para vos difícil, tanto es para Dios lijero: así desconfía *de* vuestra flaqueza, que no desconfíes *de* su fotalenza" (*El Maestro Avila.*)

"El, que ya *de* cobralla desconfía,
Descuida el pié ligero, y sin cansarse,
Contempla solo la difícil vía,
Y el rostro", etc. (*Jaúregui.*)

"Yo pues la misma falta conociendo,
De poder retratarme desconfío,
Si al discreto pintor no voi siguiendo."
(*Lupercio L. de Argensola, sátira A Flora.*)

DUDAR.

El réjimen mas comun de este verbo es la preposicion *de*: "dudar *de* alguna cosa."

“Los numantinos, orgullosos por tantas victorias como ántes ganaron, aunque eran mucho ménos en número, porque los que mas ponen, dicen que eran ocho mil combatientes . . . no dudaron *de* presentar la batalla al enemigo, resueltos”, etc. (*Mariana*).

Nuestros clásicos usaron la preposicion *en*, y así en Argensola, leemos:

“Promete allí sin tasa ni cordura,
Y niega que jamas dudase *en* algo,
Y aun para ganar crédito lo jura.”

Salvá cree que este uso es ya anticuado; a la Academia no le parece así.

DOLERSE.

La Academia da a este verbo por único réjimen la preposicion *de*: “dolerse de los pecados;” “dolerse (con un amigo) *de* los trabajos de otro.”

Salvá cree que puede decirse tambien “dolerse (con alguno) *en* su desgracia”, y “dolerse (con alguno) *por* su infortunio.”

Nos parece dudoso que esta última opinion se encuentre apoyada en el uso de los buenos escritores. De todas manera, el réjimen indicado por la Academia ha sido el mas jeneral:

“Aquí les oye y mira con sosiego,
Sin que se duela *de* su adversa suerte;
Antes tañe su lira y se divierte,
Y al sor confunde la piedad y el ruego.”
(*L. de Argensola*).

“Y si doliéndome *de* ver tu olvido
En cosas de tu hacienda, te encomiendo
Que no andes tan remiso y divertido,
No te hago” etc. (El mismo)

“El animal le dice:—Caballero,
Duélase *de* la suerte
De un triste pobrecito,
Metido en la prision, y sin delito.”
(*Samaniego, El Sorro y El Cazador*).

“Con razon me duelo *de* que en el arte de decir no procuremos, no solo igualar, sino tambien exeder a las demas naciones.” (*Mayans*).

DESPERTAR.

“Desperté *con* el ruido del agua.” No es raro oír esta u otras expresiones análogas; pero ello es un abuso, pues no pueden usarse con este verbo otras preposiciones que la *de* y la *a*: “despertar *del* sueño”, “despertar *a* media noche.”

¡Yo en palacios suntuosos?
 ¡Yo entre telas y bocados?
 Yo cercado de criados
 Tan lucidos y briosos?
 ¡Yo despertar *de* dormir
 En lecho tan excelente?
 ¡Yo en medio de tanta gente
 Que me sirve de vestir?”

(Calderon, *La vida es sueño*).

“Despertando *al* bullicio
 De tan loca algazara
 En sus pechos incautos
 La ternura mas grata.” (Méndez).

“Pues el fresco del aire de entónces, templa con gran deleite el humor calentado con el sueño, y cria salud y lava las tristezas del corazon; y no sé en qué manera le despierta *a* pensamientos divinos, ántes que se ahogue en los negocios del dia” (*Fray Luis de Leon*).

DISPONER.

La Academia da a este verbo por réjimen las siguientes proposiciones: “disponer *a* bien morir”, “disponer *de* los bienes,” “disponer *en* hileras,” “disponer *por* secciones.” Acaso mirará como anticuado el uso de *para*, que encontramos en algunos de nuestros clásicos; Frai Luis de Leon, por ejemplo, dice:

“Y como la claridad despierta a los hombres al hacer, y los encamina en sus obras, y los dispone *para* ellos, y los favorece y aviva, etc.”

DERRAMAR.

Puede con igual propiedad decirse “derramar *en* el suelo,” y derramar *por* el suelo.”

¡“Quién que no existe asegura
Ese corazón que os ame,
Ni esa prenda de ternura,
Ni ese mismo que derrame
En vos aliento y ternura!”

(Gil de Zárate, *Guzman el Bueno*)

“El ejército de los enemigos derramado *por* muchas partes, y la fuerza de su campo está embarazado en Francia.”

(*Mariana.*)

“Así lo conjeturo, porque también en la multitud de esotras, que sin disimular que son estrellas, están derramadas *por* tan dilatados espacios, observo bastante desigualdad, así en la magnitud como en la brillantez.”

(*Feijoo.*)

Creemos también que no será impropio el uso de la preposición *sobre*, mayormente cuando la vemos usada por escritores tan esmerados como Jovellanos:

“Sí, españoles, ved aquí el mayor de los beneficios que derramó *sobre* vosotros Carlos III.”

También puede usarse con este verbo la preposición *a*

DESLUMBRAR.

No sabemos si este verbo pueda rejir la preposición *con*; en nuestros clásicos solo lo hemos encontrado usado con las preposiciones *de* y *por*:

“Cerrad cuidadosamente el oído a las sugerencias de la lisonja y a los encantos de nuestra propia vanidad, y no dejéis deslumbrar *del* esplendor que continuamente os rodea.”

(*Jovellano.*)

“Resulta, pues, examinando imparcialmente los hechos, y no dejándose deslumbrar *por* el reflejo de la gloria, que el emperador don Carlos había llegado etc.”

(*Martinez de la Rosa.*)

DESLIZARSE.

Segun Salvá, este verbo rije solamente la preposicion *en*. Olvido seria, sin duda, del erudito gramático, el no haber señalado tambien la *por*, porque tan castizo es decir “deslizarse *en* herrores,” como decir con Quintana:

“Vuelan, movidas de rencor las naves
 Con naves a encontrar ménos violentas
 Despide el polo austral sierras de hielo,
 Que con su mole inmensa y resonante
 Por las fáciles ondas se deslizan,
 Y al audaz navegante atemorizan.”

DEJENERAR.

Rije dos preposiciones, *de* y *en*: “dejenerar *de* sus antepasados.”

“Debió suceder y, efectivamente sucedió, que la intervencion de los emperadores impidiese al principio cristiano desenvolverse y producir sus efectos con la rapidez deseable, y aun, que dejenerase adulterado *en* las herejías y cismas que han aflijido a la Iglesia de Oriente desde Arrio hasta nuestros dias.”

(Lista.)

DOTAR.

“Dotar (a una hija) *con* diez mil pesos,” y “dotarla *en* diez mil pesos,” son expresiones igualmente correctas. Tambien puede emplearse la preposicion *de*.

DISMINUIR.

“Fulano ha disminuido cinco libras *de* peso.” Debe decirse, “ha disminuido cinco libras *en* peso;” porque el régimen propio de este verbo es *en* y no *de*.

DIGNARSE.

Nuestros mayores usaron siempre este verbo con la preposicion *de*: “díguese V. M. *de* concederme esta gracia.” Esta práctica se fué perdiendo poco a poco, de tal

modo que hoy es costumbre jeneral y constante usarlo sin ella.

Sin embargo de esto, no creemos que el régimen de la preposicion *de* deba tenerse como del todo anticuado, pues distinguidos escritores de este siglo la usan no pocas veces: Artzembusch, por ejemplo, en su drama *Los Amantes de Teruël*, dice:

“Dígnate *de* oír, señora,
La voz de un súbdito fiel,
Que a orillas de un precipicio
Te ve colocar el pié.”

DIFERENCIARSE.

“Este objeto no se diferencia de ese otro sino *por* su forma.”

Debe decirse “en su forma.”

DESEMBOCAR.

“Tales ríos van a desembocar *al* mar Pacífico.” Según la Academia y Salvá, este verbo rije *en* y no *a*: “desembocan en el mar.”

Nuestros clásicos antiguos parece que no usaban este verbo: el P. Mariana, por ejemplo, que al principio de su *Historia de España* trata largamente sobre la jeografía de aquel país, emplea siempre otros verbos para expresar la idea que hoy se significa con *desembocar*.

En una parte dice:

“*Entra* en el mar este río (el Guadaquivir) al presente por una boca: antiguamente entraba por dos, pues Nebrija y Asta, etc.”

En otra parte:

“Antes a la parte del Mediodía, por dos bocas, entra (el Ebro) y se *descarga en* el Mediterráneo.”

“Desde allí el dicho Tajo corta por medio de la Lusitania (cuyos términos caían allí cerca), y aumentado de muchos ríos que *en él entran*, se *mete en* el Océano junto a la ciudad de Lisboa.”

En Solís (*Historia de Méjico*), leemos:

“Siguieron la costa nuestros bageles hasta llegar al pasage donde se *derrama* por dos bocas *en* el mar el rio Tobasco.”

DESAYUNARSE.

“Desayunarse *con* chocolate,” desayunarse *con* una buena noticia.”

Jovellanos ha usado este verbo como activo, pero dándole siempre un complemento ordinario con la preposicion *con*:

“Mas hoi Alcida *desayuna al suyo*
Con ruedas de molino; triunfa, gasta,
Pasa saltando las eternas noches,” etc. (*Sátira A Ernesto*).

Tambien puede emplearse la preposicion *de*: “desayunarse *de* la noticia.”

DESPLEGAR.

Rije la preposicion *a*:

“Como suele acontecer muchas veces a la viña y a la oliva que comienza a florecer, que estando ellas como alegres desplegando *al* sol fino sus hojas, de improviso etc. (*Frai Luis de Leon*).

DISPONERSE.

“Estoi dispuesto *a* todo,” y “estoi dispuesto *para* todo.” Ambos réjimenes son propios.

Aben Said.—¿Pues cómo?

Don Juan.— La astucia; no hai
Para rendirla otro medio.

Aben Said.—¿Estás dispuesto *a* emplearla?

Don Juan.—*A* emplearla estoi dispuesto.” (*Gil de Zárate Guzman, el bueno*).

DIVIDIR.

“Dividir una cosa *en* partes o *por* partes,” “dividir una cosa *en* la mitad o *por* la mitad,” aparte de otras preposiciones que puede rejir este verbo, la *en* y la *por* están bien empleadas en las frases anteriores.

DAR.

Este verbo no debía figurar en estos apuntes, ya que ellos no tienen por objeto estudiar los modismos y locuciones especiales de la lengua; pero por ser el verbo castellano de régimen mas vário, no llevarán á mal nuestros lectores el que recopilemos aquí lo que en diversos lugares anda desparrado:

- | | |
|--|---|
| Dar la (vuelta) á la ciudad. | Dar (Dios hijos á uno) en su esposa. |
| Dar un (desmayo) á alguno. | Dar (una ciudad) en feudo. |
| Darle (un aire) á alguno. | Dar en la flor (de embustero.) |
| Dar [una ventana] á la calle. | Dar (el golpe) de la guarnición. |
| Dar [algo] á cambio. | Dar en una dificultad. |
| Dar [la letra] al corredor. | Dar golpes en la tabla con el martillo. |
| Dar (una obra) á la estampa. | Dar en maulas. |
| Dar (una mercadería) al fiado. | Dar en manos de la justicia. |
| Dar (dinero) á interés. | Dar (una hija) en matrimonio. |
| Dar á entender (algo). | Dar (algo) en prenda. |
| Dar á vender (algo). | Dar en rostro. |
| Dar (fin) á una cosa. | Dar en el rostro. |
| Dar á, de comer. | Dar con la cabeza en el techo. |
| Dar (una cosa) en cambio de otra | Dar en delirar. |
| Dar (el buque) en la costa. | Dar una pensión, sobre la renta. |
| Dar (con la cabeza) en la pared. | Dar una vuelta por la cocina. |
| Dar (con el cofre) en el mar. | Dar (una limosna) por Dios. |
| Dar diente con diente. | Dar (una respuesta) por escrito. |
| Dar con un garrote en la cabeza. | Dar (algo) por hecho. |
| Dar con un mal amigo. | Dar por libre (á uno). |
| Dar con el pié. | Darle (á alguno) por la música. |
| Dar con la puerta en la cara. | Darlo por poeta. |
| Dar con alguno en tierra. | Dar (asunto) para una composición. |
| Dar al traste (con alguno). | Dar [pié] para hacer una copla. |
| Dar de bofetadas, de palos, de azotes. | Dar [á alguno] el oficio de canceller. |
| Dar contra una esquina. | Dar [á alguno] un buen consejo. |
| Dar de barato. | Dar dolor de cabeza. |
| Dar de balde. | Dar la [higuera] brevas ó higos. |
| Dar de gracia. | Dar [en el juego de naipes]. |
| Dar de mano (á un negocio). | Dar el verde [en la pintura]. |
| Dar de sí. | Dar los buenos días. |
| Dar de quilla. | Dar el pésame. |
| Dar de mamar. | Dar un abrazo. |
| Dar (una casa) en arriendo. | Dar la mano. |
| Dar en el blanco. | Dar corcovos, saltos. |
| Dar (el sol) en la casa. | Dar gusto, gana, pena. |
| Dar en la cuenta. | |
| Dar (con el bastón) en la cara. | |
| Dar (algo) en dote. | |

Dar en un honor.	Darse á las matemáticas, al estudio.
Dar la cara.	Darse á entender.
Dar en llanto.	Darse prisa á hacer algo.
Dar en qué merecer.	Darse maña.
Dar en qué entender.	Darse contra la pared.
Dar en vacío.	Darse de alta, de baja.
Dar por concluida ó por hecha alguna cosa.	Darse (á uno) poco de algo.
Dar que hacer.	Darse de bofetadas.
Dar que decir, que reir.	Darse por vencido.
Darse al diablo.	

No nos detenemos á ilustrar con ejemplos de nuestros buenos escritores las expresiones y frases formadas con el verbo *dar*, porque sería tarea demasiado larga, y porque todas las que dejamos apuntadas están sancionadas por la autoridad de la Academia, ó á lo menos por la de Salvá, á quien, en esta parte, pueden seguir sin recelo todos los que deseen conocer las buenas prácticas del idioma.

PEDRO N. ALBORNOZ.

[Continuará].



A PROPOSITO DE UNA OBRA MAESTRA

(Continuacion.)

341 Permítaseme aquí hacer una pequeña excursión fuera del camino trazado, con el fin de presentar nuevas pruebas que testifiquen las relaciones filológicas de que se acaba de hablar. Mi objeto final, en esto, es demostrar “la identidad entre la única creencia que los Araucanos conservan sobre el genesis de la humanidad y el dogma fundamental, a este respecto, de todo el antiguo paganismo.” Para ello tendré que poner muchos ejemplos, que, poco a poco, probarán los fundamentos en que me iré apoyando; y aunque en dichos ejemplos, iran voces de las lenguas principales, en todas las series me referiré especialmente a la araucana. Tomemos, como punto de partida, dos vocablos del cuadro anterior: el latino *PaTer* (projenitor, antepasado) y el araucano *Puthem* (antepasados), en el cual la *th*, que suena como la *th* inglesa, se acerca mucho a la *tr* sorda. Hai varias formas de la voz *padre*, en las lenguas romances, como, por ejemplo, el provenzal *paire*, el catalan *pare*, el frances *père* etc, que se diferencian mas de la voz matriz *pater*, que el araucano *puthem*. Esta sigue estrictamente la misma lei de formacion que los demas del cuadro N^o 263, porque, en primer lugar, comparando esta voz con otras araucanas, se ve que *puthem* no es mas que una modificacion de *vùthai* o *vothai* (padre) o de *Vuta* (marido), y en segundo lugar, *puthem* está tambien compuesto del sonido *P*, inicial de *Pillan* (Dios supremo de los Arauca-

nos) y de la *Th*, que es casi la misma inicial del araucano *Tue* (tierra.)

342 Además la *M* final de *PuTheM* es la inicial de *Ma-Pu*, que en araucano quiere decir *madre-patria*, suelo, siendo muy de notar que las voces griegas *dá-MaTer* (diosa Madre Tierra), *MéTer* (MaDre), sanscrito *MiTara* (id), persa *MaDer* (id), gálico *MaThair* (id), ruso *MaT'* (id), inglés *MoTher* (id), alemán *MuTTER* (id), aimará *MáTTa* (madre, señora), latín *MaTer* (MaDre), *MaTrix* (MaTriz) etc. tengan su correspondencia en el araucano *MeThù*, (matriz, utero), que es casi igual al griego *MéTra* (MaTriz). El mismo significado tiene el guaraní *ta-MaTiá*, cuya forma es semejante a la del griego *dá-MaTer*. El inglés tiene *MaTe* (consorte), *MaiDen* (doncella), *MiSS* (señorita), *MaDam* (señora), *MauTher* (mujer necia), y los Romanos llamaban *MaTera* a Venus. En árabe hai *a'MMeT* (tia paterna), que es el femenino de *a' MM* (tio paterno). Los Sabinos tenían a *MaTuta* (diosa de la bondad), que los Romanos convirtieron después en diosa de la *mañana*. Ambas ideas corresponden a la de Tierra: la de bondad, al de *madre alimentadora*, y la de *mañana* (madre del día) almito de *Latona*, montaña madre del Sol (Apolo). De aquí el latín *MaTutinus* (tiempo, MaTutino hora de la *mañana*), el italiano *MaTTino* (la *mañana*), francés *MaTin* (id), provenzal *MaTin* (id) etc., que pueden compararse con el mejicano *MuZTla* (*mañana*).

A todas estas voces, en el sentido de *Madre-Tierra*, corresponden el persa *MiThra*, (madre tierra iluminada por el sol; zendo *MiThro* griego *MeThra* (hija de Eresiton, la cual según lo he demostrado en otra parte, es la Madre-Tierra) (1). Entre los Mejicanos, *Mauiz Tic-civatl* significa *Matrona*, señora respetable, honrada; y *MaTla-cuezc* era la esposa de *Tlaloc*, dios de los montes, y simbolizaba además a las aguas, lo cual hace ver que *MaTla-cuezc* es la parte honda o baja de la *Madre Tierra*, que es en donde las aguas se reúnen. Dicho nombre es análogo al de *MeTh* y *drias*, con que los Griegos designaban a la Ninfa de las aguas, el cual está compuesto de *Ydoor* (agua)

(1) Véase la *lectura*, tomo I, página 279.

y de *MeTh*, que encarna la idea de Ninfa, elemento femenino, esto es, Madre-Tierra fluvial. Los nombres *MaTia*, *MaDia*, *MaDya*, *MaDai*, *MiTia*, *MiSia* etc. eran los con que los pueblos arianos, al oriente del Tigris, designaban al país de la *MeDia*, que entre los hebreos es *MaDy*. El mismo nombre está en el del Dios Supremo de los Medos, zendos, Parssis etc., *Auhar-MaZD* (dios sol fuego de la *MeDia*) persa *Or-MuZD*. Así, pues, el nombre de la *MeDia* significó primitivamente tierra, en el sentido de país, comarca, patria, como además lo prueban lo vocablos, peleva *MaTá*, caldeo *MaTa*, sirio *MaTu* etc, que significan rejion, comarca. (1)

(1) La combinacion radical *M. D=M. T=M. S.* de *Madre-Tierra* se encuentra en una multitud de nombres de países, lugares etc., por ejemplo: *MaDian* (país de los *MaDianitas*), *MaTThana* (nombre hebreo de un lugar del desierto), *MeThKa* (idem de una estacion de los Hebreos en id.); *MaDis*, *MaTis*, *MaTayos*, *MaDTis* (antiguos pueblos de Etiopía); *MaDagascar* o *MaDecass* (gran isla del océano índico al S. E. del Africa); *MaDuanos* (nombre de una tribu de Cafrería); *MaDjor* (distrito del Indostan) *MaDuré* (id. id.), *MaDras* (gran territorio del Indostan); *MaDu*, *MaDura* (islas del archipiélago de la Sonda); *MaTTan* (país de la isla de Borneo); *MaTnéh* (canton de la Turquía asiática); *MeDoc* (país, en Francia); *MeDuK* (distrito en el Indostan); *MeDoKa* (lugar de la Turquía europea); *MeDuKa* (id. de la Arabia, en el Yemen), *MeThana* (península de Grecia); *MoTala* (reino de la Cafrería); *MoTana* (una de las islas Marquesas); *MoTch* (distrito del Beluchistan); *MaToi* (territorio de Nubia); *MaThen* (una provincia de Egipto); *MaThimba* (pueblo de la Cafrería); *MaThay* (una antigua tribu árabe); *MaThombah* (país de Madagascar); *MaTtemba* (país en la Guinea inferior); *MaTSima*, *MaTSmai* (territorios del Japon); de *MaTaran* (provincia de Java); *MaTellé* (distrito central de Ceylan) *MaTcheri* (estado del Indostan); *MaTaquito* (valle de Chile); *MaTavai* (territorio de Otahiti); *MaTagalpa* (territorio de Guatemala); *MaTuca* (reino de la Cafrería); *MaTacos*, *MaTaguayos* (tribus de las pampas argentinas); *MaTTi*, *MaTio* (islas del gran Océano equinocial); *MeTapas* (lugar de Guatemala); *MeTepec* (territorio de Méjico); *MeDuK* (comarca del Indostan); *MeDina* (nombre de varios lugares y ciudades de España); *MeSSina* (territorio de Sicilia); *MeSSara* (país de Turquía en Europa); *MeSopotamia* (país entre el Eufrates y el Tigris), *MeSSin* (antiguo territorio, en Francia); *MaZimbés* (tribu de *MoZambique*); *MaZabamba* (país en el interior de Africa); *MaZapil*, *MaZatlan* (lugares de Méjico); *MaSSina* (reino de Nigricia); *MaSSonah* (lugar de Abisinia); *MaSSowia* (territorio de Polonia); *MoSKwa* (id. de Rusia); *MiSia* (reino del Asia Menor); *MiSSima* (territorio del Japon); *MiSSissippi* (gran comarca

En consecuencia, podemos agrupar al lado de dichos nombres el ejipecio *MuTh* (madre universal, la diosa Tierra), latin *MuTa* (madre de los dioses Lares, caseros, terrestres); aimará *MuTa* (cierta especie de terreno); frances *MoTTe* (terron); bávaro *MoTT* (tierras pantanosas); ingles *MuD* (barro, tierra con agua); anglo sajón *MoDor* (el Mundo, la tierra); ejipecio *aMeNTy* (el infierno, el seno de la tierra); mejicano *MicTlan* (el infierno); araucano *Mocha* [1] (nombre de la isla a donde iban las almas de los muertos); gaélico *MoTa* (monte); araucano *MahuiDa* (montaña); holandes *MoT* (montículo); español *MoTa* (parapeto de tierra para contener las aguas); italiano *MoTTa* (tierra desrumbada); antiguo alto alemán *MolTa* (tierra); caldeo *MiliTa* (diosa tierra); caldeo turaniano *MarTu* (hija del cielo, que lo es la Tierra); romano *MirTea* (Vénus celeste); mejicano *MoTZinaamacani* (prostituta), *MeTZtli*, [diosa luna, que en el antiguo paganismo era la representante de la Madre Tierra en el Cielo], *MuZTla* [mañana]; latin *MaTuta* [diosa de la mañana], etc.

343. Las *MicSes* o frutos de la madre Tierra, se llaman en latin *MeSSis*; y el griego *áMcTós* significa tiempo de la cosecha. Ambos nombres son comparables con el haitiano *MahiZ* (Maís), gramínea que constituía el principal sustento de casi todas las tribus americanas. Existen muchas plantas americanas cuyos nombres contienen la misma combinación radical $MT=MD=MS$, así como también la tiene el español *MaTa* (planta), el cual está relacionado con *MaSTil*, que también se llama *árbol*. El araucano tiene *MùTenquel* (estaca). Hé aquí algunos vocablos que sig-

norte-americana); *MiSSouris* (pobladas de *MiSuri*, en Norte-América); *MiSSisagues* (salvajes del alto Canadá); *MiSTeca* (país de Méjico); *MiSTi* (el majestuoso monte de Arequipa); *MiTla* (ciudad de Méjico); *MiTau* (territorio de Rusia); *Mi-Tan* (id. de la China); *MITimi* (oásis de Nigricia); *MiTzuKe*, *MiTzubo* (distritos del Japon); *MiTohah* (gran llanura de Berberia); *MoDago* (país de Nigricia); *MoDena* (ducado de Italia); etc., etc.

(1) Entre los araucanos es muy común el cambio de la *T* o *Th* en *Ch* y vice-versa, como se ve en *pontho=poncho* (manta), *methù=mechù* (matriz), *votùm=vochùm* (hijo), *theg-theg=cheg-cheg*, (nombre de la montaña donde los antepasados escaparon de las aguas del diluvio), etc.

nifican frutos comestibles, manjar, estado de sazón, etc.—Mejicano *MaTzatti* (piña indíjena), *MeTl* [magüei, planta utilísimas], *MaTlapallotia* (echar hojas, brotar las plantas); guaraní *ManDiog* [mandioca]; latín *MaTurus* [MaDuro, sazonado], *MiTis* [id]; aimará, quíchua y araucano *MiZqui* [miel, dulce]; griego *MaTTYh* [guiso, zarza insitante]; hebreo *MeTek* [dulzura]; quíchua *MoTaqui* [palma del Perú, de que se hace pan]; americano *MaTe* [infusion aromática y sabrosa, hecha con la yerba-mate]; araucano *MuThi* [maíz cocido], *MùDa* [MaSamorra], *MeThucan* (cierto guiso), quíchua *MuTTi* (maíz cocido), aimará *MoTTi* (id.); mejicano *MaTzoa* [nitla] (hacer bollos o panecillos); y por fin los siguientes, que significan manjar, comida, vianda, plato: latín *MiSSus*, italiano *MeSSo*, inglés *MeSS*, *MeaT*, francés *MeS*, *MeTS*; alemán *MaTS*, *MeTT*; árabe *MeSLu*, lituaniano *MieSa*, ruso *MiaSo*, gótico *MeS*, griego *MáZa*, quimri *MaeTh*, etc. En el árabe *Ta'aM* (comida) as radicales estan invertidas; mas la combinacion M.D = IM.T = M.S aparece en *MyDéh*, *MeyDah* (MeSa). El latino *MenSa* significa *MeSa* y *comida*, y sus radicales se encuentran en *ManDere* (mascar, comer). Nótese la analogía entre este último verbo y *ManDare* (mandar, enviar), analogía que tambien se ve en el latín *MiSSus*, que significa *enviado*, y tambien *plato*. El mismo *MenSa* corresponde al sanscrito *ManSan* (manjar, vianda), y al guaraní *ManDiog* (ManDioca). El latín tiene ademas *MaSSa* (MaSa, pasta comestible de harina y agua), de donde se deriva *MaSamorra* [masa sin forma] que en araucano es *MùDa*. El mismo *MaSSa* puede compararse con el mejicano *MaTzoa* [nitla] [hacer bollos o panecillos delicados, esto es *aMaSar*]. El aimará tiene *MaMaTa* [la comida que Dios da, el pan de cada dia]; el hebreo, *MoTonay* [don de Dios], *MaTak* [comer con delicia]; y el caldeo, *MaTanah* [don, presente], etc.

344 A los nombres anteriores debemos agregar el de *MéTis*, diosa de la Sabiduría y de la prudencia, entre los griegos, pues ya se ha visto ántes [núm. 55] la relacion entre las ideas de *Madre Tierra* y de Sabiduría. Ademas, *MéTis* fué la primera mujer que tuvo Júpiter, y esto basta para ver que ella representa una *advocacion* de la *Madre tierra*. Casado con *MéTis*, no podia Júpiter ser marido

de su hermana Juno, cosa que deseaba ardientemente; ni tampoco podía esperar que la inmortal *MéTis* lo dejara viudo. Mas para Dios no hai imposible, y he aquí que al futuro señor del Olimpo se le ocurrió la idea de tragarse entera a su esposa, como en efecto lo hizo, quedando así enteramente libre para desposarse con la que despues fué reina del Cielo. Ya esta leyenda ha sido satisfactoriamente esplicada, diciendo que *MéTis*, dentro del seno de Júpiter, no es mas que el atributo de omnisciencia propio del padre y soberano de los dioses.

Al lado de *MéTis*, agrupo los siguientes vocablos que entrañan las ideas de sabiduría, habilidad, enseñanza, gobierno, maneras, costumbres, etc. Griego *MéTis* [sabiduría], *MéTietes* [sabio] egipcio *eMeThe* [inteligencia divina]; aimará *aMoaTaña* [talento, habilidad]; hebreo *aM-T*, *eTMeT* [verdad, justicia]; copto *dMe-Tmüi* [idem]; pelev *MiThra* [jénio de la justicia]; mejicano *MoTqui* taliztli [integridad]; aimará *MaTuacamana* [justiciero]; sanscrito *MaTis* [inteligencia]; quichua *MáTi* [testa, cabeza]; *aMauTa* [sabio]; mejicano *tla-MaTi-liztlaçotla* [filosofar, ejercitar el entendimiento]; *iMaTi* [nin] [ser hábil, industrioso]; *miMaTini* [industrioso]; *neMaTiliztli* [industria]; *MaTi* [nic] [saber algo]; aimará *aMoaTa* [sabio]; aleman *MuTTerwitz* [razon natural]; árabe *MaThub* [intencion]; hebreo *M-Tibta* [estudio]; griego *MaThos* [ciencia, estudio]; *MeTiao* [MeDitar], latin *MeDitare* [idem]; sanscrito *MaiD* [observar, concebir]; guaraní *MaenDúa* [acordarse]; *MunDá* [juzgar, sospechar]; aimará *aMuTatha aMaTaha* [pensar]; hebreo *MeDad* [nombre de un profeta, núm. XI, 26]; *MaTan* [gran sacerdote de Baal, II Reyes, XI, 18]; *MoSSé* [Moisés, profeta y legislador de los hebreos]; latin *MeSSias* [el Cristo, el enviado, el unjido]; hebreo *MeSha* [unjir]; mejicano *MaYiloa* [nite]; [untar, unjir]; hebreo *MaSSi* [reinar, gobernar]; *MeTeg* [freno, brida]; *MuTh* [baston, yugo]; araucano *MúThimcan* [amonestar, publicar por bando, *hacer saber*]; mejicano *MachTi* [niete] [publicar, *hacer saber*]; *MachiZTi* [cosa que se sabe]; *MachTia* [nino] [enseñar, predicar]. . . peleva *MánSar* (lei); chino *Míng* (mandato); . . . hebreo *Morh* (doctrina); *MaSal* (parábola, proverbio); griego *MeSTor* (consejero, hábil); mejicano *MoZcali* (id.); qui-

chua MaSTarini (explicar lo dudoso, decir, declarar una cosa oculta o secreta); aimará MuSani-haque (astuto, hábil); MuSa (habilidad, astucia); griego MuSa (Musa, nombre jenerico de las nueve hijas de Júpiter, que presidian la Música, la poesía, la elocuencia, etc.); latin MuSa (id.); aimará MuSTatha (hacer y decir las cosas con habilidad y acierto); griego MyTheomai (hablar, decir, narrar); MyThos (historia heroica, cuento fabuloso); árabe MeThl. MeSl (fábula, apólogo, conseja); hebreo M-Sl (fábula), español Mo Te (palabra, dicho, sentencia); francés MoT (palabra); (1) inglés MouTh (hablar, gritar, vociferar): latin MuTTire (gruñir); griego MyThetes (hablador); araucano MúThum (voz, llamamiento, mensaje); inglés MouTh (boca); aleman MunD (id.); mejicano MoTlatolimatini (elegante en hablar); caMaTl (boca); MoTlatla (el que piensa para obrar, y hace las cosas con MeSura y acierto); griego MATHema (ciencia); MeTódion (método); latin MeTodus (id.); MoDus (modo, manera); Mos (costumbre); griego MeTha (segun); árabe MeThl (modelo); aleman MuSTer (id.); latin iMiTare (imitar); árabe eMTethal (id.); español reMeDar (imitar, repetir el MoDo o manera de otro); etc.

[1] La voz *inte-LiG-encia*, en latin *intel-LiG-entia* = *intel-LeC-tio* = *intel-LeC-tus*; [entendimiento], hace ver claramente la relacion entre la idea comun expresada por dichos vocablos, y la encarnada en la voz *palabra*. Esta es el *Verbo* divino, *hijo de Dios*, encarnado en la tierra. Expresion de la idea concebida i elaborada por la *Intelijencia*, la *palabra* [Verbo divino] fué la sábia hacedora de todas las cosas. Tal es, en el fondo, el dogma de los principales sistemas paganos, enteramente acordes con el Génesis mosaico, segun el cual, los seres de la creacion iban apareciendo a medida que Dios pronunciaba el fecundo *fiat*. Segun el paganismo, Dios *llamó* a los seres, y éstos aparecieron, obedeciendo a la divina evocacion. De aquí es que *eVoCar* es *crear*, y hé ahí, ademias, porque en *eVoCar* se encuentra la combinacion *V. C. = F. C.* de *Fo-Cus* [FueGo, Dios creador]; de *Fe-Gor* [elemento jenerador]; de *Fe-Cundase* [fecundar]; de *Fa-Cere* [hacer, crear]; etc. [Véase el núm. 116, nota]. La *Palabra* y la *Luz* eran los dos elementos *creadores* entre los paganos; y san Juan, acorde con esta idea, comienza su evangelio, diciendo: "En el principio era el *Verbo*; i el *Verbo* era con *Dios* y el *Verbo* era *Dios*. . . . Todas las cosas fueron hechas por *El*; y nada de lo que fué hecho, se hizo sin *El*. En *El* estaba la *Vida*, y la *Vida* era la *Luz* de los hombres." La combinacion radical de los vocablos latinos *Lux* = *LuCS* [luz] y *LoQuor* = *LoCuor* (hablar) es evidentemente la misma del griego *LoGos*, que significa palabra, discurso, razon, intelijencia.

En todos estos vocablos entra la combinacion radical $M.T=M.D=M.S$ de *MéTis*, pues esta es la Señora *Madre Tierra*, que manda *sabiamente*, cuyas leyes o *MoDelos* debemos *reMeDar* o *iMíTar*. Ella es la salud, la fuerza, la virtud por exelencia.—Hebreo *MiSSa* (salud), *MaD* (fuerza), aleman *MuTh* (vigor, virtud), chino *Tá* (tierra), *Té* (virtud).

345. Transformadora incansable de las cosas, la *Madre-Tierra* lo cambia o *MuDa* todo; y de aquí el latino *MuTare* (*MuDar*), griego *Me Tamórfosis* (*Me Tamórfosis*, cambio de forma), *MeTágoo* (llevar, *Mudar* de un lugar a otro), *MeTémpsy xosis* (*MeTémsícosis*, transmigracion de las almas), *MeTábasis* (pasaje transicion), latin *MuTuus* (Mútuo, recíproco, idea de cambio o de pasos de un sujeto a otro). *MuTuare*. (Tomar dinero de otro para darlo despues); araucano *MeDan* (dar alguna, cosa esperando recompensa: idea de cambiar); aimará *MayTha* (prestar), *MaySitha* (pedir prestado); mejicano *MaTzaya* (*natetec*) (dar dinero a interes), *MaTzaya* (*nitla*) (contratar, graujear), etc.

Esta combinacion radical $L.G.=L.C.$, ocupa el centro del vocablo *intel-LiG-entia*, cuyo sentido, correspondiente a los de *Lux*, *Loquor* y *Logos*, se halla especialmente encarnado en dicha combinacion. El elemento inicial del vocablo, *inte*, quiere decir *interior*; y el final, *entia*, es evidentemente el mismo *ens*, *entis* (ente), participio de presente del verbo *esse* (ser), el cual sirve de terminacion a los participios de presente de los demas verbos, como *ams-ans*: (el ente o ser que ama); etc. En consecuencia, el vocablo *intelligentia* se traduce:

I N T E L - L I G - E N T I A	del Ente o Ser
I N T E L - L I G - E N T I A	Luz o Palabra
I N T E L - L I G - E N T I A	Interior o interna

346. De la idea de mudar se pasa naturalmente a la de *moverse, andar*, con tanta mayor razon, cuanto que *MeTis* es la divinidad que *anda* incesantemente, y la que muestra o enseña el *camino* de la vida. D aquí es que vemos vocablos como los siguientes: sanscrito *MaTh* (mover, ajitar) *MáThaS* (movimiento), griego *MeTábolos* (traficante) *MeTílis* (extranjero, viajero), quíchua *MiTmac* (id), aimará *MíThma* (advenedizo). *MáTatatha* (esparcirse la jente) griego *Metaxoréo* (irse), aimará *MaTha* (ir), peleva *MaTano*, *MaTún tano* (1) [venir, llegar]; hebreo *MoTSaa* [venir llegar, elevarse]; caldeo *MoTSah* [id]; samaritano *M—TSh* [llegar]; aimará *MiTicatha* [huir]; quíchua *MíTTicani* [id] araucano *MiThicun* [echar o correr]. etc. [2]

347 La idea de huir se toca con la de *tener Miedo*, que en latin es *MeTuere*. Compárense el griego *MeTí, MeTis* [por miedo de.], mejicano *Mauh Tía* [nino] [tener miedo], *Manh Tía* [nite] [causar miedo] *MauíTTi* [Miedo], latin *MeTus* [id], etc.

Así como *TeRRor* viene de *TeRRa*, así tambien *MeTis* y *ThéMis* son el origen del *Miedo* y del *TeMor*, porque son la lei y la justicia, La *Madre-Tierra* lejisladora sanciona sus propias leyes, castigando al contraventor. Ella es la *vida* y la *muerte* de todos los séres, a quienes *MaTa* para *MuDarlos* en otros séres análogos o en cosas de diversa naturaleza, pues la *Muerte* no es absoluta extincion, sino un cambio o *MuDanza* de estado de la sustancia impedecederá. Bajo tal punto de vista, es que *MeTis* [Sabiduría] *MaTa* al hombre; idea que a primera vista parece contraria a la razon, pues Dios, que es la Sabiduría eterna, es tambien la *Vida*, no la *muerte*. Pero esto solo puede verificarse en Dios, no en el hombre; y toda la ntigüedad está conteste en asimilar las ideas de *ciencia* y de *muerte*, como si con esto se hubiera querido decir que solo muriendo podia el

(1) Véase C. de Harlez; *Manuel du pehlevi des livres religienz et historiques de ta Perse, lezigue*, article *matano*.

(2) En mejicano *Tlalli* es tierra; y *Tlaloa* (nino); correr, huir; en sanscrito, *iRá* es tierra, y *aRj* (mover, dirijir), *aRch* (ir), *Ray* (mover, correr) *Raip* (ir); *CxáuS* (tierra), *Gá* [mover, marchar], etc., etc.

hombre alcanzar al pleno conocimiento de las cosas. Según el dogma pagano, ningún sér mortal podía ver a Dios, sin morir en seguida; y Hércules mismo, con ser como era hijo del Tonante, no consiguió ver a Jupiter Ammon, sino despues de haberse cubierto éste con una piel de carnero. La madre de Baco muere instantáneamente por solo haber satisfecho su imprudente deseo de ver a Jupiter. No menos imprudente y mucho mas punible fué el deseo de Eva quién por comer del árbol de la *ciencia*, obtuvo la *muerte*. El deseo de saber, o la curiosidad de Pandora, cubrió de males al mundo entero. Querer saber era querer usurpar una prerrogativa divina; y nada castigaban mas severamente los dioses que la pretension del hombre de querer igualarlos. Faeton es castigado por haber osado tomar las riendas del carro de su padre Apolo: Ycaro cayó al suelo por que se acercó demasiado al Sol; la soberbia de Belerofonte, despues de su gran hazaña, trajo sobre él el rayo vengador; Prometeo espíó cruelmente su pecado de haber traído sobre la tierra un don del cielo; y Hércules mismo, el prototipo de la bondad, del amor a los hombres y del activo heroismo contra el mal, muere en medio de los mas atroces tormentos. Por todas partes anda *Némesis* [1], la vengadora de los dioses, siempre pronta a castigar al mortal atrevido que hace por salir de su condicion de hombre para elevarse al rango de divinidad, por medio de atrevidas acciones.

(1) En griego *Némesis* (diosa de la venganza celeste) quiere decir tambien *enojo*, indignacion; y *nemesáoo* es *indignara*, *irritarse*. Dicho nombre consta de dos elementos: *Ne*, que parece encarnar la idea de *enojo*, y *Mesis*, que suena casi como *MeTis* (madre Tierra Sábía): por manera que *Némesis* podrá traducirse.

N
E
-
M
E
S
I
S

Tierra

Madre sabia y justamente

enojada

Tal idea, en el fondo corresponde a la espresada por Moises en el capítulo III [v. 22] y el Génesis, en donde el historiador sagrado hace decir a Dios, despues de haber notificado a Adan la pena de su pecado: *Hé aquí a Adan como se ha hecho uno de Nos, sabiendo el bien y el mal.*

348 En consecuencia, podemos agrupar en torno de *MeTis* los siguientes vocablos, que espresan las ideas análogas, de matar, herir, golpear, aflijir etc.—Ingles *sMiT* [*MaTar*]; araucano *MúTheghn* [*MaTar* a traicion], *MùThan* [estrellar, golpear], *MúThovn* [golpear, sacudir], *MùThign* [aporrear las gavillas, trillar] *MúThaghtun* [dar cornadas], *MúTholn* [dar cabezadas], *MaTuln* [dar prisa, apurar], aimará *MaTaquetha* [dar coces, patear] *MaTaqesi-tha* [hacer ademanes, preparándose a reñir], griego *MóThos* [combate], ingles *MaTch* competir, *MooT* [disputar] acerca de materias legales], *MooTer* [el que se ejercita en defender pleitos]; mejicano *MoTeilhuaní* [el que busca pleitos] árabe *chãMaTTah* [altercado]; griego *MiTToteyo* [cortar despedazar]; *MaSSo* [tocar, palpar, apretar entre las manos]; mejicano *MoTZoltzitzqnia* [nitla] [apretar algo en el puño de la mano], *MoTZoloo* [nite] [agarrar]; araucano *MeTan* (cojer en brazos); árabe *MaSS* [tocar, palpar] hebreo *MaSas* [id.] sanscrito *MaS* [cortar, romper]; español *MeSar* [arrancar, cortar los pelos de la cabeza o de la barba: allá en lo antiguo significaba *hacer la cosecha*, esto es segar las *MieSes*] sanscrito *MuS* [romper, moler]; ingles *MeSS* [*MaScar*, comer, moler romper con los dientes], griego *MaSaó mai* [id.] ingles *MiSuse* [maltratar]; sanscrito *MiS* amenazar; árabe *MeSSmess* [molestar], mejicano *MaTaloo* [nite] [herir]. Sanscrito *MiTas* [quitar desmembrar]; mejicano *MeTolloo* [apolillarse la ropa]; aleman *MuTzen* [cortar las orejas o la cola a un caballo, aun perro]; latin *MuTilare* [*MuTilar*]; griego *MiSTylloo* [cortár, picar, moler]; aimará *MaTTa* [carne hecha tasajo]; mejicano *MaTeva* [nitla] [chapodar árboles]; aleman *MeTzger* [degollar]; ingles *MaTe* [agobiar, abrumar]; mejicano *MoTequipachoo* [aflijir], atla *MachTia* [nite] [aflijir mucho a otro] *MoTla* [nitla] (tirar pedradas); griego *MaSTizo* [azotar], *MiSéo* [desprestar] *ne-MeSSis* (diosa de la venganza divina), mejicano *MoTZoncuini* [vengativo], latin *MeTutus* (terrible); mejica-

no *MoTlatuelitinimi* [los enemistados] griego *MiTos* [odio]; aimará *MiSTuasitha* (aborrecer) griego *MeDea* (maga envenenadora); mejicano *MoTlatuelqui* [enojado]; América del norte *MaTqui*—*manitú* (jenio del mal); mejicano *MoTlapoloani* (atrevido); ingles *MeTTle* (coraje) mejicano *MoTeilhuiani* [el que busca pleitos] *MiTl* [dardo, flecha, que *MaTa*]; árabe *MiTSqab* (especie de taladro), *MiSrah* [javalina]; *MeSnu* [puntiagudo] *MaDDy* (id.); griego *MaTáris* [especie de dardo grande], celta *MvTera* (lanza), latin *MaTara* [dardo javalina], quichua *MaTara* (espadaña, yerba llamada así por su forma de espada o estoque) araucano *MúThagh* (cuerno) *MuThenquel* [estaca], *MùThencùhue* (mazo para clavar estacas), *MùThenqzeun* (clavar estacas a golpes); mejicano *MaTlaquavittl* (varal, estacas, *MaTlaquetza* (ni) (hincar varales en el suelo); árabe *MaTTragah* (martillo); mejicano *MeTlapilli* (majadero de piedra) *MeTlatl* (piedra de moler) *MaTexoani* (muela, piedra de molino), sanscrito *MuT* (moler); araucano *MeDcùn* (id.); árabe *MaDDagh* (*MaScar*); griego *MaSaómai* (id.) *MaSTax* (mandíbula); latin *MaSTicare* (*MaSTicar*, moler con los dientes); frances *MiTe* (especie de larvas que roen la ropa); anglo sajón *MiTe* (id.); ingles *MiTe* (id.); holandes *MijT* (id.); danes *MiD* (id.); antiguo alto alemán *MaDo* (id.) gótico *MaTha* (id.) mejicano *MeTalloa* (apolillarse la ropa); ingles *MoTh* (polilla), *MiDge* [mosquito] mejicano *MoTzapini* (picado, clavado); ingles *MaTh* (siega del heno); español *MoTilon* (sin pelo ¿tonsurado?) aimará *MuTuatha* (castigar) araucano *MúThonn* (apalear) aimará *MuTutha* (padecer) latin *MeTanæa* (penitencia); mejicano *mo moMaTini* (penitente), *MeTolinia* (pobre miserable); araucano *MaThicau* (huérfano desamparado); árabe *MeSKyn* (pobre), latin *MiSer* [Miser, desgraciado] mejicano *tlatlaMachtilli* [aflijido]; *tlatlaneuhne-MiTia* [nino] [estar aflijido por algun dolor corporal]; aimará *MaTa* [herida]; peleva *MúTah* [herido]; aimará *MuThu* [tronchado]; alemán *MaTT* [débil, estenuado]; árabe *MyT*, *MeyyT* [Muerto]; *MaDbah* [*MaTanza*]; hebreo *MiTah* [la *MuerTe*] latin *MeTa* [*MeTa*, li-*MiTe*, fin]; hebreo *MuT* [morir] berberisco *eMMeT* [idem] quichua *MiTTccani* [tropezar, caer] araucano *MùThorn* [id.] mejicano *MoTlaxpochui* [caído en hoyo], *MoToxaulia* [nite] [derribar, hacer caer a otro];

araucano *MuToln*, *MeDun* [inclinarse la cabeza sobre el pecho, agobiado por el sueño], quichua *MuZcani* [dar cabezadas de sueño]; sanscrito *MaDas*, [ebriedad], griego *MeThe* [id.]; mejicano *MoTlata peviani* [gran beodo]; griego *MeThymnaios* [epíteto de Baco]; sanscrito *MaTTas* [turbado]; mejicano *MoTlapololiani* [turbado, desatinado]; griego *MaTaios* [necio, insensato]; mejicano *MaTziqua* [torpe inhábil]; sanscrito *MaTTá* [locura]; griego *MáTe* [extravió, error]; quichua *MaTTu* [cosa impropia, mal hecha] griego *MaTaiómós* [palabra necia], *MaTaiófron* [tonto, insensato]; árabe *MeDjnun* [loco]; berberisco *áMeShub* [id.]; mejicano *aMiMaTi* (id.), *aquiMaMaTi* [necio]; quichua *MaTTusima* (palabras necias); griego *MaTazo* (hablar u obrar neciamente); quichua *MaTTuchani* [hacer mal las cosas] y de aquí el chileno *MaTucho* que quiere decir chambo; sanscrito *MaD* [embriagar, turbar]; araucano *MüDai* [chicha]; griego *MeThyoo* [estar ebrio]; *MaTao* [errar, extraviarse, no acertar], *MeThy* [bebida embriagante]; latín *MuSTum* (*MoSTo*, vino nuevo); quichua *MoS-Kani* [dormir] latín *MaTiana* [especie de manzana, fruta del árbol de la vida y de la sabiduría] *MeTis* (sabia), que *Mató* al hombre [1], y la única *prohibida* en el Paraíso]

(1) A propósito de *árbol que mata*, son notables las coincidencias que existen entre el pasaje del Paraíso, narrado por Moisés, la crucifixión del Verbo encarnado y un episodio de la mitología escandinava. Según el Edda, Balder, hijo del dios Ódin y de la diosa madre Friga, era un dechado de belleza; y en él se encontraban reunidas la sabiduría, la elocuencia, la misericordia y toda clase de perfecciones. Ya aquí se comienza a ver la figura del Cristo, el Verbo, hijo de Dios padre. Nótese que el nombre de *BaL-DeR* consta de dos elementos; el primero *BaL* es la radical de *BeLos* (dios-Verbo de Caldea), y significa *Señor*, como se ve en el hebreo *BaaL*, el antiguo francés *BLeu* (Dios) el vocablo *BaiLc=BaiLLi*, usado en Europa, en el sentido de jefe, señor etc. El segundo elemento *DeR* es una modificación del vocablo *DhaRa=TeRRa=tierra*. Luego *BáL-Der* puede traducirse "el Señor de la tierra" o "Dios en la tierra" Cristo es también Dios en la tierra. La diosa madre, Friga amaba tan entrañablemente a Balder, que, temiendo por su vida, hizo jurar a todos los seres de la creación no ofender a su querido hijo. Animales, aves, árboles, yerbas, rocas, etc. todos prestaron el debido juramento, menos un arbolillo llamado *MiSTuTer*, de quien se olvidó la solícita madre. Aquí son de notar dos cosas: la primera es la creencia de Friga de que su hijo, siendo un dios, y por consiguiente inmortal, podía morir. En todas las mitologías paganas, no solamen-

Métis (lejisladora), MaThios (yerba famosa con que se rejuvenecian las serpientes; y serpiente fué la que dijo a Éva que *seria eternamente jóven, si comia de la manzana*), hebreo MaT (el hombre ¿el mortal?), aimará MiTa (percedero)

te los dioses principales sino tambien los subalternos, son inmortales. La misma Friga veia como todos los dias luchaban los dioses entre sí, hiriéndose mutuamente con sus terribles armas, sin que jamas acaeciese un caso de muerte, pues, en cuanto llegaba la hora de comer, todos se curaban al momento, cicatrizándose las heridas y recomponiéndose los miembros dislocados. Así, pues, ¿porqué temia ella por la vida de su hijo? Esta circunstancia coincide con el hecho de haber huido Maria para librar a su hijo, a pesar de saber que este era obra del Espíritu Santo. En segundo lugar nótese que el nombre del arbusto *MiStilte* contiene la combinacion *MS=MT* de *MaTar*. Este es, pues, un árbol que *MaTa*, lo mismo que el árbol escepcional del Paraiso. Es de advertir que en la mitología escandinava existe un árbol, que tambien puede llamarse *del bien y del mal*, cuyas raíces se hunden en el infierno y cuya copa se eleva a los cielos, sirviendo de docel al trono del Dios supremo, Odin. Pero volvamos a la historia de Balder. Era este mui querido de todos los Ases, o dioses del Walhalla, quienes se chanceaban siempre con él, ya arrojándole enormes peñascos, ya lanzándole agudas zaetas etc. pues sabian que ni espada ni dardo ni cosa alguna habria de hacer el menor daño al querido Balder. El único enemigo que este tenia era LoKe, especie de demonio escandinavo, que, como tal, sabia mui bien que el *MiStilte* no habia prestado a Friga el consabido juramento. LoKe hizo una zaeta, de este arbusto; y poniéndolo en manos de uno de los Ases, llamado Hoder, que era ciego, indújolo a lanzarla contra Barder. Así lo hizo el ciego, con tan admirable acierto, que el dios de la belleza, de la bondad y de la misericordia cayó muerto instantáneamente. La inconsolable Friga, llorando sobre el cadáver de su idolatrado hijo, se parece a Maria con el divino cadáver en sus brazos. El enemigo del Cristo era tambien el jenio del mal, quien, no pudiendo nada contra el divino Jesus, se vale de los sacerdotes, para perseguirlo, así como el malvado LoKe se valió del ciego Dios Hoder. Los ciegos sacerdotes, a su vez, tampoco se atreven a atacar directamente al Verbo encarnado, e instigan contra él al pueblo, todavia mas ciego que ellos. Sobre el Gólgota, los Judíos ponen una lanza en manos del ciego Lonjino, que, a pesar de su ceguera acierta a dar en el corazon de Jesus. Es que, mientras mas ciego es el hombre, con mas acierto hiere a la verdad, a la justicia y a la belleza. Mas a pesar de estas analogías ¿cuán profunda no es la diferencia en ambos casos, en cuanto al resultado! Balder muere, y el ciego queda tan ciego como antes: no así Lonjino, cuyos ojos recobran la vista, al recibir sobre ellos la divina sangre que mana de la herida. ¿Cabe una imájen mas bella y mas poética, de la humanidad ciega, que, hiriendo al Justo, recobra la vista con la sangre que riega el altar del sacrificio.?

hebreo *MarT* (herido) latin *MorSus*, (*MorDido*), a un *MarS*, *MarTis* (el dios de la guerra, que *MaTa*), griego *MárTios* (el planeta *MarTe*), latin *MorS MorTis* (la Muerte), *MorTa*, (una de las Parcas), (*MorTalis MorTal*), *MarTyr* (*MárTir*, el que muere sacrificado en aras de sus convicciones), sans-cristo *MarTya* (Mortal, el hombre), antiguo persa *MarTiya* (id.), persa *MarD*, (id.), peleva *MarTún* (id.), latin *Mactatus* (muerto), *MacTare* (*MaTar*), mejicano *MicTia* (nite) (id.) *maçaMicTia* (ni) (matar animales), *teichtacaMicTiani* (matador alevoso), *apizMicTia* (nite) (matar de hambre a otro *caMicTia* (nitla) (matar hombres, sacrificarlos ante los ídolos), *teMicTiliztli* (matanzá). etc,

349 Se puede llenar muchas páginas de ejemplos como los anteriores, que ponen en evidencia el primitivo significado de *Madre-Tierra*, encarnado en la combinacion radical $M.T=MD=M.S$ de miles de vocablos pertenecientes a las lenguas de ambos Mundos. En algunos de los vocablos citados se ve intercalada la *r*, la *l* o la *e* entre las radicales *M* y *T*; pero esto, lejos de decir nada en contra del hecho que se trata de demostrar, es una prueba mas de la verdad de la demostracion, porque las dichas letras interpuestas se encuentran tambien en otras denominaciones de la *Madre-Tierra*, como *Milita*, *Mirtea*, *Maia*, *Maga*, *Maja*, etc. La idea o la significacion primitiva se modifica sucesivamente, al pasar de unos vocablos a otros, resultando ideas derivadas, que a su vez, se convierten en origen de nuevas derivaciones de sentido, hasta llegar a significados mui diversos de los del punto de partida (1). Pe-

(1) Una de las palabras que mejor demuestran los sucesivos cambios de significacion sufridos por el elemento radical, es *morcillon*, vocablo cuyo árbol jenealógico remonta a los tiempos del patriarca Noé. Segun Moises (Génes, cap. X) el Patriarca del Diluvio tuvo tres hijos: Sem, Cam y Jafet. Entre los hijos de Cam, está *MesRa-im*, nombre en donde comienza á aparecer la combinacion radical *M. R* de *MoRcillon*. Los hijos de *MesRaim*, llamados Ludim, Anamim, Laabim y Neptuim, poblaron la parte setentrional del Africa, en donde florecieron los *LiDios* (*LuDim*), los *LiBios* (*LaaBim*,) etc. Sin duda que el mismo *MesRa-im* alcanzó á vivir algun tiempo en Africa, pues que los Arabes han dado desde mui antiguo, al Egipto, las denominaciones de *MesR*, *MasR*, *barr-él-MasR* [pais de *MesRaim* ó de *MesRa*]; y hoi mismo dicen los árabes, *MesRy*, por Copto ó Ejiptiaco. Este mismo nombre lo encontramos en *MæRis*, uno de los mas grandes reyes ejipticos, que parece haber sido el verdadero

ro siguiendo la hilacion de ideas, es mui fácil llegar al vocablo orijinal.

fundador de Tebas. Conocida es la antigua tendencia de todos los pueblos, de dar al territorio el mismo nombre del *príncipe* (primer ocupante), asimilacion de nombres que se deja ver desde el tiempo de *Adam*, señor del *Edem*, hasta nuestros dias, en que decimos *quiéralo el Cielo*, por *quiéralo Dios* (Señor del Cielo.) Así pues, la memoria del patriarca *MesRa-im* fué sin duda la que produjo los nombres de *MaRRuccos* y *MauRi-tania* con que se han conocido los territorios del norte de África, cercanos al antiguo Egipto. *MauRi-tania* (que los árabes llaman *belád-él-MoghReb*), quiere decir *pais de los MoRos*. De aquí el adjetivo castellano *MoRe-no* [de color atezado u oscuro, como los *MoRos*], y aun puede agregarse *MoRado*, [de color de *mora*], *MoRa* (fruto del *MoRal* y de la *MoRera*, por su color de *MoRo*, entre rojo y negro.) Por esta misma razon fué llamada *MoRena* cierta torta hecha de harina gruesa. El adjetivo *MoR-cillo* quiere decir *negro*, y el nombre *MoR-cilla* (salchicha) significa tambien *negra*, pues en España, ademas del antedicho nombre se da a la salchicha el de *prieta* (oscura). Por último el vocablo *MoR-cillo* significa tambien la parte carnosa del brazo, desde el hombro hasta el codo. Hé aquí unidas las dos ideas de *negro* y de *muelle*, *blando*, espresadas por *MoR-cillo*, y que se encuentran en *MoR-cilla*, que es un *embuchado negro*. La primera idea es la que ha producido á *MoR-cillon*, usado en Chile en el sentido de *cojinillo largo*, que es como si dijéramos gran *MoR-cillo*.

(Continuará)

DANIEL BARROS GREZ.

En el Album de la señorita Isabel Castro.

(INÉDITO.)

Como en fuente en las selvas escondida
Se refleja del sol la lumbre pura,
El albor de tu dicha y hermosura
Espéjase en mi mente enardecida.

Cruzas de ensueños y esperanza henchida
La juventud, que es cielo de ventura,
Con la luz del talento, que fulgura
En medio de las sombras de la vida.

Mi Musa—en tí mirando realizada
La belleza que anhela,—reverente
Te ofrenda su corona inmaculada,

— Y espira, cual la noche en occidente
Cuando ciñe á la Aurora nacarada
La guirnalda de estrellas de su frente.

AMBROSIO MONTT Y MONTT.

Montevideo, agosto de 1885.



APUNTES DE VIAJE

(DRESDEN.—MÚSICA.)

(Conclusion.)

Entre las composiciones de Wagner pueden distinguirse tres etapas diversas en su carrera musical. Las primeras son completamente influenciadas por los modelos italianos, de que no pudo apartarse en su juventud, y por eso las rechazó él mismo para que no tuvieran la menor significacion en el mundo artístico; han quedado por lo tanto del todo perdidas. Las segundas participan en alguna manera de los caracteres de la ópera comun, y muestran ademas los distintivos de su nueva escuela, que tomaron en las últimas todo su desarrollo.

Como de las primeras no quedan mas rastros que algunos trozos aislados de orquesta, no es necesario que me ocupe de ellos; a las otras dos etapas, por el contrario, pertenecen todas las óperas que hoy vemos interpretadas en la escena. A la primera; *Rienzi*, la única que se refiere a un asunto histórico, y que fué inspirada por el romance histórico de Bulwer Lytton, "*Fliegende Holländer*," "*Tristan und Isolde*," "*Tannhauser*," y "*Lohengrin*"; a la segunda los ya llamados "dramas musicales," "*Meistersinger von Nürnberg*", la Tetralojía de los Nibelungen, que se compone del prólogo "*Rheingold*," y de las tres partes: "*Die Walküre*," "*Siegfried*," y "*Götterdämmerung*," y "*Parsifal*", que fué la última de sus grandiosas composiciones.

Soi admirador entusiasta de Wagner, pero debo confesar que son aquellas óperas del segundo período las que me causan mayor entusiasmo; aquellas en que se combina algo del estilo antiguo con las ventajas introducidas por el nuevo, que tienen los encantos del idialismo de las leyendas, de la riqueza de la instrumentacion, de la importancia y belleza del poema, y que no se apartan del todo del camino por el cual hemos sido conducidos siempre en el teatro; que no carecen de melodías, sino que, por el contrario, las tienen mas hermosas que cualesquiera otras; que no abandonan por completo las árias y los coros para suplirlas por la recitacion declamatoria, que por rica que sea miéntras tanto la música orquestral no deja de fatigar a la larga.

Apénas tendrá uno título para llamarse admirador de Wagner cuando no son precisamente las óperas en que se funda su gloria innovadora aquellas que admira ántes que todo; pero es el hecho que así como hallo deliciosa y superior a todo lo que se ha escrito para el teatro la música de Taunhåuser y Lohengrin, no he alcanzado a encontrar hermosa la de los Nibelungen, fuera de los "leitmotive" que son a veces divinos; y aun creo que en esos dramas Wagner llegó mas lejos que lo que la realizacion de sus nuevas teorías exijía; pudiera ser que al cabo de algun tiempo lograra apreciarlos mejor, pero la prueba no podrá tener lugar por desgracia.

El "Fliegende Holländer" (Holandés errante) es una ópera sumamente sencilla, inspirada en esa leyenda tan comun entre todos los marineros de los mares del norte, del holandés, especie de judío errante, que estaba condenado a navegar, a navegar siempre, hasta que encontrase en algun puerto una mujer que lo amase y estuviese dispuesta a sacrificarse por él; encontróla al fin, y perdiendo por eso la inmortalidad, se arrojó con ella al fondo del mar para encontrar en él el anhelado descanso.

La accion y la música no pueden ser mas simples, y ésta es hermosa desde el principio hasta el fin. Wagner concibió la idea de aprovecharse de esa leyenda marina en un viaje que hizo en sus primeros años para buscar fortuna en Londres, en que el barco que lo conducia estuvo condenado por los vientos contrarios a vagar durante mucho tiempo por las costas de Escandinavia, talvez allí donde está el

terrible remolino que atrae a todos los buques que se le acercan para sepultarlos bajo las aguas sombrías del fiord.

"Tristan und Isolde" no es menos hermosa que aquella, y tomada de las muchas ficciones poéticas del Rei Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda, produce una impresion mucho mas poderosa porque tiene una accion mas brillante, y el estilo peculiar de Wagner se muestra con mayor fuerza, como que la escribió muchos años mas tarde y aun despues que las otras dos óperas, "Taunhäuser" y "Lohengrin," que son las que yo mas admiro.

"Tannhäuser", o "La Guerra del Wartburg", es una ópera espléndida, mezcla de mitológico y de verídico, pero una concepcion grandiosa y brillante en que ha podido desarrollarse todo el poder de Wagner como músico y como poeta.

Allá por los tiempos en que el cristianismo penetró al suelo de Jermánia, todos los antiguos dioses fueron perdiendo poco a poco su poder y su influencia sobre los habitantes que se convertian a aquel; viéndose al fin completamente abandonados, y aun perseguidos, tuvieron que abandonar ellos a su vez los antiguos dominios, y retirarse a otras rejiones donde pudieran continuar sin molestia alguna manejando su cetro sobrenatural.

Pero la diosa Holda no pudo como sus compañeras hacer el ánimo a renunciar a la tierra donde habia vivido siempre, y á pesar de que ya era aborrecida por todas las jentes cristianas, se quedó aun en el suelo jermánico; pero para borrar hasta los últimos vestijios de ese odio por los dioses pasados, cambió su nombre por el de "Vénus," y tomando su morada en una inmensa gruta bajo un cerro cerca de Eisenach, en Turinjia, transformóla en una macion encantadora, en que rodeada de una espléndida corte, no se conocía otra cosa que los placeres mas deliciosos, y la dicha mas perfecta.

Todos los que pasaban cerca de la gruta alcanzaban a escuchar los atrayentes acordes de la música, los cantos hermosísimos cuyos ecos llegaban hasta el dia, y por cierto que muchos sin poder resistir a la tentacion vehemente de ese espectáculo y de esa felicidad, dejábanse arrastrar por los encantos, que eran otros tantos lazos que Vénus les

tendia. El cerro de Vénus se habia hecho famoso en todo el pais, y naturalmente causaba horror a todas las jentes de buenas costumbres, que no veian en él otra cosa que la perdicion de tantos infelices que se sepultaban en ese foco de sensualidad; pero ni todas las prohibiciones, ni los castigos mas severos eran bastante para impedir que ese iman poderoso, ejercido por los encantos de la diosa, dejase de producir sobre los mortales su pernicioso efecto, y que ellos fuesen a entregarse voluntariamente al dulcísimo dominio de aquella.

Tannhäuser, caballero de la corte del margrave Hermann de Turinja, cayó tambien en sus lazos, y olvidando su antiguo amor de Elisabeth, la hija de aquél, vivió durante mucho tiempo en la cueva, entregado a toda la dicha voluptuosa que la pasion de Vénus podia brindarle. Pero al fin, hastiado de esa misma dicha monótona, y de una inmortalidad que le privaba de los goces de la naturaleza, del aire, del sol, suspira por salir de los brazos de la diosa, que mientras tanto le retiene con sus caricias, y le pondera las ventajas de quedarse a su lado para siempre.

El, sin embargo, desesperado ya por obtener su libertad y abandonar ese encantamiento, se acuerda de repente del Dios de los cristianos, y al encomendarse a él para que le ausilie, desaparece de súbito la gruta, Vénus y toda su corte, y el caballero despierta como de un sueño en medio de un campo delicioso que atraviesa un grupo de peregrinos, entonando canciones sagradas, y al cual domina el castilo de Wartburg, fortaleza y morada de los margraves de Turinja.—

Todas estas partes mitológicas producen un efecto mágico, y es tan linda la música que uno se cree atraído tambien por los encantos misteriosos de la gruta de Vénus, por los sonidos de las arpas de oro, y por las visiones ideales de esa corte voluptuosa, porque todo está admirablemente representado en el rico escenario de Dresden, y la ficcion es tan perfecta que llega a convertirse para los espectadores en una realidad atrayente y deliciosa.

La "guerra del Wartburg," es tambien una leyenda de esa época. El margrave Hermann, que reinaba en Turinja a mediados del siglo XIII, era un entusiasta protector de

la música y de los trovadores, y en una ocasion convocó a los mas afamados de su corte a una lucha de canto de vida y muerte, debiendo cada uno de ellos entonar las alabanzas de algun príncipe.

Llegado el momento del torneo en el Castillo, Heinrich sale al frente y canta a la gloria del Duque Leopoldo de Austria, pero vencido por Walther, que elije al margrave de Turinjinia como tema para su laud, no quiere someterse a la sentencia de muerte a que le condenan los jueces, sino que, llamando en su auxilio a un hechicero de Ungría, hace que éste entre tambien en lucha contra Walther.

El mago le pone inútilmente enigmas, porque el trovador las descifra todas, y cada vez es mas brillante su victoria, así como mas decidida la derrota de Heinrich, que debe sufrir la suerte del vencido.

En la ópera, cantan tambien los trovadores, pero su contienda versa sobre el amor, y el premio del victorioso es la mano de la Duquesa Elisabeth.

Tannhäuser que ha vuelto a la Corte, donde no podian comprender su larga ausencia, toma parte en el torneo con mayor entusiasmo que todos los demás trovadores, porque ha revivido en él toda la pasion por la hermosa princesa, y aspira con delirio a obtener su mano.

Cada uno trata de disputarla, y enardeciéndose poco a poco en la lucha, llega Tannhäuser a declarar que ha vivido todo ese tiempo de ausencia en la gruta de Vénus entregado a los amores de la diosa.

Esto fué como si un rayo hubiera caido en el castillo; suspéndese el torneo, y una confusion indescriptible reina entre los trovadores y toda la corte, Tannhäuser solo escapa su vida por la proteccion de Elisabeth que lo resguarda con su propio cuerpo. Ya no tiene mas perdon en el mundo que el que puede otorgar el Pontífice de Roma, y se vé obligado a emprender la peregrinacion a la ciudad Eterna para implorarlo.

El Papa, sin embargo, sin compadecerse del peregrino se lo niega, y vuelto Tannhäuser desesperado a los bosques de Turinjinia desea entregarse de nuevo a los brazos de Vénus, cuyas músicas y cuyas visiones se le aparecen para distraerle en su infortunio; pero un canto relijioso de monjes le

vuelve a la realidad, y descubre que una procesion mortuoria se aproxima; es el cadáver de Elisabeth, de la hermosa princesa que ha muerto de amor por él, y que viene coronada de rosas blancas como el emblema de su virginidad. La reconoce el caballero; y poco despues los monges tienen que llevar tambien su cadáver para sepultarlo al lado del de Elisabeth.—

Este es, narrado en dos palabras, el asunto que Wagner ha embellecido con su música espléndida del *Tannhäuser*; y como se vé no es completamente fantástico, pero tiene el suficiente idealismo de la leyenda para que la armonía y el canto produzcan el efecto que él deseaba, y para que se grave la impresion en el alma de tal suerte que sea imposible en seguida borrarla; es una de aquellas óperas que encantan, y que al mismo tiempo dominan y seducen. Desde la primera vez que la escuché no deseaba otra cosa que ir a las montañas de Turinja para descubrir si quedan aún restos de la mansion de Holda, y si todavía las músicas y cantos de la caverna son un iman que atrae como con lazo misterioso a los mortales.—

Y no ménos hermoso que *Tannhäuser* es *Lohengrin*. Las oberturas de Wagner son siempre una obra maestra de las mas ricas combinaciones armoniosas, pero la obertura de *Lohengrin* es mas admirable aún que todas las otras, y no conozco un trozo instrumental en que esa combinacion de los sonidos entre los innumerables instrumentos haya producido un resultado mas brillante; es un verdadero poema musical, que no necesita de mayor expansion ni desarrollo. El aire que ella produce, y que despues se repite en las despedidas de *Lohengrin* al cisne misterioso, es sin duda lo mas bello de toda la ópera.

Esta es sin duda una mezcla de leyenda y de realidad; hai personajes históricos, como el rei aleman "Heinrich der Vogler," y Elsa de Brabante, y figurados, como *Lohengrin* mismo, caballero invulnerable que salva a aquella de una acusacion criminal que le habia hecho su tío, vencién-dole en un combate singular. Este es el jenio malo de Elsa, y quiere impedir su matrimonio con *Lohengrin*, pero su poder no basta, y el rey mismo conduce a ámbos a la ceremonia nupcial. Pero *Lohengrin* no puede descubrir su nombre a la esposa, porque si lo revelase perdería al instante

su poder sobre natural, y debería ser conducido a otras rejiones por el mismo cisne que le trajo a salvarla. Niégase por eso a las primeras súplicas de Elsa, pero luego vencido por el amor le declara su nombre; aparece el cisne, y llevándole sobre sus alas le aleja de Elsa para siempre.—

La prima donna principal del teatro de Dresden, Fräulein Malten, es una artista admirable, y se ha dedicado especialmente, así como el tenor Gudehus, a cantar las óperas de Wagner, que exigen un estudio particular y un órgano mui poderoso. Sin duda ella contribuye en gran manera al conjunto satisfactorio, porque no solo posee una voz de primer orden sino que canta con un sentimiento que pocas veces puede encontrarse, y como actriz no es ménos distinguida. Los roles de Elsa, Isolde y Elisabeth son sus favoritos, y sin ser hermosa, cautiva por su soberbia figura y por la perfección con que los desempeña, porque cada nota, cada movimiento, cada jesto, es artístico, y se identifica de tal suerte con el personaje que uno casi se olvida de la mujer misma. Y esta clase de artistas es la que las óperas de Wagner requieren, aunque por desgracia son tan escasas. La Malten es por cierto una de las primeras cantatrices de Alemania, y fué elejida por Wagner mismo para cantar hace algun tiempo en las grandes representaciones de su teatro de Bayreuth.

Tanto ella como el tenor Gudehus tienen el título de cantores de la Corte Sajona, pero son conocidos jeneralmente en Alemania por el nombre de “cantores Wagnerianos,” lo que prueba que es ello una especialidad, y lo es aquí mui apreciada. Pero talvez mas famosos que ellos son los esposos Vogl, cantores Wagnerianos de la Corte de Baviera.

De las otras óperas, que son la espresion perfecta del sistema y del estilo de Wagner, no he alcanzado a ver en la escena “Der Meistersinger von Nüremberg,” que tiene fama de ser una de las mas hermosas, y conozco tan solo trozos aislados de orquesta; la tetralojía de los Nibelungen se comienza a cantar solo ahora en Dresden como en otras ciudades; y “Parsifal” es propiedad esclusiva de la familia del maestro, y puede únicamente ser dado en su teatro de Bayreuth.

La tetralojía se funda naturalmente en el poema épico

aleman de los Nibelungen, cuyo origen ha sido tan discutido, pero a cual todos convienen en atribuir una importancia y significacion semejantes a la de los poemas homéricos, siendo el único en el mundo que admite comparacion con ellos.—La leyenda es la siguiente:

Siegfried, un hijo de rei de los Países Bajos, viene con brillante séquito a Worms, a la corte del rei Gunther, con el propósito de pedir la mano de su hermana Chriemhild. Hagen, servidor del rei, refiere a la llegada las proezas de Siegfried; de cómo venció a la raza enana de los Nibelungen, arrebatándoles el inmenso tesoro, el Nibelungenhort, (anillo) que traia tantas desgracias, y la gorra mágica que hacia invisible al que la llevaba; de cómo habia vencido tambien y muerto a un dragon, con cuya sangre la piel del héroe habia llegado a ser invulnerable. Despues que Siegfried auxilió al rei Günther en una guerra contra los sajones y que le hubo ayudado a conquistar la mano de la doncella guerrera Brunhild, de la raza de los Walküre, pudo al fin casarse con Chriemhild. Llegó Brunhild a Worms, pero con su mal espíritu no se sometió a la autoridad de su esposo Gunther sino mediante el talisman de Siegfried. Habiéndolo éste entregado, así como el cinturón y el anillo a Chriemhild para que los guardase, no pudo ello ocultarse a los oídos de la otra princesa en una disputa que ambas tuvieron sobre el mérito de sus esposos, y Brunhild juró venganza. Hagen, encargado por ella para asesinar a Siegfried, hizo venir falsos mensajeros de una declaración de guerra de los sajones; Siegfried prometió en el instante su cooperacion para la lucha, y su esposa, temerosa por su vida, suplicó a Hagen estuviera siempre a su lado para tratar de preservársela, para lo cual hízole además una cruz en la espalda en un sitio en que no habia alcanzado a empaparse con la sangre del dragon, y que por lo tanto era vulnerable. Hagen hizo venir nuevos mensajeros falsos para anunciar la paz; y habiéndose arreglado una partida de caza, aprovechó del momento en que Siegfried bebía sobre una fuente para clavarle su lanza en el lugar donde tenia la cruz.

Chriemhild conoció al instante quien habia sido el asesino de su esposo, pero vivió trece años en Worms en el duelo mas riguroso. Hagen, mientras tanto, temiendo que

la viuda se hiciese demasiado rica por la liberalidad de sus hermanos, arrojó ocultamente el talisman al fondo del Rhin.

Despues de algun tiempo, presentáronse a la corte de Borgoña los emisarios del rei Etzel de Hungria a pedir en su nombre la mano de Chriemhild; ésta acepto el matrimonio, con la condicion secreta de que el rei húngaro se vengase de Hagen.

Pasaron otros trece años, y Chriemhild invitó a sus hermanos de Borgoña y a Hagen a una fiesta que iba a tener lugar en la corte de Etzel; aceptaron aquellos la invitacion, tomando inmediatamente el camino de Hungria. Tan pronto como llegaron a su corte preguntó la reina a Hagen si habia traído el tesoro de los Nibelungen, y como recibiese una contestacion irónica, a una señal suya lanzáronse unos cuantos guerreros sobre los huéspedes, que tuvieron que sucumbir despues de una vigorosa defensa, y la misma Chriemhild dió muerte a Hagen con la espada que habia pertenecido a Siegfried, quedando así bien satisfecha su venganza.

De ésta, que es la esencia del famoso poema, se ha apartado naturalmente Wagner en muchos detalles en su tetralojía; él comienza el prólogo—"Rheingold"—presentando solo a seres sobrenaturales: los dioses, los jigantes, los Nibelungen—raza de la niebla que vivia en cavernas ocultas—y las hijas del Rin. Estas cuidan el tesoro, que uno de los Nibelungen codicia y que al fin consigue robar, pero a su vez los dioses, que han debido sotener una lucha contre los jigantes, penetran a la cueva y lo despojan del talisman. El asunto es extraordinario, y no lo es ménos la creacion musical, de la cual no me atrevo a dar mas detalles por haberla visto una sola vez, y creo que nunca la primera impresion de este estrañísimo drama podrá ser del todo agradable.

La primera representacion del drama musical de los Nibelungen tuvo lugar en Baireuth en 1876, y fué sin duda un gran acontecimiento; es estraño que solo ahora comienzen a ponerlo en escena en Dresden, siendo su teatro uno de los primeros de Alemania, y el público entusiasta de Wagner como el que mas. Cúpome asistir a la primera noche de Rheingold, el prólogo del poema, que todos espera-

ban con impaciencia, y que produjo el mas brillante resultado. Desde el palco de los Reyes hasta el último asiento del gran teatro, todo estaba repleto, y durante dos horas y media de música continua, porque no hai mas intervalo que las transformaciones de la escena, quedó esa enorme concurrencia como estasiada ante las maravillas que delante de ella se desarrollaban. porque ni el menor ruido vino a perturbar un instante en medio de la oscuridad de la sala las voces y la accion del escenario. En cuanto a mí, salí casi enfermo; habia querido juzgar nota por nota de la partitura, y por otra parte necesitaba seguir palabra por palabra el poema para comprenderlo, apesar de la escasísima luz del teatro; la contraccion fué demasiado poderosa para atender al mismo tiempo a la música, a la accion y a la poesía, y mi mente quedó agotada. Al terminarse el prólogo de estreno, el entusiasmo del público no tuvo límites; los dioses, los gigantes, los Nibelungen, las hijas del Rhin, que tanto habian tenido que nadar sobre las gazas en el aire, todos los seres sobrenaturales, tuvieron que salir a hacer cortesías unas tras otras al público que los aclamaba con frenesí. Fué ello un triunfo colosal de Wagner, de los artistas, de la orquesta, del rejidor de escena y de los pintores que habían hecho tan preciosas decoraciones. Pero yo, al volver solitario a mi habitacion despues del gran entusiasmo, y al refrescarme con el aire benéfico de unos cuantos grados bajo cero de una noche de invierno, me convencía que me faltaba mucho aun para una iniciacion completa al sistema de Wagner perfeccionado; que mi estado de jermanizacion era todavía demasiado superficial, porque como primera cualidad faltábame la paciencia. Aunque se me ocurría tambien, quién sabe si la mayor parte de esta jente admira por moda o por amor propio nacional, puesto que Wagner se ha constituido en el jenio nacional de Alemania.

Tengo vivísimo interes de oír el "Parsifal;" la Malten y Gudelus fueron recientemente a cantarlo a Lóndres en un "Oratorio," que tuvo lugar en el Albert-Hall; hizo gran sensacion allí y no dudo que será mas hermoso como "Oratorio" que como drama puesto en las tablas de un teatro, porque la música declamatoria constante y la falta

de movimiento en la accion dramática apénas parecen avenirse con las necesidades de la escena.

Y ningun teatro del mundo puede tampoco apoderarse de la partitura de "Parsifal," que, como dije, es propiedad particular de la familia de Wagner, y como tal se canta solo en su teatro de Baireuth, donde tienen lugar las representaciones durante un corto período del verano en que se juntan allí los artistas mas escojidos del pais y los admiradores de toda Europa. Ese teatro, adaptado especialmente a los menesteres del nuevo drama musical, es debido a la jenerosidad de aquellos, que dieron así al maestro la mayor prueba de entusiasmo; pero como decia, Wagner es una gloria nacional, y por lo tanto cada individuo se hace un deber de honrarle. Grande escepcion es encontrar alguno que no se declare admirador de la nueva escuela, y que no la reconozca como la única que pertenezca al porvenir.

La vida de Ricardo Wagner fué en su mayor parte desgraciada, y así como casi todos los grandes hombres tuvo que luchar contra un destino que parecia serle adverso, contra la pobreza, y la falta de aceptacion que al principio encontraron sus obras.

Nacido en Leipzig, se dedicó desde mui temprano al cultivo de las letras, inspirándose especialmente en la lectura de los dramas de Shakespeare, que era su autor favorito. Sus primeros esfuerzos en las composiciones musicales no fueron mui satisfactorios, porque si bien algunos trozos de orquesta fueron bien recibidos por el público, sus ensayos de ópera no pudieron apartarse de los modelos italianos, y eso él mismo no podia aceptar; hasta que habiendo emprendido un viaje a Lóndres y Paris para mejorar de condicion, en 1839, escribió en esta última ciudad a "Rienzi," y "Fliegende Holländer," cuya idea le habia venido en su larga navegacion por los mares del norte. Pero apesar de esto, vivió allí en la mayor miseria, y teniendo que ganarse la subsistencia con la escritura de trozos insignificantes para diversos instrumentos, o aun de novelas para los periódicos. Cambió solo de situacion cuando por el influjo de Meybeer pudo ir a Berlin a poner en escena el "Fliegende Holländer," y "Rienzi," en Dresden, donde obtuvo tal aceptacion que fué nombrado inmediata-

mente director de orquesta de la Corte. Entónces cantóse por primera vez "Tannhäuser," y la fortuna de Wagner estaba ya asegurada y aún se ocupaba de fundar un teatro nacional en Dresden, cuando la revolucion de 1849 lo contó entre los insurrectos, y ello le obligó a abandonar la ciudad y el país. Antes de la amnistía, que solo tuvo lugar muchos años mas tarde, continuó Wagner, ya en Zurich, ya en Lóndres, ya en Paris, trabajando en nuevas óperas, y en la última púsose en 1861 en escena el "Tannhäuser," aunque parece con ninguna aceptacion.

Llamado en 1864 por el rei de Baviera, quedó en este país todo el resto de su vida, gozando de la proteccion del entusiasta Luis II, y de Munich fué a establecerse a Baireuth con su segunda esposa, que era hija del famoso compositor Liszt, y mujer divorciada del pianista Bülow. Por ese motivo es aquella la ciudad donde se construyó el teatro especial, y donde han tenido lugar las interpretaciones mas perfectas de sus obras.

El ilustre músico escribió además vários volúmenes sobre arte y estética, en que sostiene sobre todo las teorías musicales que se propuso desarrollar en sus óperas, y que son por cierto mui interesantes para aquellos que desean imponerse mejor de sus miras artísticas, y del desempeño de su cometido en el ramo especial de la armonía.

En los países estranjeros es mui comun juzgar a Wagner de una manera inconsciente; quizás muchos que jamas han oido su música pretenden tener una opinion formada sobre ella, y por cierto que condenan de ordinario al maestro como un innovador estravagante o como un ambicioso de orijinalidad. Pero estoi seguro que si esos mismos pudieran oírle con detenimiento y bien interpretado cambiarían de idea en gran manera, porque aún cuando uno no se conforme con algunos de los caractéres de los dramas musicales, que no están de acuerdo con el gusto latino, no puede ménos de reconocerle en cada composicion, en cada trozo de orquesta, un jenio verdaderamente creador, una belleza de nuevo estilo que nadie habia ideado ántes que él, lo cual le coloca sin disputa a la cabeza de todos los talentos musicales contemporáneos.

Siempre que en la Opera de Dresden se cantaba una de las producciones de Wagner, y ello era mui amenudo,

elejia yo desde mui temprano mi sitio, contando durante todo el dia con un rato de delicia para la noche; la aparicion en ellas de la soprano Malten era un nuevo atractivo, porque esa mujer con su arte y su alma me entusiasmaba mas que todas las Pattis y ruiseñores del mundo.

No es prudente sentarse en las primeras filas de la platea, y ménos en el lado de los instrumentos de viento, porque la orquesta suele tener a veces unos momentos de borrasca que ajita demasiado a los débiles tímpanos, pero, sin embargo, yo sacrificaba estos pequeños detalles a la ventaja de escuchar sin distraccion alguna, y de no perder uno solo de los movimientos de la heroína.

El número de ingleses que concurren al teatro es mui considerable, y siempre que cantaba la Malten, no podia faltar en la primera fila una muchacha, talvez de 17 años, y bastante hermosa, cuyo entusiasmo por la interesante artista rayaba en locura, y de esa suerte lo demostraba. Habiéndolo yo notado desde el principio, pude pronto averiguar algo sobre el asunto.

Las inglesas que a primera vista parecen hechas de hielo, están por lo jeneral mui léjos de serlo, sino que se cuentan entre las mujeres mas vehementes del mundo.

Desde mui niñas tienen siempre alguna aspiracion noble, algun entusiasmo, muchas veces ideal y especulativo, alguna idea fija y elevada, que se manifiesta de muchas maneras distintas. Esta niña la tenia tambien en las esferas del arte, y parece que encontró su ideal en la Malten desde la primera vez que pudo escucharla.

Su entusiasmo fué tan vehemente desde entónces que no aspiraba a otra cosa que a conocer a la artista en su vida privada, que a escuchar mas de cerca su voz que la deleitaba tanto en el teatro; pero siendo extranjera, y sin relacion alguna en Dresden no hallaba medio para llegar hasta ella, que es por cierto una gran personalidad en el pais.

Teníale esto desesperada, y durante algun tiempo hubo de contentarse con divisarla desde su sillón de platea en primera fila, hasta que se le ocurrió la idea de ir a los jardines de la casa de campo a inmediaciones de Dresder que la artista habita. Podia sentarse frente a la casa, y como aquella deberia salir en mas o ménos tiempo no podia de-

jar al fin de verla, y era seguro que se interesaría por ella al encontrarla allí sola en medio de los campos, y mucho más cuando supiese el motivo que le había conducido.

Hízolo así, en efecto, pero envano aguardaba horas tras horas la pobre niña, que talvez sin saberlo hacía el papel más romántico del mundo, porque parece que ese día se hubiera propuesto su ideal no moverse de la casa; pero su paciencia venció todos los obstáculos, porque al fin y al cabo apareció la artista con su figura de reina, y sorprendida al divisar a la joven estraña en ese sitio dirigióse hacia ella, tratándola con el mayor cariño.

La vehemente inglesa consiguió su objeto, porque desde entonces ha cultivado una gran amistad con la Malten, que naturalmente no puede menos de corresponderle tal entusiasmo. Por eso no faltaba ella nunca al asiento de primera fila en todas estas óperas, donde yo la divisaba siempre; y parece que su ilusión romántica no ha disminuido en nada después que tuvo la dicha de hablar con el objeto de su entusiasmo, y de convencerse que era tan mujer como ella misma.

Sin duda ese entusiasmo habría sido más romántico aun si hubiera recaído sobre algún tenor o barítono, en vez de una prima donna, pero en ella el ideal no reconoce sexos.

En una ocasión estaba anunciado para la Opera "Tannhäuser"; yo le había oído solo una vez y tenía vivísimos deseos de volverle a oír para conocerle mejor. Tomé, como de costumbre, mi billete tan luego como era posible para asegurar un asiento, y llegada la hora del teatro, (comienzan las representaciones a las 6 y media y terminan a las 9 o 9 y media), fui muy contento con la seguridad de pasar en él un agradabilísimo rato. "Tannhäuser" me era tan conocido en cuanto al texto que no me preocupé de comprar programa, sino que marché en derecha á mi sillón.

Dada la señal por el maestro de orquesta para comenzar la obertura, me preparé para escucharla con todas mis facultades, porque es un trozo tan admirable; pero desde el primer golpe noté sonidos y aires estraños que mal podían ser de la pluma de Wagner.

Intrigado pregunté inmediatamente al vecino si no se cantaba esa noche "Tannhäuser", según los anuncios del día.

Pero el vecino me dió una mirada asustada, junto con un "Comment? Je ne suis pas allemand!" al que yo repuse en el acto: "Et moi non plus!"—Y por cierto que si ántes de interpelarle le hubiera mirado un poco no habria dudado que no podia ser otra cosa que francés, y que mi pregunta no iba a tener resultado alguno.

Pero lo que importaba era el asunto de la ópera, y volviendo hácia él me impuse que mi deseado "Tannhäuser" se habia convertido a última hora en la mas infeliz de las óperas, en "Martha", como que en efecto comencé luego a reconocer esos aires tan antiguos como trillados, que por cierto no carecen de espiritualidad, pero que en ese momento se me hacian insoportables. Fué tal mi fastidio y el desengaño que habria dejado con gusto el teatro si mi asiento no hubiese estado léjos de la salida, y sino estuviese prohibido todo movimiento en la platea durante la representacion. El francés, mi vecino, estaba feliz de haberse escapado de una soirée wagneriana, y yo tuve que armarme de toda mi paciencia para soportar la de Flotow, porque habiendo hecho el ánimo a trasportarmente a la montaña de Vénus y a la Guerra del Wartburg, el mercado de Richmond hacia un contraste verdaderamente colosal.

Al fin y al cabo tiene Martha melodías graciosas, y una de ellas la cancion de la última rosa de verano, del ideal Moore, es un romance tan hermoso como delicado. Hábiale oido solo dos veces en Europa, y desde la primera, que fué en situacion harto diversa de ésta, le he conservado una simpatía especial por el recuerdo. Hace de ello mucho tiempo, hallábame en las playas poéticas de Finlandia, allí donde las innumerables islas dan al mar el aspecto de otros tantos lagos azules; era el mes de mayo, mes de las flores en todas partes, ménos en esas altas latitudes en que la primavera sólo comienza a mostrarse en los brotes de los bosques con ese color verde fresquísimos que tienen las primeras hojas; el hielo acababa de dejar libres las aguas, adormecidas durante el largo invierno, y todos los indicios de la primavera con un sol brillante y benéfico se hacian sentir sobre la naturaleza.

Una tarde me paseaba a orillas del mar, con esa tranquilidad que inspiran las dulces tardes de primavera, y léjos del pequeño pueblo, dónde no habia ni trazas de seres

humanos, me apoyé un rato sobre un cerco de madera que habia en la playa, para contemplar los dos espectáculos mas admirables que nos ofrece la naturaleza sobre el mar; la puesta del sol por un lado del horizonte, y por otra la salida de la luna, con una atmósfera tan clara como un cristal. Mientras allí estaba escuché de repente el sonido de una corneta, que parecia venir de una de las islas verdes no distantes, y esos sonidos no eran otros que los de la "Última Rosa de verano", cuya dulcísima melodía parecia avenirse con la dulzura de la hora y del sitio. Ello me produjo una impresion tan simpática en ese momento de soledad, que desde entónces no he podido olvidarlo: y por hermosa que sea la misma melodía en la interpretacion mas brillante del teatro, no se puede comparar la cancion de la ópera de Dresden a la sencilla melodía de una corneta en las costas verdes de Finlandia y en la hora suavísima del crepúsculo.

Dejando ahora a un lado la ópera séria, hai ademas en Dresden un teatro de opereta, pero en él no son los alemanes mismos los que reinan, sino sus hermanos de Viena, que poseen la especialidad de la música lijera y alegre, distinguiéndose entre esos compositores, los Strauss, Millöcker, y Suppé, cuyas operetas tienen una música mucho mas noble que las francesas, que cada dia se transforma más al estilo de café cantantes, puesto que se dá más importancia a la gracia y al chiste de los movimientos que al canto mismo. Para mi gusto, Johann Strauss es quien tiene música mas hermosa, porque en medio de sus operetas mezcla esos preciosos aires de vals, para los cuales ha tenido él un don especial y hasta ahora nunca rivalizado.

En las salas del "Gewerbehaus" (casa de industria) tienen lugar numerosísimos conciertos, ya de orquesta sola, ya de instrumentos separados, pero entre todos ellos sobresalen los llamados de "sinfonia," que son cinco o seis en el año, y que forman un gran acontecimiento musical. Toca en ellos la orquesta real las sinfonias de los grandes maestros alemanes, y es tal el interes de la jente por escucharlas que todos los asientos de la sala están comprados con mucha anticipacion, y aun muchos de ellos quedan de fijo en las familias. Asiste el rey y toda la corte, y no hai en Dresden una reunion mas distinguida, tanto de alema-

nes como de extranjeros. Gracias a la amabilidad de una familia amiga mia pude yo tambien contar siempre con un sitio, y a ella le debo los ratos de música mas espléndida que haya oído a orquesta alguna.

Handel, Haydn, Mozart, Weber, Beethoven, Mendellsohn y muchos otros compositores alemanes, son aquellos cuyas sinfonías se interpretan en esos conciertos, y uno no bien acaba de gozar con un andante cuando comienza un scherzo, o un allegro, o un menuetto, a cual de todos mas hermoso y más admirablemente ejecutado. Allí es donde puede apreciarse mejor la grandiosidad y la riqueza de la música alemana instrumental, a que algunos han dado el nombre de música clásica, y que llámese como quiera es la última palabra del arte de la armonía convertido en una verdadera ciencia, y en una ciencia tan hermosa como profunda.

Otra clase de música que puede oirse en Dresden, talvez mejor que en cualquiera otra ciudad europea, es la sagrada, y por ello la Iglesia Católica de la Corte se halla convertida todos los domingos en una sala de conciertos, porque acuden a ella a mas de los católicos que atienden al servicio divino, una cantidad innumerable de jente, sin otro objeto que el de escuchar los cantos a los mejores artitas del teatro, y los trozos ejecutados por el órgano y por la orquesta. Si la música de la iglesia de los Agustinos de Viena es escojida, en la iglesia real de Dresden lo es mucho mas aún; y mas que la ordinaria de los Domingos aquella que se ejecuta en otras solemnidades, como un espléndido Requiem de Mozart que se cantó en el aniversario de la muerte del último rey. Al escuchar esta obra maestra entre todas las composiciones relijiosas no podia olvidar la impresion que ella produjo a M.^{me} Staël, cuando la cantaron en aquella iglesia de la Corte de Viena en los funerales de su mismo autor, que recibía así el mas espléndido tributo de admiracion de sus conciudadanos.

Pero, sin embargo, prefiero por mucho en la iglesia los sonidos del órgano a todos los instrumentos de la orquesta, porque en ella se necesita una música mas tranquila, mas recojida, ménos mundana, y los ecos de las trompetas y de los tambores llevan la imaginacion mas a una marcha guerrera que al pensamiento íntimo y profundo de re-

lijiosidad. El órgano, por el contrario, espresa mejor el sentimiento de las creaturas y parece comunicarlas con el Creador; sus armonías no tienen límites, de los arranque vehementísimos de una alma entusiasta hasta la plegaria misteriosa y sutil que parece elevarse al cielo confundida entre el humo del incienso.

El gusto por la música se manifiesta además por el número increíble de pianos que hai en Dresden; (y no ha de haber ménos en las otras ciudades) cada piso de las casas tiene uno por lo ménos, y al andar por la calle se siente tocar de todos lados, y es de creer que no hai una sola persona que no sabe tocar el hermoso instrumento. Para comodidad de los vecinos ha tenido naturalmente que intervenir la policía, y entre las disposiciones de reglamento dictado al efecto, se prohíbe tocar pasadas las 10 de la noche, y ántes de las 8 de la mañana, salvo casos extraordinarios y con permiso de los vecinos. Tampoco se puede tocar con la ventana de la calle abierta para no molestar a los del frente.

Pero, a pesar de todo, el estudio de la música ha llegado a convertirse en una plaga, porque apénas hai descanso. Tuve algunos días de vecinos en mi habitacion a una pareja noruega; la mujer tocaba siete horas al día el piano, y el marido otras siete el . . . violoncelo. Ello era peor que el "rascatipas" de la "Gallina Ciega," y mi condicion mil veces mas infeliz que la de Cleto. Pero ello no pudo durar; presenté mis quejas, y los musicales noruegos se marcharon con su música a otra parte. Despues tuve solo que lidiar con los pianos; miéntras sonaba uno solo no importaba gran cosa, sobre todo si ello era una hermosa sonata, o un valse de Chopin, pero habíales uno en el mismo piso, otro en el de abajo, y otro sobre mi cabeza, y a veces parecían darse cita para el concierto, o propiamente para el desconcierto, porque volvíanme loco con una mezcla de Rapsodias Húngaras, marchas fúnebres, y cancanerías de Offenbach, cuando no eran las mas terribles escalas y ejercicios.

Yo podia seguir día por día el progreso de mis vecinas—las del piso de abajo eran judías y las de arriba cristianas—en cada uno de sus trozos musicales, y aunque es cierto que cuando una de ellas tocaba separada proporcio-

nábame mui buenos ratos, porque sabía elejir especialmente la música de mi gusto, pero tan luego como el trio comenzaba toda ocupacion se me hacía imposible, y el único remedio era tomar mi sombrero y paráguas para hacer un poco de ejercicio sobre la nieve o el barro.

Ah! si álguien duda que Alemania es el país músico por exelencia que venga a habitar un piso intermedio en una casa de Dresden, y con eso, los teatros, los conciertos, las óperas de Wagner, y las sinfonías, se convencerá de que no son exajeradas mis apreciaciones.

RAFAEL ERRAZURIZ U.



SIEMPRE LA VIDA!....

I

Los años pasarán: sus negras fauces
leyes y tronos tragarán hambrientas;
do se alzan hoy ciudades opulentas
el musgo del olvido crecerá:
volarán en girones las banderas
por la mano del tiempo carcomidas;
los tigres y las hienas sus guaridas
entre ruinas y mármoles harán.

II

Ay! cómo veo en el rastrero polvo
esparcidas del héroe las cenizas!....
orgullosas estatuas hechas trizas,
templos en ruinas, leyes sin vigor!....
Ese polvo que piso tal vez sea
de los huesos de Sucre ó de Carrera,
ese girón, tal vez de la bandera
que al viento en Ayacucho tremoló.

III

Los años pasarán: otras naciones
brotarán del osario y de las ruinas,

como brotan las rosas entre espinas
ó la chispa en la negra oscuridad;
del cáos, de la lucha sanguinaria
en que viven los pueblos y se agitan,
surgirán las centellas, cual vomitan
fuego las roncadas bocas del volcán.

IV

La cadena sin fin de las edades
extenderá sus duros eslabones;
y en sus rendidos hombros las naciones
nuevas naciones sentirán brotar,
ceñidas de laurel y resplandores,
y en la mano la espada y el derecho,
lanzando ufanas del fornido pecho
el grito de *¡Progreso y Libertad!*

V

Y volverán los siglos su guadaña
á arrastrar por el mundo: las ciudades
la mano besarán de las edades,
que caerá sobre ellas sin piedad:
y en los focos de luz habrá cenizas,
pero cenizas que darán la vida
al polvo vano en que la muerte anida:
¡no eres mortal, grandiosa humanidad!

N. TONDREAU.—1884.



A PROPOSITO DE UNA OBRA MAESTRA

(Continuacion.)

350. Pasemos ahora a examinar la combinacion radical *T.M.*, que es la inversion de la anterior *M.T.* de *MeTis*. Dicha combinacion se encuentra en *ThéMis*, diosa de la Justicia, entre los griegos, y que evidentemente es la misma *T-Meis* de los ejipcios y la *TeMósfora* (Tierra-Madre lejisladora) de los pelasgos. *TaMMuz* era una divinidad de los sirios; y entre los salvajes de las islas de Sandwich, nos encontramos con otra, llamada *TaMa-Téa*, que parece ser la Madre Tierra, y que suena como el guaraní *TaMa-Tiá* (verenda mulieris). La forma invertida de estos nombres está en *Te-TaMa*, que en lengua guaraní quiere decir *tierra*, y que evidentemente es el mismo de *To-TaM*, con que las tribus salvajes de la América del Norte designaban al ánjel tutelar o custodio del hombre: porque ¿no es la *DaMa* Tierra, sabia lejisladora y justiciera, la tutriz del hombre, que lo recibe en su regazo cuando nace, que lo mantiene y le enseña el camino de la vida, y que al fin lo abraja en su seno cuando muere? Los antedichos *TaMa-Té* y *TaMa-Tia* suenan como el griego *DáMa-ter* (Céres), en donde la T inicial está convertida en D, así como en la mayor parte de los siguientes: griego *DaMia* (Cibele), *DáMar* [Dama, señora], *DáMa-lis* [niña]; espartano *pan-DaMia* (Venus), caldeo turiano *DaM-Kina* (Madre Tierra), peleva *DaMíK* (id.), *ZaMíK* (id.); persi *ZaMí* [id.]; persa *ZaMí* [id.]; zendo *ZeM* (id.); islas de la Sociedad *TéMida* (diosa de la mar); ruso *ZeMha* (tierra);

mejicano *TeMe* [piedra, que en latín es pe-TRa]; aimará *TTuMiri-uraque* (tierra de pan llevar); alemán *DaMMerde* [tierra vegetal]; aimará *TurMi* (polvo que se levanta de la tierra); guaraní *TyMbó* (polvo); araucano *ThuMaugh* [tierra pulverulenta]; *TheMvùl* [terron], *Tue* (tierra); alemán *DaMM* [dique, terraplen]; inglés *TuMp* [montículo]; latín *TuMulns* [collado, cerro]; araucano *ThuMan* [monton]; latín *TuMor* [TuMor, hinchazon]; griego *oiDeMa* [id.]; lituaniano *ZieMe* [tierra]; japones *TSuMa* [esposa]; quichua *TTaMin* [secundinas de cualquiera hembra]; tamachec *TaMes* [mujer]; sanscrito *DaM* [esposa]; inglés *DaM* [madre de animal]; araucano *DoMo* [hembra], *DoMu-che* [doncella, muchacha], *DaMen* [cometer adulterio el varón], *DaMun* [palea tierra], *TheMun* [criar; la madre Tierra era la *nodriza universal*]; *TheMn* [crecer y en sanscrito *Maia* es madre Tierra, y *Mah* grande]; mejicano *ToMava* [ni] [engordar, crecer]; *ToMavac* [corpulento]; griego *DéMos* [cuerpo, estatura]; araucano *TheMo* (cosa grande, hermosísima, elegante: la tierra era la *Vénus celeste*), *TheMopepilun* (vestirse de gala, adornarse); caldeo *TeMah* (cosa admirable, maravillosa); griego *ThiMarestos* (que seduce, que encanta); aimará *TTuMiri* (cosa muy buena, escogida); araucano *TheMpùl* (vieja bruja, hechicera, que viene a buscar las almas de los que mueren). La tierra, la *maga*, es la hechicera por excelencia, y la que al fin recibe en su seno el cadáver. Nótese la analogía entre *TheMpùl* y *TuMBa*, latín *TuMBa*; griego *ThyMBos*; inglés *DiMble* (caverna); árabe *TurBah* (tumba); hebreo *DuMh* (tumba, silencio); inglés *ToMB* (*TuMBa*), *DuMB* [imponer silencio], *DuMp* (tristeza); araucano *avque-DuaM* (id), *ThanMan* (aplastar, agobiar), etc. La misma idea de *TuMBa*, en el sentido de “hoyo donde cae el muerto,” se encuentra en *TuMBar* (hacer caer, voltear); inglés *TuMBle* (caer); francés *ToMBer* (caer, morir); araucano *ThaMn* (cansarse, fatigarse); hebreo *DuMyh* (reposo); quichua *TaMpu* (posada); italiano *ToMare* (caer de cabeza o boca abajo); araucano *TheMevun* (inclinarse la cabeza); alemán *TauMeln* (dar traspies); araucano *ThoMpùln* (inclinarse); quichua *TTaMpi-TaMpiycaichani* (andar dando traspies); español *TaMbalear* [no estar o no andar firme sobre sus pies]; chino

Táo [caer]; hebreo *Tau* [golpe]; araucano *TuMe*, *TuMechi* [fracaso]; griego *TyMa* (víc-TiMa), etc.

351. De las ideas de *TuMba*, *TuMbar*, *víc-TiMa* se pasa naturalmente a las de *dañar*, *romper*, *cortar*, etc., espresadas por los siguientes vocablos: latin *DaMnare* *D(aM-nar*, *dañar*); aimará *TTaMatha* (dañarse); céltico *TaMMa* (despedazar); griego *TèMnoo* (cortar, hender); araucano *ThuMn* (hender, rasgar); mejicano *TZoMonia* (nitla) (romper, rasgar); quichua *TTiMpu-chini* (arar, romper la tierra); griego *TeMaxizo* (cortar en pedazos); latin *DeMere* (quitar); araucano *DaMun* (arrojar tierra con la pala); *oDùMn* (agujerear); inglés *DiMple* (hoyuelo): aimará *TTiMitha* [cortar, tallar]; *TTiMuratha* [cortar por igual]; griego *ToMe* [insiccion], guaraní *TaMbú* [horadar]; *TaMbeiná* [chinche]; *TeMo* (*comezon*) griego *TaMiás* [el que corta]; quichua *TTiMta* [carcoma]; *TTiMtascca* [madero carcomido]; *TTiMpuscca* [tierra arada]; etc. Y como el que *muerde* corta, y el que *come* muerde, masea, podemos aun agregar los siguientes, que significan cortar, morder, mascar, comer, *ToMar*: bajo breton *TaM*, irlandés *TeuMan*, escosés *TeuM*, que pueden compararse con el araucano *DeuM* [cosa buena para comer], latin *SuMire* [comer, beber, *ToMar*]; árabe *SahaM* [comer, cenar], griego *SToMa* [boca] etc.

Volviendo ahora a las ideas de *cortar*, *dañar*, las vemos unidas a las de enojo, ira, malignidad, destruccion y muerte en los que siguen: araucano *ThaM-ThaMcèn* [dar dentelladas]; griego *ThyMora* [cólera, rabia]; quichua *TTiMpuni* [enojarse]; *TTiMpuc-soncco* [iracundo]; griego *ThyMóo* [encolerizar], *ThaMásimo* [mortal, que dá la muerte]; Congo *ZaMbos* [jénios malignos]; América del Norte *ZeMos* [idem]; hebreo *SSaMd* [destruir]; aimará *TTaMasjatha* [dañarse mucho]; griego *ToMeys* [cortador]; mejicano *TeMìc-Ti* [matador]; aimará *TuMé* [cuchillo]; inglés *ToMahawk* [especie de hacha de armas de los americanos]; araucano *ToMe* [espadaña yerba acuática semejante a un estoque]; *ThaMpalcùnnon* [despojar]; hebreo *TSaMat* [estinguir], *TaMam* [terminar]; araucano *DeuMan* [id.]; árabe *TaMM* [id.]; *TaMMah* [fin, *TTérmino*]; guaraní *TeMbeï* [orilla]; *Teö* [muerte]; mejicano *TlaMiliztli* [Términos, fin]; araucano *DeuMa* [despues; idea de fin]; latin *DeMum* [al fin]; araucano *DeuMan* [acabar]; árabe *TaMM*, *TaMMem* [concluir,

cumplir: llegar al fin de una cosa]; peleva *TaMMan* [allá, idea de estremo, fin]; arameo *ThaMan* [id.]; caldeo *ThaMán* [id.]; hebreo *SaM* [id.]; etc.

352. Hé ahí como el *TérMino*, el fin de la vida, es una idea tambien encarnada en el mito de *TheMis*, diosa de la lei y de la justicia divinas. Esta es precisamente la idea fundamental de los libros de la lei mosaica, segun los cuales, la muerte del hombre no es mas que la sancion del gran pecado de su desobediencia a la lei de Dios. Ya hemos visto ántes (núm. 318) la relacion entre *MaTar*, *MaTiana*, *MaThios* y *MeTis*. *TéMis* que tambien es *TeMor*, *TérMino*, fin, idea de *MuerTe*, encarna además de *tinieblas*, pues la *tierra* es la mansion de la *oscuridad* y de la *muerte*, por contraposicion al *cielo*, rejion de *luz* y de *vida* eternas. Por manera que la combinacion radical *Th.M* de la *ThéMis* griega se halla en el peleva *TóM* (tinieblas, oscuridad); zeudo *TeMah* [id], sanscrito *TaMá* (id) *TaMisrá* (id), *TáMasas* (tenebroso oscuro); lituaniann *TaMsus* (id) ruso *TeMnyi* (id) antiguo aleman *DaMMern* (id) araucano *DuMiñ* [id]; *ThoMu* (nube, nublados) aleman *DaMpf* (vapor, humo) árabe *ZuMéh* (niebla); ingles *DaMp* (id), *DiM* (oscuro); árabe *DeLaM* (oscuridad) aleman *DäMerung* (crespúsculo); sanscrito *TaM* (perturbar, oscurecer) griego antiguo *TeMoo* (id) ingles *DiM* (id) araucano *ThoMun* (nublarse, oscurecerse el cielo), *ThogùMn* [cubrir, tupir techar] *ThoMe* paja para techar; persa *TaM* [velo]; araucano *DùMican* (tupir, entretejer) hebreo *TSaMys* (cosa trensada, red) aimará *TTaMpha* (entretejido, enmarañado) *TTaMphataatha* (entretejer, enredar, enmarañarse); araucano *DaMi* (estera, esterilla) *DaMin* (tejer esteras); latin *TaMisiun* [TaMiz]; mejicano *TzoTzoMatli* (trapo, que cubre); latin *TraMa* (TraMa, hilo que teje) árabe *Tu'Mah* (id); araucano *Thonon* (id); quichua *TTaMpha* (cosa entrelazada, enredada, enmarañada); latin *sTaMen* (esTaMbre, hilo); español *esTaMeñe* (tela burda) quichua *TTapMphahuma* (greña, cabellos espesos y revueltos) hebreo *TSeMr* (lana); mejicano *TZoMitl*, *ToMitl* (pelo, vello, lana vellon) etc.

353. Considerando ahora a *ThéMis* como divinidad justiciera que rije al mundo, podemos comparar los vocablos que siguen: griego *ThéMis* [lei]; quichua *SiMi* [órden,

mandato, lei, palabra]; griego *SToMa* [boca]; caldeo *TeM* [razon, órden, lei]; pelasgo *TeMosfora* [Tierra-Madre lejisladora]; tibetano *ToMbe* [lejislador]; mejicano *TeMacht* [predicador]; hebreo *TaM* [razon, órden, ley]; latin *TheMa* [TeMa, argumento, materia del discurso]; *TheMis* [diosa de la justicia y de los vaticinios], *TeMo* [TiMon, que dirige y gobierna la nave]; árabe *DéMan* [id] caldeo *SuM* [dirijir], *SoMaa* [entender]; hebreo *SaMaa* [entender, escuchar, aprender]; mejicano *TZiMa-toca* [nite] [examinar, inquerir para saber la verdad]: araucano *DuaMtun* [andar pensando, meditando, preocupado de una idea], *DuaM* [memoria, entendimiento, voluntad]; griego *DaiMoon* espíritu, genio]; mejicano *TeMic-iximati* [entender, interpretar sueños]; araucano *DaMentun*, *DaMchun* (preguntar, inquerir); árabe *DáMer*, *TáMMel* (considerar examinar); aimará *TuMphasitha* (mirar, ver si estan las cosas en su lugar), *TuMarata* (andar examinándolo o viéndolo todo); griego *TaMioyKos* (administrador, que todo lo examina y dirige *TaMieyoo* (ser administrador); mejicano *TaMati* (niño) (ser patron) Congo *ZaMban* [dios terrestre]; griego *TiMoyKos* (majistrado) mejicano *TeManavini* (defensor) América del Norte *ToTaM* (jenio benefactor); griego *TheMitos* (justo), hebreo *TaM* (íntegro, justo), *TuMah* (integridad) griego *TheMizo* (juzgar, castigar) araucano *ThauMañumn* (recompensar) griego *TiMoréo* (vengar) *ThyMora* (colera: la ira divina es *ThéMis*) *TheMarizo* (despedazar), *TyMa* (sacrificio Víc-TiMa) mejicano *TZoMonia* (nitla) (romper, rasgar), hebreo *SS-Md* (destruir); araucano *ThaMthamcùn* (dar dentelladas) árabe *Ta'aMi*, *TeuáMer* [conspirar; conjurarse]; griego *DeiMato* (espantar); hebreo *TaMah* (espantarse, asustarse); *TaMahun* (espanto, aturdimiento); griego *TaMbos* (estupor) *TháMbesis* [espanto] mejicano *TZiMpil* [espantadizo] *TeMamauhtia* (cosa espantosa) latin *TeMos* (TeMor, sentimiento producido por *TheMis*; griego *DeiMa* (MieDo) araucano *DuaMlen*, *DuaMlen*, *DuaMclen*, *DuaMclen* [estar con cuidado, TeMeroso de . . . latin *TiMere* [TeMer), araucano *ThoMircùn* [estremecerse el cuerpo] hebreo *SS-MM* (estar sobrecojido de espanto), *DuMh* [silencio] ingles *DuMb* (mudo), *DaMp* (triste abatido] etc.

Véase como, partiendo de las ideas, de *lei* y de *justicia*

o sancion legal, se llega naturalmente a la de TeMor o miedo producido por el castigo. La civilizadora *TheMis* es, pues, la que causa del *TeMor*: lo cual está de acuerdo con la idea encarnada en el espíritu de la Antigüedad, a saber: que el temor es el gran elemento corrector y civilizador del hombre. Según los Romanos, el dios del miedo, *TiMor*, era hijo de la *tierra* y del *Eter*.

354. *TheMis*, base fundamental de las sociedades constituidas bajo un régimen legal, es también la base física o sustentáculo de la naturaleza terrestre. Su nombre se encuentra en el griego *TheMetlaon* (fundamento), *ThéMeros* (sólido, bien asentado), cuya combinación radical *T.M=S.M* se halla en el árabe *TeMMel* (basar, cimentar); mejicano *TeTeMa* (nitla) hacer cimiento de muralla); araucano *TuMu* (pata de animal); caldeo y hebreo *SuM* (establecer, fundar) latín *CæMetuam* (Cimiento), fundamento), *euTiMia* [diosa de la tranquilidad]; quíchua *SaMi* [dicha]. Así, pues *TheMis=DaMa*, como sustentáculo, base, suelo, morada de hombre, es la que produce los latinos *DoMus* [casa, templo, tumba] *TeMplum* [TeMplo], griego *TéMenos* [templo,] *ThyMéle* (altar); latín *TuMba* [TuMba], quíchua *TaMbu*, *TaMpu* [posada, taberna], griego *TéMenos* [reducto, campo cerrado], aimará *TuMantaatha* [cercar, rodear con paredes] *TuMaquipatha* [cercar, rodear] *TuMatha* [rodear, andar, en torno] quíchua *ThuMani* [rodear, cercar]; inglés *TuMber* [enmaderar, construir los techos], *DoMe* (casa); latín *DoMicilium* (DoMicilio), etc. De aquí las subideas de DoMéstico [criado, servidor de la casa], *DoMesticar* (traer animales del campo, y acostumbrarlos a la casa, así como *amansar* es acostumbrarlos a la *mansion*, etc. Se ve en estas voces la influencia de la civilizadora *ThéMis*. Al lado de estos vocablos están el latín *DoMaro* (DoMar), griego *DaMaro* (id), sanscrito *DaM* (id), alemán *ZähMeu* [id] *Dämpfen* (apaciguar, amortiguar); latín *DoMinari* [DoMinar] inglés *TaMe* (DoMar), mejicano *TaMiti* [nino] (ser patron), araucano *ThanMan* (abatir, aplastar), etc. Los que *doman* y *dominan* son el *DoMinus* [señor] y la *DoMina* [señora] o *DaMa* del *DoMus* [casa]; por manera que pueden compararse con *ThéMis* (lei, justicia que doma, domina y domestica) los siguientes nombres, que significan señor, dominador: inglés *TaMér*, ale-

man *ZähMer*, sanscrito *DaMin*, *DaManas*, griego *DaMater*, caldeo *DauM*, etc. A estos pueden agregarse: los sanscritos *DaMatas* (poder, reyecía), *DaMitás* (DoMado, calmado, aplacado); araucano *ThanMan* [aplastar] *ThoMvùl* [cosa inclinada, agachada]; gótico *TaMiths* [domado, calmado]; hebreo *SS-MM* (desolado, destruido) araucano *ThaMan* [cansarse, fatigarse] sanscrito *DaMas*, *DaMyát* (guerrero, vencedor), hebreo *SSaMson* [vencedor de los Filisteos, y juez de Israel]; peleva *SahMkán* (terrible); persi y persa *SahMgín* (id.); peleva *SáMán* [orden, justicia]; persa *SáMán* (id.); japones *SáMas* [señor]; latin *SuMMas* (grande, elevado), caldeo *SaMas* (sol, el cual era divino), árabe *SeMa* (cielo), hebreo *SSeMs* (sol), *SaMim* (el cielo, los cielos); caldeo *SeMin* (los cielos); griego *SeMele* diosa luna, representante de la tierra en el cielo); sirio *TaMMuz* [una divinidad]; mejicano *ToMatchi* [dioses del sol]; arameo *DamaH* [calor ardiente]; quíchua *TiMpun* (hervir); hebreo *SaMaa* (sed) *TSaMak* [estar seco]; araucano *TheM* (anciano), etc.

355. Hemos llegado al elemento *TheM* del araucano *Pu-TheM* [los antepasados]. *TheM* quiere decir anciano, y en este sentido es comparable con el latino *TeM-pns* [TieMpo, el *dios viejo* del paganismo, y cuya idea se identifica con la de *Sol*]; guaraní *TaMói* [abuelo], *TeM-bipi* [el primero]; hebreo *To-Mul* [ayer]; español *TeMprano* [anticipadamente] peleva *DaMán*, *ZaMán* [TieMpo]; árabe y berberisco *ZeMán* [id]; araucano *alDunMan* [dar tiempo], *alDunMa* [poco tiempo ha]; caldeo *DaMán* [TieMpo]; gaelico *TioM* [id], *TiM* [id]; anglo-sajon *TiMa* [id]; ingles *TiMe* [id]; griego *TéMos* [entonces, al presente, hoi día], *TéMósde* [hasta entonces, hasta el presente], *TéMeron*, *SéMeron* [hoi día], *ThaMá* [frecuentemente]; árabe *DáyM* [SieMpre]; hebreo *TSeMytut* [para siempre]; mejicano *CeMicac=ZeMicac* [SieMpre]; latin *SeMper* [id] hebreo *TaMyr* [perpetuidad]; mejicano *aieTlaMini* [cosa perpetua]; árabe *DaM-a'-lä* [perseverar]; *DeuáMeh* [perpetuidad]; araucano *DeuMa* [después]; sanscrito *TaMb* [ir, marchar. El *TieMpo* es el que *va* y *marcha* sin cesar]; araucano *Thipanthu* [Tiempo] etc. El mismo araucano *TheM* [anciano], así como el guaraní *TaMói* [abuelo] contienen

la combinacion $T.M=D.M$ de $aDaM$ [1] el anciano por excelencia, el abuelo de la humanidad.

Hemos visto poco ántes que la combinacion radical $T.M$, así como la inversa $M.T$, se encuentra en muchas voces araucanas, en el sentido ya directo, ya indirecto, de *madre tierra*; y el nombre $aDaM$ ha sido interpretado *tierra-roja*, que equivale a "tierra iluminada o vivificada por el Sol [Dios]." Luego el $TheM$ de los araucanos entraña la idea de *tierra*, en $PuTheM$. Dicha idea está especialmente encarnada en la radical Th , así como la de cielo o elemento masculino lo está en la P inicial con que comienza el nombre de $Pillan$ [Dios supremo.]

356. Para que no quede lugar a duda a este respecto, voi a presentar otra prueba de diversa naturaleza; y espero que se me perdone la insistencia, en atencion a que siendo éste un hecho fundamental en que despues he de apoyarme, debo probarlo hasta la evidencia. En araucano la voz *Lanpe* significa viuda, y *Lantu*, viudo; así, tratando la cuestion algebricamente, podemos escribir estas dos ecuaciones:

$$\text{Lanpe} = \text{Viuda}$$

$$\text{Lantu} = \text{Viudo}$$

Los dos vocablos de los primeros miembros tienen de comun el elemento *Lan*, voz araucana significativa, que quiere decir *morir*. En consecuencia, podemos separar dicha voz, poniendo en su lugar la palabra castellana correspondiente, con lo cual las ecuaciones anteriores se convertirán en

$$\text{Morir} + \text{Pe} = \text{Viuda}$$

$$\text{Morir} + \text{Tu} = \text{Viudo}$$

Ahora bien, para espresar la idea de viuda en jeneral, con una palabra que significa *morir*, es necesario decir *cónyuge muerto*, por manera que el araucano para espresar la idea de *viuda* ha dicho necesariamente, *hombre muerto*, y

[1] El mito de $A\text{ThaMas}$, contado por Heródoto [Polimnia, CXCVII] concuerda admirablemente con la historia de $ADaM$ narrada por Moises. Véase *La Lectura*, tom. II, páj. 230.

para la de viudo, *mujer muerta*. Poniendo las frases subrayadas en lugar de los segundos términos de las ecuaciones, éstas quedan reducidas a

$$\text{Morir} + \text{Pe} = \text{Hombre} + \text{muerto}$$

$$\text{Morir} + \text{Tu} = \text{Mujer} + \text{muerta}$$

Y borrando las voces que espresan la idea de morir, en uno y otro miembro de las ecuaciones, queda

$$\text{Pe} = \text{Hombre} \text{ [masculino]},$$

$$\text{Tu} = \text{Mujer} \text{ [femenino]},$$

que era lo que se trataba de demostrar.

357. Ahora bien, probada la significacion de *Dios=Cielo*, del sonido *P*, en el sentido de masculino, así como la de *tierra* de *T*, y la de *Tierra-Madre* de *TheM*, ya es fácil demostrar la sustancial analogía entre las creencias de los araucanos y de los antiguos pueblos paganos, acerca del oríjen del hombre. Segun Moises, Dios hizo al hombre de un puñado de tierra [Gen. II, 7.] Para hacer todo el universo, y para poblar la tierra de árboles y de toda clase de animales, Dios no necesitó del concurso de nadie, ni tuvo para que echar mano de la materia; mas el hombre fué fabricado al modo como el alfarero hace un vaso de arcilla. Por consiguiente, la tierra, como elemento pasivo, tiene tambien parte en la *construcción del cuerpo humano*; y bajo tal punto de vista, puede considerarse al hombre como "hijo de Dios y de la Tierra." Tal era la creencia pagana, aunque espresada de otro modo. Los principales pueblos de Asia, Africa y Europa, tienen por primeros projenitores al Cielo=Sol=Dios y a la Madre-Tierra. Además, estos divinos padres habian nacido de un mismo vientre, esto es, habian emanado de un mismo órden de cosas anterior. *Brahm* y *Maia*, *Júpiter* y *Juno*, *Saturio* y *Rea* etc. eran hermanos, y talvez a esta fraternidad de los padres excelsos fué debida la antiquísima costumbre oriental de casarse, unos con otros, los her-

manos, en las familias reales (1) pues que el rei era el representante de Dios en la tierra. Hermanos gemelos eran Osiris e Isis, en Egipto, siendo mui de notar que al nacer el par de dioses del vientre de su madre *Nut*, la noche eterna anterior a los tiempos, ya venia *Isis* fecundada por su hermano y esposo *Osiris*. Ahora bien, todo el Génesis araucano se reduce a decir que el mundo es hecho por el Supremo Dios *Pillan*, y que "los progenitores de la humanidad se llamaban *Peñi-Epatum*," es decir *hermanos-Epatum*, porque *peñi*, en araucano, significa *hermano*. Queda, pues el nombre *ePa-Tum*, en donde se ve la radical inicial de *Pi-llan*, que, como hemos visto antes, es la *B* endurecida del dios primitivo *Bo*, y la combinacion *TuM* análoga a la *TheM* de *Pu-TheM*, que significa *Tierra-Madre ePa-TuM* es, pues, así como *Pu-TheM*, un nombre que significa *Cielo* y *Tierra*. Luego el dogma de los Araucanos referentes a la procedencia de la humanidad, es el mismo que el del antiguo paganismo, espresado por los mismos sonidos o consonantes radicales.

358. Las radicales características de *ePa-Tum* se encuentran en el nombre del gigante *ya Pe Tos*, de quien creian descender los Griegos y en el nombre de *ya-Phe-T*, patriarca de los pueblos iranianos. He ahí indicada por las letras de los nombres la creencia jeneral de que el hombre era hijo del cielo (Dios) y de la Tierra. Al lado de la raza de *Jafet*, la relacion mosaica pone las de *SeM* y *CaM*, nombres cuyas iniciales *S* (sol, dios), *C* (caos, dios) se presenten al divino elemento masculino, y cuya final *M* es la de *Madre Tierra*. En el nombre de *Japhet*, el hecho es mas evidente, pues el elemento inicial *Japh* es casi el mismo nombre de *Jeve*, antigua forma de *Jehová*. En cuanto a *Ia-PeTos*, padre de los Griegos, corresponde, letra por letra, a *Ju-Pi-Ter=Ja-Phe-T*.

359. El carácter divino del nombre *ePa-Tum*, compuesto, como se ha visto, de los nombres de Dios padre cielo, y

(1) Los Incas del Perú se casaban tambien con sus hermanas. Según Moises, Eva era hermana de Adan, pues que ambos eran hijos de Dios; y ademas era hija de él, en atencion a que fue hecha de su propia sustancia, lo cual Adan reconoce al llamarla *carne de su carne y hueso de sus huesos*.

de Madre Tierra, induce a creer que los Araucanos han adorado al Cielo o al Sol y a la Tierra como par de dioses sexuales, al modo de los paganos del antiguo Mundo. Esto es tanto mas aceptable, cuanto que aun hoy queda entre los Araucanos el mito de *Antù-malgeu*, (1) que significa ESPOSA DEL SOL.

(1) Compárese la palabra *MaLGen* (mujer, esposa) con el caldeo turaniano *MuLGé* (madre tierra), caldeo *MiRH* (Vénus celeste), árabe *MaRaH* (mujer), greco-romano *MeGaLe* (nombre de Cibele), etc. A primera vista parece que el *malgen* araucano fuera la palabra española *muger*, mal pronunciada; pero me he convencido de que esto no es así, en vista de la cantidad de voces de este mismo radical, que, no solo el araucano sino las demás lenguas de América presentan, de todo punto análogas a vocablos sanscritos, que los Españoles no trajeron a América. Véase entre otros los siguientes: Sanscrito *MaLLa* (mujer), caldeo *MiLiLa* (Vénus celeste), latin *MuLier* (mujer); aimará *MaLa* (mujer natural de Yungas), *MiLLai!* (interjección para llamar a una mujer cualquiera), *MeMiLLa* (muchacha joven); caldeo turaniano *MuLGé* (madre tierra); araucano *MáLGen* (mujer), *antù-MaLGen* (esposa del Sol); caldeo *MiRH* (Vénus celeste); aimará *MiLLKhutha* (moverse el niño en el vientre de la madre), árabe *MaRáH* (mujer), aimará *MaRmi* (esposa, manceba), sanscrito *MaIa* (Madre-tierra, esposa de Brahm), *MaHa-MaIa* (Virgen-madre de Buda); araucano *MoYuvoc* (nodriza), *MoYuln* (dar de mamar); peleva *MyHá* (maternidad); quichua *MoFu* (semilla), *MuKmer* (botón de flor); sanscrito *MuC'* (emitir), *MiH* (verter); quichua *MuKllu* (semilla, grano de coca), *MeKllay* (seno, regazo de mujer); araucano *MeChù* (matriz, útero), *MoYu* (pechos de mujer), *MoGen* (vida), *MoGeln* (vivificar, dar vida); escoses *MaC* (hijo de...); alemán *MaCHen* (hacer, producir: la tierra es la *hacedora* y *productora* por excelencia); inglés *MaKe* (id.); sanscrito *MaGH* (mover, obrar); latin *MeGale* (nombre de Cibele); griego *MaGa* (madre tierra); araucano *MaHuída* (montaña); español *MaJano* (monton de piedras o de cascotes sueltos), *MoJon* (especie de *MaJano* construido sólidamente para hacerlo servir de deslinde o límite de propiedades); chileno *MoJinete* (caballete, cumbreira de techo de edificio; especie de fronton triangular que corona la portada de una casa); cubano *MoJinete* (cadera abultada); latin *MaJa* (madre de Mercurio); aimará *MuYa* (tierra del Inca), *MuYara* (tierra de buen pasto); quichua *MuYa* (huerto, jardín), *MuYu* (círculo, redondez; sentido derivado talves de *horizonte*, que es en donde se unen las ideas de *tierra* i de *círculo*); mejicano *MeXico* (nombre de la madre patria); mogol *MoGolia* (id.); sabino *M'Jana* (esposa de Jano); Guanches (antiguos salvajes de las islas Canarias) *MaGoda* (Virgen consagrada al culto) árabe *MaH* (la luna); mejicano *MetZcli* (diosa luna); Congo *MaKemba* (una divinidad); Nepol *MaHa-Mai* (la diosa); latin *MaSCHa* (encantadora, que lo es la Madre tierra); español *MáSCara* (careta para disfrazarse); árabe *MaSKharah* (*MaSCarada*); español *MoJiganga* (fiesta de enmascarados); quichua *MuK-*

360 En vista de estos hechos podemos pasar a otros, que aunque de diversa naturaleza, están íntimamente ligados con ellos, como luego veremos. Me refiero especialmente a la existencia de esa multitud de piedras horadadas, que han sido encontradas en las comarcas habitadas por las tribus salvajes de America. En Chile han aparecido diseminadas por todo el país, como si fueran un objeto o utensilio de primera y comun necesidad. Sin duda que el lector habrá visto muchas de estas piedras, y es mui natural que se haya preguntado a sí mismo: ¿para que fueron labradas, horadadas y pulidas por los salvajes? Su forma es la de un disco algo hinchado en el centro, y con los cantos de la circunferencia redondeados. Su diametro varía entre cinco y veinte centímetros, y su espesor central es de dos a diez. En el centro, y perpendicularmente a sus caras planas, tienen un agujero, que a veces es cilíndrico; pero que en el mayor número de casos presenta la forma de dos troncos como unidos por sus bases menores. Los sabios y las personas estudiosas han formado mil conjeturas sobre el objeto de estas piedras. Unos han creído que, con un palo o mango en el agujero del centro, servían a los salvajes, de armas contundentes o de martillo para triturar. Otros piensan que fueron armas arrojadizas, y hai quien dice que talves sirvieron de moneda. Pero me parece que ninguno de estos usos tiene la importancia correspondiente al inmenso trabajo de la horadadura. Careciendo los salvajes de instrumentos de hierro, debían emplear meses y talves años en horadar cada piedra. La forma doblemente cónica

mi (engaño, mentira); español *MoJigato* (disimulado, hipócrita); grieto *MaGáneyma* (encanto, engaño), *MaGeia* (MaGía; arte de la *MaGa*); sanscrito *MuS'* (engañar); español *MoHatra* (contrato finjido e ilícito); mejicano *MaHauiltia* (ramera recatada); alemán *Mad-CHen* (MuCHacha); mejicano *McCatl* (manceba), *McCatia* (uino) (amancebarse), *nenMiCTiliztli* (casamiento) aimará *MeCa* (trato ilícito), *MeCahuayulha* [tener trato ilícito]; árabe *McCHiah* [amor violento]; aimará *McQquetha* [hacer esfuerzos para dar a luz la criatura]; mejicano *MiXihqui* [hembra parida]; quichua *MayGuai* [amor]; araucano *MuGevoe* (*MuGer* galante); guaraní *MêGúá* [gracia, donaire]; árabe *MoHássen* [belleza]; araucano *MalGenpin* [enamorar]; quichua *MayGuacuni* [id.], *MayGuani* [amar]; aimará *Mu-CHuchatha* [enamorar]; quichua *MuCHani* [besar, abrazar]; mejicano *MiCTiliztli* [matrimonio] hebreo *MaHar* [regalos que se hacen al padre de la novia], etc.

del agujero hace ver que éste fué abierto por uno y otro lado hasta la mitad del espesor de la piedra, por medio de una punta de palo que se hiciera jirar entre las manos, como quien bate el chocolate, o de otro modo. Pero cualquiera que sea el procedimiento empleado en la horadadura, el gran trabajo que ésta hace suponer, unido a la natural pereza del salvaje y a su marcada repugnancia por emprender cualquiera obra larga, son razones suficientes para convencernos de que estas piedras han sido trabajadas con un fin superior a las necesidades ordinarias de la vida. Ellas habrán podido ser empleadas en diversos usos, pero, a mi entender, de una manera secundaria. ¿Cual, pues, ha sido el objeto de estos utensilios? Mi amigo José Toribio Medina en su excelente obra sobre "los Aborígenes de Chile" observa que siendo estas piedras de formas y tamaños tan diversos no han podido ser todas fabricadas para el mismo objeto; y de la misma opinion es el Dr. Don Raimundo Philippi, en su luminoso estudio "sobre las piedras horadadas de Chile".

361 Esta observacion es mui justa, tomando en cuenta las necesidades ordinarias de la vida o del trabajo humano. Mas, por otra parte, es preciso que estas piedras hayan tenido un fin único y principal, a menos que no se usonga que los perezosos salvajes fabricaban utensilios con diversos fines, recurriendo al procedimiento mas largo y difícil para ellos. Ahora bien, el único fin de estas piedras que no exige completa igualdad de formas y de tamaños es el de servir de *objeto de culto*. Solo un objeto sagrado podia dar al salvaje la enerjía necesaria para acometer y llevar a cabo la empresa de taladrar, redondear y pulir estas piedras. Pero no es esta la única razon que tengo para creer que las *piedras horadadas* hayan sido *ídolos*. Entre ellas hai algunas que por el primor con que han sido trabajadas, cree el señor Philippi que han servido de adorno. Refiriéndose a una, traída del Ecuador por el reverendo padre frai Benjamin Rencoret, dice: "Es evidente que esta piedra no ha sido proyectil ni cabeza de martillo, de porra o de palo de labranza; y su trabajo perfecto no permite asignarle otro uso que el de simple adorno (*Sobre las piedras horadadas de Chile, página 10*). Pero si la tal piedra fué un *adorno* especial del salvaje, el mismo

objeto debieron tener las demas, lo cual es inadmisibile, atendiendo a la tosquedad y al peso de muchas. No es, pues, un simple adorno, el objeto de que se trata sino un *idolo adornado*. Lo mismo puede creerse de la piedra dibujada, que el ilustre autor citado dice haberse hallado en Schonen [Escosia.]

362. Pero ¿qué idea religiosa han podido representar las piedras horadadas? A mi entender, esa idea ha sido de *Madre Tierra*, en el sentido de *elemento femenino* de la divina naturaleza. Yo no he creído en esto sino despues de haber visto una piedra perfectamente trabajada, del tamaño y forma de esta figura. Dicha piedra es cónica, alargada,



da, perfectamente pulida, y en su extremo mas delgado tiene una horadadura en el sentido del eje, como de dos milímetros de diámetro y un centímetro o poco mas de profundidad. A mi juicio, esta taladradura debió costar al salvaje mucho mayor trabajo que la de las grandes piedras redondas; y de allí proviene sin duda la escasez de las largas. La de que ahora doi cuenta fué encontrada con algunas chaquiras, puntas de flechas, y cráneos humanos, en unas escavaciones hechas en la costa de Llico (boca de la laguna de Vichuquen.) Poseíla durante algun tiempo, pero desgraciadamente se extravió con varios otros objetos coleccionados. Despues obtuve otra exactamente igual, encontrada en el Perú, que obsequié a mi amigo Francisco Vidal Gormaz, en cuya coleccion debe encontrarse.

Basta ver esta piedra para recordar el culto del Dios *Fallus*, cuya imájen era tan venerada en el antiguo paganismo. La que yo poseí tenia en su parte mas gruesa figurado un triángulo perfectamente equilátero, no rectilíneo, sino formado por tres arcos semejantes a la impresion que la uña deja en un cuerpo blando. Me parece (no tengo de esto completa seguridad) que la venida del Perú presenta

el mismo triángulo Si ello es así, esa sería otra razón mas para creer que el objeto en cuestión representa el elemento masculino o jenerador de la naturaleza, el Sol, Dios, simbolizado por el triángulo, desde la mas remota antigüedad. En vista de estas circunstancias y de las coincidencias filológicas, que ántes he apuntado, me parece que hai fundadas razones para creer que las *pedras horadadas* son un ídolo mitológico, que representa a la *Madre Tierra*— Esta opinion se halla ademas corroborada por el hecho de haber adorado los peruanos a la *Tierra*, bajo el nombre de *Rumi*, que, en quichua significa *Piedra* (1)

Si esto es efectivamente así, la inmigración asiática en América debe remontarse a esa época primitiva indicada por las mismas *pedras horadadas* del antiguo mundo. (2) Allí son mas escasos dichos ídolos, porque bien pronto fueron reemplazados por otros mas y mas perfectos, a medida que los progresos de la industria y de las artes fueron suministrando medios para representar mejor a la Divinidad.

(1) V. F. Lopez. *Les races ariennes du Pérou*, page 245.

(2) Esta asercion se halla corroborada por la existencia en América del *tupi* o sea el *guaraní primitivo*, lengua que presenta tantos puntos de contacto con la *china*, la cual es evidentemente de época remotísima. Mas adelante se verá como a esta primera inmigración sucedieron a lo menos, otras dos principales, entrando todas ellas por la península de California.

DANIEL BARROS GREZ.

(Continuará)



LA ELEGIA DE OVIDIO

“CUM SUBIT ILLIUS, ETC.”

(III del libro I)

Cuando el cuadro tristísimo en mi mente
Miro de aquella noche, la postrera
Que estuve en Roma, y en que prendas tantas
Hube de abandonar, á mi alma dulces,
Hoy todavía, tras de tanto tiempo,
Llanto destilan mis cansados ojos.

Acercábase el día en que la Ausonia
César abandonar me prescribiera.
Ni tiempo tuve ni ánimo bastante
Para mi viaje preparar: mi alma
Yacía en torpe abatimiento hundida.
Ni esclavos advertí, ni compañeros
Tomar para el destierro, ni vestidos.
Como el mortal que con su rayo Jove
Derriba desde el cielo, que, aunque vive,
De su vivir no se da cuenta él mismo,
Así aturdido quedé yo.

La nube

Al fin en fuerza del dolor rasgóse
Y los sentidos recobré: deséo
Hablar entonces por la vez postrera
A mis tristes amigos: y ¡ay! de tantos
Que en otro tiempo me cercaban, ora
Sólo uno ó dos en derredor veía.

Llorando yo, y más llorando aún ella
 (Pues el llanto inundaba sus mejillas)
 Mi amante esposa entre sus tiernos brazos
 Con fuerzas estrechábame. Mi hija,
 Que en las regiones Líbicas moraba,
 No podía saber mi triste suerte.

Doquier miraba, llantos y sollozos
 Oía resonar: todo, el aspecto
 De un triste funeral me presentaba.
 Mujeres y hombres á mi duelo se unen,
 Y aún tiernos muchachos. A ninguno
 De los rincones de mi casa el riego
 Faltaba de las lágrimas. Si dado
 Me es comparar lo grande á lo pequeño,
 Tal el aspecto fué de la gran Troya
 En el nocturno pavoroso asalto.

Ya en silencio dormíanse los hombres
 Y acallaban los canes sus ladridos;
 Ya la alta luna su nocturno carro
 En el cielo regía: mis miradas
 Hacia ella elevo, y á su luz contemplo
 El Capitolio... ¡ah! el bello Capitolio
 Que en vano fué vecino de mis lares.
 “¡Oh Dioses! exclamé, que este santuario
 “Habitáis complacidos! ¡templo augusto
 “Que nunca más divisarán mis ojos!
 “¡Dioses todos que amantes protegéis
 “La gloriosa ciudad del gran Quirino!
 “Mi triste despedida, mis postreros
 “Adioses recibid... Tarde el escudo
 “De vuestra protección, es cierto, abrazo
 “Y cuando herido ya me veo; pero,
 “Ahogadla vosotros, si signiere
 “A mi triste destierro vil calumnia.
 “Y al celeste varón, porque no crea
 “Que un crimen fué mi inacertado yerro,
 “Decidle también vos, testigos fieles
 “De mi inocencia, qué fatal engaño
 “Me hizo faltarle: si aplacar su ira
 “Lográis vosotros, no seré infelice”.

Así á los Dioses adoré: mi esposa

Oraba más aún, mientras sollozos
 Y gemidos cortaban sus palabras.
 Yo, yo la ví, la cabellera suelta,
 De linojo ante los lares, tiernos besos
 Dar con trémulo labio á los extintos
 Braserillos, y oíla muchas quejas
 A los penates dirigir adversos:
 Quejas conmovedoras, pero en nada
 Al infeliz marido provechosas.

Avanza en tanto la funesta noche
 Y demorarme impídeme: girado
 Había ya en su eje la grande Orsa.
 ¡Hora fatal! qué hacerme no sabía...
 El amor á la patria, poderoso,
 A su suelo me ataba, y entre tanto
 Aquella amarga noche la postrera
 Era para al destierro dirigirme.
 ¡Ah! cuántas veces “¿para qué apurarme?
 A compañeros, dije, que me urgían!
 Mirad de dó salimos y á dó vamos”.
 ¡Cuántas veces también (¡engaño triste!)
 Hora creí tener más oportuna
 Para el viaje emprender! Hasta tres veces
 Llegué al umbral, y me volví otras tantas:
 Hasta mis piés, por el dolor, pesados,
 A partir se negaban. ¡Cuántas veces,
 Dicho el postrer adiós, pláticas largas
 Reanudé! y ¡cuántas los postreros
 Osculos dí de tierna despedida!
 ¡Cuántas veces, en fin, repito iguales
 Las órdenes ya dadas, y yo mismo,
 Con mil veces mirar mis caras prendas,
 Engañar mi dolor procuré en vano!

Al fin “¿á qué apurarme? exclamo: á Escitia,
 “A la bárbara Escitia es do me arrojan
 “Y Roma hermosa abandonar me ordenan:
 “¿Y así queréis que salga pronto? ¡En vida
 “Ella y yo, me arrebatan para siempre
 “Mi dulce esposa, y róbanme las dulces
 “Prendas de mi familia! Venid, caros
 “Amigos de mi alma, que habéis sido

“Para mí hermanos, fieles cual Teseo;
 “Venid, que todavía abrir los brazos
 “Puedo y quizás será la vez postrera:
 “Una hora resta, y quiero aprovecharla”.
 Así inconclusas mis palabras dejo,
 Y repartiendo abrazos voy por todas
 Aquellas prendas á mi alma dulces.

A tales voces y entre llantos tales
 Cual nunca brillantísimo en el cielo
 El lucero alumbraba: ¡estrella infausta
 Entonces para mí! De casa salgo,
 Pero en ella dejando mi alma entera;
 De los brazos me arranco de los míos
 Cual si viera mi cuerpo en dos romperse.
 Tales de Mecio los dolores fueron
 Cuando, á su lado cada cual tirando,
 Su traición castigaron cuatro potros [1].

Rompen entonces todos en lamentos
 Y gemir lastimero, desgarrando
 Con crueles manos el desnudo pecho.
 Asida al cuello mi adorada esposa
 Tales palabras á su llanto mezela:
 “Nadie de tí me arrancará: al destierro
 “Juntos ¡ah! partiremos: ¡juntos! ¡juntos!
 “Mujer de un desterrado, desterrada
 “Quiero también estar, y ya el camino
 “Abierto tengo, y un rincón del orbe
 “Para triste mansión de mi destierro.
 “No me lo impidas, nó: seré á tu nave
 “Carga ligera. Si de César la ira
 “A tí la patria abandonar te manda,
 “A mí el amor de esposa, y otro César
 “Es para mí ese amor.” Así decía
 Inconsolable, y repetidas veces
 Lo mismo había deseado. Al cabo,

(1) Sigo, con los críticos modernos, por ser más conforme con el contexto y por hallarse confirmada en Virgilio (AENEI., VIII, 642) la lección siguiente:

Sic Metius doluit, tum quum in contraria versos
 Ultiores habuit proditionis equos.

Mi propio bien anteponiendo, en casa
Se resignó á quedarse.

Salgo entonces
(Si aquello no era ir al sepulcro en vida),
Sucio el vestido, descuidado el pelo.
Y cuéntanme después, que oscurecidos
Sus ojos de llorar, tendida en tierra
Sin aliento quedó como un cadáver.
Al fin cobrado el juicio, del helado
Suelo sus miembros levantó, y á gritos
(Desdoradas sus trenzas por el polvo)
Su abandono lloró y el de sus lares,
Una vez y otra repitiendo el nombre
Del desterrado esposo. Fué su duelo
Cual si la pira preparada viera
Para el cuerpo de la hija ó para el mío.
Quiso también morir, y con la muerte
El dolor acabar; mas, la contuvo
El nombre y el amor del vivo esposo.
¡Vivid, mujer amante, esposa cara,
Mil años! Sí, ¡vivid! y, ya que ausente
De tí me tienen inclementes hados,
Vivid siquier para consuelo mío.

MANUEL ANTONIO ROMÁN



ANALES DE LA PRENSA BOLIVIANA

“EL JUICIO PÚBLICO”

(Continuación)

VI

1861—1862

SUMARIO:—Autos referentes á los detenidos y á las matanzas.—Consejo de guerra del 17 de octubre.—El general Córdoba sentenciado á muerte dos días después de sepultado.—Concepto popular acerca de los procesos.—Informaciones luminosas suministradas por la prensa.—Selección de lo declarado en ella por los unos y por los otros.—Publicación de diez y siete caballeros sobrevivientes.—Otra de Julián Urquidí.—Otra del general Ascarránz.—Declaración judicial de Pedro Zúñiga—Publicación de un relato atribuido á Lorenzo Foronda.—Pormenores interesantes en este relato contenidos.

La prensa boliviana ha convenido unánimemente en llamar “Matanzas del Loreto,” á todas las que Plácido Yáñez mandó ejecutar ó ejecutó por sí mismo en La Paz la noche del 23 de octubre de 1861.

He dicho en otra parte que proceso especial sobre este suceso no existe, porque nunca se levantó ni se mandó levantar; pero hubo autos militares concernientes á las víctimas antes y después de su inmolación, y relativos á algunos de los cómplices de Yáñez, no como tales, sino como reos de privados delitos aquella noche. Estos autos podrían descomponerse hoy todos cronológicamente en tres cuerpos

generales, comprensivo cada uno, si bien se quiere, de cuadernos parciales. Tomando como punto de partida su iniciación, estos cuerpos generales serían:

Primero: los autos militares de lo que se llamó la conspiración descubierta ántes de estallar, y con cuyo nombre se ejecutaron las prisiones en masa de belcistas, comenzadas en la noche del 29 de setiembre de 1861.

Segundo: los autos militares concernientes á lo que se denominó la revolución del 23 de octubre, sofocada y castigada esa misma noche. Comprende las tentativas de seducción á los centinelas y el amotinamiento de los presos.

Tercero: Los autos iniciados en diciembre inmediato contra Cárdenas, Aparicio y no sé cuáles otros, como reos de particulares delitos en aquella ocasión; individuos todos ellos á quienes la autoridad tuvo que someter floja y aparatosamente á juicio, ya á más no poder con el peso del clamor general.

Se comprende perfectamente que toda esta papelada no formaría sino una parte del proceso histórico. Para la debida instrucción de este proceso definitivo, es diligencia esencial el acumular toda la documentación política del día y los anales de la prensa.

Providencia de oficio sería encargar inmediatamente reos á los poderes aplicadores y ejecutores de la ley, que dejaron escandalosamente impune el atentado y omitieron la oportuna pesquisa.

Punto muy interesante es saber el estado y paradero de las causas militares seguidas por Yáñez contra los detenidos, primeramente como á conspiradores desde sus casas antes del 29 de setiembre, en seguida como á conspiradores dentro de las prisiones días antes del 23 de octubre, y después como á revolucionarios esa noche en connivencia con la cholada arremetedora desde las calles. Parece que todos estos autos ó una parte solamente, la relativa á la noche del 23 quizá, fueron remitidos al gobierno unos doce días después de dicha fecha, sin que hoy yo sepa el grado de instrucción que revestían.

La prensa informa que á los quince días de iniciada la primera causa, ya estaban muy voluminosos y en estado de verse los autos, no obstante que á los presos del Loreto se les había tomado su confesión solamente, y no además

de ésta la previa indagatoria que las leyes prescriben. Lo cierto es que el 16 de octubre se dió la orden para que, al siguiente día 17, se celebrara el consejo de guerra ordinario que debía juzgar á los conspiradores de setiembre. Debía presidir este tribunal el general de división Manuel de Sagárnaga.

Una sucinta crónica que por aquellos tiempos circuló sobre lo ocurrido en La Paz los últimos tres meses, y que está inscrita en mi catálogo impreso bajo el número 31, dice al respecto lo que sigue:

“Se presentaron los reos del cuartel de arriba, en aquel temible recinto, con toda la ufanía de una conciencia sin reproche. Se leyó el proceso por el fiscal, y dos de los acusados notaron que sus declaraciones no eran las que habían oído leer; que, puesto que se trataba de la culpabilidad de un hecho revolucionario y del descubrimiento de la verdad, no podían dispensarse de reclamar ante el consejo sobre las alteraciones que habían advertido en sus exposiciones. Sin embargo de tan atroz aberración el consejo nada dijo sobre el particular.

“Un hábil defensor de uno de los reos, con el aplomo de la razón y de la justicia, expuso: que ni el consejo era competente ni el proceso se hallaba bien organizado; y, á tiempo de dar sus razones, el presidente lo mandó salir fuera y salió con el último desaire. Semejante incidente es, sin duda, escandaloso y un ultraje á la ilustración del siglo, á la circunspección del acto y á los derechos naturales del hombre.

“Así terminó el *memorandum* consejo de guerra, dejando, por su puesto, descubierta la farsa y en transparencia á sus autores.”

Por otro conducto se sabe lo mismo. EL JUICIO PÚBLICO afirmaba en diciembre 9 que, en el último consejo de guerra, varios soldados aseguraron que sus declaraciones habían sido alteradas.

Siempre es mucho menos esta falsedad, aunque villana, que echar fuera á un defensor arrojando para ello el escándalo ante el mundo.

Tamañas monstruosidades pueden revocarse á duda. Para concederles asenso se requiere que estén bien confirmadas. Entre tanto, quien conozca un poco algunos reco-

vecos de cuartel, propios de la política soldadesca del país, acaso no encontraría de todo punto inverosímil dichas monstruosidades.

Por si pareciere que esta opinión desdice de la medida propia de un imparcial analista, no tiene cualquiera boliviano sino hojear el boletín de sesiones de la asamblea legislativa de 1862, donde puede encontrar la constancia de un hecho referente al cuaderno de autos concerniente al general Córdoba. Este fué sentenciado á muerte dos días después de asesinado; es el mismo fiscal quien lo confiesa ante el congreso de la Nación. En una representación suya, fecha 12 de agosto de ese año, reproducida por las gacetas del día, dice así:

“El 25 de octubre (es el teniente coronel Angel Fajardo quien habla), fuí llamado y requerido por la causa, que se hallaba en el mismo estado dicho, sin conclusión fiscal. Exigido á terminarla, se me mandó poner la sentencia á horas once de la mañana del día subsiguiente al asesinato del encausado . . .”

En la tierra de las rebeliones militares el congreso debió premiar la doble prueba que dió entonces Fajardo de subordinación y disciplina. No sé si las leyes bolivianas obligan á los fiscales á *poner* cierta clase de sentencias cuando así se lo manda el superior. Lo que es á algunos quizá les agrade más, en este pretoriano, la manera como califica de inocente su proceder ante los legisladores. El dice:

“Un muerto dos días antes era designado, dos días después de sepultado, á la pena capital. Esto importa como sentenciar á nada; ó vice versa, no tener facultad de sentenciarlo á que resucite á sufrir otra condena, y esto en la circunstancia predicha . . .”

El fiscal Pedro Cueto, organizador de los procesos generales cayó en completa desgracia. El día de las expiaciones, el 23 de noviembre, clamando el pueblo por la cabeza del anciano coronel, buscaba á éste por todas partes para proceder á lyncharlo al par que á Yáñez. Ya hemos visto que el gobierno lo expulsó, con ignominia, del ejército.

Este hecho, así como también el hecho de que el gobierno no haya dado publicidad á estos procesos, ni inmediatamente, ni después en sus días de furibundas recriminaciones á los belcistas, talvez denoten algo de muy

significativo en favor de la opinión vulgar; es á saber: que toda esa papelada era escandalosa e inicua, apenas explicable por el enceguecimiento del odio y la perversión moral de sus autores.

Véase en *El Boliviano* lo que ocurrió con un primer ensayo de publicación hecho por Yáñez con intento de justificar las matanzas.

En cambio de la oscuridad judicial, la prensa ha publicado importantes piezas producidas ante el jurado de la opinión. Los sindicatos, los culpables y los delincuentes del 23 de octubre dejaron oír con libertad sus cargos y descargos impresos. Los agraviados sobrevivientes ocuparon también por su parte las columnas de la prensa. Puede afirmarse que todos los actores activos y pasivos del acontecimiento, han comparecido en los periódicos como deponentes. Del capullo de sus dichos contextes ó contradictorios se puede fácilmente hoy hilar la verdad en la rueca de la crítica, se pueden armar la trama y la urdiembre con que labraría tela fina de historia una lanzadera bien manejada.

En obsequio de la verdad y del arte que la cuenta he allegado una selección sustancial de producciones en el pro y en el contra respectivos. Mi parecer es que, sobre aquella catástrofe, tenebrosa hasta en sus antecedentes y consiguientes, la prensa coetánea arroja un torrente de luz ejemplarizadora de los hombres y retratadora del país. Lástima fuera no salvar del olvido esta parte tristísima de los anales bolivianos.

Porque es indudable que hay un estado social profundamente humano, por todo extremo elocuente, hasta en ciertas piezas menudas de este proceso de un pueblo durante sus horas de mayor discordia, de vértigo y de inaudita impunidad. Tengo aquí sobre la mesa algunos recortes de la prensa de bandería, recortes que, en la iracundia de su encono, muestran ¿qué digo? son ellos mismos las trizas de un terrible estado social, ya insoluble ni por la liga de la ley con la comprensión de la fuerza. Esos recortes patentizan el espesor de la fractura producida en las tablas de la ley constitucional, por las propias autoridades juramentadas para contrarrestar, den-

tro del buen regimen, el embate de las pasiones desorganizadoras.

El año 1861 EL JUICIO PÚBLICO destinó lo principal de sus columnas á dar vado al cúmulo de informaciones y testimonios sobre el 23 de octubre y 23 de noviembre. Durante los meses de enero y febrero de 1862 prosigue y pone término á su tarea. Calla por fin, sea porque esté ya agotada la materia, sea porque otros intereses reclamen su atención.

Este es el momento de agrupar algunos traslados ó extractos sobre el suceso de las matanzas. EL JUICIO PÚBLICO suministra lo más; lo menos ha sido traído aquí de otras publicaciones coetáneas.

En su número 5, correspondiente al 5 de diciembre, aquel periódico publicó una declaración suscrita por unos diez y siete de los detenidos que salvaron de la carnicería. Son los siguientes: Luciano Alcoreza, Mateo Belmonte, Policarpo Eyzaguirre, Pastor de la Riva, José M. Calderón, Saturnino Guachalla, Luciano Mendizábal, Juan Saravia, Miguel Sardón, Francisco Medina, Antonio Palma, Manuel Palma, José R. Bayarri, Abelardo Rodríguez (*sic*), Feliciano Ceballos, Toribio Sanginés y Manuel Pizarro.

Todas estas, según tengo entendido, ó son personas notables ó son miembros bien conocidos del partido belcista.

Protestan que el proceso consiguiente á las prisiones en masa no fué sino una trama ardidosa, o más bien una celada para hacer caer á víctimas que Ruperto Fernández consideraba como estorbos á sus proditorios planes ambiciosos. Dicen que á sabiendas de la índole sanguinaria y violenta de Yáñez, dicho Fernández le confió la comandancia de armas para servirse de él como de un sicario. Que Demetrio Urdininea fué asociado á Yáñez para esos fines etc. etc.

Según eso, Urdininea tentó á los incautos N. Zuleta, antiguo criado del general Belzu, y á José Ugarte, ex-sereno mayor de La Paz, para que reclutasen prosélitos en el medio batallón Segundo que guarnecía la plaza. Estos fueron á poco constreñidos á que hablaran para la revolución á personas decentes del vecindario. Urdininea aseguraba á estos agentes, que se contaba para una revolución

con muchos soldados de la columna municipal y con los sargentos del escuadrón Húsares.

Zuleta se avocó al malogrado Francisco de Paula Belzu, so pretexto de preguntarle con interés afectuoso por su hermano el general. Fué entonces cuando le indicó, que tan sólo hacían falta fulminantes de fusil para llevar á cabo un magnífico trastorno, que Zuleta consideraba posible contándose cual se contaba con Urdininea. Francisco de P. Belzu aconsejó al criado que no se metiera en empresas tan peligrosas.

Viendo Urdininea que nada avanzaba por esta vía, como ni tampoco en sus pérfidas conferencias para tentar al conocido revolucionero Diego Povil, ex-prefecto de la época de Belzu, dictó á Zuleta una carta que éste escribió, y se suponía dirigida á un tal N. Rosel, del cantón de Luribay, suscrita por las iniciales S. S. Allí se prevenía que los imaginados sargentos del escuadrón Húsares, cuerpo que no se nombraba, hicieran ya el movimiento convenido, puesto que el 3 de octubre iba á estar el general Belzu en Corocoro, y que en La Paz se debía contestar á ese movimiento en la madrugada del 30 de setiembre.

Yáñez mandó tomar esta carta á las doce de la noche del 29 de dicho mes, de poder de un pobre hombre, N. Zúñiga, escogido de antemano al efecto. Ella sirvió de cabeza de proceso. Aprehendidos ya una hora antes cuatro de los supuestos conspiradores, los señores Espejo, Gutiérrez, Bayarri y Mendizábal presenciaron el hecho siguiente:

Encarándose Yáñez á estos detenidos, antes de abrir la consabida carta, les relató el contenido de ella, diciéndoles: "Pícaros, canallas, aquí está el plan de la conspiración de ustedes, y ahora verán como los fusilo con la constitución en la cabeza". En seguida alargó el pliego cerrado al teniente coronel Benavente, quien con mano trémula rompió el sello y leyó lo que sabía Yáñez.

"Puesto que aun nada sabía Yáñez hasta entonces, como lo aseguró impávido, ¿cómo es que horas antes habían sido capturados los individuos sindicados de conspiradores?" Los declarantes sostienen que tan inícuo patraña quedó preparada por Fernández, para que Yáñez la ejecutase por medio de Urdininea.

En la madrugada del 30 de setiembre todos los supues-

tos conspiradores fueron sorprendidos en cama dentro de sus respectivas moradas; y cayeron, sin resistencia ni escape ni dificultad, en poder de los agentes de Yáñez.

Después de diez días de encarcelamiento y de seguras expectativas de quedar libres todos de un instante á otro, no aparecía ninguna cita contra los supuestos degolladores incomunicados. Ni se atinaba con lo que se les debía preguntar. Unos eran interrogados sobre si tenían noticia de una revolución y sobre quiénes debían dar fulminantes para ella; otros, si en su viaje á Copacabana habían oído algo sobre el imaginado trastorno; á éstos se les preguntaba por la conversación que tuvieron al tomar un vaso de cerveza días antes de su captura; á aquéllos sobre la intención con que fueron obsequiados los jefes y oficiales del Segundo y del Tercer batallón en el cantón de Caracato; y en fin, á los demás, si conocían á Zuleta, á Povil, á Zúñiga ó á Obando.

Hé ahí los hilos y la madeja de la tremenda revuelta que debía comenzar, según los interrogatorios, por la muerte de Yáñez y de su segundo Benavente, y que había de seguirse con el incendio, el saqueo y el degüello etc. etc. “¡Santo Dios, qué honda inmoralidad para darse trazas con que perseguir á los que temía y odiaba el extranjero Fernández y sus secuaces!”

En la causa no había más que las confesiones de trastornos por Zuleta y Ugarte, unas citas á Povil y Urquidi —(la declaración de éste en las columnas de *EL JUICIO PÚBLICO* puede verse mas adelante),—y careos de Urdininea con los dos desventurados ya dichos.

Urdininea se hizo sorprender, á los quince días de detenido, cierto número de cajas de fulminantes, que se decía debieron servir para la revolución.

Pero ni esta estratagemata ni los indicios que mañosamente suministraban algunos soldados que, escogidos al ojo por Yáñez, aparecían presos como sospechados del contagio sedicioso, establecían una base suficiente de acusación, presentable ante el público ni ante el gobierno contra tanto ciudadano perseguido á título de criminal contra la seguridad del Estado. ¿Eran éstos los delincuentes de cuyas maquinaciones espantosas Yáñez había salvado á la

ciudad, mediante los esfuerzos de su vigilancia y patriotismo?

En tal conflicto fué menester forjar otros procesos para encubrir los pérfidos manejos del primero. Tal fué de forzado el acuerdo á este respecto, que ya no se volvió á hacer mención de la causa principal ni del crimen que había dado origen á las prisiones en masa de 29 y 30 desetiembre, á las dos memorables proclamas de Yáñez tocando á rebato, al sitio de la ciudad y dos provincias por el Ejecutivo y á las vociferaciones de la prensa antagonista ó asalariada. Esta última, ya en *El Telégrafo* y ya en *El Boliviano*, fundado expreso para ello, se esmeró en sembrar el espanto con la pintura antojadiza de los asesinatos premeditados por los supuestos conspiradores.

La ocasión de nuevos procesos y de una carnicería con el nombre de represión instantánea, se fué á buscar tentando con maña á los detenidos á que se escapasen de una muerte que no se cesaba de pintárseles como segura. Nada se logró; fué necesario entonces forjar un motín para ultimar en sus lechos á los detenidos.

Hacinados en un calabozo oscuro los que declararon en la primera causa, y asesinados sin compasión á descargas, excepto el famoso Urdininea, que resultó haber estado entre dichos presos para espiar sus más mínimos movimientos, el proceso quizá y sin quizá rehecho de nuevo en el laboratorio del fiscal Cueto, no pudo, sin embargo, arrojar mérito tan siquiera para apellidar tentativa á eso que se había comenzado por calificar ante el país de conspiración descubierta al tiempo de estallar.

“No queremos recordar lo que hemos sufrido al ensayarse con nosotros la mashorca; y relegando al olvido lo pasado, con la mano comprimida al corazón, perdonamos de buena fe á nuestros detractores, así como agradecemos profundamente á los que nos han considerado víctimas inocentes y libertádonos del sacrificio que se nos tenía preparado. ¡Quiera el cielo no se vuelvan á repetir, por la reerudencia de las pasiones, otras escenas tan crueles y degradantes como las que hemos atravesado!...”

Este manifiesto está fechado en La Paz á 5 de diciembre de 1861.

Se han omitido aquí en mucha parte los conceptos y fra-

ses que contienen acriminatorios cargos contra Fernández. Son simples imputaciones, sin pruebas, en tono propio de agraviados.

Julián Urquidi, militar en retiro absoluto, empleado antes de los sucesos en la mayoría de la columna municipal, ante la mesa de redacción de los escritores de EL JUICIO PÚBLICO (número 3, de diciembre 2), compareció y declaró lo que en sustancia sigue:

En los días anteriores á las prisiones en masa, el sargento mayor Demetrio Urdininea encontró á Urquidi, y previos los preámbulos del caso para alentar la confianza, le dijo:—"Usted que está en la columna municipal, tiene proporción de seducir á la clase de tropa y sargentos para una revolución, cuyos trabajos tengo muy adelantados por otras partes." Urquidi aceptó la invitación y las promesas, pero aceptó fingidamente.

Este, que conservaba buenas relaciones anteriores con Yáñez, se hallaba un día en la puerta del palacio conversando en el puesto de guardia. El comandante general, pasando por allí, le reconvino ásperamente, y le dijo que si volvía á verle por allí vería Urquidi lo que es bueno.

Urdininea se avocó una segunda vez con Urquidi é inquirió de él lo que hubiese adelantado en la empresa consabida. Contestó que muy bien y que tenía hablados á muchos de la tropa. Todo sin ser cierto.

En un tercer encuentro Urdininea reconvino á Urquidi por su morosidad. Este salió del paso diciendo fingidamente que ya tenía prontos á los dos sargentos primeros de la columna.

En una cuarta y última entrevista, Urquidi es citado por Urdininea á su casa para hablar del negocio. La cita hecha, Urdininea se fué con Zuleta. La entrevista debía tener lugar el 28 de setiembre. Urquidi estaba receloso y temía mucho á Yáñez; no concurrió.

En la mañana del 29 fué hecho preso Urquidi con todos los demás. Estando en tal condición en palacio, el jefe Benavente le reconvino diciéndole: que cómo, estando tan considerado en la columna, había tenido la villanía de seducir dos sargentos primeros.

Como Urquidi tenía en su conciencia la seguridad de no haber hablado á nadie acerca de las proposiciones de

Urdininea, declara que comprendió al punto que éste era el agente secreto de Yáñez para una trama infernal.

Con fecha 11 de diciembre de 1861 comparece en las columnas de EL JUICIO PÚBLICO (número 12 de diciembre 15) el anciano general Calisto Ascarrúnz, pariente del ex-presidente Belzu y su partidario. Es uno de los que escaparon de la muerte la noche del 23. Declara en sustancia lo siguiente:

Tiene perfecta seguridad sobre que no ha existido conspiración belcista; que las tramas á dicho partido atribuidas han sido nada más que una invención maquiavélica para exterminarlo; que Ruperto Fernández es el autor de esta cábala tenebrosa, interesada como estaba su ambición en hacer desaparecer el obstáculo más fuerte para llegar á sus fines; que dicho Fernández es propiamente quien ha armado el brazo ciego y torpe del feroz Yáñez; que los gaceteros de *El Telégrafo* y de *El Boliviano* prepararon la atmósfera de desconfianza y recelos en que había de inflamarse el rencor salvaje del asesino; que este rencor inspiró á éste cavilosas arterías, encaminadas á saciar sus odios á la sombra de un pretexto; que el presidente Achá fué engañado al tomar como efectiva cosa la fantasma de una conspiración, y al echarse en brazos de los crueles setembristas contra los belcistas, mirando de reojo á éstos y como á enemigos intransigentes; que el decantado proceso vino á revelar la inocencia del belcismo y á poner en conflicto á los inventores de la patraña revolucionaria; que bien se han guardado de no publicar ese proceso en el tiempo sobrado que tuvieron desde las matanzas hasta la expiación, y cuando dicha publicidad casi era reclamada como una necesidad indeclinable de su vindicación; que Yáñez obró el 23 con toda la premeditación de un enconadísimo agente encargado de preparar con astucia y de consumir con ferocidad un golpe mortal; que á los generales Hermosa y Alcoreza y al teniente coronel Espejo les tenía él anunciado el propósito de clavarles á balazos la constitución en el pecho; que es notorio en la ciudad que se habían mandado cavar zanjas profundas el día anterior en el cementerio; que Yáñez instruyó á los sargentos Calvimonte y Vilches para que en la prisión propusiesen la fuga al malogrado general Córdoba etc. etc.; que en prue-

ba Calvimonte fué fusilado para que con él perezca su secreto, y que Vilches ha desaparecido misteriosamente y se cree que está ya sepultado; que el público ha visto con indignación el juicio seguido á dicho general, fundado en la declaración de dos soldados instruidos al efecto, y en la de su tierno criado amenazado por los azotes, las cuales declaraciones han constituído la plena prueba con que pidió la muerte el fiscal de la causa; que Yáñez no quedó saciado el 23 de octubre, sino que pensaba concluir con los sobrevivientes la noche anterior á la llegada del ministro de la guerra, quien al siguiente día puso en libertad á los titulados reos; que hubieran perecido todos sin remedio á no ser que el coronel Balsa mandó soldados de su batallón á cubrir la guardia de los detenidos, y ello por compasión, á requerimiento de las familias y para frustrar de ese modo las miras del implacable asesino. . . . etc.

Muchas otras generalidades poco instructivas afirma bajo su palabra Ascarrúnz. Ha sido necesario consignar solamente las anteriores aquí, por venir de su persona y porque estuvo en realidad de verdad unos 53 días puede decirse en capilla con el Jesús en la boca.

En cuanto á los cargos que se le hicieron y por los cuales fué á dar á la cárcel, dice lo siguiente el anciano general:

“Mi supuesta criminalidad se basaba en haberme dicho Benavente en mi prisión que Zúñiga aseguró haberme entregado una carta. Puesto en libertad, mi primer cuidado fué aclarar este único punto de cita. Usando de mi derecho, pido entonces que judicialmente declare Zúñiga y por la absoluta negación de éste, quedó destruida dicha cita. De manera que mi inocencia está completamente probada, y sólo resulta la red que se tendía sirviendo de instrumento el pérfido traidor Demetrio Urdininea, que tan infamemente figura como agente principal en la declaración del expresado Zúñiga. . . .

“Creo que con el documento auténtico que á continuación publico conocerán la nación y el gobierno mi absoluta inocencia. Hoy no pretendo más que ponerme á salvo de cualesquiera otras violencias que quisieran cometerse en mi persona; porque cierto estoy, que los enemigos del titulado partido belcista no cesarán de estar inspirando des-

confianzas al general Achá, para convertir ese brazo, que debiera edificar el monumento de la fusión, en el de perseguidor.

“Señor general Achá: que la justicia marque vuestros pasos; que con ella lavéis la sangre vertida en vuestra legal administración; que las garantías ofrecidas á los ciudadanos no sean ya una mera promesa sino un hecho; que Bolivia, en fin, cese ya de ser el teatro de sangrientas escenas, y que reinen en ella orden, paz y progreso.”

Pedro Zúñiga declaró ante el juez parroquial, á requerimiento de Ascarrúnz, lo que entre otras cosas sigue textual:

“Que habiendo arribado á esta ciudad, y á los dos ó tres días de su llegada— (de Tacna)—, lo encontró Demetrio Urdininea y le dijo al que declara: “Que se trabaja una revolución, para lo que contaba con el comerciante Povil, quien era el cabecilla, y que él había quedado en esta ciudad como agente principal: que se hallaba resentido, porque, habiendo sido teniente coronel, lo habían rebajado á mayor y que le daban una corta pensión.” El que declara le contestó: que haría muy mal, y que no debía ser ingrato con un gobierno que le daba un pan que comer.”

“Que después de esta entrevista fué dicho Urdininea por repetidas ocasiones á la casa del que expone, para llevarlo á la suya, á efecto de mostrarle una carta escrita á Povil diciéndole á éste: “que la revolución marchaba en buen pié.” Que dicha carta iba con nombre supuesto, la que llevó un tal N. Espada, compadre de Zuleta.

“Que el 29 de setiembre, Urdininea hablaba con el teniente coronel Benavente en la puerta del palacio con bastante entusiasmo, después de lo cual le entregó el primero una carta dirigida á un sargento, para el punto de Luribay, cuyo contenido ignora, la que se le hizo aceptar á la fuerza y gratificándolo al que declara con cuatro pesos. Después de esto fué á buscar al mayor de plaza para entregarle dicha carta, porque el exponente sospechaba que fuese alguna intriga de Urdininea; pero, no encontrando á dicho mayor de plaza, se fué á su casa.

“Que habiéndolo tomado preso á las diez de la noche, entregó la carta á un comisario de policía, cuyo nombre ignora, advitiendo á dicho comisario que era carta que le

había entregado Demetrio Urdininea. Después de lo cual, lo llevaron preso al palacio, y de allí al cuartel de Sucrel donde, la noche del 23 de octubre, los reunieron á todos los presos que se hallaban en dicho cuartel en un calabozo, y el mayor de plaza ordenó que los fusilaran; habiendo el exponente salvado entre los cadáveres que lo cubrieron.

“Que la misma declaración ha prestado en el proceso que se seguía por la supuesta conspiración. Esta dijo ser la verdad en fuerza del juramento etc.”

José Santos Cárdenas, el mayor de plaza, publicó el 4 de diciembre, en La Paz, una relación vindicatoria de su conducta como ejecutor de los fusilamientos á granel verificados en el cuartel del Segundo. Mi colección de sueltos ha quedado descabalada por el incendio en esta parte, y me es imposible compulsar textualmente aquí aquel importantísimo documento. Demás de la curiosidad que inspira el ver cómo trató de sincerarse aquel hombre feroz, su atestado tendría aquí valor esencial para el pleno conocimiento de causa prescrito por la equidad de la justicia.

Los números 9 y 10 de EL JUICIO PUBLICO, correspondientes al 11 y 12 de diciembre, publicaron un relato muy por menudo de lo ocurrido la noche del 23 de octubre en el cuartel del Segundo. Sabido es que aquí tuvo lugar el prólogo de la tragedia; de aquí partieron los primeros tiros, aquellos que al punto de ser sentidos hicieron decir á Yáñez, según refiere su segundo Benavente: “Nos han sublevado las compañías del Segundo.” Dicho relato es hecho por uno de los presos, el antiguo oficial retirado Lorenzo Foronda, quien cuenta lo que pasó y lo que pudo ver ú oír esa noche en el cuartel. Los redactores lo publican en la sección editorial del periódico; pero el relato les ha sido remitido, ellos mismos no lo han recogido de boca del declarante.

Este no desautorizó dicha declaración por la prensa, que sepamos.

Así y todo, desde que EL JUICIO PUBLICO la entregó diciendo que la daba tal cual se la habían dado, declinó al respecto de ella toda responsabilidad; y este nuevo testimonio, sobre la existencia de una satánica superchería para preluir con un motín los asesinatos, asume un carácter un poco anónimo y algo desestimable en este proceso,

si se atiende á que, en las demás declaraciones, EL JUICIO PUBLICO ha actuado puede decirse como notario y sobre la mesa de su redacción, para autentizar las firmas de los declarantes.

Fuerza es por eso omitirlo por más que añada, á lo ya sabido, pormenores nuevos é interesantes. En sustancia ellos son referentes á las reiteradas tentativas y á los relevos de ciertos centinelas para con unas y otros ver de hacer caer á los infelices detenidos en cualquier desliz tendente á acometer como facilísima la empresa de escaparse, ó á entrar en un complot que les devolviese la libertad á favor de un alboroto.

No obstante las anteriores consideraciones, voy á entresacar algunas particularidades, que caracterizan unas el hecho del 23 con verosimilitud y sin acriminar por demás á nadie gravemente, y otras que si acentúan la responsabilidad moral de Cárdenas, es en un punto que está confirmado por la declaración de Leandro Fernández, que se verá más adelante.

Foronda fué aprehendido la noche del 2 de octubre y llevado acto continuo á presencia de Yáñez en el palacio. Este sacó una lista del bolsillo al ver á Foronda, y dijo: "Con que éste es el pícaro de Foronda?" y ordenó que fuera puesto en una pieza del piso superior del palacio, y transmitió al oído algún encargo al comisario Vera.

Poco rato después entró el comandante general en el cuarto del preso. Le denostó en tono violento, diciéndole que era un pícaro, un saqueador de los tiempos de Belzu y Córdoba. Le preguntó que en qué correteos estaba esas noches y si andaba conquistando la cholada para una revolución.

Foronda contestó que para tales cosas no tenía ni recursos ni influencia: que desde tiempos de la confederación había servido á los mandatarios como cualquier otro militar: que fué dado de baja á consecuencia de una retirada que hizo de Pelechuco en cierta cruzada de Linares contra el gobierno: que en tiempos de Córdoba estuvo sujeto á una exigua pensión otorgada antes: que constantemente había estado atendido á su trabajo personal para subvenir á la alimentación de su familia etc.

Yáñez iracundo replicó: que tenía pruebas del delito,

que iba á sentar mano de hierro sobre belcistas y cordobistas, que haría humear todas esas cabezas, y que si Foronda quería salvarse no tenía sino descubrirle el plan de los revolucionarios.

Nótese este "hacer humear cabezas de belcistas y cordobistas." Hace recordar el *tangis montes et fumigant* del gran Ífrico sagrado. He visto fusilar á un hombre: efectivamente, el cadáver quedó humeando.

Aquel insistió en sus denegaciones; el enojo de Yáñez subió á furor. Llamó con amenaza dos rifleros. Entraron. Entonces ordenó que llevasen al preso al cuartel de la Recoba. Allí fué puesto incomunicado y tendido boca abajo. Cueto, el fiscal, le interrogó tres ó cuatro días después, sobre si conocía á Urdininea, á Zuleta, á Ugarte y á otros, y sobre cuáles tratos de revolución tenía con éstos. Habiendo respondido que no conocía á ninguno, quedó en paz dentro de su calabozo hasta la noche del 23.

Gritos de *¡Viva Córdoba! ¡Viva Belzu!* habían salido del cuarto de prevención á eso de las doce en esa noche. Los centinelas habían dicho á los presos. *¡Afuera! Ya están libres. ¡Afuera, vayan á armarse!* Los presos no se movieron: Se habían disparado adentro algunos tiros al aire. Tropa, comandada por el sargento mayor graduado Claudio Sánchez, acababa de salir á la calle. Eran poco más de las doce de la noche. Y continúa el relato:

"Después de haberse dado dentro del cuartel y en la puerta los tiros al aire, y oídose los vivos, tanto á Belzu y Córdoba como al orden y al general Achá, se oyeron también en el interior varias descargas de fusil. Preguntó Foronda al antedicho cabo *¿por qué era eso?* y éste contestó que estaban fusilando á todos los presos en sus camas, como en realidad había sucedido. En este trance el oficial de guardia Gorena entró en el calabozo de Foronda y los demás; los hizo levantar de sus camas, donde permanecían inmóviles para hacer resaltar su inocencia, y los obligó á pasar á otro calabozo en que estaban reuniendo otros presos.

"Reunidos que fueron, entraron el *tuerto* Sánchez, el cuñado de Yáñez Leandro Fernández, y Cárdenas, quien en alta voz dijo: *A ver esos pícaros belcistas y cordobistas, que mueran todos.* Y empezó en efecto á hacer fusilar den-

tro del mismo calabozo indicado, en el que á bala y bayoneta murieron los presos; debiendo notarse que, durante esta mortandad, dicho Cárdenas ponía en salvo á Demetrio Urdininea.

“En este mismo acto sucedió un incidente. Llamaron del lado de la puerta principal á un hombre, que lo era el cojo Victoriano N., con el objeto de que fuese fusilado. Este desgraciado, en su desesperación, se abalanzó al capitán Fernández y lo abrazó tan fuertemente que éste no podía desprenderlo. En esta actitud la víctima, en medio de los lamentos más tristes, le decía al capitán: “que no lo matasen, que ante Dios y los hombres era inocente, que tenía tiernos hijos, que perecerían si no hacía arreglo alguno con ellos.” Fernández, en medio de estos alaridos, quiso hacer uso de sus pistolas contra el infeliz Victoriano; pero vió que éste, con la desesperación de la muerte, lo había estrechado de manera á impedirle todo movimiento: como además los rifleros no podían desprenderlo ni hacer fuego sobre ambos, ordenó Fernández que dejasen al desdichado, en ademán ó con aire de perdonarlo. Tan pronto como Fernández se vió libre de aquel desesperado, Cárdenas hizo tomar á la víctima por los cabellos y arrastrarla fuera del calabozo, é inmediatamente fué destrozado á balazos en medio de los más punzantes gritos.

“Después de esto, el mismo Cárdenas, mayor de plaza, volvió á entrar en el calabozo, y viendo aún vivo á Foronda le dijo: que cómo había escapado ese pícaro belcista saqueador, y que muy luego sería fusilado; que á Córdoba lo habían hecho *patalear* en su cama, y que fuesen ahora sus partidarios á hacerle resucitar.

“En seguida Cárdenas ordenó que se saquen los cadáveres de los fusilados hacia fuera. Al hacer el registro ó examen de ellos, como en un montón de corderos muertos, reconocieron que habían quedado con vida Mariano Obando y N. Salinas. Estos, al verse descubiertos, gritaron des-pavoridos diciendo, que ya que la divina providencia los había salvado, por respeto á ella debíase conservárseles vivos y perdonarlos. Cárdenas, sin hacer caso de Dios ni de los lamentos, mandó que los indicados Salinas y Obando pasasen al calabozo donde estaba Foronda, y allí fueron acabados de matar.”

En este punto, y á propósito de estos ejecutores, que sin duda ninguna aventajaron en encarnizamiento al mismo Yáñez, los redactores de EL JUICIO PÚBLICO consignan al margen esta noticia: "El objeto de los matadores, al reunir en un solo y secreto recinto á las víctimas que asesinaban, era sin duda para que la sangre se acumulase en lugar determinado y oculto."

Prosigue el relato:

"Sacados al patio estos nuevos cadáveres, volvió á entrar en el calabozo Cárdenas, el sereno mayor Ramón Reto y el carcelero Aparicio, y expresaron que fusilasen á todos los presos restantes con la Constitución en la frente. En efecto, llamaron á Celada fuera de su calabozo, é inmediatamente fué fusilado.

"En este momento entró el fiscal con su secretario Antonio Gutiérrez, y tomó una razón ó nota de los que existían en el cuartel, tanto vivos como muertos. De estos últimos no se sabe cómo hubiesen dispuesto, ni de su número; pues en aquel recinto sólo reinaban el terror y la muerte.

"Así terminaron las escenas del 23 de octubre por la noche, que en el cuartel Sucre han sido más feroces y sangrientas que en ninguna otra parte, con tantos infelices individuos de tropa y de pueblo, sacrificados sin más delito que su miseria y su indefensión.

"Al día siguiente 24 vino don Santos Cárdenas con pistolas en la cintura y un rifle en la mano, é hizo las más terribles amenazas á los presos restantes, insistiendo siempre en su tema favorito de que *los haría fusilar con la Constitución en la frente*; y ordenó al capitán de guardia que, en cuanto levantaren la cabeza, fusile á todos. . . .

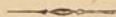
"A las tres de la tarde entró el comandante general Yáñez en el cuartel, y tras él un religioso del convento de las Mercedes, el que trajo un mensaje de su prelado para aquél. No se supo su contenido. Yáñez preguntó al religioso, que quién era ese prelado: contestó el otro que era el padre Conde. Yáñez encargó al mensajero, que también á dicho padre le haría dar cuatro balazos.

"Habiendo entrado aquél al calabozo donde estaba Foronda, expresó que se habían escapado los mayores criminales. Y saliendo al patio, el mismo Yáñez dijo que: "esos

cobardes y débiles no habían sabido cumplir ni llevar á cabo las instrucciones que se les dieron. . . .” No se sabe á quiénes se refería con estas expresiones. “Pero (continuó) ellos desaparecerán en este momento.” En efecto, hizo sacar á Zúñiga para que fuese ejecutado; y estando los rifleros para tirarle, Yáñez dijo: “Es preciso que le acompañen otros, y para ello debo ver el proceso.” Y ordenó que se pusieran platinas y grilletes á los restantes.

G. RENÉ-MORENO.

(Continuará).



EL FALSO QUIJOTE

I

Con aplauso y contentamiento de muchos y con disgusto é indignación de muchos más se recibió por el público español, á mediados de 1614, una obra en cuya portada se leía: *Segundo tomo del Ingenioso Hidalgo don Quixote de la Mancha, que contiene su tercera salida; y es la quinta parte de sus aventuras. Compuesto por el Licenciado Alonso Fernández de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas. Al Alcalde, Regidores y Hidalgos de la noble villa de Argamesilla, patria feliz del hidalgo cauallero don Quixote de la Mancha con licencia, en Tarragona, en casa de Felipe Roberto.—Año de 1614*—Si la indignación de los unos fué grande por solo el hecho de que un estraño, no muy seguro de su buena acción ya que ocultaba patria y nombre, se entrometiese á continuar trabajo ageno, que pertenecía á hombre de quien se esperaban grandes cosas, creció de punto, como tambien aumentó el aplauso de los envidiosos, al notar los groseros insultos que, el falso Avellaneda, dirigía al ínclito Cervántes de quien se aguardaba con ansias, la publicación de la Segunda Parte de su sabrosa historia de D. Quijote de la Mancha, que ya tenía anunciada. Ya por la importante protección, de que indudablemente gozaba Avellaneda; ya por el apoyo de los malos autores de comedias, de quienes el dicho Avellaneda parecía defensor, aunque de una manera simulada, que se sentían disgustados para con Cervántes por la censura

que este hizo del teatro en su *Viaje al Parnaso*; ó ya por ignorancia ó creencia de superior mérito al verdadero Quijote, logró adquirir la Segunda Parte—asi llamaremos la obra de Avellaneda—durante corto espacio de tiempo envidiable popularidad. Pero luégo recibió Avellaneda, como castigo por su odio y venganza, el desprecio de su nombre y el olvido de su obra. El primero que levantó por algún tiempo este castigo fué el autor francés Renato Le-Sage—escritor tachado por sus compatriotas de falto de originalidad aunque de muchísimo talento para transformar, embellecer y apropiarse por este medio las ideas de otros—que hizo una traducción adulterada de la Segunda Parte el año de 1704. Le suprimió algunos defectos y le agregó nuevas galas de su propia cuenta y responsabilidad. Se comprenderá el trabajo de Le-Sage recordando que él fué el que hizo suyas varias obras de ingenios españoles, transformándolas algunas veces como á la Segunda Parte, y otras apropiándose las íntegras, como lo hizo con el *Diablo Cojuelo* de Velez de Guevara. Esto de que los estrangeros apreciasen y conociesen ántes que los naturales del país los propios tesoros, picó el amor propio de algunos literatos españoles, entre otros, D. Diego de Torres, y pidieron la reimpresión de la obra de Avellaneda tomada del original, que era ya escaso, hízola D. Blas de Nasarre en 1732 y la atribuyó á un clérigo, familiar suyo. Este, por ignorancia, ya que, según el adagio, es atrevida, no contento con los insultos de Avellaneda para Cervántes, le dirige como editor, nuevos y declara hacer la nueva edición, por “*estar escento Avellaneda de los defectos en que incurrió Cervántes; y por haber imitado y copiado este la Segunda Parte de aquel*” (véase la vida de Cervántes de don Vicente de los Rios) ¡Oh ignorancia! Cervántes copiando á Avellaneda! Nos parece que el tal escritor, (el nombre que aparece es el de Isidro Perales) no ha tenido más dato para afirmar lo que afirma, que el haber publicado Cervántes un año después que Avellaneda, la segunda parte de su D. Quijote. Aunque á cerca de tamaño disparate no hay para que detenerse, es el caso de preguntar ¿cuándo tuvo Cervántes conocimiento de la obra de Avellaneda?—Cuando escribía el capítulo LIX de la segunda parte de D. Quijote, cuando apenas faltaban algunas páginas para concluir la inmortal

obra. No fué solo, Isidro Perales quien dijo semejantes disparates, D. Agustín de Montiano y Luyando, hombre de saber, cometió también, según la expresión de algunos literatos, que es sin duda la que conviene, el "*solemne desatino*" de decir: "No creo que ningun hombre juicioso sentenciará á favor de Cervántes, si forma el cotejo de las dos Segundas Partes." Apesar de todo, el olvido sobrevino de nuevo. La Segunda Parte parecía perdida bajo el peso de formidable sentencia. De sentencia que podía ostentar firmas de respetables jueces. D. Nicolás Antonio, hombre de muchísimos conocimientos y á quien la literatura española debe nõ pocos importantes servicios la declaró en su Biblioteca digna del olvido, y con él muchos graves autores. —En 1805—(1)—por apego á la rareza ó reconocimiento al mérito se sacó de nuevo á la luz la Segunda Parte. Influyó mucho en esto el anhelo de los Cervantistas por esclarecer los puntos oscuros de la vida del ilustre autor del Quijote. Esta vez como ántes hubo pasión al juzgarla. Hay exajeración desde la opinión de los que sostienen que puede resistir á minuciosa crítica; hasta la de aquellos que sostienen lo contrario y dicen de ella que "es nada, inmundicia, ridiculez." Quien, sostiene que en la Segunda parte hay "soltura, elegancia y donaire" y llama "sabrosas" sus pájinas (Revilla) Quien, dice, que no es mas que "una concepción incípida, vulgar y obscena" (Fernandez Navarrete) En medio de la confusión no se repara en aquellas bien puestas razones de Cervántes que dicen: ¿Para qué quiero vuesa merced, señor D. Juan, que leamos estos disparates, si el que hubiere leído la primera Parte de la historia de D. Quijote de la Mancha no es posible que pueda tener gusto en leer esta segunda? (2)...

(Cervántes—D. Quijote) Y asi es la verdad: si tras el Quijote leemos la Segunda Parte no hemos de encontrar sino desabrimiento. Y aquí, ántes que en el completo olvido, se haya el mayor castigo que puede aplicarse al envidioso que "pretendió arrebatár la gloria de Cervántes ó asociarse á ella." Al lado de la preciosa y majistral con-

(1) Habríamos tenido placer en registrar la edición de la Segunda Parte hecha en 1805. La hallamos inserta en los catálogos de la Biblioteca Nacional; *mas nó, en los estantes de ella...*

(2) Alusión á la de Avellaneda.

cepción de *D. Quijote de la Mancha*, se mostrará siempre raquítica la figura del *Caballero desamorado*; el uno “valiente, discreto y enamorado” (Cervántes) el otro, insulso y solo un loco vulgar. Al lado del bueno, simple y gracioso Sancho de Cervántes, se mostrará el frío, loco, glotón, borracho é instruido Sancho de Avellaneda. ¡Qué mayor castigo que llevar siempre estigmatizado en la frente el sello de inferioridad! Salvo lo anterior, no se puede dejar de reconocer que la Segunda Parte es una novela acabada. Hay en ella interes y gracia y puede acarrear á los lectores, que deseen conocer la fluida y armoniosa lengua española, provechosas lecciones.—

II.

Mucho se ha discutido sobre quien sea el autor de la Segunda Parte. ¿Se ha hecho luz? Parece que sí, ó á lo ménos así se ha creído durante un largo espacio de tiempo. Pruebas y sospechas no han faltado; al contrario. El autor debe ser aragonés, porque así lo dice Cervántes en su *Don Quijote*, y nadie mejor que Cervántes lo sabría, ya que hechos claros y precisos prueban que fué un amigo suyo.

Entre los muchos que señalan como autores de la Segunda Parte se encuentra el domínico fray Luís de Aliaga, confesor del rey Felipe III. ¿Era aragonés?—Sí.—Así lo dicen unas coplas que lo celebran como vencedor de unas justas poéticas, y además en el encabezamiento del folleto *Venganza de la lengua española, etc.*, que es obra de él, (1) como lo atestiguan pruebas evidentes, se lee: “. . . por D. Juan Alonso Laureles.—Caballero de hábitos y Peón de costumbres, *Aragonés liso. . .*” etc. De manera que la patria no es inconveniente en Aliaga para adjudicarle la obra. El señor Pellicer dice son dedicados á Aliaga los siguientes versos:

(1) Por algun tiempo se creyó fuera el autor don Francisco de Quevedo y Villegas. En el índice del tomo VI del Semanario Erudito de Valladares se lee. “Venganza etc. por J. A. Laureles (don Francisco de Quevedo y Villegas.)”

*A Sancho Panza, estudiante,
Cosa justa a su talento,
Le dará el verdugo ciento,
Caballero en Rocinante.*

¿Por qué se daba tal calificativo á Aliaga? Acaso por su carácter moral?—En nada se parecía al bueno del escudero de Don Quijote.—¿Acaso por su figura?—Segun Quedo, “era de buena estatura, color turbio, facciones robustas.” Luégo no puede ser este el calificativo insultante que dicen de Cervantes para Avellaneda, ni aquello, que éste último recuerda, de “sinónimos voluntarios.” En la mente no queda otra idea que la de atribuir á Aliaga semejante calificativo por haber sido él el autor de la Segunda Parte. Como pudiera ponerse en duda la efectividad del apodo por falta de autoridad de los versos ántes citados, trasladaremos aquí el resultado de algunas investigaciones sobre este particular del señor C. Rossell. Encontró este autor en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, un tomo en 4º que contiene varias poesias inéditas del conde Villamediana, y entre varias dedicadas a la caída de los ministros y privados del rey Felipe III, descubrió la siguiente:

*“Sancho Panza, el confesor
Del ya difunto monarca,
Que de la vena del arca
Fué de Osuna el sangrador,
El cuchillo de dolor
Lleva á Huete atravesado,
Y en tan miserable estado,
Que será, según he oido,
De inquisidor, inquerido;
De confesor, confesado.”*

“Lo de que sangrase, agrega el señor Rossell, la vena del arca de Osuna, está evidentemente probado en la causa que se formó al duque de Uceda.” (Prólogo á los *Novelistas posteriores á Cervantes*).—Fuera de éstas, existe también una razón que, aunque de relación, no deja de probar. El folleto “Venganza de la lengua española contra el

autor de cuento de cuentos," pertenece á fray Luís de Aliaga. Quien lea el falso Quijote y en seguida el dicho folleto no podrá dejar de reconocer en ambos á un mismo autor. El giro y la ligazón de las frases, ciertos términos especiales, el estilo, en fin, todo manifiesta una misma mano.—Es común en la Segunda Parte el empleo de "mire lo que le digo," "mirad, no se me suba el humo á las narices," ú otros muchos términos parecidos en los que se responde á una frase que en sí lleva una atención del alma por un acto de los sentidos. Veamos lo que piensa Aliaga á cerca de ello: "Bien dicho está "mire lo que digo," por "óigame," que mirar no supone por sola acción de los ojos sinó por la atención del alma, necesaria en toda acción vital de los sentidos" (Vengaza etc. Se encuentra este folleto en el tomo VI del Semanario Erudito de don Antonio Valladares). Siempre que Avellaneda quiere manifestar la cólera en sus personajes, se vale de la siguiente frase: "subir el humo, ó los humores ó la mostaza á las narices. Aliaga piensa que se puede usar esa frase porque autores tan graves como los Evangelistas la emplearon. "Así en el libro de Isaías, cap. 20, últ. vers. 22, se lee: "guardaos de un hombre á quien se le ha subido el humo á las narices." Y en el libro de los Reyes cap. 2, vers. 2: "Ascendit fumus de naribus ejus." (Venganza etc.).

Una de las cosas que poco varían en los hombres es el modo que tienen de usar las frases exclamativas. Podrá haber infinidad de excepciones, no lo negamos; pero apesar de ello vamos á mostrar juntas una exclamación que hemos encontrado en la Venganza de la lengua española, con otras de la Segunda Parte "¡Ay pobre caballero, y en qué ha dado!" dice Aliaga. Veamos algunas de Avellaneda: "¡Ai asno de mi ánima, y qué pecados has hecho!..." "¡Ay, asno mio, y cómo tengo en la memoria!..." "¡Ay mujer de mi alma! ¿Qué es esto?... ¡Oh, pobre escudero negro, y qué bellaca tarde se te apareja!..." y así otras muchas. Todas estas cosas y también un sabor especial que se nota en las páginas de ambas obras, que no puede conocerse sinó leyéndolas, manifiestan el mismo estilo, que es como si dijéramos el mismo autor. Estas pruebas, como se comprenderá, no son de evidencia tal que hagan imposible la aparición de un libro que dé al traste las tan bellas como

fundadas razones ántes expuestas, cosa que ya se ha pretendido hacer. El señor Tubino ha tratado de demostrar ser un absurdo el atribuir á fray Luís de Aliaga el falso Quijote. Nosotros no hacemos sinó exponer las razones que militan en favor de Aliaga, creemos sí que él es el autor de la Segunda Parte, y lo creeremos así miéntras no se den razones que justifiquen el sobrenombre de Sancho Panza que se le daba, ó se pruebe no ser Aliaga el autor del folleto "Venganza de la lengua española."

Se ha dicho que podía ser el autor el domínico fray Juan Blanco de Paz, el infatigable enemigo de Cervántes. No lo creemos. Cervántes talvez lo habría revelado, no habría temido hacerlo. A esto se contesta con la protección de Luís de Aliaga. El autor del Buscapié don Adolfo de Castro, atribuyó la paternidad del falso Quijote al notable dramaturgo don Juan Ruíz de Alarcón, lo que es poco probable visto el carácter apacible y leal de Alarcón y su amistad para con Cervántes. Opinión de muchos fué, la que sostuvo don Ramón León Máinez atribuyendo la Segunda Parte al Fénix de los Ingenios, al gran Lope de Vega, *el cariñoso amigo* de Cervántes. Lope fué buen versificador y mal prosista, Avellaneda fué buen prosista y mal versificador. "Sino fuese—dice Revilla— que Avellaneda parece mucho mejor prosista que Lope de Vega nadie más digno de ser tenido por tal que el genio de los ingenios, cuyo espíritu ruin, envidioso, maligno y presumido se aviene perfectamente á tales empresas. Si no fué Avellaneda, fué á lo ménos el instigador del que se encubrió bajo este nombre, que es cosa que con entera evidencia se deduce del prólogo del falso Quijote".

El señor Diaz Benjumea afirma ser el autor del falso Quijote, sin prueba alguna, el literato fray Andrés Pérez, autor en sus mocedades de la Pícara Justina, pero dedicado después solo á escribir vidas de santos.—Como se vé la cuestión está muy léjos de estar resuelta.

III.

Puede afirmarse, sin temor de equivocación, que entre nosotros la Segunda Parte ha sido casi completamente des-

conocida. Fuera de aquellos que han tenido los medios necesarios para comprar la Biblioteca de Autores Españoles” no tenemos conocimiento de que haya habido otros que se hayan proporcionado la obra. Y aun aquellos que la tenían en sus manos, no la leían ni por curiosidad, ni por apego á las rarezas, por temor de encontrarse con una obra aburridora, de la cua cual no se sacaría mas provecho que la pérdida de algunas horas de tiempo. Los testos que sirven entre nosotros para el estudio de la historia de la literatura han influido, no poco, en este menosprecio, pues ellos enseñan á que se la considere como á una obra inútil que no puede prestar servicios de ningun género, ya que le niegan toda autoridad. Los unos ni la nombran siquiera. Y otros emplean páginas en autores de poca monta y al ocuparse de Avellaneda le endilgan un párrafo que solo trata del atrevimiento de aquel que pretendió oscurecer á Cervántes; atrevimiento que nadie pone en duda; ó del justo castigo que le ha dado la posteridad; castigo que todos, sin escepción, reconocen como merecido. Gil y Zárate al tratar de la obra de Avellaneda dice: La fama del Quijote atrajo á Cervántes no pocas envidias y se desataron contra él todos los autores de libros de caballería, é infinidad de esos escritorzuelos que no tienen más satisfacción en su triste obscuridad que la de morder á los grandes ingenios. Entre ellos hubo uno que hasta tuvo la audacia de intentar robarle su gloria ó asociarse á ella, publicando una segunda parte del Quijote ántes de que Cervántes diera á luz la suya. Sus contemporáneos y la posteridad hicieron justicia de este miserable engendro; y su autor oculto, bajo el nombre de Avellaneda, no se atrevió á declarar su verdadero apellido, no valiéndole siquiera los insultos groseros que prodigó á Cervántes, el cual se vengó noblemente diciendo en el prólogo de su segunda parte: “Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en la mas alta ocasión que vieron de siglos pasados, los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los ojos de quien las mira, son estimadas á lo menos en la estimación de los que saben donde se cobraron: que el

soldado mas bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga; y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitaran un imposible, quisiera ántes haberme hallado en aquella facción prodijiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guian á los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza y hase de advertir, que no se escribe con las canas sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años. He sentido también que me llame invidioso, y que como á ignorante me describe que cosa sea la invidia, que en realidad de verdad, de dos que hay, yo no conozco sino á la santa, á la noble y bien intencionada" . . . Nada más nos dice el notable crítico Gil y Zárate sobre Avellaneda y su obra dando así, á entender que se puede emplear el tiempo estudiando, ántes que la Segunda Parte, los trabajos de mil otros autores. ¿Valdría más para el conocimiento de la lengua española la indigesta lectura de tanto cronista que aspiró al puesto de historiador? ¿Valdría más pasar, como don Quijote, las noches de claro en claro y los dias de turbio en turbio, ocupándose en tragar tanta sandez de tanto místico insulso? Creemos no necesario advertir que nos referimos á esos escritores mediocres que figuraron ántes ó tambien después de los nunca como se deben alabados F. Luis de Granada, F. Luis de Leon, Santa Teresa, Avila, Venegas, Nierenmberg, Malon etc.—No. La obra de Avellaneda merece un poco de estudio; que no porque el sol tiene tanta luz hemos de negar que la luna tambien tiene, si bien ménos; que aunque el Quijote es obra de un genio, la Segundo Parte es también obra de un talento no vulgar; y si solo las obras de los genios fueran dignas de estudio, no sería tan grande la tarea de aquellos que aspiran al saber. La Segunda Parte es una novela acabada, hay en ella buen gusto en la disposición del plan, brillantes descripciones, variados episodios, fuerza en el lenguaje y no falta la claridad. Si bien, carece en algunos pasajes de naturalidad y es en otros oscuro y pretencioso el estilo. Hay rotundez y armonía en la frase. La narración de las aventuras no es interrumpida por incidentes estraños sino una sola vez.—Uno de los principales defectos que se señalan en la obra de Cervántes es la interca-

lación que hizo en ella de las novelas que llamó ejemplares. Creyendo Avellaneda ser ello un defecto, al par que inútil por no sacar de él provecho alguno, pensó mostrar á Cervántes lo que debió haber hecho y en ello mostró una vez más que no era capaz de dar lecciones al genio. Tan represencibles son en el don Quijote las novelas ejemplares, como en la Segunda Parte las de el “Rico desesperado” y los “Felices amantes,” advirtiendo que estas últimas son de mucho menos mérito. De manera que tanto en esto, como en otras críticas Avellaneda ha salido.

“De inquisidor inquirido
De *confesor, confesado*”.

IV

Antes de pasar adelante creemos necesario estampar aquí, la no muy convincente justificación que hace de su conducta Avellaneda y para ello copiaremos un trozo del prólogo de la Segunda Parte, en el cual esplica los motivos por que nadie debe admirarse que él haya pretendido continuar la obra de Cervántes. Los insultos que en dicho prólogo dirigió á Cervántes le valieron el famoso párrafo que antes hemos copiado y también el siguiente: “He hallado tres cosas en este autor (Avellaneda) dignas de reprehensión. La primera es algunas palabras que he leído en el prólogo. . . . (Cervántes—Parte II del Quijote) ¡Digno ejemplo de moderación y compostura!.—Hé aquí el trozo á que nos hemos referido: “No solo he tomado por medio estremesar la presente comedia con las simplicidades de Sancho Panza, huyendo de ofender á nadie, ni de *hacer ostentación de sinónimos voluntarios*, si bien supiera hacer lo segundo, y mal lo primero; solo digo que nadie se espante de que salga de diferente autor esta Segunda Parte, pues no es nuevo el proseguir una historia diferentes sujetos. ¿Cuántos han hablado de los amores de Angélica y de sus sucesos? Las Arcadias diferentes los han escrito, la Diana no es toda de una mano y pues Miguel Cervántes es

ya de viejo como el castillo de San Cervántes, [1] y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan, y por ello está tan falto de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos, cómo él dice, al Preste Juan de las Indias ó al emperador de Trapisonda, por no hallar título quizas en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca". . . . ¡Basta! Esto se deja sin comentarios, que la posteridad y en ella el mundo entero los ha hecho justicieros y sobrados.—Tampoco han faltado en este sentido defensores á Avellaneda. Don Juan Martinez Salafranca, contra toda verdad, dice: "Avellaneda tuvo sobrada razón para creer que Cervántes no quería, ó no podía continuar el Quijote". Ya hemos dicho, que antes de 1614 estaba anunciada la publicación de *la última Parte del Quijote*

V

El Quijote de Cervántes tuvo por oríjen una idea de carácter meramente local por que "todo él es una invectiva contra los libros de caballería" que "no miró mas que á deshacer la autoridad y cabida que en el mundo y el vulgo" tenían, por medio de la risa. Objetivo que se consiguió, para honra del genio, pues que derribó "la máquina mal fundada de los caballerescos libros, aborrecidos de todos, y alabados de muchos más.

(Cervántes.—*Prólogo* de la I Parte del Quijote.) Siendo el plan de la obra tan limitado, lo natural hubiera sido que perdiera gran parte del primitivo mérito, para pasar á la categoría de esas obras que olvidan los pueblos y que solo se hallan en las librerías de los eruditos. Ejemplo de esto nos da la obra que con el título de *F. Gerundio de Campazas* compuso el P. J. Francisco de Isla contra los malos predicadores, obra que ha merecido el honroso calificativo de "Quijote de los oradores sagrados" y que á la fecha se encuentra, injustamente algo relegada

(1) No se conoce el significado de esta frase. Se cree que ella responda á una alusión injuriosa para Cervántes.

al olvido. No es muy diferente la suerte que ha corrido el "Pantagruel" de Rabelais. Naturalmente considerado, igual lote debió haber caído al "Quijote" del inmortal manco de Lepanto. No necesitamos decir, que la obra cervántica ha sido, es y será siempre de actualidad y grandísimo interés. En vista de esto es necesario suponer que ha habido causas extraordinarias que hicieron dar al Quijote de Cervantes otra idea que la única de acabar con los libros de caballería, pues que se le considera como "una de las obras más grandes que ha producido el entendimiento humano." (Gil y Zárate.) Puesto que hasta en naciones extranjeras se le desea para ponerlo en manos de la juventud, como el mejor de los medios para cultivar el espíritu y dar á los hombres la idea de lo bueno y de lo bello (Opinión del notable diarista holandés Justo Van-Efen). Puesto que hasta hombres sabios de reconocida mala voluntad para con España, le declaran, ¡alta honra para Cervantes! "el único libro con que cuenta la literatura española". (Montesquieu). Puesto que es casi el único de esta clase de libros que todas las naciones han trasportado á sus respectivos idiomas.

Y hasta fué puesto en exámetros latinos talvez por algún monje ocioso de esos que dividían sus conocimientos y su tiempo entre las contemplaciones místicas y la copia de manuscritos raros. También D. M. Carrillo y Albornoz insigne versificador que hizo una muy regular continuación del *Diablo Mundo*, tengo entendido que ha puesto últimamente en versos castellanos el Quijote; y no solo esto, no le han faltado magníficos comentadores aún entre las naciones extranjeras, como el doctor Bowle; academias de ciencia y literatura que lo ilustren; impresores que hagan de él toda clase de ediciones de mas ó menos lujo. ¡Obra inimitable! Así la proclaman el viejo, el hombre, el joven y el niño! En ella se cumple el consejo del "gracioso y bien entendido amigo" de Cervantes.— "Procurad tambien— decíale este—que leyendo vuestra historia el melancólico se mueva á risa, el risueño la acrecienta, el simple no se enfade, el discreto se admire de la invención, el grave no la desprecie ni el prudente deje de alabarla". (Prólogo de la I parte del Quijote). Y así es la verdad que á una rien y aplauden el melancólico, el risueño

ño, el simple, el discreto, el grave y el prudente al solo hojear cualquiera de las páginas de Don Quijote.

Ayudado Cervántes por su imaginación y buen juicio, comenzó su obra, con el solo propósito de ridiculizar los libros de caballería y el ideal caballeresco, y acabar por este medio con la necia manía de sus contemporáneos, como lo consiguió á pesar de Avellaneda que calificó de humilde el idioma empleado en el Quijote (Segunda Parte, Capítulo XXXI.)

E. O. L.

(continuará.)



REVISTA LITERARIA

VENTURA.—Novela de costumbres por *Alejandro Silva de la Fuente*.—Tiempo hacía que no leíamos una novela tan bien concluida como la que acaba de imprimir el castizo escritor señor Silva de la Fuente, que es conocido ya del público por algunos sabrosos artículos de costumbres y un estudio literario publicados ántes de ahora en las páginas de esta misma Revista.

Buena idea nos habíamos formado del autor de tales trabajos y aun llegamos á cifrar en él esperanzas muy halagüeñas para las letras nacionales. Por donde se comprenderá con qué interés aguardábamos á que el señor Silva publicara una obra capaz de dárnosle a conocer más sólida y definitivamente mostrándonos hasta qué punto saldrían ciertas ó fallidas las risueñas esperanzas literarias que en su pluma habíamos puesto. Al fin aparece nuestro autor exhibiendo por entero su personalidad ante el tribunal de la pública opinión y ahora, que tal ha sucedido, nos acercamos gustosamente a él con el buen deseo de figurar entre los primeros que examinen las armas del nuevo y joven paladin que hoy entra de lleno en las ásperas lizas de la literatura.

Desde luego confesamos que, al revés de lo que otras muchas veces nos ha acontecido, nuestras esperanzas no salieron en blanco en la presente ocasión; antes muy al contrario, traspasaron todas nuestras ilusiones hermoseándolas sobre manera con el traje de la realidad. Porque la novela con que hoy se presenta al público el señor Silva no sólo no desdice en bondades literarias de los artículos

á que ya hicimos referencia, sino que también les sobrepuja por mucho.

Con efecto, antes no conocíamos del señor Silva más que un profundo á par que chistoso talento de observador, buenas calidades de estilista festivo y dotes de escritor correctísimo. Ahora vemos en él, juntas con las mencionadas cualidades, algunas otras de mejor valer, de más importancia, de mayor rareza, y que le acreditan desde luego como á uno de nuestros mejores novelistas y le comprometen á que en adelante, por honra suya y para honor de nuestras letras, siegue con tezón el incultivado campo de la novela chilena.

O en otros términos: creemos que *Ventura* no es libro de principiante ni mero anuncio de futuras obras de mérito; sino que es *novela buena*, en toda la amplia significación de este calificativo; novela que, desde luego enriquece positivamente á nuestra literatura y con la cual se ha reído el autor de sus pocos años demostrándose apesar de ellos, novelista, como si dijéramos, hecho y derecho.

El señor Silva no pertenece como novelista á la popular escuela francesa. Desde las páginas primeras de su obra, se vé que su educación literaria está basada en los modelos españoles y en los ingleses que tienen, como se sabe, algunas analogías de cuenta. Dicho queda con esto que *Ventura* no es novela en que el interés nace de esa intriga y complicación extraordinaria de los sucesos que tanta boga han dado á la novela francesa moderna. Muy al contrario: la acción dramática es, bajo este punto de vista, fría y lenta; la fábula, pobre y sin originalidad alguna.

Apesar de esto, afirmamos sin temor que *Ventura* es una novela interesante, pues si es verdad que carece de ese interés violento que tanto ha corrompido el gusto literario de las gentes, con la novela por entregas y sobre todo con la novela de horca y hachero de los folletines de á cuarto línea; es verdad, en desquite, que abunda en ella el interés artístico hijo del estudio de los caracteres, de la verdad del diálogo, del colorido descriptivo, de la perfección en los detalles, de la profundidad de la observación y del sostenido esmero de la forma.

Cierto que estos méritos, harto más reales y más estéticos que los otros de que carece, no se los estimarán al señor Sil-

va sino los que poseen buena educación literaria, los que entienden el realismo de la novela no á la nec plus ultra de la Francia contemporánea, sino á la buena de Diós, con menos aparato, más decencia y más belleza de la que ahora usan muchos renombrados novelistas transpirenaicos; esto es, tal como le entendian y le entienden los novelistas clásicos de España, los novelistas pintores de Inglaterra y aun muchos de los novelistas mejores, pero ménos leídos de Francia. Empero también es cierto que, si tales apreciadores son los menos, ellos son, sin embargo, los dueños de la opinión y el gusto que al cabo prevalecen. Porque no hay duda que lo único que la posteridad recogerá del mar infinito de la novela moderna, es lo ajustado al eterno eclecticismo artístico, lo que ha conseguido escapar á las tendencias furiosas y exageradas de las escuelas del día, lo que, en fin, no ha preferido el aplauso arrebatador de la moda al fallo juicioso de la crítica ni sacrificado el verdadero mérito estético al éxito momentáneo de la obra. En una palabra, no prevalecerán al fin, sino las obras que hayan sabido despojarse de los atavíos churriguerescos de las modas literarias pasajeras. Ved, sino á Cervantes y á Lesage, que escribieron sus novelas por esta última manera; vedles viviendo la vida inmortal de la verdadera gloria y dando á ler sus obras á todas las generaciones de todos los siglos. Ved después á Ponson du Terrail, á Soulié, á d'Arincourt, á Fernandez y Gonzalez y á otros mil ya olvidados, que escribieron novelas sacrificando sus buenas cualidades al diós instable de la moda literaria que entonces privaba, enloqueciendo á sus contemporáneos y enriqueciendo fabulosamente á librereros y editores. Y ¿quién lee ahora á estos autores ¿quién recordará mañana esos nombres que ayer no más aplaudían frenéticos nuestros padres?

El señor Silva no ha querido incensar á los dioses pasajeros de ninguna moda y háse afiliado resueltamente en la buena escuela. Reciba nuestros sinceros parabienes por la cuerda y acertada dirección que ha dado á su talento mientras vemos con qué grado de bondad ha salido airoso en su empresa.

La acción de *Ventura* es sencilla por demás. Un mozo simpático y bien acondicionado, pero con inteligencia nada más que vulgar y con instrucción menos que mediana,

oriundo de la poética aldehuela de *Bellavista* y picado por la comezón de figurar y de lucir en sociedad, deja su villorrio y viene á establecerse en Santiago sin que sean parte á distraerle de sus quiméricas ambiciones: ni el amor á su terruño, en donde figura como lo principal y más querido del lugar y ni siquiera el antiguo idílico cariño que profesa á Margarita. Es ésta una muchacha como un sol de linda, tan buena que no la hay mejor en toda la comarca, ni aún fuera de ella; dulce y blanda de corazón, si las hay; agraciada lo que basta y aún lo que sobra y con enamorado y perdido por Ventura, que así se llama el joven protagonista de la novela. Llega, por fin, Ventura á Santiago, futuro teatro de sus soñadas glorias, y en esta adelantada ciudad comienza una verdadera odiseita para el pobre mozo; el cual, como á toda costa quiere medrar con la gloria, toma por el camino más corto que para ello encuentra, que es naturalmente el meterse en política. Aquí principian sus desengaños y el conocimiento de las cábalas é indignidades que rijen generalmente la política interior de los países. Por entónces, y no contento de sus holgadas rentas, ocúrrale el dorado sueño de ser millonario é incontinenti comienza á festejar á una muchacha que, aunque fea y buena para nada, es rica heredera de cuantiosa hacienda. Sabrosos episodios y cuadros llenos de verdad se leen en la vida política de Ventura y en sus hazañas amorosas, hasta que el protagonista de la novela, después de haber recibido tantos crueles chascos cuantos dorados triunfos soñaba, se desespera, enferma y en baldese descalabrina los sesos buscando algún medio de salir del espantoso atolladero en que sus locas ambiciones le han precipitado. Compara los agudos azares de su vida de Santiago con la vida por extremo feliz que llevaba en la dichosa aldea en que viera la luz; compara las presumidas y emperifolladas damas que en Santiago ha conocido, con la belleza sencilla y natural de su, en otro tiempo, adorada Margarita, y siente entonces deseos grandísimos de devolverse á Bellavista en donde está para él la verdadera dicha de que con tan mal acuerdo se alejara un día. Pero su mala conducta para con Margarita; el desdeñoso olvido en que quiso ponerla cuando pretendió á la desagraciada y rica heredera de la capital, abren un abismo, á sus ojos insalvable, entre Bellavista y San-

tiago. El cerebro de Ventura se perturba y en su delirio llegaba ya á acariciar tenebrosos planes de suicidio, cuando Margarita y su madre, que han sabido por un tío de Ventura lo desesperado y angustioso de la situación del héroe, aparecen á las puertas de la casa de Ventura, que es la propia de su tío, y demás está decir que en ese mismo punto y hora sana Ventura, queda para siempre curado de sus descaminadas ambiciones y torna gozoso á Bellavista en donde a los pocos días, reconciliado ya con su antigua tranquila vida y vuelto al dulce amor de la simpática y tierna Margarita, cásase con élla para eterno y sublime regocijo de los felicísimos contrayentes y para puntual y acabado remate de la historia.

Salpican este sencillo relato graciosos episodios y cuadros de indudable belleza que amenizan la narración supliendo en la obra la ausencia completa de sucesos extraordinarios y de pasiones descomunales. Sobresalen entre esos detalles casi todos los acontecimientos de la campaña política de Ventura, su estreno oratorio en provincia, su entrada á la *Representación Nacional*, los respectivos discursos que en la interpelación política al Ministerio se pronuncian en el Congreso,— los cuales son acabado trasunto de los que oímos diariamente,— las visitas de Ventura á doña Carmen Gonzalez, y sobre todo, las graciosas escenas que ocurren en casa de esta melindrosa dama cuando ella disputa con su tacaño marido sobre lo indispensable que es dar un baile; sobre lo poco que se gastó en los saraos anteriores; y particularmente, cuando élla, al ver á Ventura rendido á sus piés con las intenciones de pedir la mano de su hija, imagina en su vanidad de mujer que el apuesto galán, prendado de sus afeitados hechizos, arde en amores por élla propia [no por su hija] y se parece por declarárselos de la más tímida pero más elocuente manera. . . La que se arma con tal motivo es una de Diós es Cristo y constituye un lance cuya invención habría satisfecho plenamente al novelista más insigne.

Entre los cuadros de indudable belleza,— que representan en la novela del señor Silva el indispensable elemento poético que no debe de faltar jamás en este género de producciones puesto que equilibra el elemento, por decir-

lo así, prosaico que abunda necesariamente en las novelas de costumbres—, sobresalen casi todas las escenas desarrolladas en Bellavista en medio de las flores de Margarita el caño de agua del jardín, las faenas de hilandería de doña Andrea, la presencia del cura y del subdelegado del pueblecillo etc. Lo más principal de ese elemento poético es sin duda la simpática concepción de Margarita, niña que con su puro y dulce amor se graba imborrablemente en la imaginación del lector; niña, cuya suave imagen no se nos aparta un instante por más que el alocado de Ventura se huya y aparte de ella. Bellavista no es, pués, en la novela del señor Silva, sólo una aldea cercana de Santiago; es además, y en esto estriba el mérito artístico del señor Silva, es además una idea poética que por su mismo contraste con la capital, embellece constantemente cuanto á ésta se refiere. Bellavista es á la novela lo que un hermoso cielo á cualquiera paisaje, que basta por sí solo á embellecerle; es lo que á los grandes bosques el arroyo, cuyo plateado hilo de agua hace falta en los cuadros que representan mucho arbolado; es lo que el mar á los paisajes de inmensa perspectiva, que se echa menos cuando no se le divisa siquiera en lontananza, y que todo lo hermosea con su vaga, lejana y poética bruma; es, enfin, la nota dulce, la nota de sentimiento de la obra.

La acción de la novela es, como se vé, sobria y se desenvuelve con notoria sencillez. Nada de precipitado en los incidentes, nada de inverosímil en los sucesos; suma naturalidad en todo y el desenlace que, armoniza perfectamente con los caracteres y los sucesos desarrollados, es como dice donosamente el autor: *Lo que había de suceder*. En esta sola frase se vé el estilo de toda la novela. Y de ahí, de esa misma naturalidad, el mayor interés que su lectura produce. Tales cualidades acusan en el señor Silva, además de su talento natural de observador, buena lectura de novelas, que no de otro modo conocería cual conoce los recursos de que lícitamente puede disponer el novelista, ni tampoco usaría en el diálogo la destreza y oportunidad con que siempre le maneja.

Tanto conoce el señor Silva los recursos de la novela, que, por más que lo hemos intentado, no hemos podido dar con un solo abuso, con una sola irregularidad ó inverosi-

militud ni en los oportunos y discretos diálogos, ni en las partes en que el autor narra los sucesos en són de historiador y ni siquiera, y esto vale mucho, en las descripciones de la naturaleza, de los escenarios de la acción ó del físico y atavíos de los personajes. El señor Silva es sobrio en todo, y á tal punto, que sin duda suele pecar por este lado, pues de seguro no quedarían mal en su obra unos cuantos diálogos más si habían de ser tan naturales, fáciles y apropiados como los que se leen en ella.

Por estas razones y por el conocimiento que el señor Silva tiene de los recursos artísticos del novelista, merced al cual sabe ver atinadamente donde cabe un diálogo y donde no cabe, donde viene bien una descripción y donde viene mal, donde encajan una observación personal, un chiste de observador ó un análisis psicológico, y donde quedan fuera de lugar; por esa misma referida sencillez con que se desliza la bien concebida acción; por el talento de observación con que tan fielmente reproduce el señor Silva escenas y tipos de todos conocidos en la vida real; por la verdad que se observa en un caracter tan bien estudiado como el del vulgar [y por esto mismo menos fácil de reproducir) de Ventura; por lo discretamente pintados que están los caracteres de Margarita [no obstante que á éste último le falta algún desarrollo] de doña Andrea y aun los de menor importancia como el del cura, el subdelegado, el tío del protagonista, y otros; por la fidelísima, casi diríamos fotográfica verdad que hai en los tipos políticos del Deza, el Miyá, los diputados de lana oficial y especialmente del señor Ministro del Interior; por el chistoso brío con que se retratan personajes tan usuales en la comedia de la vida y tan dignos de estudio como el del congresal don Antonio y particularmente los de su famosísima mujer doña Cármén y demás frequentadores de aquella sociedad que es semi cursi apesar de su palacio y de sus dineros y que gira toda al rededor de la heredera, hija de don Antonio, y feecita no obstante que se llama Laura, la cual es un tipo algo borroso y falto de algunos toques; en fin, por el general acierto que se ve así en el plán como en la ejecución de *Ventura*, dijimos que el señor Silva era ya todo un novelista.

Olvidábasenos consignar que la novela del señor Silva no

es docente ni tiene finalidad alguna trascendental por más que en el último párrafo aparezca un como esbozo de problema social resuelto y condensado en estas palabras: “¿Te extrañarás, lector amigo, de que Ventura piense que no siempre se halla la dicha en el mundanal ruido y que, *para él*, sin duda estaba en la aldea de Bellavista y el amor de Margarita?” De primera vista no parece sino que el autor condena en absoluto la *mundanal vida*, y que este es un objeto docente de su novela. Pero, si bien se mira y se repara con atención en ese *para él* que hemos subrayado al copiar, resulta tal problema del todo ausente de la obra, pues el autor no hace sino referir un caso particular y aislado.

En efecto, ni al señor Silva ni á nadie puede venirle en mientes deducir que el hombre debe de ser siempre cerril y campestre y que no conseguirá jamás la dicha en la mundanal vida, sin más premisa que la muy convencional y arbitraria de que Ventura no había nacido para el mundano ruido sino para la dulce y ensalzada vida de la *soledad y apartamiento*. Porque es lógico que así como á Ventura que, al fin y al fin no tenía dedos de organista, le fué mal en la feria de la bulliciosa vida del mundo, á otro que no tuviera pasta para la vida campestre, y sí tuviera hábitos y facultades para la vida mundanal, pudo irle muy bien en la tal vida sin que tampoco se resuelva con ello ningún problema ni se evidencie ninguna verdad de moral ó de filosofía.

No se extraiga, por tanto, trascendentalismo alguno de *Ventura*; no hay en esta novela enseñanzas morales, bien que mucho menos las hay inmorales. Y nadie se alarme de semejante circunstancia, que al fin y al cabo, es para un autor hartamente más meritorio y difícil hacer una obra buena y de interés sin otros materiales que los puramente artísticos, que el hacer una obra buena prevaliéndose para darla interés de la pasajera boga de tal ó cual problema de esos religiosos, políticos ó filosóficos que tanto mueven las plumas de los escritores del siglo. *Ventura* es obra puramente artística, y lo repetimos, mérito es éste, en nuestro entender, hartamente más loable de lo que á muchos parecerá, toda vez que patentiza en el autor criterio artístico independiente de ideas y sistemas preconcebidos y ordenado sólo á las reglas de la belleza.

Muy incompletos y muy injustos fueran estos apuntes, escritos con más priesa y brevedad que nuestro buen ánimo quisiera, si no alabáramos debidamente el mérito más literario y que con más continuidad luce en cuanto escribe el señor Silva. Nos referimos á la forma de *Ventura*: esto es, á su estilo, siempre elegante, natural y de corte y sabor castizos; y á su lenguaje, siempre pulcro, limpio y por extremo correcto.

El autor de *Ventura* pertenece de todo en todo á la mejor escuela literaria ya que, además de las ideas que le hemos visto, posee otra menos común entre los que leen y escriben: y es que, dándole al fondo toda su grande importancia concédele también á la forma todo el subido valer que ella se merece, desoyendo así cuanto dicen en contra de este mérito los que, ignorantes del idioma en que pretenden hablar y escribir, son incapaces de apreciar los delicados primores y bellezas de la buena forma literaria.

El señor Silva ha comprendido con muy buen acuerdo que así como el máspreciado y deleitoso licor se derrama y pierde si no se le encierra en adecuado vaso, así el pensamiento de los que escriben, por bello que en el fondo sea, piérdese irremisiblemente si no se le encierra en el vaso de la buena forma literaria.

La buena forma es al fondo del escrito, lo que el pulimento á la piedra preciosa, lo que el esmalte al oro, lo que el bruñido al acero, lo que el engaste a la alhaja. Y variando los términos: el fondo no puede lucir ni, por ende, apreciarse, si no se le pule, esmalta, bruñe y engasta esmeradamente en la buena forma, que es el único medio de que la belleza sea duradera.

Se objetará quizás que ese esmero es pura frivolidad; mas quien tal diga apenas si demuestra no conocer ni siquiera la naturaleza del hombre que ha sido, es y será siempre algo pagana, puesto que existen en ella formas sensibles que, en rigor, pudieran llamarse frivolidades con la propia razón con que así se adgetivan á las formas literarias. Y si hay en esto frivolidad, dígansele á Diós que nos regaló cosa tan frívola como nuestros cuerpos; los cuales, así el del hombre más feo como el de la mujer mas hermosa, no son, al fin de cuentas, sino meras *formas* de nosotros mismos. Ahora bien: si la forma humana tiene en el mundo

social tanta importancia, sobre todo la de las mujeres que son sin duda, las más bellas obras del Creador, ¿porqué la forma literaria no ha de tener esa misma importancia en el mundo artístico, sobre todo la de las obras de puro arte que son, á no dudarlo, las obras más bellas del hombre?

La forma de *Ventura* es de lo más esmerado y correcto que se ha escrito entre nosotros que (entre paréntesis, no es mucho) y estamos ciertos de que el estilo y lenguaje del Sr. Silva sobresaldrían por su sabroso casticismo y por su elegante corrección, aun entre los buenos escritores peninsulares; que no es poco decir.

Atento estudio del idioma castellano; asídua familiaridad con los clásicos inmortales de la lengua española, especialmente con Cervantes y su imitador más insigne, Moratín (hijo); no común versación en los achaques gramaticales del idioma y en el giro especial de sus elegantes modismos; y en fin mucha y muy bien aprovechada lectura de los buenos autores: he ahí lo que significa la forma literaria del Sr. Silva. Si á esto, que tan buenos estudios representa, se le llama frivolidad, ojalá que á cuantos escriben les ocurriera la idea de apostárselas á frívolos!

Apesar de tales estudios, el estilo que campea en *Ventura* es natural y desafectado: en que se vé el arte exquisito del autor. Con todo, hay en ese estilo un defecto, que no dudamos corregirá pronto el Sr. Silva: y es el de ser algo frío, el de cortar á veces con demasiada dureza los vuelos de la fantasía. Ello proviene de que, si bien su estilo tiene ya naturalidad, lo que es mucho, no ha alcanzado aún toda la desenvoltura indispensable para reflejar cumplidamente los mil variadas matices del pensamiento. El estilo del Sr. Silva, aunque muy llano, muy natural y muy castizo, no tiene el desembarazo, el ritmo, la cadencia ni la majestad que tan bien se avienen con el habla sonora de Castilla.

Cuando el Sr. Silva sea menos tímido consigo mismo; cuando confíe más,—que, sin recelo, ya puede confiar,—en la destreza de su pluma, sólo entonces dará más soltura á su frase, algo breve todavía; más amplitud á su período, algo tímido aún; más rotundidad y energía á sus párrafos ahora fríos pálidos; y de consiguiente será su *forma*, á más de pura y natural, que ya lo es, elocuente, armoniosa, robusta y bien templada.

Note bien el Sr. Silva que una cosa es la frase y otra el estilo. Su frase es todo lo pura, castiza y correcta que puede serlo; por que ya ha sabido encarnar el espíritu lleno de sal y donaire del lenguaje español. Empero, su estilo no tiene aun todas las cualidades que tanto embellecen y magnifican á la lengua de Cervantes y Granada; porque no se ha asimilado todavía la elocuencia y el número, la fuerza, y el brío la armonía y la majestad que tan propias són de la rica lengua castellana.


Perdónesenos si hemos hablado con exceso en estos asuntos de forma, considerando lo convencidos que estamos de la profunda verdad que reza el dicho popular: *todo entra por los ojos*; el cual significa la grande importancia que, dígaselo que se quiera, tiene y ha tenido siempre la forma.

Todo entra por los ojos. Ello es tan cierto, que hasta el amor del alma, en nuestro concepto lo menos frívolo y más espiritual que hay en la tierra, hace antesala en la forma; pués que entra muy á menudo, particularmente en los hombres, nada más que por los ojos. ¡Qué mucho entonces que en las obras de arte, menos espirituales que los sentimientos del alma, nos cautive tanto la forma!

¡Ojalá que el público, penetrado de lo que valen y de lo que prometen obras como *Ventura*, premie los esfuerzos y los méritos del Sr. Silva impulsándole con sus aplausos y con la compra de su libro, á que escriba y publique pronto nuevas novelas!

JORGE HUNEEUS GANA

Santiago, Septiembre de 1885.





ESTUDIOS GRAMATICALES

(DEL RÉJIMEN CASTELLANO)

(Continuacion)

ESFORZARSE

Segun la Academia, rijen las preposiciones *a*, *en* y *por*; y así lo encontramos usado en nuestros buenos escritores, de modo que esto debe ser lo cierto, aunque Salvá no señale mas que las dos primeras.

“Esforzaos *a* padecer, que a la medida de los trabajos os darán los consuelos.” (*P. Avila*).

“Hermana, pues esforzaos *en* Dios vuestra salud, y no penseis que os vende caro el cielo.” (*El mismo*).

“Otras veces la naturaleza se esfuerza *por* excederse a sí misma, y junta monstruosamente grandes virtudes, y grandes vicios, como se vió en Alcibiades.” (*Saavedra Fajardo, Empresas políticas.*)

ESPERAR

Rije de ordinario tres preposiciones: *a*, *de*, *en*.

“Esperaremos *a* que venga.”—“Nada podemos esperar *de* hombres tan faltos de patriotismo.”

“Gustad y ved cuán suave es el Señor: bienaventurado el hombre que espera *en él*.” (*Granada.*)

“Agráviate en justicia y en prudencia
Quien piensa que, de justo o presumido,
Esperas *en* la fé de tu conciencia.” (*B. L. de Argensola.*)

ENOJARSE

Se dice con propiedad “enojarse *con* o *contra* alguno:

“Sepamos que se aplaca Dios en los que le temen y esperan en su misericordia, y se enoja *con* los que nó.” (*P. Avila.*)

Pero no sucede lo propio en la frase, “se enojó *por* lo que le dijieron”; pues este verbo no rije, a lo ménos segun la Academia, la preposicion *por*. Debe decirse, por lo tanto, “se enojó *de* lo que le dijieron.”

ESTIMAR

Este verbo, si no se usa como activo, rije únicamente la preposicion *en*:

“Y es razon averiguada que aquello que mas cuesta se estima y debe de estimar *en* mas.” (*Cervantes.*)

ENVIAR

Rije várias preposiciones:

..... “Presentes y dones que el esposo envia *a* la esposa para enamorarla y entretenerla hasta el dia que se hayan de tomar las manos, etc. (*Granada.*)

“Pídale a nuestro Señor que le envíe en el corazon lo que su siervo le enviaba *por* cartas.” (*P. Avila.*)

Con igual propiedad puede decirse que “fulano fué enviado *de* embajador,” y “le envió la carta *con* el sirviente.”

Ademas de las preposiciones anteriores, es fuera de duda que tambien puede rejir la *en*, aunque la Academia no la menciona.

“Y así lo que Ud. me envia *en* limosna, de ello se gastará con mi hermana, y lo demas *en* buenas obras.” (*S. Teresa.*)

“Le recibió con todo honor y cortesía, y le envió *en*

compañía de su primo Amir al frente de cinco mil ginetes con los cuales pasaron el estrecho, y se pusieron sobre Tarifa." (*Quintana.*)

"Y la serenidad y la alegría
Al orbe que defiende
En raudales benéficos envía." (*Quintana a la invencion
de la imprenta.*)

EMBORRACHARSE—EMBRIAGARSE

Estos dos verbos rijen las preposiciones *con* y *de*, siendo el uso de la primera el mas comun.

"Estaban ya sin ninguna esperanza de salvarse, ni de venir a batalla: acuerdan de hacer el postrer esfuerzo. Emborráchanse *con* cierto brevage que hacian de trigo, y le llamaban celia: con esto acometen" etc. (*Mariana, Historia de España.*)

"Porque aquel nuevo vino que Dios nos da a beber, le embriaga *con* su dulcedumbre, y le hace despreciable todo lo visible." (*P. Avila.*)

ENVOLVER

La Academia da a este verbo por réjimen las preposiciones *en*, *con* y *entre*. Nuestros buenos escritores han usado con preferencia la primera.

"O es demonio que anda suelto
O venganza de enemigo
Que anda *en* amistad envuelto." (*H. de Mendoza.*)

Voz de dolor y canto de gemido
Y espíritu de miedo envuelto *en* ira
Hagan principio acerbo a la memoria
De aquel dia fatal, etc. (*Herrera.*)

.....De las arenas
Que el mar sacude en la fenicia Gades,
A las que el Tajo lusitano envuelve
En oro y conchas, una y otro imperio", etc. (*L. F. Moratin.*)

Quintana, en su oda *Al combate de Trafalgar*, usa la preposicion *con*:

“Esas . . . la noche *con* su negro manto
Envuelve el mundo; sombras espantosas,
En torno de los mástiles vagando”, etc.

ENCLAVAR

Rije la preposicion *en* unicamente.

“Quien mucho se enoja, lo primero recoge la ira en sí. . . . y regaña los dientes, y aguza los ojos, y los enclava *en* el que padece, etc. (Fray Luis de Leon.)

“Mil veces de morir determinado,
Los ojos enclavados *en* el suelo,
Sus graves desventuras contemplando,
Con lágrimas” etc. (F. de Figueroa.)

ENCENDERSE

Rije tambien la preposicion *en*.

“Les rogó y conjuró por la amistad antigua y por el derecho de parentezco no desamparasen a Numancia para ser saqueada y asolada por el enemigo, que encendido *en* corage y en deseo de vengarse” etc. (Mariana.)

“Entrégase el amante al golfo Jonio,
Mas encendido *en* vil amor que en ira;
Inmensa armada en su favor conspira
Del medo y persa, egipcio y macedonio.” (Jáuregui.)

“Yo, triste, en nube eterna del olvido
(Culpa tuya), apartado del sol mio,
No me enciendo *en* los rayos de tu frente.” (Herrera.)

“Una alma en Dios escondida
¿Qué tiene que desear,
Sino amar y mas amar
Y *en* amor toda encendida,
Tornarte de nuevo a amar?” (S. Teresa.)

Fray Luis de Leon usó la preposicion *con*:

“Ansí hacen los que encendidos *con* la disputa, y segándose con la tema y enojo, ni ven lo propio de su propósito,” etc.

Salvá no reprueba este uso.

ENTRETENERSE

No señala la Academia el régimen de este verbo; pero ateniéndonos a la práctica de los buenos hablistas, creemos que pueden usarse con él las preposiciones *con* y *en*.

“Por acomodarse a lo que habia leído en sus libros, cuando los caballeros pasaban sin dormir muchas noches en las florestas y despoblados, entretenidos *con* las memorias de sus señores.” (*Cervántes*)

“Todo esto al revés en los letrados, porque de faldas, que no quiero decir de mangas, todos tienen *en* que entretenerse.” (*El mismo*)

EMPAPAR

“Empapar un trapo con agua”; así se dice no raras veces, pero indebidamente, porque este verbo no rije *con*, sino *en* o *de*.

“Todo absorto y empapado *en* lo que habia leído en sus libros mentirosos.” (*Cervántes*.)

EMPLEAR

A este verbo suele dársele por régimen la preposición *para*; no rije otra que la *en*.

“Esto se podrá conseguir, si parte del tiempo que se gasta en espinosas cuestiones, que ántes lastiman que mejoran el entendimiento humano, honestamente se emplea *en* mas fructuosos asuntos.” (*Mayans*.)

EXAMINAR

La Academia da a este verbo por régimen la preposición *de*: “Examinar (a uno) *de* gramática.”

Salvá, acaso con mejor acuerdo, cree que pueden usarse *de* y *en*: “Examinar (a uno) *de* o *en* filosofía.”

EMBESTIR

“Embostir *con* o *contra* alguno,” es el régimen propio y comun de este verbo.

“Con la lanza en el ristre arremetió a todo el galope de Rocinante y embostió *con* el primer molino que estaba delante, y dándole. etc.” (*Cervántes.*)

El P. Granada usó la preposicion *sobre*:

“Cercado te han dolores de muerte, embostido han *sobre* tí todos los vientos y las olas del mar.” Lo cual parece que debe mirarse ya como un arcaismo.

Por el contrario, creemos que la *en* no debe colocarse en igual categoría:

“Esfuerza, viento, esfuerza,
Hinche la santa vela, emboste *en* popa
El viento; haz que no tuerza
Do Avila casi topa
Con Calpe, hasta llegar al fin de Europa.” (*Fray Luis de Leon.*)

El uso de la preposicion *por*, parece que no está autorizado por nuestros clásicos.

ESMALTAR

Rije *de* y *con*; la primera es mas usada.

“Cómo el arroyo se desliza y salta,
Y al salpicar las flores,
Su grata variedad y sus colores
De perlas mil esmalta?” (*Meléndez Valdez.*)

“El Arno delicioso
Me ofreció en balde su feraz recinto,
Esmaltado *de* flores,
Asilo de la paz y los amores.” (*Martínez de la Rosa.*)

La Academia advierte que en poesía puede usarse *en*.

ESPANTARSE

La Academia dice que este verbo rije las preposiciones *de* y *por*. Con el debido acatamiento, decimos que hai en esto alguna equivocacion, pues será difícil probar que los buenos escritores hayan usado la segunda de las preposiciones nombradas, bien al revés de la primera, que la encontramos en todos ellos.

“Cuando hizo el ensayo, confieso mi pecado, que tambien fuí *de* ello espantado, y creí que así era, como otros muchos.” (*H. de Mendoza.*)

“Ya he escrito a V. cuán a buen tiempo hizo la merced a mi hermana: que yo me he espantado *de* los trabajos de necesidad que la ha dado el Señor.” (*S. Teresa.*)

“Llega una desmandada bala, disparada de quien quizá huyó y se espantó *del* resplandor que hizo el fuego” etc. (*Cervántes.*)

“Quiero dejar la pluma; que me espanto
De ver ese furor trasordinario,
Y dar de contricion señal con llanto.” (*Iupercio L. de Argensola.*)

“No soy despues del daño tan constante,
Que no tiemble en pensar lo que sufría,
Y *de* mi ostinacion, que no me espante.” (*Herrera.*)

ESMERARSE

Este verbo no rije otra preposicion que la *en*; de modo que no puede decirse “esmerarse *por* cumplir su deber,” “esmerarse *por* hacer tal cosa con toda perfeccion.”

ENCONTRAR

Aun cuando no se use reflejamente, puede este verbo rejir la preposicion *con*: “Encontrar *con* un obstáculo,” dice la Academia. Y en el P. Ávila leemos:

¿“Qué sería si V. se atreviese a andar un poco mas ligero por el camino de Dios.? Creo encontraría V. *con* tales cosas, que” etc.

EXTENDER

La Academia no indica el réjimen de este verbo; Salvá no le da otro que la preposicion *en*.

“Y en cambio al recibido
Beneficio presente, al cielo pido
Que iguale con su altura
La fértil copa que tus hojas brota,
Y extienda tus raices
En el terreno” etc. (*Jáuregui.*)

ESTRELLARSE

Este verbo rije comunmente las preposiciones *con*, *contra* y *en*; “Estrellarse *con* alguno”; “estrellarse *contra* o *en* la roca.” Quintana usó la preposicion *a*:

“Terror de muerte en torno le rodea,
Terror de muerte silencioso y frio,
Y él va a estrellarse *al* aspero bajío.”

ESCAPAR

No acertamos a comprender por qué la Academia no menciona la *de* entre las preposiciones que rije ese verbo, siendo una de las mas usadas.

“San Bernardo, siendo molestado algunas veces de esta ponzoña, hacia cuenta que estaba ausente de la muchedumbre del pueblo que le daba honra: y así escapaba *del* canto engañoso de esta sirena.” (*P. Avila.*)

“Otros con barcas por la ligereza de los remeros, o por la fuerza del viento que daba por popa, escapaban *de* ser heridos,” etc. (*H. de Mendoza.*)

“Propuso el elocuente Roqueso
Echarle un cascabel, y de esa suerte
Al ruido escaparian *de* la muerte.” (*Samaniego*.)

Las otras preposiciones que rije este verbo son, *a con* y *en*, a las que Salvá añade *por*: “Escapar *a* la calle”; “escapar *con* vida”; “escapar *en* una tabla”; “escapar *por* la ventana.”

ERRAR

Parece que no puede rejir otra preposicion que la *en*:

“Señor, dije yo, si él era lo que dices y tenía mas que vos, no errábais *en* quitárselo primero, pues decís que él tambien os lo quitaba”. (*H. de Mendoza*).

ESCONDERSE.

Las preposiciones que mas frecuentemente acompañan a este verbo, son *de* y *en*:

“I como en esta tierra se murmura
Quo hay *en* ella escondida lata y oro,
Pensó que estaba dentro su ventura”. (*B. Leonardo de Argensola*)

“Yo, en tan alegre vista embebecido,
Y *en* los tejidos ramos escondido,
Al cielo” etc. (*Javúregui*).

“Escondese *de* alguno”.—Tambien puede rejir la preposicion *a*: “Escondese *a* la persecucion”.

ECHAR.

Este verbo puede rejir un gran número de preposiciones, como puede verse en los ejemplos siguientes:

“Y despues que fué vuelto en su acuerdo, echóse *a* los pies del comisario, y demandándole perdon, confesó haber dicho aquello por boca y mandamiento del demonio”. (*H. de Mendoza*).

“Pero él iba tan puesto en que eran gigantes, que ni oía las voces de su escudero Sancho, ni echaba *de* ver, aunque estaba ya bien cerca, lo que eran”. (*Cervantes*).

“Con este razonamiento y con abundancia de lágrimas que derramaba, con echarse *en* tierra y a los pies de cada uno tenia ablandados los corazones de muchos”. (*Mariana*).

“Y da tan gran golpe en el suelo, que la Iglesia toda hizo resonar, y comenzó a bramar y echar espumajos *por* la boca”. (*H. de Mendoza*).

“Echad con vuestras tinieblas un manto *sobre* su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el Arca del Testamento desnuda”. (*Fray Luis de Granada*).

EXPLICAR.

Parece que este verbo rije las proposiciones *con* y *por*: “¡O venerable misterio, mas para sentir que para decir; no para explicarse *con* palabras, sino adorarle con admiración en silencio!” (*F. Luis de Granada*).

“Toda la influencia del principio relijioso durante la edad media se explica *por* la fuerza política que los reyes, grandes y naciones le dieron, no teniendo otras máximas ni otro motivo de union que las doctrinas del Evangelio”. (*Lista*).

ENCOMENDARSE.

Rije comunmente la preposicion *a*.

“Y encomendándose de todo corazon *a* su señora Dulcinea, pidiéndole”. etc. (*Cervantes*).

Tambien se usa, pero con ménos frecuencia la *en*: “Encomendarse *en* las oraciones de alguno”.

ENCARARSE.

“Encararse *contra* alguno”, no se puede decir, sino “encararse *a* o *con* alguno”.

ENAJENARSE.

No puede rejir otra preposicion que la *de*:

“Y como ven aquel sol de infinita belleza, amante eterno de sí mismo, vánse aquellas mentes angélicas, atónitas, enagenadas *de* sí, libres sin libertad, presas sin presion, como las mariposas a la llama”. (*Malon de Chaide*).

ENCERRAR.

Lo encontramos usado con dos preposiciones, *en* y *por*.

“Hé aquí como encierra *en* sí todas las virtudes: si uno ama”, etc. (*M. de Chaide*).

“Mas sobreviniendo otros, fácilmente eran rebatidos y encerrados *en* la ciudad”. (*Mariana*).

“Cuando la noche fría
Con su estrellado manto
El claro dia *en* su tiniebla encierra,
Y suena en la espesura” etc. (*Lope de Vega*).

“Por esto se llama perfectísimo, porque *por* sí solo encierra los efectos de todas las virtudes y los frutos de ellas”. (*M. de Chaide*).

EXCLUIR.

Rije la preposicion *de*: “Excluir a uno *de* la junta”. El P. M. de Chaide usó la *por*:

“Pues, volved agora a mirar lo que hace el amor, y como el solo es toda virtud y excluye *por* sí todo mal”.

ENTRETEJER

¿Deberá decirse “entretejer (una corona) *de* flores, o *con* flores”?

Nuestros buenos escritores han usado ambos preposiciones:

“Y no eran sus adornos de los que ahora se usan, a quien la púrpura de Tiro y la por tantos modqs martirizada se la encarecen, sino de algunas hojas de verdes lampazos y yedra entretejidas”. (*Cervantes*).

Escrito ya el ejemplo anterior, notamos que el sentido no está bien claro; pues la preposicion *de* puede ser rejida por “hojas” o por “entretejidas”, y de aquí nace la ambigüedad.

“El jardin adornado de mil flores,
Y diferentes árboles mayores,
Con su fruta sabrosa enriquecidos,
Tal vez entretejidos
Con la frondosa vid que se derrama
Por una y otra rama”. (*Samaniego*).

ENTREMETERSE—ENTROMETERSE.

Rijen invariablemente la preposicion *en*: “Entremeterse o entrometerse *en* los asuntos de otro”.

Don Francisco Manuel de Melo, en su *Guerra de Cataluña*, usó la *a*:

“Si en algo te he servido, pídotte que no te entrometas *a* saber de mí mas de lo que quiero decirte”.

EXCUSARSE.

Rije *con* y *de*: “Excusarse *con* alguno”.

“Le promete mercedes correspondientes a su lealtad, y le manda que venga a verle, excusándose *de* no ir a buscarle en persona por su dolencia”. (*Quintana*).

EMBEBECERSE.

Rije la preposicion *en* únicamente:

¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente,
Seguirte anciaba en el tendido suelo,
Y estático te via
Y en contemplar tu luz me embeecia! (*Esproncedo*.)

EMULAR.

Este verbo rije la preposicion *con*: “Emular *con* alguno”.
Don F. Javier de Búrgos, en su oda *A los progresos de la industria*, lo usó con la preposicion *a*:

“Los pinceles hispanos
Al lado brillen del pincel de Apéles;
Emulen sus sínceles soberanos
Al divino síncel de Praxitéles.”

ENGREIRSE.

La academia y Salvá le dan por réjimen las preposiciones *con* y *de*: “Engreirse *con* o *de* su fortuna.”
El autor ántes citado (Búrgos) usó la *en*:

“De la anarquía impura
Jamás se alista en la cohorte aciaga
El que *en* trabajos útiles se engríe.”

EMPACHARSE

No pocas veces se da a este verbo por réjimen la preposicion *con*. La Academia no señala otra que la *de* y la *por*.

EMPEDRAR

Es indeferente decir “empedrar la calle *con* adoquines, o *de* adoquines.”

EMBUTIR

Segun Salvá, este verbo rije las preposiciones *de*, *en* y *con*; segun la Academia, solo las dos primeras.

Como quiera que sea, no nos parece que tenga nada de reprochable el siguiente ejemplo de B. L. de Argensola.

Trastorna la vasija persuadido
Que estaba del mas fino oro macizo,
“Entre joyas antiguas embutido.”

EMBOZARSE

“Embozarse *con* la capa o *en* la capa;” ambos rejímenes son usuales y propios.

ENCAJARSE

“Fulano se encajó por fuerza *a* la reunion;” debe decirse “*en* la reunion.”

ENFADARSE

“Enfadarse *con* alguno;” “enfadarse *por* poca cosa.” Estas son las dos preposiciones que mas a menudo rije este verbo; pero no es ménos correcto el uso de la *de*:

“Ni lo dirá tu hermana, que se enfada
De estar labrando soliman y mudas,
Ella desnuda y tu muy enjoyada.” (*Lupercio L. de Argensola.*)

ENTAPIZAR

“Entapizar *con* ricas telas o *de* ricas telas.” Estas son las preposiciones que rije este verbo, segun la Academia.

EXPERIMENTAR

No rige la preposicion *por*: no debe decirse, por consiguiente "experimentar (placer) *por* algo," sino "*con* algo."

ENTERARSE

"Enterarse *de* un asunto," o enterarse *en* un asunto;" de los dos modos puede decirse, segun la Academia y Salvá.

ENTRAR

Rige varias preposiciones: "Entrar *a* sangre y fuego;" entrar *en* la iglesia;" "entrar *de* mayordomo;" "entrar *con* buen ánimo;" "entrar *por* poco.

"Pasaron el cuerpo de guardia, entraron *en* la casa quebraron las puertas del aposento," etc (*H. de Mendoza.*)

"Pues solamente deben ropas nuevas

Al entrar *por* los puertos, el derecho,

Y no será que a mas te atrevas (*Lupercio L. de Argensola*)

"Y si tienes miedo, quítate de ahí, y ponte en oracion en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla." (*Cervantes.*)

ENLAZAR

"Enlazar una cosa *con* otra," está bien dicho; pero tambien puede decirse "enlazar una cosa *a* otra."

ESTAR

Este verbo se construye con casi todas las preposiciones:

“Estar *a ciegas*,” “estar *con cuidado*,” “estar *de bodas*,” “estar *en duda*,” “estar *para irse*,” “estar *por lo primero*,” “estar (mano) *sobre mano*,” “estar *sin socio*,” “estar *entre enemigos*,” “estar *bajo las órdenes de otro*.”

Y aquí notaremos de paso que no por rejir algún verbo muchas preposiciones, puedan ellas emplearse promiscuamente; sino por el contrario, en este caso es cuando debe procederse con más tiento.—“Estar *con cuidado*,” y “estar *de cuidado*,” son expresiones que tienen significado muy diverso: la primera significa estar inquieto por algo; y la segunda estar enfermo de alguna gravedad. Y si bien puede decirse “estar *entre amigos*,” no puede decirse, sin embargo, “estar *entre espinas*,” sino “estar *en espinas*.”

Sobre la frase que el verbo *estar* y algunos otros forman con el sustantivo *pié*, hé aquí la práctica de los maestros de la lengua.

“Rompe el arado la fecunda tierra,
Que cual lóbrega tumba
Los sacros restos de Herculano encierra;
Y si Pompeya *en pié* mira sus muros,
Los siglos carcomieron su cimiento:
Y al respirar el viento,” etc [*Martínez de la Rosa La vuelta a la Patria*]

“Cruzaba lento las estrechas calles
Sin huella humana; pórtico y plazas
Sin un solo viviente; *en pié* los muros,
Desiertos los hogares; y en los templos
Sin víctimas las aras... y aún sin dioses.” [El mismo,
Epístola al Duque de Frias]

“Mayormente, dijo, que no soi tan pobre que no tenga en mi tierra un solar de casas, que a *estar* ellas *en pié* y bien labradas,” (*H. de Mendoza, Lazarillo de Tórmes*)

“*De pié* estaba Cárlos quinto,
Que de España era primero,
Con gallardo y noble talle,
Con noble y tranquilo aspecto.” (Duque de Rivas, *Un castellano leal*.)

“Sentóse don Quijote, y *quedábase* Sancho *en pié* para servirle la copa, que era hecha de cuerno” *Cervántes, Don Quijote*.)


“¡Gran merced! dijo Sancho; pero sé decir a vuestra merced, que como yo tuviese bien de comer, tan bien y mejor me lo comiera *en pié* y a mis solas, como sentado a par de un emperador.” (El mismo)

“Y luego que hecha o no hecha una breve oracion, se *ponia de pié* en el púlpito,” (*P. Isla, Frai Jerundio*)

La posesion de los Países-Bajos, provincias lejanas, inútiles a la prosperidad de España, y tal vez nocivas al desarrollo de su industria, la obligaban necesariamente a continuos gastos y desembolsos; la condenaban a mantener *en pié* crecidos ejércitos, etc. (*Martinez de la Rosa, Reinado de Carlos I.*)

PEDRO N. ALBORNOZ.

(Continuará)



HIMNOS Y QUEJAS

Al ver que ráuda asoma
sobre la esfera
con sus besos de fuego
la primavera,
vierten las flores
el aromado néctar
de los amores.
Y de la cruz enhiesta
del campanario
las golondrinas tienden
el vuelo vário.
Ay! cuánto anhelo
estremece sus alas
al ver el cielo!
Es que al acento flébil
de sus canciones,
despiertan amorosas
las estaciones;
y es la primera
que sus himnos acoge
la primavera.
Y en el azul del cielo
que irrádía amores,
halla vida el lenguaje
de aves y flores;
pues con ternura
les presta á flores y aves
su lumbré pura.

Y en su delirio vago,
lleno de anhelos,
la primavera viene
desde los cielos,
vertiendo aromas
y con el dulce arrullo
de las palomas.
Oh! quién tuviera el alma
de aves y flores
para cantar el himno
de los amores. . . .
¡Vana esperanza!—
su ansiada primavera
mi fé no alcanza.

La Paz. 1881

R. VILLALOBOS.



EL FALSO QUIJOTE

(Conclusion).

Esta su idea primitiva una vez él puesto al trabajo, cambió, inconciente ó deliberadamente, no nos toca averiguarlo; la imaginación del autor corrió en busca de un campo mas vasto. ¡Tal estrecho circuito no era suficiente para contener á un genio! Y el Quijote vino á ser ya “el contraste eterno del espíritu poético y del espíritu de la prosa”; (Sismondi) ó ya la “explosión misteriosa é inconciente de esa portentosa fuerza que se llama genio”; (Revilla) ó el contraste de la clase noble con la plebeya; (Tubino) ó la obra por excelencia, la única en su género, la única que retrata á la humanidad entera en todas sus diferentes situaciones, la más estable y al mismo tiempo susceptible de amoldarse á todos los gustos y caprichos, que el que “busca en el Quijote una fábula ingeniosa é interesante, la encuentra tan artificiosa, tan variada, que jamás se agotan las aventuras de todas clases, los lances sorprendentes, desde los sueños estravagantes de una imaginación enferma, hasta los triviales sucesos de la vida privada; el que anhela descripciones bellas, las halla á cada paso, tales y tan várias, que no pueden menos de embelesar por su exactitud y la valentía del pincel con que están ejecutadas: el que exige caractéres bien diseñados, admira mil de mano maestra que denotan profunda observación y conocimiento grande del corazón humano; el que pide filosofía, la encuentra en todas las páginas; el que necesite lecciones de moral, de política, de literatura, las tiene con pro-

fusión y de la mas sana doctrina; el que quiere reir, ríe; el que se complace á llorar, llora; no hay estado de la necesidad que no se encuentre descrito; no hay condición que no pueda aprovecharse de sus máximas" (Gil y Zárate).

La Segunda Parte es una narración satírica que tuvo por objeto—eliminando la cuestión de envidia y venganza—"desterrar la perniciosa lición de los vanos libros de caballerías, tan ordinaria en gente rústica y ociosa"; (Avellaneda.—Prólogo de la Segunda Parte) si bien por diferente camino del empleado por Cervántes. El resultado para Avellaneda es conocido. ¡La triste celebridad que le da el genio á quien tan groseramente insultó! Se propuso escribir una diatriba contra los libros de caballería y consiguió su objeto. Hé ahí todo. No pudo haber sido de otra manera: que no cabe comparación entre el hombre que es un genio y el que no lo es; que no hay parangón posible entre la obra de reducidos alcances y la obra universal de todo tiempo y circunstancias. Este paralelo que no debe establecerse y que, sin embargo, no puede dejar de hacerse, es lo que más perjudica á Avellaneda.

Pasando del terreno de la idea y alcance de ambas obras al de la realización de ellas, se nota la misma enorme diferencia. El Quijote es una obra natural, espontánea, el falso Quijote no es más que una mala crítica del primero. ¡Hasta en los más mínimos detalles la inferioridad es manifiesta! Pocos habrá que no hayan saboreado las preciosas descripciones de la aurora que hace Cervántes en su Don Quijote, que principian: "Apenas el rubicundo Apolo" "Apenas la rosada aurora" ó en otros términos parecidos. Como crítica á esos bellos trozos, Avellaneda solo acierta á escribir la siguiente frase, que no es sino una triste parodia: "Tres horas antes que el rojo Apolo esparciese sus rayos sobre la tierra" Mientras tanto ¿quién no admira tan bellas frases como éstas? "Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y apenas los pequeños y pintados pajarillos con sus arpadas lenguas habían saludado con dulce y melíflua armonía la venida de la rosada aurora, que dejando la blanda cama del celoso marido, por las puertas y

balcones del manchego horizonte á los mortales se mostraba" . . . (Cervántes. Parte I del Quijote).

No escarmentado el autor con este fracaso y otros muchos ¡que más para su gloria, le hubiera valido no escribir la Segunda Parte y haber empleado el talento que Dios le diera en obra de mas acuerdo y razón! sigue con la imitación, guiado por la creencia de aventajar á Cervántes. Prueba este intento el *cuento de los gansos* que, otra vez, no es más que una parodia del graciosísimo *cuento de las cabras* del Don Quijote. No haremos mérito de la chistosa concepción que un gran susto sugirió al Sancho de Cervántes, en aquella solemne noche que precedió á la aventura de los Batanes. La creemos de todos conocida. En aquella pavorosa noche del Quijote, que tanto impresiona á los lectores, situación en la que el autor pinta con tanta maestría al lado de lo sublime y terrible, lo grotesco de la realidad, ante el peligro inminente de una desgracia que se cree segura, Sancho, hace esfuerzo desesperado en su imaginativa y refiere á su amo la triste, cuánto graciosa historia de los amores de Lope Ruiz con la pastora Torralba, conocida vulgarmente con el nombre de *las Cabras*. En la Segunda Parte, Sancho se empeña por contar un cuento para probar á sus amigos que es tan capaz como ellos para hacerlo y dice: "Érase, señores de mi alma, un Rey y una Reina, y este Rey y esta Reina estaban en su reino, y todos al que era macho llamaban el Rey, y á la que hembra la Reina. Este Rey y esta Reina tenían un aposento tan grande, como aquel que en mi lugar tiene mi señor Don Quijote para Rocinante; en el cual tenían el Rey y la Reina muchos reales amarillos y blancos, y tantos que llegaban hasta el techo. Yendo días y viniendo días, dijo el Rey á la Reina: Ya veis, Reina deste Rey, los muchos dineros que tenemos: ¿en qué, pues, os parece sería buéno emplearlos, para que dentro de poco tiempo ganáramos mucho más y mercásemos nuevos reinos? Dijo luego la Reina al Rey: Rey y señor, paréceme que sería bueno que los comprásemos de carneros. Dijo el Rey: No, Reina; mejor sería que los comprásemos de bueyes.—No, Rey—dijo la Reina;—mejor será, si bien lo miras, emplearlos en paños y llevarlos á la feria del Toboso.

Anduvieron en esto haciendo varios arbitrios, diciendo

la Reina nó, á cuánto el Rey decía sí; y el Rey decía sí, á cuánto la Reina decía nó". (Cap. XXI). A los postres vinieron en convenir una misma cosa: comprar gansos á dos reales, y venderlos á cuatro. Tantos gansos compraron que, todos juntos, ocupaban un espacio de más de veinte leguas. Fué necesario llevarlos al dominio de los reyes y en el camino encontraron un grandísimo río, al cual se le hizo una puente por la que sólo pudiera pasar un ganso; y así, yendo uno tras otro, comenzaron á pasar.
—¿Y qué?—“Aguárdense; ¡cuerpo non de Dios, que súpitos que son! Dejen pasar los gansos, y pasará el cuento adelante”.

¡Qué contraste! Creemos que ya el lector habrá hecho elección. Creó Cervántes la simpática é interesante figura de Dorotea, á su imitación, trazó Avellaneda el retrato de la repugnante y asquerosa Bárbara. En vista de esto se comprenderá que, para hacer de la Segunda Parte estudio detenido, se ha de eliminar, en cuánto sea posible, al Quijote. Debemos aceptar lo bueno donde quiera que lo encontremos y no debemos rechazarlo por que existe lo inmejorable. Pasaremos, ahora, á hacer un extracto del argumento de la Segunda Parte, el que entremesaremos con algunos trozos escogidos que puedan servir de muestra del estilo de Avellaneda.

VI.

Comienza la Segunda Parte (1) presentando á Don Quijote curado de su antigua locura; entregado al dolor que le ha causado la muerte de su sobrina Madalena, á la que reemplazó el cura Pedro Pérez con “una harto devota vieja y buena cristiana,” y ocupado en leer la “Guía de Pecadores” de fray Luís de Granada y el “Flos

(1) En la edición de la Segunda Parte de 1614 se lee: “y es la quinta parte de sus aventuras” (De Don Quijote). No nos esplicamos la causa de ello. Creemos inútil la división de la obra en una quinta, sexta y septima parte por no existir razones que la justifiquen. Esta división se ha suprimido en las nuevas ediciones.

La VI parte principia en el cap. XII y la VII en el cap. XXV.

Sanctorum” de Villegas. Quien no sepa lo que es el Flos Sanctorum, oiga á Don Quijote: “Este libro trata de la vida de los santos como San Lorenzo, que fué asado; de San Bartolomé, que fué desollado; de Santa Catalina, que fué pasada por la rueda de las navajas; y así mismo de todos los demás santos y mártires de todo el año.” Los amigos de Don Quijote se alegraban de verlo en tan buena salud y buen juicio. No había probabilidad de que volviera á su pasada locura pues “iba á misa con el rosario y las “Horas de Nuestra Señora” en las manos y oía todos los sermones; era opinión de sus amigos, que estas deleitables prácticas ponen en fuga los malos é inútiles pensamientos. Pero sucedió que un mancebo, llamado Don Alvaro de Tarfe, natural de Granada, emprendió viaje á Zaragoza, con objeto de asistir á unas justas, cosa que hacía por mandato de un “Seraffín, en hábito de mujer, de hermosura tanta que á dicho de todos los que la miraban con ojos no apasionados, afirmaban della, no haber visto criatura mas hermosa.” Este mancebo se alojó en casa de Don Quijote, donde pasó sólo una noche, en la que departió amigablemente con él y con Sancho, que era un labrador ignorante, simple y comedor. De esto último puede juzgarse por una respuesta que dió á Don Alvaro.

—“Teneis buen apetito de almorzar, Sancho amigo?”

—“Ese—dijo él—señor mío, *gloria tibi, domine*, nunca me falta, y es de manera, que (en salud sea mentado, y vaya el diablo para ruín) no me acuerdo en todos los días de mi vida haberme levantado harto de la mesa si nó fué ahora un año, que, siendo mi tío Diego Alonso mayordomo del Rosario, me hizo á mí repartidor del pan y queso de la caridad que dá la cofradía, y entonces allí hube de aflojar dos agujeros al cinto.”

Al partir Don Alvaro, encargó á Don Quijote el cuidado de unas armas que traía, que eran grabadas en Milán y consistían en peto, espaldar, golas, brazaletes, escarcelas y morrión. Alegró infinito á Don Quijote el encargo, pues inmediatamente propuso, en su entendimiento, lo que de ellas había de hacer; que los premios y justas de Zaragoza le habían vuelto á su anterior manía.

—“Querría—dijo Don Quijote á Sancho—(para que no se diga que yo he recibido en vano el talento que Dios me

dió, y sea aprehendido como aquel del Evangelio, que ató el que su amo le fió en el pañizuelo, y no quiso granjear con él) que volviésemos lo más presto que ser pudiese á nuestro militar ejercicio, porque en ello haremos dos cosas: la una, servicio muy grande á Dios, y la otra, provecho al mundo, desterrando dél los descomunales jayanes y soberbios gigantes, que hacen tuertos de sus fueros, y agravios á caballeros menesterosos y á doncellas afligidas; y juntamente ganaremos honra y fama para nosotros y nuestros menores, conservando y aumentando la de nuestros antepasados; tras que adquiriremos mil reinos y provincias en un quita allá esas pajas, con que seremos ricos y enriqueceremos nuestra patria.”

Así, animado de semejantes ideas, se hizo armar, una noche, Don Quijote con las armas de Don Alvaro, por Sancho, que recibió, como pago de su servicio, un buen susto. Apenas se vió armado, metió con presteza mano á la espada y con notable cólera se acercó á Sancho diciendo: “Espera, dragón maldito, sierpe de Libia, basilisco infernal; verás por experiencia el valor de Don Quijote, segundo San Jorge en fortaleza; verás, digo, si de un golpe sólo puedo partir, no solamente á tí, sinó á los diez mas fieros gigantes que la nación gigantea jamás produjo.”

Sancho se libró de la cólera de su amo, oculto bajo una cama, y este fué el primer ensayo que hizo, de sí, Don Quijote, antes de su tercera salida de Argamesilla, que tuvo lugar á último del mes de Agosto, del año que Dios sabe, “tres horas antes que el rojo Apolo esparciera sus rayos sobre la tierra.”

Antes de seguir adelante, vamos á hacer algunas observaciones, sobre algo que ya habrá notado el lector y que encontraremos á cada paso en todo el largo de la obra. Sancho, labrador sencillo é ignorante, se vale en su conversación de frases latinas, cosa que se habrá visto en la respuesta que de él hemos copiado. Nos parece esto un error, porque aunque fuera en esos tiempos, tan común, entre los hombres ilustrados, hablar y escribir en latín, esa generalización jamás se estendió á las clases bajas que solo se servían del romance. No es un sencillo labrador capaz de traer á pelo expresiones latinas, que, sin duda, no comprende, apesar de que esas expresiones se usen con bas-

tante frecuencia en la literatura y en las ciencias. En este error ha caído el autor no sólo una, sino multitud de veces. Abriendo, al acaso, la obra las encontramos en los caps. XIII—XXIX—XXXIII, etc. También el escudero es erudito; choca bastante oírle citar opiniones de santos y cánones; de filósofos, como á Aristóteles, de poetas como á Juan de Mena. La preciosa leyenda de Museo el Gramático tampoco se le escapa. Lo que muestra rebuscamiento ú olvido del papel que se hace desempeñar á Sancho. Ya que tratamos del escudero haremos notar que, siempre que él usa el verbo hacer, le suprime, al infinitivo y gerundio, la partícula *ac*, y les deja reducido á *her*, *hendo*. Se puede presentar multitud de ejemplos.—“Ha de andar mi señor *hendo* tantas caballerías de día y de noche, y *hendo* cruel penitencia en Sierra-Morena, dándose de calabazadas y sin comer, por una?” . . . (Cap. II).—“Las cosas dulces siendo pocas me *hacen* mal; aunque es verdad que cuando son en cantidad me *hacen* grandísimo provecho” . . . (Cap. III).—“Yo le juro y prometo de *her* todo eso que me dice; pero dígame en lo de *deshacer* esos tuertos: ¿ha de entrar también el licenciado Pedro García, beneficiado del Toboso, que es tuerto de un ojo? . . .” (Cap. III).—Y así infinidad de otros casos. ¿Por qué Sancho, en una misma frase, dice *her* por hacer y no tiene inconveniente para decir *deshacer*? Observando que sólo Bárbara y Sancho son los que así usan el verbo hacer, hemos creído que ello sería un modismo de la gente ignorante de aquellos tiempos. Si el usar así el verbo hacer fuera cuestión de Aragoneses, Cervántes se habría burlado de Avellaneda, como lo hizo con otros defectos, de los cuales aun no nos hemos ocupado, en la siguiente frase: “He hallado tres cosas en este autor (Avellaneda) dignas de reprehensión. La primera, etc. . . .: la otra, que el lenguaje es aragonés, por que tal vez escribe sin artículos.”—(Parte II del Quijote). En el cap. VIII se lee: “Y con esto hacía toda (¿la?) resistencia que podía; pero en vano.”—En otras partes se nota la supresión, no ya del artículo, sino de preposiciones. En el cap. XIX se lee: “llegando á pasar por delante (¿de?) su monasterio” . . . Y en el XVII: “Cerca (¿de?) los muros de una ciudad de las buenas de España” . . . etc. Estos pequeños defectos puede asegurarse que sean, antes que

del autor, de los tipógrafos. En algunas nuevas ediciones de la Segunda Parte, que hemos revisado, se hallan corregidos.

VII.

Cambió don Quijote, por el de *Caballero Desamorado*, su antiguo mote de *Caballero de la triste figura*; fué causa principal de esto, la durísima respuesta que dió la sin par Dulcinea á una amorosa carta de su amartelado galán. Hé aquí la carta de Dulcinea:

Sobrescrito.—A Martín Quijada, el metecapto.—

“El portador de esta había de ser un hermano mío, para darle la repuesta en las costillas con un gentil garrote. ¿No sabe lo que le digo, señor Quijada? Que por el siglo de mi madre que si otra vez me escribe de emperatriz ó reina, poniéndome nombres burlescos, como es Á la Ynfanta Manchega Dulcinea del Toboso y otros semejantes que me suele escribir, que tengo de hacer que se le acuerde. Mi nombre propio es Aldonza Lorenzo ó Nogales, por mar y por tierra”.

Como hemos dicho, don Quijote y Sancho emprendieron su tercera salida al amanecer, razón por la cual no tuvieron noticia de ella ni el cura, ni el barbero. En el camino tropezaron los viajeros con una venta, á la que don Quijote llamó castillo; siguiendo las reglas de caballería fuese el escudero á ejercer sus funciones de espionaje que cumplió mal, pues no hizo otra cosa que llevar su jumento á las caballerizas é imponerse del estado de la cocina. Cuando algunos momentos después se acercó don Quijote á las puertas de la venta, á desafiar á los gigantes y jayanes que habitáran el castillo, le contestó su escudero en la siguiente forma: “Señor don Quijote, bien puede entrar; baje, baje; que todos son amigos, y tenemos echado pelillos á la mar, y nos están aguardando con una muy gentil olla de vaca, tocino, carnero, nabos y berzas, que está diciendo: cómeme, cómeme.

Por la noche se ofreció para acompañarle, á don Quijote, una gallega que él tomó por hermosa princesa y como ella le pidiera algunos reales, mandó á Sancho que le die-

ra 200 ducados, mandato que el escudero se guardó bien de cumplir. Al día siguiente, estando ya de partida, vió don Quijote que el ventero daba de bofetadas por las costillas á la gallega, cosa que le calentó la sangre, por lo que con rapidez metió mano á su tizona y dirigió al abofeteador una feroz cuchillada, á no ser por no sé que estorbos el ventero no lo habría pasado muy bien. Sublevóse la gente. El ventero corrió en busca de su escopeta. ¡El peligro era grande! Pero ahí estaba el bueno de Sancho que, mediante su prudencia, medio apasiguó los ánimos y obligó á don Quijote á huir.

Emprendieron de nuevo el interrumpido camino, y durante seis días de marcha no les sobrevino pesadumbre de mayor consideración. En las cercanías de Ateca encontraron á un hombre que guardaba un melonar, á quien, don Quijote llamó el señor de Anglante, Arnoldo y á quien desafió. El melonero que se vió amenazado por un hombre armado de tan singular manera, temió por sí y para su defensa recurrió á su honda. Manejó tan bien el arma que á poco dejó á don Quijote tendido sobre el suelo, pero como repararse que acompañaba otro hombre al que ya tenía casi vencido, huyó; pero para volver en seguida con otros tres compañeros y los cuatro juntos dieron una soberana paliza á los desfacedores de tuertos y les despojaron al uno de su jumento y al otro de su Rocinante. Lamentando esta desgracia prorrumpe Sancho en las siguientes sentidas lamentaciones: “¡Ay asno de mi ánima! ¿y qué pecados has hecho para que te hayan llevado de delante de mis ojos? Tú eres la lumbre dellos, asno de mis entrañas, espejo en que yo me miraba. ¿Quién te me ha llevado? ¡Ay jumento mío, que por tí solo y por tu pico podías ser rey de todos los asnos del mundo! ¿Adónde hallaré yo otro tan hombre de bien como, tú? Alivio de mis trabajos, consuelo de mis tribulaciones, tú solo me entendías los pensamientos, y yo á tí, como si fuera tu propio hermano de leche. ¡Ay, asno mío, y como tengo en la memoria que cuando te iba á echar de comer á la caballeriza, en viendo cerner la cebada, rebuznabas y reías con una gracia como si fueras persona; y cuando respirabas hácia dentro, dabas un gracioso silbo, respondiendo por el órgano trasero con un *gramaut*, qué mal año para la guitarra del barbero de

mi lugar que mejor música haga, cuando canta, el pasacalle de noche”!

Algo repuestos de sus golpes, los apaleados se dirigieron á la ciudad donde cayeron en manos de un buen clérigo, llamado Mosén Valentín, que curó á Don Quijote de sus heridas, y le curara también, si hubiera podido, de su locura; y restituyó á ambos sus cabalgaduras. Después de ocho días de descanso, emprendió Don Quijote de nuevo su disparatado viaje, apesar de las súplicas y consejos del clérigo, é hizo tan buena marcha que al día siguiente de su partida se encontró en Zaragoza, término de su viaje. Junto con el gozo de la llegada experimentó el pesar de saber que ya las fiestas habían pasado. Como viese el Caballero Desamorado que la justicia hacía azotar públicamente á un hombre, tomó cartas en el asunto para desfacer el tuerto; pero con tan mala estrella, que á poco se vió cubierto de sangre, metido en un cepo y condenado á ser expuesto á la vergüenza pública. Libróse de la pena por la intersección de Don Alvaro de Tarfe, que permanecía aún en Zaragoza, con el fin de tomar parte en un juego de sortija que él mismo preparaba. Tomó por su cuenta Don Alvaro, á Don Quijote y á Sancho y les llevó á su alojamiento donde se divirtió grandemente con ellos. Comunicó á Don Quijote la idea del juego de sortija, y desde que esto supo, el caballero andante no hizo más que pensar en ello. Hace en este punto, el autor, una muy buena descripción de la calle en que se jugará la sortija. Hay en toda ella precisión y colorido. Un pintor, guiado por los detalles que dá el autor, trazaría sobre la tela preciosos arcos de triunfos. En los trajes de los jugadores no anduvo tan feliz, por lo que llamó Cervántes “pobrisima de libreas” á la fiesta, como también á la ejecución de ella “falta de invención”. “Pobre de letras”, dice el mismo, talvez con relación á los motes y versos que llevan los caballeros en sus escudos; y así es la verdad por que ellos son pobres, tanto en la invención como en la ejecución. Van algunas muestras. En el escudo de Don Alvaro:

Aquí traigo al que ha de ser,
Según son sus disparates,
Príncipe de los orates.

En el de D. Quijote:

Soy muy más que Garcilaso,
Pues quité de un turco cruel
El Ave que le honra á él.

En el de uno de los otros caballeros:

Sólo con piel de cordero
De palabras me corona;
Que en las obras es leona.

Y así los demás.—

Ninguno de los calificativos que aplicó Cervántes á la fiesta en jeneral pueden aplicarse al final de ella y muy menos á la parte que tomó D. Quijote que pasamos á referir. Á la postre de la fiesta, como cosa de entretenimiento, se presentó á la palestra D. Quijote, el cual erró un primer tiro, á causa de la flojedad de Rocinante según la propia opinión, y errara también un segundo, si D. Alvaro no hubiera tenido cuidado de ponerle la sortija en su lanzón. Esta hazaña del manchego fué premiada con “unas cintas traídas de la India y hechas del pellejo del Ave Fénix. Fuéle entregado este premio por D. Carlos, uno de los jueces del juego, el cual le convidó á una cena que habían preparado ély algunos amigos. Sancho asistió á ella é hizo prodijios de glotonería. Concluida la cena se presentó á D. Quijote el gigante Bramidán de Tajayunque que no era otro que el secretario de D. Carlos metido dentro de un enorme gigante de cartón—y lo desafió. A este propósito ambos se dirigieron bien sazonados discursos en la forma y modo en que se estílan en los libros de caballería. Este desafío llenó de fantasmas la cabeza de D. Quijote que, creía habérselas á cada momento con él gigantazo. Alucinado por estas ideas se levantó una noche y como viese en la cabecera de la cama de Sancho el enorme guante de su contrario, creyó fuera Bramidán—el que no era otro que su escudero—y le molió las costillas.—D. Alvaro que se vió precisado á emprender viaje á Madrid, se convino con el secretario de D. Carlos é hicieron llegar á D. Quijote un aviso, en el que se le decía que Bramidán

lo esperaba dentro de cuarenta días en la Corte. Apenas supo esto D. Quijote se puso en marcha, como también D. Alvaro, aunque por diferentes rutas.—Un ermitaño, y un soldado que tuvo una no muy suave pendencia con Sancho pero que acabó con bien, pues los enemigos se declararon amigos *usque ad mortuorum*, acompañaron al Desamorado y su escudero y al día siguiente, todos juntos, se alojaron en casa de Mosén Valentín.

—En la pendencia con el soldado, parece que el autor ha olvidado el carácter de Sancho, pues después de los golpes recibidos, lo hace desear nuevo combate. Para hacer concluir la pendencia no bastan los ruegos del ermitaño, el simple y miedoso escudero necesita algo más, exige que el soldado se le dé por vencido. Una peor pincelada acaba el cuadro. Vistas las razones del ermitaño, el soldado se da por vencido, Sancho dice: “Quiero pues antes, y es mi voluntad ¡oh soberbio y descomunal gigante, ó soldado, ó lo que diablo fueres! ya que te me has dado por vencido, que vayas á mi lugar y te presentes delante de mi noble mujer y hermosa señora, Mary-Gutierrez, gobernadora que ha de ser de Chipre” etc— No sientan bien estas razones en boca del que considera á su mujer apenas apta para gobernar á un jumento, y á la que da otros calificativos de esta jaez.—

VIII.

Nótase á primera vista, al autor su carácter de religioso pues á cada momento saca á colación asuntos que se refieren á objetos de iglesia ó á ideas de religión. Más que en cualquiera otra parte se hace sentir esta influencia en las historias que refieren el soldado y el ermitaño á sus compañeros de viaje y á otros viajeros con que se encuentran en el camino, titúlase la que refiere el soldado, *Hist. del rico desesperado*,” y en ella se muestra patentetemente de como Dios siempre castiga á aquellos á quienes ha dado vocación para el estado religioso, y lo abandonan por los goces del mundo. La “*Hist. de los felices amantes*” muestra claramente, cómo la Virgen premia á aquellos que le son devotos, con especialidad á aquellos que lo son por

medio del Rosario. En vista de esto algunos han imaginado que la idea de Avellaneda al escribir la Segunda Parte no fué una venganza literaria, es decir no tuvo por objeto el castigo de los insultos que dicen de Cervántes á Lope de Vega y otros; sinó una contraposición al inmortal D. Quijote "que estaba impregnado en espíritu pagano, liberal y heterodoxo, oponiéndole un anti-Quijote ortodoxo y reaccionario" "De manera que el Quijote de Avellaneda, según esas opiniones no tiene más objeto, que bautizar á D. Quijote, entrarle en la iglesia, colgarle el rosario, hacerle oír misa y sustituir á Dulcinea con la patrona de su orden," (Refutación de Revilla á las opiniones de Díaz Benjumea y otros sobre "Cervántes" y el Quijote) D. M. de la Revilla rebate esta opinión en los siguientes términos: "Cervántes era un buen católico, sin duda despreocupado, tolerante y todo lo liberal que se podía ser en aquel tiempo, pero no de tal suerte heterodoxo y libre-pensador que hiciera necesaria la aparición de un Quijote devoto. Si la conspiración clerical hubiese existido, antes de formarse habría adivinado la Inquisición el sentido exotérico de la novela cervántica y no hubiera sido tan benévola con ella. No se explicaría en tal caso tampoco que el Cardenal Arzobispo de Toledo y el piadoso conde de Lemos otorgaran su protección al autor de tamañas herejías." Por lo demás, nadie niega que la Segunda Parte es sólo la obra de una venganza literaria.

Se refiere en el "Rico desesperado", las desgracias de un jóven rico y las de su esposa, una hermosa niña. Ambos en la temprana edad, aspiraron á la vida recogida del claustro, la que luego abandonaron por los goces del mundo, los que, al contrario de lo que suele suceder, no se mostraron ariscos, en los primeros días de un matrimonio feliz. El dichoso marido, ausente por negocios, recibe, con júbilo, la noticia que le trae un mensajero. Su mujer está á punto de hacerlo padre de un chiquillo; acaso tan hermoso cómo la madre! oh! y quién podrá permanecer impasible ante tal noticia! Corre á juntarse con ella. En el camino se encuentra con un soldado, al que ofrece hospedaje. Al llegar á su casa no hubo consideración capaz de detenerle, como loco se dirige á la habitación de su esposa y al darla el abrazo de bien-venida, estrecha, también,

á su primer hijo. El soldado se enamoró furiosamente de la bella parida, y por la noche, contra toda ley de cortesía y honor, se dirigió al aposento de ella, que él sabía estaba sola, pues el marido había separado lecho por el amor que sentía por ella. La hermosa enferma lo recibió en su lecho, creyéndolo su señor y esposo. Conocido, al día siguiente el error, el esposo dió muerte al soldado; la infeliz esposa, al considerar lo inmenso de su desgracia, se arrojó á un hondo pozo, y el primero, después de despedazar á su hijo, corrió á juntarse con su fiel compañera. En conclusión, allá por vía de distracción y como medio de apartar el espíritu de la vista de tanta sangre, el autor planta, en los profundos abismos del infierno, á los personajes de esta historia. De lo moral y obsceno del cuento, defecto en que incurre no pocas veces Avellaneda, juzgará el lector.

La historia de los "Felices amantes" se ha sacado de una tradición popular, se halla en las *Cántigas* de D. Alfonso X, el sabio, y después la han trasformado, conservando el mismo fondo, fuera de Avellaneda, Lope de Vega y el Sr. D. José de Zorrilla, el uno, en su drama religioso *La Buena guarda* y el otro, en la leyenda *Margarita la Tornera*.

He aquí el argumento de los "Felices amantes": Doña Luisa, priora de un convento y amante de la Virgen, se enamora perdidamente de un mozo que la visita con frecuencia, y que no lo está ménos de ella. Dijéronse, como siempre se ha acostumbrado en semejantes casos, que se amaban y lo repitieron una y mil veces durante varios meses. Se comprenderá, sin dificultad, que, aunque se emplee el recurso de sonrisas y miradas, no deja de ser desesperante esto de que un obstáculo de poca monta, impida el cumplimiento de deseos que, por ambas partes, no estan dispuestos á negarse. Resolvieron huir. Como lo pensaron, lo hicieron. *La luna de miel* de estos amantes, pasó también según uso y costumbre, esto es, dulce y regaladamente, sin contrariedades ni estorbos que impidieran la alegría, sin remordimientos y sin la molesta idea de lo porvenir. Acabóseles el dinero, disminuyó también, la fuerza del amor. D. Luisa, previo consentimiento de su amante, entregó sus encantos, á otros hombres, por dinero. El amante aprovechó la primer ocasión que se presentó, y abandonó á su

D. Luisa. Compadecida la Virgen de los cielos de esta infeliz le envió su gracia, y la desgraciada mujer lloró de arrepentimiento y decidió volver al lugar en que estaba situado el convento á que pertenecía, para ver modo de buscar remedio á sus males. Penetró de noche á la ciudad y guiada por la fuerza de los sentimientos, ó por la curiosidad, ó por destino del cielo se dirigió al convento. Como encontrase abierta la puerta de la capilla y temiese algún robo y por evitarlo ó ser útil ó dirigir alguna plegaria, penetró en ella. Tuvo gran sorpresa al tropezar, con un grueso manajo de llaves, frente al altar de la Virgen y ésta subió de punto, al oír á la Virgen que la decía:—Cuando de aquí salistes me encargastes fuera madre de las profesas, ya que tú habías sido solo madrastra. He cumplido tu ruego. Tomé tus hábitos, tu rostro, figura y modo de hablar, de suerte que, la priora Luisa, no ha faltado ni un momento de su puesto. Confusa y arrepentida volvió la priora Luisa á sus antiguas prácticas. El ayuno, el cilicio y la disciplina fueron el castigo que aplicó á su cuerpo. Murió en olor de santidad. Justifica el ermitaño esta historia, con la siguiente figura: “Dios y el demonio son como la araña y la abeja, que de una misma flor saca la una ponzoña que mata y la otra miel suave y dulce que regala y da vida”. Tras estos, viene el cuento de los gansos, del cual ya nos hemos ocupado. Fuera de lo inverosímil é inmoral no tienen otro defecto estas historias; están escritas con la claridad y estilo que á ellas conviene. En cuanto á la colocación de ellas, ya hemos dicho antes, que la consideramos defectuosa.

IX.

Concluidas estas historias y pasada la fuerza del sol, que fué el motivo que obligó á los caminantes á detenerse, se despidieron D. Quijote y sus amigos de los canónigos y emprendieron de nuevo la marcha. Atravesando un pinar, oyeron unos tristes y desgarradores lamentos que daba una infeliz llamada Bárbara, á la que D. Quijote llamó *la muy hermosa reina Cenobia*. La figura de esta repugnante mujer—cuyo retrato copiaremos mas adelante—es talvez

el mas grande de los defectos de la Segunda Parte. A propósito de ella abundan los pasages indecentes, como las provocaciones sensuales á D. Quijote y Sancho; las frases inmundas, y otras lindezas. La historia del por qué la hallaron los caminantes desnuda y amarrada á un árbol, no es edificante. Sin embargo, el autor ha añadido á tal cúmulo de imperfecciones un poco de reconocimiento, virtud preciosa y no muy abundante en el mundo.

Sancho, que tuvo grán susto al ver á Bárbara, emplea como chiste, una vulgaridad. Este defecto es común en la obra de Avellaneda. El tipo del gracioso que no cuenta en su repertorio para hacer reir, mas que con dichos y frases obscenas é inmundas, es muy común en las sociedades y no ha faltado en ellas en ningun tiempo. No hay necesidad de pintarlo al natural, tal como él es. Ha existido en todo tiempo y todos lo conocen y lo sufren con la risa en los labios, apesar del asco que causa cada uno de sus dichos. Para combatirlo se necesita ser un genio, un Cervántes, solo él ha tenido la fortuna de combatir el vicio por el vicio y sin caer en él.

La sociedad antigua en su ignorancia, lo soportó. La sociedad moderna en su adelanto, lo aplaude con entusiasmo. El día que cesen los aplausos morirá también ese tipo que á tantos hace estremecer de risa, con lo asqueroso y hediondo.

Hemos escogido la presente ocasión para hacer notar el defecto, porque podemos dar una muestra que no repugne, que esto es uno de los caractéres de los frutos que producen semejante casta de graciosos. Lo que se alaba en una reunión de amigos, apesta trasladado al papel.

“Que aunque le parece—dice Sancho—á vuesa merced que no espanta, me espantó denantes cuando la ví con tan mala catadura; que había de la cera que destilaba la colmena trasera que naturaleza me dió, para hacer bien hechas media docena de hachas de á cuatro pábilos”.—A pesar de esto, estamos muy lejos de negar que, en muchas ocasiones, es verdaderamente gracioso el escudero.

D. Quijote y sus amigos, después de despedirse del soldado y el ermitaño, se dirigieron á Sigüenza.

En este lugar desafió el Desamorado á todos aquellos que no confesaren que “la gran Cenobia era la más alta y

fermosa fembra de todo el universo." Estamos seguros que el lector no aceptará el desafío pues dará la razón al manchego, en vista del retrato que de ella se hace en el momento de una presentación á muy nobles señores á cuya ceremonia asistió en la figura siguiente: "Descabellada, con la madeja medio castaña y medio cana llena de liendres, y algo corta por detrás, la capa del huésped, que dijimos, traía atada por la cintura, en lugar del faldellín; era viejísima y llena de agujeros, y sobre todo tan corta, que descubría media pierna y vara y media de piés llenos de polvo, metidos en unas rotas alpargatas, por cuyas puntas sacaban razonable pedazo de uñas sus dedos; los pechos, que descubría entre la sucia camisa y faldellín dicho, eran negros y arrugados pero tan largos y flacos, que le colgaban dos palmos; la cara trasudada y no poco sucia del polvo del camino y tizne de la cocina; y hermo seababa tan bello rostro el apacible lunar de la cuchillada que se le atravesaba: (1) en fin, era tal que solo podría agrada r a un galeote de cuarenta años de buena boya."

No seguiremos con tanta minuciosidad porque ello no cuadra á nuestros propósitos y porque ya las primeras muestras bastan y sobran. Don Quijote, Sancho y Bárbara siguen camino de la Corte, haciendo el uno mil disparates, diciendo el otro, graciosas necedades, y la última dejándose querer y tratar como reina.

En Alcalá, al oír don Quijote el sonidos de unas trompetas, llamó á Sancho y lleno de entusiasmo, en un magnífico discurso; notable por la naturalidad y sencillez majistral con que está descrita una terrible batalla que aun no se ha verificado; pero que él créa, se verificará, le prueba que es necesario, antes que cenar, encillar á Rocinantes. Hé aquí tan notable trozo:

"¡Oh mi buen escudero Sancho! ¿oyes por ventura aquella acordada música de trompetas y atabales? Pues has de saber que es señal de que hay sin duda en esta universidad algunas célebres justas ó torneos para alegrar el festivo casamiento de alguna famosa infanta que se habrá casado aquí; a los cuales habrá acudido un caballero extranjero, cuyo nombre no es aún conocido, por ser mancebo novel;

(1) Se alude á la enorme cicatriz de una gran herida.

pero no obstante su poca edad, en el principio de sus famosas fazañas ha ya vencido á todos los caballeros desta ciudad y á los que de la Corte han acudido á ella y á sus fiestas, si ya no ha venido á celebrarlas; y esto es lo mas cierto; ó algun bravo jayán que, habiendo vencido y derribado á todos los mantenedores y aventureros, se ha quedado por absoluto señor de todas las joyas de dichas justas, y no hay caballero ahora, por valiente que sea, que se atreva á entrar segunda vez con él en el palenque, de lo cual están los príncipes tan pesarosos, que darían cuanto dar se puede porque Dios le deparase un tal y tan buen caballero que bajase la soberbia deste cruel pagano, con que dejase alegre toda la tierra, y las fiestas fuesen consumadamente perfectas. Por tanto, Sancho mío, encíllame luego á Rocinante; que quiero ir allá y entrar con gallardía y gracia por la plaza, pues maravillados de mi presencia los que ocupan sus dorados balcones, altos miradores, y entoldados andamios, levantarán entre sí un alegre murmullo, diciendo:—Ea, que Dios sin duda ha deparado venga este gallardo caballero extranjero á volver por la honra de los naturales, viendo que ninguno dellos ha podido resistir á los incomparables bríos deste fiero jayán.”

“Tocarán en esto todas las trompetas, chirimías, sacabuches y atabales, al són de los cuales se comenzará mi bueno y esforzado caballo á engreir y relinchar, deseoso de entrar en la batalla; con que callarán todos y yo poco á poco me iré llegando al cadahalso á donde están los jueces y caballeros; y haciendo hincar dos ó tres veces de rodillas delante dellos á mi enseñado caballo, les haré una cumplida cortesía, haciéndole dar después terribles saltos y gallardos corvetes por la ancha plaza; llegándome luego á la parte donde estará el fiero jayán, el cual reconocido por mí, me acercaré á donde estarán las astas de duro fresno, y tomando dellas la que mejor me pareciere, y llegándome cerca del dicho jayán, sin hacerle cortesía alguna le diré:—Caballero, si te parece, yo querría entrar contigo en batalla; pero con condición que fuera ella á todo trance, que es decir que uno de los dos haya de quedar por general vencedor de las fiestas, quitando al otro la cabeza, y presentándola á la dama que mejor le pareciere.—Es cierto que, como él es soberbio, ha de responder que sea así.

Tras lo cual, volviendo yo luego las riendas á Rocinante para tomar la parte del sol que más me tocara, comenzarán á sonar las trompetas, al són de las cuales arrancaremos como el viento los dos valerosos guerreros; y él no errará el golpe, porque, dándome en medio de la adarga sin poderla pasar, me hará con la fuerza dél torcer un poco el cuerpo, volando las piezas de la lanza por el aire; pero yo, como mas diestro, le daré por medio de la visera con tal fuerza, que, viéndole sacada de la cabeza, caerá del atroz golpe en tierra por las ancas del caballo; si bien, como es ligero, se pondrá luego otra vez en pié, y se vendrá para mí con la espada en la mano; y yo, por no hacer la batalla con ventaja, abajaré de mi caballo en el aire, no obstante que muchos lo juzgarán á locura; y metiendo mano á mi cortadora espada, comenzaremos entre los dos el porfiado combate; mas él, no pudiendo atender á mis golpes, me rogará que descansemos un poco, por verse algo fatigado; aunque yo, sin atender á sus ruegos, tomaré la espada á dos manos, y levantándola con heróico despecho, la dejaré caer con tal furia sobre su desarmada cabeza, que acertándole de lleno, se la abriré hasta los pechos, dando del cruel golpe tan horrenda caída en tierra, que hará estremecer toda la ancha plaza, y aun venir al suelo más de cuatro barreras y tablados. Los gritos de la gente serán muchos, la alegría de los jueces grande, el contento de todos los vencidos caballeros extremado, el aplauso del vulgo singular, é inaudita la música que sonará en exaltación de mi buen suceso; y desde entonces pasarán cosas por mí, que dé bien que hacer á los historiadores venideros al escribirlas y exajerarlas. Por tanto, Sancho, presto sácame á Rocinante.”

En Madrid cayeron los viajeros en manos de un titular que, en compañía de D. Alvaro Tarfe, D. Carlos y un señor noble á quien se convino llamar Archipámpano, les hizo hacer mil tonterías. D. Quijote hacía reir á cada momento con el desenlace de las aventuras á que le provocaban sus amigos. Llegada la hora del desafío con Branidán, objeto de su viaje, el gigante se tornó en una tierna y hermosa joven, que demandó amparo al protector de doncellas; y así como esta, las demás aventuras.

Cansado el Archipámpano de reir ó inspirado por senti-

mientos de piedad, provocó el desenlace de la obra de manera bien triste y desabrida. Dotó á Bárbara para que se retirase á un asilo de mujeres arrepentidas, dejó á Sancho en su casa y envió á D. Quijote á un manicomio. Así termina la obra de aquel que pretendió acabar con los libros de caballería por diferente camino que el empleado por Cervántes, (Prólogo de la Segunda Parte) vicio que talvez no habría corregido, suponiendo no hubiese existido el Quijote, apesar de sus buenas disposiciones, ya que no consiguieron igual objeto escritores tan distinguidos como F. Luís de Granada, Malón de Chaide, F. Luís de León, Guevara, Melchor Cano, Luís Vives, Alejo de Venegas, Benito Arias Montano etc. De lamentar es que hombre que manejó el idioma español con tanta soltura y gracia no gastara sus facultades en obra de distinta índole que le hubiera alcanzado envidiable puesto entre los buenos servidores de la República de las letras.

Por muy cumplida daremos nuestra tarea, si mediante este corto estudio, conseguimos atraer la atencion de nuestros jóvenes literatos sobre el falso Quijote, obra dignísima de lectura, apesar de que es bien poco leída.

Agosto de 1885.

E. O. L.



CANTARES

A.....

Mira como en las rocas
Se estrella el mar;
Así el que á tí te ame
Se ha de estrellar...
(¡Pero la roca dura
Se quiebra al fin,
Mientras que en vano siempre
Fué amarte á tí!)

*
* *

Anda y busca en la nieve
Fuego ó calor;
Anda y busca en tu pecho
Llamas de amor...
(¡Pero la nieve misma
Dar fuego puede,
Mientras que al amor nunca
Tu pecho cede!)

*
* *

Marcha y pide á la noche
Que te dé luz;
Marcha y de amor un rayo
Pídele tú...

(¡Pero la noche tiene
Luna y estrellas,
Mientras que en tí no existen
De amor ni huellas!)

*
* *

Dime, niña, ¿hasta cuándo
Por el desierto
Ha de llevar sus penas
Mi pecho yerto?
(¡Pero el desierto mismo
Tiene palmeras,
Mientras que, oh pecho mio,
Tú, nada esperas!)

BERNARDO SOLAR AVARIA.



GORDON (1)

Hasta los hombres de guerra pueden saber cumplir con el deber de confraternidad. Gordon no fué otra cosa en su vida tan activa, tan militante, tan batalladora; y sin embargo, ha sido uno de los hombres que mas admirará en los siglos futuros la moral social, porque ha sido uno de los que mas concienzudamente refrenó y dominó las pasiones anti-humanas que la guerra inflama, y uno de los pocos hombres de guerra que, en el mundo, utilizó la guerra para hacer bien y con objeto de hacer bien a sus hermanos.

Desde cierto punto de vista, la confraternidad de Gordon ha sido mas admirable que la de ninguno de los hombres que han vivido poseidos de ese deber, porque la mayor parte de los otros no han tenido en su profesion el obstáculo que él tuvo; y el deber es tanto mas grande y meritorio, cuanto mas obstáculos supera.

Gordon era un hijo de familia noble, pero decaida de esplendor y de fortuna, que creció imbuido en las máximas religiosas y morales del evanjelismo, una de las sectas protestantes de Inglaterra. Modelado su espíritu por esas máximas, modelado su cuerpo, en apariencia endeble, por la accion del secreto dolor que sufren los seres enfermos; modelada su alma por la tristeza que abate, en los países aristocráticos, a los hijos de casa grande arruinados por el vaiven de la fortuna; probablemente, Gordon resultó de la lucha entre el deseo de ser y la dificultad de ser. Parece que no se contentó con ser lo que otros muchos, sino

(1) Capítulo de un libro inédito, intitulado: *Moral Social*.

que quiso que del estado físico, social y moral que habia heredado, resultara una cantidad de bien igual a la cantidad de mal de que era víctima. A no dudarlo, si por el sendero de una religion positiva hubiera podido Gordon llegar a su propósito, hubiera sido hombre de iglesia; y en ella habria sido un gran hombre, porque estaba inflamado del espíritu viviente; pero sin duda creyó que la vida militar, por ser mas activa que cualquiera otra, ofreceria mas circunstancia a su designio, y optó por la milicia.

Bien lejos estaba de poder comprender lo que acabamos de decir, aquel profesor de Academia militar que, al ver por primera vez el cuerpecito que envolvía al gran hombre le dijo piadosamente: "Pero, hijo mio, si usted no podrá nunca llegar a ser un soldado. . . ."

Su cuerpo no podia; pero su espíritu si pudo. Y de tal modo pudo, que la primera campaña a que Gordon asistió, la de Crimea, fué la primera manifestacion de fortaleza con que admiró al ejército. Ya hecho soldado en aquella campaña, ya estaba seguro de que podia hacer lo que queria hacer. Y con efecto, cuando fué comisionado para establecer los límites entre Turquía y algunas de las provincias que a ésta acababa de arrebatarse la guerra de Crimea, empezó a manifestar el ardiente deseo de ser hombre con todos los hombres y de hacer abstracion humanitaria de las creencias, los cultos, las razas, las tendencias que dividen a los hombres.

Prueba de la fuerza de este propósito, fué su segunda campaña. Obligado por sus deberes militares a servir en el ejército y en el contingente que Inglaterra mandó a China cuando esta nacion oriental se vió atacada por Francia e Inglaterra unidas, no pudo Gordon manifestarse de una manera mas patente y lloró cuando los golpes de los torpes aliados incendiaron el Palacio de Verano y con él destruyeron las riquezas arquitectónicas esculturales, intelectuales e históricas que contenia.

Terminada aquella guerra, perseveró en el ánimo de Gordon la tristeza que le produjo aquel atentado de los hombres contra la humanidad, y quiso, como en espacion de la parte involuntaria que en ella hubiera tomado, recorrer para conocer aquella tierra maravillosa, en la cual hombres distintos de los europeos habian fabricado aquella

civilización tan diferente de la europea, que tal pasmo le había causado.

Empezaba esta peregrinación, que hacía de incognito, en circunstancia política muy graves para el Imperio Chino. Era entonces el momento en que la facción de los *sostenedores de la paz universal* [*] de las facciones más formidables y poderosas que han agitado a China, llegaba al máximo de su fuerza y su poder: tenía a su favor unos 100,000 combatientes, se había apoderado de una de las provincias más ricas e influyentes del Imperio, se había sostenido contra él, durante años enteros, había vencido a todos los jenerales indíjenas, y acababa de vencer a todos los jenerales extranjeros: parecía invencible. Sabiéndose entonces en la Corte que viajaba por el imperio aquel oficialito inglés que se había mostrado tan desesperado por la inhumanidad de sus propios compatriotas, ocurrió al emperador o a sus ministros, la idea de confiar su suerte en aquel hombre. Y lo llamaron y le propusieron la jefatura de las tropas imperiales y la dirección de la guerra contra los facciosos.

Gordon aceptó. No aceptó por codicia, por ambición o vanagloria, puesto que los hechos probaron después su absoluto desinterés, la independencia de su carácter y su indiferencia por las glorias vanas.

Porqué aceptó? Inmiscuirse en las luchas intestinas de un país cualquiera, o es acto de aventurero sin conciencia, o es aventura de una conciencia muy lúcida. A primera vista

[*] *Tae-ping* (paz universal) fué el programa de un campesino cantonés que, lleno de ideas superiores a su cultivo, de sentimientos superiores a su educación, y de ambiciones superiores a su estado, quiso un día resolver muchos problemas a la vez.

Quiso no seguir sufriendo lo que sufre el campesino pobre en una sociedad de más de 400 millones de asociados; quiso cambiar aquel estado social que tiene más de 40 siglos de sólida existencia; quiso sustituir como muchas naciones confederada la gigantesca nación que postra una unidad de hierro, y quiso hacer todo eso mediante un cambio de religión. Merced a una biblia traducida al chino, que le había prestado un misionero, y en cuyas ideas de igualdad se había empapado, puso en movimiento las masas sociales que dan vida a la provincia de Nanking, predicando la paz universal. De aquí el nombre de la secta, que concluyó por ser el nombre de la formidable facción que Gordon consiguió anonadar, o, por lo ménos, reducir a la impotencia.

no se puede comprender que entrase para nada la conciencia en una resolucíon como la que tomaba Gordon, porque un extranjero, y en un país tan indescifrable para los europeos como aquel, es casi imposible que pudiera la justicia decidirse, y decidir a la conciencia, en pró del Gobierno chino o de la poderosa facción que lo tenia en jaque. A primera vista, también, parece que la misma vista humanitaria que resplandecía en Gordon debia haberle inducido a tomar el partido de los rebeldes antes que el de los imperiales.

Y esto, porque una organizacion tan autoocrática como la del Imperio Chino, no puede ménos de lastimar continuamente los sentimientos y las ideas humanitarias. Mas como independientemente del motivo concreto que moviera a los facciosos, habia para Gordon, que acababa de contemplar las antiquísimas grandezas de la China, aquella especie de reverencia humanitaria que admira y venera en la humanidad que fué, las fuerzas materiales y morales que admiran en la humanidad que es, probable seria que Gordon aceptara la empresa que se le proponia, obedeciendo a éstos sentimientos y reflexiones.

El hecho es que aceptó, y que a los pocos meses estaba disuelta la facción que durante nueve años habia conmovido las bases seculares del Imperio Chino.

¿Hizo, para tan alto triunfo, algunas de las atrocidades heróicas que hacen históricos a los hombres de guerra y de fuerza bruta? Ni una sola: mandaba con un baston, nunca hizo uso de arma alguna. Trataba con tanta indulgencia a los vencidos que habiéndose querido vengar en vários de ellos el mandarin que comandaba con él las tropas imperiales, se opuso enérgicamente a la venganza y lo arrojó con sus propias manos de las filas.

Despues, se marchó del país.

El Gobierno, agradecido, habia querido llenarlo de honores y colmarlo de riquezas; pero Gordon ne aceptó mas que un diploma de mandarin y una espada de honor.

Ambas cosas le sirvieron en Londres para aplicar en actividad distinta su humanismo.

Encargado de la direccíon de una obra pública difícil, estableció cajas de ahorros y de pobres con las cuales disciplinó, moralizó y confraternizó las huestes de trabajado-

res que dirijia y para eso necesitó vender o empeñar o enajenar el baston por lo que tenia de piedras preciosas; el titulo de mandarin por lo que tenia de curioso.

Como de los hombres del estilo de Gordon dispone a su placer la humanidad entera, el virrei de Egipto, que tenia con sus conquistados del Soudan unas cuentas como las que acababa de arreglar Gordon en la China, creyó que nadie podia arreglarlas mejor ni mas baratas que el desinteresado jeneral inglés.

Y lo llamó, y Gordon fué.

Lo lloraron mucho los trabajadores de Londres, pero no tardaron mucho en celebrarle los centenares de africanos a quienes dió la libertad; porque el primer empleo que Gordon hizo de las facultades que el *Khedive* le habia dado fué combatir, acabar y suprimir la inhumana trata e inhumana venta de esclavos que se hace en las costas africanas.

Hecho este bien a la humanidad, y hecho al Egipto y al Soudan el bien de ponerlos en paz, ya Gordon no tenia nada que hacer en el Africa Central, y se marchó.

Allí dejó un recuerdo tan vivo de su virtud humanitaria, y le pagaban con tanto agradecimiento su virtud, que Leopoldo de Béljica pensó en utilizar a la vez el afecto de los africanos hácia Gordon y las aptitudes organizadoras de este, encomendándole la direccion de la sociedad colonizadora a cuya cabeza se habia puesto. Pero en aquel momento estaba Inglaterra en un conflicto; mas que en un conflicto, en una angustia. Se habia empeñado en el hondo y sinuoso plan de supremacía que la ha llevado desde Alejandría hasta Khartum, y necesitaba a toda costa nó un ejército, sinó un hombre, un solo hombre, un hombre que fuera capaz de resolver por sí solo el gran problema de ir y vencer con su presencia. Y, llamó a Gordon.

Indudablemente era un gran negocio el que Leopoldo de Béljica acababa de proponer a Gordon: bajo el punto de vista del dinero, aquel colonizador hubiera podido ser un potentado; bajo el punto de vista de la ambicion política, aquel colonizador hubiera podido realizar el sueño mas orijinal siendo el jefe poderoso y el civilizador de jentes y naciones que tenazmente se han sustraído a la civilizacion. Proponer tal riqueza, y tal poder y por tal medio a tal hombre como Gordon, era tentarlo. Pero su


patria fué una tentacion mas decisiva, porque lo necesitaba incondicionalmente para una obra mas humana. Y, de la noche a la mañana, Gordon desapareció de Béljica, se apareció en Londres, conferenció con Gladstone, dejó que uno de los hijos de la reina Victoria le abriera la portezuela del coche, que el jeneral Wolseley le llevara la maleta; que uno de los ministros le comprara el billete para el tren que iba a partir: entró en el tren, saludó, se despidió de la patria, navegó, llegó a Ejipto, penetró en el Soudan, se presentó en Khartum, y él, solo él, rodeado de fuerzas indisciplinadas, cuya única disciplina iba a ser la confianza de un hombre solo en su deber y en su virtud, bastó con su presencia para contener las formidables fuerzas del Madhi.

Así, durante meses enteros, las contuvo su presencia, hasta que la traicion, que tambien crece en Africa como ha florecido en Europa y en América, relajó los hierros de las puertas de Khartum.

Las tropas del fanático penetraron en la ciudad que la omnipotencia moral de Gordon habia hecho inexpugnable, y consumaron el mayor acto de inhumanidad que era posible consumir: privaron brutalmente de la vida a aquel hombre tan amigo de los hombres que, europeo en Europa, asiático en Asia, africano en Africa, tolerante en todas partes, benévolo con todos los hombres, personificaba por sí solo la milicia de la confraternidad universal.

Los ingleses podrán triunfar, y trinnfarán, para bien de la civilizacion en el Soudan, pero cuanto mas celebre su victoria la nacion, tánto mas la humanidad se dolerá de que le haya costado el mejor de sus soldados.

EUGENIO MARIA HOSTOS.



¡TODO ES LLANTO!

Llora rocío el transparente cielo;
Llora lo eterno, lo mortal, lo inmundo,
Y llora el alba su fulgor fecundo
Al arrancar de la tiniebla el velo.

Sin duda existe en el gemir consuelo
Pues tanto gusta de llorar el mundo
Que si no gime de pesar profundo
De gozo llora, con afán y anhelo.

Llora el poeta que á su idea viste,
Sinó del fuego que á la Musa implora,
Del fuego al menos de su llanto triste.

Y tanto es cierto que el dolor devora
A todo aquello que en el mundo existe
Que hasta la dicha al olvidarnos llora.

ROBERTO HUNEEUS

5 de Octubre de 1885.

¡TODO ES GOCE!

Goza la muerte al abrazar la vida;
Goza la tumba al aspirar la muerte
Y todos gozan al mirar la suerte
Por sólo el arma de su fé vencida.

Goza el anciano que, en la edad dormida,
Piensa que sólo con morir no hay muerte;
Y goza el niño que, en la edad más fuerte,
Piensa que sólo con vivir hay vida.

Goza el poeta que, con ansia ciega,
Versos escribe á la mujer graciosa
Que sus miradas de pasión le niega.

Y tanto es cierto que en la vida hermosa
A todo un rayo de placer le llega,
Que hasta la pena en afligirnos goza.

ROBERTO HUNEEUS

5 de Octubre de 1885.

LA IGLESIA Y EL ESTADO

o

TOMAS BECKET.

POEMA DRAMÁTICO DEL POETA LAUREADO DE LA GRAN
BRETAÑA: A. TENNISON.

PRÓLOGO.

Castillo en Normandía.—Interior de gran sala.—Techos de la ciudad visibles al travez de las ventanas.—Enrique II y Becket jugando ajedrez.

ENRIQUE. Yace el buen arzobispo Teobaldo
Moribundo.

BECKET. Esa nueva me contrista!

ENRIQUE. Requiere un gran carácter ese puesto!

BECKET. En álguien ya vuestra eleccion se fija?

ENRIQUE. No há mucho un monje envenenó a su madre
Y degradó la curial justicia:
Creía que lo hubiesen azotado,
Yo ahorcádolo hubiera.

BECKET. Jugad!

ENRIQUE. Grima!

La Iglesia escaló el trono y la corona
Casi usurpó de Estéban en los dias,
Cuando mandan los usos de este reino
Que feudataria del monarca viva.

- Yo la sujetaré y esas costumbres
Pronto consagrará la ley escrita!
- BECKET. Muevo, Señor, mi arfil.
- ENRIQUE. Y sin mi vénia
Nadie se atreverá miéntras yo exista
Mi jente a escomulgar; sin mi licencia
Nadie cruzará el mar.
- BECKET. [*jugando*] El Rey peligra.
- ENRIQUE. Nadie traicionando a la corona
Irá a exitar al Papa en contra mia.
- BECKET. Quereis, señor, jugar?
- ENRIQUE. [*jugando*] Ea!
- BECKET. Pues jaque!
Pierde el precipitado la partida.
- ENRIQUE. [*jugando*] Defendeos!
- BECKET. No habeis, señor, mirado
Que mi arfil vuestro rey os paraliza
Jaque, mate! He ganado.
- ENRIQUE. [*trastornando el tablero*] Rueden juntos
Rey y arfil; los contrastes me fastidian:
Si yo parara mientes te venciera!
- BECKET. Dónde andaba, señor, la fantasía?
Con Phrinia, con Lais, con Rosamunda?
- ENRIQUE. Rosamunda, Tomas, no es una Phrinia.
Por su suerte me inquieto, porque temo
Que atente Leonor contra su vida.
- BECKET. Alejadla, ocultadla en algun claustro.
Que hasta allí no es posible la persiga
Quien fué, señor, por nuestra Santa Iglesia
Con vínculo sagrado a vos unida.
Porqué odiaría a Rosamunda a muerte
Y no así a vuestras otras favoritas?
- ENRIQUE. Y si casado estoi con Rosamunda?
- BECKET. Eso, señor, ignoro!
- ENRIQUE. Ese es mi enigma!
- BECKET. Los secretos de Estado ser debieran
Accesibles, milord, al estadista
Que ama y sirve a su Rey y a quien retorna
El Soberano su confianza íntima,
- ENRIQUE. Vamos, Tomas, no pasas de ser diácono
No eres padre ni obispo todavía;

- Plugiera a Dios que lo fueses, que mis culpas
Confesor indulgente en tí hallarian.
- BECKET. Os engañais, señor, que cual dió mate
Mi arfil a vuestro rey os domaría.
- ENRIQUE. Que arfil y rey a un tiempo lleve el diablo.
Sabes que te conozco hasta las mínimas;
No ignoro que pechugas de faisanes
Son tu regalo cuando nõ es vijilia,
Que tu injenio en cuaresma inventa salsas
Que hacen de insulso pez fuente esquisita;
Al vino añejo y tinto de Gazenña
Tu entusiasta aficion es conocida.
Cómo no se revela, dí, tu carne
Cuando así la regalas y la mimas?
- BECKET. Solo un enfermo paladar confunde
La áspera vianda con la vianda fina,
Vino añejo y novel
- ENRIQUE. Quien al vino, ama
Tambien a la mujer
- BECKET. Y ello se esplica;
Del Creador son árboles los hombres
Y las mujeres flores que El cultiva,
Cuando el vino gascon monta al cerebro
Y con su ardor poético lo anima,
Los árboles parecen majestuosos
Y las flores espléndidas fascinan.
- ENRIQUE. Y la imajinacion, los pensamientos?
- BECKET. Lebreles adiestrados que la pista
De la caza abandonan a mi órden!
- ENRIQUE. Ménos alguna vez que la jauría
Incontenible arremetió a la presa
Y mordió el carcañal. . . .
- BECKET. Nunca; en mi vida.
- ENRIQUE. Bien! ffo en tu palabra y te reputo
El Galabad de la leyenda antigua.
A Rosamunda, esposa verdadera,
(Pues Leonor no lo es), la que me inspira
El amor con que solo deberíamos
Amar a la mujer. . mas, ¿qué sonrisa
Compasiva es la tuya?
- BECKET. ¿Cómo puede

- Quien gasta entre mujeres toda fibra
Amar alguna, como amar debiera?
- ENRIQUE. De eso quien nunca amó se maravilla.
La fío a tu lealtad allá en mi reino
Mientras me halle en Anjou o en Normandía.
- BECKET. Vuestro súbdito soy y nó
- ENRIQUE. Mi cómplice!
Bien lo sé, vive Dios, y a mis lacivias
No te propongo, amigo, que proveas;
A un tiempo un crimen y una muerte evita
Salvando a Léonor del fuego eterno.
Un refugio en paraje sin salida
Le preparé, Tomás, en Inglaterra;
Nido enramado.
- BECKET. Dónde?
- ENRIQUE. *(le habla al oído)* Por si espian.
- BECKET. Segura soledad!
- ENRIQUE. *(mostrando una carta)* mira este mapa
Que lleva como rótulo: *Su Ermita.*
Vés la frondosa enmarañada selva,
Cruzada de senderos que extravían?
Vés aquella quebrada con su puente?
Y ese muro de piedra que domina
La profunda barranca acantilada?
Vés cómo quiebra y muro en torno jiran?
Tras de ellos hay un parque y en el centro
El jardín encantado de la niña!
La raya que aquí vés en campo verde
Hasta los piés de mi adorada guía!
- BECKET. Esa raya encarnada color sangre!
- ENRIQUE. De sangre y muerte si; sino vijilas!
- BECKET. Donde está? En su refugio, en Inglaterra?
- ENRIQUE. Pluguírame asi fuese! En esta villa
Oculto, se dispone a trasladarse
Al mas seguro sitio de la isla.
Todo lo ignora aun, ménos que la amo.
- BECKET. *(en ademan de marcharse.)*
Una viuda y un huérfano suplican
Contra un varon desaforado.
- ENRIQUE. Jura:
Guardar y defender a tu pupila.

- BECKET. Por seros grato, a mi pesar, lo juro!
- ENRIQUE. Serás fiel aunque un mundo nos divida?
- BECKET. Qué puede dividirnos?
- ENRIQUE. Dios lo sabe!
- BECKET. Fidelidad te juro mientras viva!
- ENRIQUE. Escucha todavía: Subí al trono
Apoyándome en tí; con tu pericia
Tu lo asentaste y voy a estremecerlo
En borrasca que evoque mi política
Por afirmarlo mas. Soy de la Iglesia,
Hijo fiel, mas no quiero ser la víctima
De Gregorios que enyugan a los Reyes
Yo los doblegaré! La santa Silla,
Mientras el Barbarroja la amenaze
Ha menester socorro; este es mi día.
Por si Roma entredichos y anatemas
Sobre mi reino en su furor fulmina
Medito coronar a mi heredero,
Y así la excomunion inofensiva
Por las sienes de un niño resbalando
Huellas no dejará en la monarquía.
Haráse pronto!
- BECKET. Encuéntrolo muy jóven
Para ceñir corona ni aun postiza.
Lo amo de corazon; pero he obsevado
Que arbitrario y violento se encapricha.
Y no tendrá la Reina tentaciones
De oponeros la nueva reyecia?
- ENRIQUE. Desdeño ese temor. Quién la corona
Le ceñirá, pues Cantorbery espira?
- BECKET. Su sucesor!
- ENRIQUE. Y quién será?
- BECKET. Nombradlo;
Sin duda el Santo Padre os lo confirma.
- ENRIQUE. *(poniendo la mano sobre el hombro a Becket)*
Este!
- BECKET. No asi os burleis! Ni aun soy monje.
Es traje arzobispal esta loriga?
- ENRIQUE. No es el hábito, el brazo es lo que busco;
El tuyo venció huestes enemigas.
- BECKET. No es monacal mi brazo, es de guerrero!

- ENRIQUE. Hombre de fé y valor se necesita,
Que temporal y eterno a un tiempo sea!
- BECKET. Proponed a Foliot
- ENRIQUE. No vestiria
Con majestad la tunica morada;
Ayuna, se macera y se santigua.
- BECKET. Y Rogerio de Fork?
- ENRIQUE. No me acomoda;
Un vano pretencioso, se imagina
Ser joya inestimable y un ornato
Que el Estado y la Iglesia se codician.
- BECKET. Y Enrique de Winchester?
- ENRIQUE. Es pariente
Del Rey Esteban, de real familia;
Demasiado; rehusó los Anselmos.
- BECKET. (*en ademán de irse*)
Del Reino los quehaceres solicitan
Mi atención; consentid, Señor, que parta.
- ENRIQUE. Mas no sin contestar!
- BECKET. Digo al epígrama
Sencillamente: *nolo episcopare*.
- ENRIQUE. Es cosa, buen amigo, muy distinta
Nolo archiepiscopare.
- BECKET. Es mas tremenda!
¿Yo arzobispo? Señor, tengo noticias
De tres o cuatro humildes sacerdotes
Personas para el cargo muy mas dignas!
Yo arzobispo? Pudiera que chocasen
La autoridad real con la divina
Y vos y yo! Sería en verdad, broma!
- ENRIQUE. Hablo en veras; me sacas de casillas.
(*Entran Leoar y Sir Reginaldo Fitz-Urse*)
- LEONOR (*cantando*)
Todo ha pasado!
Pasó el verano dulce y florido
Ya de las rosas pasó el reinado....
- ENRIQUE. (*a Becket*) No he concluido contigo, permanece.
- LEONOR. (*viendo el mapa*) Y este plano? decid qué significa
Su Ermita?

- ENRIQUE. Pertenece el plano a Becket.
Guárdalo amigo.
- LEONOR. Becket?... Hechas trizas
Las piezas de ajedrez van por el suelo
Incluso el Rey; perdisteis la partida
Y eso os exasperó; bien os conozco.
- ENRIQUE. Pensaba en otras cosas.
- LEONOR. (*irónicamente*) En política?
- ENRIQUE. En nuestro amor recíproco pensaba.
- LEONOR. (*cantando*)

Todo ha pasado!
Pasó el verano dulce y florido,
Ya de las rosas pasó el reinado
Y al par con ellas el Sol se ha ido.

En Aquitania el Sol mas claro brilla.
Quien estuviera en Aquitania; el Norte
Me penetra y me hiela con sus brisas.

Ya nada queda;
Pasó el florido dulce verano,
No lleva aromas el aura leda,
Ya entró el invierno lóbrego y cano.

La primitiva copla era diversa;
Terminaba sin ley, sin simetría,
Violenta, apasionada, como canto
Bárbaro y popular ¿quereis oírla?
Es el dardo del Parto que iracundo
Cupido abandonado al Rey envía;
Es disparo furtivo por la izquierda:

Una flor queda
Privilejada, no se marchita,
Y sus caricias el aura leda
Enamorada lleva a su ermita.

Sobreviene a las otras una rosa
Oculta en su retiro; hablo a mi guisa,
Soy trovador y en Tolosanas justas
La violeta alcanzó mi poesía;

Aspera es hoy mi voz, que mi garganta
Es rui señor que llora el patrio clima.
Rosa o nó, el matrimonio fué el agosto
De mi violeta de oro

BECKET.

Se suicida.

LEONOR.

La que un amor lejítimo escarnece.
Dices bien! Luis de Francia me quería
Y yo soñé quererlo; adoré a Enrique
Y el soñó que me amaba, y fue mentira.
Al ser aderezado en casta frente
El ramo de azahares se marchita,
El primer beso del marido empañá
En mano de la novia la sortija;
Son las lunas de miel crisis de amores,
Tumbas del ideal; lástima inspiras,
Pobre mundo tan mal organizado.

ENRIQUE.

No enterreis un amor que aun palpita;
Por esa cruz que adorna vuestro cuello
Juro aquí... ¡vive Dios! qué cruz tan linda!

LEONOR.

Lleváosla si os gusta y cuelgue siempre
De ese acerado corazon encima.

ENRIQUE.

Un dardo le lanzasteis hace poco,
La hermosa cruz ocultará su herida.

LEONOR.

Veo que mi cancion os ha hecho mella.
Vuestro insensible corazon en rima
Sonora y provenzal con tal soltura
Analizar y descubrir podría....

ENRIQUE.

Que se ahogará el pobre en las palabras
Como el tema en el metro; sed benigna
Y escusadnos, Señora, del torrente
De esa facilidad intempestiva!

LEONOR.

No temais; que las ondas de Castalia
Nadie en páramos muertos desperdicia!

ENRIQUE.

Herberto es quien no viene para burlas,
Qué pasa?

(Entra Herberto de Bosham)

HERBERTO.

El Arzobispo de esta vida.....

ENRIQUE.

Descanse en paz!

HERBERTO.

Con ella en el semblante
Lo dejo, y en los labios la sonrisa,
Sonrisa espiritual que entre querubes

- Eterna vaga en la mansion divina.
 A vos, Señor, y al Canciller deseaba
 Ver antes de morir; y solicita
 Que hagais su sucesor a Tomas Becket.
- ENRIQUE. Oyes, Becket?
- BECKET. De lagrimas henchida
 Tengo, Señor, el alma; dispensadme!
- ENRIQUE. Fuerza es que la existencia acabe un dia:
 Si fuésemos eternos nuestra especie
 Decrépita estuviera y paralítica;
 Cada jeneracion paga un tributo
 Al general progreso, y si declina
 Y se hunde en el sepulcro, la sucede
 Nueva generacion con nueva vida.
 Solo te queda que estender la mano,
 Tomas, para cojer báculo y mitra:
 Tratarémos mañana de estas cosas.
 Por hoy la renta arzobispal es mia:
 ¡Ea!alcones y en caza; porque oberos
 Se vuelven los que poco se ejercitan
(Sale saltando por encima de la mesa)
- BECKET. *(a si mismo.)* Me elevó a canciller, porque es-
 peraba
 Que auxiliase a la Iglesia y, lo hize? Espira
 Y al hundirse en la tumba al Soberano
 Para arzobispo el Santo me designa
- HERBERTO. El consejo de un muerto es de gran peso.
- BECKET. El suyo, si! Sepamos su agonía
 Sus ultimas palabras recojamos.
(Salen Becket y Herberto)
- LEONOR. De quien crees tú que sea aquella ermita
 Reginaldo?
- REGINALDO. Si no es de Rosamunda?
- LEONOR. Eso es! y allá conduce aquella linea
 En el mapa de Becket.
- REGINALDO. Vil plebeyo
 Hijo de un mercader, no es de dar ira?
- LEONOR. Ira contra él, no a fé que es un vallente
 Y mas hombre que Enrique; no te inclinas
 Cuando pasa el Ministro? porqué lo haces?
- REGINALDO. Yo le honro solo porque el Rey le estima.

Mas detesto al intruso que despliega
 Séquito y lujo tal que al Rey eclipsa,
 Al que nuestros castillos ha arrasado
 Haciendo creer al Rey que son guaridas.

LEONOR. Y yo por eso soy su admiradora
 Que mas que hombre de Iglesia es estadista:
 Su política es vasta y es profunda.
 Quien, sin su canciller, al Rey divisa?

REGINALDO. Trata como jentuzas a las nobles,
 No acata posicion ni jeraquia.

LEONOR. Orgullo de plebeyo!

REGINALDO. Y a éste piensan
 Elevar a arzobispo.

LEONOR. Asi es; me irritan
 Estos negros carneros del Papado.
 Arzobispo? Penetra mas mi vista
 El corazon del hombre que ese Enrique
 Con sus cascacos lijeros; surja riña
 Entre Iglesia y Estado, y el secreto
 Saco a fé de quien soy.

REGINALDO. En esta villa

Una mujer velada seguí anoche
 Que parecia ser su concubina
 Vuestra rival; me indigna vuestra injuria.

LEONOR. Rival e injuria mia que te indignan?
 No tuvo concubinas Luis de Francia
 Y le amé acaso yo? Tuvo infinitas
 Este Enripue y améle mas que nunca!
 Hoy ni mucho ni poco, estoy ya fria.
 Ojala su manceba solo fuese,
 Que hastía pronto lo que no se estima:
 Pero el actual capricho se ha arraigado.
 Crece al dulce calor de las caricias.
 Y es de temer que en el Estado sea
 Un poder quien al Rey asi fascina.
 ¡Rival con hijos que, el monarca muerto,
 Renovaran de Esteban la anarquía!
 ¿Recuerdas, Reginaldo, aquella historia
 Que tiembblas de que llegue a real noticia?
 (*Le habla al oido y Reginaldo se espanta*)
 Tan bien como tú guardo aquel secreto!

- Dí, no me puedesdeudas te acribillan
Te prometo reserva, afecto y oro
No me puedes librar de esta enemiga?
- REGINALDO. Señora, yo la amé.
- LEONOR. Jamas!; mis cortes
Del delito de amor te absolverian.
Sus goces, esperanzas y pesares
Su institiva atraccion o antipatia
No se hallan a tu alcance.
- REGINALDO. Amé, Señora,
Porque naturaleza nos instiga
A que satisfagamos las pasiones.
- LEONOR. Si a Cupido abrazaras, las costillas
Podrias reventarle; basta de esto!
Acecha a Rosamunda noche y dia,
Hasta en la alcoba real si dable fuese,
De la venganza la ocasion atisba,
Y puesto que por ella, no ternura
Sino apego tuviste, hoy a tu guisa
Cela tambien al Rey.
- REGINALDO. Antes la corsa
Se defendió y escabulló agilísima.
Luego meloso el Rey le hizo la rueda.
Y Becket prohibiόνos perseguirla.
- LEONOR. Prohibiόνos?
- REGINALDO. Por cierto; que eran varios
Los que a vueltas andaban como avispas.
De Tracy y aun de Brito que es un bronce.
- LEONOR. Llevaosla, gozadla, hacedla trizas,
Y como yo la execro, haced que sea
Por el Rey execrada y por sí misma.
- REGIAALDO. Mucho me halagaría en mi despecho
Arrastrar la lozana favorita
Por el lodo.
- LEONOR. Que coma de la fruta,
Y de su Eden la espulsen como víbora!

CÁRLOS MORLA VICUÑA.

NO ABANDONES TU FÉ.

A MI HERMANO.....



Guarda tu fé, que ella tu amparo sea
En el viaje penoso de la vida;
Ella es la luz que al corazon recrea
Y es para el alma protectora egida.

Guarda tu fé, que el hombre en su impaciencia,
No alcanza la verdad, que el cielo oculta,
Y por hallar la luz llama á la ciencia,
Que en un caos de sombras lo sepulta.

En una eterna abrumadora duda,
Se agita su razon, sin paz, sin calma,
Y cuando brama la tormenta ruda
No encuentra donde refugiar su alma.

No sabes qué es dudar; tu alma de niño
No sabe cuánto el corazon solloza
Cuando entre sueños de color de armiño,
Se busca la verdad con alma ansiosa.

Yo tambien en la aurora de mi vida,
Era cual tú, sencillo y candoroso;
Y hoy día por mi senda oscurecida
Marcho agitado y sin hallar reposo.

¡Ay! yo también sentí dentro del alma,
La duda germinar con impaciencia,
Y por hallar de la verdad la palma,
Me engolfé en los problemas de la ciencia.

Leí, leí y en mi delirio ardiente
Sintiendo de dolor mi alma abrumada,
Lanzé un grito de cólera estridente
Al sentirme sin fé, sin luz, sin nada

Pobre de mí! que cuando sufro y lloro
Herido por los dardos de la vida,
A nadie doy mi queja, á nadie imploro;
Porque sé que no hay bálsamo á mi herida.

Es pobre la razón, pobre es la ciencia
Para volverle al corazón la calma.
¿Qué no hiciera por dar á mi existencia,
La dulce paz que me arranqué del alma!

Arrojado á este piélago insondable,
En este fango de eternal miseria,
No sé si á este mi cuerpo despreciable,
El alma le dá vida, ó la materia.

No sé si tras la muerte misteriosa
Existe un nuevo eden, un nuevo mundo;
Ni si el hombre al perderse entre la fosa,
Vuelve á ser lodo miserable, inmundo.

No sé si el hombre que en la tierra vive,
Rindiendo culto á la virtud sagrada,
Un premio en recompensa allá recibe,
O si el bien ante el crimen se anonada.

Yo nada sé, oscura es mi conciencia
Y es oscura y fatídica mi suerte
¿Donde hallaré la luz de una creencia?
Solo en el seno horrible de la muerte.

Allí está la verdad, en esa oscura
Mansion, de que el mortal no sabe nada,
En esa pobre, humilde sepultura,
En esa caja tétrica, enlutada.....

Allí la buscaré, si el alma humana,
A travez del *no ser* sigue su viage.
La luz de Dios me alumbrará mañana
Al arrojar mi terrenal ropage.

Y si todo termina con la muerte
Y el alma es ilusion del pensamiento,
Podré en mi tumba reposar inerte.....
¿Qué importa al polvo que lo barra el viento?

Mas tú, sencilla flor, alma creyente,
Que entre tu pecho la virtud cobijas,
Que buscas los laureles de tu frente
En el Eden, donde tu vista fijas,

Sigue adelante, con resuelto paso
Por la senda del bien y la bonanza,
Sin desatar el inseguro lazo
Que encadena la fé con la esperanza.

Sigue adelante, tu virtud sencilla
No trueques, nó, por la implacable duda,
Que es ella de los males la semilla,
El gérmen cruel de la desgracia ruda.

¡Ay! nunca intente conocer lo cierto
De ese misterio, tu anhelar constante,
Y á vivir, siendo sábio, de lo incierto,
Prefiere tener fé, siendo ignorante.

La Paz, marzo de 1885.

Isaac G. Eduardo.

—•••—

REVISTA LITERARIA

MARIANITA

NOVELA POR VICENTE GREZ

El autor de *El Combate Homérico*, ha dado á la luz pública una nueva novela que le traerá más reptación y mayores elogios. El que escribió *Emilia Reynals* y el *Dote de una joven*, ha sabido juzgar bien los aplausos de los amantes de las letras y comprendido que sus dotes de novelista, bien escasas por desgracia en nuestra juventud, debe aprovecharlas y no privar á los lectores de sus excelentes conocimientos sociales y de sus buenos estudios sobre el corazón humano.

Acaso nuestro juicio sobre *Marianita*, cuyas páginas hemos saboreado con muchísimo placer, sea demasiado benévolo aunque nos esforzaremos por hablar con bastante imparcialidad: y ello proviene á causa de que somos admiradores entusiastas de Vicente Grez.

Hay algo en Vicente Grez que nadie pondrá en duda: es el pincel del caricaturista, que está sobre todas sus otras cualidades. Recuerda talvez con cariño sus horas de guerrilla política, sus artículos festivos, sus apreciaciones sobre los actos de los hombres de las alturas, que le valieron tantos parabienes envueltos en las risotadas del público, y no abandona jamás esos tintes que dá á algunos caracteres para producir la hilaridad con sus frases ingeniosas y llenas de chiste francés.

En todas sus novelas hay algún tipo que es objeto de su zaña y de sus burlas, y en *Marianita*, en donde ha abandonado á nuestro juicio, un tanto, este rico recurso de su rica imaginación, nos presenta, ufano de su creación, á Doña Rosario, madre de Camilo, linda muestra de suegra artera y ambiciosa.

Nosotros creemos sin exageración que Vicente Grez es uno de nuestros mejores escritores y para probarlo ahí están, *El combate Homérico* esa leyenda heróica que encierra en sus páginas un gran poema y cuya descripción, producto de un individuo que tiene alma de artista y corazón de poeta, es el mejor elogio que se haya hecho del héroe y del mártir que nos legara la mejor página de abnegación, de valor y de gloria.

Vicente Grez es caricaturista y es poeta; se le acusará de muchísima incorrección, de ignorancia gramatical, de no mucha instrucción pero sus *Ráfagas* tienen delicadezas muy blandas y sentimientos muy poéticos. Sus versos acusan un corazón muy sensible y algo como una nostalgia que seduce y encanta.

Emilia Reynals y el *Dote de una joven* han sido ya juzgadas y nos ocuparemos en *Marianita*, novela *psicológica* y *sentimental* que nos revela excelentes dotes y cuyo argumento, más meditado y mejor desarrollado, habría hecho de su novela una de las mejores producciones literarias.

Marianita, tipo de belleza y de candor, nacida y criada en los Vilos en un hogar tranquilo, modesto y honrado, al murmullo de las olas que acarician las playas, es como una sirena de los mares, es dulce y grave y "en sus ojos parecía vagar esa melancolía de los inmensos mares que ella contemplaba eternamente."

Su padre es subdelegado marítimo y consiguientemente de lo mas encopetado del lugar. Ella enseña á Samuel y á Corina en compañía de su señor padre y en la casa es á la vez madre, hermana é hija y hasta ayuda á su padre á redactar las notas relativas á su empleo.

En su hogar brillan la modestia y la decencia, el jefe es un hombre honrado y *Marianita*, que no tiene madre, tiene algo de anjel y mujer, de estrella y flor.

No lejos de los Vilos, viven en una hacienda don Ramón y doña Pepa, dos hermanos solterones ricos, y que viven

amenazados constantemente por los deseos de heredarlos que abrigan unos cuantos sobrinos; Serjio, uno de éstos, les hace compañía con grandísimo alborozo de su madre, Carmela, que acaso evoca diariamente á la muerte que venga en busca de su hermano Ramón, para que su hijo quede dueño de la hacienda que según el novelista tiene tanta extensión "como un reino de segunda orden de Europa." De los sobrinos de don Ramón, Camilo, no le ha visitado, pero doña Rosario, su madre, no pierde el tiempo y continuamente anuncia á su hermano los progresos de su hijo, para que lo tenga presente.

En un mes de vacaciones, Camilo aprovecha el viaje de la fragata Chilena *Mercedes* y se dirige á los Vilos y de allí á casa de su tío.

Don Ramón es acosado por las visitas y la vida veraniego se pasa en su hacienda en medio de amena charla, grande algazara y continuos paseos. Tan pronto como llega Camilo, proyectan un viaje á los Vilos que llevan á cabo y cuya descripción ha cuidado de hacerla el novelista con bastante esmero para dar á conocer el carácter festivo de Serjio.

Así que Camilo, llegó á los Vilos conoció á Marianita y fuése á la hacienda prendado de élla, y como la comitiva de don Ramón lleva los ánimos alegres y bulliciosos, en sus habitaciones reúnen á todas las familias del puerto. Marianita les acompaña á pesar de las múltiples atenciones de su casa, con gran contentamiento de Camilo que á los pocos dias queda furiosamente enamorado. Los paseos succédense á los paseos; Marianita corresponde los cariños de Camilo y en todas partes se les vé juntos embriagados con los sentimientos de las primeras emociones del amor.

Tan pronto como empezó el otoño, volvieron los paseantes á la hacienda y como la fragata *Mercedes* zarpara á Valparaiso, Camilo hubo de resignarse á volver, no sin haber dado antes palabra de casamiento á Marianita y haberla declarado su amor. Esta declaración, que tiene lugar en un instante en que Camilo la acompaña á su casa volviendo de la de don Ramón, el último dia de su permanencia en los Vilos, nos ha parecido concebida y descrita con una frialdad que casi nos ha hecho desconocer al nove-

lista. Camilo despídese de Marianita que lo acompaña hasta el barco en compañía del subdelegado y de doña Pepa; la mañana de ese día de partida era hermosa, “de lejos y un poco perdida entre las rosadas brumas del alba semejábase la fragata á una inmensa gaviota que escarmenara sus plumas y estendiera sus alas sobre las aguas:” antes de abandonar las playas y su amor, Camilo, con todo el sentimiento de la partida dice á Marianita:—“Júrame que me pertenecerás eternamente, que no abrigarás un solo pensamiento que no sea mío y que si nuestro matrimonio se demora dos años, tres, cuatro, cinco, me aguardarás siempre.”

“—Camilo—contestó Marianita con gravedad,—al decirte que te amaba te he dado mi vida para siempre.”—Con este juramento sellan su amor que después poetizan con un beso estrecho, dulce y silencioso.

Una vez en Santiago, Camilo abandonó los estudios á causa de una enfermedad, y para conquistarse una fortuna propuso á su tío arrendarle un fundo que le serviría para trabajar y vivir cerca de Marianita; pero don Ramón no aceptó tales pretenciones y doña Rosario que asechaba los pasos de Camilo, conocedora de su amor por Marianita, consultó con la madre de una jóven rica y con quien quería casarlo, el medio de darle una exelente ocupación y de conducirlo suavemente hasta atraerlo al matrimonio con Elena, exelente partido por sns riquezas y quién estaba enamorada de Camilo; ofrecióle la hacienda de la madre de Elena y el hijo sin ver el artificio de doña Rosario se entrega en sus manos y hace lo que ella le dice.

Elena es una jóven raquítica, enferma y de carácter nervioso que ambiciona á toda costa casarse con Camilo. Marianita y Camilo, escribiéronse dos años sin interrupción y después él no tuvo más noticias de élla á pesar de las numerosas cartas que la dirijía. Llega á sus oídos la nueva de un compromiso entre Marianita y un hacendado y creyendo que ésta lo olvida, acepta el matrimonio con Elena que vuelve loca á doña Rosario y sátsface á Elena en su ardiente pasión.

Camilo, fué buen esposo de Elena, pero enferma y llena de exentricidades, “los primeros fríos y las primeras nieblas del otoño se la llevaron envuelta en sus tristes brumas,” la lloró aunque no la amase mucho; doña Rosario lamen-

tóse de que no dejara sucesor, y su madre no podía conformarse con la desaparición de su hija, su único encanto.

Al poco tiempo renació en Camilo su antiguo amor, abandonó la hacienda de la que fué su esposa y partió á los Vilos á casa de don Ramón; volvió á ver á Marianita y descubriendo Camilo que su correspondencia era interceptada por su madre, no pensó sino en renovar sus juramentos y respetar sus promesas. Marianita y Camilo tiemblan al verse, él solicita un instante de conversación y en una tarde después de comer, en un paseo á las orillas del mar, prueba á Marianita que su matrimonio fué causado por el despecho al saber que ella estaba de novia, siendo que era su hermana Corina la que se unia con un hacendado. Marianita, ama de veras y luego oidas las esplicaciones cubren con un velo el olvido del pasado y se aman como antes; al separarse Camilo la dice que volverá, élla no responde, lo espera cuando su padre está entregado al sueño y cuando todos duermen en su hogar; Camilo llega hasta sus ventanas, Marianita solo escucha su corazón y su sentimiento, él la dice que apague la luz porque al atravesar pueden divisarlo por los postigos, y Marianita que nada oye sino su amor apaga la lámpara: "en esos momentos una mariposa revoloteaba junto al globo y se quemaba las alas."

Marianita, inocente, buena y sin experiencia alguna, demasiado crédula y juzgando á Camilo por sus palabras no preveyó las fatales consecuencias y después de esta escena, él que antes fué su novio, desempeña el papel del amante. A partir de aquí, preocupan tres distintas situaciones: la caída de la infeliz Marianita, la infamia y la perversidad de Camilo y la bondad y las esperanzas de Serjio. Este, enamorado de Marianita, de excelente corazón, maneras afables, jenerosos sentimientos no ambicionaba sino unirse á Marianita con quien estaba comprometido. Esta unión deseada por el señor Albarracín, padre de Marianita, y consentida por élla, más bien por obediencia que por cariño y creyendo que Camilo nada significaría yá en el camino de su vida, debería verificarse pronto. Habíanse dado los anillos de compromiso y Serjio que amaba á Marianita como á un anjel y como á la mitad de su vida, temblaba ante la presencia de Camilo, cuyas antiguas relaciones con su novia conocía; pero ausente de los Vilos,

ignoraba absolutamente hubieran reanudado sus amorosas querellas, y de Valparaiso escribía escusándose por su tardanza en volver.

Los dos amantes entregados á los locos transportes del amor y embebidos en sus goces, lo olvidaban todo y tan pronto como en el hogar de Marianita se entregaban al sueño, ella esperaba anhelante, Camilo caía á sus pies y abandonábanse el uno en los brazos del otro en esas horas robadas á los cuidados paternales, bebiendo el deleite y olvidando aquélla su dignidad, no midiendo su desgracia, no vizlumbrando la perfidia de Camilo y éste burlándose del candor de la credulidad y procurando á medida que se hastiaba, huir de Marianita y olvidar sus promesas.

Una noche en que él no fué como de costumbre á casa de Marianita, élla fué en su busca, pasearon por las orillas del mar, amáronse como siempre y bebían los últimos restos de sus entusiasmos. Camilo, que no ansiaba otra cosa que buscar pretextos para romper, se mostraba mudo y frío ante el cariño y las palabras de Marianita; ésta cariñosa y amante preguntóle la causa de su enojo.

—“En verdad,—contestó él con tristeza,—hay momentos en que dudo de tu amor: ahora mismo siento entre mis manos algo que me quema los dedos.”

“Ella se estremeció ligeramente.”

—“¿Crees que puedo ver sin disgusto este anillo de compromiso que me recuerda tu olvido?”

“Y Camilo alzó en alto el dedo de la joven que ostentaba la argolla de oro que la obsequiara Šerjio.”

—“¡Tienes razón!—dijo Marianita, de pie, en lo más alto de la roca.”

—“¡Qué vas á hacer!—gritó asustado Camilo.”

—“Ya lo ves,—dijo Marianita, arrojando al mar el anillo!”

Pero, estas pruebas del profundo amor de la mujer, ya no conmovían á Camilo que la había robado todos sus primeros encantos.

Doña Pepa, tía de Camilo, avisó á la madre de éste que llamara pronto á su hijo y Doña Rosario que temía el matrimonio con Marianita, fraguaba desde Santiago los planes que deberían apartarle de sus pretensiones. Mujer de talento y atrevida encontró entre el sin nú-

mero de niñas que frecuentaban los salones de la capital á Laura E., hija única de una viuda; niña ilustrada, simpática, inteligente y conoedora de los mil recursos que despliegan las mujeres para cautivar á los mortales, servía perfectamente á sus designios. Poco costó convencer á madre é hija, de la rectitud de sus actos y de su buen modo de obrar y llevóse á la hacienda de su hermano Ramón á Laura y su madre, segura de prender á Camilo en las redes de la simpatía amorosa. El viaje de Doña Rosario sirvió admirablemente á Camilo y abandonó á Marianita, para atender á su madre que llegaba á casa de su tío.

Camilo cayó en las redes tendidas por Laura y tejidas por Doña Rosario y á los pocos días jugaban en su corazón dos sentimientos: el producido por la inteligencia y las gracias de Laura y el deseo de sensaciones que saciaba con Marianita.

Serjio llega el mismo día que Camilo sale de los Vilos y llega siempre bueno, siempre generoso, siempre sincero y siempre amante.

Tan pronto como Doña Rosario vió el triunfo de sus proyectos, anunció su vuelta á Santiago y como Camilo debería acompañarla, antes de partir, pretestando una visita de despedida á una hacienda vecina, vuela á los Vilos y anuncia á Marianita su viaje; élla comprende muy bien que esta separación es eterna, pero, esa noche se aman como la última de sus veladas de amor.

Serjio, que nada sabía del género de relaciones entre Camilo y Marianita, pide al padre de ésta que se realice pronto su matrimonio, porque piensa llevarla á Santiago á presenciar el enlace de Camilo y Laura. La entrevista entre los prometidos es triste y Serjio sale de casa de la mujer á quien ama envuelto en una nube de tristeza y de dolor. El padre de Marianita le comunica á ésta los deseos de Serjio y la dice que Laura y Camilo deben contraer matrimonio tan pronto como lleguen á la capital; la desesperación de la joven es inmensa y ahogando sus sufrimientos enmudece ante la mirada escudriñadora de su padre. Una mañana ahogada por el dolor, huye de la casa y avanza al mar hasta ser cubierta por las olas; queria ahogar sus sufrimientos en la inmensidad del Océano; un esforzado pescador la salva y la conduce á casa de su pa-

dre. Desde este momento, Marianita, vive muriendo, su deshonra, su amor y su infortunio solo concluirán con la muerte, último lenitivo para los sufrimientos, el principio de la vida de las almas.

Serjio, llamado por el señor Albarracín que no sabía que hacer al contemplar á su hija falta de juicio y sumida en el mayor sufrimiento, llega á casa de Marinita á quien amaba con toda su alma á pesar de la falsedad de sus promesas, y al tener conocimiento del estado de la que fué su prometida rompe á llorar como un niño. Marianita, que oye su voz lo escucha y lo observa, y avergonzada por los sufrimientos del que fué su novio corre hacia el mar, Serjio vá tras ella y la grita. ¡Marianita! ¡Marianita!

Ella vuelve la mirada y le dice:

“¡Espérame! voy á buscar mi anillo de compromiso!”

Marianita se arrojó al mar, Serjio, arrojóse también tras ella y vuelve trayéndola entre sus brazos que estrechaban un cadáver.

Tal es el argumento y tal el dramático fin de la novela.

El novelista ha elejido perfectamente para su creación el género *psicológico sentimental*. En la época presente es la novela que está en boga y es la que despierta mayor interés. Esta clase de novelas requiere profundos estudios de las personas, porque el novelista tiene que desarrollar las caracteres y pintar los afectos más íntimos del corazón humano. Marianita, que dá su nombre á la novela es su principal personaje y Vicente Grez, que sabe cautivar al lector haciendo simpáticos á sus héroes, ha dado á éste sus mejores toques.

Es necesario penetrar el pensamiento del autor para convencerse de la importancia de su creación. Para nosotros, Marianita, tipo de la niña inocente y sin conocimiento alguno de todo lo artificial y estudiado que hay en los afectos, es la perfecta pintura de la mujer sin sociedad, que vive siempre espuesta á todas las audacias de los que saben burlar los buenos sentimientos y la debilidad de las almas candorosas.

Su alma era pura como sus ojos que reflejaban la limpidez de un cielo sobre la mar tranquila; no hay nada en ella de afectado ni en su porte ni en sus maneras. Viste con gracia y sencillez, cose, enseña, escribe, ordena y se

ocupa en los mil quehaceres domésticos cumpliendo como hija y como madre.

Ella no ambicionaba más que su tranquilidad: y los Vidos y la compañía de sus hermanos y de su padre bastábala para llenar sus ambiciones.

Se prendó de Camilo como pudo haberse prendado del primer hombre de mundo que hubiera llegado á su casa, y concluyó por amar aquello que aceptó como una novedad, hasta que su corazón tuvo la ilusión de creer que amaba algo que aspiraba desde mucho tiempo atrás. Lo que empezó entusiasmo, concluyó pasión y Marianita, absorbida por completo en el cariño de Camilo, habría hecho algo más que arrojarle al mar. Ama como las venecianas sin detenerse ante ningún obstáculo, Camilo pudo arrastrarla á mayores degradaciones, pudo hacerla su querida y ella que le amaba con locura habría vacilado para seguirlo después.

En Marianita y sus desgracias hay una profunda enseñanza para las jóvenes sin educación social, sin la vida de las grandes ciudades y sin los variados conocimientos de una civilización esmerada y más maliciosa. Elena abraza por Camilo un amor en el cual el alma desempeña un papel secundario, pero ésta es mujer del gran mundo y no habría caído tan fácilmente como Mariana. Laura, es frívola viva, resuelta y audaz; pero, es astuta, inteligente, conoce los corazones y los juzga con toda la experiencia que dan las altas relaciones y puede conseguir que Camilo la adore, cuando éste iba dispuesto á burlar los ardides de su madre.

Pero, á nuestro juicio, hay en la novela dos tipos que solo un escritor de cualidades poderosas puede haber diseñado con toda precisión, Serjio, empieza por ser presentado al lector como un loco y aturdido que asecha el cariño de Don Ramón y por cierto empieza con cierta antipatía para el lector; pero, Vicente Grez no lo abandona, hace que ame en silencio á Marianita y este amor lo cambia, lo dignifica, lo transforma, lo rejenera y acaba por presentarse al lector como una alma generosa, que sirve para hacer de Marianita una Magdalena y que castiga las infamias de Camilo con el desprecio del lector. Camilo aparece manso, obediente, desinteresado, prendado de Marianita por

sólo sus bondades y sus encantos; si su madre no intriga, pudo ser en los Vilos un pescador como más tarde fué un verdadero Satán. Pero el novelista quiere enseñar, y aunque tiene por Marianita tanto amor como Serjio, procura transformarlo poco á poco hasta que hace de él un malvado digno hijode una madre ambiciosa, y que atrae sobre sí todos los desdenes y todas las maldiciones de los que se interesan por Marianita.

Serjio y Camilo, son dos tipos opuestos exactamente delineados, modelados y dibujados con los mejores y más perceptibles perfiles.

Doña Rosario atrae sobre sí todas las indignaciones: es intrigante, ambiciosa y no puede vivir sin jugar con su hijo. Para llevar á cabo sus propósitos nada la detiene; Elera significa una cuantiosa fortuna y como calcula que Marianita puede mantener ebrio de amor a Camilo por medio de sus cartas, las intercepta. Estas cartas, de las cuales el novelista hace figurar dos ó tres, son un reflejo del alma sensible, apasionada y siempre llena de esperanzas de Marianita. Su lectura es de lo más dulce y bien pudo Vicente Grez, haber regalado al lector algunas otras que hubieran puesto de relieve el inmenso amor de Marianita y sus castos deseos. Después aunque Camilo sea viudo y se haya labrado una fortuna independiente, llegado á su conocimiento que ama nuevamente á Marianita, esgrime como antes las armas del cariño y de la astucia; Laura, coqueta y despierta, es su medio, su nuevo y certero lazo tendido á ese corazón lijero, uraño y sin delicadezas de Camilo. Bien conocía la madre que bastaba su intervención para reirse de Camilo y lo consigue con tal arte, tal denuedo y tal espléndido desenlace, que alcanza que Laura coqueta, ame á su hijo con veracidad y sinceridad no imaginadas.

Tal novela es la representación exacta del drama diario y constante de la sociedad: Camilo siempre triunfante y premiado por sus audacias; la sociedad lo mima y para las mujeres es el jóven que despierta todas las codiciosas miradas por su porte, su educación, su familia y su vida combatida y sembrada de episodios, realzada con ese amor casto que seduce con todas las bellezas de la distancia, de la pobreza y de la sinceridad. Satán vá y viene entre Marianita y Camilo, y burla su inocencia y su virtud. Serjio, el

jóven de acendrada bondad, de corazón abierto á todos los simpáticos sentimientos, tipo de la honradez, de la fidelidad y del santo y verdadero amor, consigue sólo la promesa de Marianita para beber después el olvido y los sufrimientos con toda la amargura del acíbar de los desengaños y de las marchitas ilusiones. Elena, es el dinero que logra todas las aspiraciones, es la fortuna mostrando sus dientes blancos y agudos con la eterna sonrisa del triunfo y de todos los deseos alcanzados y realizados. Doña Rosario, es la avaricia, la intriga, el enredo, la suegra con todas sus artimañas; es la perfidia social que se muestra con todos sus infames manejos y con todas las consideraciones de familia, posición y las mezquinas ambiciones que envenenan todo lo que las rodea, como las emanaciones de un árbol que dá muerte al que vá á cobijarse bajo sus ramas y á deleitarse con su sombra.

Pero, Vieente Grez descuida su estilo con una negligencia bien punible, sus declaraciones amorosas son forzadas y tan *ex-abrupto* que el lector no las créee, ni goza con ellas; el alejamiento de Serjio que dá tiempo á Camilo para realizar todas sus infamias y la ignorancia en que aquél vive de estos actos, es inverosímil; aquel recurso de las espuelas, botas y mantas para impedir que Serjio salve á Marianita, es un recurso necio, falso y casi *cursi*; don Ramón con todas sus manías de solterón no debió aparecer en la novela, porque al calificarlo el lector siente repugnancia por sus hábitos, y el novelista debe procurar indignación, ódio si se quiere, pero nó repugnancia.

Vieente Grez descuida las descripciones y estamos seguros que el lector no conoce la mansión de Marianita, ni la hacienda de don Ramón, ni ninguna de las bellezas de la tierra y el cielo, del mar y sus acentos.

El diálago tiene todos los defectos que dá á la frase mal construida y muchas veces impropia. Muestra muchas palabras que son ajenas del español y frases que no són de la novela culta é ilustrada.

Mucho más diríamos de esta bella novela; pero las pájinas aumentan y es preciso no abusar de la jenerosa hospitalidad de la REVISTA.

Marianita, es una novela en toda forma y su autor me-

rece todos los aplausos del público de buen gusto y amante de la literatura nacional.

Corrija el señor Grez su estilo, lime y pula sus frases, tome sus personajes como lo ha hecho en esta novela de las encumbradas clases sociales, y de esta manera, ganarán las letras, gozará el público y aprenderán los que no conocen el mundo por sus ribetes de intrigas, de miserias y de miramientos mezquinos, cuanta perfidia se encierra en las almas que toman la vida por el lado de las ambiciones y de las exigencias sociales.

ROBERTO ALONSO.

Octubre de 1885.

BIBLIOGRAFIA BOLIVIANA

S. S. E. E.

El desarrollo que las letras bolivianas han adquirido en los últimos cinco años es poco ó nada conocido en Chile. LA REVISTA DE ARTES Y LETRAS, puede dar una idea de él á sus lectores, publicando la siguiente lista de las obras impresas sólo en el curso de este año y de las que se hallan en vía de publicación.

Obras impresas en 1885.

BORRONES Y PERFILES.

Por José Vicente Ochoa.

Colección de varios artículos biográficos, históricos y de costumbres.

HOJAS AL VIENTO.

Por José Vicente Ochoa.

Poesías.

CODIGO CIVIL.

Concordado y explicado

Por Melchor Terrazas.

(El autor es miembro de la Corte Suprema.)

DESCRIPCION DE LA PROVINCIA DE OTUQUIS EN BOLIVIA.

Por Mauricio Bach.

Reimpresión hecha en Buenos Aires por Don Antonio Quijarro. *Está precedida de una exposicion histórica, debida á la pluma del mismo señor Quijarro.*

APUNTES BIOGRÁFICOS DE LOS PRÓCERES Y MÁRTIRES DE LA INDEPENDENCIA DEL ALTO PERÚ.

Por Octavio Moscoso.

GEOGRAFÍA POLÍTICA DE BOLIVIA.

Por Octavio Moscoso

LA LITERATURA BOLIVIANA.

Por Santiago Vaca Guzman.

(Impreso en Buenos Aires.)

INFORME SOBRE EL CATASTRO DEL DEPARTAMENTO DE CHUQUISACA.

Por Octavio Moscoso.

Obra s en prensa.

BOLÍVAR EN JUNIN.

Por Ricardo Mujia.

Episodio de la guerra de la Independencia.—Drama en tres actos y en verso.

LIRA BOLIVIANA.

Por Benjamin Rivas.

Colección de poesías de los poetas bolivianos.—Están

precedidas de noticias biográficas de cada uno de los poetas que en ella figuran.

Han salido algunas entregas.

DESCRIPCIÓN DE LA PROVINCIA DE SANTA CRUZ DE LA SIERRA.

A n ó n i m o .

CONSTITUCIÓN POLÍTICA.

Comentada y anotada

José M. Gutierrez Argote.

ALBUM DEL 16 DE JULIO.

Publicación hecha por la "Sociedad Gutierrez" bajo los auspicios del Concejo Municipal de La Paz.

Tiende á probar que el primer grito de Independencia en América se lanzó en La Paz el 16 de Julio de 1809, y para ello publica varios documentos.

Ha salido sólo una entrega.

DERECHO PÚBLICO Y DERECHO COUSTITUCIONAL DE BOLIVIA.

Por José Manuel Gutierrez.

HISTORIA DE LA GUERRA DEL PACÍFICO.

Por Nataniel Aguirre.

CÓDIGO DE INSTRUCCION.

Por José Pol.

PROYECTO DE UN CÓDIGO DE ENJUICIAMIENTO CIVIL Y CRIMINAL.

Por Mannel I. Salvatierra.

DICCIONARIO DE LA LEJISLACION CIVIL DE BOLIVIA.

Por Agustín Aspiazú.

LEY DE MINERIA DE BOLIVIA.

Comentada y explicada


Por Melquiades Loayza.

Estas dos últimas obras se imprimen en Santiago en la "Imprenta Cervántes" de don Rafael Jover, bajo la protección del señor Ministro de Bolivia, don Aniceto Arce.

Santiago, setiembre 28 de 1885.

L. S. V.

NOTA.—No se han incluido en las listas anteriores los folletos y publicaciones de carácter político ó de circunstancias.





ANALES DE LA PRENSA BOLIVIANA

“EL JUICIO PÚBLICO”

(Continuación)

VII

1862

SUMARIO:—Declaración, por la prensa, de Félix Endarra.—La viuda de La Tapia culpa á Benavente.—Este rechaza, en la prensa de Sucre, el cargo y refiere lo ocurrido esa noche.—Varios antecedentes é incidencias posteriores.—Comentario de EL JUICIO PÚBLICO.—Declaración judicial de Leandro Fernández.—Declaración por la prensa del coronel Bayarri.—Una rectificación de Cárdenas.—Lo que éste encuentra inexacto.—Otro fragmento de Cárdenas.—¿Hubo motín en el cuartel de las ejecuciones?—Declaración, por la prensa, de Andrés Cueto, hijo del fiscal.—Castigo.—Lo que es un intendente de policía.

En el número 26 de EL JUICIO PÚBLICO, correspondiente al 13 de enero de 1862, Félix Endarra, antiguo maestro mayor de panaderos, como de cincuenta años, declara lo siguiente:

“El 1º de octubre del aciago 61 me enrolaron entre el número de las víctimas predestinadas á las matanzas del 23. Manuel Guerra, ronda de las garitas, Palza, Jiménez y

otro disfrazado, fueron los que me prendieron y sacaron enfermo de mi cama, después de una requisita la más inquisitorial de cuanto había de más secreto en mi casa. Me llevaron preso y me pusieron en un calabozo con Meneses; mas, habiendo sido puesto éste en libertad, quedé preso en compañía del finado Victoriano Murillo, José María Campero (hijo) y el victimado Lorenzo Vega.

“Desde luego es de notar que empezaron las insinuaciones de los centinelas, que en todos los calabozos hacían á los presos, diciéndoles:—“que debían tentar un esfuerzo para librarse de tan injusta prisión y que ellos los apoyarían;”—estando, como se ha visto, combinados estos centinelas con Yáñez, para llevar á cabo sus infernales proyectos de asesinatos contra pacíficos é inocentes.

“Llamado ante el fiscal Cueto, me preguntó éste si conocía á Zuleta y á Zúñiga. Le dije la verdad: que no los conocía ni sabía si existían en este mundo. A esto me repuso el fiscal que yo había tenido reuniones de sedición en mi casa. Sin embargo, me dijo también, conociendo mi inocencia: “¿Qué enemigos tiene Ud. para estar tan constantemente perseguido y chismeadado?” Le respondí que un hermano mío Manuel Irusta y un Francisco Zorrilla se habían conflagrado para perderme; el primero por los motivos viles de interés que dije al principio, y el segundo por haberme opuesto yo á que se case con mi hijastra, por lo que, perdida toda esperanza, me juró con necia zaña que me perseguiría hasta la muerte.

“Esta fué mi declaración y todo cuanto tenía que exponer en ella; la declaración de un hombre honrado y pacífico, ajeno de toda política y mucho más de tramas de una conspiración, urdida por mónstruos perversos para lograr sus inícuos fines. Concluída mi declaración me retiré á mi calabozo hasta el 23 por la noche.

“Todo lo que pudiese referir yo de esta tremenda noche, como víctima milagrosamente escapada, al mismo tiempo de corroborar la fe y verdad de los hechos horribles que se cometieron, nunca puede pintar la crueldad y zaña del matador Yáñez y sus insignes cómplices de asesinato.

“Eran las doce ó una de la mañana, cuando oímos en el cuartel dos tiros dados al aire: estos tiros salieron del

lado del corral dirigidos á la prevención, y los centinelas que habían sido preventivamente cambiados, fingieron sorprenderse: inmediatamente vino el cabo de guardia á ordenar á los centinelas de los calabozos, que al menor movimiento fusilaran á todos los presos. En esto sucedió el fuego nutrido y exterminador de los asesinos, que nos llenó á todos de espanto: por todas partes se oían descargas y tiros de un combate lo más estúpidamente urdido, y nosotros no atinábamos á descifrar lo que pasaba, y nos hallábamos en la más horrible confusión. ¡Solamente los que hemos agonizado en medio de los tormentos de esa espantosa noche, y que parece un sueño infernal de horror, podemos idear hasta dónde puede llegar la ferocidad de Yáñez y su pandilla de asesinos!

“En medio de esta confusión cesó un poco el fuego; pero fué para llevar á cabo el infernal proyecto de nuestros asesinos: así es que un rato después nos arrearón á todos los presos al calabozo núm. 1º, donde nos reunieron, como en un redil á mansos corderos, sin permitirnos casi que nos vistiéramos, al menos á los tres que estábamos en un mismo calabozo, diciéndonos que no había para qué, puesto que íbamos á morir. Al instante entraron Leandro Fernández, cuñado de Yáñez, Sánchez el tuerto, célebre consejero de Yáñez, y el mayor de plaza Cárdenas: todos manifestaban un aspecto horrible y una especie de algazara diabólica.

“Es imposible concebir lo horriblemente atroz de este instante; ese trasteo de presos despavoridos, esa confusión y angustias de nuestra suerte: parecía que la Providencia misma había dejado de ser! Pero lo que más nos espantaba, eran los gritos infernales de Sánchez, Cárdenas y Fernández que decían: “que mueran estos pícaros belcistas y cordobistas! que no quede ninguno! fuego! mátenlos, mátenlos . . . !” Así gritaban, echando espuma por la boca como fieras enfurecidas: y todo fué muerte, destrucción, horror, sangre, laberinto de unos que caían, de otros que trataban de ocultarse entre los ya muertos, de otros que corrían con la bayoneta sepultada en sus entrañas y hasta de los mismos muertos que nadaban en tanta sangre! ¡Santo Dios, cuánta crueldad, cuánto terror para asesinar indefensos!

“Por un designio providencial hemos quedado para contarla uno que otro testigo de tan tremenda historia, desconocida hasta hoy aún á la ferocidad del corazón más perverso y depravado.—En medio de esta carnicería salió libre el infinitamente infame y malvado Demetrio Urdinnea, que hasta se hizo atormentar por ser espía ¡ejemplo incomprensible de monstruosidad!

“El 24 en la mañana aparecieron Cárdenas y demás verdugos, armados de rifles, pistolas y puñales á hacernos saborear sus terribles amenazas á los pocos que habíamos sobrevivido, pero que ellos no conservaban sino por tener el infernal placer de procurarse otro condigno espectáculo, ó la continuación del que se había inaugurado por primera vez en este mundo: entre sus amenazas nos decían estos blasfemos, *que nos harían fusilar con la constitución en la frente*: dicho usual de Yáñez y su gavilla. A las 3 de la tarde reapareció Yáñez, y viendo que algunos habíamos quedado, entre los cuales Zúñiga, Foronda y yo, ordenó que al momento desapareciésemos; y estando Zúñiga para ser ejecutado el primero, y los rifleros *en preparen*, dijo Yáñez que algunos más debían acompañarnos, para lo que debía ver *el proceso*. Entre tanto mandó se nos pusiesen prisiones, y el verdugo Aparecio se complació en remachárnoslas con un placer de Satanás.

“En esta circunstancias oí un recado que el comandante general de las matanzas mandó, no sé á propósito de qué, al R. padre Conde con el comisario Pantoja, diciéndole; que le haría pegar cuatro balazos. Pero esto en términos más altivos y groseros.

“El 25 á las ocho de la noche nos condujo Cárdenas, el mayor de plaza, á la cárcel á las 19 víctimas restantes del 23, con orden de Yáñez, para que se nos ejecutara al primer tiro que hubiese. Permanecimos allí hasta el 7 de noviembre, en que nos dispersaron por diferentes puntos distantes, con la previa advertencia de que si hablábamos ó nos quejábamos, siquiera con una sola palabra, nos costaría caro. Yo fui conducido á Araca, sin saber dónde ni qué suerte habían corrido mis compañeros, hasta que la providencia nos mandó al general Avila y nos libro del monstruo Yáñez en la madrugada del 23 de noviembre.”

La viuda del doctor y ex-ministro de Estado Jo-

sé Agustín de la Tapia culpa, entre otros, á Francisco Benavente, jefe de la columna municipal que Yáñez tenía acuartelada en el palacio, como uno de los cómplices en el asesinato de su esposo la noche del 23 de octubre. Con este motivo Benavente sale á rechazar este cargo en la prensa de Sucre, y declara lo que sigue:

“Hallándome acuartelado con la tropa de mi mando en el palacio de gobierno, oí, á eso de las doce de la citada noche, una voz fuerte que decía “tiros.” En ese acto estaba yo recostado en mi cama, y como siguiesen las voces y los tiros de fusil, me levanté inmediatamente, tomé la espada, y antes de salir de mi habitación, penetró en ella una bala atravesando una ventana y dos puertas. Entonces salí precipitadamente al corredor y allí encontré al coronel Yáñez, quien me dijo estas palabras:

—Nos han sublevado las compañías del Segundo; forme usted su fuerza, mientras yo contengo á los sublevados desde las ventanas con los pocos rifles que tengo.

“El fuego no cesaba en la plaza.

“Al formar la fuerza en el patio, la que en aquellos momentos no pasaba de setenta hombres, fué herido un soldado. Luego que estuvo ordenada ella, mandé cargar las armas, y habiéndoseme reunido el comandante general, abrímos la puerta principal del palacio y salimos á la plaza

“Los sublevados, viendo que los acometíamos, se retiraron en dirección de su cuartel; y como en estos momentos se hacía fuego por la calle del Comercio, el comandante general ordenó que avanzara sobre la esquina con veinte hombres. Yo avancé inmediatamente é hice retroceder al grupo de gente que venía en dirección de la plaza. El se replegó á la esquina de la casa del general Ballivián—(*esquina noroeste*),—y de allí me hacía fuego y yo sostenía éste, hasta que á un soldado le ordené que vivase al presidente de la república.

“A este viva contestaron del grupo, y luego se me dió á conocer el teniente José Pinto, á quien le mandé avanzar, y le pregunté por qué motivo habían salido del cuartel haciendo fuego. El me contestó que, con motivo de haberse aproximado seis ú ocho hombres á la esquina del cuartel disparando tiros, habían salido en su persecución.

“Como este piquete estaba á las órdenes del comisario mayor don Manuel Monje, á quien en aquellos momentos no ví, pregunté por él, y Pinto me contestó: que había venido con la fuerza, y que cuando ésta fué rechazada se había ido.

“Habiendo amanecido el día, se presentó el señor Monje, y preguntado adónde había estado, contestó al coronel Yáñez y á mí: que se había dirigido á casa del corregidor para que mandase un aviso al coronel Cortés, el cual se hallaba con el resto del batallón en Achocalla.

“El fuego de esta noche dió por resultado tres soldados heridos, uno de la columna de mi mando, dos pertenecientes á la quinta compañía del batallón. Uno de estos se encontró poco más arriba de la puerta de Loreto; otro, que había caído en la esquina del obispo, se fué arrastrando hasta las dos cuadras, donde unas mujeres lo disfrazaron y lo llevaron á un rancho: de allí se le condujo al hospital.

“Mientras yo guardaba el puesto que se me había confiado, el comandante general, después de haber dispersado á los revolucionarios, había mandado abrir la puerta de Loreto y hecho fusilar al general Córdoba y otros señores. A la hora después de los fusilamientos, vinieron á la plaza, *ya en orden*, las compañías sublevadas, y como á horas tres de la mañana se me aproximó el coronel Yáñez y me dijo:

—He fusilado á algunos de esos criminales.

“Yo le contesté:

—Usted sabrá lo que ha hecho.

“Restablecido el orden me retiré á palacio, dejando la fuerza al mando de los tenientes Ercilla y Camino. Me hallaba yo en la sala, y á uno que otro de los oficiales que entraban les pregunté: ¿á quiénes ha fusilado el comandante general? Pero nadie me podía dar razón, hasta que, á las siete de la mañana, me manifestó la lista de los ejecutados un ayudante que, si mal no recuerdo, fué el teniente Barriga. Impuesto entonces de ella quedé sumamente sorprendido; porque comprendí que Yáñez había cometido un verdadero atentado, y para informarme mejor acerca de lo sucedido, salí fuera después que los cadáveres habían sido conducidos al panteón.

“Pregunté al capitán José María Rivas, que en esa noche estuvo de guardia en Loreto, si los presos habían hecho resistencia, ó si él los encontró armados en los momentos del motín de la tropa; y me contestó que ninguno se había movido, ni se les encontró armas: que sólo el general Córdoba había luchado por dos veces con el oficial que le hacía la guardia, queriendo salir afuera.

“Al señor Máximo Vega, intendente de policía, le hice igual pregunta con respecto á los señores Tapia, Valderama y Ubierna, y me dijo que ninguna resistencia habían hecho, y que más bien los dos últimos se hallaban dispuestos á sostener el orden.

“Estos datos me convencieron plenamente de que se había castigado á hombres inocentes, y entonces resolví ponerme de acuerdo con el coronel Cortés, para tomar con él algunas medidas que evitaran los ulteriores estravíos que Yáñez pudiera haber tenido.

“Habiendo entrado á la ciudad dicho coronel Cortés con el resto del batallón á horas ocho y media del 24, tuve ocasión de verle á las cinco de la tarde en palacio; pero no pudimos acordar cosa alguna, porque el coronel Yáñez no nos dió lugar. Al día siguiente me dirigí á casa de dicho coronel, á horas doce. Al entrar en su habitación salía el mayor Eliodoro Camacho; y, hallándome solo con aquél, le signifiqué el atentado que se había cometido, que la población estaba aterrada y le supliqué, que, como jefe más caracterizado, dispudiese lo que debíamos hacer para tranquilizar la ciudad. El señor Cortés me contestó:

“Que era cierto cuanto yo le había dicho; pero que ya
“ no se podía tomar medida alguna, desde que el hecho
“ se había sometido, por el coronel Yáñez, á la delibera-
“ ción del gobierno, constituyéndose responsable de sus
“ consecuencias; que se debía esperar el resultado, y que,
“ en el caso que Yáñez quisiese cometer otro atentado, lo
“ evitaríamos, quitándolo del medio.”

“Después de este desgraciado suceso, ordenó Yáñez que se les privase de toda comunicación con sus familias á los presos que quedaban en Loreto; y como yo no podía ver con indiferencia esta medida, me interesé varias veces con aquél, sufriendo los malos modos y sosteniendo con él cuestiones desagradables, para que revocase esta orden, lo

que no pude conseguir. Pero sí, obtuve el permiso de que las familias de los señores Policarpo Eyzaguirre, Luciano Mendizábal, Guachalla, Saravia y Sardón pudiesen entrar á verlos. Apelo al testimonio de dichas familias y al del teniente coronel Nolasco Vega, quien sabe cuántas veces me empeñé por conseguir la comunicación de los presos.

“Otra ocasión tomé interés para que el comandante general permitiera que un médico entrase á curar al teniente coronel Bayarri, en su prisión, súplica que hacían doña Mercedes Ballivián y la esposa de aquél, á quienes se negó á aceptar el comandante general; y, tan luego como obtuve el permiso, salí del cuartel y encontré á estas señoras en una tienda de la esquina de la Caja, y les avisé que se había conseguido lo que solicitaban, y dado la orden para la entrada del médico.

“En cuanto pude serví á las familias de los presos. Si no conseguí todo lo que solicitaban, no fué porque yo hubiese dejado de insinuarme con Yáñez, cuyo carácter era bastante fuerte.

“Antes del suceso del 23 fueron presos los señores Bustillos y Cordero, quienes, por el mal estado de su salud, no podían soportar el rigor de la prisión, y se empeñaban con muchas personas para guardar la prisión en sus casas. Yáñez no aceptaba las garantías que aquellos ofrecían, ni quería oír nada á este respecto. Yo lo persuadí para que accediera á tan justa petición, concurriendo al empeño que hacían otras personas, y en esta concesión tuve gran parte, como pueden decir los mismos señores.

“El 24 de octubre fué presentado al comandante general, por unos indios, el cabo Lastra, que pertenecía á la columna de mi mando y que se hallaba preso en el cuartel de las compañías sublevadas. Inmediatamente ordenó Yáñez que lo fusilasen. Cuando ya se hallaba amarrado Lastra para la ejecución, oyendo las voces de éste entré á la sala, y le pregunté al cabo dónde se había hallado. Me contestó que, en los momentos de la revolución del cuartel, se había ido de fuga al cerro, de donde fué conducido por los indios.

“Con esta exposición, le dije á Yáñez que no había delito para fusilarlo, y me replicó que era clase y que debía morir. Yo alegué que no era delincuente, desde que no se

había mezclado en la conspiración, y al fin conseguí salvarle la vida; pero Yáñez suspendió la orden del fusilamiento, disponiendo que fuese conducido al cuartel del coronel Cortés para que fuese castigado con 500 palos, orden que según supe se había cumplido, pero no con ese número.

“A los pocos días después de este suceso, tuvo aviso Yáñez, de que el mayor graduado Benigno Guzmán, del batallón Segundo, había criticado sus actos en una visita. Inmediatamente lo hizo llamar á palacio, y cuando Guzmán entró á la sala, Yáñez exaltado le reconvino fuertemente, y ordenó que en el acto le quitasen la espada y lo fusilasen. La tropa obedeciendo esta orden tomó inmediatamente las armas, y cuando Guzmán se hallaba á punto de perder la vida, me introduje al salon, y le dije á Yáñez: que se contuviese, porque no había razón, ni derecho para fusilar á aquel oficial. Yáñez insistió en la medida; pero al fin cedió á las reflexiones que le hice, y mandó suspender la ejecución ordenando quedase preso, de donde lo mandó al cuartel general.”

“Interpelo al expresado Guzmán para que exponga si esto es cierto, lo mismo que al cabo Lastra en la parte que le corresponde.

“Desde el momento que salimos de palacio, con el coronel Yáñez, á contener el motín de la plaza, no tuvimos ocasión de hablar sobre los fusilamientos, hasta el 24 á las doce del día, hora en que pude encontrarlo solo en su dormitorio. Entonces suscitó él mismo conversación sobre las ocurrencias que tuvieron lugar, y yo le manifesté abiertamente mi opinión, condenando los fusilamientos; porque aquél no tenía derecho ni causa motivada para imponer la pena de muerte á unos presos desarmados y que no habían tomado parte alguna en el motín; y que esta medida no podría él justificar ante el gobierno, ni ante la sociedad. Yáñez me repuso bastante agriado, que: “yo no era quien debía hacerle esos cargos y que él sabría lo que había de contestar á los que se le hiciesen;” con lo que terminamos la conversación.

“En cartas particulares que dirigí á S. E. y al ex-ministro Fernández, les referí el hecho y les dije que tenía el sentimiento de no haberme hallado en aquellos momentos al lado de Yáñez, que á estarlo, lo habría contenido. El

señor Carvajal, jefe político en ese entónces, y hoy ministro de Hacienda, me oyó hablar varias veces, reprobando aquel hecho: á otras muchas personas que hablaron conmigo en La Paz, á cerca de los sucesos del 23, les manifesté mi reprobación; y, si esto no es así, interpele á la persona ó personas que me hubiesen oído aprobar los fusilamientos, para que me desmientan.

“Algunos escritores, que escriben por escribir, y que no saben lo que escriben, han querido salpicarme con la sangre de las víctimas del 23. Uno de ellos, en carta escrita á Tacna, y publicada en el periódico de aquella ciudad, ha asegurado que yo hice fusilar á más de treinta individuos de tropa en el cuartel; á donde no tuve motivo para haberme aproximado, pues es sabido que yo permanecí en la esquina del Comercio, sin moverme de ella, como se me había mandado. ¿Por qué no habéis averiguado bien los hechos, señor escritor, para consignarlos en un documento público? Otro de los escritores, al referir el fusilamiento con que fué amenazado el mayor Guzmán, afirma que yo fuí uno de sus sacrificadores, cuando es público que le salvé la vida, como puede exponerlo el mismo Guzmán”.

“Tal es la relación verídica de los sucesos de la noche del 23 de octubre: de ella resulta que yo no estuve presente á las ejecuciones de las víctimas, que me hallaba en un lugar apartado, y que sólo supe de ellas en la mañana del 24. Si esto es evidente, ¿cómo se atreve la viuda del señor Tapia, á clasificarme de cómplice en el fusilamiento de su marido? Habéis herido, señora, mi honor del modo más cruel é injusto; pero os perdono en respeto de vuestro indefenso dolor.

“Si yo hubiese ejecutado las órdenes de Yáñez, para victimar á los presos, ó hubiera estado siquiera presente á la victimación, quizá podría hacérseme responsable de esa sangre; pero yo no he tenido directa ni indirectamente parte alguna en esos atentados, y ojalá que antes de perpetrarse hubiesen llegado á mí noticia. Pues entonces habría salvado la vida de los presos, como salvé la del cabo Lastra y mayor Guzmán, poniéndome entre el sacrificio y las víctimas.

“Juzgue ahora el público de los hechos, y de la parte

que me ha cabido en ellos, y juzgue también si ha tenido razón la viuda del señor Tapia, para llamarme asesino”.

Esta declaración está suscrita por Francisco Benavente, en Sucre á 16 de enero de 1862.

Al reproducir esta interesante relato, en sus números 34 y 38 (febrero 4 y 12 de 1862), EL JUICIO PUBLICO le opone un correctivo de soberano desdén en la parte relativa á la sublevación de dos compañías del ejército. Entrega al desprecio de la ciudad de La Paz entera la desvergüenza que, según nuestro periódico, deja presumir en su autor tamaño embuste. Considera semejante aserto una blasfemia contra la notoriedad y el buen sentido público, unánimes en declarar sobre este punto, que, cierto ataque en son sedicioso ocurrido esa noche, no fué sino una inicua é insidiosa patraña. Apela á todo el vecindario para que diga, si no es verdad que no han quedado en la plaza ni en las calles más estragos visibles, más sangre, ni más cadáveres que los causados por los fusilamientos de Yáñez.

Pero ya en otro lugar se ha hecho ver, que el hecho de la insidiosa patraña puede conciliarse muy bien con el aserto de Benavente. Este estaba en la plaza con su gente, y bien pudo haber tomado como cosa verdadera la patraña insidiosa que se forjaba, con otra tropa, en las calles vecinas entre las sombras de la noche. La popular certidumbre sobre que hubo simulacro de combate, en vez de tiroteo verdadero, sobrevino largos días después del suceso. Esa certidumbre *a posteriori* es la que ha inspirado el desprecio con que está sazónada esta rectificación de EL JUICIO PÚBLICO.

Ya hemos visto una parte de la declaración de Leandro Fernández, el feroz ejecutor. Veamos ahora la parte donde dicho oficial refiere lo ocurrido en el combate de la plaza y en el Loreto. Esta declaración fué prestada ante la justicia ordinaria en Cochabamba. Dice:

“Esa noche dormía yo en el cuarto de prevención en compañía de Cárdenas, el teniente primero N. Jiménez, el oficial de guardia teniente primero N. N., el mayor N. Solís, el teniente segundo N. Barriga, idem primero N. Mogrovejo, teniente primero Ercilla y otros muchos cuyos nombres no recuerdo. A eso de la una y media de la mañana golpearon la ventana del cuarto en que dormíamos,

no sé si fué el sereno mayor ó algún comisario, expresando que habían dado tiros en el cuartel de arriba. Inmediatamente nos vestimos y fuimos.

“Entre tanto crecía el fuego, á cuya consecuencia el coronel Yáñez colocó en cada una de las ventanas del palacio dos rifleros, de los seis que tenía consigo, con orden de que dirigieran sus tiros al Loreto, *de donde se daban otros tiros*. Hecho esto, bajámos del alto del palacio y armámos la columna municipal, repartiendo cápsulas y demas objetos necesarios, y salímos con dirección al Loreto, donde había cesado completamente el fuego. Al mencionado lugar, es decir al Loreto, sólo continuámos marchando N. Franco, el coronel Yáñez, su hijo Darío del misma apellido, el teniente coronel Cárdenas, el igual Luis Sánchez, yo y los seis rifleros; habiendo quedado distribuida la columna en las cuatro bocascalles, á órdenes del teniente coronel Benavente y demás oficiales que tengo mencionados.

“Llegámos al Loreto, cuya puerta golpeó el coronel Yáñez, llamando al capitán de guardia N. Rivas, y preguntándole qué novedad había, Este abrió la puerta y contestó: que nada había adentro; que sólo de la plaza habían pegado unos tiros y pateado la puerta con las expresiones de *¡Viva Córdoba!* La guardia había estado sobre las armas, las que estaban cargadas por orden de Rivas, quien la había puesto á cargo de Bernardo Gandarillas. Como tengo dicho, expuso Rivas que no hubo novedad en el Loreto; que lo único que había tenido lugar era que Córdoba había tratado de amarrar á Miguel Núñez, que lo custodiaba en el coro, por medio de los seis rifleros que le servían de guardia.

“A este parte dijo el coronel Yáñez que porqué no le habían pegado cuatro balazos, y ordenó á Núñez por dos veces mandara ejecutar al general Córdoba; órdenes que fueron desobedecidas bajo el pretexto de que no tenían cápsulas. Visto esto, se me dió la misma orden por el comandante general en presencia de Cárdenas, Luis Sánchez, Franco, su hijo Darío y el teniente segundo Barriga, entregándome para el efecto un cajón de cápsulas.”

El teniente coronel José Bayarri, con fecha 12 de di-

ciembre, declara en el número 463 de *El Telégrafo* lo que sigue:

“Es el caso que la noche del 29 de setiembre último, a horas diez y media poco más ó menos, fuimos aprehendidos en la tienda de mi hermano político Tomás Crespo, situada en la plaza principal, el teniente coronel Antonio Gutiérrez, don Pedro Espejo y yo. Habiéndonos conducido al palacio custodiados, se nos reunió allí con don Luciano Mendizábal, á quien encontramos acostado, pues lo habían capturado con anterioridad.

“A cosa de la una ó dos de la mañana, fué introducida una persona á la habitación: este individuo, según supimos después, se llamaba Pedro Zúñiga, á quien condujeron ó hicieron entrar llenándolo de imprecaciones é insultos groseros y torpes. A personándose entonces el nefando Yáñez, dijo, poseído de la más brutal impaciencia y furia:

Ya se halla descubierto el plan de la revolución que intentaban.

Vertiendo estas expresiones antes de haber procedido á la apertura y lectura de una carta ó comunicación ficta y forjada ex-profeso, como punto de partida para sus ulteriores perversos designios, y nos dirigió las palabras siguientes:

Pícaros, los he de fusilar con la constitución en la cabeza.

“Entonces el teniente coronel Benavente, que también estaba allí, se propuso leer dicha carta en voz alta, principiando poco mas ó menos en los términos siguientes: “Señor don S. S. etc. Mi querido amigo: Aviso á usted que el general está muy pronto y cerca, y que en ésta la columna se halla en buena disposición y lista; y usted hable á Húsares todo esto . . . etc.” Con más otras particularidades que no fué posible retener ni fijarse en ellas. Al advertir nosotros semejante impostura y perfidia, no pudimos menos que estar poseídos de una justa indignación.

“Según se ha llegado á inquirir y consta á cuantos conocen la malhadada ficción, el origen de ésta se acordó sin duda en algún conciliábulo tenebroso, del modo que aparece, á saber:

“En momentos en que pasaba por la puerta del palacio el expresado Zúñiga, le salió al encuentro Demetrio Urdinenea, quien ha adquirido una perfecta celebridad con

haberse prestado dócil á representar odiosos papeles en tan espantosos sucesos, y le dijo:

—Amigo, sé que usted se marcha para Luribay, y hágame el servicio de llevar esta carta.

“Zúñiga le replicó: que era positivo que se encaminaba para Cochabamba; mas no para el punto que se le había indicado, por cuya razón no podría complacerlo.

“A lo que le repuso Urdineia: que sería mejor que tomase la ruta que le había mencionado desde que era mucho más inmediata á Cochabamba.

“Continuando con sus excusas aquél, le contestó: “No, señor.”

“En tales circunstancias recurrió Urdineia al expediente de una especie de mandato, por el que, simulando una empeñosa insinuación, insistió en que de todos modos se encomendase de su transporte, siquiera para mandarla con otro de quien pudiera valerse en el tránsito, y para obligarlo lo gratificó con cuatro pesos. A tan exigente porfía le condescendió, recibiendo incautamente la carta, y se dirigió á su alojamiento.

“No habían trascurrido algunos momentos desde esta escena, cuando habiendo mandado tras él á quienes lo capturasen, no bien entró en su habitación se apoderaron de su persona y de la carta antedicha, lo mismo que de un documento de cancelamiento del dueño de casa, que estaba sobre una mesa.

“Con tan detestable superchería comenzó la serie de atrocidades inauditas llevadas á cabo, de un sistema torpemente calculado, cuyos resultados proditorios y sangrientos han sido las matanzas y asesinatos horrosos; sin que en el espacio de los veinte y tres días que antecedieron, pudiese justificarse ni comprobarse cosa alguna que presentase el aspecto del delito imputado y supuesto.

“Referir las mortificaciones, vejámenes y tormentos que sufrimos en la prisión, sería interminable. Baste decir que todos los que sobrevivimos, después de la espantosa catástrofe, no contábamos con un instante de seguridad, como si se nos hubiera deparado una continua agonía; porque la idea de la muerte nos angustiaba incesantemente, con el ejemplo y la memoria de nuestros desgraciados compañeros, que fueron victimados tan brutal é inhumanamente.

“Hacer reminiscencia de aquellos actos nefandos, en los que tuvieron parte como cómplices colaboradores é instrumentos dóciles, todos los que formaban el círculo de la bestia feroz, cuyo calificativo se le ha aplicado al forajido Yáñez, sería preciso enumerar todos los sicarios y esbirros, que con íntima convicción el pueblo los conoce y los distingue individualmente. Uno de ellos, recomendado en el parte inficuamente forjado por el perverso Yáñez, con el dictado de *bizarro teniente coronel*, es Cárdenas, quien se expidió en cuanto se le encomendaba, con todo celo y agilidad, ejecutando la carnicería mas inhumana en el cuartel de arriba con los desventurados que se hallaban presos, sorprendiéndolos en sus camas desnudos y desprevenidos al inminente riesgo, cuya realidad tocaron fatalmente.”...

En su primera juventud fué cuando Bayarri ingresó al ejército. Tocóle concurrir á las campañas del Perú combatiendo en Yanacocha, Pampas, Bichongos y Socabaya. Se halló en la batalla de Ingavi. Se había sometido al mando legal de Achá, aceptando del tesoro una pensión de retiro.

En el mismo número en que apareció la antedicha declaración, *El Telégrafo* publicó una breve y poco importante rectificación de Cárdenas. Tan sólo por provenir de este inhumano subalterno, el más cruel asesino esa noche después de Yáñez, es fuerza copiarla aquí íntegra. Dice así:

“En la vindicación que tengo escrita con fecha 4 del actual, al hacer en el acápite cuarto la relación de lo ocurrido en el cuartel de la antigua recoba, donde más bien salvé veintiún presos, porque no tenía las mismas ideas y carácter sanguinario que Yáñez, aparece citado como uno de los individuos que presenciaron la orden de éste, para que se me fusile, porque no fueron ejecutados todos los presos indicados, el *capitán Vargas*; éste ha sido un error involuntario, en lugar de decir ó referirme al capitán Valverde, que estuvo junto con Yáñez. Y más bien el mayor Gervasio Vargas, que en ese acto se presentó, casi fué fusilado por el mismo Yáñez, que le acometió con su pistola, y fué despedido de la plaza; advirtiéndome que en las mismas circunstancias el cruel Yáñez asesinó á N. Vega con los soldados que estaban á sus órdenes.

“Con este motivo aprovecho también la ocasión de con-

tradecir lo que se asegura en el número 6 de EL JUICIO PÚBLICO, artículo *Horror á los tiranos*, relativamente á mi persona, de haber sido quien mandé ejecutar á aquéllos del modo inhumano que se describe. Este artículo se escribió sin duda ántes de verse mi vindicación, en la que he referido las circunstancias del caso, y observé otra conducta muy distinta de la que se me imputa, y solo apremiado por esa fatal actualidad en que me hallaba; y en el curso de los detalles que se irán analizando resaltará la verdad de mis exposiciones. Por fin, no se quiera también tomar argumento contra mí de la hora, que sólo por error de pluma, aparece en mi vindicación, de las tres de la mañana, cuando se fusiló por Yáñez, al general Córdoba, que fué más antes, como lo sabe el pueblo.—*La Paz, Diciembre 9 de 1861.*—SANTOS CÁRDENAS.”

Me parece que EL JUICIO PÚBLICO ha faltado á la justicia con respecto á Cárdenas. Ha debido insertar ó extraer en sus columnas la defensa de diciembre 4. Prescribásele así el hecho sólo de provenir de un individuo contra quien estaba dicho periódico acumulando tantos testimonios condenatorios.

Del artículo de EL JUICIO PÚBLICO es necesario copiar aquí los párrafos que Cárdenas quiere ver rectificadas. Son casualmente en dicho artículo los únicos párrafos que contienen relación de hechos. Es por demás exquisito y extraño el puntillo del hombre éste. Le escuece la epidermis una perorata política, que se compone de simples apreciaciones. Dice la perorata en diciembre 6:

“Con Yáñez pagaron su complicidad el militar Luis Sánchez, que, en la noche de la impía y salvaje carnicería del 23 de octubre, decía: *que se fusile á los presos en sus propias camas*; así es que desnudos y dormidos fueron sorprendidos en la Universidad. Expió también sus crímenes el comisario Leopoldo Dávila, quien, con despotismo y amenazas, vejaba á todos los dolientes que en el panteón querían desahogar sus sentimientos, derramando sus lágrimas sobre los cadáveres destrozados y sangrientos de padres, hermanos, esposos, hijos, parientes y amigos.

“Pero se libertaron de la cólera del pueblo y de su tremendo poder, el militar Santos Cárdenas, que á *todos* los infelices soldados presos en un calabazo, en el cuartel de

la antigua recoba, calle arriba de la plaza mayor, los mandó fusilar dándoles *fuego á discreción como á un grupo de cerdos*.

“Pigmea, como eres, debe ser también tu alma, y menguado tu corazón, tus inclinaciones, y nada hidalgos tus sentimientos.

“El carcelero José María Aparicio, alias el *Toncoro*, de igual estatura y temple, quien, entre los que fusiló, comprendió también á José Torres, que estaba recluso por cosas muy privadas y por diferencias con su mujer. Estos y otros sicarios aun existen, á los cuales no dudamos que el gobierno mandará someter á juicio.”

Las palabras tarjadas son en sustancia las que Cárdenas encuentra inexactas. Justamente las que cualquiera que lea el citado artículo consideraría dictadas al periodista por sólo el calor del debate.

Los párrafos anteriores y posteriores del editorial de EL JUICIO PÚBLICO de donde he sacado los que acaban de leerse, son una invectiva contra las tendencias violentas de los que ejercen un mando cualquiera en Bolivia. El lema es este artículo de la constitución:

“Nadie puede ser detenido, arrestado, preso ni condenado sino en los casos y según las formas establecidas por la ley etc.”

Es precisamente aquel artículo uno de los que, esa noche, desligaban á Cárdenas de toda obediencia militar de mera ordenanza, y que facultad le daban para ponerse á buen recaudo á trueque de no bañarse en un lago de sangre inocente.

No he podido haber en este momento la hoja suelta de diciembre 4, de donde están tomadas las anteriores y subsiguientes palabras de Cárdenas. Hay que copiar aquí lo que de ellas otros han copiado en las polémicas de la prensa.

Todo lo que éste haya proferido tocante á la carnicería del cuartel de la antigua recoba, ó sea cuartel del Segundo, es precioso aunque nada nuevo diga. Hé aquí otro parrafito suyo citado por José Agustín Franco en su comunicado inserto en el número 8 de EL JUICIO PÚBLICO:

“En ese mismo acto,”—dice Franco que dice Cárdenas en su escrito vindicatorio,—“me ordenó (Yáñez) también con la mayor severidad, que marchara al cuartel de

la antigua recoba á fusilar á todos los presos que estaban allí, sin que deje á ninguno, lo que presencié el teniente Franco y algunos oficiales de la columna.”

Franco sostiene que esta referencia es sobre que él presencié el acto de darse la orden y no el acto de los fusilamientos mismos.

Nadie duda de que la orden fué dada. Yáñez confiesa que terminado el combate la dió para castigar á los detenidos. Hizo de juez. Cárdenas, Fernández y Aparicio desempeñaron entonces el oficio de alguaciles de sangre. Cumplieron todos de esta suerte lo ofrecido por Yáñez, de fusilar á los detenidos con la constitución en el pecho.

Hé aquí otro breve fragmento de la publicación hecha en defensa suya por Cárdenas. Está citado por un periódico:

“Me dirigí al cuartel donde se me dió una descarga de fusilería, y logré con sólo mi denuedo y valor, sin dar un tiro, tranquilizar el motín, habiendo encontrado ya dos muertos, que no supe quiénes eran, fusilados por Claudio Sánchez, que había estado antes que yo.”

Claudio Sánchez se presentó con este motivo para ser juzgado y fué absuelto por la justicia militar ordinaria.

Noté el lector, que si Yáñez comisionó á Cárdenas y á Fernández para ir á fusilar presos en el cuartel del Segundo, y los mandó solos y entraron solos, era sin duda porque no temía que en ese cuartel hubiera ocurrido novedad contra el orden y la disciplina, cuánto menos si hubiera sabido que allí se habían sublevado la tropa ó los presos.

Recuérdese sobre lo principal la declaración de Fernández, quien también llegó al cuartel juntamente con Cárdenas. Confirma que ambos fueron enviados allí solos; no ciertamente á afrontar ilesos descargas cerradas, ni á tranquilizar ningún motín á fuerza de bravura y sin disparar un tiro. Se les envió á fusilar á mansalva presos con la fuerza pública aposentada en ese cuartel. Penetraron en éste y procedieron á desempeñar su tarea sin el menor tropiezo, sacando sucesivamente de sus calabozos á los presos, dando la muerte á todos en un mismo sitio, encontrando siempre obediente para la matanza á los soldados. Nadie allí osó desobedecer á estos sicarios.

Aun cuando no existiera la confesión de Fernández so-

bre la manera y circunstancias con que breve y expeditivamente se consumaron en el cuartel las ejecuciones, manera y circunstancias que alejan toda idea de amotinamiento sofocado por Cárdenas en el acto ó antes de verificarse esas ejecuciones, está el proceso general de la prensa, conteste sobre el hecho de que los presos no se movieron esa noche en sus calabozos sino para tenderse boca abajo, y que fueron victimados sin hacer ellos la menor resistencia.

En el núm. 461 de *El Telégrafo*, correspondiente al 4 de diciembre, se presentó ante la opinión Andrés Cueto, hijo del fiscal Pedro Cueto, y se anunció de esta manera:

“Con el profundo pesar que al hijo causa la calumnia que contra su padre se desata, haciéndole víctima de injustas venganzas, llamo hoy día la atención pública, y ruego á los hombres sensatos se dignen escucharme, y después fallar, absolviendo ó condenando á mi desgraciado padre. Y yo, que tengo la conciencia de la sanidad de sus intenciones; yo que conozco la verdad, ¿cómo no he de esperar la absolución del juicio recto de la opinión pública?”

El que con modos tan persuasivos así comienza, se echa no obstante á cuestras la tarea de una probanza dificultosísima, primero por su naturaleza esencialmente negativa, y segundo porque va contra el hecho tangible y notorio. Este hecho no es otro que el propósito mancomunado, de Cueto y Yáñez, de perseguir de muerte en La Paz á los presos belcistas, por medio de un proceso militar.

Entre tanto, la pieza que va á leerse es de importancia histórica. En ella puede notarse un dato que arroja inmensa luz sobre uno de los puntos mas oscuros de esta catástrofe tenebrosa. Esta defensa contiene una revelación. En su vista pedía el fiscal nada menos que la libertad inmediata de los que habían sido detenidos en setiembre. ¡La libertad! No fué escuchado. Las complacencias de Cueto con el superior furioso no fueron, pues, de tan indómita índole, que no cayeran quebrantadas debajo de algún peso enorme, el peso jurídico de la inocencia de los detenidos.

¡La libertad inmediata de los que fueron asesinados! Tan sólo se pidió que quedaran en la cárcel tres ó cuatro belcistas hasta que se pusieran en claro ciertas citas del pro-

ceso. Era quizá lo más que podía hacer en obsequio de su odio ó de su docilidad aquel pobre fiscal. Repito que este dato es de un valor capital.

La defensa del padre hecha por el hijo prosigue así:

“Don Napoleón Quijarro, en un papel suelto, que es el apasionado eco de las víctimas, dice de mi padre: “Fiscal “perpetuo, estuvo en el plan tenebroso de los acontecimientos de la noche del 23 de octubre último.”

“No comprendo cómo pudiera aventurarse semejante aserto, sin fundarlo en algún hecho, en algún dato, y también debía ser revelado al público para convencerlo; por que, la sola palabra de un hombre que escribe tomando un seudónimo, no puede ser bastante comprobante de un delito que á todos nos tiene aterrorizados.

“La noche del 23 de octubre, en que tuvo lugar tan infausto suceso, se recogió mi padre á casa á las nueve, y se puso á dormir á las once según su costumbre. A las tres y media oyó que se le golpeaba la puerta, y era el sirviente que estaba en la puerta de calle, quien le avisó que un oficial lo llamaba á nombre del comandante general. Lo hizo entrar, y era el sargento mayor retirado don Santiago Ayoroa, que le repitió que el comandante general lo llamaba. Como era natural, le preguntó si había alguna ocurrencia, y le contestó: que había estallado un motín; pero que había sido sofocado y fusilados muchos de los presos.

“Mi padre púsose á vestir inmediatamente, y en ese momento entró don Toribio Eduardo, dueño de la casa, avisándole que desde la media noche había habido tiros, y que ha debido haber alguna revolución. Poco después salió mi padre á la calle, y fué visto por las señoritas Bacarrasa. Llegó á la plaza y vió terminado aquel espectáculo lúgubre, que lo llenó de terror. Apesar de que Yáñez era hombre que no permitía una sola reflexión contraria á sus ideas, mi padre con modo suave le hizo reproches que por supuesto fueron desatendidos.

“Llamado otra vez, díjole Yáñez, que era nombrado juez fiscal para que organice una sumaria; y mi padre se excusó, resistió con tenacidad, alegando que era jefe político de Coro Coro, y que tenía necesidad de disponer su marcha. Pero Yáñez insistió hasta decirle que lo hacía

responsable, y que daría parte al supremo gobierno de su negativa á prestar un servicio, que él creía importante.

“Mi padre, subalterno, ¿podía desobedecer á un jefe superior, constituido legítimamente por el supremo gobierno? Aceptó la comisión sin voluntad espontánea, y por que su deber así lo prescribía. Y se forma una acusación de este simple hecho, como si no conocieran que al militar no le es dado deliberar sobre la aceptación ó renuncia de una comisión de esta naturaleza. No tiene más que obedecer.

“Pero bien: ¿porqué se hace un crimen de haber sido juez fiscal, cuando esta función es determinada por la ley? ¿Qué crimen es ser fiscal? Conozco que es odioso el puesto, porque tiene que perseguir y porque, mientras se descubre la verdad, aun el inocente tiene que sufrir; pero el fiscal ¿es responsable de esto? Aun en lo civil es odioso el destino de acusador público; por que los sindicatos ó los reos no miran la ley sino la persona que los acusa. Está en la naturaleza de las pasiones que los acusados y los reos odien al fiscal y al juez.

“No me es, pues, muy extraño que esas pasiones se desenfrenen hoy día, aprovechando de la crisis que acabamos de pasar; pero esos hombres no tienen razón, y no la tienen aún más si reconocen la verdad de los hechos relatados, y de que en la organización de la sumaria nada ha habido de ilegal.

“No la ha habido tampoco en las opiniones de mi padre, y si alguna vez las opiniones fiscales pudieran constituir un crimen, sepan los detractores que en su primera vista, que corre en el expediente relativo á aquel suceso, concluyó por pedir que inmediatamente se pusiera en libertad á todos los sindicatos, excepto á tres ó cuatro, contra quienes había citas que debían ser esclarecidas con los careos y otros medios que sólo pueden tener lugar en el juicio.

“Me refiero á un documento irreprochable y existente; y no creo que la pasión pudiera seguir hasta el grado de desconocer la fuerza de esta razón, que por sí sola bastaría á justificar á mi padre calumniado.

“Fuera de los testigos presenciales que he citado, ahí están los jefes y oficiales de la columna municipal, los de las tres compañías del batallón Segundo y todos los em-

pleados de policía, que afirmarán que mi padre entró á la plaza cuando ellos estaban formados, y cuando ya había pasado toda la horrible escena; ¿cómo pudo, pues, estar en el plan tenebroso?

“Interpelo á la conciencia de los hombres honrados, y me harán justicia. Y cuando quieran los apasionados poner por todo comprobante de acusación, que han pedido la cabeza de mi padre, y que el pueblo lo acusa, yo les dire: “Malos caballeros sois, porque decís lo que no creéis; pues “sólo los estúpidos ó los muy malos pueden creer que los “gritos de unos cuantos, son bastante proceso para conde-
“nar.”

“Esos gritos pueden ser de unos cuantos malhechores reunidos, á quien mi padre ha tenido que castigar en el largo tiempo que ha sido intendente de policía. Esos gritos pueden ser dados por otros que han sido azuzados por tantos caballeros que se creen honrados, y que hacen alarde de pedir la cabeza de los que constantemente hemos sido sus enemigos políticos. Y esos son los que hablan de justicia: esos, otros tantos caribes que quieren sangre de los inocentes, para vengar la que fué derramada por un furioso singular de nuestra historia.—*Andrés Cueto*”.

El suelto pazeño intitulado *La madrugada del 23 de noviembre*, suelto que comenzó á circular el 25, al enumerar los individuos á quienes buscó el pueblo para hacer con ellos justicia de Dios, contenía las palabras siguientes, y son las que han dado margen á la pieza anterior: “. . . á don Pedro Cueto, el perpetuo fiscal de sangre y director tenebroso de las farsas preparatorias de las matanzas y á otros muchos esbirros y caribes de la caberna llamada policía.”

El 29 de noviembre, día siguiente de su llegada á La Paz, el gobierno expidió una orden general dando de baja con ignominia y borrando de la lista militar al antiguo intendente de policía y reciente fiscal de guerra que nos ocupa. El decreto decía que S. E. “ha visto con indignación la execrable conducta observada por el coronel Pedro Cueto en la crisis pasada, y, no siendo permitido que jefes de este proceder pertenezcan en el ejército actual, dispone . . . etc.”

Desde que se consolidó el gobierno pretoriano en Bolivia, con la ciudad de La Paz por sede habitual, la intenden-

cia de policía es allí el instrumento que ejecuta toda suerte de tropelías y extorsiones contra los individuos ó el vecindario. Su atribución principal es atentar contra las garantías individuales. Apenas hay persona de buena clase y de nobles sentimientos que se preste á desempeñar este destino ahora. Hace cerca de treinta años que ejercen el oficio, en casi todas las intendencias, militares pretorianos, es decir de esos que á punta de motines quitan y ponen presidentes de la república.

G. RENÉ-MORENO.

(Concluirá).



BUEN VIAJE

Bien está! Te despídes!— Que en el viaje
No tengas contratiempo es mi deseo;
Un sincero deseo, te aseguro,
Apesar de la ofensa ó del ultraje
Que la jente ha de ver y yo no veo
En el olvido actual de aquel *te juro*. . . .

Y etcétera. . . que importa aquí muy poco
Aquello del *amarte eternamente*
Y *el no querer á otro y no olvidarte*,
Y otras mil frases que en delirio loco,
(Perdona el ripio), pronunció inconsciente
Tu labio en otros dias. . . Punto aparte.

Que seas muy feliz; que el nuevo amante
Que por fuerza tendrás, te haga dichosa
Como yo quise hacerte y no te hice;
Que no tengas de pena ni un instante
Y que salgas muy bien en toda cosa
Y que el otro te quiera cual te dice.

Ya ves como me vengo noblemente
De tu desden, tan sin razon venido;
Y no es que no lo sienta. Complacida
Se irá tu vanidad, pues, francamente,
Con tu olvido, mi vida, yo he sufrido
El mayor sufrimiento de mi vida.

Como tengo el pecado de hacer versos,
(Que es pecado menor que otros mayores)
Mi primer pensamiento fué mandarte

Una elegía atroz, en que, en diversos
 Metros y rimas llenas de clamores
 Te juraba matarme y no olvidarte.

Mas, calculé despues que es tontería
 Comprometerse en verso á lo que en prosa
 Jamás se ha de cumplir, por mas que sea
 Obligacion espresa que en el día
 Todo el que pulsa lira *sonorosa*
 Se mate por cualquiera Dulcinea.

Tuve un segundo pensamiento mio
 (Porque tengo un millon. . . . en pensamientos,)

Fue ~~Pero~~ matarme de veras! . . . Que sonrisa. . .
 Pero con toda ~~la~~ boca yo me rio,
 De aquel segundo impulso. . . ¡Y las tormentas
 Que me hiciste pasar no daban risa!

No se porqué me imaginé que tú eras
 Aquel soñado ideal, tras del que vamos
 Todos los hombres en el triste viaje
 De esta vida de engaños y quimeras
 En que cada esperanza que formamos
 Se desvanese al fin como un celaje.

¡Me mentiste tan bien! (ni mas ni menos
 Que me mintieran antes.) Me jurabas
 Con acento tan leal y verdadero
 Que era mas tu amor! ¡Cuánto eran llenas
 De dicha los proyectos que formabas!
 Con qué fuego decias: *yo te quiero!* . . .

Te creí, lo confieso, y de aquí viene
 Que aquel proyecto lúgubre y sombrío
 De arrojarme á la tumba se formara
 En mi afiebrada mente.—Ya conviene
 Que te diga el por qué me estoy tan frio
 Como si nada el caso me importara:

Me figuré ya muerto; vi á los diarios
 Esplotar el asunto á maravillas
 Y narrar el suceso de mil modos,

Y, fuera del suceso, en comentarios
Gastar siete mil resmas de cuartillas,
Al suceso buscándole acomodados;

Me ví llamar *perdida inteligencia*,
Malograda esperanza, *astro apagado*
Y toda esa confusa algarabía
De termimacho vil, que sin conciencia,
Se acostumbra arrojar sobre el helado
Cadáver de un suicida. . . . Te veía

Entretanto orgullosa pavonearte,
(Haciéndote á mí costa el objetivo
De todas las codicias), triunfadora
Con tu porte ir diciendo en toda parte:
"Por ser mi pecho á su pasión esquivo
Un pobre diablo en el sepulcro mora"

No fué esto todo lo que ví, mi dueño,
Que al fin y al cabo eres muy linda joya
Para hacer que un mortal por tus encantos
Se precipite en el eterno sueño. . . .
Pero te ví ademá y aquí fué Troya,
Unirte al fin á un hombre, como hay tantos;

Y te ví envejecer, llenarte de hijos;
Vi borrarse el color de tus mejillas;
Te ví arrugada y con la tos y el flato
Y la calvicie y los cien mil prolijos
Afanos de la edad, á tus chiquillas
Contar, junto al bracero y con el gato.

En la falda acostado, que hubo un día
En que yo por tu culpa me dí un tiro,
Que me mató en el acto, entre las cejas!
¡Oh pensamiento atroz! . . . Me mataría
Talvez por una niña. . . . mas no aspiro
A servir de laurel de frentes viejas!

Y como yo me sé bien claramente
Que al fin has de ser vieja, porque vida

No parece faltarte; al fin de un rato
Se me ocurrió una idea concluyente,
Idea que así dice, traducida
En castellano claro: *no me mato*.

He resuelto, al contrario, ser testigo
De los triunfos que obtengas, encontrarte
Y tenderte la mano si te encuentro,
Celebrar tus victorias como amigo
Y, como tal, de cuando en cuando darte
Un poco de la hiel que tengo dentro.

Que seas muy feliz; que el nuevo amante
Que por fuerza tendrás, te haga dichosa
Como yo quise hacerte y no te hice;
Que no tengas de pena ni un instante
Y que salgas muy bien en toda cosa
Y que el otro te quiera cual te dice.

DANIEL CALDERA.

LA IGLESIA Y EL ESTADO

o

TOMAS BECKET.

POEMA DRAMÁTICO DEL POETA LAUREADO DE LA GRAN
BRETAÑA: A. TENNYSON.

ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

Casa de Becket en Londres.—Aposento sobriamente amueblado.—Becket desnudándose.—Herberto de Bosham y un sirviente.

SIRVIENTE Os ayudo milord a desvestiros?
BECKET. Tan superior a tí me consideras
Que ayudarme crees justo? Vé a tu cama
Que ganaste el reposo en la tarea.
Déjame con Herberto.

(Sale el criado.)

Herberto ayúdame.

HERBERTO. Cuando con bendiciones tan sinceras
Hoy os aclamó el pueblo a nuestro paso
No sentisteis consuelo?

- BECKET Sí; la Iglesia,
El pueblo bien lo sabe, es un castillo,
Baluarte contra el Trono y la Nobleza!
Herberto, el manto arzobispal me abruma,
Fuera con él.
- HERBERTO. Acaso mas os pesa
Que el que usa el canciller.
- BECKET. No; pero juntos
Los de arzobispo y canciller superan
Las fuerzas de un mortal.
- HERBERTO. No era en Tolosa
Menos pesada la armadura vuestra!
- BECKET. Oh Herberto! de ministro que a menudo
A la Iglesia atacué.
- HERBERTO. Pero ella era
Por complacer al Rey!
- BECKET. Y al Rey divino
O a la justicia, pues creí en conciencia,
Que la Iglesia debía a la corona
Como Señor feudal pagar sus rentas.
Oíste cómo Foliot sostenia
Que el cargo de Primado no me asienta
Porque hacer de un soldado un arzobispo
Es milagro que exede a humana fuerza?
- HERBERTO. Porque él se cree llamado.
- BECKET. Soy yo el hombre?
Antes de que mi madre a luz me diera
En sueño vió caer en sus entrañas
Del cielo doce fúlidas estrellas.
- HERBERTO. La fé, el ardor, la luz de los apóstoles
Reuniéronse en vos.
- BECKET. En mi edad tierna
En sueño ví a la Virgen que me daba
Las llaves de oro que a la gloria llevan.
Fué aquello una ilusion o profecía?
- HERBERTO. Uno y otro.
- BECKET. Y estando en la clientela
De Teobaldo que alguna vez chanceaba,
Puso una vez su nitra en mi cabeza
Diciéndome: arzobispo imberbe, harfáis

Un soberbio arzobispo! Y esa anécdota
Fué un augurio?

HERBERTO.
BECKET.

Sin duda!

Seré el hombre?

Toda la noche revolví esta idea.
Y en la gran Catedral, soñé encontrarme
Interpelando a Dios de esta manera:
Señor, amé los vinos y las viandas;
Amé el lujo del sigloy sus proezas;
De histriones fuí el amigo; cortesano
Cebé halcones, jaurías y hasta fieras.
Soy yo el hombre? y el santo respondiome:
Sois el hombre, os abona esa conciencia!
Y volví a preguntar: Señor, Dios mio,
La amistad que al Rey me une es muy estre-
[cha,

Es mi hermano, me empuja por el mundo
El a vuestra gran diócesis me eleva,
Porque en su lucha con la Iglesia aguarda
Que yo su aliado en el asalto sea,
Y yo iré con la Iglesia en contra suya
Sin advertírselo antes con franqueza.
¿Soy yo el hombre? y el Santo repitiome:
Sois el hombre, todo eso os recomienda!
Y vi que se acercaba y que me hería
Y caí desplomado!

HERBERTO.

Dios no quiera

Que vos caigais, sino nuestros contrarios.

BECKET.

Caí! Por qué caer? qué caída es esa?

Al monarca tratando de dar gusto
Voy quizás a ceder y en la contienda
A no hacer por la Iglesia mi posible
Porque el Rey no me acuse de infidencia?

HERBERTO.

Dejadlos que os motejen a su modo.
Cómo hacer lo posible por la Iglesia
Si al trono arzobispal no ascendeis antes?
Y quién por arzobispo os impusiera
Si, adalid de la Iglesia, proclamábais
Guerra contra el monarca?

BECKET.

Pero piensas

Que el Rey me impuso la eleccion?

HERBERTO.

La impuso.

Quién dice que no fué la Providencia
 Quien así lo inspiró? Despreocupáos;
 Sois el hombre, Tomas, seguid las huellas
 Del gran Anselmo.

BECKET.

Os creo! soy el hombre.

Mas transportado a cumbre tan exelsa
 Entre el monarca y Yo veo un abismo
 Insalvable, profundo y que me aterra.
 Fui leal servidor del buen Teobaldo,
 De fiel ministro a Enrique di la prueba
 Mas ya suyo no soy: lo Iglesia sirvo
 Y solo a Roma Cantorbery ceja.
 Ya sacudi mis dudas como polvo,
 Ya el viento mis escrúpulos dispersa;
 El vigor del guerrero, el tacto y mundo
 Del ministro, una vida de esperiencia
 De Cantorbery pongo en la balanza,
 De Cantorbery nuestra madre egregia
 Arrebozada en manto hecho jirones.
 Seglares y barones sus preseas,
 Sus beneficios, granjas y jardines,
 Han usurpado gracias a la inepta
 Ruin prodigalidad de incautos principes.
 Vamos a rescatar todas sus tierras
 Hasta el último palmo, y por lo que hace
 A estas tradicionales y ya viejas
 Regalías, son usos que no admite
 La Santa Iglesia: sean anatema!
 Y escomulgados cuantos las apoyen.

HERBERTO.

Os encendeis en demasía

BECKET.

Es fuerza

Que del Rey me separe, aunque salgamos
 Ambos con honda herida; yo con pena
 Que eterna será en mi alma, y él con odio
 Del que a cicatrizarse jamas llega.—

*(Entra Rosamunda de Clifford, huyendo
 de Sir Reginaldo Fitz.—Urse— Deja caer su velo)*

BECKET.

Rosamunda de Clifford?

ROSAMUNDA.

Me persiguen;

Ocultadme, Señor, que no me vean.

- BECKET. Entra allí con Herberto.
(*Salen Rosamunda y Herberto por puerta lateral*)
- REGINALDO. (*entrando*) El Arzobispo!
- BECKET. Qué buscas, Reginaldo?
- REGINALDO. Hasta esta puerta
Llego en pos de una dama.
- BECKET. Y en seguida?
- REGINALDO. Es necesario que su nombre sepa.
- BECKET. Cuyo nombre?
- REGINALDO. El de aquella que asilásteis.
- BECKET. Y si en guardar su incógnito se empeña?
- REGINALDO. Eso poco me importa; Milord vanos,
Que esa puerta cerrarse vi tras de ella.
(*Se dirige a la puerta lateral*)
- BECKET. Y bien?
- REGINALDO. Librad el paso y sepa todo:
- BECKET. Atras!
- REGINALDO. Entonces declarad quien era!
- BECKET. Estás seguro de que sigues algo?
Vé a tu casa a dormir la borrachera
Que te salta a los ojos.
- REGINALDO. (*Dirigiéndose de nuevo a la puerta*)
Paso exijo!
El fresco arzobispado no me arredra.
- BECKET. Atras te digo; qué! quieres que olvide
Mi nueva dignidad y que te hunda
Con mi báculo el cráneo; al cielo gracias
Soy mas que tú.
- REGINALDO. Muy bien concuerda
Con el arzobispado, entre los brazos
Asilar una inmunda callejera.
- BECKET. Oh beodo bestial! Fuera vicioso!
- REGINALDO. Recordaré esta injruia:
- BECKET. Sea: Fuera!
(*Sale Reginaldo*)
(*El arzobispo yendo a la puerta ve a de Tracy*)
Qué haces aquí de Tracy?
- DE TRAEY. Mylord, sigo
A Reginaldo.
- BECKET. Síguelo en su vuelta.
- DE TRAEY. No olvidaré este insulto!—(*Vase*)

BÉCKET.

Bien; no olvides.

Estos son los que el Veryus bajo Esteban
 Saqueaban sin pudor, nobles brutales.
 Rosamunda!

(*Vuelven a entrar Rosamunda y Herberto*)

ROSAMUDA. Heme aquí.

BECKET.

Con mi sorpresa?

Para que te llevase a tu retiro
 De Juan de Salisbury y a la tutela
 Te confié; ¿no te dije que debías
 Evitar el ser vista?

ROSAMUDA.

Mi orden fué esa,

Pobre ave peregrina; pero, padre,
 Dicen que sabio sois en cuanto vuela;
 Que de natural conoceis las vias;
 Encerrad la avecilla tras de rejas
 Y al mas leve descuido tiende el ala
 En busca del verano y la floresta.
 El aroma del prado entró en la villa
 Y me acordé de Clifford y sus selvas
 Donde libre vagara, y pensé al punto
 Es preciso que salga o que aquí muera.

BECKET.

O que salga y que muera! Y Reginaldo
 Tiene, niña, contigo alguna cuenta?

ROSAMUDA.

Ninguna! pretendióme y rechazélo.
 Una vez me halló sola; la verguenza
 Me impide hablar; a él y a sus amigos
 Los de Traey y de Rrito, por su mengua
 De su castillo despidió mi padre.
 Contaba yo catorce primaveras
 Y oí jurar venganza al que hoy me sigue.

BECKET.

Y porqué esa venganza asi cortejas.
 Porqué vagas de noche? Créés que es fácil
 Salvar las mariposas de una hoguera?

ROSAMUDA.

Muchas salvé; se cojen despacito
 Y luego al aire libre asi se sueltan.
 Se queman cuando no hallan puerta franca.

BECKET.

Con Juan, sin mas tardanza que hoy empre-
 das
 El viaje a tu rafugio; alli está el niño.

- ROSAMUDA. Si; el niño, el niño, voy en la pradera
Libre con él a respirar; qué encanto!
- BECKET. Pero irás disfrazada.
- ROSAMUDA. Mejor fiesta!
Los hemos de burlar, os lo aseguro,
De monja llevaré la toca espesa.
- BECKET. No irás de religiosa!
- ROSAMUDA. Ni aun de monja
Para hacer el papel me encontrais buena?
- BECKET. Un deau con una monja diera escándalo
Y a los hostiles a la Iglesia tema
Para emporcar su fama con diatribas.
Vé como fraile; en la capucha envuelta,
De la lujuria y la malicia a salvo,
Irá la luz fatal de tu belleza—
Buenas noches!
- ROSAMUNDA. Pero antes bendecidme,
Pues la menor severidad me afecta.
- BECKET. Casada!
- ROSAMUNDA. Padre!
- BECKET. Bien, mas no pregunto:
Su bendicion el cielo te conceda!
- ROSAMUND. Recordadme, padre, a vuestro amigo
Cuando le veais!
- RECKET. Qué amigo?
- ROSAMUNDA. El Rey!
- RECKET. Apresta
Herberto, cuatro infantes que de escolta
Sirvan esta ave errante hasta su selva;
Vijila a Reginaldo y si os siguieses.
Aún soy Canciller, ponle en cadenas.
(*Salen Herberto y Rosamunda*)
Alma cándida y simple; el Rey mi amigo!
Gran Sello de Inglaterra que me diera
Mi caro amigo el Rey, por largos años
Batallamos unidos y hoy es fuerza
Que cual comun amigo al Rey te envie
Para que tú mi hostilidad le adviertas.
El va a decir que amigos ya no somos;
Pero si el lazo temporal se quiebra
Permanece mi afecto: puedo acaso

Te escoltaré mi jente a la salida:
 Son muchos los que la odian, compadécela.
 Devuélvase el gran sello con el alba!
 Sea Dios con vosotros!

HERBERTO Y JUAN.

Con vos sea!

ESCENA II.

Northampton.—Calle que conduce al Castillo.—Séquito de Leonor combatiendo con el séquito de Becket.—Entran Leonor y Becket por calles opuestas.

LEONOR. Paz, bellacos!

BECKET. Amigos, qué algazara!

PAJE DE BECKET. Pretenden estas gentes de la Reina,
 Truhanes!, que os habian sorprendido,
 (Grima da el repetir su desvergüenza),
 Con liviana mujer en vuestra alcoba.
 Prémie los Lucifer.

PAJE DE LA REINA. Es quien lo cuenta,
 Milord, Fitz-Urse de paso hácia el castillo.

PAJE DE BECKET. Su burla ha sido causa de la gresca,
 Porque, Milord, por vos damos las vidas
 Aun cuando la corona os mire aviesa.

BECKET A SUS PAJES. Basta! marcháos!

LEONOR A SUS PAJES. Fuera! (*salen los pajes.*)

BECKET. ¡Reginaldo!

LEONOR. Dejadlo!

No, milord, vuestra pureza
 Es proverbial; de nieve sois un ampo,
 Mas siendo canceller soltásteis rienda
 Al capricho del Rey.

BECKET. No a estos caprichos!

LEONOR. La ha visto Reginaldo que se alberga
 En vuestra casa.

BECKET. Quién?

LEONOR. Su Rosamunda!

La real favorita.

BECKET. Vista buena!

- LEONOR. Luego oculto en la calle vió que iba
Con Juan de Salisbury y a su oreja
Llegó que por su ermita preguntaba.
- BECKET. Buen oído también!
- LEONOR. Seguis la senda
Que conduce al Castillo; vais sin duda
Las regalías a firmar!
- BECKET. Se deja
Cuanto acatais, la Iglesia conociendo,
A vuestra conjetura!
- LEONOR. Yo la Reina
Y con muchos barones en mi zaga,
No me encuentro con Roma en tal querella
Que me prohíba aliarme con vosotros
Contra las regalías, con que obtenga
Un ligero favor que os pido en cambio.
- BECKET. Cual?
- LEONOR. Que por una vez dado me sea
Mirar al mapa que os confiara Enrique
Que llevaba *Su ermita*, como lema.
- BECKET. Con qué fin?
- LEONOR. Una Iglesia cuyo padre
Tímido al Rey tolera sus licencias
Se debe despreciar: aunque me esplico
Que al Soberano el Sacerdote ceda
Cuando es el Soberano peligroso.
Oid! yo le quitára la manceba
Y el riesgo de la Iglesia arrostraría!
Para provecho universal!
- BECKET. De veras
- LEONOR. A ella le toca ver; pues los anuda,
Que a sus lazos los Reyes leales sean.
- BECKET. Y las reinas también!
- LEONOR. Las reinas? Dónde
Quereis llegar?
- BECKET. A aquella fortaleza
A ver al Soberano y sus barones!
(Sale)
(De Broc, de Tracy, de Brito, de Morvite pa-
sando)
- LEONOR. Vais al Castillo?

DE BROC. Si!
 LEONOR. Vuestra elocuencia
 Las almas del Monarca y de sus pares,
 Amigos míos, en su contra encienda.
 DE BRITO. Se hará, buena Señora!
 LEONOR. Mentecato!
 He de hacer que el Monarca te aborrezca,
 A Francia fugarás despavorido
 Y he de llegar a pisotear tu huesa!

ESCENA III.

Gran sala en el castillo de Northampton.—A un lado de la escena las puertas de una sala de consejo entre abierta.—Al fondo, las portadas de la gran sala.—Rojerio, arzobispo de York; Foliot, obispo de Londres; Hilario de Chichester, obispo de Hereford; Ricardo de Hastings, gran prior de los Templarios; Felipe de Ilesmosyna, limosnero del Papa, y otros.—De Broc, Fitz-Urse, de Brits, de Marville, de Tracy y otros barones reunidos en torno de una mesa, Juan de Oxford, presidente del consejo.

(*Entran Becket y Herberto de Bosham.*)

BECKET. Donde está el Rey?
 ROGERIO. De caza sobre el Newe
 Y vuestra ingratitud tanto le afecta,
 Que si no suscribís las regalías
 Os veda parecer en su presencia.
 El sello restituido exasperólo,
 Salvóse el portador a duras penas.
 Precavéos! no sea que os ultime
 BECKET. Firmais entónces y cogéis mi herencia!
 ROGERIO. De acatar las monárquicas costumbres
 Al Rey, decid, no hicísteis la promesa?
 BECKET. De mi santo instituto sin perjuicio;
 Esos usos son nubes pasajeras
 Y es la roca de Pedro firme base
 En que reposa el uso de la Iglesia.
 ROGERIO. De tu santo instituto sin perjuicio!
 Tambien cetro y corona el Rey os diera
 Con tal que a sus derechos no tocáseis!
 Son esas salvedades sutilezas
 Que todo abarcan y que todo anulan,

Y alzais, Tomas, equívoca bandera.
 Pensais henchido de obcecado orgullo
 Destruir la Iglesia al combatir por ella
 Y al oprobio arrastrarnos?

BECKET.

Ya, Rogerio,
 Siendo ambos mozos, con calumnia artera
 Me indispusisteis con Teobaldo, ahora
 Soy Cantorbery yo, vos York!

ROGERIO.

Pareja
 No es York de Cantorbery?; el gran Gregorio
 A Agustin no mandó que estableciera
 En York y Londres dos arzobispados?

BECKET.

Decidnos con qué fruto? Hallóse huérfana
 La diócesis de York por mas de un siglo;
 Y el palio arzobispal por esa regla
 Foliot en Londres desplegar podría.

FOLIOT.

Y en razon, pues Cantorbery apenas
 Era nombrado, cuando había en Londres
 Templo con sacerdote.

BECKET.

La soberbia
 Os hace desbordar: templo pagano
 Sacerdocio gentil, doctrina herética!

JUAN DE OXFORD. Quién sino Cantorbery formó a Londres?

Paz! paz! milores;! nubes pasajeras
 No son las regalías, cual las llama
 Milord de Cantorbery, están espresas
 De órden del Rey, y yo, por su mandato,
 Juan de Oxford, presidiendo esta asamblea
 Las proclamo!

BECKET.

Leed!

JUAN DE OXFORD (*Leyendo*) "De competencia

De las reales cortes son las causas
 De laicos o clérigos añejas
 A la presentacion y al patronato."

BECKET.

No puedo firmar eso, pues sujeta
 Al clero a los civiles tribunales
 Y es solo espiritual esa materia!

JUAN DE OXFORD. "Si de felon a un clérigo se acusa
 No habrá fuero que valga en su defensa;
 Responderá al llamado de las cortes
 Para ser cual seglar juzgado en ellas."

- BECKET. Ni eso es posible que suscriba; acaso
Aquí la Iglesia a Dios no representa?
Las manos que a Dios alzan ceñirían
A la espalda del reo ásperas cuerdas!
De nuevo a Cristo juzgará Pilatos?
No!
- JUAN DE OXFORD. “En vacando una diócesis, las rentas
El Rey percibirá mientras se nombra
El nuevo titular.”
- BECKET. No firmo; espuestas
Las rentas estarán en el tesoro,
Y el patrimonio son de la pobreza.
- JUAN DE OXFORD. “El Rey para llenar cada vacante
Convocará el cabildo a su presencia,
Se hará en palacio la eleccion; no es válida
Hasta no confirmarla órden Suprema.”
- BECKET. Eso rehuso suscribir! un cisma
Contra la cristiandad en Inglaterra
Con esto alzais; del trono con la masa
Vais del voto a aplastar la independendencia.
- FOLIOT. Fué vuestro nombramiento tan canónico,
Buen padre?
- BECKET. Foliot, por si no lo fuera
Pienso cruzar el mar, y al Santo Padre
De mi báculo y mitra hacer entrega,
Nueva consagracion solicitando.
- FOLIOT. Nueva arrogancia que los uso vedan,
Salir del reino sin el real permiso.
- BECKET. No lo acato!
(*de Broc, de Brits, de Tracy, Reginaldo, de
Morville, se levantan; ruidos de espadas.*)
- LOS BARONES. (Todos.) Que firme y obedezca!
- BECKET. Qué es esto? es un consejo o un combate?
Son los lores o el Rey quien aquí reina?
Vosotros no acudis a las espadas
De los usos y leyes en defensa,
Sino porque hay mas de uno en vuestras filas
Que a Cantorbery arrebató sus tierras.
- DE BROC. Y las conservaremos, mal tu grado!
- LOS BARONES. (*gritando*) Que firme y rinda al trono la obe-
[diencia!

- BECKET. Al trono? He de hacer yo por Cantorbery
Menos que Enrique por el trono? Esteban
Muchos predios reales dió a los suyos
Y la madre del Rey siguió su escuela,
Y Enrique al heredar su patrimonio
Reivindicó las regaladas tierras
Volviendo a la Corona su prestigio.
Tal fué del Rey la gloriosa empresa!
¿Y haré yo ménos por mi sede? Usurpas
A Saltwood tú [*dirijiéndose a de Brock*]
- DE BROCK Y al que a cobrarlo venga.
- BECKET Matarás?
- DE BROCK El Rey pronto se arrebatá;
Y de él solo aguardamos una seña
Para postraros muerto!
- BECKET Hiere! y sufra
La muerte de los mártires, que muertas
Connigo caerán las regalías
Y en todo el reino doblaran por ellas!
- HERBERTO No presumáis de Becket en el alma
Introducir terrores ni flaquezas;
En el antro del leon veríais
Asilarse las tímidas gacelas.
- J DE OXFORD Envainad, porque el Rey no se disguste!
DE BROCH [*a su espada*] Inclínate por hoy; mas que se
[atreva
A presentarse en Saltwood, y por cristo
Que como a un becerrillo le atraviesas!
[*Envaina la espada*]
- HILARIO Hablad milord, firmad, os lo encarezco
Ante su corte al Rey ahorrad la afrenta.
Juró que firmaríais, y hoy tan solo
Huye de la derrota la apariencia.
No piensa ir mas allá; yo se lo he oído.
Vuestra firma, milord, sería apenas
Sombra de asentimiento.
- BECKET A la sustancia
El firmar demasiado se asemeja.
- FELIPE DE E Oid, milord, del Papa soy el nuncio
Y a piedad, pues le honrais, tambien os mueva.
Hoy el Emperador y el antipapa

Con la mas cruda hostilidad le estrechan,
 Sabeis que se halla en Francia fujitivo
 Y por mi labio al Rey calmar os ruega,
 Pues si con él rompeis, tiene la tiara
 Que unirse a vos, y entonce el Rey pudiera
 Al antipapa aliarle y sacudido
 Vacilara el Papado en la tormenta.
 Ademas jura el Rey al Santo cónclave
 Que a la Iglesia de Dios dañar no piensa.
 Su soberbia aplacad; la firma es fórmula
 Y cualquiera contraria consecuencia,
 No se os atribuirá sino al Pontífice!
 Una vez y otra repitióme que era
 Forzoso al Rey apaciguar, de modo
 Que entre la tierra y Dios no haya contienda;
 Pues los tiempos son tales que en la lucha
 Podria ser el triunfo de la tierra.
 No puede toda culpa alzar el Papa?

BECKET Decid si el Santo Padre me lo ordena!

FELIPE DE E No es órden, no, milord; ved mi carácter;
 Del Papa solo soy la voz secreta!
 Habeis sido estadista; en ocasiones
 No ignorais que es precisa la reserva!

BECKET Si Roma cede, resistir me incumbe.

FELIPE DE E Frustrará su política la vuestra.
 Roto el Emperador del Rey en contra
 Vendrá con vos del clero a la cabeza!

RICARDO DE H [*arrodillándose delante de Becket*]
 El mas anciano soy de los templarios;
 Conocí a vuestro padre y si viviera
 Mi edad tendria; oidme como a un padre.
 Ceded; un padre arrodillado os ruega
 No volvereis a oir de regalias
 Os lo aseguro por mi vida eterna!

BECKET Os lo ha afirmado el Rey? con él hablasteis!

OTRO TEMPLARIO [*arrodillándose*] El mas joven templario
 [cual si fuera

Vuestro hijo propio, os ruega prosternado
 Tendidas hácia vos sus manos trémulas!

FELIPE Sereis inexorable a tantas súplicas?

- BECKET Sea lo que Dios quiera; firmo, ea!
Y juro obedecer las regalías.
- FOLIOT Nos dais, milord, para firmar licencia?
- BECKET Si; pues mostrando sumisión canónica
Así acatais mi autoridad paterna.
- FOLIOT Leal y en buena fe Lord Arzobispo.
- BECKET De buena fe y lealtad cuando alardeas
Proclamándome estais vuestro Primado.
[*Becket se separa con Herberto*]
Herberto! Herberto! traicioné a la Iglesia?
Restituidme el papel; borrad mi nombre!
- HERBERTO Muy tarde! No los veis? Sus firmas echan.
- BECKET He sido inconsecuente! Dios me humilla
Porque mostrarme quiere mi miseria.
Felipe de Elemosyna ha probado
El oro del monarca, y su influencia
Llegó a los cardenales; pobre Roma,
Con su venalidad se desagrega!
Lo veo al fin; no he sido ni soldado,
Mucho menos caudillo! En penitencia
A suspenderme vos de mis funciones
Mientras el Papa absolucion me acuerda.
Si oraciones, ayunos, diciplinas. . . .
- FOLIOT [desde la mesa] Os queda que sellar!
- BECKET [dejad que vea
Antes lo que he firmado. [*va a la mesa*]
Qué? es todo esto?
Lo pasado y lo actual? Sellar? Si oyera
Que desde el sol a voces un querube
Me ordenaba sellar contra la Iglesia
Lo anatematizara! Yo rechazo
Eso que el rango de la Iglesia amengua.
[*Sale con Herberto*]
[*Entra el Rey Enrique*]
- ENRIQUE Qué es de Tomas? Firmó? Mostradme el 'acta.
Firmada y no sellada? a cuando esperan?
- JUAN DE O. A sellar se negó; cuando leía,
Ignoro si de cólera o vergüenza
Su semblante inmutado enrojecióse;
Separóse en seguida y la cabeza,
Sepultada en las manos, se le puso

Hasta la frente blanca como cera,
 Y murmuraba: "he sido inconsecuente
 Dios me humilla y me enrostra mi miseria".
 ENRIQUE: Sea lo que Dios quiera; o sella el hombre
 O yo su suerte sellaré! Si presta
 La relijion a su Prelado escudo,
 No hay quien del Rey al súbdito defienda
 Y como a tal lo aplastaré; llamadlo.

[*Se sienta en su trono*]

Obispos y barones de Inglaterra,
 Tras diezinueve inviernos rigurosos
 En que reinó sin gobernar Ésteban,
 En que nadie en su hogar vivió tranquilo
 En que el asesinato comun era
 Como la muerte natural, y todo
 Maculaba con sangre esa epidemia,
 En que roja señal de pascua impia
 Señalaba en el reino cada puerta
 Y los aceros sangre destilaban,
 En que con sangre se amasó, y la pazeña.
 Por torrente sanguíneo era movida,
 En que olvidado en surcos de malezas
 Se amohosó el arado y trajo el hambre
 Una raza raquítica y pigmea,
 Vine Yo, vuestro Rey, y no me puse
 A gozar de la vida en blanda inercia
 En mi propio palacio, como príncipe
 De molicie oriental; cerré la oreja
 A las vanas lisonjas corruptoras,
 Arrastré en largos viajes mil molestías,
 Recorrí mis provincias, las costumbres
 De mi pueblo estudié y oí sus quejas.
 El clamor que acusaba a los barones
 Sabeis que fué escuchado y justicia hecha.
 Me entronizé en mis propios tribunales
 Y los jueces miraron con sorpresa
 Un Rey desenredando lo confuso,
 Introduciendo luz en las tinieblas,
 A leyes reduciendo lo arbitrario
 Y lo intanjible y vago a forma cierta.
 ¿Y cuál ha sido el fruto? Veíslo ahora.

Cultiva el labrador, hay sementeras,
 Bienestar y abundancia, un reyno surje
 Y se repuebla la ciudad desierta.
 Seguía, como veis, un rumbo próspero,
 Sino del todo libre de asperezas,
 Cuando súbito alzóse un arrecife.
 Un clérigo violó la hija doncella
 De su huesped, y luego asesínolo.
 Y vosotros Obispos que veneran
 Lóndres y York, Michester y Westminster
 Porque el demonio tonsurado era
 Lo arrastrasteis a vuestros tribunales;
 Pero como los cánones os vedan
 Cobrar vida por vida, os redujisteis
 A degradar al que colgar debierais.
 Que es la degradacion al asesino?
 Preocupóme mucho esta ocurrencia
 Porque juré al ceñirme la corona
 Justicia administrar por ley pareja!
 Colocaos vosotros en el trance.
 Si un clérigo á un Obispo muerte diera
 Qué podriais? Prenderlo! degradarlo!
 Más no al que os mate dar de muerte pena.

DE OXFORD. Pues yo, señor, a muerte condenára.

ENRIQUE. Durante mi reinado con frecuencia
 Ví cometidas muertes alevosas
 Por villanos, escoria de la Iglesia,
 Y estudiando del reino los anales
 Usos hallé que a olvido se relegan
 Y ordené consignarlos por escrito
 Y a Juan de Oxford que en público los lea.

DE OXFORD. Y yo puedo jurar que en ellos se hallan
 La divina y la real justicia espresas.
 Hoy puedo sólo a parte dar lectura. . . .

REGINALDO. Porque milord de Cantorbery. . . .

DE TRACY. Vieja

Costumbre es de milord. . . .

DE BRITO. Cuando se trata

De nuestras regalías. . . .

REGINALDO. Se subleva!

ENRIQUE. Y a Becket confié en esto mis propósitos. . . .

Y si alguien hay que gratitud me deba. . . . ,
 Lo alze del albañal y su inmundicia:
 En porcelana transformé su greda:
 Creía conocerlo y mi ternura
 Me ha inducido en error; mi esperanza era
 Que haciéndolo Arzobispo, Iglesia y Patria
 Iban al fin a ser hermanas tiernas
 Moviéndose a un compás; dos mansos rios
 De corrientes vecinas y serenas.
 Pero no! porque apenas pelechada
 Al graznido tornó la ave siniestra,
 Y aún no ha soltado bien la escama antigua
 Cuando está reluciendo la culebra,
 De inofensiva se hizo venenosa
 Y esgrime ya mortífera lanceta.—
 No bien de canciller dejó la túnica
 Me lanzó al rostro el Sello de Inglaterra
 Y en nombre reclamó de Cantorbery
 A la Corona varias pertenencias.
 Era rey de su rey y amo de su amo;
 Amigo y camarada aún en mis fiestas,
 Salvo Rey, vive Dfós! pudo ser todo!
 Canciller y Arzobispo, en mis ausencias
 Bajo el joven Enrique a ejercer iba
 El poder absoluto en la isla entera.
 Inconsecuente llámase el villano
 Décupla ha sido sí! su inconsecuencia.
 La voluntad de Dios será la mía!
 Viene al fin?

MENSAJEROS. (*entrando.*) Una turba le corteja
 Y como quién se asila en el Santuario
 Con cruz alta las masas atraviesa.

ENRIQUE. Con cruz!

R. DE YORK. Contra su cruz saldrá la mía
 (*Sale Rogerio de York.*)

ENRIQUE. Su cruz! es el traidor el que sospecha
 En su rey traicion! De aquí me marchó
 Porque dudo que el verlo me contenga.
 (*Se retira con sus barones a la Sala del Consejo
 por la puerta de la izquierda que queda abierta.*)

(*Entra Becket llevando enarbolada su cruz de plata.—Los Obispos le rodean.*)

HEREFORD. Con vuestra cruz el Rey no va a admitiros
Confiádmela milord, es mi tarea;
Soy vuestro capellan.

BECKET. No; que me escuda
Y este signo de paz, es mi rodela!

HERBERTO. Como alzaba la enseña de los Anglos
De los ángeles hoy alza la enseña.

FOLIOT. Soy dean de la provincia; a mi me toca.
No trateis al Monarca cual si fuera
Asesino y traidor!

BECKET. Vuestros barones
Aquí mismo hace poco en contra nuestra
Furiosos desnudaron las espadas!
(*Entra Rogerio de York con su cruz enarbolada
y avanza sobre Becket.*)

BECKET. Porqué de Roma atropellais las reglas
Sacando así la cruz de vuestra diócesis?

ROGERIO. Porqué con vuestra cruz armado en guerra
Venis al Rey? Si la alza Cantorbery,
Dejad que la de York salga en defensa!

FOLIOT. (*Cojiendo a Becket la cruz*)
No provoqueis al Rey, que es peligroso.
Dejádmela, milord; la exijo!

BECKET. (*Echándolo de sí*) Suelta!

FOLIOT. Dicen que ayuna este Hércules mitrado.
Vaya un brazo de ayuno! Si no hubiérais
Firmado, yo estaria en vuestras filas:

Mal pastor desertasteis las ovejas
Y habiendo ya firmado sois perjuro.

Como ministro heristeis a la Iglesia
Y hoi atacais al Rei como arzobispo.

Loco andais por las vías mas estremas:

Pensais ser hoi mas fuerte que el monarca?

BECKET. Mas fuerte, sí! porque es de Dios la fuerza!

Fiel a cada funcion mientras la invisto!

Ayunad, azotáos y sin tregua

Mortificad la carne, que vuestra alma

No se reforma, Foliot, ni se altera:

- Mundano adepto sois del poderoso.
 Mi lábaro bien claro manifiesta
 En favor de qué Príncipe combate.
- FOLIOT. Vamos, milord de York, a la asamblea
 Donde nuestros obispos y altos Lores
 Para juzgar su rebelion se sientan.
- BECKET. Permitios juzgar a vuestro Padre!
 El templo así invertid y que parezca
 Que la cruz de la torre entra en las tumbas
 Miéntras sube la base a las estrellas.
 Firmar? Sellar? No siendo en menoscabo
 De mi instituto, al Rei hice promesa
 De observar las costumbres aun no escritas.
 Firmé el acta, es verdad, que las renueva
 Y Foliot con razon me llama loco.
 Reniego de la firma! mi protesta
 Id a anunciar al Rei.
 (*Salen Hereford, Foliot y otros obispos.*)
- R. DE YORK. La Iglesia os odia!
 (*Sale.*)
- BECKET. Sirvo al amigo aunque su afecto pierda;
 Defenderé a la Iglesia aunque concite
 Su encono por luchar en su defeusa.
- HERBERTO. Tu honradez exaspera a estos bellacos
 Ah! lanzadles, Tomas, vuestro anatema!
- HEREFORD. [*volviendo*] No puedo tolerar el alboroto,
 Que provocais milord; a Dios pluguiera
 Que fuéseis Tomas liso y no primado
 O que al Rei vuestra mitra devolviérais
 Por la paz!
- HILARIO. [*Entrando*] Entre el yunque y el martillo
 Entre el Rei y el primado que obediencia
 Reclaman a la vez, vuestra arrogancia
 A la Iglesia de Dios hoi tiene espuesta.
- HERBERTO. Qué dicen los obispos?
- HILARIO. De su parte
 Están algunos, pero el Rei se altera.
 Muchos le siguen y otros como mimbres
 Con la corriente y con la brisa tiemblan!
 Nosotros rehusamos por piloto
 Al prelado perjuro, y bajo la éjida

- Del papado nos hemos acogido!
Os citamos de Pedro a la presencia
A contestar la acusacion! Sois sordo?
- BECKET. Ya os escucho! [Ruido de armas]
- HILARIO. Escuchais las espadas?
- BECRET. Sí!
- R. DE YORK. [Entrando] Vive Dios! el Rei montóse en cólera
No está en salvo, milord vuestra existencia!
Vámosnos! no nos toca ser testigos
De la terrible, sanguinaria escena
En que mutilarán al arrogante,
Los ojos arrancándole y la lengua!
- BECKET. En cruz murió San Pedro boca-abajo
Conmigo empiezan por arriba; sea!
- R. DE YORK. Que os apiaden las almas que vacilan
Entre el primado y la real violencia!
- BECKET. *Vade retro Satan!*
- [Sale Rogerio de York.]
- REGINALDO. [Entrando] El Rei os cobra
Trescientos marcos que debeis a cuenta
De los castillos de Eye y de Berkhamstead
De que erais castellano!
- BECRET. Gasté el triple
En reparar las reales fortalezas.
- DE TRACY. [Entrando] Reclama el Rei los setecientos marcos
Que en Tolosa os prestara!
- BECRET. A la cabeza
De setecientas lanzas fuí a sus lides!
- DE BRITZ. [Entrando] Otros quinientos exijir me ordena
Que os avanzó un hebreo con su fianza.
- BECRET. Tomélos por regalo!
[Entra LORD LEICESTER seguido por varones y obispos.]
- LEICESTER. Aunque me pesa,
Me manda el Rei tomaros cuenta estricta
De lo que percibísteis por las rentas
De avadías y diócesis vacantes
Cuando érais canciller.
- BECRET. A cuánto llega?
- LEICESTER. Pasan de treinta mill!

- BECKET. Milord, decidme,
 Las nobles regalías son aquestas?
 Fuimos el Rei y yo cual dos hermanos
 En honra suya disipé mi herencia;
 Su satélite, quise en honra suya
 Brillar con el fulgor de una lumbrera:
 Pero hoy la gloria de la Iglesia pasa
 Antes que la del Rei y atrás la deja.
 Soy de ella y no del trono; un dia acuérdenme
 Y daré a estos reclamos mi respuesta.
- LEICESTER. Oid vuestra sentencia! El Rei y lores. . . .
- BECKET. Oidme ántes a mi!
- LEICESTER. Teniendo haciendas
 En feudo y baronía del monarca
 Declináis sumision a su sentencia?
- BECKET. El monarca! No tengo cosa suya:
 Ningun lazo, milord, al Rei me enfeuda;
 Son limosnas los bienes eclesiásticos,
 Libres de toda autoridad terrena.
- LEICESTER. Oid el fallo: el Rei y sus varones. . . .
- BECKET. Fallo! barones! quién su audacia lleva
 A juzgar una novia, sino es novio
 O nombrado por él? Nó quien no sea
 De la misma familia y de la calle
 Enlodado se meta en casa ajena.
 Fuí tan leal a Enrique en mis funciones
 Que al trono arzobispal me alzó por fuerza.
 Por él mas que de Dios en el servicio,
 Acepté conociendo mi flaqueza.
 Me estravió mi ternura; esta es la causa
 Porque Dios de nosotros hoy se aleja. . . .
 ¿Cómo? Treinta mil marcos? es notorio
 Al papa, al Rey, al cielo y a la tierra
 Que al hacerme arzobispo fuí ante el príncipe
 Y su alto tribunal de toda deuda
 Públicamente exonerado: al reino
 Las que contrajo el canciller respectan.
 Oidme! mas que el cieno, vale el oro;
 Abel mas que Cain; luz que tinieblas:
 Mas que el cuerpo mortal vale el espíritu
 Y mas que el cetro temporal la iglesia.

A Dios antes que al Rey, buen hijo, os mando
 Obedecer so pena de anatema!
 Recuso la censura del monarca.
 Comunicad al Papa mi protesta:
 Que él me juzgue. Corona, regalías,
 La iglesia misma al Papa estan sujetas!
 Voime.

(*Marchándose.—Leicester lo contempla como dudando*)

Soy prisionero?

LEICESTER. No! ilustrísimo,
 Me pasmais! id en paz!

DE BROCK. En hora buena;
 Ya veremos despues. Toma eso ahora!
 (*Arrojándole una piedra de entre las zarzas.
 De Brits, Fitz-Urse, de Tracy y otros tirándole
 manojos de zarzas.*)

Véte pícaro en paz; anda alma péfida!
 Vé prelado perjuro! atrapa! atrapa!
 Fraile apóstata!

BECKET. (*retirándose confrontándolos*) Lobos sin maneras!

HERBERTO. Basta! basta! milord.

BECKET. Grandes del Reino
 Apenas vais de fuga una apariencia
 Y ya, cobardes me seguís a gritos!
 A Engelramo de Trié, tumbé en la arena
 El mejor paladin en todo Francia!...

HERBERTO. Basta, milord!

BECKET. Y sobra! me exasperan!

(*Entra un Herald*)

HERALDO. Que nadie ose faltar al arzobispo
 Bajo de pena muerte el Rey decreta!

FOLIOT. Al jóven Absalon trata con lástima.

(*Se abre de par en par la portada del fondo y se
 divisa la muchedumbre que grita.*)

El enviado de Dios bendito sea!

ESCENA IV.

Refectorio en el monasterio de Northampton.—Mesa de banquete.

(*Entran Becket y su séquito.*)

PRIMER PAJE. Habla primero tú!

SEGUNDO PAJE. No, habla tú ántes

No te tocó la paja mas pequeña?

PRIMER PAJE. Milord, permitiréis?

BECKET. Que habléis como hombres,

Francos y sin doblez ni reticencia!

PRIMER PAJE. Consentídnos dejar vuestro servicio.

BECKET. Cuándo?

PRIMER PAJE. Ahora!

BECKET. Esta noche?

PRIMER PAJE. La noche ésta!

BECKET. Y por qué?

PRIMER PAJE. No sin lágrimas nos vamos.

BECKET. Con lágrimas? ¡no entiendo! quién os echa?

PAJE 1º. Daros buena respuesta no podríamos.

BECKET. Yo mismo a daros voy la verdadera:

Con ceño adusto me miró el monarca!

PAJE 1º. La única razon, milord, no es ésa

BECKET. No es la única; pero es! Id; por dos lustros

Comísteis y bebísteis a mi mesa!

PAJE 1º. Así fué: no os deseamos mal alguno

Dadnos la bendicion!

BECKET. Dios con vos sea!

Color y ardor infunda en vuestra sangre,

Que debe correr pálida y es tépida:

La mia es roja—humana y en oyendo

Que derramada fué sobre la tierra

Y está clamando al cielo por castigo,

Como una maldicion que aplasta y ciega

Vais a sentir lo que os seduce ahora.

PAJE 1º. No lo permita Dios; gracias sinceras

Por nuestra bendicion; el cielo os guarde.

(*Salen los sirvientes.*)

BECKET. Id con Dios golondrinas pasajeras!

A las aves calumnio, que abandonan
Solo su nido, y estos hoy desertan
Al protector; ¿Será que van hoy mismo
A asesinarme?

(*Golpean a la puerta*).

- UN LACAYO. Esta misiva en el momento entrega
En la puerta, un enviado del palacio.
- BECKET. (*Leyendo*) De Licester o Conwall es la letra—
“Huid al punto donde Luis de Francia
“Claman por sangre los que al rey rodean”.
¿No está milord Leicester invitado?—
- SIRVIENTE. Y con él otros nobles, mas ya empieza
A hacerse tarde y triste el cocinero
De que todo se enfria se lamenta.
- BECKET. Yo me quejo tambien; tras del verano
Viene el invierno con sus hojas muertas;
Los condes y barones que vivian
A mí enlazados cual flexible hiedra,
A primer ceño adusto del monarca
Se apartan cual si no me conocieran.
Ved el vapor que exhalan los manjares
Como en Jerusalem sagrada ofrenda:
Y pues no hay invitados, no es posible
Que los dones de Dios así se pierdan:
Convocad a los pobres de la calle
Y que ellos aprovechen la merienda.
- HERBERTO. De Jesus la parábola repites.
- BECKET. Que se repita y que los pobres vengan.
La Iglesia con los reyes siempre en lucha
Siempre el amparo fué de la indijencia.
Un grupo de mendigos en la plaza
Ví cubiertos de harapos y de lepra;
Desdichados! el cielo les bendiga,
Con festin tan opíparo ni sueñan.
Yo les causaré asombro; en adelante
Constituyan los pobres mi nobleza,
Que en Cristo son mis amos y señores.
(*Sale Herberto*).
- Yo mismo voy a hallarme en la miseria,
Si se encapricha el Rey: treinta mil marecos!
Son treinta mil demonios en caterva!

- UN POBRE. *(entrando con un perro).*
 EL POBRE. Puedo milord entrar con este perro,
 Que es mi amigo? cazando en la floresta,
 El real montero le cojió en mal hora
 Y sus garras cortó; perro de presa
 Toda su culpa fué seguir su instinto.
 Le traigo en brazos desde muchas leguas
 Y me lame la cara y gime y llora
 Y al Rey acusa el triste a su manera.
 BECKET. Tu condicion es peor que la del galgo;
 Son las cortes reales muy sangrientas
 Y peor que a ese perro te trataran.
 A ser la Iglesia Rey, distinto fuera!
 Voy a curar su herida, pobre bruto,
 De faja servirá mi servilleta.
 Quien hiere a un perro a un niño ofendería
 Pues ni uno ni otro a defenderse aciertan
 Dadle siquiera un hueso; ya no tiene
 Remedio alguno, Dios lo favorezca!

*(Entran mendigos, se sientan a las mesas.
 Becket y Herberto los sirven)*

- MENDIGO 1º Puerco, carnero, vaca! esto es grandioso!
 En yéndose los pillos, gente honesta. . .
 MENDIGO 2º Es pillo el arzobispo que te invita?
 MENDIGO 1º Pues como entonces el proverbio reza?
 “En yéndose los buenos, los ladrones. . . .”
 Eso no puede ser!
 MENDIGO 2º ¿Quién de la viuda
 La polla echada se robó en su ausencia?
 MENDIGO 1º Vamos! sin duda tú participaste!
 Polla echada! ese título le pega
 A milord Becket que es soberbio gallo.
 Y no nos encontráramos en esta
 Si sobre el arzobispo por echarse
 Los barones y obispos no anduvieran.
 BECKET. Es verdad que en mis jueces hoi se erigen;
 Y que el Señor os preparó esta mesa!
Sederunt Principes, ederum pauperes.
 UNA VOZ. Guárdate del puñal!
 BECKET. ¿Quién me aconseja?

MENDIGO 3º Nadie, milord, qué es eso?

BECKET. Eso es venado!

MENDIGO 3º Regio bocado es ese; cuan de veras
Por milord rezaremos.

BECKET. Vuestras preces

Serán mas poderosas en la prueba
Que a la casa de Dios hoy amenaza,
Y aun el dia del juicio, que las tersas
Espadas de parásitos indignos

Si se hubieran quedado en mi defensa
Habiendo de mi pan participado!

Libres os dejo, aprovechad la fiesta!

(*Aparte a Herberto*)

Acompáñame; a Francia me refugio
No en mi interes, sino en el de la Iglesia.

(*Sale con Herberto.*)

MENDIGO 3º A la salud del arzobispo, amigos.

(*Beben.*)

Bien! Si este no es buen vino. . . .

MENDIGO 1º No hai manceba

Guapa y jóven que a Becket lo escancie.
Por su causa en la calle hubo hoy reyerta

MENDIGO 3º Paz!

MENDIGO 1º Un oscuro carnero así insolente

A la oveja baló del molinero:

“Esta noche va tu amo a hallarse ausente”

Y ella le contestó: “negro carnero,

En tan negro pecado caer no quiero.”

Y qué dijo el carnero, buena gente?

“Con mi poder lo negro en blanco altero.”

MENDIGO 3º Paz!

MENDIGO 1º Oveja! oveja! en la vertiente aguardo!

Pero a su casa el molinero llega

Cargado de alba harina con un fardo.

El carnero en el saco se restrega,

El polvo blanco en el vellon se pega,

Vuélvese ampo nieve el que era pardo

Y cae seducida la borrega!

MENDIGO 3º No somos de la casa? no es el amo

Quien nos sirve esta cena suculenta?

Tú eres carnero oscuro entre nosotros

Fuera!

(Entran los cuatro barones.)

Carnero dijo, a fe que acierta!

Mas, donde está el pastor? tú el mas inundo

De esta pandilla de Cain, contesta!

MENDIGO 3º Diré como Cain: soi yo su guarda?

A él no a mí Cain llamar debieras!

REGINALDO. Llamo así al matar quiere al Estado

Siendo su hermano

MENDIGO 3º *(Levantándose y avanzando)* Dios lo hizo un atleta

Y en él no habrá quien ose poner mano!

REGINALDO. Donde está?

MENDIGO 3º Si es Cain con Nod; o en Francia

Que es la nacion católica mas cerca!

REGINALDO. En Francia! De Morville, De Tracy, Brito!

Jaremos perseguirla por la Reina!

(Los cuatro barones cruzan las espadas.)

DE BRITS. Nos burlas, está aquí!

REGINALDO. Librad el paso,

Canalla vil!

(Todos los mendigos de pié avanzan sobre los barones.)

MENDIGO 3º Milores, nos lo cierran!

Despues de haber cenado, a nuestras chozas

Nos vamos retirando con modestia,

Porque encargó la paz el arzobispo.

Y aunque para cuatro aquí hay cincuenta

No osaremos, milor, con nuestras llagas

Trabar contra vosotros la pelea.

Qué habeis hecho? Las manos me pusísteis

Cuando no hay en el pueblo quien no sepa

Que como un pez me vuelvo todo escamas;

Rogad a Dios que os libre de mi lepra.

(Reginaldo retrocede; otro mendigo avanza sobre de Brits.)

DE BRITS. Fuera perro!

MENDIGO 4º Mordióme un perro loco

El viérnes y el contagio se revela

En que amo el vino y aborrezco el agua

Y ladro y muerdo a cuantos se me acercan.

DE BRITS. Insolente bufon! ¿Le doy de filo?

- DE MORVILLE Ni con el lomo; si al pastor asestas
 Buen golpe, dispérsase el rebaño;
 ¡Ay de tí! si le tocas una oveja!
 Te escomulga!
- DE BRITS. Las manos que me escuesen
 A la nada a este bicho redujera!
- MENDIGO 5º Y yo, milor, el escosor no aguanto
 Ni el azufre de sarnas me liberta.
 Con todo el Arzobispo, el mártres solo
 Me lavaba los pies.
- MENDIGO 6º Mirad la venda
 Que cubre de mis piernas las heridas;
 Es de escapar, porque a sepulcro apesta:
 Y es milord Arzobispo quién me la ata
 Porque en Cristo, soy loord de Su Exelencia.
- DE MORVILLE. Fo! Nos contajiarán! Vámonos! vámonos!
- MENDIGO 7º Mis tres hermanas en mi choza quedan
 Muriéndose de tísis; voy con susto
 A vuelta de cenar, de hallarlas muertas.
- MENDIGO 8º Y yo en el hospital tengo nueve hijas,
 Devoradas por peste de viruelas,
 Y aunque soy mensajero del contagio,
 De sí el buen Arzobispo no me aleja!
*(Los mendigos se adelantan sobre los barones
 hasta que éstos desaparecen.)*
- MENDIGO 3º Gracias, llagas, heridas, lepras, úlceras,
 Gracias costras y sarnas y gangrenas;
 Salvásteis esta noche al Arzobispo!
- MENDIGO 1º Vuelvo, que iba en mitad de la merienda.
- H. DE BASTIAM. *(Entrando)* Os manda dar, milord las buenas
 [noches,]
 Como está amenazada su existencia
 Su lecho colocó entre dos altares
 Desde donde me envía, gente honesta,
 A pedirnos que oreis por el que ha dado
 Un día de abundancia en la miseria.
- MENDIGO 3º Lo haremos! Si lo haremos; estad cierto
 Becket y el Padre Santo reyes sean!

De la caza real, del pan del amo
Vivamos y que acabe la pobreza!
¡Viva el Rey-Arzobispo, viva! viva!
Esto es no tener pelos en la lengua!

CÁRLOS MORLA VICUÑA.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

EL BESO IDEAL.

(A MI INVOLVIDABLE ISABEL)

No con ósculo ardiente
Tocas mis labios hoy y mi mal calmas;
Pero me besas silenciosamente
La pensativa frente,
Con el beso ideal que dan las almas!

Y el ósculo sin ruido
Que estampas en mi sien, mi sien inspira;
Levanto á Dios el ánimo abatido
Y su gracia le pido
Con el mejor acento de mi lira!

Y al punto, desde el cielo,
Vienen á mí, en la luz de la esperanza,
Dulce resignacion, paz y consuelo;
Que tu amoroso celo,
Tu beso espiritual todo lo alcanza!

SANTIAGO ESCUTI O.

Copiapó, 1885.

REVISTA LITERARIA

(EL TEXTO DE FILOSOFIA.)

Acepto con gusto la indicación de los Directores de la REVISTA para dedicar unas cuantas líneas, á dar cuenta del tomo ya publicado de los *Elementos de Filosofía por el Padre Francisco Ginebra*: era mi deseo. Hace algunos días, don Guillermo Cox M. publicó con este mismo objeto un hermosísimo artículo; mi joven amigo me venció así en oportunidad y acierto; pero como con la diligencia agena no podré excusar mi inercia, y como el segundo puesto no es despreciable cuando tan honrado está el primero, aunque tarde, emprendo animoso la leve y grata tarea.

Los que en el colegio hemos oído las lecciones del Padre Ginebra, no buscamos novedades en el libro que ahora publica; ese libro es nuestro viejo amigo, porque desde niños conocíamos la doctrina que encierra, la forma y método adoptado y el alma de su autor; mas por lo mismo, es también el recuerdo querido del primer desarrollo de nuestras inteligencias, y al mismo tiempo, es la base inalterable de nuestras ideas, es el credo que nos liga, es en fin, "el Texto" de la Filosofía.

Suele afirmarse, y hasta por gente no mal ilustrada, que siendo la Filosofía una ciencia que ninguna relación tiene con las materialidades de la vida, solo debe considerársela como un adorno y una gimnasia del espíritu; ante esta repetida afirmación, á veces me he preguntado: ¿de dónde proviene que las lecciones y el libro del Padre Ginebra inculcan y hacen brillar tan sin esfuerzo, en toda su grandeza, la importancia de la Filosofía?

Sin duda que á un estudio atento de cuerpo tan completo y sólido de doctrina, como el que el Padre Ginebra presenta, no puede escaparse que la Filosofía, al enseñar

la naturaleza de nuestras facultades, y al dirigir su uso, señala las reglas para la adquisición de los conocimientos; que al analizar los conceptos genéricos y las causas últimas de los seres, da la base necesaria de todas las ciencias humanas; que la moral es la ley del engrandecimiento de cada hombre, y con respecto á las naciones, es el fundamento de la estática social, fundamento que otras ciencias no pueden tocar sin conmover el edificio que sustenta; que la Filosofía escolástica es la espléndida comprobación del paralelismo entre la razón y la fé, de esa harmonía, faltando la cuál, el alma, ó ahogaríá sus sentimientos en el orgullo del racionalismo, ó sepultaría sus esfuerzos en la exterioridad de la duda que el tradicionalismo y el naturalismo engendran; que la Filosofía es, en fin, la ciencia que engrandece al hombre, porque lo hace conocerse á sí mismo, y porque lo acerca al conocimiento de Dios, si bien nó en el mismo grado que la Teología, al menos tanto cuanto es posible con sólo el poder de la razón.

Es verdad que muchos de los conocimientos que la Filosofía reduce á sistema científico, en fuerza de ser trascendentales, se encuentran entre las ideas que se establecen como fundamento de otras más vulgarizadas ciencias de detalle, ó que se adquieren por el mero hecho de vivir en sociedad con seres inteligentes. Acaso porque generalmente, en la enseñanza de la Filosofía no se pone cuidado en hacer resaltar esta estrecha unión con las otras ciencias y con las ideas y los actos mas comunes de la vida, por eso sucede que no se mira á la ciencia de las ciencias como un estudio destinado á producir poderosa é inalterable influencia en la inteligencia y en el corazón de los jóvenes.

El Padre Ginebra, lejos de contentarse con las acostumbradas largas disertaciones preliminares sobre la utilidad de la Filosofía y de cada una de sus partes, las reduce á su mínima expresión, y casi las olvida como ineficaces; pero en cambio no desperdicia ocasión alguna de hacer práctica cada tésis, de dar vida á cada idea que explaya, ya por medio de corolarios, ya por medio de ejemplos hábilmente escogidos, no solo para explicar la proposición respectiva, sino para mostrar su importancia.

Hay otra circunstancia más personal, que contribuye so-

bre manera á infundir en los alumnos, el amor por la ciencia que estudian: Cuando el Padre Ginebra discurre para enseñar, da á sus raciocinios la fuerza y vigor que es posible, dedicando á ello todas sus facultades; su espíritu se reconcentra en el pensamiento, se identifica con él, y al comunicarlo sin divagaciones, sin adornos literarios al oyente ó lector, parece que la forma del lenguaje tiende á aniquilarse para no impedir la comunicación directa y perfecta entre la inteligencia que enseña y la que aprende.

El Padre Ginebra, que cuando habla animado de poderosos sentimientos como el amor á su patria ó á la Compañía de Jesus, es elegante y poeta; cuya vehemencia natural, sus alumnos conocimos bien cuando con rostro airado nos reprendía las faltas al orden ó nos exigía trabajar; cuyo trato familiar es alegre y espontáneo; todo es entrar en una disertación didáctica, y deja á un lado los adornos, lo supérfluo, todo rastro de pasión se apaga, y solo de vez en cuando la animación en la voz y en el gesto marca las dificultades ó la importancia de la demostración que desarrolla. La forma del lenguaje, un tanto maltratada en la discusión oral, se ha hecho en el libro aun más ordenada, más correcta, más pura, más trasparente, pero siempre sobria y severa; si en el tomo ya publicado se podrían hallar algunas palabras de menos, ninguna se encontrará de más. Este feliz esfuerzo por iluminar sin admitir ningún elemento perturbador, el alma del discípulo ó del lector, es un poder al que éste no resiste, y se somete, y el maestro se apodera de su inteligencia, y el objeto científico se grava y se enaltece en ella.

Por otra parte, la claridad y el brillo que para sus teorías obtiene el autor, por medio de un orden esmerado en la exposición, les comunica una belleza que se identifica con las ideas mismas, y que mal podría ser reemplazada ó imitada por los afeites literarios.

En lo que va dicho, dicho queda también que el método adoptado en el libro de que me ocupo, es el escolástico, cuya base principal es el silogismo; las tendencias del Padre Ginebra son perfectamente servidas por ese método que consiste cabalmente en seguir y reflejar con las palabras, paso á paso sin alteración alguna, el procedimiento orde-

nado por medio del cual la razón adquiere nuevos conocimientos.

Nada podría demostrar mejor esta excelencia del método escolástico que la primera parte del texto á que me refiero. Al estudiar en la *Dialéctica*, la estructura y leyes del raciocinio, el Padre Ginebra, casi sin necesidad de pruebas ni de discusiones, hace ver, palpar cual es el desarrollo de los actos de la mente en la adquisición de la ciencia; porque á cada nueva idea que sobre este asunto va emitiendo, obliga al lector á observar y comprobar en los actos de su propia inteligencia, la exactitud de sus afirmaciones; de esta manera las numerosas reglas que dicta sobre dichos actos, se desprenden tan evidentemente de la naturaleza de estos, que es imposible desconocer la conveniencia y la necesidad de someterse á ellas. Por otra parte, resulta también de la *Dialéctica*, que con la misma exactitud con que la palabra es el signo del simple concepto, con la misma fidelidad con que la proposición gramatical expresa el juicio mental, así el silogismo corresponde al raciocinio: los juicios ó verdades conocidas que, en el raciocinio, la mente toma como antecedentes, aparecen en el silogismo en la forma de premisas; los actos de comparación que en el raciocinio son necesarios para llegar á un resultado, forman en el silogismo el nexo de sus proposiciones, y la verdad desconocida á cuya comprobación tiende el raciocinio, se expresa en la conclusión del silogismo. Es imposible darse cuenta de un raciocinio sin traducirlo en un silogismo, ó por lo menos en alguna de sus variedades mas complejas.

Lejos, pues, de ser el silogismo una pesada máquina de discusión, inventada para entorpecer el vuelo de la razón, es, al contrario, el camino natural y llano del progreso de la mente en el conocimiento. Así lo ha comprendido y lo demuestra el Padre Ginebra, no sólo usándolo constantemente en las demostraciones parciales, sino haciendo de su libro á fuerza de riguroso orden, un continuado silogismo, en que de cada tesis arranca la que sigue con ineludible necesidad.

Después de que la *Dialéctica* ha dado á conocer cuál es el procedimiento que el alma racional sigue y debe seguir, para adelantar en conocimientos científicos, en la segunda

parte de la Lógica, en la Criteología, debe estudiarse cuales son el punto de partida, los fundamentos, y el objeto ó término de ese procedimiento.

Sin perder la Lógica, en esta parte, su carácter de ciencia de preparación, resuelve en ella numerosas cuestiones á que han dado lugar los errores de los hombres. El Padre Ginebra entra en la contienda y trae á la lucha la vieja y noble verdad escolástica, tratándola con tanto amor y respeto, que, como hemos visto, ni la despoja de su pura y clásica forma, ni la profana ú oscurese con ropage de colores; y sin embargo, sabe adaptarla de tal manera al combate y al triunfo sobre los errores modernos, que este solo hecho bastaría para persuadir de la naturaleza inmutable de la verdad y de su origen divino.

En la Critereología, el Padre Ginebra, proponiéndose demostrar que el hombre puede adquirir el conocimiento de la verdad y de la ciencia, destruye el escepticismo: no sólo aquel inverosímil devanéó en que la duda se supone tan absoluta que es hasta la duda de la duda, sino varios otros sistemas, en que por sostenerse ó admitirse errores sobre los fundamentos de la certeza, se llega, voluntaria ó involuntariamente al escepticismo; tales son: el de la escuela trascendental alemana según la cual, á las sensaciones y conceptos no debe dárseles más valor que el de fenómenos ó sueños sugetivos que ninguna relación tienen con la realidad externa; la duda metódica en medio de la cual pretendió Descartes, reedificar el edificio de la ciencia, basándolo únicamente en la afirmación singular, contingente y mudable que contiene su famoso principio, *yo pienso, luego soy*; y los sistemas de los que han buscado el fundamento de la certeza ya en un instinto ó sentimiento interno, ya en autoridades externas como la revelación, la tradición ó el consentimiento universal.

Al frente de estos errores, el Padre Ginebra, expone el sistema de Santo Tomás de Aquino, que en esto como en todo, guarda tal consonancia con lo que en nuestra propia razón podemos experimentar, que no parece sino que en su exposición lleva clara su demostración.

Si á una persona se le hace una série de preguntas, exigiéndole la razón del porqué de sus afirmaciones, se llegará á esta respuesta: afirmo esto porque es evidente.

Así, pues, la evidencia, la presencia del objeto en el entendimiento, es el criterio supremo de certeza, la última razón de nuestro asenso á la verdad.

El verdadero método filosófico presupone, pues, tres verdades evidentes, cuya negación no puede concebirse ni puede formularse sin que los términos de tal negación se destruyan; son: la propia existencia, el principio de contradicción, y la veracidad de las facultades. Sobre estos principios, y con el ejercicio de las facultades humanas que aplicadas á sus objetos propios, son también criterio de verdad, nace y se desarrolla la ciencia humana, que admite para completarse el criterio de autoridad en sus diversas clases.

De esta manera y con dar algunas nociones sobre la naturaleza de la ciencia, y sobre sus harmónicas relaciones con la fé, y especialmente con dictar unas cuantas inapreciables y bien fundadas leyes de método para las diferentes ramas de la ciencia, el Padre Ginebra deja terminado y expedito el camino para progresar en ella, y concluido el estudio de la Lógica, para comenzar su aplicación.

El primer tomo del texto alcanza á comprender aquella parte de la Metafísica que se ocupa de las ideas más trascendentales entre las que tenemos ó podemos adquirir. En efecto, el objeto de la Ontología son los conceptos ó ideas que se encuentran en todos nuestros conocimientos, y que por consiguiente, son la base más remota y fundamental de las ciencias. Es claro, por ejemplo, que no podemos tener idea alguna que no envuelva la idea de ser, ni podemos formular un juicio ó afirmación que no contenga ó presuponga la afirmación del principio de contradicción, es decir, la de que una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo. Mas, por lo mismo que esos conceptos constituyen uniformemente una parte de todos los conocimientos concretos, sean vulgares ó científicos, su abstracción, su análisis es una de las operaciones más difíciles de la mente, y para expresarlas, es rebelde el lenguaje.

El Padre Ginebra lo hace, sin embargo, en la primera parte de la Ontología, con una claridad y precisión mayor de lo que es posible imaginar, y revelando, al refutar algunos errores sobre estas materias, toda la trascendencia de su importancia. Al mismo tiempo, al estudiar las divisio-

nes de sér en acto y en potencia, contingente y necesario, mudable é inmutable, temporáneo y eterno, finito é infinito, pone especial empeño en establecer de un modo inmovible los antecedentes que en la Teodicea, han de servir para inferir de ellos, la existencia de Dios, su naturaleza y sus relaciones con los hombres. Así también, al demostrar que con la observación de los fenómenos y de los efectos de los seres, podemos conocer y conocemos las escencias de las cosas, destruye la base de los sistemas positivista y sensualista, sistemas que tan profundo trastorno producen en la sociedad, y que tan honda raíz han echado en las costumbres y en las ideas reinantes.

La demostración de los atributos del sér, unidad, verdad y bondad, da margen para refutar aquel cobarde sistema ecléctico con que Cousin pretendió ver conciliada la eterna lucha éntre la verdad y el error; del concepto de aquellos atributos, y del de orden y belleza, el autor deduce las primeras nociones de Estética, ó lo que es lo mismo, dá la base científica de todas las artes.

Fuera de estos conceptos, los más generales que es dable tener, la Ontología alcanza á descender al estudio de algunas de las categorías, como la de sustancia, de accidente, de cualidad, de hábito, de relación, y muy especialmente la relación de causalidad que forma la segunda parte de la Ontología, y cuyos principios aplicados al hombre, dejan entrever ya las ideas de su suprema causa ó creador, de su fin último y de su libertad, y en consecuencia son el origen de todas las leyes morales.

Tan inmensa es, pues, la esfera que la Ontología traza, como es sólido el cimiento que en ella ha puesto el Padre Ginebra para continuar su Filosofía. ¿Cómo hacer que la tarea fuera liviana, para que el tiempo corra veloz y traiga cuanto antes la continuación y el fin de la obra?

El autor, en el prólogo de su libro, le asigna modestamente el carácter de un texto para la enseñanza del ramo en los colegios, y un texto en cuyo estudio el alumno sólo debe progresar auxiliado por las lecciones del maestro. Es verdad que la severidad en el orden del método, ha impedido al autor entrar en ciertas explicaciones que son necesarias para darse cuenta cabal de ideas que por primera vez se presentan á la mente, y que ésto exige para los

alumnos, el concurso del maestro; sea por esa razón ó por otra, lo mismo pasa con todas las ciencias especulativas.


Mas, para los que conserven siquiera una idea de sus primeros estudios, el libro del Padre Ginebra es un camino fácil, sencillo y seguro, y si no sembradode flores, hermoso por su orden y claridad y solidez.

En cuanto á mí, su lectura me ha causado el íntimo y suave placer de recordar, en todos sus detalles, y de ver que reviven frescas, y puras, las lecciones con que el maestro de Filosofía trató de formar mi inteligencia adolescente, de alimentarla con la verdad, y de dirigir los esfuerzos de mi razón en un orden cuya base de ciencia y fé es incommovible. En ese mismo lejano tiempo, cuando pequeñas angustias oprimían mi corazón, el maestro fué también amigo bienhechor, y el dolor pasaba sin dejar en el alma otra huella que el recuerdo del consuelo. Desde entonces, ni el maestro ha privado de sus lecciones á mi inteligencia, ni mi corazón se ha separado del amigo.

Comprendo que lo dicho quita a estas breves líneas toda apariencia de imparcialidad en los juicios que sobre la obra he emitido. Cualquiera forma que hubieran tenido, ellos habrían sido los mismos. Entre asumir el papel de crítico que era incompatible con mi preparación para juzgar la obra del Padre Ginebra, ó hacer que el lector tome estas líneas como un sencillo homenaje de admiración y gratitud, he escogido esto último.

NICOLÁS GONZÁLEZ E.

OCTUBRE 25 de 1885.



REVISTA DE ARTES Y LETRAS

INDICE DEL TOMO IV

Alonso Roberto

Revista Literaria: <i>Marianita</i>	552
---	-----

Amunátegui Miguel Luis

Una Carta.....	39
----------------	----

Albornoz Pedro N.

Estado del habla castellana en Chile.....	50
Estudios Gramaticales.....	208
Id. id.....	375
Id. id.....	489

Barros Grez Daniel

A propósito de una obra maestra.....	126
Id. id.....	277
Id. id.....	388
Id. id.....	425

Caldera Daniel

Buen viaje! (Poesía).....	592
---------------------------	-----

Errázuriz Rafael

Apuntes de viaje.....	85
Id. id.....	299
Id. id.....	350
Id. id.....	405

Edén Jacobo

Los hombres graves.....	220
Fragmentos.....	274

Eduardo Isaac G.

No abandones tu fé (Poesía).....	549
----------------------------------	-----

Escuti O. Santiago

El beso ideal (Poesía).....	627
-----------------------------	-----

E. O. L.

El falso Quijote.....	465
Id. id.....	508

Grez Vicente

Faustina.....	66
---------------	----

González E. Nicolás

Revista Literaria.....	628
------------------------	-----

Huneus Gana Jorge

Revista Literaria.....	81
Id. id.....	478

Huneus Roberto

Sonetos.....	536
--------------	-----

Hostos Eugenio María

Gordon.....	530
-------------	-----

Larraín B. Bruno

El beso.....	113
--------------	-----

Lira E. Eduardo

Cuestiones médico-legales.....	366
--------------------------------	-----

L. S. V.

Bibliografía Boliviana.....	564
-----------------------------	-----

Morla Vicuña Cárlos

Enoch Arden (traducción).....	149
Id. id.....	165
La Iglesia y el Estado ó Tomás Becket (traducción).....	538
Id. id.....	597

Montt y Montt Ambrosio

En un album (soneto).....	404
---------------------------	-----

Nercasessau Morán Enrique

La duodécima edición del diccionario académico.....	14
Semper! (Poesía).....	320

Palacio Manuel del

En prenda de amistad (Soneto).....	124
------------------------------------	-----

Pombo Rafael

Preludio de Primavera (Poesía).....	362
-------------------------------------	-----

Rosas Ramón R.

Don José Miguel Infante.....	119
------------------------------	-----

Robinet Carlos T.

Al Excmo. Señor Don Manuel del Palacio (Soneto).....	125
--	-----

René-Moreno Gabriel

Anales de la Prensa Boliviana.....	871
Id. id.....	447
Id. id.....	569

Román Manuel Antonio

La elegía de Ovidio (Cum subit illius).....	441
---	-----

Solar Avaria Fermín

¡Quién sabe! (Poesía).....	240
----------------------------	-----

Solar Avaria Bernardo

Cantares (Poesía).....	528
------------------------	-----

Subercaseaux Antonio

Recuerdos de la niñez: <i>Mtr. Polka</i>	293
--	-----

Vicuña Mackenna Benjamin

El primer aniversario.....	5
Una excursión al través de la inmortalidad.....	241
Id. id.....	329

Villalobos R.

Himnos y Quejas (Poesía).....	650
-------------------------------	-----

FIN DEL INDICE